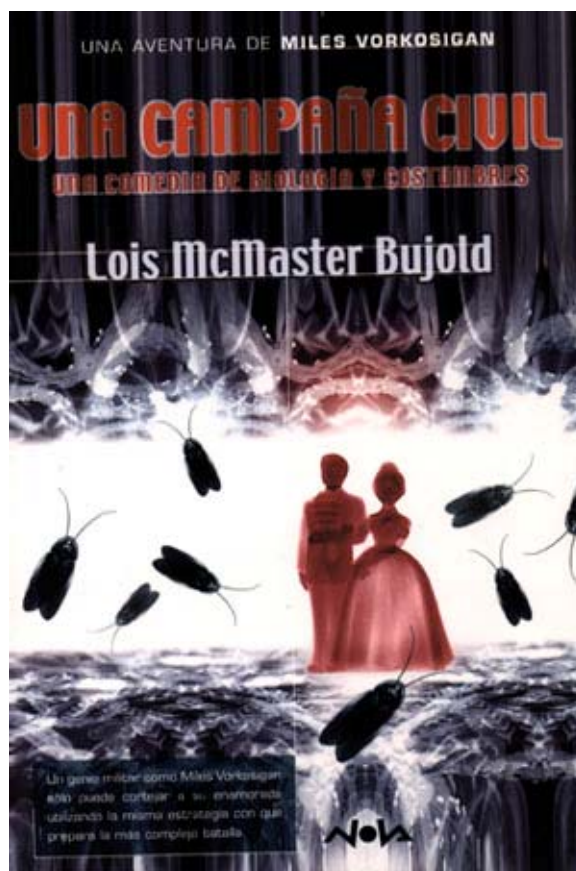


UNA CAMPAÑA CIVIL



Lois McMaster Bujold

El gran vehículo de tierra se detuvo con una sacudida a pocos centímetros del que lo precedida, y el soldado Pym, que conducía, maldijo entre dientes. Miles se revolvió en su asiento, y parpadeó para espantar la visión de la desagradable escena callejera de la que los habían salvado los reflejos de Pym. Se preguntó si podría haber persuadido a los molestos proles que tenían delante de que ser embestidos por detrás por una Auditor Imperial era todo un privilegio. Probablemente no. El estudiante de la Universidad de Vorbarr Sultana que cruzaba corriendo el bulevar; responsable de la rápida parada, se perdió entre la multitud sin siquiera mirar atrás. La fila de vehículos se puso una vez más en marcha.

– ¿Sabe usted si el sistema de control municipal de tráfico entrará pronto en funcionamiento? – preguntó Pym, después de lo que Miles consideraba su tercer amago de colisión esa semana.

– No. Hay retrasos otra vez, según informa lord Vorbohn el Joven. Debido al aumento de accidentes fatales con los voladores, se están concentrando en establecer primero el sistema automatizado aéreo.

Pym asintió, y centró su atención en la abarrotada calle. El soldado era un hombre fornido, y sus sienes grises resaltaban el uniforme marrón y plata. Había servido a los Vorkosigan como guardia desde que Miles era cadete en la Academia, y sin duda seguiría haciéndolo hasta que muriera de viejo o se matara en un accidente de tráfico.

Se acabaron los atajos. La próxima vez rodearían el campus. Miles observó a través del dosel los altos edificios de la universidad que quedaban atrás, y atravesaron las puntiagudas verjas de hierro para dirigirse a las agradables calles residenciales donde vivían los catedráticos y el personal. La pintoresca arquitectura se remontaba a la última década sin electricidad antes del final de la Era del Aislamiento. Esta zona había sido recuperada del declive en la última generación, y ahora estaba llena de verdes árboles terrestres y de macizos florales de vivos colores bajo las altas ventanas de las casas. Miles recolocó el ramillete que llevaba entre los pies. ¿Le parecería tan redundante a su destinataria?

Pym lo miró de reojo al verlo moverse y contempló las flores en el suelo.

– La dama que conoció usted en Komarr parece haberle causado una fuerte impresión, milord... – guardó silencio, invitándolo a continuar.

– Sí – dijo Miles, sin continuar nada.

– Su señora madre tenía puestas grandes esperanzas en esa atractiva capitana Quinn que trajo usted a casa otras veces.

¿Había una nota de esperanza en la voz de Pym?

– Ahora es la almirante Quinn – corrigió Miles con un suspiro –. Y yo también las tenía. Pero tomó la decisión adecuada después de todo – hizo una mueca –. He jurado que no volveré a enamorarme de mujeres galácticas para luego intentar persuadirlas de que emigren a Barrayar. He llegado a la conclusión de que mi única esperanza es encontrar a una mujer que ya pueda soportar Barrayar, y persuadirla de que le guste yo.

– ¿Y a la señora Vorsoisson le gusta Barrayar?

– Tanto como a mí – sonrió, sombrío.

– Y, ah... ¿La segunda parte?

– Ya veremos, Pym.

O no, según se mire. Al menos el espectáculo de un hombre de treinta y tantos que salía a cortejar en serio a una mujer por primera vez en la vida (la primera vez al estilo barrayarés, al menor) prometía horas de diversión para su interesado personal.

Miles resopló y sintió que su hermosa irritación escapaba por su nariz mientras Pym encontraba un sitio para aparcar cerca de la entrada de la casa del lord Auditor Vorthys, y situaba expertamente el pulido vehículo blindado dentro del estrecho espacio. Pym abrió el dosel; Miles salió y contempló el edificio de dos plantas que era el hogar de su colega.

Georg Vorthys había sido catedrático de análisis de fallos de ingeniería en la Universidad Imperial durante treinta años. Su esposa y él habían vivido en aquella casa la mayor parte de su vida de casados, mientras educaban a tres hijos y mantenían dos carreras académicas, antes de que el emperador Gregor nombrara a Vorthys Auditor Imperial. Ninguno de los profesores Vorthys vio motivo alguno para cambiar su cómodo estilo de vida tan sólo porque un ingeniero retirado dispusiera ahora de los asombrosos poderes de la Voz del Emperador; la doctora Vorthys todavía iba caminando a sus clases todos los días. *¡Cielos, no, Miles!*, le había dicho la profesora, cuando se preguntó una voz por qué dejaban pasar esta oportunidad para relacionarse socialmente. *¿Puedes imaginarte tener que trasladar todos estos libros?* Por no mencionar el laboratorio y el taller, que ocupaban todo el sótano.

Su despreocupada inercia resultó ser una feliz oportunidad cuando invitaron a su sobrina, recientemente viuda, y a su joven hijo a vivir con ellos mientras ella completaba su educación. Había espacio de sobra, tronó el profesor jovialmente, el piso de arriba estaba muy vacío desde que los chicos se largaron. Tan cerca de las clases, señaló la profesora, siempre práctica. *¡A menos de seis kilómetros de la mansión Vorkosigan!* Miles había dado saltos mentales de alegría, añadiendo un amable murmullo de ánimo en voz alta. Y así llegó Ekaterin Nile Vorvayne Vorsoisson. *¡Ella está aquí!* ¿Lo estaría mirando ahora desde las sombras de alguna ventana?

Miles contempló ansioso a excesivamente breve extensión de su cuerpo. Si su estatura enanesca le molestaba, ella no lo había demostrado hasta el momento. Bien. Pasó a los aspectos de

su apariencia que podía controlar: no llevaba manchas de comida en su túnica gris, ningún desgraciado detrito callejero pegado a las plantas de sus pulidas botas. Comprobó su reflejo distorsionado en el dosel trasero del vehículo de tierra. La superficie convexa ensanchaba su cuerpo esbelto, aunque ligeramente encorvado, hasta convertirlo en algo parecido a su obeso hermano clónico Mark, una comparación que descartó de inmediato. Mark, gracias a Dios, no estaba allí.

Ensayó una sonrisa; en el dosel, se convirtió en una mueca retorcida y repelente. Al menos no había pelos oscuros señalando en todas direcciones.

– Tiene usted muy buen aspecto, milord – apreció Pym desde el compartimento delantero. Miles se ruborizó, y se apartó de su reflejo. Se recuperó lo suficiente para recoger la maceta y el plano enrollado que Pym le tendió con una expresión con una expresión totalmente neutra, como esperaba. Equilibró la carga en sus brazos, se volvió hacia las escaleras y tomó aire.

Al cabo de un momento, Pym preguntó desde detrás:

– ¿Quiere que lleve algo?

– No. Gracias.

Miles subió las escaleras y liberó un dedo para pulsar el timbre. Pym sacó una lectora y se acomodó en el vehículo de tierra para esperar a su señor.

Unos pasos sonaron en su interior de la casa, y la puerta se abrió para mostrar el rostro sonrosado y sonriente de la profesora. Llevaba el cabello gris recogido, como de costumbre, y un vestido rosa oscuro con una chaquetilla rosa clara, bordada con parras verdes al estilo de su Distrito natal. Este atuendo Vor algo formal, que indicaba que entraba o salía, se contradecía con las alpargatas que llevaba en los pies.

– Hola, Miles. Cielos, sí que eres puntual.

– Profesora. – Miles la saludó con una inclinación de cabeza, y sonrió a su vez –. ¿Están aquí? ¿Está en casa? ¿Está bien? Dijo usted que éste sería un buen momento. No llego demasiado temprano, ¿verdad? Pensé que llegaba tarde. El tráfico es horrible. Va a quedarse usted, ¿no? He traído esto. ¿Cree que le gustará?

Las flores rojas le hicieron cosquillas en la nariz cuando mostró su regalo sin soltar el mapa enrollado, que tenía la tendencia a desenrollarse y escapar cuando se descuidaba.

– Pasa, sí, todo va bien. Está aquí, está bien, y las flores son muy bonitas...

La profesora rescató el ramillete y lo hizo pasar, cerrando firmemente la puerta tras él con el pie. La casa estaba en penumbra, fresca en contraste con el calor primaveral del exterior, y tenía un fino aroma a cera para madera y libros viejos, y un toque de polvo académico.

– Parecía muy pálida y fatigada en el funeral de Tien. Rodeada de todos esos parientes. No tuvimos oportunidad de cruzar más de un par de palabras.

Lo siento y Gracias, para ser precisos. No es que él hubiera querido hablar mucho con la familia del difunto Tien Vorsoisson.

– Creo que para ella fue una tensión inmensa – dijo la profesora juiciosamente –. Había pasado por un verdadero horror, y a excepción de Georg y yo misma (y tú), no había un alma a quien pudiera decir la verdad de lo que pasó. Naturalmente, su primera preocupación fue que Nikki no sufriera mucho. Pero aguantó sin venirse abajo de principio a fin. Me sentí muy orgullosa de ella.

– Desde luego. ¿Y está...?

Miles dobló el cuello, mirando hacia las habitaciones, más allá del vestíbulo: un estudio repleto de estanterías, y un saloncito también abarrotado de estanterías. Ninguna viuda joven.

– Por aquí.

La profesora lo condujo abajo hasta la cocina y un pequeño patio trasero urbano. Un par de altos árboles y una muralla lo convertían en un recinto privado. Más allá de un diminuto círculo de hierba verde, ante una mesa a la sombra, estaba sentada una mujer con un puñado de papeles y una lectora. Mordisqueaba suavemente el extremo de un stylus, las oscuras cejas contraídas en un gesto de concentración. Llevaba un vestido hasta las pantorrillas muy parecido al de la profesora, pero negro, con el cuello alto abotonado hasta arriba. Su chaquetilla era gris, adornada con una simple trenza bordada que le servía de ribete. Tenía el pelo oscuro recogido en un moño en la nuca. Levantó la cabeza cuando oyó abrirse la puerta; sus cejas se alzaron y sus labios esbozaron una deslumbrante sonrisa que hizo que Miles parpadeara. *Ekaterin*.

– ¡Mil... milord Auditor! – ella se levantó con un revuelo de faldas; Miles se inclinó sobre su mano.

– Señora Vorsoisson. Tiene usted buen aspecto.

Estaba preciosa, aunque demasiado pálida. En parte podía deberse al severo luto, que también daba a sus ojos un brillante tono azul grisáceo.

– Bienvenida a Vorbarr Sultana. Le he traído estas... – hizo un gesto, y la profesora depositó las flores sobre la mesa –. Aunque aquí apenas hacen falta.

– Son preciosas – le aseguró Ekaterin, olisqueándolas con aprobación –. Las llevaré a mi habitación más tarde, donde serán muy bienvenidas. Ya que el clima ha mejorado, paso todo el tiempo posible aquí fuera, bajo el cielo de verdad.

Ella se había pasado casi un año encerrada en una cúpula en Komarr.

– Lo comprendo – dijo Miles. La conversación se detuvo brevemente, mientras se sonreían el uno a la otra.

Ekaterin se recuperó primero.

– Gracias por asistir al funeral de Tien. Significó muchísimo para mí.

– Era lo menos que podía hacer, dadas las circunstancias. Sólo lamento no haber podido hacer más.

– Pero ya ha hecho mucho por Nikki y por mí... – se interrumpió ante su gesto de avergonzada negativa y dijo en cambio –: Pero ¿no quiere sentarse? ¿Tía Vorthys...?

Retiró una de las sillas de jardín.

La profesora negó con la cabeza.

– Tengo que hacer unas cuantas cosas dentro. Continúa – añadió de un modo un tanto críptico –. Lo haréis bien.

Entró en la casa. Miles se sentó frente a Ekaterin, y depositó el plano sobre la mesa a la espera de su momento estratégico. Casi se desenrolló, ansioso.

– ¿Está zanjado su caso? – preguntó ella.

– Ese caso tendrá ramificaciones durante años, pero yo he acabado con él por el momento – replicó Miles –. Entregué ayer mis últimos informes, de lo contrario habría venido antes a darle la bienvenida.

Bueno, por eso y por la sensación de que tenía que dejar que la pobre mujer al menos pudiera deshacer sus maletas antes de caer sobre ella por la fuerza.

– ¿Lo enviarán ahora a otra misión?

– No creo que Gregor me deje ir a otra parte hasta después de su matrimonio. Durante el próximo par de meses, me temo que todos mis deberes serán sociales.

– Estoy, segura de que los cumplirá con su gracia habitual.

Dios, espero que no.

– Non creo que gracia sea lo que mi tía Vorpatriel (está a cargo de todos los preparativos de la boda del Emperador) desea de mí. Más bien querrá que me calle y haga lo que me dicen. Pero hablando de papeleo, ¿cómo va el suyo? ¿Está resuelto el asunto de las propiedades de Tien? ¿Consiguió que le devolviera la custodia de Nikki ese primo suyo?

– ¿Vassily Vorsoisson? Sí, gracias al cielo, no hubo problemas por ese lado.

– Así que, ah, ¿qué pasa entonces? – Miles indicó la mesa abarrotada.

– Estoy planificando mi trabajo para el próximo curso en la universidad. Llegué demasiado tarde para empezar este verano, así que comenzaré en otoño. Hay tanto donde elegir. Me siento tan ignorante...

– Educación es lo que se consigue al salir, no al entrar.

– Supongo.

– ¿Y qué va a elegir?

– Oh, empezaré con lo básico biología, química... – sonrió –. Un curso de horticultura real – indicó sus papeles –. Durante el resto del curso, voy a tratar de encontrar algún tipo de trabajo

remunerado. Me gustaría no depender completamente de la caridad de mis parientes, aunque sólo sea teniendo un dinerillo para mis gastos.

Eso se parecía mucho a la oportunidad que él estaba esperando, pero Miles advirtió una maceta roja apoyada sobre las tablas de madera de un asiento que bordeaba un parterre. Del centro de la maceta brotaba un tallo rojizo, con una corona encrespada como la cresta de un gallo. Si aquello era lo que pensaba... Señaló la maceta.

– ¿Eso es por casualidad su viejo skellytum bonsai? ¿Va a sobrevivir?

Ella sonrió.

– Bueno, al menos es el principio de un nuevo skellytum. La mayor parte de los brotes del antiguo murieron en el camino desde Komarr; pero ése agarró.

– Tiene usted un... con las plantas nativas de Barrayar, aunque supongo que usted no lo definiría como tener los dedos verdes, ¿no?

– No, a menos que sufran de alguna de esas enfermedades serias de las plantas.

– Hablando de jardines... – bien, ¿cómo decirlo sin babear demasiado? –. Creo que, con todo el jaleo, no he tenido tiempo de decirle lo mucho que me impresionaron los diseños de jardines que vi en su comconsola.

– Oh – su sonrisa desapareció, pero luego Ekaterin se encogió de hombros –. No era gran cosa. Sólo por entretenerme.

Bien. Mejor no traer a colación más cosas del pasado reciente que las necesarias, hasta que el tiempo tuviera la oportunidad de quitarle el filo a la aguzada cuchilla de la memoria.

– Fue su jardín barrayarés, el que tenía todas las especies nativas, el que me llamó la atención. Nunca había visto nada parecido.

– Hay una docena de ellos alrededor. Varias de las universidades del Distrito los tienen, como bibliotecas vivientes para sus estudiantes de biología. En realidad no es una idea original.

– Bueno – perseveró él, sintiéndose como un pez que nadara corriente arriba contra el cauce del autodesprecio –. A mí me pareció muy bonito, y se merecía ser algo más que un jardín fantasmal en el holovid. Tengo un solar vacío, veré...

Desplegó el plano, que mostraba la zona ocupada por la mansión Vorkosigan. Señaló con el dedo un extremo pelado en la esquina.

– Esto era otra mansión, junto a la nuestra, que fue derribada durante la Regencia. SegImp no nos dejó construir nada más: querían que fuese una zona de seguridad. No hay más que hierbajos, y un par de árboles que lograron sobrevivir no sé cómo al entusiasmo de SegImp por las líneas de fuego despejadas. Y un montón de caminos cruzados, donde la gente hacía charcos al tomar atajos, hasta que por fin se hartaron y lo cubrieron todo de grava. Es un terreno enormemente aburrido.

Tan aburrido que él lo había ignorado por completo, hasta entonces.

Ella ladeó la cabeza, para seguir su mano mientras bloqueaba el espacio del plano. Su dedo trazó una delicada curva sobre la superficie, pero luego lo retiró tímidamente. Él se preguntó qué posibilidades acababa de imaginar ella allí.

– Pues bien, pienso – continuó con atrevimiento –, que sería espléndido plantar en este lugar un jardín barrayarés, de especies nativas exclusivamente, abierto al público. Una especie de regalo de la familia Vorkosigan a la ciudad de Vorbarr Sultana. Con adornos acuáticos, como en su diseño, y paseos y bancos y todas esas cosas civilizadas. Y esas discretitas placas con los nombres de todas las plantas, para que la gente pueda aprender cosas de la antigua ecología y todo eso.

Ahí tenía: arte, servicio público, educación. ¿Había algún cebo más que hubiera olvidado poner en el anzuelo? Ah, sí, el dinero.

– Es una feliz coincidencia que esté usted buscando un trabajito para el verano – *coincidencia, ja, mira a ver si dejo algo al azar* –, porque creo que sería la persona ideal para encargarse de esto. Diseñe y supervise la instalación del conjunto. Podría darle una ilimitada, um, generosa cantidad presupuestaria, y un salario, por supuesto. Podría usted contratar a los obreros, y traer todo lo que necesite.

Y tendría que visitar la mansión Vorkosigan prácticamente *todos los días*, y consultar *frecuentemente* con su lord residente. Y para cuando el impacto por la muerte de su marido hubiera remitido, y estuviera dispuesta a quitarse sus formales ropas de luto, y todos los solterones Vor de la capital aparecieran ante su puerta, Miles tendría ya ventaja y eso le permitiría espantar a los competidores más deslumbrantes. Era demasiado pronto para sugerir hacerle la corte a su dolido corazón: Miles lo tenía mentalmente claro, aunque su corazón aullara de frustración. Pero una amistad fundada en un negocio justo podría hacer mella en sus defensas...

Ella había alzado las cejas; se tocó con un dedo inseguro aquellos exquisitos labios, pálidos y sin pintar.

– Es exactamente el tipo de trabajo en que me gustaría formarme. No sé cómo hacerlo todavía.

– Pues fórmese sobre la marcha – respondió Miles al instante –. Aprenda con la práctica. Tiene que empezar alguna vez, ¿no? No puede hacerlo más pronto que ahora.

– Pero ¿y si cometo algún error irreparable?

– Pretendo que esto sea un proyecto continuado. Los entusiastas de este tipo de cosas siempre están remodelando sus jardines. Se aburren viendo lo mismo todo el tiempo, supongo. Si más tarde se le ocurre alguna idea mejor, siempre puede revisar el plan. Eso proporcionará variedad.

– No quiero malgastar su dinero.

Si alguna vez se convertía en lady Vorkosigan, tendría que cumplir eso, decidió Miles firmemente.

– No tiene que decidirlo ahora mismo – ronroneó, y se aclaró la garganta. *Cuidado con el tono, chaval. Negocios* –. ¿Por qué no viene a la mansión Vorkosigan mañana, y pasea por el lugar, y ve qué ideas se le ocurren? En realidad no se ve nada mirando este plano. Podemos almorzar después, y hablar de los problemas y las posibilidades que intuya. ¿No es lógico?

Ella parpadeó.

– Sí, mucho – su mano se arrastró curiosa hacia el plano.

– ¿A qué hora puedo recogerla?

– Cuando le parezca conveniente, lord Vorkosigan. Oh, lo retiro. Si es después de las doce, mi tía habrá vuelto de las clases y Nikki podrá quedarse con ella.

– ¡Excelente!

Sí, por mucho que apreciara al hijo de Ekaterin, a Miles le pareció que podía pasarse sin la ayuda de un activo niño de nueve años en aquel delicado baile.

– A las doce entonces. Considérelo un trato – sólo un poco tarde, añadió –: ¿Y le gusta Vorbarr Sultana a Nikki, por ahora?

– Parece que le gusta su habitación, y esta casa. Creo que se va a aburrir un poco si tiene que esperar a que empiece el colegio para conocer a chicos de su edad.

No estaría bien dejar a Nikolai fuera de sus cálculos.

– ¿Deduzco entonces que los retrogenes prendieron, y que ya no corre peligro de desarrollar los síntomas de la distrofia de Vorzohn?

Una sonrisa de profunda satisfacción maternal suavizó el rostro de Ekaterin.

– Eso es. Estoy muy contenta. Los doctores de la clínica de Vorbarr Sultana dijeron que tenía un conjunto celular muy limpio y completo. En cuanto al desarrollo, será como si nunca hubiera heredado la mutación – lo miró –. Es como si me hubieran quitado de encima un peso de quinientos kilos. Creo que podría volar.

Anda que no.

Nikki salió de la casa en ese instante, llevando un plato de galletas con aire de importancia, seguido por la profesora, que traía una bandeja de té y tazas. Miles y Ekaterin se apresuraron a despejar la mesa.

– Hola, Nikki – dijo Miles.

– Hola, lord Vorkosigan. ¿Ese que está ahí fuera es su vehículo de tierra?

– Sí.

– Es una tartana – hizo el comentario sin desprecio, por interés.

– Lo sé. Es una reliquia de la época de mi padre como Regente. Está blindado, por cierto... tiene un impulso masivo.

– ¿Ah, sí? – el interés de Nikki aumentó –. ¿Le han disparado alguna vez?

– No creo que a ese coche en concreto le dispararan, no.

– Ah.

La última vez que Miles había visto a Nikki, el chico tenía el rostro serio y estaba pálido de concentración, pues tuvo que llevar la vela en la ofrenda funeraria de su padre, y obviamente estaba ansioso por hacer bien su parte de la ceremonia. Ahora tenía mucho mejor aspecto, los ojos marrones vivarachos y el rostro de nuevo alegre. La profesora sirvió té, y la conversación trató de otros aspectos generales durante un rato.

Poco después quedó claro que a Nikki le interesaba más la comida que la visita de su madre; rechazó una halagadora oferta adulta de té, y con permiso de su tía abuela tomó varias galletas y se fue a la casa a hacer lo que fuera que hubiese estado haciendo. Miles trató de recordar qué edad tenía cuando sus padres dejaron de parecerle parte del mobiliario. Bueno, a excepción de los militares que escoltaban a su padre, desde luego, que siempre habían atraído su atención. Pero claro, Miles estaba loco por los militares desde que aprendió a nadar. Nikki estaba loco por las naves de salto, y probablemente querría ser piloto. Tal vez Miles pudiera traer a algún piloto a casa, algún día, para deleite del chico. Un piloto felizmente casado, por supuesto, se corrigió.

Había lanzado el cebo y Ekaterin había picado: era hora de retirarse mientras iba ganando. Pero sabía que ella ya había rechazado una prematura oferta para volver a casarse proveniente de alguien completamente inesperado. ¿La habría encontrado ya alguno de los Vor varones que en tanto exceso poblaban Vorbarr Sultana? La capital rebosaba de jóvenes oficiales, burócratas en alza, empresarios agresivos, hombres de ambición y riqueza y rango atraídos al corazón del Imperio. Pero no rebosaba, en un promedio de casi cinco a tres, de sus hermanas. Los padres de la anterior generación habían llevado demasiado lejos las técnicas galácticas de selección de sexo en su loca pasión por tener herederos varones, y los propios hijos que tanto habían anhelado (los contemporáneos de Miles) habían heredado el caos resultante. Si acudías a cualquier fiesta formal en la Vorbarr Sultana actual, prácticamente olías la maldita testosterona en el aire, volatilizada sin duda por el alcohol.

– Así que, ah... ¿ha recibido alguna otra visita, Ekaterin?

– Sólo llegué hace una semana.

Eso no era ni un sí ni un no.

– Pensaba que los solterones la acosarían en un santiamén – espera, no pretendía recalcar eso...

– Sin duda – ella indicó su vestido negro –, esto los mantendrá a raya. Si es que tienen modales.

– Mm, no estoy tan seguro. El panorama social es bastante intenso ahora mismo.

Ella sacudió la cabeza y sonrió con tristeza.

– Para mí no hay ninguna diferencia. Soporté una década de... matrimonio. No necesito repetir la experiencia. Las otras mujeres pueden quedarse con mi parte de solterones – la convicción de su voz quedó reforzada por un característico matiz de acero en la voz –. Es un error que no voy a cometer dos veces. Nunca me volveré a casar.

Miles controló un retortijón, y consiguió responder con una sonrisa compasiva e interesada a esta confidencia. *Sólo somos amigos. No la estoy acosando, no, no. No hace falta que levante sus defensas, señora, no por mí.*

No podía llegar más lejos presionando; lo único que conseguiría sería estropearlo. Obligado a contentarse con el avance de un día, Miles terminó su té, intercambió unas cuantas galanterías con las dos mujeres y se marchó.

Pym se apresuró a abrir la puerta del vehículo de tierra mientras Miles bajaba de un salto los tres últimos escalones. Ocupó el asiento de pasajeros, y mientras Pym se ponía al volante y cerraba el dosel, hizo un gesto grandilocuente.

– A casa, Pym.

Pym salió a la calle y preguntó tímidamente:

– Salió bien, ¿no milord?

– Tal y como lo había planeado. Va a venir mañana a almorzar a la mansión Vorkosigan. En cuanto lleguemos a casa, quiero que llames al servicio de jardinería... que traigan esta noche un equipo de zapadores y le den un buen repaso al terreno. Y habla con... no, yo hablaré con Ma Kosti. El almuerzo debe de ser... exquisito, sí. Ivan siempre dice que a las mujeres les gusta la comida. Pero no demasiado pesada. Vino... ¿beberá ella vino por la mañana? Se lo ofreceré, de todas formas. Algo de los terrenos familiares. Y té si no quiere vino, sé que bebe té. Elimina el vino. Y que limpien la mansión, que retiren todas las sábanas de los muebles de la planta baja... de todos los muebles. Quiero enseñarle la casa antes de que se dé cuenta... No, espera. Me pregunto... si la casa fuera el típico piso de soltero, quizá se conmoviera. Tal vez debería ensuciarla un poco más, amontonar unos cuantos vasos estratégicamente, mondas de fruta bajo el sofá... una silenciosa llamada de *¡Ayúdame! ¡Vente a vivir aquí y ayuda a este pobre tipo...!* ¿O eso acabaría de asustarla? ¿Tú qué opinas, Pym?

Pym frunció juiciosamente los labios, como si estuviera considerando si formaba parte de sus deberes como ayudante acicatear el gusto de su señor por el teatro callejero. Finalmente dijo, cauto:

– Si puedo hablar por el servicio, creo que preferiríamos presentar nuestra mejor imagen.

Dadas las circunstancias.

– Oh. Muy bien.

Miles guardó silencio unos instantes, mientras contemplaba a través del dosel las abarrotadas calles de la ciudad, el Distrito Universitario que dejaban atrás al internarse en los laberintos de la Ciudad Vieja de regreso a la mansión Vorkosigan. Cuando volvió a hablar, el humor maníaco había desaparecido de su voz, ahora más tranquila y sombría.

– La recogeremos mañana a las doce. Tú conducirás. Siempre conducirás cuando la señora Vorsoisson o su hijo estén abordo. Considéralo uno de tus deberes a partir de ahora.

– Sí, mi señor – dijo Pym, y añadió de manera cuidadosa y lacónica –: Será un placer.

El problema de los ataques era el último recuerdo que el capitán de SegImp Miles Vorkosigan había traído a casa después de una década de misiones militares. Había tenido suerte de salir con vida de la criocámara, y con la mente intacta; Miles era plenamente consciente de que a muchos no les iba tan bien. Tuvo suerte de recibir la baja médica y no ser enterrado con honores por su servicio al Emperador, el último de su glorioso linaje, o haberse visto reducido a algún tipo de existencia animal o vegetativa. El estimulador de ataques distaba mucho de ser una cura, aunque se suponía que impedía que éstos se declararan de manera aleatoria. Miles conducía, y pilotaba su volador... pero únicamente cuando iba solo. Nunca llevaba pasajeros. Los deberes de Pym habían aumentado para cubrir la asistencia médica; ya había sido testigo de suficientes ataques de Miles para agradecer este desacostumbrado estallido de tranquilidad.

Miles hizo una mueca. Al cabo de un momento, preguntó:

– ¿Cómo llegaste a cazar a Ma Pym en los viejos tiempos, Pym? ¿Presentaste tu mejor imagen?

– Han pasado casi dieciocho años. Los detalles se han vuelto un poco confusos. – Pym sonrió un poquito –. Era sargento mayor entonces. Había hecho el curso inicial de SegImp, y me asignaron a la seguridad del Castillo Vorhartung. Ella era empleada de los archivos. Pensé que ya no era un niño, que era hora de sentar la cabeza... aunque no estoy seguro de que no sea algo que me hiciera pensar ella, porque dice que fue quien me echó primero el ojo.

– Ah, un tipo guapetón de uniforme, ya veo. Pasa siempre. Entonces, ¿por qué decidiste renunciar al Servicio Imperial y solicitar un cargo con el conde-mi-padre?

– Eh, me pareció un progreso adecuado. Nuestra hijita llegó entonces, yo estaba terminando mis veinte años de servicio, y tenía que decidir si continuar enrolado o no. La familia de mi esposa estaba aquí, y sus raíces, y a ella no le apetecía demasiado seguir al regimiento cargada de niños. El capitán Illyan, que sabía que yo había nacido en el Distrito, fue lo suficientemente amable para darme el soplo de que su padre de usted tenía una plaza entre sus hombres. Y me recomendó,

cuando me atreví a solicitarla. Supuse que estar al servicio de un conde sería un trabajo más tranquilo, adecuado para un padre de familia.

El vehículo llegó a la mansión Vorkosigan; el cabo de SegImp de guardia les abrió las verjas, y Pym se dirigió a la cochera y abrió el dosel.

– Gracias, Pym – dijo Miles, y vaciló –. Una cosita. Dos.

Pym hizo el esfuerzo de parecer atento.

– Cuando tengas oportunidad de hablar con los lacayos de otras casas... agradecería que no mencionaras a la señora Vorsoisson. No quiero que sea objeto de chismorreos molestos, y, um... ella no es asunto de nadie y de sus hermanos, ¿eh?

– Un lacayo leal no chismorrea, señor – dijo Pym, estirado.

– No, por supuesto que no. Lo siento. No quería dar a entender... um, lo siento. Bueno. La otra cosa. Tal vez sea culpable de hablar demasiado, ya ves. No estoy cortejando a la señora Vorsoisson.

Pym trató de parecer adecuadamente neutral, pero una expresión de confusión asomó a su cara.

– Quiero decir, no *formalmente* – se apresuró a decir Miles –. Todavía no. Ella ha... lo ha pasado muy mal, últimamente, y es un poco... difícil. Cualquier declaración prematura por mi parte me temo que acabe en desastre. Es una cuestión de tiempo. La palabra clave es discreción, ¿entiendes lo que quiero decir?

Pym trató de ofrecer una sonrisa discreta pero animosa.

– Sólo somos buenos amigos – reiteró Miles –. Bueno, vamos a serlo.

– Sí, milord. Comprendo.

– Ah. Bien. Gracias.

Miles bajó del vehículo, y mientras se dirigía a la casa añadió por encima del hombro:

– Búscame en la cocina cuando hayas guardado el coche.

Ekaterin se encontraba en mitad del trozo despejado de hierba con la cabeza llena de jardines.

– Si se excava aquí – señaló –, y se apila en ese lado, se ganaría suficiente pendiente para hacer un salto de agua. Un pequeño muro allí, también, para amortiguar el ruido de la calle y ampliar el efecto. Y el caminito curvándose...

Se dio la vuelta y encontró a lord Vorkosigan observándola, sonriente, las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones grises.

– ¿O preferiría usted algo más geométrico?

– ¿Cómo dice? – parpadeó él.

– Es una cuestión estética.

– Yo, uh... la estética no es precisamente mi especialidad – confesó apenado, como si aquello fuera algo que la mujer no hubiera advertido anteriormente.

Ella esbozó con las manos la pieza proyectada, tratando de formar la estructura en el aire.

– ¿Quiere una ilusión de espacio natural, Barrayar antes de que el hombre la tocara, con agua surgiendo de rocas y un arroyo, un paisaje agreste al fondo... o algo más metafórico, con las plantas barrayaresas en los huecos de estas fuertes líneas humanas, probablemente dentro de hormigón? Se pueden hacer cosas realmente maravillosas con agua y hormigón.

– ¿Qué es mejor?

– No es cuestión de mejor o peor. Es cuestión de lo que se intenta decir.

– No lo había considerado una declaración política. Lo consideraba un regalo.

– Si es su jardín, será visto como una declaración política, lo pretenda usted o no.

Él esbozó una semisonrisa mientras lo asimilaba.

– Tendré que pensar en eso. Pero ¿no tiene ninguna duda de que podría hacerse algo con este sitio?

– Oh, ninguna.

Los dos árboles terrestres, al parecer clavados en el terreno un poco al azar, tendrían que desaparecer. El viejo arce estaba podrido y no sería una gran pérdida, pero el joven roble estaba sano... quizá pudieran trasplantarlo. La capa superior del suelo terraformado también debería salvarse. Las manos de Ekaterin se retorcían de ganas de empezar a cavar allí y ahora.

– Es extraordinario encontrar un lugar así en medio de Vorbarr Sultana.

Al otro lado de la calle, un edificio de oficinas comerciales se alzaba una docena de pisos. Por fortuna, daba al norte y no quitaba mucha luz. El sonido de los ventiladores de los vehículos de tierra era un contrapunto continuo a lo largo del lugar donde ella colocaba mentalmente su muro. Al otro lado del parque ya había una gran muralla de piedra rematada de picas de hierro; las copas de los árboles situados más allá ocultaban a medias la gran mansión que ocupaba el centro del solar.

– La invitaría a sentarse mientras me lo pienso – dijo lord Vorkosigan –, pero SegImp no puso bancos: no querían animar a la gente a colarse en la residencia del Regente. Supongamos que ejecuta ambos diseños en su comconsola y me los trae para que los revise. Mientras tanto, ¿nos acercamos a la casa? Creo que mi cocinera tendrá preparado pronto el almuerzo.

– Oh... muy bien – dirigiendo sólo una mirada más a las fascinantes posibilidades, Ekaterin dejó que se la llevara.

Cruzaron el parque. En la esquina de la muralla gris de la entrada principal de la mansión Vorkosigan, una garita de hormigón ofrecía refugio a un guardia vestido con el uniforme verde de Seguridad Imperial. Abrió la verja de hierro para el pequeño lord Auditor y su invitada, y los vio

atravesarla, intercambiando un breve saludo formal por el semisaludo de agradecimiento de Vorkosigan, y le sonrió amablemente a Ekaterin.

La sombría piedra de la mansión se alzó ante ellos, tres pisos de altura en dos alas principales. Lo que parecían docenas de ventanas los observaron. El corto semicírculo del camino de acceso recorría un saludable y vistoso jardín de hierba verde hasta llegar a un pórtico que protegía una puertas dobles de madera tallada, flanqueadas por estrechos ventanales.

– La mansión Vorkosigan tiene doscientos años. Fue construida por mi tataratatarabuelo, el séptimo conde, en un momento de desacostumbrada prosperidad familiar que terminó, entre otras cosas, con la construcción de la mansión – le dijo lord Vorkosigan alegremente –. Sustituyó una deteriorada fortaleza del clan en la vieja zona de Caravanserai, y supongo que justo a tiempo.

Extendió la palma de la mano hacia una lectora, pero las puertas se abrieron en silencio antes de que pudiera tocarla. Miles alzó las cejas e invitó a Ekaterin a pasar al interior.

Dos soldados vestidos con la librea marrón y plata de los Vorkosigan estaban firmes, flanqueando la entrada a un vestíbulo de losas blancas y negras. Un tercer hombre con librea, Pym, el alto conductor a quien ella había conocido cuando Vorkosigan fue a recogerla, acababa de retirarse del panel de control de seguridad de la puerta, también él se puso firmes ante su señor. Ekaterin se sorprendió. En Komarr, no le había dado la impresión de que Vorkosigan mantuviera las viejas formalidades Vor hasta ese punto. Aunque los soldados no eran totalmente formales: en vez de adoptar una expresión pétrea, sonreían, de manera amistosa y casi agradecida.

– Gracias, Pym – dijo Vorkosigan automáticamente, y se detuvo. Tras mirarlos un momento con expresión intrigada, añadió –: Creía que te correspondía turno de noche, Roic. ¿No deberías estar durmiendo?

El más alto y más joven de los guardias se estiró aún más en su posición de firmes y murmuró:

– Milord.

– Milord no es una respuesta. Milord es una evasiva – dijo Vorkosigan, en tono más de observación que de censura. El guardia se aventuró a mostrar una tímida sonrisa.

Vorkosigan suspiró, y se dio la vuelta.

– Señora Vorsoisson, permítame presentarle al resto de los soldados Vorkosigan que me sirven: el soldado Jankowski y el soldado Roic. La señora Vorsoisson.

Ella los saludó con un movimiento de cabeza, y ellos respondieron, murmurando:

– Señora Vorsoisson.

– Es un placer, señora.

– Pym, puedes decirle a Ma Kosti que estamos aquí. Gracias, caballeros, eso será todo – añadió Vorkosigan, con particular énfasis.

Con más sonrisitas tímidas, los hombres se perdieron pasillo abajo. La voz de Pym comentó:

– Veis, qué os dije...

Fuera cual fuese la explicación que dio a sus camaradas, se perdió rápidamente en la distancia, hasta convertirse en un murmullo ininteligible.

Vorkosigan se frotó los labios, recuperó su cordialidad de anfitrión, y se volvió de nuevo hacia ella.

– ¿Le gustaría dar un paseo por la casa antes de almorzar? Mucha gente la considera de interés histórico.

Personalmente, ella pensaba que sería absolutamente fascinante, pero no quería parecer una turista de ojos saltones.

– No deseo molestarlo, lord Vorkosigan.

La boca de él mostró una mueca de preocupación y enseguida volvió a sonreír.

– No hay problema. De hecho, será un placer – su mirada se volvió extrañamente intensa.

¿Quería que ella dijera que sí? Tal vez estaba muy orgulloso de sus posesiones.

– Entonces gracias. Me gustaría mucho.

Fue la respuesta adecuada. Su alegría regresó de sopetón, y de inmediato la condujo hacia la izquierda. Una formal antesala daba paso a una maravillosa biblioteca que se extendía hasta el fondo del ala; ella tuvo que meterse las manos en los bolsillos de la chaquetilla para impedir que se lanzaran sobre los viejos libros impresos y encuadernados en cuero que cubrían la sala del suelo hasta el techo. Él la condujo a través de unas puertas de cristal que había al fondo y la hizo cruzar un jardín trasero donde varias generaciones de sirvientes habían dejado muy poco espacio para cualquier tipo de mejora. Ekaterin pensó que podría meter los brazos hasta el codo en el suelo de plantas perennes. Al parecer decidido a ser concienzudo, él la condujo al lugar donde las alas de la mansión se cruzaban y la hizo bajar hasta una enorme bodega llena de los productos de varias granjas del Distrito Vorkosigan. Pasaron a través de un garaje en el subsótano. El brillante vehículo blindado estaba allí, y también había un volador rojo en un rincón.

– ¿Es suyo? – preguntó ella animosamente, mientras indicaba el volador.

La respuesta de él fue inusitadamente breve.

– Sí. Pero ya no lo piloto mucho.

Oh. Sí. Sus ataques. Se habría dado una patada, por tonta. Temiendo que cualquier intento de disculparse sólo empeorara las cosas, lo siguió mientras atajaban por un enorme y oloroso complejo de cocinas. Allí Vorkosigan le presentó formalmente a su famosa cocinera, una mujer madura llamada Ma Kosti, quien sonrió a Ekaterin de oreja a oreja y cortó de cuajo los intentos de su señor por probar el almuerzo que estaba preparando. Ma Kosti dejó claro que consideraba que sus enormes dominios estaban infrautilizados: pero ¿cuánto podía comer un hombre bajito, después

de todo? Había que decirle que trajera más compañía; espero que vuelva usted pronto, y a menudo, señora Vorsoisson.

Ma Kosti los puso benigneamente de nuevo en camino, y Vorkosigan condujo a Ekaterin a través de una sorprendente sucesión de formales recibidores hasta regresar al vestíbulo.

– Ésas son las zonas públicas – le dijo –. La primera planta es mi territorio.

Con entusiasmo contagioso, la guió por las escaleras para mostrarle una suite de habitaciones que, según aseguró, habían sido utilizadas una vez por el famoso general conde Piotr en persona, y que ahora eran las suyas. Se aseguró de recalcar la excelente vista a los jardines que había desde el saloncito de la suite.

– Hay otras dos plantas, más los desvanes. Los desvanes de la mansión Vorkosigan son algo digno de contemplar. ¿Le gustaría verlos? ¿Hay algo en concreto que le gustaría ver?

– No sé – dijo ella, un poco abrumada –. ¿Creció usted aquí?

Contempló el ordenado saloncito, tratando de imaginar al niño Miles allí dentro, y decidió que estaba agradecida de que no la hubiera empujado directamente hasta su dormitorio, visible a través de la puerta del fondo.

– De hecho, durante los primeros cinco o seis años de mi vida, vivimos en la Residencia Imperial con Gregor – repuso él –. Mis padres y mis abuelos tuvieron un pequeño, ejem, desacuerdo en los primeros años de la Regencia, pero luego se reconciliaron, y Gregor se marchó a la academia preparatoria. Mis padres regresaron aquí; se quedaron con la segunda planta como yo me quedé con la primera. Privilegios del heredero. Varias generaciones en una sola casa funcionan mejor si se trata de una casa muy grande. Mi abuelo ocupó estas habitaciones hasta que murió, cuando yo tenía unos diecisiete años. Antes tenía una habitación en la planta de mis padres, aunque no en la misma ala. La escogieron para mí porque Illyan dijo que tenía el peor ángulo de tiro desde... um, también tiene una buena vista de los jardines. ¿Le gustaría...?

Se volvió, señaló, sonrió por encima del hombro, y la condujo por otras escaleras arriba, la hizo rodear una esquina y recorrer un largo pasillo.

La habitación en la que desembocaron tenía en efecto una buena ventana que daba al jardín, pero todo rastro del niño Miles había desaparecido ya. Ahora era una neutra habitación de invitados, con poca personalidad aparte de la que le prestaba la fabulosa mansión misma.

– ¿Cuánto tiempo estuvo usted aquí? – preguntó ella, mirando alrededor.

– Hasta el invierno pasado, en realidad. Me mudé abajo después de recibir la baja médica. – Alzó la barbilla con su habitual tic nervioso –. Durante la década que serví a las órdenes de SegImp, estaba tan rara vez en casa que nunca pensé que necesitaría mudarme.

– Al menos tenía su propio baño. Estas casa de la Era del Aislamiento son a veces... – ella se interrumpió, pues la puerta que abrió de modo casual resultó ser un armario. La puerta de al lado debía de ser la del baño. Una suave luz se encendió automáticamente.

El armario estaba repleto de uniformes: los viejos uniformes militares de lord Vorkosigan, advirtió por su tamaño y el caro tejido. Después de todo, él no podría utilizar los uniformes normales. Reconoció uniformes negros, imperiales, y los verdes de faena, y el resplandeciente brillo de los uniformes de gala rojos y azules. Un puñado de botas montaban guardia en el suelo. Todo estaba limpio, pero el aroma concentrado de él todavía permeaba el aire seco y cálido que le golpeó el rostro como una caricia. Inhaló, aturdida por el perfume masculino y militar. Pareció fluir de su nariz a su cuerpo directamente, para clavarse en su cerebro. Él se acercó ansioso y la observó; el aroma que había advertido en el aire frío del vehículo de tierra, una halagadora mezcla de cítrico y especia, quedó de pronto intensificado por su proximidad.

Fue el primer momento de sensualidad espontánea que sentía desde la muerte de Tien. *Oh, desde años antes de la muerte de Tien.* Resultó embarazoso, pero a la vez extrañamente reconfortante. *¿Estoy viva por debajo del cuello después de todo?* De pronto se dio cuenta de que se hallaban en su dormitorio.

– ¿Qué es esto? – consiguió que su voz no sonara demasiado aguda, y extendió la mano para descolgar de su percha un uniforme gris desconocido, una pesada chaqueta corta con galones, muchos bolsillos cerrados y un bordado blanco, con pantalones a juego. Los galones de las mangas y el cuello eran un misterio para ella, pero parecía haber un montón. El tejido tenía ese extraño tacto de la ropa ignífuga que sólo poseen los atuendos realmente caros.

La sonrisa de él se suavizó.

– Bueno – retiró la chaqueta de la percha que ella sostenía, y la contempló –. Nunca ha conocido al almirante Naismith, claro. Era mi personalidad favorita cuando trabajaba de incógnito. Él... yo... dirigió durante años la Flota de Mercenarios Dendarii Libres.

– ¿Se hacía pasar usted por un almirante galáctico...

– ... teniente Vorkosigan? – concluyó él la frase tristemente –. Empezó siendo una ficción. Yo hice que fuera real.

Un extremo de su boca se alzó, y con un murmullo de *¿Por qué no?*, colgó la chaqueta del pomo de la puerta y se despojó de su túnica gris, revelando una camisa blanca. Una pistolera que ella no había imaginado sujetaba contra su costado una pistola plana. *¿Incluso aquí va armado?* Sólo era un aturdidor pesado, pero parecía llevarlo con la misma naturalidad con que llevaba la camisa. *Supongo que si eres un Vorkosigan, así es como vistes todos los días.*

Él cambió la túnica por la chaqueta y se la abrochó; los pantalones de su traje eran casi del mismo color, así que no necesitaba ponerse los del uniforme para resaltar su efecto, ni para realizar

su presentación. Se estiró, y cuando lo hizo adoptó una postura totalmente distinta a nada que ella hubiera visto antes: relajado, llenando de algún modo el espacio más allá de su cuerpo diminuto. Extendió un brazo para apoyarlo casualmente contra el marco de la puerta, y su sonrisita se volvió resplandeciente. Con un perfecto acento betano que nunca parecía haber oído hablar del concepto de las castas Vor dijo:

– Oh, no deje que ese chupatierras barrayarés la engañe. Quédese conmigo, señora, y le mostraré la galaxia.

Ekaterin, sorprendida, retrocedió un paso.

Él alzó la barbilla, todavía sonriendo como un demente, y empezó a abrocharse los cierres. Su mano llegó a la cintura de la chaquetilla, estiró la faja, y se detuvo. Los extremos no podían encajar en el centro por cuestión de un par de centímetros, y el broche no pudo cerrarse ni siquiera cuando le dio un empujoncito. Contempló tan cortado esta traicionera falta que Ekaterin no pudo evitar una risita.

La miró, y una triste sonrisa iluminó sus ojos en respuesta. Su voz volvió al acento barrayarés normal.

– Hace más de un año que no me lo pongo. Parece que superamos nuestro pasado en más de un sentido – se quitó la chaqueta del uniforme –. Hmm. Bueno, ya ha conocido a mi cocinera. Para ella la comida no es un trabajo, sino un deber sagrado.

– Tal vez encogió al lavarlo – intentó consolarlo ella.

– Bendita sea. No – suspiró –. La cobertura del almirante se estaba viniendo abajo incluso antes de que lo mataran. Los días de Naismith estaban contados de todas formas.

Su voz apenas daba importancia a esta pérdida, pero ella había visto las cicatrices que había dejado en su pecho la granada de aguja. Recordó el ataque del que había sido testigo, en el salón de su apartamento en Komarr. Recordó la expresión en sus ojos después de que pasara la tormenta epiléptica: confusión mental, vergüenza, ira indefensa. El hombre había presionado su cuerpo más allá del límite, al parecer en la creencia de que la voluntad pura podía conquistarlo todo.

Sí que puede. Durante un tiempo. Luego el tiempo se acababa... no. El tiempo no se acababa. *Pero tú sí acabas, y el tiempo continúa, y te deja.* Sus años con Tien le habían enseñado eso, al menos.

– Supongo que debería dárselos a Nikki para que juegue – él indicó indiferente la hilera de uniformes. Pero sus manos colocaron cuidadosamente la chaqueta gris en su percha, cepillaron una pelusa invisible, y volvieron a colocarla en la barra –. Mientras todavía pueda, y es lo bastante joven para querer. Los dejará pequeños en un par de años, creo.

Ella contuvo la respiración. Creo que eso sería obsceno. Estas reliquias habían sido claramente para él vida y muerte. ¿Qué lo poseía ahora, para creer que no eran más que juguetes?

No se le ocurrió cómo desanimarlo de esta aterradora idea sin que pareciera que despreciaba su oferta. En cambio, tras un instante de silencio que amenazaba con prolongarse insoportablemente, preguntó:

– ¿Volvería atrás? ¿Si pudiera?

Su mirada se volvió distante.

– Bueno, yo... eso es lo extraño. Creo que me sentiría como una serpiente que intenta volver a su piel muerta. Lo echo de menos cada minuto, y sin embargo no tengo ningún deseo de volver – alzó la mirada, y le hizo un guiño –. Las granadas de aguja son una experiencia enriquecedora.

Al parecer ésta era su idea de una broma. Ekaterin no estaba segura de si besarle y desearle lo mejor, o salir corriendo. Consiguió sonreír levemente.

Miles se colocó su túnica civil y la siniestra sobaquera desapareció de la vista. Cerró con firmeza la puerta del armario y la llevó a visitar el resto del segundo piso: señaló la suite de sus padres ausentes, pero para alivio secreto de Ekaterin no se ofreció a llevarla al interior de las habitaciones. Le habría parecido muy raro deambular por el espacio íntimo de los famosos condes como si fuera una especie de *voyeur*.

Finalmente regresaron a «su» planta, al final del ala principal en la que había una habitación que llamó el Salón Amarillo, que al parecer utilizaba como comedor. Habían dispuesto una elegante mesa para dos. Bien, no tendrían que cenar en la enorme caverna tallada con la mesa que podía albergar a cuarenta y ocho comensales; noventa y cuatro apretaditos, si una segunda mesa, astutamente colocada bajo el entramado, se colocaba en paralelo. Obedeciendo una señal invisible, Ma Kostí apareció con el almuerzo en un carrito: sopa, té, una exquisita ensalada de gambas cultivadas y frutas y nueces. Dejó discretamente a solas a su señor y su invitada después del servicio inicial, aunque una gran bandeja de plata cubierta que dejó en el carrito junto a lord Vorkosigan prometía más delicias por venir.

– Es una casa magnífica – le dijo lord Vorkosigan a Ekaterin entre bocado y bocado –, pero por la noche resulta demasiado tranquila. Solitaria. No está hecha para estar tan vacía. Hay que llenarla de nuevo de vida, como en tiempos de mi padre – su tono era casi desconsolado.

– El Virrey y la Virreina regresarán para la boda del Emperador, ¿no? Debería estar de nuevo llena para solsticio de verano – recalcó ella, servicial.

– Oh, sí, y todo su séquito. *Todo el mundo* volverá al planeta para la boda – vaciló –. Incluido mi hermano Mark, ahora que lo pienso. Supongo que debería advertirlo al respecto.

– Mi tío mencionó que tenía usted un clon. ¿Es él... um, eso?

– *Eso* es la forma favorita de los betanos para referirse a los hermafroditas. Definitivamente él. Sí.

– El tío Vorthys no dijo por qué usted... ¿o sus padres?, mandaron hacer un clon, excepto que era complicado, y que debería preguntárselo.

La explicación que acudía primero a la mente era que el conde Vorkosigan quiso un sustituto no deforme para su heredero dañado por la soltoxina, pero obviamente ése no era el caso.

– Ésa es la parte complicada. No fuimos nosotros. Unos komarreses expatriados en la Tierra lo hicieron, como parte de un retorcido plan contra mi padre. Supongo que como no pudieron provocar una revolución militar, pensaron en recurrir a la guerra biológica que les entraba dentro del presupuesto. Consiguieron que un agente tomara una muestra de tejido mía... no tuvo que ser difícil, puesto que pasé por cientos de tratamientos médicos y pruebas y biopsias de niño... y lo cultivaron en una de las granjas de clones menos atractivas de Jackson's Whole.

– Dios mío. Pero el tío Vorthys dijo que su clon no se parecía a usted... ¿creció sin sus, um, daños prenatales entonces?

Le hizo un gesto, pero no dejó de mirarlo amablemente. Ya había visto que era algo sensible respecto a los defectos de nacimiento. *Teratogénico, no genético*: se había asegurado de que ella comprendiera.

– Si hubiera sido tan sencillo... Empezó a crecer como debería, así que tuvieron que esculpir su cuerpo para dejarlo de mi tamaño. Y de mi forma. Fue bastante desagradable. Pretendían que pudiera hacerse pasar por mí, así que cuando me sustituyeron los huesos de las piernas por otros sintéticos, a él se los sustituyeron también. Sé exactamente cuánto debió dolerle. Y lo obligaron a estudiar para hacer de mí. Todos los años que me pasé pensando que era hijo único, y él desarrollaba el peor caso de rivalidad entre hermanos que pueda imaginarse. Piénselo. Nunca se le permitía ser él mismo, se le comparaba constantemente (bajo amenaza de tortura, en realidad) con su hermano mayor... Para cuando el plan se fue al garete, le faltaba poco para volverse loco.

– ¡Ya lo creo! Pero... ¿cómo lo rescató usted de los komarreses?

Él guardó silencio un instante y luego dijo:

– Apareció por su cuenta, al fin. En cuanto entró en la órbita betana de mi madre... bueno, ya puede imaginar. Los betanos tienen convicciones muy claras y estrictas sobre las responsabilidades parentales para con los clones. Supongo que Mark se sorprendió un montón. Sabía que tenía un hermano, Dios sabe que se lo habían hecho saber, pero no esperaba unos padres. Desde luego, no esperaba a Cordelia Vorkosigan. La familia lo ha adoptado, supongo que es la forma más sencilla de expresarlo. Estuvo aquí en Barrayar durante algún tiempo, y el año pasado mi madre lo envió a la Colonia Beta, para que asistiera a la universidad y se sometiera a terapia bajo la supervisión de mi abuela betana.

– Eso no parece mal – dijo ella, satisfecha con el final feliz de la extraña historia. Parecía que los Vorkosigan cerraban filas en torno a los suyos.

– Mm, tal vez. Los informes que llegan de mi abuela sugieren que ha sido duro para él. Verá, tiene esa obsesión (perfectamente comprensible) por diferenciarse de mí, para que nadie vuelva a confundirnos nunca más. Cosa que, por mí, perfecto, no me malinterprete. Creo que es una idea magnífica. Pero... podría haberse hecho un moldeo facial, o esculpido el cuerpo, o cultivado hormonas, o haberse cambiado el color de los ojos o teñido el pelo, o algo por el estilo, pero... en cambio lo que ha decidido ha sido ganar más y más peso. Con mi altura, el efecto es sorprendente. Creo que le gusta así. Lo hace a propósito – contempló su plato, pensativo –. Creía que la terapia betana podría hacer algo al respecto, pero al parecer no es así.

Un roce en el borde del mantel hizo que Ekaterin diera un respingo; un gatito blanco y negro de aspecto decidido se aupó a la mesa, con sus garras como pitones, y se dirigió al plato de Vorkosigan. Él sonrió ausente, tomó un par de gambas de su ensalada, y las depositó ante el animal, que gruñó y ronroneó mientras masticaba con entusiasmo.

– La gata del guardia no para de tener gatitos – explicó –. Admiro la forma en que ven la vida, pero se vuelven...

Quitó la gran tapa de la bandeja y la depositó sobre la criatura, atrapándola. El ronroneo asustado resonó contra el hemisferio de plata como si fuera una máquina que hiciera girar sus marchas.

– ¿Postre?

La bandeja de plata estaba cargada con ocho pastas diferentes, tan alarmanamente hermosas que Ekaterin consideró que sería un crimen estético comerlas sin grabarlas primero en vid para la posteridad.

– Oh, cielos.

Después de una larga pausa, señaló uno cubierto de crema y frutas glaseadas como joyas. Vorkosigan lo sirvió en un plato, y se lo tendió. Él contempló el postre, pero Ekaterin advirtió que no seleccionaba ninguno. No estaba gordo, pensó indignada; cuando hacía de almirante Naismith debía de haber estado prácticamente en los huesos. El postre sabía tan delicioso como su aspecto indicaba, y la contribución de Ekaterin a la conversación cesó durante un ratito. Vorkosigan la observó, sonriendo con un placer morboso.

Mientras ella acababa con las últimas moléculas de nata de su plato, en el pasillo sonaron pasos, y voces de hombres. Reconoció el vozarrón de Pym, que decía:

–... no, mi señor está reunido con su nueva diseñadora paisajística. No creo que desee que lo molesten.

Una voz de barítono replicó:

– Sí, sí, Pym. Ni yo. Es un asunto oficial de parte de mi madre.

Una expresión de extremo malestar asomó en el rostro de Vorkosigan, y masculló una maldición demasiado ahogada para que Ekaterin pudiera entenderla. Cuando el visitante asomó a la puerta del Salón Amarillo, su expresión se volvió neutra.

El hombre a quien Pym no conseguía cerrar el paso era un joven oficial, alto y sorprendentemente guapo, un capitán con uniforme verde. Tenía el pelo oscuro, ojos pardos y risueños, y una sonrisa perezosa. Se detuvo para dirigir a Vorkosigan un burlón saludo y dijo:

– Salve, oh, lord Auditor primo. Dios mío, ¿eso que veo es el postre de Ma Kosti? Dime que no llego demasiado tarde. ¿Queda algo? ¿Puedo lamer las migajas?

Entró en el salón y miró a Ekaterin de arriba a abajo.

– ¡Oh-ho! ¡Preséntame a tu *diseñadora paisajística*, Miles!

Lord Vorkosigan dijo, entre dientes:

– Señora Vorsoisson, le presento a mi molesto primo, el capitán Ivan Vorpatril. Ivan, la señora Vorsoisson.

Sin molestarse en lo más mínimo por la presentación, Vorpatril sonrió, hizo una reverencia sobre su mano, y la besó. Sus labios rozaron su piel un segundo de más, pero al menos eran secos y cálidos; Ekaterin no tuvo que superar el impulso de limpiarse la mano en la falda cuando por fin la soltó.

– ¿Y acepta usted encargos, señora Vorsoisson?

Ekaterin no estaba segura de si debía sentirse divertida u ofendida por su alegre tono, pero parecía más seguro mostrarse divertida. Se permitió una sonrisita.

– Sólo estoy empezando.

– Ivan vive en un apartamento – intervino lord Vorkosigan –. Creo que tiene una maceta en el balcón, pero la última vez que miré, estaba vacía.

– Era *invierno*, Miles.

Un leve maullido procedente de la tapa de plata llamó su atención. La miró, alzó con cuidado un extremo y dijo:

– Ah. Uno de vosotros.

Y la volvió a soltar. Dio la vuelta a la mesa, espió el plato de postre sin usar, sonrió beatíficamente y se sirvió dos pasteles con el tenedor sobrante del plato de su primo. Regresó al asiento vacío del otro lado, soltó sus despojos, acercó una silla y se sentó entre lord Vorkosigan y Ekaterin. Se volvió hacia los maullidos de protesta que aumentaban de volumen, suspiró, soltó al prisionero felino y lo colocó en su regazo, sobre la servilleta de fino lino, y lo entretuvo con una buena porción de nata que le cubría las patas y la cara.

– No dejéis que os interrumpa – añadió mientras daba el primer bocado.

– Estábamos terminando – dijo Vorkosigan –. ¿Por qué estás aquí, Ivan? – y añadió entre dientes –: ¿Y por qué no pudieron esos guardaespaldas impedirte el paso? ¿Tendré que dar órdenes para que te disparen?

– Mi fuerza es grande porque mi causa es justa – le informó Vorpatril –. Me envía mi madre con una lista de encargos para ti, larga como mi brazo. Con notas al pie.

Sacó un largo papel de su túnica, lo desenrolló y se lo tendió a su primo; el gatito se puso de espaldas y trató de agarrarlo, e Ivan se entretuvo un instante haciéndolo rabiar.

– ¡Tik-tik-tik!

– Tu decisión se debe a que tienes más miedo de tu madre que de mis lacayos.

– Igual que tú. Y que tus lacayos – observó lord Vorpatril, engullendo otro bocado de postre.

Vorkosigan se tragó una risa involuntaria y luego recuperó su expresión severa.

– Ah... señora Vorsoisson, voy a tener que encargarme de esto. Será mejor que lo dejemos por hoy – le sonrió para pedirle disculpas y retiró su silla.

Lord Vorkosigan sin duda tenía importantes asuntos de seguridad que discutir con el joven oficial.

– Por supuesto. Um, encantada de conocerlo, lord Vorpatril.

Impedido por el gatito, el capitán no se levantó, pero asintió para ofrecer su más cordial despedida.

– Señora Vorsoisson, ha sido un placer. Espero que volvamos a vernos pronto.

La sonrisa de Vorkosigan desapareció; ella se levantó y él la condujo hasta el pasillo, mientras se llevaba a los labios el comunicador de muñeca y murmuraba:

– Pym, por favor trae el coche. – Hizo un gesto hacia delante, y la alcanzó en el pasillo –. Lamento lo de Ivan.

Ella no llegaba a comprender qué había que lamentar, así que ocultó su asombro encogiéndose de hombros.

– ¿Entonces tenemos un trato? – continuó él –. ¿Se encargará de mi proyecto?

– Tal vez sería mejor que viera usted primero unos cuantos diseños posibles.

– Sí, por supuesto. Mañana... o puede usted llamarme cuando esté lista. ¿Tiene mi número?

– Sí, me dio varios allí en Komarr. Todavía los tengo.

– Ah. Bien.

Bajaron la gran escalera, y Miles adoptó una expresión pensativa. Al pie, la miró y añadió:

– ¿Y todavía tiene ese pequeño recuerdo?

Se refería al diminuto modelo de Barrayar, colgado de una cadena, recuerdo de los sombríos acontecimientos que no podían discutir en público.

– Oh, sí.

Él se detuvo, esperanzado, y ella lamentó no poder mostrársela en el acto, pero le parecía una joya demasiado valiosa para llevarla puesta todos los días; estaba guardada, cuidadosamente envuelta, en un cajón en casa de su tía. Pasado un instante oyeron el vehículo de tierra y él la condujo hasta las puertas dobles.

– Buenos días entonces, señora Vorsoisson.

Le estrechó la mano, firmemente y sin retenerla demasiado tiempo, y la acompañó hasta el compartimento trasero del vehículo.

– Supongo que será mejor que vuelva con Ivan.

Cuando el dosel se cerró y el vehículo se marchó, se dio la vuelta. Para cuando el coche franqueó las verjas, ya había desaparecido de la vista.

Ivan depositó en el suelo uno de los platos de ensalada usados y acercó al gatito. Tenía que admitir que un animal joven de casi cualquier especie era una ayuda excelente; había advertido la forma en que la fría expresión de la señora Vorsoisson se suavizó cuando jugueteaba con la horrible criatura peluda. ¿Dónde había encontrado Miles a esa sorprendente viuda? Se acomodó en su silla, vio la lengua rosada del gatito rebañar el plato y reflexionó sombrío sobre su salida de la noche anterior.

Su cita parecía una joven muy dispuesta: estudiante de la universidad, lejos de casa por primera vez, destinada a dejarse impresionar por un oficial imperial Vor. De mirada atrevida y nada tímida: ella lo había recogido a él en su volador. Ivan era experto en los usos del volador para romper las barreras psicológicas y crear el ambiente adecuado. Unos cuantos pases suaves y casi siempre podías provocar algunos de esos grititos que hacen que la joven dama se te agarre con fuerza, el pecho le suba y le baje con la respiración agitada y abra los labios cada vez más dispuestos para ser besados. Esta chica, sin embargo... no había estado tan cerca de echar hasta la primera papilla en un volador desde aquella vez en que quedó atrapado con Miles en una de sus fases maníacas en una demostración de vuelo sobre Hassadar. Ella se echó a reír, perversamente, mientras Ivan sonreía indefenso y con los dientes apretados, los nudillos blancos contra el cinturón de seguridad.

Luego, en el restaurante que ella eligió, se encontraron oh-tan-casualmente con aquel maldito estudiante graduado, y las cosas empezaron a encajar. Ella lo había estado utilizando *a él*, maldición, para poner a prueba la devoción del estudiante, y el tontorrón había picado a pies juntillas. *Cómo está usted, señor. Oh, ¿no es tu tío el que dijiste que estaba en el servicio? Usted perdone...* La educada manera en que había conseguido convertir la respetuosa oferta de una silla en un sutil insulto había sido digna de... digna del pariente más bajito de Ivan, desde luego. Ivan había escapado temprano, deseándoles en silencio que se lo pasaran bien. Que el castigo cuadre con el

crimen. No sabía qué estaba pasando con las chicas barrayaresas de hoy en día. Se estaban volviendo casi... casi galácticas, como si hubieran estado tomando lecciones de la formidable amiga de Miles, Quinn. La severa recomendación de su madre para que se ciñera a las mujeres de su edad y clase casi parecía que empezaba a tener sentido.

Unos pasos ligeros resonaron en el pasillo y su primo apareció en la puerta. Ivan pensó, y lo descartó enseguida, darle a Miles una vívida descripción de la debacle de la pasada velada. Fuera cual fuese la emoción que tensaba los labios de Miles y agachaba su cabeza en aquella expresión de bulldog con los pelos de punta distaba mucho de prometer compasión.

– Oportuno como siempre, Ivan – Masculló Miles.

– ¿Qué pasa, he estropeado tu *tête-a-tête*? *Diseñadora paisajística*, ¿eh? A mí también podría despertármeme de pronto el interés por los paisajes. Vaya perfil.

– Exquisito – suspiró Miles, distraído temporalmente por alguna visión interna.

– Y de cara tampoco está mal – añadió Ivan, observándolo.

Miles casi picó el cebo entonces, pero sofocó su respuesta inicial con una mueca.

– No te vuelvas ansioso. ¿No me estabas diciendo que tenías un asuntillo con esa señora de Vor-como-se-llame?

Echó atrás la silla y se desplomó en ella, cruzando los brazos y los tobillos. Miró a Ivan con ojos entornados.

– Ah. Sí. Bueno. Eso parece que no funcionó.

– Me sorprendes. ¿El marido complaciente no era tan complicado después de todo?

– Era tan obtuso... Quiero decir que ahora están fabricando a su hijo en un replicador uterino. No es que a nadie se le ocurra aceptar a un pequeño bastardo en el árbol familiar hoy en día. En cualquier caso, ha conseguido un puesto en la administración colonial y se la lleva a Sergyar. Apenas nos dejó despedirnos de forma civilizada.

Había sido una escena desagradable con veladas amenazas de muerte, en realidad. Eso podría haber quedado mitigado por el menor signo de pesar, o incluso preocupación por la salud de Ivan por parte de ella, que se pasó en cambio todo el rato colgada del brazo de su marido y con cara de estar impresionada por sus reclamaciones territoriales. En cuanto a la adolescente terrorista del volador a quien había intentado convencer para que aliviar a su corazón partido... reprimió un escalofrío.

Ivan se sacudió de la depresión que le provocaban los recuerdos y continuó:

– ¡Pero una viuda, una viuda joven de verdad! ¿Sabes lo difíciles que son de encontrar hoy en día? Conozco gente en el Cuartel General que daría la mano derecha por una viuda amistosa, si no fuera porque tiene que usarla durante las noches largas y solitarias. ¿Cómo te tocó semejante lotería?

Su primo no se dignó a contestar. Al cabo de un momento, señaló los papeles, enrollados junto al plato vacío de Ivan.

– ¿Qué es todo esto?

– Ah.

Ivan los desenrolló y se los tendió.

– Es la agenda para tu inminente reunión con el Emperador, la futura emperatriz y mi madre. Trae loco a Gregor con todos los detallitos sobre la boda. Como tú vas a ser el Segundo de Gregor, se requiere y exige tu presencia.

– Oh. – Miles echó un vistazo al contenido. Frunció el ceño, sorprendido, y miró de nuevo a Ivan –. No es que esto no sea importante, pero ¿no deberías estar de servicio ahora mismo?

– Ja – dijo Ivan, sombrío –. ¿Sabes lo que me han hecho esos hijos de perra?

Miles sacudió la cabeza, alzando las cejas.

– Me han destinado formalmente al servicio de mi madre, mi madre, como ayuda de cámara hasta que pase la boda. Me uní al Servicio para escapar de mi madre, maldición. ¡Y ahora de pronto es mi oficial en jefe!

La breve sonrisa de su primo carecía totalmente de simpatía.

– Hasta que Laisa esté felizmente casada con Gregor y pueda encargarse de sus deberes como anfitriona política, tu madre tal vez sea la persona más importante de Vorbarr Sultana. No la subestimes. He visto planes de invasiones planetarias menos complejos que lo que se está preparando para esta boda imperial. Harán falta todas las dotes de mando de tía Alys para que salga bien.

Ivan sacudió la cabeza.

– Sabía que tendría que haber pedido que me destinaran a algún planeta lejano mientras aún podía. Komarr, Sergyar, alguna pequeña embajada, cualquier sitio menos Vorbarr Sultana.

Miles se puso serio.

– No sé, Ivan. Descontando un ataque por sorpresa, éste es el acontecimiento político más importante de... estaba a punto de decir del año, pero creo que en realidad es de nuestra vida. Cuantos más herederos puedan poner Gregor y Laisa entre tú y yo y el Imperio, más seguros estaremos. Nosotros y nuestras familias.

– No tenemos familia todavía – señaló Ivan. *¿Así que eso es lo que tienen en mente para la bonita viuda? Oh-oh.*

– ¿Nos habríamos atrevido? Desde luego yo sí que pienso en el tema, cada vez que me acerco lo suficiente a una mujer para... no importa. Pero esta boda tiene que ir como la seda, Ivan.

– No lo discuto – dijo éste sinceramente. Extendió la mano para disuadir al gatito, que había dejado limpio el plato, de que se afilara las garras en sus pulidas botas. Unos instantes sobre su

regazo enfriaron ese entusiasmo y se dedicó, ronroneando, al serio asunto de digerir y hacer crecer más pelo que soltar sobre los uniformes imperiales.

– ¿Cuál dijiste que era el nombre de pila de tu viuda? – Miles todavía no había revelado esa información.

– Ekaterin – suspiró Miles. Su boca pareció acariciar las cuatro sílabas antes de despedirse de ellas.

Oh, sí. Ivan recordó todas las burlas que su primo le había infligido por sus numerosos asuntos amorosos. *¿Creías que era una piedra, para que afilaras tu astucia conmigo?* La oportunidad para igualar el marcador pareció flotar sobre el horizonte como las nubes de lluvia después de una larga temporada de sequía.

– Está transida de dolor, ¿no? Me parece que le vendría bien alguien con sentido del humor que la anime un poco. Tú no, estás pasando claramente por una de tus crisis. Quizá debería ofrecerme para enseñarle la ciudad.

Miles acababa de servirse más té y estaba a punto de colocar los pies encima de una silla vecina; cuando lo hizo, sonó un golpe.

– Ni lo pienses. Ésta es *mía*.

– ¿De verdad? ¿Ya te has prometido en secreto? Trabajas rápido, primo.

– No – admitió él a regañadientes.

– ¿Has iniciado algún tipo de relación?

– Todavía no.

– Entonces ella no es de nadie. De momento.

Miles, algo poco habitual en él, tomó despacio un sorbo de té antes de responder.

– Pretendo cambiar eso. Cuando sea el momento adecuado, y sin duda no lo es todavía.

– Eh, todo vale en el amor y en la guerra. ¿Por qué no puedo intentarlo yo?

– Si te metes en esto, será la guerra – replicó Miles.

– No dejes que tu nuevo estatus superior se te suba a la cabeza, prima. Ni siquiera un Auditor Imperial puede ordenar a una mujer que se acueste con él.

– Que se case con él – corrigió Miles fríamente.

Ivan ladeó la cabeza, sonriendo de oreja a oreja.

– Dios mío, te ha dado fuerte. ¿Quién lo habría imaginado?

Miles enseñó los dientes.

– Al contrario que tú, yo nunca he fingido que no me interesa ese destino. No tengo ningún discursito de soltero de soltero que tragarme. Ni una reputación juvenil como semental local que mantener. O que cumplir, como tal vez sea el caso.

– Vaya, estamos quisquillosos hoy.

Miles tomó aire; antes de que pudiera hablar, Ivan intervino:

– Sabes, esa actitud hostil hace que parezcas más jorobado. Deberías tener más cuidado.

Tras un largo y gélido silencio, Miles dijo en voz baja:

– ¿Estás desafiando mi ingenuidad... Ivan?

– Ah... – no tardó mucho en encontrar la respuesta adecuada –. No.

– Bien – Miles suspiró –. Bien...

Se produjo otro largo y tenso silencio, durante el cual su primo estudió a Ivan con los ojos entornados. Por fin, pareció llegar a una decisión interna.

– Ivan, te pido tu palabra como Vorpatril, sólo entre tú y yo, de que dejarás a Ekaterin en paz.

Ivan alzó las cejas.

– Eso es un poco pedir demasiado, ¿no? Quiero decir, ¿ella no tiene derecho a voto?

Los ojos de Miles echaron chispas.

– No sientes ningún interés real por ella.

– ¿Y tú cómo lo sabes? ¿Y cómo lo sé yo? Apenas he tenido oportunidad de saludarla antes de que te la llevaras.

– Te conozco. Para ti es intercambiable con las próximas diez mujeres que tengas oportunidad de conocer. Bueno, pues para mí no es intercambiable. Propongo un trato. Puedes quedarte con el resto de las mujeres del universo. Yo sólo quiero a ésta. Creo que es justo.

Era de nuevo uno de aquellos argumentos de Miles que siempre parecían resultar tan lógicos para que Miles consiguiera lo que quería. Ivan reconoció el esquema: no había cambiado desde que tenían cinco años. Sólo había evolucionado el contenido.

– El problema es que el resto de las mujeres del universo no son tuyas tampoco – puntualizó Ivan, triunfal. Después de un par de décadas de práctica, se estaba volviendo más rápido en esto –. Estás tratando de cambiar algo que no tienes por... algo que no tienes.

Frustrado, Miles se acomodó en su silla y se lo quedó mirando.

– En serio – dijo Ivan –, ¿no es tu pasión un poco repentina para tratarse de un hombre que acaba de separarse en Feria de Invierno de la estimable Quinn? ¿Dónde has estado escondiendo a esta Kat hasta ahora?

– Ekaterin. La conocí en Komarr.

– ¿Durante tu investigación? Entonces es reciente. Eh, no me lo has contado todo sobre tu primer caso, primo lord Auditor. He de decir que todo ese clamor con el espejo solar parece haberse convertido en nada.

Esperó, expectante, pero Miles no recogió la invitación. No debía estar en uno de sus volubles estados de ánimo. *O no lo puedes conectar o no lo puedes desconectar*. Bueno, si había que elegir, era mejor verlo taciturno, porque era más seguro para los peatones inocentes.

– ¿Tiene una hermana? – Añadió Ivan al cabo de un momento.

– No.

– Nunca las tienen – Ivan reprimió un suspiro –. ¿Quién es, en realidad? ¿Dónde vive?

– Es la sobrina del lord Auditor Vorthys, y su marido sufrió una muerte terrible hace dos meses. Dudo que esté de humor para tu humor.

Al parecer no era la única. Maldición. Pero Miles parecía decidido a mostrarse inflexible.

– Eh, se mezcló en uno de tus asuntos, ¿eh? Así aprenderá. – Ivan se echó hacia atrás y sonrió amargamente –. Supongo que es una manera de resolver la escasez de viudas. Crear las tuyas propias.

Toda la diversión latente que había esquivado hasta ahora las salidas de Ivan se borró de pronto de la cara de su primo. Enderezó la espalda tanto como pudo, y se inclinó hacia delante, agarrándose a los brazos de la silla. Su voz se convirtió en un susurro helado.

– Te agradeceré, lord Vorpatril, que no vuelvas a repetir esa sandez. Nunca.

A Ivan, sorprendido, le dio un vuelco el estómago. Había visto a Miles actuar como lord Auditor un par de veces ya, pero nunca con él. Los vivarachos ojos grises de pronto tuvieron toda la expresión de un par de cañones de pistola. Ivan abrió la boca, luego la cerró, con más cuidado. ¿Qué demonios estaba pasando? ¿Y cómo alguien tan bajito podía proyectar tanta sensación de amenaza? Años de práctica, supuso Ivan. Y *condicionamiento*.

– Era una broma, Miles.

– No la encuentro nada divertida. – Miles se frotó las muñecas y frunció el ceño. Un músculo dio tirón en su mejilla; alzó la barbilla. Tras un momento, añadió –: No voy a contarte nada del caso de Komarr, Ivan. Es material peligroso, y no es ninguna chorrada. Te diré algo y espero no tener que añadir más. La muerte de Etienne Vorsoisson fue fea, un asesinato, y sin duda no conseguí impedirla. Pero yo no la causé.

– Por el amor de Dios, Miles, yo no creía que tú...

– No obstante – su primo alzó la voz para ahogar la suya –, todas las pruebas que lo demuestran están ahora clasificadas. De ello se desprende que, si se hace contra mí una acusación semejante, no puedo acceder a los hechos o testimonios para rebatirla. Piensa en las consecuencias durante un segundo, por favor. Sobre todo si... mis intenciones prosperan.

Ivan se mordió la lengua un momento, sin saber qué decir. Luego sonrió.

– Pero... Gregor tiene acceso. ¿Quién podría discutir con él? Gregor podría exonerarte.

– ¿Mi hermano adoptivo, el Emperador, que me nombró Auditor por hacerle un favor a mi padre? ¿No es lo que dice todo el mundo?

Ivan se agitó, incómodo. ¿Entonces Miles se había enterado de eso?

– La gente que te conoce sabe que no es así. ¿Dónde te enteras de esas cosas, Miles?

Miles se encogió de hombros e hizo un pequeño gesto con la mano por toda respuesta. Se estaba volviendo moleestamente político. Ivan tenía un poco menos de interés por implicarse en la política imperial que por acercarse a un arco de plasma a la cabeza y apretar el gatillo. No es que saliera gritando cada vez que se mencionaba el tema; eso habría llamado demasiado la atención. Despegarse lentamente, eso era lo que había que hacer. Miles... Miles el maníaco tal vez tenía cualidades para emprender una carrera política. El enano tuvo desde siempre aquella vena suicida. *Mejor tú que yo, chico.*

Miles, que se había puesto a estudiar sus botas, alzó de nuevo la cabeza.

– Sé que no tengo ningún derecho a exigirte nada, Ivan. Todavía estoy en deuda contigo por... por los acontecimientos del otoño pasado. Y por la otra docena de veces en que me salvaste el cuello, o lo intentaste. Todo lo que puedo hacer es pedírtelo. Por favor. No tengo muchas oportunidades y este asunto lo significa todo para mí.

Una sonrisa torcida.

Esa maldita sonrisa. ¿Era culpa de Ivan haber nacido sano mientras su primo nacía lisiado? No, rayos. Era la puñetera política lo que le había estropeado, y uno podría pensar que habría aprendido la lección, pero no. Estaba demostrado que ni siquiera los disparos de un francotirador detenían al enano hiperactivo. Mientras te incitaba a estrangularlo con tus propias manos, conseguía que te sintieras lo suficientemente orgulloso para llorar.

Al menos, Ivan había procurado que nadie pudiera verle la cara cuando presenció en la sala del Consejo cómo Miles realizaba su juramento como Auditor con aquella aterradora intensidad, ante todo Barrayar, en la última Feria de Invierno. Tan pequeño, tan lisiado, tan molesto. Tan incandescente. *Dale a la gente una llama y la seguirá a cualquier parte.* ¿Sabía Miles lo peligroso que era?

Y el pequeño paranoico creía de verdad que Ivan tenía el poder mágico de seducir a cualquier mujer que Miles quisiera para sí. Sus temores eran más halagadores para Ivan de lo que jamás dejaría entrever. Pero Miles tenía tan pocos detalles de humildad, que parecía casi un pecado privarlo de éste. Malo para su alma, eh.

– Muy bien – suspiró Ivan –. Pero sólo te concedo el primer disparo, te lo advierto. Si ella te dice que te largues, creo que tengo derecho a ser el siguiente en la lista.

Miles casi se relajó.

– Es todo lo que te estoy pidiendo – entonces volvió a tensarse –. Tu palabra como Vorpatril, te lo advierto.

– Mi palabra como Vorpatril – concedió Ivan a regañadientes, después de un instante muy largo.

Miles se relajó del todo, mucho más alegre. Unos cuantos minutos de conversación sobre la agenda para la sesión de planificación de lady Alys se convirtieron en una enumeración de las múltiples virtudes de la señora Vorsoisson. Si había algo peor que soportar los celos preventivos de su primo, decidió Ivan, era escuchar sus esperanzados farfulleos románticos.

Estaba claro que aquella tarde la mansión Vorkosigan no iba a ser un buen lugar para esconderse de lady Alys, ni, sospechaba, muchas tardes por venir. Miles ni siquiera estaba interesado en tomarse la copa de rigor; cuando empezó a explicarle los diversos planes para sus jardines, Ivan puso la excusa de que tenía deberes que cumplir y se escapó.

Mientras se dirigía hacia las escaleras, Ivan advirtió que Miles había vuelto a hacerlo. Había obtenido exactamente lo que quería, e Ivan ni siquiera estaba seguro de cómo lo había hecho. Ivan no tenía ninguna intención de mancillar el honor de su apellido por aquel asunto. Sólo la sugerencia ya resultaba ofensiva, en cierto modo. Frunció el ceño, frustrado.

Era un error.

Si aquella Ekaterin era tan buena, se merecía un hombre que se preocupara por ella. Y si el amor de la viuda por Miles tenía que ser puesto a prueba, sería mejor que fuera más pronto que tarde. Miles no tenía ningún sentido de la proporción, de la contención, de... de la autoconservación. Sería devastador si ella decidía rechazarlo. Sería de nuevo la terapia de baños de agua helada. *La próxima vez, debería mantener la cabeza bajo el agua más tiempo. Lo dejé salir demasiado pronto, ése fue mi error...*

Casi sería un servicio público mostrarle a la viuda las alternativas antes de que Miles la volviera loca como a todo el mundo. Pero... Miles había conseguido que Ivan le diera su palabra con total e implacable determinación. Lo había obligado, prácticamente, y un juramento obligado no era ningún juramento.

La manera de sortear este dilema se le ocurrió a Ivan entre un escalón y el siguiente; silbó de repente. El plan era casi... milesiano. Justicia cósmica, darle al enano una ración de su propia medicina. Para cuando Pym le abrió la puerta principal, Ivan volvía a sonreír.

Kareen Koudelka se sentó ansiosa en el asiento que daba a la ventanilla de la lanzadera orbital, y apretó la nariz contra la portilla. Todo lo que pudo ver fue la estación y su fondo estrellado. Tras interminables minutos, los habituales golpes metálicos y chasquidos iniciaron el desatraque, y la lanzadera se separó de la estación. El emocionante arco coloreado del señalizador de Barrayar pasó ante sus ojos mientras la lanzadera iniciaba su descenso. La parte occidental del Continente Norte todavía brillaba en la tarde. Pudo ver los *mares*. De nuevo en casa, después de casi un año. Kareen se acomodó en su asiento y reflexionó sobre sus sentimientos encontrados.

Deseó que Mark estuviera aquí con ella, para comparar notas. ¿Cómo manejaba la disonancia cognitiva gente como Miles, que había salido del planeta quizá cincuenta veces? También él había pasado un año como estudiante en la Colonia Beta, cuando era aún más joven que ella. Kareen advirtió que tenía muchas preguntas que hacerle ahora, si podía hacer acopio de valor.

Así que Miles Vorkosigan era ahora Auditor Imperial. Resultaba difícil imaginarlo como uno de esos vejstorios estirados. Mark se había puesto nerviosísimo ante la noticia, antes de enviar un mensaje de felicitación por tensorsayo, pero claro, Mark tenía esa cosa con Miles. Cosa no era un término psicocientífico aceptado, según le había informado su terapeuta, pero no había otro término suficientemente amplio y flexible para abarcar toda la complejidad de la... cosa.

Hizo repaso de sí misma, tirando de la camisa y alisándose los pantalones. La ecléctica mezcla de prendas (pantalón estilo komarrés, chaquetilla barrayaresa, una camisa de sintoseda de Escobar) no iba a escandalizar a su familia. Estiró un rizo rubio platino y se puso bizca para mirarlo. Su pelo casi volvía a tener la longitud y el estilo de cuando se marchó. Sí, todos los cambios importantes eran interiores, privados. Podría revelarlos o no, a su debido tiempo, según le pareciera adecuado o seguro. ¿Seguro?, se preguntó divertida. Estaba dejando que las paranoias de Mark se le contagiaran. Sin embargo...

Frunció el ceño, se quitó los pendientes betanos y se los guardó en el bolsillo de la chaquetilla. Mamá ya había tratado suficiente con la condesa Cordelia y podría descifrar su significado. Era la moda que decía: sí, soy una adulta consciente y protegida por la contracepción, pero en este momento tengo una relación exclusiva, así que no me molesten. Lo cual era mucho decir de unos cuantos trozos de metal retorcido, y los betanos tenían una docena más de símbolos para otras cosas; ella había conseguido comprender un par. Por ahora podía mantener el implante anticonceptivo sobre el que avisaban los pendientes en secreto, pues no era asunto de nadie más que de ella.

Kareen reflexionó brevemente mientras comparaba los pendientes betanos con otras señales sociales de otras culturas: el anillo de bodas, ciertas prendas de vestir o sombreros o velos o vello

facial o tatuajes. Todas esas señales podían ser engañosas, como pasaba con las esposas infieles cuya conducta traicionaba su declaración externa de monogamia, pero en realidad los betanos parecían muy buenos a la hora de ser congruentes con las suyas. Naturalmente, tenían muchas opciones. Llevar una señal falsa estaba socialmente mal visto. *Nos perjudica a todas las demás*, le había explicado una vez una betana. *La idea es eliminar el juego de adivinar*. Había que admirar su honestidad. No era extraño que les fuera tan bien en las ciencias. En resumen, decidió Kareen, había muchas cosas de la insensible condesa Cordelia Vorkosigan, nativa betana, que ahora le parecía comprender mejor. Pero Tante Cordelia no volvería a casa hasta casi la boda del Emperador, en el solsticio de verano, así que hasta entonces no podría hablar con ella, lástima.

Descartó bruscamente las ambigüedades de la carne cuando Vorbarr Sultana apareció a la vista. Atardecía, y una gloriosa puesta de sol teñía las nubes mientras la lanzadera hacía su descenso final. Las luces de la ciudad en el crepúsculo volvían el paisaje mágico. Kareen reconoció lugares familiares y queridos, el serpenteante río, un río de verdad y no aquellas feas fuentes que los betanos ponían en su mundo subterráneo, los famosos puentes (recordó de pronto la tonadilla en cuatro idiomas sobre ellos), las principales líneas de monorraíl... luego la prisa por aterrizar y el suspiro final al detenerse de verdad en el espaciopuerto. ¡En casa, estoy en casa! Hizo todo lo posible para no salir de estampida sobre los cuerpos de todos los lentos vejestorios que tenía delante. Pero por fin atravesó la rampa de tuboflex y el último laberinto de tubos y pasillos. *¿Estarán esperando? ¿Estarán todos aquí?*

No la decepcionaron. Todos estaban allí, hasta el último, inmejorablemente situados junto a las columnas más cercanas a la puerta de salida. Mamá sujetando un gran ramo de flores y Olivia un gran cartel decorado con lazos de arco iris con la leyenda BIENVENIDA KAREEN, y Martya, que se puso a dar saltos en cuanto la vio, y Delia, que parecía muy distante y adulta, y el propio papá, todavía con su uniforme verde imperial tras su trabajo en el cuartel general, apoyado en su bastón y sonriendo. El abrazo del grupo fue todo lo que el nostálgico corazón de Kareen había imaginado, y acabaron por doblar el cartel y aplastar las flores. Olivia se rió y Martya soltó un alarido e incluso papá se frotó los ojos. La gente que pasaba se les quedó mirando; los hombres con un poco más de atención, y acabaron chocando contra las paredes. El comando de rubias del comodoro Koudelka, bromeaban los oficiales jóvenes del Cuartel General. Kareen se preguntó si Martya y Olivia todavía los atormentaban a propósito. Los pobres chicos seguían intentando rendirse, pero hasta ahora ninguna de las hermanas había hecho ningún prisionero excepto Delia, que al parecer había conquistado a aquel amigo komarrés de Miles en Feria de Invierno... un comodoro de SegImp, nada menos. Kareen apenas podía esperar a llegar a casa para enterarse de todos los detalles del compromiso.

Todo el mundo habló a la vez, excepto papá, que había renunciado a hacerlo hacía años y ahora sólo escuchaba benignamente. Luego fueron en manada a recoger el equipaje de Kareen y a esperar el vehículo de tierra. Papá y mamá habían pedido prestado el coche grande a lord Vorkosigan, con el soldado Pym de conductor, para caber todos en el compartimento trasero. Pym la saludó con una apasionada bienvenida de parte de su señor y de sí mismo, apiló sus maletas junto a él, y se pusieron en marcha.

– Creía que vendrías a casa vistiendo uno de esos sarongs *topless* betanos – se burló Martya, mientras el vehículo salía del espaciopuerto y se dirigía a la ciudad.

– Lo pensé – Kareen enterró su sonrisa en el ramo de flores –. Pero aquí no hace tanto calor.

– No te pondrías allí uno, ¿no?

Por fortuna, antes de que Kareen se viera obligada a contestar o a esquivar la pregunta, Olivia intervino.

– Cuando vi el coche de lord Vorkosigan pensé que lord Mark podría haber venido contigo después de todo, pero mamá dijo que no. ¿No va a regresar a Barrayar para la boda?

– Oh, sí. En realidad salió de la Colonia Beta antes que yo, pero se detuvo en Escobar para... – vaciló –, atender unos negocios suyos.

Lo cierto era que Mark había ido a comprar drogas para perder peso, más potentes que las que su terapeuta betana quería prescribirle, a una clínica de médicos refugiados de Jackson's Whole en la que tenía intereses financieros. Sin duda comprobaría la salud comercial de la clínica al mismo tiempo, así que no era mentira del todo.

Kareen y Mark habían estado a punto de tener su primera discusión seria sobre esta dudosa elección suya, pero como la propia Kareen reconoció, era elección suya después de todo. Los asuntos de control corporal estaban en el meollo de sus problemas más graves; ella estaba desarrollando el instinto (si no se engañaba, casi una comprensión real) para presionarlo por su bien cuando era necesario. Y para saber cuándo tenía que esperar y dejar que Mark discutiera con Mark. Había sido una especie de privilegio aterrador ver y escuchar, el año anterior, mientras su terapeuta lo atendía, y una experiencia impresionante participar, bajo la supervisión de la terapeuta, en la curación parcial que él estaba consiguiendo. Y aprender que había más aspectos del amor que una loca necesidad de conexión: la necesidad de confidencialidad, por ejemplo. La paciencia. Y, paradójicamente en el caso de Mark, una cierta autonomía fría y distante. Ella había tardado meses en comprenderlo. No estaba dispuesta a explicárselo todo a su ruidosa y curiosa familia en el asiento trasero de un coche.

– Os habéis hecho buenos amigos... – la acució su madre.

– Él necesitaba uno.

Desesperadamente.

– Sí, pero ¿es tu novio? – Martya no tenía paciencia con las sutilezas y prefería la claridad.

– Parecía que lo tenías en el bote cuando estuvo aquí el año pasado – observó Delia –. Y te has pasado un año con él en la Colonia Beta. ¿Es lento o qué?

– Supongo que es lo bastante inteligente para resultar interesante – añadió Olivia –. Quiero decir que es el gemelo de Miles, y tiene que serlo... pero me pareció un poquitín raro.

Kareen se envaró. *Si te hubieran clonado como esclava, te hubieran educado unos terroristas para convertirte en asesina, entrenándote con métodos basados en la tortura física y psicológica, y hubieras tenido que matar a gente para escapar, tú también parecerías un poquitín rara. Por lo menos serías un amasijo de nervios.* Mark no era ningún amasijo de nervios, mejor para él. Mark se estaba creando a sí mismo desde cero con un esfuerzo no menos heroico por pasar inadvertido al observador externo. Kareen se imaginó teniendo que explicar todo aquello a Olivia o Martya, y renunció al instante. Delia... no, ni siquiera a Delia. Sólo tenía que mencionar las cuatro personalidades semiautónomas de Mark, cada una con su propio apodo, para que la conversación se deslizara cuesta abajo permanentemente. Describir la fascinante forma en que habían trabajado juntos para sostener la frágil economía de su personalidad, no entusiasmaría a una familia de barryareses que, obviamente, estaba buscando un pariente político aceptable.

– Basta, chicas – intervino papá, sonriendo en la penumbra del compartimento y ganándose la gratitud de Kareen. Pero luego añadió –: Con todo, si vamos a aceptar a un Vorkosigan, me gustaría algún tipo de advertencia para preparar mi mente para el impacto. Conozco a Miles de toda la vida. Mark... es otra cuestión.

¿No podían imaginar ningún otro papel para un hombre en su vida que el de esposo potencial? Kareen no estaba segura de que Mark fuera un esposo potencial. Todavía estaba luchando por convertirse en un ser humano potencial. En la Colonia Beta, todo había parecido muy sencillo. Ella casi pudo sentir las sombras de la duda alzándose a su alrededor. Se alegró de haberse quitado los pendientes.

– No creo que eso suceda – dijo sinceramente.

– Ah. – Su padre se acomodó en el asiento, claramente aliviado.

– ¿Es verdad que se puso enormemente gordo en la Colonia Beta? – preguntó Olivia animosamente –. No imaginaba que su terapeuta betana se lo fuera a permitir. Creía que arreglaban esas cosas. Quiero decir, ya estaba gordo cuando se marchó de aquí.

Kareen reprimió el impulso de tirarse de los pelos, o mejor aún, de tirarle de los pelos a Olivia.

– ¿Dónde has oído eso?

– Mamá dijo que lady Cordelia dijo que lo había dicho su madre cuando estuvo aquí, en Feria de Invierno, para el compromiso de Gregor. – Olivia recitó la cadena de chismorreos.

La abuela de Mark había sido una buena madrina betana para los dos asombrados estudiantes barrayareses durante el año anterior. Kareen sabía que era una fuente de información para su preocupada hija en lo referente a los progresos de su extraño hijo clónico. Tenía esa franqueza que sólo tienen los betanos; Gran'tante Naismith a menudo hablaba de los mensajes que enviaba o recibía, y transmitía noticias y saludos. La posibilidad de que Tante Cordelia hablara con mamá era algo que no había considerado, advirtió Kareen. Después de todo, Tante Cordelia estaba en Sergyar, mamá estaba aquí... Calculó frenéticamente hacia atrás, comparando los dos calendarios planetarios. ¿Se habían hecho Mark y ella amantes ya cuando los Vorkosigan estuvieron por última vez en casa para Fiesta de Invierno? No, fiuuuu. Lo que Tante Cordelia sabía ahora, no lo sabía entonces.

– Creía que los betanos podían retorcer tu química cerebral como quisieran – dijo Martya –. ¿No podían normalizarlo, blip, así de fácil? ¿Por qué tardan tanto?

– Ésa es la cuestión – dijo Kareen –. Mark se ha pasado la mayor parte de su vida sometido a otras personas que moldeaban a la fuerza su mente y cuerpo. Necesita tiempo para descubrir quién es sin que la gente lo llene de productos. Tiempo para establecer una línea de base, dice su terapeuta. Tiene esa cosa con las drogas, ya sabéis – aunque no, evidentemente, con las que le habían liberado de los jacksonianos liberados –. Cuando esté listo... bueno, no importa.

– ¿Consiguió su terapia algún progreso entonces? – preguntó mamá, vacilante.

– Oh, sí, montones – dijo Kareen, alegre de poder decir por fin algo inequívocamente positivo respecto a Mark.

– ¿De qué clase? – preguntó su aturdida madre.

Kareen se imaginó a sí misma farfullando: *Bueno, ha superado por completo su impotencia inducida por la tortura, y ahora se ha entrenado para ser un amante atento y amable. Su terapeuta dice que está enormemente orgullosa de él, y Gruñido está feliz. Gula sería un gourmand razonable si no fuera porque está dominado por las necesidades de Aullido, fui yo quien descubrió lo que estaba pasando en realidad con los impulsos comilones. La terapeuta de Mark me felicitó por la observación y por mi capacidad de análisis y me llenó de catálogos de cinco programas de formación de terapeutas betano, y me dijo que me ayudaría a encontrar becas si estaba interesada. No sabe qué hacer todavía con Asesino, pero Asesino no me molesta. No puedo con Aullido. Y eso tras un año de progresos. Y, oh, sí, a pesar de todo este estrés privado Mark ha obtenido unas notas sobresalientes en sus estudios financieros, ¿le importa a alguien?*

– Es un poco complicado de explicar – consiguió decir.

Hora de cambiar de tema. Sin duda podrían tratar de los intereses amorosos de otra persona.

– ¡Delia! ¿Conoce tu comodoro komarrés a la prometida komarresa de Gregor? ¿La conoces ya?

Delia se enderezó.

– Sí, Duv conocía a Laisa allá en Komarr. Compartieron, um, intereses académicos.

– Es bonita, bajita y pizpireta – intervino Martya –. Tiene unos ojos verdiazules sorprendentes, y va a poner de moda los sujetadores reforzados. Estarás encantada. ¿Has ganado peso este año?

– Todos hemos conocido a Laisa – intervino mamá antes de que el tema pudiera ser desarrollado con sarcasmo –. Parece muy simpática. Muy inteligente.

– Sí – dijo Delia, dirigiendo a Martya una mirada de desdén –. Duv y yo esperamos que Gregor no la malgaste en relaciones públicas, aunque tendrá que atender algunas, claro. Tiene formación komarresa como economista. Duv dice que podría dirigir los comités ministeriales, si la dejan. Al menos los Antiguos Vor no podrán considerarla sólo una gallina ponedora. Gregor y Laisa ya han hecho saber que planean usar replicadores uterinos para sus bebés.

– ¿No se han quejado los tradicionalistas? – preguntó Kareen.

– Si lo hacen, Gregor ha dicho que los enviará a discutirlo con lady Cordelia. – Martya soltó una risita –. Si se atreven.

– Ella pondrá sus cabezas sobre un plato si lo intentan – dijo papá alegremente –. Saben que es capaz. Además, siempre podemos contribuir presentando a Kareen y Olivia como muestra objetiva de que los replicadores dan buen resultado.

Kareen hizo una mueca. Olivia sonrió sin convicción. La demografía de su familia marcaba la llegada de esa tecnología galáctica a Barrayar; los Koudelka habían sido unos de los primeros barrayareses comunes en probar el nuevo método de gestación para dos hijas menores. El hecho de que se las presentaran a todo el mundo como un premio en una exhibición agrícola durante las Ferias de Distrito acabó por hacerse pesado con el tiempo, pero Kareen se lo tomaba como un servicio público. Últimamente la frecuencia de sus apariciones había disminuido, ya que la tecnología tenía más aceptación, al menos en las ciudades y para aquellos que podían permitírsela. Por primera vez, Kareen se preguntó qué habían sentido las Hermanas Control, Delia y Martya.

– ¿Dice tu Duv lo que opinan los komarreses de este matrimonio? – le preguntó Kareen a Delia.

– Tiene una acogida desigual, pero ¿qué se podía esperar de un mundo conquistado? La Casa Imperial pretende hacer toda la propaganda posible, naturalmente. Incluso hasta el extremo de repetir la boda en Komarr al estilo komarrés, pobres Gregor y Laisa. Todos los permisos de SegImp se han cancelado hasta después de la segunda ceremonia, lo cual significa que nuestros planes de boda tienen que aplazarse hasta entonces – suspiró profundamente –. Bueno, prefiero tener toda su atención cuando finalmente la consiga. Duv se está esforzando por destacar en su nuevo trabajo, ya

que es el primer komarrés que dirige Asuntos Komarreses y sabe que todos los ojos del Imperio están fijos en él. Sobre todo si algo sale mal – hizo una mueca –. Hablando de cabezas sobre platos.

Delia había cambiado durante aquel año. La última vez que habían hablado de acontecimientos imperiales, la conversación giró sobre qué ropa llevar, aunque no podía decirse que la combinación de colores de las Koudelka no fuera un desafío en sí mismo. Kareen empezó a pensar que iba a gustarle aquel tal Duv Galeni. Un cuñado, mm. Era una idea a la que tendría que acostumbrarse.

Y entonces el vehículo de tierra dobló la última esquina y su casa apareció ante ellos. La residencia Koudelka era la última casa de un bloque, un edificio de dos plantas con una buena porción de ventanas que asomaban a un parque en forma de media luna, justo en el centro de la capital y apenas a una docena de manzanas de la mismísima mansión Vorkosigan. Sus padres la habían comprado cuando eran jóvenes, hacía veinticinco años. Papá era entonces ayudante de campo del Regente y mamá renunció a su puesto como guardaespaldas de Gregor y su madre adoptiva, lady Cordelia, para tener a Delia. Kareen no era capaz de calcular cuánto había aumentado su valor desde entonces, aunque apostaba a que Mark podría hacerlo. Un problema académico: ¿quién podría vender el viejo palacio, desvencijado como estaba? Salió corriendo del coche, loca de alegría.

Kareen no tuvo oportunidad para hablar en privado con sus padres hasta muy tarde. Primero tuvo que deshacer las maletas, repartir los regalos y recuperar la habitación que sus hermanas le habían usurpado durante su ausencia. Luego se celebró la gran cena familiar, a la que asistieron sus tres mejores amigas. Todo el mundo hablaba y hablaba, excepto papá, por supuesto, que bebía vino y parecía encantado de estar cenando con sus ocho mujeres. En medio de toda aquella charla, Kareen se fue dando cuenta gradualmente de que se estaba guardando para sí las cosas que más le interesaban. Eso le pareció muy extraño.

Se encaramó a la cama de sus padres mientras éstos se preparaban para acostarse. Mamá ejecutaba una serie de ejercicios isométricos, como hacía todas las noches desde que Kareen podía recordar. Incluso después de dos partos y todos aquellos años, seguía manteniendo el tono muscular de una atleta. Papá cruzó cojeando la habitación y soltó su bastón junto a su lado de la cama, se sentó torpemente, y observó a mamá con una sonrisita. Su pelo ya era completamente gris, observó Kareen; la trenza de mamá aún mantenía su rubio tostado sin ayuda cosmética, aunque empezaba a adquirir un tono plateado. Las torpes manos de papá se pusieron a la tarea de quitarse las botas. Kareen tenía problemas para enfocar la vista. Los barryareses cincuentones parecían betanos setentones, o incluso octogenarios; y sus padres habían tenido una juventud dura, con guerras y servicios militares. Kareen se aclaró la garganta.

– En cuanto a los estudios del año que viene... – empezó a decir con una sonrisa radiante.

– Estás pensando en la Universidad del Distrito, ¿verdad? – dijo mamá, colgándose de la barra del techo; extendió las piernas en horizontal y las mantuvo estiradas mientras contaba en silencio hasta veinte –. No nos esforzamos en proporcionarte una educación galáctica para que renunciaras a la mitad. Eso sería descorazonador.

– Oh, sí, quiero continuar. Quiero volver a la Colonia Beta.

Ya está.

Un breve silencio. Entonces papá dijo, quejumbroso:

– Acabas de volver a casa, cariño.

– Y quería volver – le aseguró ella –. Quería veros a todos. Sólo pensaba... que no era demasiado pronto para empezar a planificar. Se trata de una cosa importante.

– ¿Empiezas a hacer campaña? – Papá alzó una ceja.

Ella controló su irritación. No era una niña pequeña pidiendo un poni. Toda su vida estaba en juego.

– Planifico. En serio.

Mamá dijo lentamente, quizá porque estaba pensando o tal vez porque estaba colgada boca abajo:

– ¿Sabes qué vas a estudiar esta vez? El programa que seleccionaste el año pasado era un poco... ecléctico.

– Obtuve buenos resultados en todas mis clases – se defendió Kareen.

– En los catorce cursos, completamente desconectados unos de otros – murmuró papá –. Es verdad.

– Había mucho donde elegir.

– Hay mucho donde elegir en el Distrito de Vorbarr Sultana – señaló mamá –. Más de lo que podrías aprender en un par de vidas, incluso vidas betanas. Y el viaje es mucho menos costoso.

Pero Mark no estará en Vorbarr Sultana. Estará en Beta.

– La terapeuta de Mark me dijo que había algunas becas en su especialidad.

– ¿Eso es lo último por lo que te interesas? – preguntó papá –. ¿Por la psicoingeniería?

– No estoy segura – dijo ella sinceramente –. Es interesante cómo la practican en Beta.

Pero ¿era la psicología en general lo que la atraía, o sólo la psicología de Mark? No lo sabía con certeza. Bueno... tal vez sí. Pero no le gustaba del todo cómo sonaba la respuesta.

– Sin duda, una formación práctica o técnica sería bienvenida aquí – dijo mamá –. Si pudieras concentrarte en una lo suficiente para... El problema es el dinero, cariño. Sin la beca de lady Cordelia, no habríamos soñado siquiera con enviarte fuera del planeta. Y por lo que sé, la beca del año que viene ya ha sido concedida a otra chica.

– No esperaba pedirle más. Ya ha hecho mucho por mí. Pero existe la posibilidad de solicitar una beca betana. Y podría trabajar este verano. Eso, más lo que habríais gastado en la Universidad del Distrito... ¿no esperaréis que una cosa tan insignificante como el dinero detenga a, digamos, lord Miles?

– Yo no esperaba que un disparo de arco de plasma detuviera a Miles – sonrió papá –. Pero él es, digamos, un caso especial.

Kareen se preguntó qué era lo que impulsaba a Miles. ¿Una rabiosa frustración, como la que ahora caldeaba su decisión? ¿Cuánta furia? En su exagerada pugna con su progenitor y gemelo, ¿veía Mark algo sobre Miles que a ella se le había escapado?

– Si duda se nos ocurrirá alguna solución. Si lo intentamos todos.

Mamá y papá intercambiaron una mirada.

– Me temo que las cosas son un poco complicadas – dijo papá –. Entre la escolarización de todas vosotras y la enfermedad de tu abuela Koudelka, que en paz descanse..., hipotecamos la casa de la costa hace dos años.

– La alquilaremos este verano, menos una semana – intervino mamá –. Suponemos que con todos los acontecimientos del solsticio de verano apenas tendremos tiempo para salir de la capital.

– Y tu madre está enseñando defensa personal y da clases de seguridad a los empleados ministeriales – añadió papá –. Así que está haciendo todo lo que puede. Me temo que no nos quedan demasiados recursos económicos que no hayan sido exprimidos ya.

– Me gusta enseñar – dijo mamá. ¿Para tranquilizarlo? Se volvió hacia Kareen y añadió –: Y es mejor que vender la casa de verano para zanjar la deuda, cosa que temimos durante un tiempo.

¿Perder la casa de la costa, el centro de su infancia? Kareen se horrorizó. Lady Alys Vorpatril había regalado la casa en la costa a sus padres cuando se casaron, hacía tantísimos años, por haberles salvado la vida a ella y al bebé, lord Ivan, en la Guerra de los Pretendientes Vordarianos. Kareen no sabía que las finanzas estuvieran tan mal. Pero luego contó el número de hermanas que tenía por delante, y multiplicó sus necesidades... um.

– Podría ser peor – dijo papá alegremente –. ¡Pensad en cómo habría sido tener este harén flotante en la época de las dotes!

Kareen sonrió por compromiso (su padre llevaba al menos quince años haciendo el mismo chiste) y huyó. Iba a tener que encontrar alguna solución. Por su cuenta.

La decoración de la Sala Verde de la Residencia Imperial superaba la de cualquier otra sala de conferencias en la que Miles hubiera estado atrapado jamás. Antiguos tapices murales de seda, pesadas cortinas y gruesas alfombras le daban un aspecto serio, apagado y casi submarino, y el elegante servicio de té que habían depositado sobre la mesa auxiliar dejaba en pañales los envases

de plástico de las reuniones militares. La luz de la primavera se filtraba por las ventanas para dibujar cálidas franjas doradas en el suelo. Miles se había pasado toda la mañana mirándolas, hipnotizado, mientras la reunión se prolongaba.

Un ineludible aire militar impregnaba la sesión, dada la presencia de tres hombres de uniforme: el coronel lord Vortala el Joven, jefe de la fuerza de choque de SegImp destinada a encargarse de la seguridad en la boda del Emperador; el capitán Ivan Vorpatril, que tomaba diligentemente notas para lady Alys Vorpatril, igual que habría hecho como ayuda de cámara de su comandante en cualquier conferencia militar, y el comodoro Duv Galeni, jefe de Asuntos Komarreses para SegImp, que se preparaba para el día en que hubiera que repetir todo el espectáculo en Komarr. Miles se preguntó si Galeni, cuarentón y taciturno, estaba apuntando ideas para su propia boda con Delia Koudelka, o si tenía suficiente sentido de la autoconservación para esconderse y dejárselo todo a las competentes y algo acaparadoras mujeres Koudelka. A las cinco. Miles estaba dispuesto a ofrecerle a Duv la mansión Vorkosigan como santuario, pero sin duda las chicas lo localizarían allí.

Gregor y Laisa parecían soportarlo bien hasta el momento. El emperador Gregor, a sus treinta y pocos años, era alto y delgado, moreno y seco. La doctora Laisa Toscane era baja, con rizos rubio platino y ojos verdiazules que entornaba a menudo con humor, y una figura que hacía que Miles, para variar, quisiera caer sobre ella y enterrarse para el invierno. No había ninguna traición en ello: no le habría cambiado a Gregor su suerte. De hecho, Miles consideraba los meses de ceremonia pública que separaban a Gregor de la consumación una crueldad rayana en el sadismo. Suponiendo, claro está, que la estuvieran guardando...

Las voces continuaron; los pensamientos de Miles siguieron divagando. Imaginó dónde podrían celebrar Ekaterin y él su futura boda. ¿En el salón de baile de la mansión Vorkosigan, delante de todo el Imperio? El lugar tal vez no pudiera albergar una multitud lo bastante grande. Quería testigos para la ocasión. ¿O tenía, como heredero del condado de su padre, la obligación de celebrarla en Hassadar, la capital del Distrito Vorkosigan? La moderna residencia del conde en Hassadar siempre había parecido más un hotel que una casa, rodeada como estaba por todas aquellas oficinas burocráticas del Distrito que rodeaban la plaza principal de la ciudad. El lugar más romántico sería la casa de Vorkosigan Surleau, en los jardines que daban al Lago Largo. Una boda al aire libre, sí, apostaba que a Ekaterin le gustaría. En cierto modo, eso permitiría la asistencia al sargento Bothari y también al general Piotr. *¿Llegaste a imaginar que llegaría para mí ese día, abuelo?* Lo atractivo del lugar dependería de la época del año, claro: en verano sería glorioso, pero no resultaría tan romántico en mitad de una nevada invernal. No estaba seguro de poder llevar a Ekaterin al altar antes de otoño, y retrasar la ceremonia hasta la primavera siguiente sería tan terrible como lo que le estaba pasando a Gregor...

Laisa, sentada frente a él al otro lado de la mesa, repasó la siguiente página, la leyó durante unos segundos y dijo:

– ¡No pueden ustedes hablar en serio!

Gregor, sentado junto a ella, pareció alarmado, y se inclinó para mirar por encima de su hombro.

Oh, ya tenemos que haber llegado a la página doce. Rápidamente, Miles encontró el punto, se enderezó y trató de parecer atento.

Lady Alys le dirigió una fría mirada, antes de volcar su atención en Laisa. El medio año transcurrido desde la ceremonia del compromiso, durante la Feria de Invierno anterior, hasta la inminente boda en el solsticio de verano era el punto culminante de la carrera de lady Alys como anfitriona oficial. Había dejado claro que Había-que-Hacer-las-Cosas-Adecuadamente.

El problema llegaba a la hora de definir el término *adecuadamente*. La boda más reciente de un emperador en ejercicio había sido la confusa unión del abuelo de Gregor, el emperador Ezar, con la hermana del pronto-difunto emperador Loco Yuri y, por diversas razones estéticas e históricas, Alys se negaba a tomarla como modelo. La mayoría de los otros emperadores llevaban años casados antes de acceder al trono. Antes de Ezar había que remontarse casi doscientos años, hasta el matrimonio de Vlad Vorbarra le Savante y lady Vorlightly, en el período más negro de la Era del Aislamiento.

– No hicieron de verdad que la pobre novia se desnudara delante de todos los invitados a la boda, ¿no? – preguntó Laisa, señalando el ofensivo párrafo donde se citaba el detalle histórico.

– Oh, Vlad tuvo que desnudarse también – le aseguró Gregor al momento –. Los parientes insistieron. Eran las inspecciones de rigor. Por si se producía alguna mutación en sus futuros retoños. Así cada una de las familias podía declarar que no era culpa de los suyos.

– La costumbre ya casi no se sigue en la actualidad – observó lady Alys –. Excepto en algunos grupúsculos atrasados.

– Se refiere a los paletos greekis – tradujo Ivan para Laisa, a menudo despistada en los detalles de este mundo. Su madre frunció el ceño por su brusquedad.

Miles se aclaró la garganta.

– La boda del Emperador puede considerarse un refuerzo de las antiguas costumbres. Personalmente, preferiría que ésta no fuera una de ellas.

– Aguafiestas – dijo Ivan –. A mí me parece que volvería a introducir cierto grado de excitación en las bodas. Será mejor que las competiciones de brindis.

– Seguidas luego de las competiciones de vomitonas – murmuró Miles –. Por no mencionar las apasionantes, aunque algo erráticas, carreras Vor a cuatro patas. ¿No ganaste una de ellas en una ocasión, Ivan?

– Me sorprende que te acuerdes. ¿No sueles ser el primero en perder el sentido?

– Caballeros – dijo fríamente lady Alys –. Tenemos que resolver un montón de asuntos en esta reunión. Y ninguno de ustedes saldrá de aquí hasta que terminemos.

Dejó que esas palabras flotaran un momento en el aire, para darse énfasis, y continuó:

– No pretendo reproducir exactamente esa antigua costumbre, Laisa, pero la puse en la lista porque representa algo de importancia cultural para los barrayareses más conservadores. Esperaba que encontráramos una versión actualizada que causara el mismo efecto psicológico.

Duv Galeni frunció sus oscuras cejas, pensativo.

– ¿Publicar sus análisis genéticos? – sugirió.

Gregor hizo una mueca, pero luego tomó la mano de su prometida, la sostuvo y le sonrió.

– Estoy seguro de que Laisa no tiene ningún inconveniente.

– Pues claro que no – empezó a decir ella –. Mis padres lo comprobaron antes de que yo entrara siquiera en el replicador uterino y...

Gregor le besó la palma.

– Sí, y apuesto a que fuiste un blastocito encantador.

Ella le sonrió como una tonta. Alys sonrió débilmente, con escasa indulgencia. Ivan parecía ligeramente asqueado. El coronel Vortala, entrenado por SegImp y con años de experiencia en Vorbarr Sultana, consiguió parecer agradablemente neutral. Galeni, casi igual de bueno, apenas se envaró un poquitín.

Miles aprovechó este momento estratégico para preguntar a Galeni en voz baja:

– Kareen está en casa, ¿te lo ha dicho Delia?

Galeni sonrió.

– Sí. Espero verla esta noche.

– Quiero hacer algo para darle la bienvenida. Estaba pensando en invitar a todo el clan Koudelka a cenar. ¿Te interesa?

– Claro...

Gregor apartó su embobada mirada de Laisa, se acomodó en su asiento y dijo suavemente:

– Gracias, Duv. ¿Hay alguna otra idea?

Estaba claro que a Gregor no le interesaba hacer de dominio público su registro genético. Miles repasó algunas variantes regionales de la misma vieja costumbre.

– Podríamos llegar a una especie de compromiso. Cada grupo de parientes, o quienes pienses que tiene voz y voto, más un médico de su elección, visita al miembro opuesto de la pareja la mañana de la boda, para efectuar un breve examen. Cada delegación anuncia públicamente que está satisfecha en algún momento adecuado de la ceremonia. Inspección privada, confirmación pública. La modestia, el honor y la paranoia quedan satisfechos.

– Y os podrían suministrar tranquilizantes al mismo tiempo – señaló Ivan, con un poco de humor grueso –. Apuesto a que a esas alturas los dos los necesitaréis.

– Gracias, Ivan – murmuró Gregor –. Muy ocurrente.

Laisa sólo pudo asentir, divertida.

Lady Alys entornó los ojos, calculadora.

– ¿Gregor, Laisa? ¿Es aceptable esa idea?

– Por mí, bien – dijo Gregor.

– No creo que mis padres pongan ninguna objeción – dijo Laisa –. Um... ¿quién representará a tus padres, Gregor?

– Los condes Vorkosigan ocuparán su lugar en el círculo de la boda, naturalmente – dijo Gregor –. Pensaba que serían ellos... ¿ah, Miles?

– Mamá no pondrá pegas – dijo Miles –, aunque no puedo garantizar que no haga algún comentario mordaz sobre los barrayareses. Papá...

Un silencio político cayó sobre la mesa. Más de una mirada se volvió hacia Duv Galeni, cuya mandíbula se tensó levemente.

– Duv, Laisa. – Lady Alys dio un golpecito con una uña perfectamente recortada sobre la pulida superficie de la mesa –. La respuesta sociopolítica de Komarr a ese tema. Con sinceridad, por favor.

– Yo no tengo ninguna objeción personal que hacer al conde Vorkosigan – dijo Laisa.

Galeni suspiró.

– Creo que deberíamos evitar tantas... tantas ambigüedades como podamos.

Bien expresado, Duv. Acabarás por convertirte en un político.

– En otras palabras, enviar al Carnicero de Komarr a examinar a la doncella en el sacrificio será tan popular como la peste para los komarreses allá en casa – intervino Miles, puesto que nadie más podía hacerlo. Bueno, Ivan tal vez. Lady Alys habría tenido que invertir más tiempo en hallar una expresión política para el problema. Galeni le dirigió una sonrisa de agradecimiento.

– Perfectamente comprensible – continuó Miles –. Si la falta de simetría no es demasiado obvia, enviemos a mi madre y a tía Alys como delegación de la parte de Gregor, con tal vez alguna prima de la familia de su madre, la princesa Kareen. A los conservadores barrayareses no les molestará, porque guardar el genoma fue siempre cosa de mujeres.

Los barrayareses congregados en torno a la mesa gruñeron expresando su aprobación. Lady Alys sonrió y tachó el punto de la lista.

Continuaron con un complicado y largo debate sobre si la pareja debería repetir sus votos en los cuatro idiomas de Barrayar. Después de eso vinieron treinta minutos de discusión sobre cómo manejar los noticiarios domésticos y galácticos, asunto del que Miles, diestramente y con el fuerte

apoyo de Galeni, consiguió tener que encargarse personalmente. Lady Alys pasó a la siguiente página y frunció el ceño.

– Por cierto, Gregor, ¿has decidido ya qué vas a hacer con el caso Vorbretten?

Gregor sacudió la cabeza.

– Estoy tratando de evitar hacer ninguna declaración pública por el momento. Al menos hasta que el Consejo de Condes haya decidido. Sea cual sea el fallo, la apelación del perdedor sin duda me caerá encima minutos después de su decisión.

Miles miró sus papeles, confundido. El siguiente punto eran los menús.

– ¿El caso Vorbretten?

– Sin duda te habrás enterado del escándalo... – empezó a decir lady Alys –. Oh, claro, estabas en Komarr cuando estalló. ¿No te ha informado Ivan? Pobre René. Toda la familia es un clamor.

– ¿Le ha ocurrido algo a René Vorbretten? – preguntó Miles, alarmado. René iba un par de cursos por delante de Miles en la Academia, y parecía seguir la brillante carrera de su padre. El comodoro lord Vorbretten fue uno de los protegidos del padre de Miles en Personal General, hasta su temprana y heroica muerte bajo fuego cetagandés en la guerra del Radio de Hegen, hacía una década. Menos de un año después murió el viejo conde Vorbretten, algunos decían que de pena por la pérdida de su amado hijo mayor. René se vio obligado a renunciar a su prometedor carrera militar y asumir los deberes como conde del Distrito de su familia. Hacía tres años, tras un tumultuoso romance que fue las delicias de Vorbarr Sultana, se casó con la bellísima hija del rico lord Vorkeres, de dieciocho años. *Los que tienen, encuentran*, como decían en el campo.

– Bueno... – dijo Gregor –, sí y no. Um...

– ¿Um, qué?

Lady Alys suspiró.

– Los condes Vorbretten, al haber decidido que era hora de empezar a cumplir con sus deberes familiares, decidieron muy sensatamente usar el replicador uterino para su primer hijo, para que cualquier defecto detectado fuese reparado en el cigoto. Para eso, naturalmente, ambos se sometieron a un análisis genético completo.

– ¿Y se descubrió que René era un muti? – preguntó Miles, asombradísimo. ¿El alto, guapo y atlético René, que hablaba cuatro idiomas con un modulado tono de barítono que derretía los corazones femeninos y la resistencia masculina, que tocaba a la perfección tres instrumentos musicales y para colmo cantaba como los ángeles? ¿René, que podía hacer que Ivan rechinara los dientes muertecito de envidia física?

– No exactamente – dijo lady Alys –, a menos que consideres que tener una octava parte de ghem cetagandano es un defecto.

Miles se echó hacia atrás.

– Ooops – reflexionó un instante –. ¿Cuándo sucedió eso?

– Sin duda podrás hacer los cálculos – murmuró Ivan.

– Depende de a qué linaje se deba.

– Al masculino – dijo lady Alys –. Desgraciadamente.

Justo. El abuelo de René, el séptimo conde Vorbretten, nació en mitad de la ocupación cetagandana. Los Vorbretten, como muchos barayareses, hicieron todo lo posible para sobrevivir...

– ¿Así que la bisabuela de René fue una colaboracionista. O... ¿se trata de algo más desagradable?

– Por lo que parece – dijo Gregor –, dados los pocos documentos conservados con los que cuenta SegImp, parece que fue una relación voluntaria y bastante extensa, con uno (o más) de los ghem-oficiales de alto rango que ocupaban su Distrito. A estas alturas, ya no se sabe si se debió a amor, a interés propio, o si fue un intento de comprar protección para su familia con la única moneda que tenía a mano.

– Podrían haber sido las tres cosas – dijo lady Alys –. La vida en tiempo de guerra no es sencilla.

– En cualquier caso – continuó Gregor –, no parece que se tratara de una violación.

– Santo Dios. Y, ah, ¿saben qué ghem-lord fue el antepasado de René?

– En teoría podrían enviar su análisis genético a Cetaganda y averiguarlo, pero por lo que sé no se han decidido a hacerlo todavía. Es bastante confuso. Lo que es... no precisamente confuso es el hecho de que el séptimo conde Vorbretten no fue hijo del sexto conde.

– La semana pasada, en el Cuartel General, lo llamaron René Ghembretten – informó Ivan. Gregor hizo una mueca.

– Me sorprende que los Vorbretten dejaran que se difundiera esta noticia – dijo Miles –. ¿Los traicionó el doctor o lo hicieron los tecnomed?

– Mm, todavía hay más – dijo Gregor –. No tenían intención de informar de ello a nadie. Pero René se lo dijo a sus hermanas y a su hermano, porque pensó que tenían derecho a saberlo, y la joven condesa se lo dijo a sus padres. Y a partir de aquí, bueno, quién sabe. Pero el rumor acabó por llegar a oídos de Sigur Vorbretten, que es descendiente directo del hermano mayor del sexto conde, y casualmente el yerno del conde Boriz Vormoncrief. De algún modo, Sigur (y hay un contencioso en lo referido a sus métodos) consiguió una copia del análisis genético de René. Y el conde Vormoncrief ha planteado el asunto ante el Consejo de Condes, de parte de su yerno, para reclamar para Sigur el título y el Distrito Vorbretten. Y ahí está el lío.

– Oh. ¡Oh! Entonces... ¿René es todavía conde, o no? El Conejo lo aceptó y confirmó como tal, con todo el formalismo debido... demonios, yo mismo estuve presente, ahora que lo pienso. Y

un conde no tiene por qué ser hijo del conde anterior: ha habido sobrinos, primos, saltos a otros parientes, saltos completos debidos a la traición o a guerras... ¿Ha sacado alguien ya a colación a *lord Medianoche*, el caballo del quinto conde Vortala? Si un caballo puede heredar un condado, no veo cuál es la objeción teórica a un cetagandano. Cetagandano en parte.

– Dudo que el padre de *lord Medianoche* estuviera casado con su madre – observó Ivan, divertido.

– Ambas partes citaron el caso como precedente, según he oído – intervino lord Vortala, él mismo descendiente del desgraciado quinto conde –. Una porque el caballo fue confirmado como heredero, la otra porque la confirmación fue revocada más tarde.

Galení, que escuchaba fascinado, sacudió la cabeza lleno de asombro, o algo parecido. Laisa se echó hacia atrás y se mordisqueó tranquilamente los nudillos, tratando de no reírse. Sus ojos chispearon sólo un poquito.

– ¿Cómo se lo está tomando René? – preguntó Miles.

– Parece que últimamente se ha vuelto bastante retraído – dijo Alys, con preocupación.

– Yo... tal vez lo llame.

– Eso estaría bien – dijo Gregor con gravedad –. Sigur intenta reclamar todo lo que René heredó, pero ha hecho saber que está dispuesto a quedarse sólo con el condado y sus propiedades. Supongo que también habrá discusiones sobre propiedades heredadas por las líneas femeninas que no se están cuestionando.

– Mientras tanto – dijo Alys –, Sigur ha enviado una nota a mi oficina solicitando el lugar que legítimamente le corresponde como conde Vorbretten en el desfile de la boda y en los juramentos. Y René ha enviado una nota pidiendo que se impida a Sigur participar en las ceremonias si el caso no se ha resuelto todavía a su favor cuando se celebren. Bien, ¿Gregor? ¿Quién colocará su mano entre las de Laisa cuando sea nombrada Emperatriz, si el Consejo de Condes no ha decidido para entonces?

Gregor se frotó el puente de la nariz y cerró los ojos un instante.

– No lo sé. Tal vez tengan que ser ambos. Provisionalmente.

– ¿Juntos? – dijo lady Alys, haciendo una mueca de desdén –. He oído que los nervios están a flor de piel – miró a Ivan –. Exacerbados por la gracia que ciertas personas sin seso parecen encontrarle a lo que no es más que una situación dolorosísima.

Ivan empezó a sonreír, pero al parecer se lo pensó mejor.

– Confiemos en que no decidan estropear la solemnidad de la ocasión – dijo Gregor –. Sobre todo mi decisión respecto a sus peticiones sigue aún pendiente. Supongo que debería encontrar algún medio de hacérselo saber, con amabilidad. Ahora me veo obligado a evitarlos...

Su mirada se posó sobre Miles.

– Ah, lord Auditor Vorkosigan. Parece una tarea para ti. ¿Serías tan amable de recordarles a ambos la delicadeza de sus posiciones, si las cosas parecen salirse de madre en algún momento?

Como la descripción oficial del trabajo de Auditor Imperial era, de hecho, lo que tú digas, Gregor, Miles apenas pudo discutir. Bueno, podría haber sido peor. Se estremeció al pensar en cuántas tareas podrían haberle asignado ya, si hubiera sido tan estúpido de no asistir a aquella reunión.

– Si, señor – suspiró –. Haré lo que pueda.

– Las invitaciones oficiales empezarán a circular pronto – dijo lady Alys –. Hacedme saber si hay algún cambio. – Pasó la última página –. Oh, ¿han dicho tus padres exactamente cuándo llegarán, Miles?

– Suponía que lo sabrías antes que yo. ¿Gregor?

– Se han asignado dos naves imperiales para el Virrey – dijo Gregor –. Si no hay ninguna crisis en Sergyar que lo impida, el conde Vorkosigan dio a entender que estaría aquí con más antelación que en la pasada Feria de Invierno.

– ¿Van a venir juntos? Creía que mamá vendría pronto, para ayudar a tía Alys.

– Quiero mucho a tu madre, Miles – suspiró lady Alys –, pero después del compromiso, cuando le sugerí que viniera a casa para ayudarme con estos preparativos, su respuesta fue que Gregor y Laisa deberían fugarse.

Gregor y Laisa reflexionaron taciturnos sobre aquella idea y se dieron la mano por debajo de la mesa. Lady Alys frunció el ceño, inquieta por este peligroso conato de rebelión.

Miles sonrió.

– Bueno, claro. Eso es lo que hizo ella. Después de todo, le salió bien.

– No creo que hablara en serio, pero con Cordelia nunca se sabe. Es sorprendente cómo todo este asunto saca a relucir a la betana que lleva dentro. No puedo sino agradecer que haya permanecido en Sergyar. – Lady Alys miró sus papeles y añadió –: Fuegos artificiales.

Miles parpadeó, y entonces advirtió que no se trataba de una predicción sobre los probables resultados de la diferencia de puntos de vista sociales entre su madre betana y su tía barrayaresa, sino más bien, del último (gracias a Dios) punto en la agenda del día.

– ¡Sí! – dijo Gregor, sonriendo ansiosamente. Todos los barrayareses congregados a la mesa, incluida lady Alys, se animaron. Una pasión cultural innata por las cosas que estallaban, tal vez.

– ¿Con qué calendario? – preguntó lady Alys –. Naturalmente se celebrará la muestra tradicional el Día del solsticio de Verano, la noche posterior a la Revista Militar Imperial. ¿Quieres fuegos en las tres noches anteriores a la boda, además de en la noche de la boda misma?

– Veamos ese presupuesto – le dijo Gregor a Ivan. Ivan se lo mostró –. Mm. No queremos que la gente se aburra. Que otras entidades, como la ciudad de Vorbarr Sultana o el Consejo de

Condes, se encarguen de los fuegos en las otras noches. Y aumentemos el presupuesto para la muestra posterior a la boda en un cincuenta por ciento, de mi dinero personal como conde Vorbarra.

– ¡Ooh! – apreció Ivan, e introdujo los cambios –. Qué bien.

Miles se desperezó. Terminaron por fin.

– ¡Oh, sí!, casi se me olvidaba – añadió lady Alys –. Aquí tienes tu calendario de comidas, Miles.

– ¿Mi qué? – sin pensarlo, aceptó el papel de sus manos.

– Gregor y Laisa tienen docenas de invitaciones durante la semana, entre la revista y la boda, procedentes de todo tipo de organizaciones que desean honrarlos... y honrarse a sí mismas, desde el Cuerpo de Veteranos Imperiales a la Honorable Orden de los Bajeleros. Y los Banqueros. Y los Barrenderos. Y los Bibliotecarios. Por no mencionar al resto del abecedario. Muchas más de las que podrían aceptar, naturalmente. Aceptarán algunas de las más ineludibles en la medida de lo posible, pero tú serás el próximo en el escalafón, como Segundo de Gregor.

– ¿Me ha invitado a mí alguien personalmente? – preguntó Miles, estudiando la lista. Había al menos trece comidas o ceremonias en tres días seguidos –. ¿O se van a llevar una horrible sorpresa? ¡No puedo comer todo esto!

– ¡Lánzate a territorio inexplorado, muchacho! – sonrió Ivan –. Es tu deber salvar al Emperador de una indigestión.

– Estarán avisados, naturalmente. Si no me equivoco tendrás que dar un discurso de agradecimiento apropiado para cada ocasión. Y aquí está tu calendario, Ivan.

La sonrisa de Ivan se convirtió en una mueca de temor cuando contempló su propia lista.

– No sabía que hubiera tantas cofradías en esta maldita ciudad...

A Miles se le ocurrió una idea maravillosa: podría llevar a Ekaterin a una selección de aquellos sitios. Sí, que vea al lord Auditor Vorkosigan en acción. Y su serena y sobria elegancia no le vendría mal a sus planes. Se enderezó en su asiento, súbitamente consolado, dobló el papel y se lo guardó en la túnica.

– ¿No podemos enviar a Mark a alguno de estos sitios? – preguntó Ivan, por si acaso –. Regresará a la ciudad para la boda. Y también es un Vorkosigan. Sin duda es más que un Vorpatril. Y si hay una cosa que el chico sepa hacer, es comer.

Galeni alzó las cejas, concordando con esta última afirmación, aunque la expresión de su cara era un estudio en sombría diversión. Miles se preguntó se preguntó si Galeni estaba también reflexionando sobre el otro notable don que tenía Mark para el asesinato. *Al menos no se come lo que mata.*

Miles empezó a mirar a Ivan con mala cara, pero tía Alys intervino.

– Guárdate tus bromitas, por favor, Ivan. Lord Mark no es el Segundo del Emperador, ni un Auditor Imperial, ni tiene demasiada experiencia en situaciones sociales delicadas. Y a pesar de todo lo que Aral y Cordelia hayan podido hacer por él en este último año, la mayoría de la gente sigue considerando su posición dentro de la familia algo ambiguo. Ni tampoco es, según tengo entendido, lo bastante estable para ser sometido a tensión en asuntos públicos. A pesar de su terapia.

– Era una broma – murmuró Ivan, a la defensiva –. ¿Cómo esperas que sobrevivamos a todo esto si no se nos permite tener sentido del humor?

– Contrólate – le aconsejó su madre severamente.

Tras estas palabras, la reunión se terminó.

Una fría llovizna de primavera caía sobre la cabeza de Miles cuando llegó al refugio que ofrecía el porche de la casa de los Vorthys. En medio del aire gris, el chillón frontal de losa de la casa parecía apagado, casi sutil. Ekaterin había retrasado inadvertidamente esta reunión al enviarle su propuesta de jardín a través de la comconsola. Por fortuna, él no tuvo que fingir indecisión sobre la elección: ambos bocetos estaban muy bien. Confiaba en que aún pudieran pasar unas horas aquella tarde, las cabecitas juntas sobre la pantalla de vid, comparando y discutiendo detalles.

Un fugaz recuerdo del sueño erótico del que había despertado esa mañana caldeó su rostro. Había sido una repetición de su primer encuentro con Ekaterin en el jardín de esta casa, pero en esta versión la bienvenida de ella adquirió de pronto un tono mucho más, ejem, excitante e inesperado. Pero, ¿por qué su estúpido subconsciente tenía que preocuparse tanto por las deladoras manchas de hierba en las rodillas de sus pantalones, cuando podría haberse dedicado a elaborar momentos aún más fabulosos de abundancia para su yo del sueño? Y además se despertó demasiado pronto, maldición...

La profesora le abrió la puerta y sonrió como bienvenida.

– Pasa, Miles – añadió, mientras se dirigían hacia el pasillo –. ¿He mencionado alguna vez lo mucho que aprecio que avises antes de venir de visita?

En la casa no reinaba el habitual silencio, propio de una biblioteca. Parecía haber una fiesta en marcha. Sorprendido, Miles volvió la cabeza hacia la izquierda. Un estrépito de platos y vasos y el aroma del té y las pastas de melocotón le llegaron desde el saloncito.

Ekaterin, sonriendo amablemente pero con dos pequeñas arrugas paralelas de tensión entre las cejas, estaba sentada en el sillón de su tío, en un rincón, con una taza de té en las manos. Repartidos por la habitación, encaramados en tres sillas, había tres hombres, dos con el uniforme imperial y otro con una túnica civil y pantalones.

Miles no reconoció al tipo fornido con los galones de mayor y las insignias de Ops en el cuello. El otro oficial era el teniente Alexi Vormoncrief, a quien conocía de pasada. También sus insignias indicaban que trabajaba en Ops.

El tercer hombre, el de la elegante ropa de paisano, era experto en evitar todo tipo de trabajo, por lo que Miles sabía: Byerly Vorrutyer nunca se había unido al Servicio; era un payaso de ciudad desde que él lo conocía. Byerly tenía un gusto impecable en todo, menos en sus vicios. A Miles le habría disgustado presentárselo a Ekaterin incluso *después* de que ella estuviera prometida y a salvo.

– ¿De dónde han salido? – le pregunto Miles a la profesora en voz baja.

– El mayor Zamori fue alumno mío hace quince años – respondió la profesora en un susurro

–. Me trajo un libro que dijo que me gustaría. Y es cierto: ya tenía un ejemplar. El joven Vormoncrief vino a comparar su linaje con Ekaterin. Pensaba que podían ser parientes, ya que su abuela era una Vorvane. Tía del ministro de Industrias Pesadas, ya sabes.

– Conozco esa rama, sí.

– Han pasado la última hora estableciendo que, aunque los Vorvane y los Vorvayne tienen un origen común, las familias se separaron hace al menos cinco generaciones. No sé por qué está aquí By Vorrutyer. No me dio ninguna excusa.

– No hay ninguna excusa para By.

Pero Miles comprendía perfectamente por qué estaban allí los tres, historias tontas incluidas. Y ella atrapada en el rincón, con la taza de té en el regazo. ¿No podían inventar historias mejores que aquellas trolas tan evidentes?

– ¿Está aquí mi primo Ivan? – añadió amenazador. Ivan trabajaba en Ops, ahora que lo pensaba. Una vez es casualidad, dos son coincidencia...

– ¿Ivan Vorpatril? No. Oh, cielos, ¿va a venir también? Me he quedado sin pastitas. Las había comprado para el postre del profesor esta noche...

– Espero que no – murmuró Miles. Puso una sonrisa amable y entró en el saloncito de la profesora. Ella lo siguió.

Ekaterin alzó la barbilla, sonrió y soltó su taza-escudo.

– ¡Oh, lord Vorkosigan! ¡Me alegra tanto que haya venido! Um... ¿conoce a estos caballeros?

– A dos de ellos, señora. Buenos días, Vormoncrief. Hola, Byerly.

Los tres conocidos intercambiaron saludos corteses. Vormoncrief dijo amablemente:

– Buenos días, milord Auditor.

– Mayor Zamori, éste es el lord Auditor Miles Vorkosigan – informó la profesora.

– Buenos días, señor – dijo Zamori –. He oído hablar de usted.

Su mirada era directa e intrépida, a pesar de que los lores Vor lo superaban ampliamente en categoría.

Pero claro, Vormoncrief apenas era teniente, y Byerly no tenía grado militar alguno.

– ¿Ha venido a ver al lord Auditor Vorthys? Acaba de salir.

Ekaterin asintió.

– Fue a dar un paseo.

– ¿Con la lluvia?

La profesora puso los ojos en blanco, por lo cual Miles dedujo que su marido se había largado y la había dejado haciendo de carabina de su sobrina.

– No importa – continuó Miles –. De hecho, tengo un asunto que tratar con la señora

Vorsoisson.

Y si ellos interpretaban que era un asunto del lord Auditor Imperial y no sólo un asunto privado de lord Vorkosigan, ¿quién era él para sacarlos de su error?

– Sí – Ekaterin asintió, confirmándolo.

– Mis disculpas por interrumpirlos a todos – añadió Miles, con segundas. No se sentó, sino que se apoyó en el marco de la puerta y se cruzó de brazos. Nadie se movió.

– Estábamos discutiendo de árboles genealógicos – explicó Vormoncrief.

– En profundidad – murmuró Ekaterin.

– Hablando de extraños linajes, Alexi, lord Vorkosigan y yo tenemos una relación incluso más estrecha – observó Byerly –. Tengo con él lazos casi familiares.

– ¿De veras? – dijo Vormoncrief, asombrado.

– Oh, sí. Una de mis tías por parte Vorrutyer estuvo casada con su padre. Así que Aral Vorkosigan es una especie de tío virtual mío, si no virtuoso. Pero ella murió joven, ay... implacablemente arrancada del árbol, sin darme un primo para privar de se herencia al futuro Miles – Byerly miró a Miles alzando una ceja –. ¿Le recuerdan con cariño en las conversaciones familiares?

– Nunca hablamos de los Vorrutyer – dijo Miles.

– Qué curioso. Nosotros tampoco hablamos mucho de los Vorkosigan. Casi nada, en realidad. Una especie de clamor silencioso.

Miles sonrió y dejó que el silencio se extendiera entre ambos, curioso por ver quién reventaba primero. Los ojos de By empezaron a brillar, pero el primero que perdió los nervios fue uno de los visitantes inocentes.

El mayor Zamori se aclaró la garganta.

– Bien, lord Auditor Vorkosigan. ¿Cuáles son las últimas noticias sobre el accidente de Komarr, por cierto? ¿Fue un sabotaje?

Miles se encogió de hombros, y dejó que By y su habitual pique escaparan de su atención.

– Después de seis semanas examinando datos, el lord Auditor Vorthys y yo consideramos que la causa probable fue un error de la piloto. Debatimos la posibilidad de que fuera un suicidio, pero acabamos por descartar la idea.

– ¿Y cuál fue su opinión? – preguntó Zamori, que parecía interesado –. ¿Accidente o suicidio?

– Mm. Me pareció que el suicidio explicaba un montón de aspectos físicos de la colisión – repuso Miles, enviando una silenciosa oración de disculpa al alma de la piloto fallecida –. Pero como la piloto no pudo suministrarnos ninguna prueba, como notas o mensajes o registros de terapias, no pudimos llegar a ningún veredicto oficial. No me cite – añadió, para darle verosimilitud

a la historia.

Ekaterin, protegida en el sillón de su tío, asintió, comprendiendo esta mentira oficial, quizás añadiéndola a su propio repertorio de engaños.

– ¿Y qué le parece esta boda komarresa del Emperador? – añadió Vormoncrief –. Supongo que debe aprobarla... está en ella.

Miles tomó nota de lo dudoso de su tono. Ah, sí, el tío de Vormoncrief, el conde Boriz Vormoncrief, al estar fuera de la zona destruida, había heredado el liderazgo del partido conservador a la baja después de la caída del conde Vortifrani. La respuesta del partido conservador a la futura emperatriz Laisa había sido tímida en el mejor de los casos, aunque, prudentemente, no habían permitido que ninguna hostilidad declarada se filtrara a lugares públicos donde alguien (por ejemplo, SegImp) se sintiera obligado a reparar en ella. Con todo, el hecho de que Boriz y Alexi estuvieran emparentados no significaba que compartieran los mismos puntos de vista políticos.

– Creo que es magnífico – dijo Miles –. La doctora Toscane es inteligente y hermosa, y Gregor, bueno, ya es hora de que nos ofrezca un heredero. Y hay que reconocer que por lo menos deja a una mujer barrayaresa más para el resto de nosotros.

– Bueno, deja una mujer barrayaresa más para uno de nosotros – le corrigió Byerly Vorrutyer dulcemente –. A menos que esté proponiendo algo deliciosamente *outré*.

La sonrisa de Miles desapareció mientras contemplaba a By. El humor de Ivan, cargante como podía ser en ocasiones, no llegaba a ser ofensivo porque era más bien ingenuo. Al contrario que Ivan, Byerly nunca insultaba a nadie inintencionadamente.

– Caballeros, deberían realizar ustedes una visita a Komarr – recomendó Miles –. Sus cúpulas están repletas de mujeres hermosas, todas con genes limpios y educación galáctica. Y los Toscane no son el único clan que tiene una heredera. Muchas de las damas komarresas son ricas... Byerly.

Se abstuvo de explicar a todos los presentes que el desgraciado y difunto esposo de la señora Vorsoisson la había dejado sin posibles, primero porque Ekaterin estaba presente, mirándolo con las cejas alzadas, y segundo porque no le cabía duda de que By lo sabía ya.

Byerly sonrió levemente.

– El dinero no lo es todo, según dicen.

Ya.

– A pesar de ello, estoy seguro de que podría usted parecer agradable, si lo intentara.

By no pudo contener una mueca.

– Su fe en mí es enternecedora, Vorkosigan.

– Una hija de los Vor es suficiente para mí, gracias – dijo Alexi Vormoncrief tozudamente –. No me hace falta ni me gusta lo exótico.

Mientras Miles trataba de dilucidar si era una alusión a su madre betana (con By habría estado seguro, pero Vormoncrief nunca le había parecido que anduviera sobrado de sutileza), Ekaterin dijo animosamente:

– Voy a subir a mi habitación para traer esos discos de datos, ¿de acuerdo?

– Si así lo desea, señora.

Miles confió en que By no la hubiera convertido en objeto de ninguna de sus técnicas de conversación guerrilleras. Si era así, Miles tendría unas palabritas con su primo postizo. O tal vez incluso enviara a sus hombres a encargarse de él, como en los viejos tiempos...

Ekaterin se levantó, salió al pasillo y subió por las escaleras. No regresó. Vormoncrief y Zamori acabaron por intercambiar miradas de decepción y ruiditos de *es hora de irse*, y se levantaron. La gabardina militar que Vormoncrief se puso había tenido tiempo de secarse desde su llegada, advirtió Miles con desagrado. Los caballeros se despidieron de su anfitriona putativa, la profesora.

– Dígale a la señora Vorsoisson que traeré ese disco de diseños de naves de salto para Nikki en cuanto pueda – le aseguró el mayor Zamori a la profesora, mirando hacia las escaleras.

¿Zamori ha estado aquí lo suficiente para conocer ya a Nikki? Miles observó incómodo su perfil. Era alto, aunque no tanto como Vormoncrief; si destacaba tanto se debía a su constitución. Byerly era tan delgado que parecía más bajo.

Esperaron un momento en el pasillo, en medio de risitas incómodas, pero Ekaterin no volvió a bajar, y por fin se rindieron y se encaminaron hacia la puerta. Ahora llovía con más fuerza, advirtió Miles con satisfacción. Zamori se internó en la lluvia, la cabeza gacha. La profesora cerró la puerta con una sonrisa de alivio.

– Ekaterin y tú podéis usar la comconsola de mi estudio – le indicó a Miles, y se volvió para recoger los platos y tazas que habían quedado en el saloncito.

Miles recorrió el pasillo hasta la biblioteca convertida en despacho, y echó un vistazo alrededor. Sí, sería un lugar cómodo y acogedor para su conferencia. La ventana estaba abierta para que entrara un poco de aire. Desde el porche llegaron voces que distinguió con desafortunada claridad en medio del aire húmedo.

– No creerás que Vorkosigan va detrás de la señora Vorsoisson, ¿no?

Ése era Vormoncrief.

Byerly Vorrutyer repuso indiferente:

– ¿Por qué no?

– Supongo que porque a ella le daría náuseas. No, debe de ser algún asunto derivado de su caso.

– Yo no apostaría por eso. Conozco a suficientes mujeres que se cubrirían la nariz y se

lanzarían a por un conde aunque estuviera cubierto de pelo verde.

Miles cerró los puños, pero los volvió a abrir lentamente. *¿Ah, sí? ¿Entonces por qué no me proporcionas esa lista. By?* No es que a Miles le importara *ahora...*

– Yo no digo que entienda a las mujeres, pero Ivan es el objetivo que yo tendría en mente – dijo Vormoncrief –. Si los asesinos hubieran sido un poco más competentes, entonces él habría heredado el condado Vorkosigan. Lástima. Mi tío dice que sería de los nuestros, si no tuviera esa alianza familiar con los malditos progresistas de Aral Vorkosigan.

– ¿Ivan Vorpatril? – bufó Byerly –. Te equivocas, Alexi. A ése lo único que le interesa son los sitios donde el vino corre libremente.

Ekaterin apareció en la puerta y sonrió a Miles. Él pensó en cerrar la ventana de golpe. Había dificultades técnicas para hacerlo: tenía un pestillo. Ekaterin también había oído las voces... ¿todo? Entró, ladeó la cabeza y lo miró alzando una ceja, como diciendo: *¿Otra vez con eso?* Miles consiguió esbozar una sonrisa cortada.

– Ah, aquí está tu conductor por fin – añadió Byerly –. Préstame tu chaqueta, Alexi; no quiero empapar mi bonito traje nuevo. ¿Qué te parece? El color resalta el tono de mi piel, ¿no?

– Te mata, By.

– Oh, pues mi sastre me aseguró que sí. Gracias. Bien, ya está abriendo el dosel. Ahora a correr; bueno, tú puedes correr. Yo caminaré con dignidad, con este horrible pero impermeable atuendo imperial. Allá vamos...

Dos grupos de pisadas se perdieron en la llovizna.

– Es todo un personaje, ¿no? – dijo Ekaterin, medio riendo.

– ¿Quién? ¿Byerly?

– Sí. Es muy descarado. Apenas podía creer las cosas que se atrevió a decir. Ni mantenerme seria.

– Yo tampoco creo las cosas que dice – respondió Miles. Acercó una segunda silla a la comconsola tanto como se atrevió y le indicó que se sentara –. ¿De dónde han salido?

Además de hacerlo del departamento de Ops en el Cuartel General Imperial, aparentemente. *Ivan, rata, tú y yo vamos a tener una charla sobre el tipo de chismorreos que cuentas en el trabajo...*

– El mayor Zamori llamó a la profesora la semana pasada – dijo Ekaterin –. Parece un tipo bastante agradable. Tuvo una larga charla con Nikki... me impresionó su paciencia.

Miles estaba impresionado con su cerebro. Maldita sea, había detectado que Nikki era uno de los pocos puntos flacos en la armadura de Ekaterin.

– Vormoncrief apareció hace unos días. Me temo que es un poco aburrido, pobre hombre. Vorrutyer vino con él esta mañana; no estoy segura de que fuera invitado exactamente.

– Ha encontrado una nueva víctima de la que chupar, supongo – dijo Miles. Por lo visto los Vorrutyer se dividían en dos categorías: los descarados y los retraídos. El padre de By, el hijo más joven de su generación, era un misántropo perteneciente a la segunda categoría y nunca se acercaba a la capital si podía evitarlo –. Está claro que By no tiene medios visibles de ganarse la vida.

– Pues le planta buena cara.

La pobreza de la clase alta era un problema con el que Ekaterin podía identificarse, advirtió Miles. No pretendía que su observación hiciera ganar puntos a Byerly Vorrutyer. Rayos

– Creo que el mayor Zamori se quedó un poco fuera de juego cuando llegaron los dos – continuó Ekaterin. Añadió, temerosa –: No sé por qué han venido.

Mírate en un espejo, se abstuvo de aconsejarle Miles. Alzó la cejas.

– ¿De verdad?

Ella se encogió de hombros y sonrió con amargura.

– Tienen buenas intenciones, supongo. Tal vez he sido demasiado ingenua al pensar que esto – indicó su vestido negro – sería suficiente para librarme de estas tonterías. Gracias por intentar enviarlos a Komarr por mí, aunque no estoy segura de que sirviera. Mis indirectas no parecían surtir efecto tampoco. No deseo ser brusca.

– ¿Por qué no? – dijo Miles, esperando así animar la cadena de sus pensamientos. Aunque la rudeza tal vez no funcionara con By; sería igual que incitarlo a una competición. Miles reprimió la morbosa necesidad de preguntar si había habido más caballeros en su puerta aquella semana o si acababa de ver el muestrario completo. En realidad no quería saber la respuesta –. Pero ya basta de estas tonterías, como usted dice. Hablemos de mi jardín.

– Sí, hablemos – dijo ella, agradecida, y mostró en la comconsola los dos modelos vid, que habían bautizado como *jardín de campo* y *jardín urbano* respectivamente. Sus cabezas se inclinaron una junto a la otra, tal y como Miles había imaginado. Pudo oler el perfume de su pelo.

El jardín de campo era una exposición naturalista, con senderos pelados en torno a especies nativas plantadas en setos bien trazados, un arroyuelo serpenteante y bancos de madera dispersos. El jardín urbano tenía marcadas terrazas rectangulares de plascreto vertido, que creaban a su vez caminos y bancos y canales de agua. Con una serie de hábiles y perspicaces preguntas, Ekaterin consiguió hacerle comprender que le gustaba más el jardín de campo, por mucho que lo sedujeran las fuentes de plascreto. Mientras Miles observaba fascinado, ella modificó el diseño campestre para darle al terreno más pendiente y un arroyo más destacado, que serpenteaba formando una S empezando en una cascada y terminando en una pequeña gruta. El círculo central donde los caminos se encontraban se convirtió en un diseño tradicional de ladrillo con el emblema Vorkosigan, la estilizada hoja de arce sobre los tres triángulos entrelazados que representaban las montañas, de material más pálido. Todo se hundió por debajo del nivel de la calle, para dar más

espacio a las riberas y apagar el ruido de la ciudad.

– Sí – dijo él por fin, lleno de satisfacción –. Ése es el plan. Adelante. Puede empezar con sus contratistas y sus concursos.

– ¿Está seguro de que quiere continuar? – dijo Ekaterin –. Me temo que no tengo experiencia. Todos mis diseños han sido virtuales, como éste.

– Ah – dijo Miles presuntuoso, pues había previsto esta duda de último minuto –. Ahora es el momento de que se ponga en contacto directo con mi hombre, Tsipis. Lleva treinta años ocupándose del mantenimiento y la construcción de las propiedades Vorkosigan. Sabe quién es la gente digna de confianza y valiosa, y dónde conseguir trabajadores o materiales de los terrenos Vorkosigan. Le encantará guiarla en todo el proceso.

De hecho, le haré saber que le cortaré la cabeza si no se muestra satisfecho en todo momento. Pero Miles no tendría que presionarlo mucho: Tsipis encontraba fascinantes todos los aspectos de la dirección de empresas y era capaz de hablar durante horas sobre el tema. Miles se rió, aunque dolorosamente, al advertir lo a menudo que en su experiencia como mercenario había salvado el cuello no sólo recurriendo a su formación en SegImp, sino a una de las lecciones de Tsipis: «Si estás dispuesto a ser su alumno, será tu esclavo.»

Tsipis, que ya había sido cuidadosamente alertado, respondió a la comconsola en su despacho de Hassadar, y Miles hizo las necesarias presentaciones. La nueva relación era ideal: Tsipis era mayor, estaba casado y realmente interesado en el proyecto. Logró que Ekaterin olvidara casi al instante su cauta timidez inicial. Para cuando terminó la primera conversación larga entre ambos, Ekaterin había pasado de decir *no puedo* a poseer una lista de artículos y un plan coherente que, con suerte, produciría resultados sorprendentes la semana siguiente. Oh, sí. Esto iba a salir bien. Si había algo que Tsipis apreciara era un rápido estudio. Ekaterin era una de esas personas lúcidas a quienes Miles, en sus días de mercenario, consideraba más preciosas que tener de pronto una inesperada cantidad de oxígeno en la reserva de emergencia. Y ella ni siquiera sabía que era algo fuera de lo corriente.

– Santo cielo – observó, organizando sus notas cuanto Tsipis cortó la comunicación –. Qué posibilidades de educación ofrece este hombre. Soy yo la que tendría que pagarle a usted.

– El pago – recordó Miles –. Sí.

Sacó un chit de crédito de su bolsillo.

– Tsipis ha preparado la cuenta para que pague todos los gastos. Ésta es su tarifa por el diseño aprobado.

Ella lo comprobó en la comconsola.

– ¡Lord Vorkosigan, esto es demasiado!

– No, no lo es. Hice que Tsipis comprobara los precios de un trabajo de diseño similar en

tres compañías profesionales distintas.

Casualmente eran las tres más caras del ramo, pero ¿habría contratado algo de menos categoría para la mansión Vorkosigan?

– Es una media de sus tarifas. Tsipis puede enseñárselo.

– Pero soy una aficionada.

– No durante mucho tiempo.

Maravilla de maravillas, esto provocó una sonrisa de confianza.

– Lo único que hice fue unir varios elementos de diseño preestablecidos.

– Bien, el diez por ciento de esa cantidad es por los elementos de diseño. El otro noventa por ciento es por saber cómo ordenarlos.

Ja, ella no discutió eso. No se puede ser tan bueno y no saberlo, por lo menos en un lugar recóndito de tu corazón, por mucho que te hayan obligado a comportarte con humildad.

Miles reconoció que era una buena nota para terminar. No quería retrasar su marcha hasta el punto de aburrirla, como evidentemente había hecho Vormoncrief. Era demasiado pronto para... no, lo intentaría.

– Por cierto, voy a dar una fiesta para algunos viejos amigos míos... la familia Koudelka. Kareen Koudelka, que es una especie de protegida de mi madre, acaba de regresar tras un año de estudios en la Colonia Beta. Acaba de aterrizar, pero en cuanto pueda fijar una fecha en que todo el mundo esté libre, me gustaría que viniera usted también a conocerlos.

– No quisiera molestar...

– Cuatro hijas. Kareen es la menor. Y su madre, Drou. Y el comodoro Koudelka, claro. Los conozco de toda la vida. Y el prometido de Delia, Duv Galeni.

– ¿Una familia con cinco mujeres? ¿Todas a la vez? – una nota de envidia sonó claramente en su voz.

– Creo que le caerán bien. Y viceversa.

– No he conocido a muchas mujeres en Vorbarr Sultana... todas están tan ocupadas... – Se miró la falda negra –. En realidad no debería asistir todavía a fiestas.

– Será una fiesta *familiar* – recalcó él, sin darle importancia –. Naturalmente, pretendo invitar al profesor y la profesora.

¿Por qué no? Después de todo, tenía noventa y seis sillas.

– Tal vez... podría hacer una excepción.

– ¡Excelente! Ya le haré saber la fecha. Oh, y asegúrese de llamar a Pym para que notifique a los guardias de la mansión cuándo van a llegar sus obreros, para que pueda añadirlos a su lista de seguridad.

– Por supuesto.

Y con este toque cuidadosamente equilibrado, cálido aunque no demasiado personal, Miles presentó sus excusas y levantó el campo.

Así que el enemigo acechaba a las puertas. *No te dejes llevar por el pánico, chico.* Tal vez el día de la cena ya hubiera conseguido que ella aceptara alguno de sus compromisos para la semana de la boda. Y cuando los hubieran visto en público en media docena de ocasiones, bueno, quién sabía.

Yo no, por desgracia.

Suspiró, y corrió bajo la lluvia hacia su coche.

Ekaterin regresó a la cocina, para ver si su tía necesitaba ayuda con la limpieza. Se sentía culpable por hacerlo demasiado tarde y, en efecto, encontró a la profesora sentada a la mesa de la cocina con una taza de té y un puñado de trabajos de sus alumnos, a juzgar por la expresión divertida de su rostro.

Su tía frunció ferozmente el ceño y garabateó con su stylus, luego alzó la cabeza y sonrió.

– ¿Has terminado, querida?

– Más bien acabo de empezar. Lord Vorkosigan ha elegido el jardín de campo. Quiere que continúe.

– Nunca lo he dudado. Es un hombre decidido.

– Lamento todas las interrupciones de esta mañana. – Ekaterin hizo un gesto en dirección al saloncito.

– No veo por qué tienes que pedir disculpas. Tú no los invitaste.

– La verdad es que no – Ekaterin mostró su nuevo chit de crédito y sonrió –. ¡Lord Vorkosigan ya me ha pagado el diseño! Ahora puedo pagarte mi alquiler y el de Nikki.

– Santo cielo, no nos debes ningún alquiler. No nos cuesta nada que ocupes esas habitaciones vacías.

Ekaterin vaciló.

– No puedes decir que la comida que comemos sea gratis.

– Si quieres comprar algunos víveres, adelante. Pero preferiría que ahorraras para tus clases de este otoño.

– Haré ambas cosas – Ekaterin asintió con firmeza. Bien administrado, el chit de crédito le ahorraría tener que pedirle a su padre que gastara dinero en los próximos meses. Papá no era tacaño, pero ella no quería concederle el derecho de darle consejos no deseados ni a intentar dirigir su vida. Él ya había dejado claro en el funeral de Tien que no estaba contento, porque ella, ni había vuelto a casa, como correspondía a una viuda Vor, ni se había ido a vivir con la madre de su difunto esposo, aunque no los había invitado.

¿Y cómo iban Ekaterin y Nikki a encajar en su modesto apartamento? ¿Qué oportunidades tendrían de adquirir una educación en la pequeña ciudad del Continente Sur donde él se había retirado? En ocasiones, Sasha Vorvayne parecía un hombre extrañamente derrotado por la vida. Mamá había sido la osada, pero sólo en las pequeñas cosas que podía colar en los huecos de su papel como esposa de un burócrata. ¿Se había vuelto contagiosa la derrota hacia el final? A veces Ekaterin se preguntaba si el matrimonio de sus padres había sido, de algún modo más sutil, un fracaso casi tan secreto como el suyo.

Una cabeza de pelo blanco pasó ante la ventana; una sacudida y la puerta trasera se abrió para revelar al tío Vorthys, seguido de Nikki. El profesor se asomó y susurró dramáticamente:

– ¿Se han ido? ¿Es seguro volver?

– Todo despejado – informó su esposa, y él entró en la cocina.

Llevaba una bolsa grande, que depositó sobre la mesa. Resultó que contenía pastas para sustituir, varias veces, las que habían sido consumidas.

– ¿Crees que ahora tendremos suficientes? – preguntó la profesora secamente.

– Que no falten – declamó el marido –. Recuerdo cuando las chicas pasaron por esa etapa. Rodeados hasta las cejas de jóvenes a todas horas, y no quedaba ni una migaja en la casa al finalizar el día. Nunca comprendí tu generosa estrategia.

Se volvió hacia Ekaterin.

– Quise espantarlos ofreciéndoles verdura hervida, y trabajitos. Los que volvieran después de eso, sabríamos que iban en serio. ¿Eh, Nikki? Pero por algún motivo, las mujeres no me dejaron.

– Pues ofréceles todas las verduras podridas y los trabajitos que se te ocurran – le dijo Ekaterin. *Además, podríamos cerrar las puertas con llave y fingir que no hay nadie en casa...* Se sentó junto a su tía, y se sirvió una pastita –. ¿Habéis comido algo Nikki y tú?

– Tomamos café, galletas y leche en la panadería – le aseguró su tío.

– Tío Vorthys dice que todos esos tipos quieren casarse contigo – añadió, con aparente incredulidad –. ¿Es verdad?

Gracias, querido tío, pensó Ekaterin tristemente. Había estado preguntándose cómo explicárselo todo a un niño de nueve años. Aunque Nikki no parecía encontrar la idea tan horrible como ella.

– Eso sería ilegal – murmuró –. Incluso *outré* – sonrió levemente al recordar la expresión de By Vorrutyer.

Nikki no captó el chiste.

– ¿Sabes lo que quiero decir! ¿Vas a escoger a alguno de ellos?

– No, querido.

– Bien.

Y añadió, tras un breve silencio:

– Aunque si lo hicieras, un mayor sería mejor que un teniente.

– Ah... ¿por qué?

Ekaterin observó con interés cómo Nikki luchaba por decir *Vormoncrief es un viejo Vorlatoso*, pero para su alivio, no llegó a expresarlo. Finalmente, se contentó diciendo:

– Los mayores ganan más dinero.

– Una idea muy práctica – observó el tío Vorthys y, quizá todavía recelando de la generosidad de su esposa, recogió la mitad de su nuevo cargamento de pastas para llevárselas y esconderlas en su laboratorio del sótano. Nikki lo siguió.

Ekaterin apoyó los codos en la mesa de la cocina, la barbilla en las manos y suspiró.

– La estrategia del tío Vorthys tal vez no sea mala. La amenaza del trabajo podría librarnos de Vormoncrief y, sin duda, espantaría a Vorrutyer. No estoy tan segura de que funcionara con el mayor Zamori. Las verduras pasadas pueden sernos útiles con todos.

La tía Vorthys la miró con una sonrisa divertida.

– ¿Qué quieres que haga, Ekaterin? ¿Qué empiece a decirles a tus pretendientes potenciales que no estás en casa para las visitas?

– ¿Podrías? Con mi trabajo en el jardín, sería la verdad – dijo Ekaterin.

– Pobres chicos. Casi lo siento por ellos.

Ekaterin sonrió brevemente. Podía sentir el empujón de aquella compasión, como una mano que la arrastrara hacia la oscuridad. Hacía que se le pusiera la piel de gallina.

Ahora, cada noche, cuando se acostaba sin Tien, era como saborear un cielo solitario. Podía estirar los brazos y las piernas por todos los lados de la cama, refocilarse en el suave espacio, libre de compromisos, confusión, opresión, negociación, deferencia, contemporalización. Libre de Tien. Durante los largos años de su matrimonio casi se había vuelto insensible a los lazos que la ataban a él, las promesas y el miedo, sus desesperadas necesidades, sus secretos y mentiras. Cuando las ataduras de sus votos se rompieron con su muerte, fue como si toda su alma hubiera despertado, picoteando dolorosamente como un miembro cuando vuelve la circulación. *No sabía en qué prisión me hallaba, hasta que estuve libre.* La idea de volver voluntariamente a una celda marital, y cerrar la puerta con otro juramento, le daba ganas de salir corriendo.

Sacudió la cabeza.

– No necesito crearme otra dependencia.

Su tía arqueó las cejas.

– No necesitas a otro Tien, eso está claro. Pero no todos los hombres son como Tien.

Ekaterin apretó los puños, pensativa.

– Pero yo sigo siendo yo. No sé si puedo intimar y no volver a los viejos malos días. No sé si

puedo explorar hasta el fondo y quejarme luego de que estoy vacía. El pensamiento más horrible que tengo, cuando lo recuerdo, es que no fue todo culpa de Tien. Yo dejé que empeorara cada vez más. Si hubiera tenido la oportunidad de casarse con una mujer que se le hubiera enfrentado, que le hubiera *insistido*...

– Tu lógica me da dolor de cabeza – observó amablemente su tía.

Ekaterin se encogió de hombros.

– Ahora todo es agua pasada.

Tras un largo silencio, la profesora preguntó con curiosidad:

– ¿Y qué piensas de Miles Vorkosigan?

– Está bien. No me hace que me den ganas de gritar.

– Pensé... allá en Komarr, que parecía un poco interesado en ti.

– Oh, no fue más que una broma – dijo Ekaterin, tozuda.

La broma había ido un poco demasiado lejos, tal vez, pero los dos se habían cansado, después de tantos días y horas de temible tensión... su sonrisa deslumbradora, y los ojos brillantes en su rostro cansado destellaron en la memoria de Ekaterin. Tuvo que ser una broma. Porque si no... tendría que salir corriendo y gritando. Y estaba demasiado cansada para levantarse.

– Pero ha sido agradable encontrar a alguien sinceramente interesado por los jardines.

– Mmm – dijo su tía, y se volcó en otro de los trabajos de sus alumnos.

El sol de la tarde primaveral de Vorbarr Sultana calentaba la piedra gris de la mansión Vorkosigan, convirtiéndola en algo casi agradable, cuando el coche alquilado de Mark enfiló el camino de acceso. El guardia de SegImp de la verja no era uno de los hombres que Mark había conocido el año anterior. El hombre fue respetuoso pero meticuloso, y llegó incluso a comprobar la palma de la mano y la retina de Mark antes de franquearle el paso con un gruñido apagado que podría haber sido un «milord» a modo de disculpa. Mark miró a través del dosel del coche mientras se acercaban al pórtico principal.

La mansión Vorkosigan otra vez. ¿Su hogar? Su acogedor apartamento estudiantil de la Colonia Beta parecía más un hogar que aquel enorme pilar de piedra. Pero aunque estaba hambriento, cansado, tenso y sufría los efectos del salto espacial, al menos esta vez no vomitaba de paroxismo y terror. Era sólo la mansión Vorkosigan. Podría soportarlo. ¡Y en cuanto entrara, llamaría a Kareen, sí! Abrió el dosel en el instante en que el coche se detuvo en la acera y se volvió para ayudar a Enrique a bajar las maletas.

Los pies de Mark apenas habían tocado el suelo cuando Pym apareció por la puerta principal y le dirigió un saludo breve, algo cargado de reproche.

– ¡Milord Mark! Tendría que habernos llamado desde el espaciopuerto. Lo habríamos

recogido como corresponde.

– No importa, Pym. No creo que todo nuestro equipaje hubiera cabido en el vehículo blindado, de todas formas. No te preocupes, todavía tienes un montón de cosas que hacer.

La furgoneta alquilada que los seguía desde el espaciopuerto cruzó la verja, subió por el camino de acceso y se detuvo tras ellos.

– Santo cielo – murmuró Enrique mientras Mark se apresuraba a ayudarlo a levantar del suelo una caja que decía DELICADO y que había viajado entre ambos en el vehículo de tierra –. Es verdad que eres lord Vorkosigan. No estaba seguro de si creerte, hasta ahora.

– En realidad soy lord *Mark* – corrigió Mark –. Dejémoslo claro. Aquí eso importa. No soy, ni espero serlo jamás, el heredero del condado.

Mark indicó con un gesto de cabeza la baja figura que salía de la mansión atravesando las dobles puertas talladas, ahora abiertas de par en par.

– *Él* es lord Vorkosigan.

Miles no parecía estar tan mal, a pesar de los peculiares rumores sobre su salud que se habían filtrado hasta la Colonia Beta. Alguien se había ocupado de mejorar su vestuario civil, a juzgar por el elegante traje gris que llevaba, y lo rellenaba adecuadamente. No estaba tan enfermizamente delgado como la última vez que se habían visto, hacía casi un año. Avanzó hacia Mark con una sonrisa, la mano tendida. Consiguieron intercambiar un apretón firme y fraternal. Mark necesitaba desesperadamente un abrazo, pero no de Miles.

– Mark, maldición, nos has pillado por sorpresa. Se suponía que tenías que llamar desde la órbita. Pym habría ido a recogerte.

– Eso me ha dicho.

Miles retrocedió un paso y lo examinó. Mark se ruborizó. Las drogas que Lilly Durena le había dado le habían permitido perder más grasa en menos tiempo de lo que era humanamente natural, y se había ceñido religiosamente a un estricto régimen de dieta y líquidos para combatir los corrosivos efectos secundarios. Ella había dicho que la combinación de drogas no era adictiva, y Mark la creyó: no veía el momento de librarse del maldito producto. Ahora pesaba poco más que cuando estuvo por última vez en Barrayar, tal como planeaba. Asesino había sido liberado de su jaula carnal y era capaz de defenderse de nuevo si tenía que hacerlo... Pero Mark no había previsto el aspecto ajado y ceniciento que tendría. Era como una vela derritiéndose al sol.

Y de hecho, las siguientes palabras que salieron de la boca de su hermano fueron:

– ¿Te encuentras bien? No tienes muy buen aspecto.

– Los efectos del salto. Ya pasarán – sonrió, tenso. No estaba seguro de si eran las drogas, Barrayar o echar de menos a Kareen lo que le ponía más nervioso, pero conocía la cura –. ¿Sabes algo de Kareen? ¿Llegó bien?

– Sí, llegó bien, la semana pasada. ¿Qué es esa caja con todas esas capas?

Mark quería ver a Kareen más que ninguna otra cosa en el universo, pero lo primero era lo primero. Se volvió hacia Enrique, que se reía, fascinado de verlo junto a su progenitor-gemelo.

– He traído a un invitado. Miles, me gustaría presentarte al doctor Enrique Borgos. Enrique, mi hermano Miles, lord Vorkosigan.

– Bienvenido a la mansión Vorkosigan, doctor Borgos – dijo Miles, y le estrechó la mano –. Su nombre parece de Escobar, ¿no?

– Er, sí, er, lord Vorkosigan.

Maravilla de las maravillas, Enrique consiguió decirlo bien esta vez. Mark sólo llevaba entrenándolo en etiqueta barrayaresa diez días seguidos...

– ¿Y en qué es usted doctor? – Miles miró de nuevo a Mark, preocupado, y éste supuso que estaba evaluando las teorías alarmistas sobre la salud de su hermano clónico.

– No en medicina – le aseguró Mark –. El doctor Borgos es bioquímico y entomólogo genético.

– ¿Especialista en palab...? No, eso es etimólogo. En insectos, eso es.

Miles miró de nuevo la gran caja de acero que tenían a los pies.

– Mark, ¿por qué tiene agujeros para el aire esa caja?

– Lord Mark y yo vamos a trabajar juntos – le hizo saber el larguirucho científico.

– Supongo que tendremos alguna habitación de sobra para él – añadió Mark.

– Dios, sí, las que queráis. La mansión es vuestra. Me mudé el invierno pasado a la gran suite del primer piso, en el ala este, así que toda el ala norte está vacía. A excepción de la habitación del tercer piso que ocupa el soldado Roic. Duerme durante el día, así que podríais darle algún margen. A su llegada, papá y mamá traerán consigo el ejército habitual, pero nos recolocaremos si es necesario.

– Enrique espera poder montar un laboratorio provisional, si no te importa – dijo Mark.

– No usa nada explosivo, espero. Ni tóxico.

– Oh, no, no, lord Vorkosigan – le aseguró Enrique –. No, nada de eso.

– Entonces no veo por qué no. – Bajó la mirada, y añadió con más suavidad –: Mark... ¿por qué los agujeros para el aire tienen *pantallas*?

– Te lo explicaré todo en cuanto hayamos descargado los vehículos y les haya pagado a los conductores.

El soldado Jankowsky apareció junto a Pym mientras tenían lugar las presentaciones.

– La maleta azul es mía, Pym. Todo lo demás va con el doctor Borgos.

Tras echar una mano a los conductores, descargaron rápidamente la furgoneta y lo trasladaron todo al salón de entrada. Hubo un momento de pánico cuando el soldado Jankowsky,

tambaleándose bajo una carga de lo que Mark sabía que eran utensilios de laboratorio de cristal guardados con precipitación, pisó un gatito blanco y negro, bien camuflado por las losas del suelo. La enfurecida criatura emitió un aullido lastimero, bufó y corrió entre los pies de Enrique y a punto estuvo de hacer caer al escobariano, que sostenía en precario equilibrio un carísimo analizador molecular. Pym lo salvó por los pelos.

Casi los habían pillado, durante su asalto nocturno al laboratorio del que habían rescatado todas las notas importantes y los especímenes irreemplazables, precisamente porque Enrique insistió en volver por el maldito analizador. Mark se lo había tomado como una especie de cósmico te-lo-dije si Enrique lo hubiera dejado caer ahora. *Te compraré un laboratorio nuevo cuando lleguemos a Barrayar*, había dicho una y otra vez, para tratar de convencer al Escobariano. Al parecer Enrique pensaba que Barrayar estaba todavía atascado en la Era del Aislamiento y que no iba a poder conseguir allí nada más complejo científicamente que un alambique, una probeta y, tal vez, un trépano.

Tardaron todavía más en instalarse, ya que el lugar ideal que Enrique trató de agenciarse inmediatamente para su nuevo laboratorio era la monumental, modernizada y luminosa cocina, con un buen suministro de energía. A una llamada de Pym, Miles corrió rápidamente a defender el territorio de su cocinera, una mujer formidable a quien parecía considerar esencial para el mantenimiento no sólo de su casa, sino también de su carrera política. Después de explicar en voz baja a Mark que la frase *la mansión es vuestra* era una mera locución amable y que no había que tomarla literalmente, Enrique tuvo que conformarse con un lavadero secundario en el semisótano del ala norte, menos espacioso, pero con agua corriente e instalaciones para la eliminación de residuos. Mark prometió que iría de compras para conseguir los juguetitos y herramientas y bancos y campanas y luces que Enrique deseaba lo más pronto posible, y lo dejó poniendo en orden sus tesoros. El científico no mostró ningún interés en la elección de dormitorio.

Mark tiró su maleta en la misma habitación que había ocupado el año anterior, y regresó a la lavandería para preparar la propuesta que quería hacerle a su hermano mayor. Todo parecía tener mucho sentido, allá en Escobar, pero entonces Mark no conocía tan bien a Enrique.

El hombre era un genio, pero Dios Todopoderoso, necesitaba un cuidador. Ahora Mark comprendía a la perfección todo aquel lío de la bancarrota y los pleitos por fraude.

– Deja que hable yo, ¿entendido? – le dijo firmemente a Enrique –. Miles es aquí un tipo importante, Auditor Imperial, y tiene trato con el mismísimo Emperador. Su apoyo podría darnos un empujón magnífico.

Más importante aún: su oposición activa podría ser fatal para el plan; podría hundirlo con una palabra.

– Sé cómo tratarlo. Tú muéstrate de acuerdo con todo lo que yo diga y no intentes añadir

nada por tu cuenta.

Enrique asintió ansioso y lo siguió como un cachorrito gigantesco por el laberinto de la casa hasta que encontraron a Miles en la gran biblioteca. Pym estaba sirviendo té, café, vinos Vorkosigan, dos variedades de cerveza del Distrito y una bandeja de entrantes que parecían una vidriera convertida en comida. El lacayo le dirigió a Mark un formal saludo de bienvenida y se retiró para dejar solos a los dos hermanos.

– Qué oportuno – dijo Mark, acercando una silla a la mesita –. Aperitivos. Da la casualidad de que tengo un nuevo producto para que lo pruebes, Miles. Creo que podría ser muy beneficioso.

Miles alzó una ceja, interesado, y se inclinó hacia delante mientras Mark abría un atractivo envoltorio rojo para revelar un cubito blanco.

– ¿Es una especie de queso?

– No exactamente, aunque en cierto modo es un producto animal. Es la versión básica, sin sabor. Los sabores y colores pueden añadirse según se desee, y te mostraré algunos más tarde, cuando hayamos tenido tiempo de mezclarlos. Es nutritivo como él solo: una mezcla perfectamente equilibrada de hidratos de carbono, proteínas y grasas, con todas las vitaminas esenciales en sus proporciones adecuadas. Podrías vivir solamente a dieta de esto y agua, si fuera preciso.

– ¡Yo he vivido tres meses sólo con eso! – intervino Enrique orgulloso. Mark lo miró con el ceño fruncido, y guardó silencio.

Mark cogió uno de los cuchillos de plata de la bandeja, cortó el cubo en cuatro partes y se metió una porción en la boca.

– ¡Pruébalo! – dijo mientras masticaba. Se abstuvo de hacer algún dramático ñam ñam u otros convincentes efectos sonoros. Enrique también cogió un trozo. Con más cautela, lo mismo hizo Miles. Vaciló, con el fragmento en los labios, al ver que los dos estaban pendientes de su gesto. Alzó las cejas; masticó. Reinaba un silencio sepulcral. Tragó.

Enrique, que apenas podía contenerse, dijo:

– ¿Qué le parece?

Miles se encogió de hombros.

– No... no está mal. Soso, pero ya han dicho que no tiene sabor. Sabe mejor que muchos ranchos militares que he comido.

– Oh, ranchos militares – dijo Enrique –. He aquí una aplicación que no se me había ocurrido...

– Ya llegaremos a esa fase más tarde – dijo Mark.

– ¿Qué es lo que hace que sea potencialmente tan beneficioso? – preguntó Miles con curiosidad.

– Pues que, gracias al milagro de la bioingeniería moderna, puede fabricarse prácticamente

gratis. Una vez que el cliente haya comprado, o quizás haya obtenido la licencia de su suministro inicial de cucarachas mantequeras, claro está.

Un silencio breve, pero notable.

– ¿Su qué?

Mark sacó la cajita del bolsillo de su chaqueta, y alzó con cuidado la tapa. Enrique se enderezó en su asiento, expectante.

– Esto – dijo Mark, y le tendió la caja a su hermano – es una cucaracha mantequera.

Miles miró la caja y retrocedió.

– ¡Puaff ! ¡Es la cosa más repugnante que he visto en mi vida!

Dentro de la caja, el bicho, del tamaño de un pulgar, se arrastraba sobre seis gruesas patas, agitando frenéticamente las antenas mientras trataba de escapar. Mark apartó con suavidad las zarpas diminutas de los bordes de la caja. El bicho hizo chirriar el caparazón de sus alas residuales y se encogió sobre su abdomen blancuzco en un rincón.

Miles volvió a asomarse para observar el bicho lleno de asqueada fascinación.

– Parece un cruce entre una cucaracha, una termita, y una... y una... y una pústula.

– Tenemos que admitir que su aspecto físico no es su mayor ventaja.

Enrique parecía indignado, pero se abstuvo de rebatir en voz alta esta última declaración.

– Su gran valor se encuentra en su eficacia – continuó Mark. Era buena cosa que no hubieran empezado enseñando a Miles una colonia entera de cucarachas mantequeras. O peor, una reina. Podrían llegar a la reina mucho más tarde, cuando hubieran conseguido que su patrón superara los primeros baches psicológicos –. Estos bichos comen casi cualquier tipo de alimentos orgánicos inferiores. Tronchos de maíz, trocitos de hierbas, algas, lo que quieras. Luego, dentro de su tripa, la materia orgánica es procesada por un conjunto de bacterias muy cuidadosamente seleccionadas para crear... requesón de cucaracha mantequera, que el bicho regurgita... expulsa por la boca y coloca en celdillas especiales, en su colmena, todo preparado para que los humanos lo recolecten. El requesón crudo...

Enrique, de manera algo innecesaria, señaló el último fragmento que aún quedaba en el envoltorio rojo.

– Es perfectamente comestible en este punto – continuó Mark, más enérgico –, aunque es posible agregarle sabores o seguir procesándolo. Estamos considerando desarrollar el producto de manera más sofisticada añadiendo bacterias que proporcionen al requesón los sabores deseados en la tripa de la misma cucaracha, de modo que incluso el procesado resulte innecesario.

– Vómito de cucaracha – dijo Miles, pensando en las implicaciones –. Me has dado de comer vómito de cucaracha.

Se llevó la mano a los labios y se sirvió rápidamente un poco de vino. Miró la cucaracha

mantequera, miró el fragmento restante de requesón y bebió copiosamente.

– Estás loco – dijo, la mar de convencido. Bebió de nuevo, paladeando cuidadosamente el vino antes de tragarlo.

– Es igual que la miel – repuso valientemente Mark –, sólo que distinto.

Miles arrugó el entrecejo mientras lo meditaba.

– Muy distinto. Espera. ¿Es eso lo que hay en esa caja que habéis traído, cucarachas vomitonas?

– Cucarachas mantequeras – corrigió fríamente Enrique –. Se pueden trasladar muy fácilmente...

– ¿Cuántas... cucarachas mantequeras?

– Rescatamos veinte linajes de reina en diversas etapas de desarrollo antes de salir de Escobar, cada una con doscientas obreras – explicó Enrique –. Lo hicieron muy bien durante el viaje (estoy muy orgulloso de las chicas), y duplicaron ampliamente su número en ruta. ¡A trabajar, a trabajar! ¡Ja, ja!

Miles calculó rápidamente, silabeando.

– ¿Habéis metido *ocho mil* bichos repulsivos en *mi casa*?

– Comprendo que estés preocupado – intervino Mark rápidamente –, y te aseguro que no serán ningún problema.

– No creo que puedas, pero ¿qué no será ningún problema?

– Las cucarachas mantequeras son altamente controlables, hablando desde un punto de vista ecológico. Las obreras son estériles: sólo las reinas pueden reproducirse y además son parterogenéticas, no se vuelven fértiles hasta que se las trata con hormonas especiales. Las reinas maduras ni siquiera pueden moverse, a menos que su cuidador humano las mueva. Si una obrera se escapara por casualidad, se moriría y ahí acabaría la historia.

Enrique puso un gesto de angustia imaginando algo tan triste.

– Pobrecilla – murmuró.

– Cuanto antes, mejor – dijo Miles fríamente –. Puaff.

Enrique miró a Mark, con expresión de reproche, y empezó a decir en voz baja:

– Prometiste que nos ayudaría. Pero es igual que todos los demás. Cegato emocional, irracional.

Mark alzó una mano.

– Calma. Aún no hemos llegado a lo principal – se volvió hacia Miles –. Éste es el asunto: pensamos que Enrique puede desarrollar una cepa de cucarachas mantequeras que coma vegetación barrayaresa nativa y la convierta en comida que los humanos puedan digerir.

Miles abrió la boca, luego volvió a cerrarla. Su mirada se agudizó.

– Continúa...

– Imagina. Cada granjero o colono del campo podría tener una colmena de estos bichos, que irían por ahí comiendo toda esa comida alienígena gratis que a vosotros os cuesta tanto erradicar con los tratamientos de terraformación y rastros. Y no sólo los granjeros conseguirían comida gratis: también obtendrían fertilizante gratis. El guano de las cucarachas es magnífico para las plantas: lo absorben y crecen como locas.

– Oh – Miles se acomodó, con una expresión de asombro en la mirada –. Conozco a alguien que está muy interesado en los fertilizantes...

– Quiero crear una compañía de desarrollo aquí, en Barrayar – continuó Mark –, para poner en el mercado los bichos existentes y crear las nuevas cepas. Supongo que con un genio científico como Enrique y un genio para los negocios como yo – *y no mezclamos las cosas* –, bueno, no hay límites para lo que podríamos conseguir.

Miles frunció el ceño, pensativo.

– ¿Y qué os pasó en Escobar, si puedo preguntarlo? ¿Por qué traes a este genio y su producto hasta aquí?

Enrique habría tenido que pasar diez años entre rejas, si no hubiera venido, pero no entremos en eso.

– No contaba entonces conmigo para dirigir el negocio. Y la aplicación barrayaresa es absolutamente atractiva, ¿no te parece?

– Si puede conseguirse.

– Las cucarachas pueden procesar ahora mismo la materia orgánica descendiente de la Tierra. La pondremos en el mercado en cuanto sea posible, y usaremos los beneficios para financiar la investigación básica para lo demás. No puedo fijar un calendario para eso hasta que Enrique haya tenido más tiempo para estudiar la bioquímica de Barrayar. Tal vez un año o dos, para, ah, conseguir todos los bichos. – Mark sonrió brevemente.

– Mark... – Miles miraba con el ceño fruncido la caja, que ahora aguardaba junto a la mesa, bien cerrada. De su interior surgían ruiditos –. Parece lógico, pero no sé si la lógica va a vender el producto. Nadie querrá comer comida que proceda de algo con ese aspecto. Demonios, no querrán comer nada que esos bichos *toquen*.

– La gente come miel – lo rebatió Mark –. Y la miel procede de las abejas.

– Las abejas son... pues bonitas. Son peluditas, y tienen esa especie de uniforme a franjas. Y están armadas con sus aguijones, como si fueran espaditas, cosa que hace que la gente las respete.

– Ah, ya veo... la versión insectil de la clase Vor – murmuró Mark dulcemente. Miles y él intercambiaron sonrisas forzadas.

Enrique dijo, asombrado:

– ¿Entonces cree que si doto de agujijones a mis insectos, a los barrayareses les gustarán más?

– ¡No! – exclamaron Miles y Mark al unísono.

Enrique retrocedió, dolido.

– Bueno – Mark se aclaró la garganta –. Ése es el plan. Dotaré a Enrique de las instalaciones adecuadas en cuanto tenga tiempo de encontrar algo. No estoy seguro de que vaya a ser aquí, en Vorbarr Sultana, o si en Hassadar sería mejor... si esto se sale bien, podría crear un montón de negocios, cosa que te convendría para el Distrito.

– Cierto... – concedió Miles –. Habla con Tsipis.

– Eso pretendo hacer. ¿Empiezas a ver por qué pienso en ellos como bichos del dinero? ¿Y crees que te interesará invertir? Sin arriesgar demasiado y todo eso.

– No... en este momento. Gracias de todas formas.

– Nosotros, ah, agradeceremos el espacio provisional, ya sabes.

– No hay problema. O al menos – su mirada se enfrió –, será mejor que no lo haya.

En la pausa que siguió, Miles recordó sus deberes como anfitrión y ofreció comida y bebida. Enrique eligió cerveza y se lanzó a una disertación sobre levadura en la historia de la producción de comida humana, remontándose hasta Louis Pasteur, con comentarios añadidos sobre el paralelismo entre los organismos de la levadura y los simbiosis de las cucarachas mantequeras. Miles bebió más vino y no dijo mucho. Mark picoteó del plato de entremeses y calculó cuándo llegaría el día en que terminaría con sus drogas para perder peso. Tal vez debiera tirar las que le quedaban por el desagüe aquella misma noche.

Al cabo de un rato Pym, que al parecer hacía de mayordomo en la reducida casita de soltero de Miles, llegó para retirar los platos y los vasos. Enrique miró interesado el uniforme marrón y preguntó por la historia y el significado de los adornos de plata del cuello y los puños. Esto entretuvo a Miles un rato explicándole unos cuantos momentos destacados de la historia familiar (omitió educadamente su importante participación en la abortada invasión de Escobar hacia una generación), el pasado de la mansión Vorkosigan y la historia del blasón Vorkosigan. El escobariano parecía fascinado por el hecho de que el diseño de las montañas con la hoja de arce tuviera su origen en la marca del conde para sellar las sacas de impuestos del Distrito. Mark se permitió creer que Enrique estaba desarrollando su habilidad para el trato social, después de todo. Tal vez desarrollara otra cosa pronto. Era deseable.

Cuando pasó suficiente tiempo y Mark calculó que Miles y él ya habían cumplido con su desacostumbrado y embarazoso ritual de lazos fraternales, comentó que tenía que terminar de deshacer las maletas y la fiesta de bienvenida terminó. Mark guió a Enrique de vuelta a su nuevo laboratorio, sólo para asegurarse de que no se perdiera por el camino.

– Bien – le dijo apasionadamente al científico –. Ha ido mejor de lo que esperaba.

– Oh, sí – respondió Enrique vagamente. Tenía en la mirada aquella expresión nublada que indicaba visiones de largas cadenas de moléculas flotando en su cabeza: buena señal. Parecía que el escobariano iba a sobrevivir a su traumático trasplante –. Y se me ha ocurrido una idea maravillosas para que a tu hermano le gusten mis insectos.

– Magnífico – dijo Mark, un poco a voleo, y lo dejó correr. Se encaminó escaleras arriba subiendo de dos en dos los escalones para llegar a su dormitorio y su comconsola y llamar a Kareen, Kareen, *Kareen*.

Ivan había terminado su misión de entregar cien invitaciones de boda caligrafiadas a mano en el Cuartel General de Ops para que fueran distribuidas a oficiales selectos fuera del planeta, cuando se encontró con Alexi Vormoncrief, que también atravesaba los escáneres de seguridad del vestíbulo del edificio.

– ¡Ivan! – lo saludó Alexi –. ¡El hombre que buscaba! Espera.

Ivan se detuvo junto a las puertas automáticas, preparando mentalmente una misión probable para Aquella Que Debe Ser Obedecida Hasta La Boda en caso de que necesitara largarse. Alexi no era el tipo más aburrido de Vorbarr Sultana (varios caballeros de la generación anterior competían por ese título) pero desde luego era un buen aspirante. Por otro lado, Ivan sentía una enorme curiosidad por saber si las semillas que había sembrado en el oído de Alexi unas cuantas semanas antes habían dado algún divertido fruto.

Alexi franqueó las medidas de seguridad y se acercó corriendo, un poco sin aliento.

– Estoy fuera de servicio, ¿y tú? ¿Puedo invitarte a una ronda, Ivan? Tengo noticias y mereces ser el primero en conocerlas. – Se alzó sobre sus talones.

Si Alexi invitaba, ¿por qué no?

– Claro.

Ivan lo acompañó al otro lado de la calle, hasta la taberna que los oficiales de Ops consideraban propiedad colectiva. El lugar era toda una institución, porque había sido inaugurado unos diez o quince minutos después de que Ops tomara posesión de su nuevo edificio, recién acabada la guerra de los Pretendientes. El decorado era calculadamente oscuro, pues tácitamente estaba considerado un bastión masculino.

Ocuparon una mesa del fondo. Un hombre elegantemente vestido de paisano que esperaba en la barra volvió la cabeza cuando los vio pasar. Ivan reconoció a By Vorrutyer. La mayoría de los payasos de la ciudad no frecuentaban el bar de oficiales, pero By podía colarse en cualquier parte. Tenía todo tipo de contactos. By alzó una mano saludando en tono de burla a Vormoncrief, quien, alegremente, lo llamó para que se uniera a ellos. Ivan alzó una ceja. Byerly era conocido por despreciar públicamente a aquellos que, como él mismo decía, acudían desarmados al combate de ingenios. Ivan no podía imaginar por qué cultivaba la amistad de Vormoncrief. ¿Los opuestos que se atraen?

– Siéntate, siéntate – le dijo Vormoncrief a By –. Yo invito.

– En ese caso, por supuesto – dijo By, y se sentó al momento. Dirigió a Ivan un cordial gesto de saludo; Ivan se lo devolvió, ligeramente alerta. No tenía delante a Miles como escudo verbal. By nunca se metía con Ivan estando Miles presente. Ivan no estaba seguro de si eso era porque su

primo interfería sutilmente o porque By prefería un objetivo más apetecible. Tal vez Miles interfería *siendo* ese objetivo más apetecible. Por otro lado, tal vez su primo consideraba a Ivan su propio blanco de patadas personal y no quería compartirlo. ¿Solidaridad familiar, o mera posesión por parte de Miles?

Pulsaron sus pedidos en el servidor y Alexi introdujo su chit de crédito.

– Oh, mis más sinceras condolencias, por cierto, por la muerte de tu primo Pierre – le dijo a Byerly –. Siempre se me olvida, porque no vas de luto. Deberías hacerlo, ¿sabes? Tienes derecho, vuestros lazos de sangre eran estrechos. ¿Han determinado ya la causa de la muerte?

– Oh, sí. Un infarto, cayó como una piedra.

– ¿Instantáneo?

– Eso parece. Como era conde en activo, su autopsia fue concienzuda. Bueno, si no hubiera sido un recluso antisocial, alguien podría haber encontrado su cuerpo antes de que el cerebro resultara afectado.

– Tan joven, apenas cincuenta años. Es una pena que muriera sin descendencia.

– Es una pena mayor que más tíos míos no murieran sin descendencia. – By suspiró –. Yo tendría un empleo nuevo.

– No sabía que anhelaras el Distrito Vorrutyer, By – dijo Ivan –. ¿Conde Byerly? ¿Una carrera política?

– Dios no lo quiera. No tengo ningún deseo de unirme a ese puñado de fósiles que discuten en el Castillo Vorhartung, y el Distrito me aburre a muerte. Qué sitio más tétrico. Si al menos mi fecundo primo Richars no fuera un hijo de puta tan rematado (y no pretendo insultar a mi difunta tía), le desearía suerte en sus expectativas. Si puede cumplirlas. Afortunadamente, se divierte con ellas, cosa que me quita toda la alegría a mí.

– ¿Qué pasa con Richars? – preguntó Alexi –. Las pocas veces que lo he visto me ha parecido un tipo legal. Políticamente sano,

– No importa, Alexi.

Alexi sacudió la cabeza, asombrado.

– By, ¿no tienes ningún sentimiento familiar adecuado?

By lo descartó con un gesto de qué-más-da.

– No tengo una familia adecuada. Mi sentimiento predominante es la repulsión. Con quizás una o dos excepciones.

Ivan frunció el ceño mientras seguía la cháchara de By.

– ¿Si puede cumplirlas? ¿Con qué impedimento puede encontrarse Richars?

Richars era el hijo mayor del conde mayor, adulto y, por lo que Ivan sabía, en su sano juicio. Históricamente, ser un hijo de puta no había sido considerado jamás una excusa válida para ser

excluido del Consejo de Condes, pues de lo contrario habría sido un órgano pequeñísimo. Sólo te eliminaban si eras bastardo.

– Nadie ha descubierto que sea un cetagandano secreto como el pobre René Verbroten, ¿no?

– Desgraciadamente, no. – By miró a Ivan, con una extraña expresión calculadora en los ojos –. Pero lady Donna... creo que la conoces, Ivan, presentó ante el Consejo una declaración formal de impedimento el día después de la muerte de Pierre, que ha bloqueado la confirmación de Richars.

– Había oído algo. No presté atención.

Ivan no había visto a lady Donna, la hermana mayor de Pierre, en carne y hueso (y qué deliciosa carne fue en su día), desde que esquilmo a su tercer esposo y se semirretiró al Distrito de Vorrutyer para convertirse en la anfitriona oficial de su hermano y en diputada oficiosa del Distrito. Se decía que intervenía más en la dirección del día a día del Distrito que Pierre. A Ivan no le costaba creerlo. Debía de tener ya casi cuarenta años; se preguntó si habría empezado a engordar. A ella le sentaría bien. Piel de marfil, pelo azabache hasta las caderas y ojos marrones como ascuas...

– Oh, me preguntaba por qué tardaba tanto la confirmación de Richars – dijo Alexi.

By se encogió de hombros.

– Ya veremos si lady Donna puede defender su caso cuando vuelva de la Colonia Beta.

– A mi madre le pareció raro que se marchara antes del funeral – dijo Ivan –. No sabía que hubiera ninguna enemistad entre Donna y Pierre.

– En realidad, se llevan bastante bien, para tratarse de mi familia. Pero era una necesidad urgente.

El romance de Ivan con Donna había sido memorable. Él era entonces un oficial jovencito, y ella le llevaba diez años y estaba en un período transitorio, sin marido. No hablaron mucho de sus parientes. Ivan cayó en la cuenta de que nunca le había contado que sus lecciones lo habían salvado unos cuantos años más tarde, durante la misión diplomática en Cetaganda, que estuvo a punto de ser un desastre. Tendría que llamarla cuando volviera de la Colonia Beta. Sí, quizás estuviese deprimida por la acumulación de cumpleaños y necesitara que la alegrasen...

– ¿Y en qué basa sus impedimentos? – preguntó Vormoncrief –. ¿Y qué tiene que ver en ello la Colonia Beta?

– Ah, ya veremos en qué queda la cosa cuando lady Donna regrese. Será una sorpresa. Le deseo éxito. – Una sonrisa peculiar torció los labios de By.

Llegaron sus bebidas.

– Oh, muy bien. – Vormoncrief alzó su vaso –. Caballeros, por el matrimonio. ¡He enviado a la Baba!

Ivan se detuvo cuando ya tenía el vaso en los labios.

– ¿Cómo dices?

– He conocido a una mujer – presumió Alexi –. De hecho, podríamos decir que he conocido a *la* mujer. Cosa que te agradezco, Ivan. Nunca habría sabido de su existencia de no ser por tu pequeño soplo. By la ha visto una vez... es adecuada en todos los sentidos para ser la señora Vormoncrief, ¿no te parece, By? Magníficas relaciones... es la sobrina del lord auditor Vorthys... ¿Cómo la conociste, Ivan?

– Yo... en casa de mi primo Miles. Está diseñando un jardín para él.

¿Cómo ha llegado Alexi tan lejos, tan rápido?

– No sabía que a lord Vorkosigan le interesaran los jardines. Sobre gustos... En cualquier cosa, conseguí localizar el nombre del padre y su dirección gracias a una conversación casual sobre árboles genealógicos. Continente Sur. Tuve que comprarle a la Baba un billete de ida y vuelta, pero es una de las intermediarias más exclusivas (y no es que queden muchas) de Vorbarr Sultana. Hay que contratar a los mejores, lo digo siempre.

– ¿La señora Vorsoisson te ha aceptado? – preguntó Ivan, aturdido. *Nunca pretendí que pasara esto...*

– Bueno, doy por supuesto que lo hará. Cuando le llegue la oferta. Casi nadie usa ya el sistema formal. Se lo tomará como una sorpresa romántica, espero. La volverá loca. – Su pedantería quedaba un poco oscurecida por la ansiedad, que calmó con un gran sorbo de cerveza. By Vorrutyer se llevó al estómago un trago de vino y las palabras que estaba a punto de murmurar.

– ¿Crees que aceptará? – preguntó Ivan, con cautela.

– Una mujer en su situación, ¿por qué iba a rehusar? Volverá a tener una casa propia, cosa a la que debe estar acostumbrada, ¿cómo si no conseguirá una? Es una auténtica Vor, así que sin duda apreciará el detalle. *Y se librará del mayor Zamori.*

Ella no había aceptado aún. Todavía quedaba esperanza. Aquello no era una celebración, sino la nerviosa búsqueda del sedante que ofrecía la bebida para su cháchara. Buena idea: Ivan tomó un largo trago. Espera...

– ¿Zamori? Yo no le hablé a Zamori de la viuda.

Ivan había elegido a Vormoncrief con cuidado, porque resultaba lo suficientemente peligroso para poner nervioso a Miles pero no constituía una verdadera amenaza que pudiera frustrar sus pretensiones. En cuestión de estatus, un simple Vor no podía competir con el heredero de un conde que, además, era Auditor Imperial. Físicamente... mm. Tal vez no había pensado lo suficiente en eso. Vormoncrief era un hombre bastante apuesto. Una vez que la señora Vorsoisson estuviese fuera del carismático campo tractor de Miles, la comparación sería... bastante dolorosa. Pero Vormoncrief era un tontorrón, sin duda ella no elegiría... *¿y a cuánto tontorrones casados*

entonces? Alguien los eligió. No puede ser un impedimento tan grande. Pero Zamori... Zamori era un hombre serio, no un idiota.

– Algo que se me escapó, me temo. – Vormoncrief se encogió de hombros –. No importa. No es Vor. Eso me da una ventaja con la familia que Zamori no puede igualar. Ella se casó antes con un Vor, después de todo. Y debe saber que una mujer sola no puede educar a un hijo. Será un problema financiero, pero creo que si tomo las riendas con mano firme podré convencerla de que lo envíe a una escuela Vor poco después de la boda. Allí se hará un hombre, y le quitarán esa tendencia suya a dar la lata antes de que se convierta en un hábito.

Terminaron su cerveza; Ivan pidió la siguiente ronda. Vormoncrief fue al lavabo.

Ivan se mordió los nudillos y miró a By.

– ¿Problema, Ivan? – inquirió By tranquilamente.

– Mi primo Miles está cortejando a la señora Vorsoisson. Me advirtió que me quitara de en medio.

By alzó las cejas.

– Entonces verlo aniquilar a Vormoncrief debería divertirme. ¿O sería mejor lo contrario?

– Me va a sacar las tripas cuando descubra que yo avisé a Vormoncrief de la existencia de la viuda. Y a Zamori, oh, Dios.

By sonrió, la boca torcida.

– Vamos, vamos. Yo estaba allí. Vormoncrief la aburrió de muerte.

– Sí, pero... tal vez la situación de ella no es cómoda. Tal vez acepte el primer billete que se le ofrezca... Espera, ¿tú? ¿Cómo es que fuiste allí?

– Alexi... filtra. Es una costumbre suya.

– No sabía que estuvieras buscando esposa.

– No la busco. No te dejes llevar por el pánico. Ni estoy dispuesto a echarle encima una Baba (santo Dios, qué anacronismo) a la pobre mujer. Aunque te advierto que no la aburrí. Creo que incluso se sintió un poco intrigada. No estuvo mal para ser un primer reconocimiento. Puede que lleve conmigo a Vormoncrief en mi futuros primeros tanteos amorosos, para destacar por contraste.

By alzó la cabeza, para asegurarse de que el objeto de su análisis no volvía aún y se inclinó hacia delante y bajó la voz hasta un tono más confidencial. Pero no continuó con el tema ni hizo ningún alarde de ingenio. En lugar de eso, murmuró:

– ¿Sabes?, creo que mi prima lady Donna se alegrará mucho si la apoyas en su caso. Podrías resultarle muy útil. Tienes influencia sobre un lord Auditor (bajito, pero sorprendentemente convincente en su nuevo papel, me quedé impresionado), con lady Alys y el propio Gregor. Eres importante.

– Ellos son importantes. Yo no.

¿Por qué demonios lo estaba adulando By? Debía de querer algo... desesperadamente.

– ¿Estarías dispuesto a verte con lady Donna, cuando regrese?

– Oh – Ivan parpadeó –. Claro, con mucho gusto. Pero... – reflexionó –. No estoy seguro de qué pretende. Aunque vete a Richars, el condado será para uno de sus hijos o hermanos menores. A menos que planees un asesinato en masa en la próxima reunión familiar, lo cual es más de lo que espero de ti, no veo en qué puede beneficiarte eso.

By sonrió brevemente.

– He dicho que no quería el condado. Reúnete con Donna. Ella te lo explicará todo.

– Bueno... muy bien. Buena suerte para ella.

By se echó hacia atrás.

– Bien.

Vormoncrief regresó y se puso a divagar sobre sus planes de boda Vor mientras tomaba su segunda cerveza. Ivan trató de sin éxito de cambiar de tema. Byerly se largó poco antes de que le tocara el turno de pagar la siguiente ronda. Ivan puso por excusa oscuros deberes imperiales y escapó por fin.

¿Cómo evitar a Miles? No podía pedir el traslado a alguna embajada lejana hasta que aquella maldita boda hubiera terminado. Entonces sería demasiado tarde. Desertar era una posibilidad, pensó tristemente... tal vez pudiera huir y enrolarse en la Legión Extranjera de Kshatrya. No, con todas las influencias de Miles en la galaxia, no estaría a salvo de su ira en ningún rincón del nexo del agujero de gusano, por muy oscuro que fuese. Ni de su ingenuidad. Ivan tendría que confiar en la suerte, en la atontada personalidad de Vormoncrief y, en cuanto a Zamori... ¿debía secuestrarlo? ¿Asesinarlo? ¿Tal vez presentarle más mujeres? ¡Ah, sí! Pero no a lady Donna. A ésa Ivan pretendía quedársela para él.

Lady Donna. Ella no era ninguna loca adolescente. Cualquier marido que se atreviera a chistar en su presencia corría el riesgo de que lo cortaran las piernas por las rodillas. Elegante, sofisticada, segura... una mujer que sabía lo que quería, y cómo pedirlo. Una mujer de su propia clase, que comprendía el juego. Un poco mayor, sí, pero con lo mucho que duraba la vida hoy en día, ¿qué más daba? Mira a los betanos: la abuela de Miles, que debía de tener más de noventa años, tenía un amante de ochenta. ¿Por qué no había pensado antes en Donna?

Donna. Donna, Donna, Donna. Mmm. Era un encuentro que no se hubiese perdido por nada del mundo.

– Le dije que esperara en la antesala de la biblioteca, milord – el murmullo familiar de Pym llegó a oídos de Kareen –. ¿Quiere que le traiga algo, o ah, algo?

– No. Gracias – respondió desde el pasillo la voz más ligera de lord Mark –. Nada, eso será

todo, gracias.

Los pasos de Mark resonaron sobre el suelo de piedra: tres rápidas zancadas, dos resbalones, una leve vacilación y una pisada más medida hasta la puerta de la antesala. *¿Resbalones? ¿Mark?* Kareen se puso en pie de un salto cuando él asomó por la esquina. Oh, vaya, no podía ser bueno perder tanto peso en tan poco tiempo: sin la solidez excesivamente redonda de costumbre, todo él estaba marchito, a excepción de su sonrisa y sus ojos ardientes...

– ¡Ah! ¡Quédate ahí! – le ordenó Mark. Tomó un taburete, se lo colocó ante las rodillas, se subió a él y la rodeó con sus brazos. Ella le devolvió el abrazo, y la conversación quedó enterrada durante un momento por los besos frenéticos dados, recibidos y devueltos redoblados.

Él se separó para tomar aire y preguntar:

– ¿Cómo has llegado? – pero no la dejó contestar durante otro minuto entero.

– Caminando – dijo ella, sin aliento.

– ¡Caminando! ¿Debe de haber un kilómetro y medio!

Ella colocó las manos sobre sus hombros y retrocedió lo suficiente para verle bien la cara. Estaba demasiado pálido, comprobó con desaprobación, casi pastoso. Peor, su enterrado parecido con Miles salía a la superficie con sus huesos, una observación que ella sabía que le horrorizaría. Se la guardó para sí.

– ¿Y qué? Mi padre venía andando todos los días cuando hacía buen tiempo, con bastón y todo, en la época en que era ayudante del lord Regente.

– Si hubieras llamado, habría enviado a Pym con el coche... demonios, aún mejor, habría ido yo mismo. Miles dice que puedo usar su volador cuando quiera.

– ¿Un volador, para seis manzanas? – exclamó ella, indignada, entre un par de besos más –. *¿En una preciosa mañana de primavera como ésta?*

– Bueno, aquí no tienen aceras móviles... mmm... Oh, qué bueno.

Acarició su oreja, inhaló sus cosquilleantes rizos y le plantó una espiral de besos desde el lóbulo de la oreja hasta la clavícula. Ella lo abrazó con fuerza. Los besos parecían quemar su piel como feroces pisadas.

– Te he echado de menos, de menos, de menos...

– Yo también, yo también, yo también...

Aunque podrían haber viajado juntos, si él no hubiera insistido en desviarse a Escobar.

– Al menos el paseo te ha acalorado... podrías subir a mi habitación y quitarte toda esa ropa caliente... y Gruñido podría salir a jugar, ¿mmmm...?

– *¿Aquí? ¿En la mansión Vorkosigan? ¿Con todos los soldados?*

– Es aquí donde vivo ahora. – Esta vez, fue él quien se separó y se echó hacia atrás para verla mejor –. Y sólo hay tres sirvientes, y uno duerme durante el día. – Una expresión de

preocupación asomó a su mirada –. ¿Tu casa...? – aventuró.

– Peor. Está llena de padres. Y de hermanas. Hermanas *chismosas*.

– ¿Alquilamos una habitación? – sugirió él, tras un momento de desorientación.

Ella sacudió la cabeza, buscando una explicación a sus sentimientos, que apenas entendía.

– Podríamos pedirle prestado el volador a Miles...

Esto hizo que ella se echara a reír.

– No hay suficiente espacio. Aunque los dos tomáramos tus desagradables medicinas.

– Sí, cuando compró ese aparato no pensó en nada. Es mejor un coche aéreo grande, con asientos abatibles enormes. Donde uno se pueda tender. Como ese vehículo blindado que tiene, residuo de la Regencia... ¡eh! Podríamos sentarnos atrás, cerrar el dosel...

Kareen sacudió la cabeza.

– ¿En alguna parte de Barrayar?

– Ése es el problema – dijo ella –. Barrayar.

– ¿En órbita...? – él señaló esperanzado hacia el cielo.

Ella se rió, dolorosamente.

– No lo sé, no lo sé...

– Kareen, ¿qué ocurre? – Mark parecía muy alarmado –. ¿Es algo que he hecho? ¿Algo que he dicho? ¿Qué he... sigues enfadada por lo de las drogas? Lo siento. Lo siento. Lo dejaré. Re... recuperaré el peso perdido. Lo que tú quieras.

– No es eso. – Dio un nuevo paso atrás, aunque ninguno de los dos soltó las manos del otro. Ladeó la cabeza –. Aunque no comprendo por qué ser un cuerpo más estrecho hace que de repente parezca que eres una cabeza más bajo. Qué extraño efecto óptico. ¿Por qué la masa se traduce en altura, psicológicamente? Pero no. No eres tú. Soy yo.

Él le sujetó las manos, inquieto.

– No comprendo.

– Llevo diez días pensándolo, mientras esperaba tu llegada. Pensando en nosotros, en nosotros, en mí. Toda la semana me he ido sintiendo cada vez más rara. En la Colonia Beta parecía bien, lógico. Abierto, oficial, aprobado. Aquí... aquí no he podido contárselo a mis padres. Traté de hacerlo. No he podido contárselo a mis hermanas. Tal vez, si hubiéramos venido juntos, no habría perdido el valor, pero... pero lo he perdido.

– ¿Estabas... estás pensando en el cuento barrayarés en el que el amante de la chica acaba con la cabeza en una maceta de albahaca cuando sus parientes lo encuentran?

– ¿Maceta de albahaca? ¡No!

– Pues yo sí lo he pensado... creo que tus hermanas podrían, si se lo propusieran. Dejarme sin cabeza, quiero decir. Y sé que tu madre podría: os entrenó a todas.

– ¡Cómo desearía que estuviera aquí Tante Cordelia!

Un momento, ésa tal vez fuera una observación desafortunada, dado el contexto. Macetas de albahaca, santo Dios. Mark era tan paranoico... bastante. No importaba.

– No estaba pensando en ti.

– Oh – su voz carecía de d entonación.

– ¡No me refiero a eso! Pensaba en ti día y noche. En nosotros. Pero me he sentido muy incómoda desde que regresé. Es como si no fuera yo misma, al regresar a mi antiguo lugar en esta caja cerrada que es Barrayar. Me doy cuenta, pero no puedo impedirlo. Es horrible.

– ¿Coloración protectora? – lo dijo de un modo que daba a entender que comprendía su deseo de camuflarse. Sus dedos acariciaron la clavícula, reptaron hasta el cuello. Una de sus maravillosas caricias en el cuello sería tan agradable en aquel momento. Había trabajado tan duro para aprender a acariciar y a ser acariciado, para superar el pánico y los temblores y la hiperventilación. Ahora estaba respirando más rápido.

– Algo sí. Pero odio los secretos y las mentiras.

– ¿No puedes... contárselo a tu familia?

– Lo intenté. No pude. ¿Podrías tú?

Él se mantuvo impertérrito.

– ¿Quieres que lo haga? Sería la albahaca con toda seguridad.

– No, no, hablo hipotéticamente.

– Podría decírselo a mi madre.

– Yo también podría decírselo a tu madre. Es betana. Es otro mundo, el otro mundo, el mundo en el que estábamos tan bien. Es a mi madre a quien no puedo decírselo. Y antes siempre podía.

Descubrió que estaba temblando un poco. Mark podía sentirlo en sus manos; ella lo notó en la expresión de sus ojos cuando alzó la cara hacia la suya.

– No comprendo cómo puede parecer tan bien allí, y tan mal aquí – dijo Kareen –. No debería ser tan malo aquí. Ni bueno allí. Ni nada.

– Eso no tiene sentido. Aquí o allí, ¿cuál es la diferencia?

– Si no hay ninguna diferencia, ¿por qué te tomaste tantas molestias en perder tanto peso antes de volver a poner los pies en Barrayar?

Él abrió la boca, y la cerró.

– Bueno, qué se le va a hacer – dijo por fin –. Serán sólo un par de meses. Puedo soportar un par de meses.

– La cosa no para ahí. ¡Oh, Mark! No puedo regresar a la Colonia Beta.

– ¿Qué? ¿Por qué no? Habíamos planeado... tú habías planeado... ¿Es que tus padres

sospechan lo nuestro? ¿Te han prohibido...?

– No es eso. Al menos, no creo que sea eso. Es sólo por dinero. No podría haber ido a la Colonia Beta el año pasado sin la beca de la condesa. Mamá y papá dicen que están en las últimas, y no sé cómo ganar tanto dinero en sólo unos meses. – Se mordió los labios con renovada determinación –. Pero pensaré en algo.

– Pero si no puedes... yo todavía no he terminado en la Colonia Beta – dijo él –. Me queda otro año de estudios, y otro año de terapia...

O más.

– Pero pretendes volver a Barrayar después, ¿no?

– Sí, creo que sí. Pero un año entero separados... – La agarró con más fuerza, como si unos padres fantasmales tiraran del otro lado para arrancársela –. Sería... excesivamente estresante, sin ti.

Un momento después, tomó aire y se separó de ella. Le besó las manos.

– No hay necesidad de dejarnos llevar por el pánico – besó sus nudillos –. Tenemos meses para pensar en algo. Podría suceder cualquier cosa.

Alzó la cabeza y sonrió con fingida normalidad.

– Me alegro de que estés aquí, de todas formas. Tienes que venir a ver mis cucarachas mantequeras. – Saltó del taburete.

– ¿Tus qué?

– ¿Por qué todo el mundo parece tener tantos problemas con ese nombre? Me pareció bien sencillo. Cucarachas mantequeras. Y si no hubiera ido a Escobar, nunca me habría topado con ellas, así que muchas cosas buenas vienen por ahí. Lilly Durona me informó de su existencia, o más bien de la de Enrique, que estaba metido en problemas. Es un gran bioquímico, pero no tiene ningún sentido de los negocios. Lo saqué de la cárcel y lo ayudé a rescatar su material experimental de los estúpidos acreedores que lo habían confiscado. Te habrías reído si nos hubieras visto en la incursión que hicimos para entrar en su laboratorio. Ven a ver.

Mientras tiraba de su mano en dirección al interior de la mansión, Kareen preguntó, vacilante:

– ¿Incursión? ¿En Escobar?

– Tal vez incursión no sea la palabra adecuada. Fue completamente pacífica, milagrosamente pacífica. *Allanamiento* tal vez. Tuve que desempolvar parte de mi antiguo entrenamiento, lo creas o no.

– No parece muy... legal.

– No, pero fue moral. Eran los bichos de Enrique; él los había creado, después de todo. Y los ama como si fueran mascotas. Lloró cuando una de sus reinas favoritas murió. Fue muy emocionante, aunque un poco raro. Si yo no hubiera querido estrangularle en ese mismo momento,

me habría sentido conmovido.

Kareen empezaba a preguntarse si aquellas malditas drogas para perder peso tenían algún efecto psicológico secundario que Mark no le había confesado, cuando llegaron a lo que reconoció como uno de los lavaderos del sótano de la mansión Vorkosigan. No había vuelto a esa parte de la casa desde que jugaba al escondite con sus hermanas cuando era niña. Las altas ventanas en las paredes de piedra dejaban entrar unas cuantas rendijas de luz. Un tipo larguirucho de pelo negro rizado, que no parecía tener más de veintipocos años, trabajaba distraído entre montones de cajas a medio abrir.

– Mark – los saludó –. Necesito más estantes. Y bancos. Y luces. Y más calor. Las chicas son exigentes. Lo prometiste.

– Busca primero en los desvanes, antes de ir a comprar nada nuevo – sugirió Kareen, práctica.

– Oh, buena idea. Kareen, te presento al doctor Enrique Borgos, de Escobar. Enrique, mi... mi *amiga*, Kareen Koudelka. Mi mejor amiga. – Mark sujetó posesivamente su mano mientras lo anunciaba. Pero Enrique se limitó a asentir vagamente en su dirección.

Mark se volvió hacia una amplia bandeja de metal cubierta, colocada en precario equilibrio sobre una caja.

– No mires todavía – le dijo a Kareen por encima del hombro.

Un recuerdo de la vida con sus hermanas mayores vino a la mente de Kareen: *Abre la boca y cierra los ojos, y recibirás una gran sorpresa...* Prudente, ignoró su indicación y avanzó para ver qué estaba haciendo.

Mark alzó la tapa de la bandeja para revelar una bulliciosa masa de formas marrones y blancas que trinaban levemente y se arrastraban unas sobre otras. Sorprendida, captó los detalles: insectoide, grande, montones de patas y pseudópodos táctiles...

Mark metió la mano en la masa, y ella comentó:

– ¡Puaff!

– No pasa nada. No muerden ni pican – le aseguró él con una sonrisa –. Toma, ¿ves? Kareen, te presento a una cucaracha mantequera. Cucaracha, Kareen.

Tendió un solo bicho, del tamaño de su pulgar.

¿De verdad que quiere que toque esa cosa? Bueno, ella había recibido educación sexual betana, después de todo. Qué demonios. Dividida entre la curiosidad y la repulsión, tendió la mano, y Mark le colocó la cucaracha en la palma.

Sus patitas le hicieron cosquillas en la piel, y Kareen se rió nerviosa. Era el ser vivo más increíblemente feo que había visto en su vida. Aunque tal vez había diseccionado cosas más desagradables en su curso betano de xenozoología del año anterior; nada tenía buen aspecto una vez

abierto. Los bichos no olían demasiado mal, como a heno cortado. Era el científico quien necesitaba lavarse la camisa.

Mark se embarcó en una explicación sobre cómo las cucarachas reprocesaban la materia orgánica en sus verdaderamente repugnantes abdómenes, que su nuevo amigo Enrique complicó con pedantes correcciones acerca de los detalles bioquímicos. Por lo que Kareen era capaz de ver, todo tenía sentido desde un punto de vista biológico.

Enrique arrancó un pétalo de rosa de la docena que había en una caja, colocada en equilibrio inestable sobre un puñado de cajones de madera: llevaba el símbolo de una de las principales floristerías de Vorbarr Sultana. Colocó el pétalo en la mano de ella, junto a la cucaracha; el bicho lo agarró con las zarpas delanteras y empezó a mordisquear el borde blandito. Sonrió amorosamente a la criatura.

– Oh, y Mark – añadió –, las chicas necesitan más comida en cuanto sea posible. Recibí esto esta mañana, pero no durarán todo el día – indicó la caja de la floristería.

Mark, que había estado viendo ansiosamente como Kareen contemplaba a la cucaracha que tenía en la mano, pareció reparar en las rosas por primera vez.

– ¿De dónde has sacado las flores? Espera, ¿compraste *rosas* como *forraje para cucarachas*?

– Le pregunté a tu hermano cómo conseguir materia botánica descendiente de la Tierra que le gustara a las chicas. Él me dijo que llamara a un sitio y lo pidiera. ¿Quién es Ivan? Esto nos ha salido terriblemente caro. Vamos a tener que replantearnos el presupuesto, creo.

Mark sonrió y pareció contar hasta cinco antes de contestar.

– Ya veo. Un ligero fallo de comunicación. Ivan es nuestro primo. Sin duda no podrás evitar conocerlo tarde o temprano. Hay materia botánica descendiente de la Tierra mucho más barata. Creo que podrás recogerla fuera... no, tal vez será mejor no enviarte solo...

Miró a Enrique con una expresión que reflejaba, más o menos como Kareen hacía con la cucaracha mantequera que tenía en la palma. El bicho casi se había zampado ya la mitad del pétalo.

– Oh, y necesito un ayudante de laboratorio cuanto antes – añadió Enrique –, si quiero continuar mis estudios sin dilación. Y acceder a lo que los nativos de aquí puedan conocer sobre su bioquímica local. No debemos perder tiempo reinventando la rueda, ya sabes.

– Creo que mi madre tiene contactos en la Universidad de Vorbarr Sultana. Y en el Instituto Imperial de Ciencia. Estoy seguro de que podría ayudarte a acceder a todo lo que no tenga restricciones de seguridad. – Mark se mordió suavemente el labio, las cejas encogidas en una expresión momentáneamente milesiana de furioso pensar –. Kareen... ¿no dijiste que estabas buscando un trabajo?

– Sí...

– ¿Te gustaría un trabajo de ayudante? Hiciste ese par de cursos de biología betana el año pasado...

– ¿Formación betana? – Enrique alzó la cabeza –. ¿Alguien con formación betana, en este lugar remoto?

– Sólo fueron un par de cursos de pregraduado – puntualizó Kareen rápidamente –. Y hay un montón de gente en Barrayar con formación galáctica de todo tipo.

¿Qué se cree que es esto, la Era del Aislamiento?

– Es un principio – dijo Enrique, con tono de juiciosa aprobación –. Pero iba a preguntar, Mark, ¿tenemos dinero suficiente para contratar a alguien ya?

– Mm – dijo Mark.

– ¿Tú, sin dinero? – le preguntó Kareen a Mark, sorprendida –. ¿Qué hiciste en Escobar?

– No estoy sin blanca. Ando un poco corto de líquido ahora mismo, y me pasé un poquitín de lo presupuestado... pero es sólo un problema temporal. Lo resolveré al final del próximo período. Sin embargo, tengo que confesar que me alegré de salvar a Enrique y su proyecto.

– Podríamos volver a vender acciones – sugirió Enrique –. Es lo que hice antes – añadió en un aparte a Kareen.

Mark dio un respingo.

– Mejor que no. ¿No te expliqué que teníamos que ser cautelosos?

– La gente consigue capital aventurándose de esa forma – comentó Kareen.

Mark le informó entre susurros:

– Pero normalmente no vende el quinientos ochenta por ciento de acciones de su compañía.

– Oh.

– Iba a pagarles a todos – protestó Enrique, indignado –. ¡Estaba tan cerca del descubrimiento que no podía pararme!

– Um... discúlpanos un momento, Enrique.

Mark cogió a Kareen por la mano libre, la condujo al pasillo ante la lavandería y cerró la puerta firmemente. Se volvió hacia ella.

– No necesita un ayudante. Necesita una *madre*. Oh, Dios, Kareen, no tienes ni idea de lo bueno que sería si pudieras ayudarme a controlar a este hombre. Podría darte los chits de crédito con tranquilidad, y tú podrías llevar las cuentas y controlar el dinero de sus gastos, y mantenerle apartado de los callejones oscuros y no dejar que coja las flores del Emperador o hable con guardias de SegImp o cualquier cosa suicida que se le ocurra a continuación. El caso es que, um... – vaciló –. ¿Estarías dispuesta a aceptar acciones como salario, al menos hasta el final del período? No será gran cosa, lo sé, pero dijiste que querías ahorrar...

Ella miró dubitativa la cucaracha mantequera, que todavía le cosquilleaba en la palma

mientras terminaba de comerse el pétalo de rosa.

– ¿De verdad puedes darme acciones? ¿Acciones de qué? Pero... si no funciona como esperabas, no tendría nada en lo que apoyarme.

– Funcionará – le prometió él, apremiante –. Yo haré que funcione. Soy dueño del cincuenta y uno por ciento de la empresa. Voy a hacer que Tsipis me ayude oficialmente a registrarnos como una compañía de investigación y desarrollo, en las afueras de Hassadar.

Ella iba a apostar la futura relación de ambos en la extraña incursión de Mark en la bioempresa, y ni siquiera estaba segura de que él estuviera en sus cabales.

– ¿Qué, ah, piensa tu Banda Negra de todo esto?

– No es asunto suyo.

Bueno, eso era tranquilizador. Al parecer aquello era obra de una personalidad dominante, lord Mark, que servía al hombre completo, y no un plan de una de sus personalidades para sus propios fines.

– ¿De verdad crees que Enrique es un genio? Mark, me pareció oler raro cuando entré en el laboratorio y creí que eran los bichos, pero es él. ¿Cuándo se dio por última vez un baño?

– Probablemente se le ha olvidado. No te privas de recordárselo. No se sentirá ofendido. De hecho, considéralo parte de tu trabajo. Haz que se lave y coma, encárgate de su chit de crédito, organiza el laboratorio, haz que mire a ambos lados antes de cruzar la calle. Eso además te daría una excusa para aparecer por la mansión Vorkosigan.

– Bueno... – un pequeño eructo la hizo mirar hacia abajo –. ¡Oh, no, Mark! Tu bicho está malito.

Varios milímetros de denso líquido blanco cayeron de la mandíbula de la cucaracha, sobre su palma.

– ¿Qué? – Mark se abalanzó hacia delante, alarmado –. ¿Cómo lo sabes?

– Está vomitando. ¡Puaff! ¿Podría ser efecto del salto? La gente suele estar mareada durante días.

Buscó frenéticamente alrededor un sitio donde depositar a la criatura antes de que explotara o algo por el estilo. ¿Lo próximo sería diarrea de cucaracha?

– Oh. No, no pasa nada. Se supone que tienen que hacer eso. Está produciendo su manteca. Buena chica – consoló al bichejo. Kareen esperó que se estuviera dirigiendo a la cucaracha.

Kareen tomó la mano de Mark con firmeza, le abrió la palma y depositó el bicho babeante sobre ella. Se limpió la mano en su camisa.

– Tu bicho. Para ti.

– ¿Nuestros bichos...? – sugirió él, aunque lo aceptó sin demora –. ¿Por favor...?

La verdad era que la baba no olía mal. De hecho, tenía un leve perfume a rosas, a rosas y

helado. No obstante, refrenó el impulso de lamerse la mano. Mark... no.

– Oh, muy bien.

No sé cómo me convence para que me meta en estas cosas.

– Trato hecho.

El soldado Pym dejó entrar a Ekaterin en el gran salón principal de la mansión Vorkosigan. Un poco más tarde, ella se preguntó si debería haber utilizado la entrada de servicio, pero en su visita de hacía un par de semanas Vorkosigan no le había enseñado dónde estaba. Pym le sonreía de manera amistosa, como de costumbre, así que quizás estaba bien así, por el momento.

– Señora Vorsoisson. Bienvenida, bienvenida. ¿Cómo puedo ayudarla?

– Tenía una pregunta para lord Vorkosigan. Es bastante trivial, pero pensé que si estaba aquí, y no estaba ocupado...

– Creo que sigue arriba, señora. Si quiere esperar en la biblioteca, lo traeré de inmediato.

– Puedo encontrar el camino, gracias – ella rechazó su ofrecimiento de escolta –. Oh, espere. Si todavía está dormido, por favor no...

Pero Pym estaba subiendo ya las escaleras.

Sacudió la cabeza y se dirigió hacia la antecámara de la izquierda, hacia la biblioteca. Tenía que admitir que los sirvientes de Vorkosigan eran asombrosamente entusiastas, energéticos y que estaban muy apegados a su señor. Y eran sorprendentemente cordiales con sus visitantes.

Se preguntó si la biblioteca contaría con alguno de aquellos maravillosos tratados de botánica pintados a mano de la Era del Aislamiento, y si podría pedir prestado alguno... Se detuvo. La cámara tenía un ocupante: un hombre bajo, gordo y moreno estaba encorvado ante una comconsola que desentonaba un poco entre las fabulosas antigüedades. La pantalla mostraba varias gráficas de colores. El hombre alzó la mirada al oír el sonido de sus pasos en el parque.

Ekaterin lo miró con asombro. *Con mi altura*, se había quejado lord Vorkosigan, *el efecto es sorprendente*. Pero no fue tanto la leve obesidad lo que la sorprendió como el parecido con su progenitor, como lo llamaban los clones, medio enterrado bajo la... ¿por qué pensó inmediatamente que era una barrera de carne? Sus ojos eran del mismo gris intenso que los de Miles... que los de lord Vorkosigan, pero tenía una expresión hermética y cautelosa. Vestía pantalones negros y camisa del mismo color; el vientre le sobresalía del chaleco abierto al estilo campestre, que hacía una sola concesión a la primavera al ser de un verde tan oscuro que parecía casi negro.

– Oh. Usted debe de ser lord Mark. Lo siento – dijo ella.

Él se echó hacia atrás en su asiento, tocándose los labios en un gesto muy parecido al de lord Vorkosigan, pero luego continuó hacia su papada, que sostuvo entre un dedo y el pulgar con una variación enfática, evidentemente propia.

– Yo, por otro lado, estoy tolerablemente satisfecho.

Ekaterin se ruborizó, confundida.

– No pretendía... no pretendía molestarlo.

Él alzó las cejas.

– Tiene usted ventaja sobre mí, milady – el timbre de su voz era muy parecido al de su hermano, quizás un poquito más grave; su acento era una extraña amalgama, ni completamente barrayarés ni galáctico del todo.

– Milady no, simplemente señora. Ekaterin Vorsoisson. Discúlpeme. Soy, um, la asesora paisajística de su hermano. He venido a preguntar qué quiere que hagamos con el arce que vamos a derribar. Abono, leña... – Indicó la fría chimenea de mármol blanco tallado –. O si quiere que venda los trozos al servicio forestal.

– Arce, ah. Debe de ser materia botánica descendiente de la Tierra, ¿no?

– Pues... sí.

– Yo me quedaré con todas las astillas que él no quiera.

– ¿Dónde quiere ponerlas?

– En el garaje, supongo. Nos vendrá bien.

Ella imaginó el montón de madera en mitad del immaculado garaje de Pym.

– Es un árbol bastante grande.

– Bien.

– ¿Se dedica usted a la jardinería..., lord Mark?

– En absoluto.

La inconexa conversación fue interrumpida por unos pasos, y el soldado Pym se asomó a la puerta para anunciar:

– Milord bajará dentro de unos minutos, señora Vorsoisson. Dice que por favor no se marche – y añadió en tono más confidencial –: Tuvo uno de sus ataques anoche, así que esta mañana está un poco lento.

– Oh, cielos. Y le producen esos dolores de cabeza... No debería molestarlo hasta que haya tomado sus analgésicos y café solo. – Se volvió hacia la puerta.

– ¡No, no! Siéntese, señora, siéntese, por favor. Milord se enfadaría conmigo si no cumplo sus órdenes. – Pym, sonriendo ansiosamente, la dirigió hacia una silla; reacia, ella se sentó –. Eso es. Bien. No se mueva.

La observó un momento como para asegurarse de que no se iba a levantar, y luego se marchó. Lord Mark se la quedó mirando.

Ekaterin no había pensado que lord Vorkosigan fuera del tipo de Antiguo Vor que le tiraba las botas a la cabeza de los criados cuando no estaba satisfecho, pero Pym parecía nervioso, así que ¿quién sabía? Miró de nuevo alrededor y encontró a lord Mark reclinado en el sillón, jugueteando con los dedos y observándola con curiosidad.

– ¿Ataques...? – dijo, con tono invitador.

Ella lo miró, sin saber muy bien qué le preguntaba.

– Le producen una resaca terrible al día siguiente, ¿sabe usted?

– Tenía entendido que estaba prácticamente curado. ¿No es el caso?

– ¿Curado? No, si el ataque del que fui testigo es un ejemplo. Controlados, dice él.

Mark entornó los ojos.

– Así que, ah... ¿dónde vio usted ese espectáculo?

– ¿El ataque? En el suelo de mi salón. En mi antiguo apartamento de Komarr – se sintió obligada a explicarlo al ver su mirada –. Lo conocí durante su reciente auditoría allí.

– Oh. – La miró de arriba a abajo, fijándose en su ropa de viuda. Estaba deduciendo... ¿qué?

– Tiene un aparatito que le han fabricado los médicos. En teoría provoca los ataques cuando él quiere, en vez de que éstos se desencadenen aleatoriamente.

Ekaterin se preguntó si el que acababa de sufrir había sido inducido médicamente, o si había aplazado tanto su estimulación que había acabado por sufrir la versión espontánea y más severa. Miles diría que había aprendido la lección, pero...

– Por algún motivo, no me ha informado de todos esos complicados detalles – murmuró lord Mark. Una extraña mueca de humor asomó a su rostro y luego desapareció –. ¿Le explicó cómo empezó a tenerlos?

Su atención hacia ella se había vuelto intensa. Ekaterin buscó el equilibrio adecuado entre la verdad y la discreción.

– Daños por crioresurrección, me dijo. Una vez vi las cicatrices que produjo en su pecho la granada de agujas. Tiene suerte de estar vivo.

– Hum. ¿Mencionó también que en el momento en que se topó con la granada estaba intentando salvar mi lastimoso trasero?

– No... – ella vaciló al advertir su mirada desafiante –. Creo que no habla mucho de su antigua carrera.

Él sonrió débilmente, e hizo tamborilear los dedos sobre la comconsola.

– Mi hermano tiene la mala costumbre de corregir su versión de la realidad para que encaje con su público.

Ella podía comprender por qué lord Vorkosigan odiaba mostrarse débil. Pero ¿estaba lord Mark enfadado por algo? ¿Por qué? Decidió buscar un tema menos espinoso.

– ¿Lo llama usted hermano, entonces, y no progenitor?

– Depende de mi estado de ánimo.

Entonces llegó el sujeto de su discusión, lo que interrumpió la conversación. Lord Vorkosigan llevaba uno de sus trajes grises y botines lustrados. Tenía el pelo bien peinado, pero todavía húmedo, y el leve olor de su colonia brotaba de su piel tibia por la ducha. La impresión de

energía matutina quedaba desgraciadamente contrarrestada por el tono gris de su cara y los ojos hinchados; el efecto general era el de un cadáver reanimado y vestido para una fiesta. Consiguió dirigir una sonrisa macabra en dirección a Ekaterin, y una mirada recelosa hacia su hermano-clon antes de sentarse con dificultad en un sillón, entre ambos.

– Uh – observó.

Tenía el mismo aspecto sorprendente que aquella mañana en Komarr, pero sin las manchas de sangre secas.

– ¡Lord Vorkosigan, no debería haberse levantado!

Él agitó un poco los dedos, algo que podría haber sido un reconocimiento o una negativa, y entonces Pym llegó con una bandeja con una cafetera, tazas y una cesta cubierta con un paño de donde emanaba un atrayente olor a pan caliente. Ekaterin vio fascinada cómo Pym servía la primera taza y hacía que su señor cerrara la mano en torno a ella; lord Vorkosigan sorbió, inhaló (parecía su primera aliento del día), volvió a sorber, alzó la cabeza y parpadeó.

– Buenos días, señora Vorsoisson – su voz sonaba un poquito apagada.

– Buenos días, oh...

Pym le ofreció también una taza antes de que pudiera impedirselo. Lord Mark desconectó los gráficos de su comconsola, agregó azúcar y leche a su café, y estudió a su hermano-progenitor con obvio interés.

– Gracias – le dijo Ekaterin a Pym. Esperaba que Vorkosigan hubiera tomado sus analgésicos arriba, lo primero de todo; al ver lo rápidamente que mejoraba su color y se agilizaban sus movimientos, estuvo segura de que así había sido.

– Viene usted temprano – le dijo Vorkosigan.

Ella estuvo a punto de señalar la hora, para negarlo, pero decidió luego que sería poco cortés por su parte.

– Estaba nerviosa por empezar con mi primer jardín profesional. La cuadrilla de trabajadores está levantando la hierba del parque y recogiendo el suelo terraformado. Los encargados del árbol vendrán dentro de poco para transplantar el roble. Se me ocurrió preguntarle si quería hacer leña o abono con el arce.

– Leña. Seguro. Podríamos quemar madera de vez en cuando, cuando tengamos que mostrarnos arcaicos: impresiona un montón a los visitantes betanos de mi madre. Y siempre están las hogueras de Feria de Invierno. Hay una pila detrás de los matorrales. Pym puede enseñársela.

Pym asintió, confirmando las palabras de su señor.

– Me he pedido las hojas y los recortes – intervino lord Mark –, para Enrique.

Lord Vorkosigan se encogió de hombros y agitó una mano.

– Eso es entre tú y tus ocho mil amiguitas.

Lord Mark pareció no encontrar ningún misterio en esa oscura observación; asintió dando las gracias. Después de haber sacado accidentalmente de la cama a su jefe, Ekaterin se preguntó si sería demasiado rudo largarse de inmediato. Probablemente debería quedarse el tiempo suficiente para tomar al menos una taza de café.

– Si todo sale bien, la excavación podrá empezar mañana – añadió.

– Ah, bueno. ¿La ayudó Tsipis a conseguir todos los permisos de suministro de agua y energía?

– Sí, todo eso está bajo control. Y he aprendido más de lo que esperaba sobre la infraestructura de Vorbarr Sultana.

– Es mucho más antigua y extraña de lo que cabría esperar. Tendría que oír las batallitas de Drou Koudelka alguna vez, sobre cómo escaparon por las alcantarillas después de recoger la cabeza del Pretendiente. Veré si puedo hacer que nos la cuente en la cena.

Lord Mark apoyó el codo sobre la comconsola, se mordisqueó suavemente los nudillos y se frotó la garganta.

– Dentro de una semana es la fecha en la que podré contar con todo el mundo – añadió lord Vorkosigan –. ¿Le viene bien?

– Sí, creo que sí.

– Bien. – Se dio la vuelta y Pym se apresuró a servirle más café –. Lamento haberme perdido el inicio de la obra en el jardín. Quería salir a verlo. Gregor me envió fuera hace un par de días a cumplir un encargo bastante extraño y no volví hasta anoche.

– Sí, ¿de qué iba todo eso? – intervino lord Mark –. ¿O es un secreto imperial?

– No, desgraciadamente no. Es el chismorreó de toda la ciudad. Tal vez desvíe la atención del caso Vorbretten. Aunque no estoy seguro de que pueda considerarse exactamente un escándalo sexual – una sonrisa torcida –. Gregor me dijo: «Eres medio betano, Miles, eres el Auditor adecuado para encargarte de esto.» Y yo dije: «Gracias, señor.»

Se detuvo para dar su primer bocado al pan, lo engulló con otro trago de café y volvió al tema.

– Al conde Vormuir se le ocurrió la maravillosa idea de resolver el problema de subpoblación de su Distrito. O eso imaginó. ¿Estás al tanto de las últimas riñas demográficas entre Distritos, Mark?

Lord Mark negó agitando una mano que acabó dirigiéndose a la cesta del pan.

– No he seguido la política de Barrayar durante este último año.

– Esto se remonta a más atrás. Una de las primeras reformas de nuestro padre, cuando era Regente, fue imponer las mismas reglas simplificadas para los súbditos corrientes que querían cambiar de Distrito y ofrecer su juramento de lealtad a su nuevo conde. Como cada uno de los

sesenta condes trataba de atraer población hacia su Distrito a expensas de sus hermanos condes, papá consiguió que el Consejo las aprobara, aunque todo el mundo trataba también de impedir que sus vasallos lo abandonaran. Cada conde es muy discreto en lo referente a cómo dirige su Distrito, cómo estructura su gobierno, cómo son sus impuestos, cómo mantiene su economía, qué servicios proporciona a su pueblo, si es progresista o conservador o si pertenece a un partido de su propia invención como ese pirado de Vorfelse en la costa sur, y así sucesivamente. Mamá describe los Distritos como sesenta platos culturales sociopolíticos. Y yo añadiría que también económicos.

– He estado estudiando esa parte – concedió Mark –. Es importante para ver dónde coloco mis inversiones.

Vorkosigan asintió.

– Efectivamente, la nueva ley dio a todos los súbditos imperiales el derecho a votar su gobierno local. Nuestros padres bebieron champán en la cena la noche en la que se aprobó, y mamá estuvo sonriente durante días. Yo debía de tener unos seis años, porque me acuerdo de que vivíamos aquí. El efecto a largo plazo, como puedes imaginar, ha sido una clara competencia biológica. El conde Vorenlightened consigue que sus súbditos vivan bien, su Distrito crece, sus recursos aumentan. Su vecino el conde Vorstodgy pone las cosas demasiado duras y se queda sin gente, y sus recursos disminuyen. Y sus hermanos condes no lo compadecen, porque su pérdida es la ganancia de ellos.

– Ajá – dijo Mark –. ¿Y el Distrito Vorkosigan está ganando o perdiendo?

– Creo que estamos capeando el temporal. Llevamos toda la vida perdiendo gente ante la economía de Vorbarr Sultana. Y un montón de gente leal siguió al Virrey a Sergyar el año pasado. Por otro lado, la Universidad del Distrito y las nuevas facultades y complejos médicos de Hassadar han sido un buen impulso. A lo que iba: el conde Vormuir lleva mucho tiempo perdiendo en este juego demográfico. Así que ideó lo que imaginó que era una solución salvajemente progresista... y bastante personal.

La taza de Ekaterin estaba vacía, pero había perdido todo deseo de marcharse. Habría podido escuchar a lord Vorkosigan durante horas seguidas, pensó, cuando hablaba de esa forma. Ahora estaba completamente despierto y vivo, implicado en la historia.

– Vormuir – continuó Vorkosigan – se compró treinta replicadores uterinos e importó algunos técnicos para manejarlos, y empezó a... manufacturar a sus propios vasallos. Su propio nido personal, como si dijéramos, pero con un sólo donante de esperma. Imagina quién.

– ¿Vormuir? – aventuró Mark.

– Ni más ni menos. Es el mismo principio que el de un harén, supongo, pero distinto. Oh, y de momento sólo fabrica niñas. Las de la primera hornada tienen casi dos años ya. Las he visto. Sorprendentemente lindas, en masa.

Ekaterin abrió mucho los ojos imaginando todo un ruidoso pelotón de niñas. La impresión debía de ser similar a la que produce un jardín de infancia... o, dependiendo del nivel de decibelios, una granada de mano. *Siempre quise tener hijas*. No sólo una, montones: hermanas, como las que nunca había tenido. *Ahora es demasiado tarde*. Ninguna para ella, docenas para Vormuir... ¡el cerdo, no era justo! Le divirtió darse cuenta de que tendría que haberse sentido escandalizada pero que, en realidad, lo que sentía era envidia. Lo que tenía la esposa de Vormuir... espera. Bajó las cejas.

– ¿De dónde está sacando los óvulos? ¿De su condesa?

– Ése es el siguiente embrollo legal en este lío – continuó entusiasmado Vorkosigan –. Su condesa, que tiene cuatro hijos propios a medio criar, no quiere saber nada del asunto. De hecho, no le habla, y se ha marchado de casa. Uno de sus lacayos le contó a Pym, confidencialmente, que la última vez que él intentó imponer una, um, visita conyugal a su esposa, y amenazó con derribar la puerta, ella le lanzó por una ventana un cubo de agua (era invierno) y luego amenazó con calentarlo personalmente con su arco de plasma. Y entonces le tiró el cubo y le gritó que si tanto le gustaban los tubos de plástico, podía usar ése. ¿Lo he contado bien, Pym?

– No es la cita exacta que me dieron, pero bastante parecida, mi señor.

– ¿Le alcanzó? – preguntó Mark, interesado.

– Si – dijo Pym –, en ambas ocasiones. Tengo entendido que su puntería es fantástica.

– Supongo que eso hizo que la amenaza del arco de plasma fuera convincente.

– Hablando profesionalmente, cuando uno está cerca del blanco, es más alarmante un atacante con *mala* puntería. De todas formas, los lacayos del conde lo convencieron para que se retirara.

– Pero no nos vayamos por la tangente – sonrió Vorkosigan –. Y, gracias, Pym.

El atento lacayo sirvió más café a su señor y volvió a llenar las tazas de Mark y Ekaterin.

– Hay un complejo replicador comercial en la capital del Distrito de Vormuir – continuó Vorkosigan – que lleva varios años produciendo bebés para la gente adinerada. Cuando una pareja se presenta para el servicio, los técnicos extraen más de un óvulo de la esposa, pues es la parte más compleja y cara del proceso. Los óvulos sobrantes se congelan durante algún tiempo y, si no son reclamados, se destruyen. O eso se supone que hay que hacer. El conde Vormuir tuvo la idea de que sus técnicos utilizaran todos los que había disponibles. Estaba muy orgulloso de su sentido de la economía cuando me lo explicó.

Aquello sí que era escandaloso. Nikki había sido fruto de un parto natural, pero bien podría haber sido diferente. Si Tien hubiera tenido más sentido común, o si ella hubiera defendido la prudencia en vez de dejarse seducir por el romanticismo de todo aquello, podrían haber acudido a un gestor-replicador. Imagina enterarte de que tu anhelada hija era ahora propiedad de un excéntrico

como Vormuir.

– ¿Lo sabe alguna de las mujeres? – preguntó Ekaterin –. Esas cuyos óvulos fueron... ¿podríamos decir robados?

– Ah, al principio no. Los rumores, sin embargo, han empezado a correr, y el Emperador se ha visto obligado a enviar a su nuevo Auditor Imperial para que investigue. Y en cuanto a si puede llamarse robo... Vormuir sostiene que no ha violado ninguna ley barrayaresa. Lo sostiene vehementemente. Tendré que consultar con algunos de los abogados imperiales en los próximos días, para ver si es cierto o no. En la Colonia Beta, lo colgarían por esto, y a sus técnicos con él... pero naturalmente en la Colonia nunca habría llegado tan lejos.

Lord Mark se agitó en su asiento.

– ¿Cuántas niñas tiene ahora Vormuir?

– Ochenta y ocho vivas, más treinta que vienen de camino en los replicadores. Más sus primeros cuatro hijos. Ciento veintidós hijos para ese idiota, ni uno para... de todas formas, le di una orden con la Voz del Emperador para que no siga hasta que Gregor haya decidido sobre su ingenioso plan. Quiso protestar, pero le señalé que, de todas formas, como su replicadores estaban llenos y lo estarían durante los próximos siete meses o así, no le afectaba demasiado. Cerró el pico y se fue a consultar con *sus* abogados. Y yo volví a Vorbarr Sultana y le presenté a Gregor mi informe verbal, y me vine a casa a acostarme.

Ekaterin advirtió que no mencionaba su ataque. ¿Qué había pretendido Pym, comentárselo?

– Tendría que haber una ley – dijo lord Mark.

– Tendría que haberla, pero no la hay – replicó su hermano –. Esto es Barrayar. Imitar el modelo betano me parece incitar a la revolución, y además, un montón de sus condiciones concretas no se aplican aquí. Hay una docena de códigos galácticos que tratan acerca de estos temas, además de los betanos. Dejé a Gregor anoche murmurando que había que nombrar un comité para estudiarlos todos y recomendar una decisión del Consejo de Juntas. Conmigo dentro, por mis pecados. Odio los comités. Prefiero una buena cadena de mando.

– Sólo si tú estás en lo alto – comentó Mark con sequedad.

Lord Vorkosigan lo aceptó con una sonrisa sardónica.

– Bueno, sí.

– Pero ¿podrá acorrallar a Vormuir con una nueva ley? – preguntó Ekaterin –. Sin duda tendría que ser, um... retroactiva.

Lord Vorkosigan sonrió brevemente.

– Ése es el problema. Tenemos que detener a Vormuir con alguna ley ya existente, obligarlo a cumplirla, disuadir a los imitadores, mientras preparamos la nueva ley, tenga la forma final que

tenga, a través de los condes y ministros. No podemos usar una acusación de violación: busqué todas las definiciones técnicas y no encajan.

– ¿Las niñas parecían víctimas de malos tratos o de negligencia? – preguntó lord Mark con voz preocupada.

Lord Vorkosigan lo miró bruscamente.

– No soy un experto en guarderías como tú, pero me parecieron bien. Sanas... ruidosas... se movían y lloriqueaban mucho. Vormuir me dijo que tenía dos nutridoras a tiempo completo para cada seis niñas, por turnos. También me comentó sus frugales planes para que las mayores cuiden a las más pequeñas, más adelante, lo cual me dio a entender hasta dónde planea expandir esta empresa genética. Oh, y tampoco podemos acusarlo de esclavista, porque todas son en realidad hijas suyas. Y el asunto del robo-de-óvulos es extremadamente ambiguo dadas las leyes actuales – con tono peculiarmente exasperado añadió –: ¡Barrayareses!

Su hermano le dirigió una mirada extraña. Ekaterin dijo lentamente:

– Según las leyes de Barrayar, cuando las familias de casta Vor se separan a causa de muertes u otros motivos, las niñas tienen que ir con sus madres o los parientes de sus madres, y los niños con sus padres. ¿No pertenecen esas niñas a sus madres?

– También lo he examinado desde ese ángulo. Dejando aparte el hecho de que Vormuir no está casado con ninguna de ellas, sospecho que muy pocas madres querrían a las niñas, y que todas ellas se sentirían más bien inquietas.

Ekaterin no estaba segura de la primera parte, pero desde luego en la segunda tenía toda la razón.

– Y si lo obligamos a entregarlas a las familias de las madres, ¿qué castigo le caería a Vormuir? Su Distrito seguiría siendo más rico en ciento dieciocho niñas y ni siquiera tendría que darles de comer. – Apartó su pan a medio comer y frunció el ceño. Lord Mark seleccionó una segunda, no, una tercera rebanada, y la mordisqueó. Se instaló un silencio sombrío.

Ekaterin frunció el ceño, pensativa.

– Según cuenta usted, Vormuir está muy preocupado por la economía. – Sólo mucho después de que naciera Nikki se había preguntado ella si Tien había querido tenerlo a la antigua usanza porque era mucho más barato. *No tendremos que esperar a que podamos permitirnoslo* fue un argumento convincente para ella. La motivación de Vormuir parecía tanto económica como genética: riqueza para su Distrito y, por tanto, para él. Los miembros de aquel tecnoharén se convertirían en futuros contribuyentes, junto con los maridos que sin duda atraerían, para mantenerlo en su vejez –. Las niñas son, en efecto, bastardas reconocidas por el conde. Estoy segura de haber leído en alguna parte... en la Era del Aislamiento, ¿no había bastardas de emperadores y condes que tenían derecho a una dote de sus altos padres? Hacía falta una especie de permiso

imperial... la dote era casi el signo de reconocimiento legal. Apuesto a que la profesora sabrá todos los detalles históricos, incluyendo los casos en que las dotes tuvieron que ser conseguidas por la fuerza. ¿No es un permiso imperial una orden efectiva? ¿No podría el emperador Gregor obligar a que el conde Vormuir fijara dotes para las niñas... una dote alta?

– Oh. – Lord Vorkosigan se acomodó en su sillón, los ojos muy abiertos de deleite –. Ah – una sonrisa malévolamente asomó entre sus labios –. Arbitrariamente alta, de hecho. Oh... cielos – la miró –. Señora Vorsoisson, creo que ha dado usted con una posible solución transmitiré la idea en cuanto pueda.

El corazón de Ekaterin se animó al ver su cara de satisfacción. Bueno, sí, fue una especie de aguzada alegría, de todas formas, él sonrió al ver que sonreía ante su sonrisa. Ella esperaba haber hecho un poquito por suavizar su dolor de cabeza de aquella mañana. Un reloj de cuco empezó a sonar en la antecámara. Ekaterin miró su reloj. Un momento, ¿cómo podía ser tan tarde?

– Oh, Dios mío, la hora. Mi cuadrilla vendrá de un momento a otro. Lord Vorkosigan, he de marcharme.

Se puso en pie y se despidió amablemente de lord Mark. Tanto Pym como lord Vorkosigan la escoltaron personalmente hasta la puerta principal. Vorkosigan estaba todavía muy envarado: ella se preguntó cuánto dolor le provocaban sus movimientos. La animó a visitarlo de nuevo, en cuanto tuviera la menor pregunta o necesitara cualquier cosa, y ordenó a Pym que la acompañara para indicarle dónde tenía que llevar la cuadrilla la madera del arce. Luego se quedó en la puerta y mirándolos hasta que los dos doblaron la esquina de la gran mansión.

Ekaterin miró por encima del hombro.

– No tiene buen aspecto esta mañana, Pym. No tendrías que haber dejado que se levantara de la cama.

– Oh, lo sé, señora – reconoció Pym morosamente –. Pero ¿qué puede hacer un simple lacayo? No tengo autoridad para anular sus órdenes. Lo que realmente necesita es que lo cuide alguien que no soporte sus tonterías. Una lady Vorkosigan apropiada serviría. No una de esas ingenuas tontas y tímidas que todos los jóvenes lores parecen estar buscando hoy en día: las anularía. Necesita una mujer con experiencia, que se enfrente a él – la miró, como pidiendo disculpas.

– Ya, supongo – suspiró Ekaterin. No había pensado en el asunto desde el punto de vista de los lacayos. ¿Estaba dando a entender Pym que su señor tenía una ingenua a la vista y que a su personal le preocupaba que escogiera mal?

Pym le enseñó el lugar donde apilaban la leña y sugirió con sensatez que colocara el montón de abono de lord Mark allí cerca, en vez de en el garaje del sótano, asegurándole que aquí estaría bien. Ekaterin le dio las gracias y regresó a la entrada.

Ingenuas. Bueno, si un Vor quería casarse dentro de su casta, tendría que buscar entre las muy jovencitas, hoy en día. Vorkosigan no parecía un hombre capaz de ser feliz con una mujer que no estuviera a su altura intelectual, pero ¿qué elección tenía? Era de esperar que cualquier mujer que tuviera el cerebro suficiente para resultarle interesante no sería tan tonta de rechazarlo por su aspecto físico... No era asunto suyo, se dijo Ekaterin firmemente. Y era absurdo permitir que la visión de esa ingenua hipotética lanzándole un insulto imaginariamente devastador sobre sus discapacidades, elevara su presión sanguínea. Completamente absurdo. Se dirigió a supervisar la tala del árbol.

Mark se disponía a reactivar la comconsola cuando Miles regresó a la biblioteca, sonriendo ausente. Mark se volvió para ver cómo su hermano-progenitor empezaba a sentarse en su sillón, sólo para vacilar y hacerlo con más cuidado. Miles sacudió los hombros como para aliviar unos músculos agarrotados y estiró los pies. Tomó su trozo de pan a medio comer y comentó alegremente:

– Todo ha salido bien, ¿no crees? – y mordisqueó el pan.

Mark lo miró, dubitativo.

– ¿Qué ha salido bien?

– La conversación. – Miles engulló su bocado con los restos del café frío –. Bueno, ya has conocido a Ekaterin. Bien. ¿De qué hablabais antes de que yo bajara?

– De ti.

– ¿Sí? – La cara de Miles se iluminó, y se enderezó un poco más en su asiento –. ¿Qué ha dicho de mí?

– Principalmente hemos discutido sobre tus ataques – dijo Mark, sombrío –. Parecía saber mucho más sobre ellos de lo que te has dignado a confesarme.

Miles frunció el ceño.

– Mm. No es ése el aspecto que quiero que trate. Con todo, es bueno que lo sepa. Así no tendré la tentación de volver a ocultar un problema de esa magnitud. He aprendido la lección.

– Oh, ¿de verdad? – Mark se lo quedó mirando.

– Te envié los detalles básicos – protestó su hermano –. No hacía falta que supieras todos los desagradables detalles médicos. Estabas en la Colonia Beta; no podías hacer nada, de todas formas.

– Fue culpa mía.

– Chorradas.

Miles se mostró ofendido, y le salió muy bien; Mark decidió que tenía un toque de su tía Vorpatril. Miles agitó una mano.

– Fue culpa del francotirador y de otros factores médicos aleatorios, más de los que puedo

calcular. Lo hecho, hecho está. Vuelvo a vivir y pretendo seguir así.

Mark suspiró. Si quería cargar con la culpa, no recibiría ningún apoyo por parte de su hermano mayor. Que, según parecía, tenía otras cosas en mente.

– ¿Qué opinas de ella? – preguntó Miles ansiosamente.

– ¿De quién?

– De *Ekaterin*, ¿de quién si no?

– ¿Como diseñadora de paisajes? Tendría que verla trabajar.

– ¡No, no, no! No como diseñadora de paisajes, aunque también es buena en eso. Como futura lady Vorkosigan.

Mark parpadeó.

– ¿Qué?

– ¿Cómo que *qué*? Es hermosa, es inteligente (las dotes, santo cielo, qué perfección, Vormuir babeará), es increíblemente tranquila en las emergencias. Calmada, ¿sabes? Una calma encantadora. Adoro su calma. Podría nadar en ella. Agallas e inteligencia en un solo bloque.

– No estaba cuestionando su valía. Ha sido simplemente una expresión de sorpresa.

– Es la sobrina del lord Auditor Vorthys. Tiene un hijo, Nikki, de casi diez años. Un chaval simpático. Quiere ser piloto de salto, y creo que tiene decisión para conseguirlo. Ekaterin quiere ser diseñadora de jardines, pero creo que podría llegar a ser terraformadora. Es un poco demasiado apocada, en ocasiones... necesita ganar autoestima.

– Tal vez estaba esperando unas palabras de ánimo – sugirió Mark.

Miles hizo una pausa, brevemente asaltado por la duda.

– ¿Crees que he hablado demasiado?

Mark agitó los dedos en un gesto de indecisión y rebuscó en la cesta por si quedaba alguna migaja de pan. Miles miró al techo, se rascó las piernas y giró los pies.

Mark pensó en la mujer que acababa de ver. Bonita, con aquel elegante estilo de morena inteligente que le gustaba a Miles. ¿Tranquila? Tal vez. En guardia, desde luego. No era muy expresiva. Las rubias eran mucho más sexy. Kareen era maravillosamente expresiva; incluso había conseguido inculcarle algunas de esas habilidades humanas, pensaba en sus momentos más optimistas. Miles era también muy expresivo, a su modo. La mitad de las veces era una mierda, pero nunca estabas seguro de qué mitad.

Kareen, Kareen, Kareen. No debía considerar su ataque de nervios como un rechazo. *Ha conocido a alguien que le gusta más y nos está dando la patada*, susurró algún miembro de la Banda Negra en el fondo de su cabeza, y no era el lujurioso Gruñido. *Conozco unas cuantas formas de deshacernos de los tipos que sobran como ése. Nunca encontrarán el cadáver.* Mark ignoró la vil sugerencia. *No tienes vela en este entierro, Asesino.*

Si Kareen hubiera conocido a otro, digamos, en el camino de vuelta a casa, que había hecho sola porque él había insistido en tomar por otra ruta, sentiría la compulsiva necesidad de decírselo. Su sinceridad era la raíz de sus actuales problemas. Era incapaz de ir por ahí fingiendo ser una casta doncella barrayaresa a menos que lo fuera. Era su solución inconsciente a la disonancia cognitiva de tener un pie plantado en Barrayar y el otro en la Colonia Beta.

Lo único que Mark sabía era que, si tenía que escoger entre Kareen y el oxígeno, preferiría renunciar al oxígeno, gracias. Mark consideró, durante un segundo, la posibilidad de contarle sus frustraciones sexuales a su hermano, para que lo aconsejara. Ahora la oportunidad era perfecta, dada la confesión de Miles. El problema era que Mark no sabía de qué parte se pondría Miles. El comodoro Koudelka había sido su mentor y amigo en la época en que Miles era un jovencito frágil sin ninguna esperanza de hacer una carrera militar. ¿Lo comprendería Miles, o encabezaría, al estilo barrayarés, al grupo que exigiría la cabeza de Mark? Miles se comportaba de manera terroríficamente Vor últimamente.

Sí, después de todos sus exóticos romances galácticos, Miles se había fijado en la vecinita Vor. Si ése era el término... el hombre daba por hecho cosas que los movimientos de su cuerpo contradecían. Mark frunció el ceño, perplejo.

– ¿Lo sabe la señora Vorsoisson? – preguntó por fin.

– ¿Saber qué?

– Que tú estás... acosándola para que sea la siguiente lady Vorkosigan.

Y qué extraña manera de decir *la quiero y quiero casarme con ella*. Pero era muy típico de Miles, pensó.

– Ah – Miles se tocó los labios –. Ése es el problema. Ella es viuda desde hace muy poco. Tien Vorsoisson murió de manera horrible hace menos de dos meses, en Komarr.

– ¿Y tú tuviste algo que ver?

Miles hizo una mueca.

– No puedo darte los detalles, están clasificados. La explicación pública es que tuvo un accidente con una mascarilla de oxígeno. Pero yo estaba a su lado. Ya sabes cómo sienta eso.

Mark agitó una mano, en signo de rendición; Miles asintió y continuó:

– Pero ella sigue bastante conmocionada. No está en absoluto preparada para que la cortejen. Por desgracia, eso no detiene la competición. No tiene dinero, pero es hermosa y su linaje es impecable.

– ¿Estás eligiendo esposa o comprando un caballo?

– Estoy describiendo lo que piensan mis rivales Vor, gracias. Algunos de ellos, al menos – frunció aún más el ceño –. No me fío del mayor Zamori. Puede que sea el más listo.

– ¿Ya tienes rivales? – *Tranquilo, Asesino. No ha pedido tu ayuda.*

– Dios, sí. Y tengo una idea de dónde han salido... no importa. Lo importante es que me haga amigo suyo, que me acerque a ella sin disparar sus alarmas, sin ofenderla. Entonces, cuando sea el momento adecuado... pues eso.

– ¿Y, ah, cuándo planeas lanzar ese sorprendente ataque sorpresa? – preguntó Mark, fascinado.

Miles se miró las botas.

– No lo sé. Reconoceré el momento táctico cuando se presente, supongo. Si mi sentido de la oportunidad no me ha abandonado por completo. Penetrar el perímetro, establecer las líneas de suministro, plantar la sugestión... golpear. ¡Victoria total! Tal vez – hizo girar los pies en sentido contrario.

– Ya veo que tienes planificada tu campaña – dijo Mark en tono neutro, y se puso de pie. A Enrique le alegraría oír la buena noticia sobre el forraje gratis para las cucarachas. Y Kareen vendría a trabajar pronto... sus habilidades organizativas ya habían tenido un notable efecto en la zona de caos que rodeaba al escobariano.

– Sí, exactamente. Así que ten cuidado de no estropearlo metiendo la pata, por favor. Sigue el juego.

– Mm, ni se me ocurriría interferir. – Mark se encaminó hacia la puerta –. Aunque no estoy seguro del todo de que yo estructurara mi relación más íntima como si fuera una guerra. ¿Ella es el enemigo, entonces?

Su coordinación fue perfecta; Miles había bajado los pies y estaba farfullando justo cuando Mark atravesó la puerta. Volvió a asomar la cabeza para añadir:

– Espero que su puntería sea tan buena como la de la condesa Vormuir.

Última palabra: yo gano. Sonriendo, se marchó.

– ¿Hola? – dijo una suave voz desde la puerta de la lavandería convertida en laboratorio –. ¿Está por aquí lord Mark?

Kareen dejó de montar la nueva estantería de acero inoxidable sobre ruedas y vio a una mujer morena apoyada en el marco de la puerta. Vestía ropa de luto muy conservadora, una falda y una camisa negra de manga larga sobre la que sólo destacaba una chaquetilla gris oscuro, pero su rostro era insospechadamente joven.

Kareen soltó sus herramientas y se puso de pie.

– Volverá pronto. Soy Kareen Koudelka. ¿Puedo ayudarla?

Una sonrisa iluminó los ojos de la mujer, aunque demasiado brevemente.

– Oh, usted debe de ser la amiga estudiante que acaba de volver de la Colonia Beta. Encantada de conocerla. Yo soy Ekaterin Vorsoisson, la diseñadora del jardín. Mi cuadrilla trajo ese puñado de arbustos amelanqueros esta mañana y me preguntaba si lord Mark querría más abono.

Así que así era como se llamaban aquellos matojos.

– Lo preguntaré. Enrique, um, ¿podemos usar más recortes de amel... como se llamen?

Enrique asomó tras su comconsola y miró a la recién llegada.

– ¿Es materia orgánica descendiente de la Tierra?

– Sí – respondió la mujer.

– ¿Gratis?

– Supongo. Eran matorrales de lord Vorkosigan.

– Probaremos un poco. – Desapareció una vez más tras los dibujos de colores que mostraban lo que Kareen estaba segura que eran reacciones enzimáticas.

La mujer contemplaba con curiosidad el nuevo laboratorio. Kareen siguió orgullosa su mirada. Todo empezaba a parecer ordenado y científico y atractivo para futuros clientes. Habían pintado las paredes de blanco crema; Enrique había elegido el color porque era el tono exacto de las cucarachas mantequeras. Enrique y su comconsola ocupaban un rincón. El fregadero estaba ya instalado, con las tuberías conectadas a lo que antaño fue una bañera. El escurridor con sus instrumentos y sus brillantes luces corría por una pared hasta el otro extremo. El fondo estaba ocupado por estantes, cada uno de los cuales albergaba un cuarto de metro cuadrado de casillas para los insectos. En cuanto Kareen terminara de montar la última, podrían sacar las reinas restantes de sus estrechas cajas para que ocuparan sus espaciosos y limpios hogares. A ambos lados de la puerta, unas estanterías rebosaban de forraje para cucarachas; una segunda estantería servía como almacén provisional de guano de insecto. La mierda no era tan abundante como Kareen esperaba, cosa que estaba bien, ya que la tarea de limpiar las casillas diariamente había recaído sobre ella. No estaba

mal para ser su primera semana de trabajo.

– Tengo que preguntarlo – dijo la mujer, mirando el montón de trozos de árbol de la primera cubeta –. ¿Para qué quiere todos esos recortes?

– Oh, pase y se lo enseñaré – dijo Kareen con entusiasmo. La mujer de pelo oscuro respondió a la sonrisa amistosa de Kareen, atraída a pesar de su aparente reserva.

– Soy la Jefa Cuidadora de Insectos de esta empresa – continuó Kareen –. Querían nombrarme ayudante de laboratorio, pero supuse que como accionista tenía derecho al menos a escoger mi título. Lo admito, no tengo ningún otro cuidador a mis órdenes, todavía, pero nunca viene mal ser optimista.

– Desde luego.

La débil sonrisa de la mujer no era en absoluto Vor-superior; demontres, no había dicho que fuera lady o madame Vorsoisson. Algunos Vor podían ser muy quisquillosos respecto a su título correcto, sobre todo si era lo único que habían conseguido en la vida. No, si Ekaterin fuera de esa clase, habría recalcado el *lady* desde el primer instante.

Kareen abrió la tapa de metal de una de las cajas, metió la mano y sacó una obrera. Empezaba a ser bastante buena manejando a las pequeñas bestias sin querer vomitar, mientras no tuviera que mirar con demasiada atención sus pequeños abdómenes pulsátiles. Kareen le tendió el bicho a la jardinera y empezó a imitar bastante bien el discurso comercial de Mark sobre Mejores Cucarachas Mantequeras para un Barrayar Más Brillante.

Aunque la señora Vorsoisson alzó las cejas, no gritó, se desmayó ni salió corriendo al ver por primera vez un bicho semejante. Siguió con interés la explicación de Kareen, e incluso estuvo dispuesta a sostener la cucaracha y darle una hoja de arce. Había algo muy atrayente en dar de comer a seres vivos, Kareen tenía que admitirlo; tendría que tenerlo en cuenta para presentaciones futuras. Enrique, interesado por las voces que llegaban discutiendo sobre su tema favorito, se acercó e hizo todo lo posible por contribuir a su causa añadiendo a las explicaciones esquemáticas de Kareen largas y tediosas notas técnicas a pie de página. El interés de la diseñadora de jardines aumentó visiblemente cuando Kareen llegó al futuro plan para crear un insecto que consumiera vegetación barrayaresa.

– Si les pudieran enseñar a comer enredaderas estranguladoras, los granjeros del Continente Sur comprarían y mantendrían colonias sólo para eso – le dijo la señora Vorsoisson a Enrique –, produjeran también comida o no.

– ¿De verdad? – dijo Enrique –. No lo sabía. ¿Conoce usted la flora local?

– Todavía no soy botánica diplomada... pero tengo algo de experiencia práctica, sí.

– Práctica – repitió Kareen. Una semana con Enrique le había enseñado a apreciar esa cualidad.

– Veamos esa caca de insecto – dijo la jardinera.

Kareen la condujo hasta el cubo y alzó la tapa. La mujer se asomó al montón de materia oscura y pegajosa, se inclinó, olisqueó, le pasó el dedo por encima y una parte se le quedó en los dedos.

– Santo cielo.

– ¿Qué? – preguntó Enrique ansiosamente.

– Esto parece, huele y tiene el tacto del mejor abono que haya visto jamás. ¿Qué composición química tiene?

– Bueno, depende de lo que estén comiendo las chicas, pero... – Enrique se lanzó a una disertación sobre la tabla periódica de los elementos. Kareen entendió aproximadamente la mitad de lo que decía.

La señora Vorsoisson, sin embargo, parecía impresionada.

– ¿Podría llevarme un poco para probarlo con las plantas de casa? – preguntó.

– Oh, sí – dijo Kareen, agradecida –. Llévase todo el que quiera. Va a haber un montón, y empezaba a preguntarme dónde encontrar un sitio seguro para eliminarlo.

– ¿Eliminarlo? ¡Si es la mitad de bueno de lo que parece, métenlo en bolsas de diez kilos y véndanlo! Todo el mundo que intenta cultivar plantas terrestres querrá probarlo.

– ¿Eso le parece? – dijo Enrique, ansioso y complacido –. No pude hacer que nadie se interesara, allá en Escobar.

– Esto es Barrayar. Durante mucho tiempo, quemar y abonar fue la única forma de terraformar el suelo, y sigue siendo la más barata. Nunca hubo suficiente abono de origen terrestre para hacer que el suelo viejo se volviera fértil y se crearan nuevas tierras. En la Era del Aislamiento, incluso libraron una guerra por la mierda de caballo.

– Ah, sí, lo recuerdo de mis clases de historia – sonrió Kareen –. Una guerra pequeña, pero muy... simbólica.

– ¿Quién combatió a quién? – preguntó Enrique –. ¿Y por qué?

– Supongo que en realidad la guerra se libró por dinero y privilegios tradicionales Vor – le explicó la señora Vorsoisson –. Era costumbre, en los Distritos donde se acuartelaban las tropas de caballería imperial, distribuir gratis los productos de los establos a todo aquel que apareciera con un carro para llevárselos; quien primero llegaba primero se servía. Uno de los emperadores con más problemas económicos decidió quedárselo todo para las tierras imperiales o venderlo. El tema acabó provocando una discusión por la herencia de un Distrito, y se desencadenó la guerra.

– ¿Y qué pasó al final?

– En *esa* generación, los derechos recayeron sobre los condes de los Distritos. En la siguiente generación, el emperador los recuperó. Y en la generación siguiente... bueno, ya no

teníamos mucha caballería. – Se acercó al fregadero para lavarse las manos y añadió por encima del hombro –: Sigue existiendo la costumbre de distribuirlo todas las semanas en los Establos Imperiales de Vorbarr Sultana, donde está alojada la caballería de gala. La gente acude en sus vehículos de tierra y se lleva una bolsa o dos para el jardín, sólo en nombre de los viejos tiempos.

– Señora Vorsoisson, he vivido cuatro años a base de los productos de las cucarachas mantequera – le dijo Enrique ansiosamente mientras se secaba las manos.

– Mm – dijo ella, y se ganó la admiración de Kareen al momento al recibir la declaración sin abrir más que un poquito los ojos.

– Necesitamos a alguien que nos guíe a gran escala por la vegetación nativa – continuó Enrique –. ¿Cree que podría usted ayudarnos?

– Supongo que podría darles unas indicaciones generales, y algunas ideas sobre cómo proseguir. Pero lo que realmente necesitan es un oficial agrónomo del Distrito... Sin duda lord Mark podrá acceder al que existe en el Distrito Vorkosigan.

– ¿Ve? – lloriqueó Enrique –. Ni siquiera sabía que existiera un oficial agrónomo del Distrito.

– No estoy segura de que Mark lo sepa tampoco – añadió Kareen, dubitativa.

– Apuesto a que el encargado de los Vorkosigan, Tsipis, podría guiarlos – dijo la señora Vorsoisson.

– Oh, ¿conoce usted a Tsipis? ¿No es un hombre encantador? – dijo Kareen.

La señora Vorsoisson asintió al instante.

– No lo he visto todavía en persona, pero me ha ayudado muchísimo a través de la comconsola con el proyecto de jardín de lord Vorkosigan. Quería preguntarle si puedo ir al Distrito a recoger piedras y rocas de las montañas Dendarii para el arroyuelo previsto... el agua del jardín tendrá la forma de un arroyo de montaña, verá, y pensé que lord Vorkosigan agradecería un toque familiar.

– ¿Miles? Sí, le encantan esas montañas. Solía visitarlas a menudo cuando era más joven.

– ¿De verdad? No me ha hablado mucho de esa parte de su vida...

Mark apareció en la puerta en ese instante, abriéndose paso con una gran caja de suministros de laboratorio.

Enrique lo ayudó con un grito de alegría, se llevó la caja al banco y empezó a abrirla.

– Ah, señora Vorsoisson – la saludó Mark, recuperando el aliento –. Gracias por los trozos de arce. Parecen ser un éxito. ¿Ya conoce a todo el mundo?

– A todos – le aseguró Kareen.

– Le gustan nuestras cucarachas – dijo Enrique, feliz.

– ¿Ha probado la manteca? – preguntó Mark.

– Todavía no – respondió la señora Vorsoisson.

– ¿Estaría dispuesta a hacerlo? Quiero decir, ya ha visto los bichos, ¿no? – Mark le sonrió inseguro a su nueva clienta/sujeto de pruebas potencial.

– Oh... bueno – la sonrisa de la jardinera fue un poco débil –. Un bocadito. Por qué no.

– Dásela a probar, Kareen.

Kareen tomó de uno de los estantes un tubo de manteca de cucaracha y lo abrió. Esterilizado y sellado, el material se mantenía indefinidamente a temperatura ambiente. Acababa de recolectar esa hornada aquella misma mañana: los bichos habían respondido con entusiasmo a su nuevo forraje.

– Mark, vamos a necesitar más contenedores de éstos. Más grandes. Un litro de manteca por casilla al día va a convertirse en un montón de manteca en poco tiempo.

Muy pronto, en realidad. Sobre todo porque no habían podido persuadir a nadie de la casa para que comiera más que un bocadito. Los sirvientes habían aprendido a evitar aquel pasillo.

– Oh, las chicas harán más que eso, ahora que están bien alimentadas – les informó Enrique alegremente desde el banco, sin volverse.

Kareen contempló pensativa las veinte tinas que había preparado aquella mañana, comparando esa cantidad con la pequeña fuente de la semana anterior. Por fortuna, había un montón de espacio vacío en la mansión Vorkosigan. Limpió una de las cucharillas que usaba para tomar muestras y se la ofreció a la señora Vorsoisson. Ésta la aceptó, parpadeó insegura, tomó una muestra de la tina y dio un valiente bocado. Kareen y Mark la observaron tragar, ansiosos.

– Interesante – dijo ella amablemente, al cabo de un momento.

Mark respiró.

Ekaterin miró el puñado de tinas. Comprensiva, añadió:

– ¿Cómo responde a la congelación? ¿Han intentado meterla en un congelador de helado, con algo de azúcar y sabor?

– La verdad es que todavía no – dijo Mark. Ladeó la cabeza, considerándolo –. Mm. ¿Crees que funcionaría, Enrique?

– No veo por qué no – respondió el científico –. La viscosidad coloidal no se deteriora cuando se expone a temperaturas bajo cero. Es la aceleración termal la que altera la microestructura proteica y, por tanto, la textura.

– Se vuelve un poco gomosa cuando se cocina – tradujo Mark –. Estamos trabajando en el problema.

– Prueben a congelarla – sugirió la señor Vorsoisson –. ¿Con, um, tal vez un nombre más parecido a un postre?

– Ah, marketing – suspiró Mark –. Ése es el siguiente paso, ¿no?

– La señora Vorsoisson dijo que probaría la mierda de cucaracha con sus plantas – lo consoló Kareen.

– ¡Oh, magnífico! – Mark volvió a sonreír a la jardinera –. Oye, Kareen, ¿quieres venir conmigo al Distrito pasado mañana, y ayudarme a buscar el sitio donde instalarnos en el futuro?

Enrique dejó de desempaquetar para desenfocar la mirada y suspiró:

– *Parque de Investigación Borgos*.

– Bueno, yo estaba pensando en llamarlo *Empresas Mark Vorkosigan* – dijo Mark –. ¿Tendré que escribirlo entero? Empresas MVK podría tener cierto potencial, si me confunden con Miles.

– *Rancho de Insectos Kareen* – dijo Kareen obstinadamente.

– Bueno, tendremos que pedir el voto de los accionistas – sonrió Mark.

– Pero ganarías automáticamente por mayoría – objetó Enrique.

– No necesariamente – le dijo Kareen, y le dirigió a Mark una sonrisita de burla –. De todas formas, Mark, estábamos hablando del Distrito. La señora Vorsoisson tiene que ir allá a recoger rocas. Y le ha dicho a Enrique que podría ayudarlo con la flora nativa de Barrayar. ¿Y si vamos todos juntos? La señora Vorsoisson dice que nunca ha visto a Tsipis más que a través de la comconsola. Podríamos presentárselo y hacer una especie de excursión.

Y ella no se quedaría a solas con Mark, expuesta a todo tipo de... tentaciones, y confusión, y caricias en el cuello y en la espalda, y mordisquitos en la oreja y... no quería pensar en ello. Se habían comportado de manera muy profesional toda la semana en la mansión Vorkosigan, muy cómodamente. Muy ocupados. Estar ocupado era bueno. Estar completamente solos era... um.

Mark murmuró entre dientes:

– Pero entonces tendríamos que llevar a Enrique y...

Por la expresión de su rostro, *completamente solos* era lo que tenía en mente.

– Oh, vamos, será divertido.

Kareen se tomó el proyecto como cosa personal. Unos pocos minutos de persuasión y comprobación de planes y consiguió que todos se comprometieran, incluyendo levantarse temprano y todo eso. Tomó mentalmente nota de llegar a la mansión Vorkosigan con tiempo de sobra para asegurarse de que Enrique estuviera bañado, vestido y preparado para ser exhibido en público.

Unos rápidos pasos sonaron en el pasillo y Miles llegó a la puerta como un soldado de asalto que se arrojara por una escotilla.

– ¡Ah! Señora Vorsoisson – jadeó –. El soldado Jankowski acaba de decirme que estaba usted aquí – su mirada recorrió la habitación, advirtiendo la demostración en marcha –. No les habrá permitido que le den de comer ese vómit... esa cosa de bicho, ¿no? ¡Maaaaark...!

– La verdad es que no está tan malo – le aseguró la señora Vorsoisson, ganándose una

mirada aliviada por parte de Mark, seguida por un gesto de barbilla del estilo ves-qué-te-dije a su hermano –. Puede que haga falta desarrollarlo un poco antes de que esté listo para ser puesto en el mercado.

Miles puso los ojos en blanco.

– Un poquito, sí.

La señora Vorsoisson miró su reloj.

– Mi cuadrilla volverá de almorzar de un momento a otro. Ha sido un placer conocerlos, señorita Koudelka, doctor Borgos. ¿Hasta pasado mañana, entonces?

Recogió la bolsa de frascos llenos de cacas de cucaracha que Kareen le había preparado, sonrió, y se marchó. Miles la siguió.

Regresó al cabo de unos minutos, tras haberla acompañado a la puerta del fondo del pasillo.

– ¡Santo Dios, Mark! No puedo creer que le dieras a probar vómito de cucaracha. ¿Cómo has podido?

– La señora Vorsoisson – dijo Mark con dignidad – es una mujer muy sensata. Cuando se le presentan hechos irrefutables, no deja que una respuesta emotiva abrume su claro razonamiento.

Miles se pasó la mano por el pelo.

– Sí, lo sé.

– Impresionante, desde luego – dijo Enrique –. Parecía comprender lo que quería decirle incluso antes de decírselo.

– Y después también – dijo Kareen, malévola –. Eso es aún más impresionante.

Enrique sonrió tímidamente.

– ¿Crees que fui demasiado técnico?

– Evidentemente, no en este caso.

Miles frunció el ceño.

– ¿Qué ocurre pasado mañana?

– Vamos a ir todos al Distrito a visitar a Tsipis y buscar varias cosas que necesitamos – respondió Kareen alegremente –. La señora Vorsoisson ha prometido enseñarle a Enrique la flora barrayaresa, para que pueda empezar a diseñar las modificaciones que más tarde necesitará para crear los nuevos insectos.

– Yo iba a llevarla a su primera visita al Distrito. Lo tengo todo planeado. Hassadar, Vorkosigan Surleau, el barranco Dendarii... Tengo que crear exactamente la primera impresión adecuada.

– Lástima – dijo Mark, sin ninguna compasión –. Relájate. Sólo vamos a almorzar en Hassadar y a dar un pequeño paseo. Es un distrito grande, Miles, habrá cosas de sobra para que se las enseñes más tarde.

– ¡Espera, ya sé! Iré con vosotros. Simplificará las cosas, sí.

– Sólo hay cuatro asientos en el volador – señaló Mark –. Yo pilotaré, Enrique necesita a la señora Vorsoisson, y que me zurzan si voy a dejar aquí a Kareen para que vengas tú – de algún modo consiguió sonreírle amorosamente a ella y mirar con mala cara a su hermano al mismo tiempo.

– Sí, Miles, ni siquiera eres accionista – corroboró Kareen.

Con una mirada de odio, Miles se retiró y se marchó pasillo abajo murmurando:

– ... no puedo *creer* que le diera de comer *vómito* de cucaracha. Si hubiera llegado antes...

Jankowski, maldición, tú y yo vamos a tener una...

Mark y Kareen lo siguieron hasta la puerta. Se quedaron en el pasillo observando su retirada.

– ¿Qué demonios le pasa? – preguntó Kareen asombrada.

Mark sonrió malévolo.

– Está enamorado.

– ¿De su jardinera? – Kareen alzó las cejas.

– Supongo que es al revés. La conoció en Komarr durante su reciente caso. La contrató como jardinera para crear una ocasión propicia. La está cortejando en secreto.

– ¿En secreto? ¿Por qué? Ella me parece perfectamente elegible... incluso es Vor... ¿o su rango se debe sólo al matrimonio? Pero no creo que eso le importe a Miles. O... ¿están los parientes de ella en contra, a causa de su...?

Con un vago gesto hacia su cuerpo dio a entender las mutaciones putativas de Miles. Frunció el ceño, furiosa por el aspecto de aquel lamentable panorama romántico. Cómo se atrevían a despreciar a Miles por...

– Ah, secreto para ella, según tengo entendido.

Kareen arrugó la nariz.

– Espera, ¿qué?

– Será mejor que te lo explique él. Para mí no tiene sentido. No siquiera según los baremos de sentido de Miles. – Mark frunció el ceño, pensativo –. A menos que esté sufriendo un ataque fuerte de timidez sexual.

– ¿Timidez sexual, Miles? – se burló Kareen –. Conociste a esa capitana Quinn que tenía detrás, ¿no?

– Oh, sí. De hecho, he conocido a varias de sus novias. El puñado de Amazonas sedientas de sangre más sorprendente que he visto jamás. Dios, eran aterradoras – Mark se estremeció al recordar –. Naturalmente, todas estaban molestas conmigo por haberlo hecho matar, lo cual supongo que explica un poco las cosas. Pero estaba pensando... ya sabes, me pregunto si él las escogió... o si ellas lo escogieron a él. Tal vez, en vez de ser un gran seductor, es sólo un hombre

que no sabe decir que no. Eso sin duda explicaría que todas fueran mujeres altas y agresivas, acostumbradas a salirse con la suya. Pero ahora, tal vez por primera vez, tiene que escoger él mismo. Y no sabe cómo. No ha tenido práctica – una lenta sonrisa asomó en el rostro de Mark –. Ooh. Quiero verlo.

Kareen le dio un puñetazo en el hombro.

– Mark, no seas desagradable. Miles se merece conocer a la mujer adecuada. Quiero decir, ya no es ningún jovencito, ¿no?

– Algunos de nosotros conseguimos lo que nos merecemos. Otros tenemos aún más suerte. – Cogió su mano y le besó el interior de la muñeca, haciendo que el vello de su brazo se le erizara.

– Miles siempre dice que uno se labra su propia suerte. Basta – recuperó la mano –. Si voy a pagarme con mi esfuerzo el regreso a la Colonia Beta, tengo que volver al trabajo.

Regresó al laboratorio. Mark la siguió.

– ¿Se ha molestado lord Vorkosigan? – preguntó Enrique ansiosamente cuando volvieron a aparecer –. Pero si la señora Vorsoisson dijo que no le importaba probar nuestra mantequilla...

– No te preocupes por eso, Enrique – le dijo Mark jovialmente –. Mi hermano se comporta como un capullo porque tiene algo en mente. Con suerte, se desquitará con sus sirvientes.

– Oh – dijo Enrique –. Muy bien, entonces. Tengo un plan para convencerlo.

– ¿Sí? – preguntó Mark escéptico –. ¿Qué plan?

– Es una sorpresa – dijo el científico con una sonrisita pícaro o, en cualquier caso, una sonrisa con toda la picardía de que fue capaz, que no fue mucha –. Si funciona, claro. Lo sabré dentro de unos cuantos días.

Mark se encogió de hombros y miró a Kareen.

– ¿Sabes qué tiene guardado en la manga?

Ella negó con la cabeza y se puso a trabajar de nuevo en su proyecto de ensamblaje de estanterías.

– Pero podrías intentar sacarte un congelador de la tuya. Pregúntale primero a Ma Kosti. Miles parece haberla dotado de todos los electrodomésticos imaginables. Creo que trataba de sobornarla para que resistiera las ofertas de empleo de todos sus amigos – Kareen parpadeó, inspirada.

Desarrollo de productos, desde luego. No importa cuáles fueran las aplicaciones, el recurso que tenían allí mismo, en la mansión Vorkosigan, era el genio humano. Genio humano *frustrado*. Ma Kosti obligaba a los atareados empresarios a comer un almuerzo especial en su cocina todos los días, y les enviaba a veces bandejas con bocadillos al laboratorio. Y la cocina ya empezaba a ablandar a Mark, incluso después de sólo una semana: estaba claro que apreciaba su arte. Iban camino a formar un fuerte lazo.

Se puso de pie de un salto y le tendió a Mark el destornillador.

– Toma. Termina esto.

Recogió seis tarros de manteca de insecto y se marchó a la cocina.

Miles bajó del viejo coche blindado y se detuvo un instante ante el camino rodeado de flores para contemplar con envidia la moderna mansión urbana de René Vorbretten. La mansión Vorbretten se alzaba en el acantilado que daba al río, casi enfrente del Castillo Vorhartung. La guerra civil provocó una renovación urbana: la vieja fortaleza desvencijada que antes había ocupado aquel lugar quedó tan dañada durante la guerra de los Pretendientes que el anterior conde y su hijo, cuando regresaron a la ciudad con las tropas victoriosas de Aral Vorkosigan, decidieron derribarla y empezar de nuevo. En lugar de sombrías, impresionantes y completamente inútiles murallas de piedra vieja, ahora unos campos de fuerza opcionales proporcionaban una protección verdaderamente efectiva.

La nueva mansión era luminosa, despejada y ventilada, y aprovechaba las excelentes vistas del paisaje de Vorbarr Sultana río arriba y río abajo. Sin duda tenía suficientes cuartos de baño para todos los sirvientes Vorbretten. Y Miles apostaba a que René no tenía problemas con sus tuberías.

Y si Sigur Vorbretten gana su caso, René lo perderá todo. Miles sacudió la cabeza y avanzó hacia la puerta, donde un soldado en guardia esperaba para conducirlo ante su señor, y a Pym, sin duda, a un buen chismorreo en el piso de abajo.

El soldado acompañó a Miles hasta el espléndido salón con el ventanal que daba al Puente Estelar y el castillo. Esa mañana, sin embargo, la pared estaba polarizada y sumida en una casi total oscuridad, y el soldado tuvo que encender las luces cuando entraron. René estaba sentado en un sillón, de espaldas al ventanal. Se puso en pie de un salto cuando el lacayo anunció:

– El lord Auditor Vorkosigan, milord.

René tragó saliva y despidió con un ademán a su servidor, quien se retiró en silencio. Al menos René parecía sobrio, bien vestido y afeitado, pero su bello rostro estaba palidísimo.

– Milord Auditor. ¿En qué puedo servirle?

– Relájate, René, esto no es una visita oficial. Me he pasado a saludarte.

– Oh. – René suspiró visiblemente aliviado y su rostro demacrado se relajó, conservando sólo el cansancio. – Pensaba que eras... pensaba que Gregor podría haberte enviado con la mala noticia.

– No, no, no. Después de todo, el Consejo no puede llevar a cabo la votación sin decírtelo.

Miles hizo un vago gesto hacia el río y la sede del Consejo, más allá; René, acordándose de sus deberes como anfitrión, despolarizó el ventanal y les dio la vuelta a las sillas para que Miles y él pudieran contemplar el panorama mientras hablaban. Miles se sentó frente al joven conde. René

tuvo el detalle de acerca una silla baja para su ilustre visitante, así que los pies de Miles no colgaron en el aire.

– Pero puede que hayas sido... bueno, no sé qué puedes haber sido – dijo René tristemente, mientras se sentaba y se frotaba el cuello –. No te esperaba. Ni a ti ni a nadie. Nuestra vida social se ha evaporado con una velocidad sorprendente. Los condes Ghembretten al parecer no son gente deseable.

– Ouch. Te has enterado del chiste, ¿no?

– Mis servidores se enteraron primero. El chiste está en boca de toda la ciudad, ¿no?

– Eh, sí, más o menos – Miles se aclaró la garganta –. Lamento no haber venido antes. Me encontraba en Komarr cuando estalló tu caso y me enteré al regresar, y luego Gregor me envió fuera de la ciudad y, bueno, se acabaron las excusas. Lamento muchísimo que te haya pasado todo esto. Puedo garantizarte que los progresistas no quieren perderte.

– ¿Puedes? Creía que me había convertido en causa de vergüenza para ellos.

– Un voto es un voto. Siendo el relevo entre condes literalmente un acontecimiento que se produce una vez en la vida...

– Habitualmente – interrumpió René secamente.

Miles no le hizo caso.

– La vergüenza es una emoción pasajera. Si los progresistas te pierden por Sigur, perderán ese voto para la siguiente generación. Te apoyarán – Miles vaciló –. Te están apoyando, ¿no?

– Más o menos. La mayoría. Algunos – René agitó una mano, irónico –. Algunos piensan que si votan contra Sigur y pierden, se habrán ganado un enemigo permanente en el Consejo. Y un voto, como dices, es un voto.

– ¿Cómo están los números, lo sabes ya?

René se encogió de hombros.

– Una docena seguros para mí, una docena seguros para Sigur. Mi destino lo decidirán los del centro. La mayoría de los cuales no hablan con los Ghembretten desde hace un mes. Creo que no pinta bien, Miles.

Contempló a su visitante. Su expresión era una extraña mezcla de arrogancia y duda. Con tono neutro, añadió:

– ¿Sabe ya qué va a votar el Distrito Vorkosigan?

Miles ya había advertido que tendría que responder a esa pregunta si veía a René. Igual, sin duda, que todos los otros condes o delegados, lo cual explicaba el súbito hundimiento de la vida social de René últimamente; los que no lo evitaban a él evitaban el tema. Tras un par de semanas para pensarlo, Miles tenía su respuesta preparada.

– Estamos contigo. ¿Podrías dudarlo?

René le ofreció una sonrisa triste.

– Estaba casi seguro, pero está ese gran agujero radiactivo que los cetagandanos pusieron en mitad de tu Distrito.

– Agua pasada, hombre. ¿Mejoro tu recuento de votos?

– No – suspiró René –. Ya contaba contigo.

– A veces, un voto supone la diferencia.

– Y me vuelve loco pensar cuál podría ser – confesó René –. Odio esta situación. Ojalá hubiera terminado ya.

– Paciencia, René – aconsejó Miles –. No pierdas la ventaja por un ataque de nervios – frunció el ceño, pensativo –. Me parece que tenemos dos precedentes legales similares, buscando supremacía. Un conde elige a su sucesor, con el consentimiento del Consejo y su voto de aprobación. Así fue nombrado *lord Medianoche*.

La sonrisa de René se torció.

– Si un burro puede ser conde, ¿por qué no un caballo?

– Creo que ese fue uno de los argumentos del quinto conde Vortala, por cierto. Me pregunto si todavía queda en los archivos alguna transcripción de esas sesiones. Tendré que leerlas algún día, si existen. De todas formas, *Medianoche* estableció claramente que la relación sanguínea directa, aunque tradicional, no hacía falta, y aunque el caso de *Medianoche* fue rechazado, hay docenas de otros precedentes menos memorables. La elección del conde por delante de la sangre del conde, a menos que el conde no haya elegido a nadie. Sólo entonces entra en juego la primogenitura masculina. Tu abuelo fue confirmado como heredero en la... mientras vivía el marido de su madre, ¿no?

Miles había sido confirmado heredero por su propio padre durante la Regencia, mientras su padre se encontraba aún en la cima de su poder para obligar al Consejo.

– Sí, pero de manera fraudulenta, según reclama Sigur. Y un resultado fraudulento no es un resultado.

– Supongo que el viejo no lo sabría, ¿no? ¿Y hay alguna manera de demostrarlo, si lo sabía? Porque si sabía que tu abuelo no era hijo suyo, su confirmación fue legal, y el caso de Sigur se evapora.

– Si el sexto conde lo sabía, no hemos podido encontrar la menor prueba de ello. Y llevamos semanas revolviendo los archivos familiares. No creo que lo supiera, o habría matado al niño. Y a la madre del niño.

– No estoy seguro. La Ocupación fue una época extraña. Estoy pensando en cómo se desarrolló la guerra de los bastardos en la región Dendarii. – Miles resopló –. Los retoños cetagandanos conocidos no llegaban a nacer o se les mataba en cuanto era posible. De vez en

cuando, las guerrillas tenían la desagradable costumbre de dejar los pequeños cadáveres para que las fuerzas de ocupación los encontraran. Los cetagandanos, oficiales y tropa, se volvían locos. Primero tenían la reacción humana normal, y después, incluso aquellos que estaban tan embrutecidos que no les importaba que les lanzáramos niños muertos, consideraban que les habíamos tirado una bomba.

René hizo una mueca de disgusto, y Miles advirtió demasiado tarde que el desagradable ejemplo histórico podía adquirir un nuevo sentido para él. Continuó rápidamente:

– Los cetagandanos no fueron los únicos en oponerse a ese juego. Algunos barryareses lo odiaban también, y lo consideraron una mancha en nuestro honor... el príncipe Xav, por ejemplo. Sé que discutió vehementemente con mi padre en contra de eso. Tu bisabu... el sexto conde bien podría haber estado de acuerdo con Xav, y lo que hizo por tu abuelo fue una especie de respuesta silenciosa.

René ladeó la cabeza, desconcertado.

– No se me había ocurrido eso. Era amigo del viejo Xav, creo. Pero sigue sin haber ninguna prueba. ¿Quién sabe lo que sabía un muerto, si nunca hablaba?

– Si tú no tienes ninguna prueba, tampoco las tiene Sigur.

René se animó un poco.

– Es verdad.

Miles contempló de nuevo la magnífica vista del valle urbanizado. Unos cuantos barquitos remontaban el río. En otros tiempos, no se podía acceder a Vorbarr Sultana remontando el estrecho arroyo, ya que los rápidos y cascadas bloqueaban los transportes comerciales. Desde el final de la Era del Aislamiento, las presas situadas corriente arriba tras el Puente Estelar habían sido destruidas y reconstruidas tres veces.

Frente a ellos, las torres del Castillo Vorhartung destacaban sobre las copas de los árboles, grises y arcaicos. El tradicional punto de reunión del Consejo de los Condes había superado todas esas transformaciones. Cuando no había guerra, esperar a que los viejos condes murieran para efectuar un cambio podía ser un proceso lento. Uno o dos caían de media cada año, últimamente, pero el ritmo del relevo generacional se hacía aún más lento a medida que crecía la esperanza de vida. Tener dos escaños libres a la vez, y ambos a disposición de un heredero conservador o liberal, era bastante inusitado. O más bien, el escaño de René iba a ser sorteado entre los dos principales partidos. El otro era una incógnita mayor.

– ¿Sabes en qué se basa la moción de veto que lady Donna Vorrutyer ha presentado contra su primo Richars respecto al condado Vorrutyer? – le preguntó Miles a René –. ¿Has oído algo?

René agitó la mano.

– No mucho, pero claro, ¿quién habla conmigo hoy en día? – dirigió a Miles una vergonzosa

mirada de agradecimiento –. La adversidad te enseña quiénes son tus verdaderos amigos.

Miles se sintió cortado, al pensar en cuánto tiempo había tardado en hacerle una visita.

– No me hagas más virtuoso de lo que soy, René. Yo tendría que ser la última persona en Barrayar en discutir que llevar un poco de sangre extraplanetaria descalifique a nadie para ser conde.

– Oh. Sí. Eres medio betano, es verdad. Pero en tu caso, al menos es la mitad correcta.

– Cinco octavos de betano, técnicamente. Menos de medio barrayarés. – Miles advirtió que acababa de descubrir un flanco en lo referente a su altura, pero René no apuntó. Byerly Vorrutyer nunca habría dejado pasar una oportunidad así, e Ivan al menos se habría atrevido a sonreír –. Normalmente trato de evitar que la gente haga los cálculos.

– Lo cierto es que he estado pensando en lady Donna – dijo René.

– ¿Eh?

René, rescatado de sus tristes reflexiones sobre su propio dilema, se animó un poco.

– Ella interpuso su moción de veto y se marchó inmediatamente a la Colonia Beta. ¿Qué te sugiere eso?

– He estado en la Colonia Beta. Hay tantas posibilidades que apenas puedo empezar a imaginarlas. La idea primera y más simple es que ha ido a recoger algún tipo de oscura prueba sobre los antepasados, los genes o los crímenes de Richars.

– ¿Conoces a lady Donna? *Simple* no es la palabra que yo elegiría para describirla.

– Mm, es verdad. Tendré que preguntárselo a Ivan, supongo. Creo que estuvo acostándose con ella una temporada.

– Creo que yo no estaba entonces por aquí. Durante ese período estuve en el servicio activo – un leve pesar por su carrera militar abandonada asomó en la voz de René, o tal vez Miles estaba proyectando el suyo –. Pero no me sorprende. Ella tenía fama de coleccionar hombres.

Miles alzó una ceja con interés.

– ¿Formaste parte de su colección?

René hizo una mueca.

– Me perdí ese honor – devolvió la mirada irónica –. ¿Y tú?

– ¿Con Ivan disponible? Dudo que advirtiera que existo siquiera.

René abrió la mano, como para rechazar el pequeño atisbo de autodesprecio de Miles, y Miles se mordió la lengua. Ahora era Auditor Imperial: quejarse en público sobre su físico causaba mala impresión. Había sobrevivido. Ningún hombre podía desafiarlo ya. Pero ¿el cargo de Auditor sería suficiente para inducir a la barrayaresa media a pasar por alto el resto del paquete? *Menos mal que no estás enamorado de la mujer media, ¿eh, muchacho?*

– Estaba pensando en tu hermano clónico, Mark – continuó René –, y en la insistencia de tu

familia en reconocerlo como hermano tuyo.

– Es mi hermano, René. Mi heredero legal y todo.

– Sí, sí, eso ha argumentado tu familia. Pero, ¿y si lady Donna se ha estado fijando en esa controversia, y en su resultado? Apuesto a que ha ido a la Colonia Beta a hacer un clon del pobre Pierre y que va a traerlo para ofrecerlo como heredero en lugar de Richards. Alguien tenía que intentarlo, tarde o temprano.

– Es... desde luego es posible. No estoy seguro de cómo les sentaría a los carcamales. Casi se atragantaron con Mark, el año pasado – Miles frunció el ceño, pensativo. ¿Podría hacer peligrar aquello la posición de Mark? –. He oído que ella ha estado dirigiendo prácticamente el Distrito por Pierre, durante estos últimos cinco años. Si lograra hacerse nombrar tutora legal del clon, podría continuar gobernando durante los próximos veinte. No es corriente que la tutora de un conde sea de la misma familia, pero hay algunos precedentes históricos.

– Incluyendo el de esa condesa que fue declarada legalmente varón para que heredase – intervino René –. Y luego hubo ese extraño pleito sobre su matrimonio.

– Oh, sí, recuerdo ese caso. Pero había una guerra civil en marcha, cosa que rompió las barreras para ella. Nada como estar en el lado de los batallones adecuados. Aquí no hay ninguna guerra civil, excepto entre Donna y Richards, y no he oído nada de su enemistad. Me pregunto si tienes razón... ¿usará un replicador uterino para el clon, o hará que le implanten el embrión para tener un parto natural?

– Un parto natural parece extrañamente incestuoso – dijo René con una mueca de desdén –. Pero ya se sabe cómo son los Vorrutyer, a veces. Espero que utilice un replicador.

– Mm, pero nunca ha tenido un hijo propio. Tiene cuantos, cuarenta y algo... y si el clon creciera dentro de su cuerpo al menos estaría segura de tenerlo lo más protegido posible. Sería mucho más difícil quitárselo, o discutir que otra persona pueda ser su tutor. Richards, por ejemplo. Eso sí que sería un desarrollo inesperado de los acontecimientos.

– Con Richards como tutor, ¿cuánto tiempo crees que viviría el niño?

– Sospecho que no llegaría a la mayoría de edad. Pero no podemos decir que su muerte no sería impecable.

– Bueno, pronto descubriremos el plan de lady Donna – dijo René –. O su caso se desplomará solo. Sus tres meses para presentar pruebas casi se han cumplido ya. Parece una cantidad de tiempo generosa, pero supongo que en los viejos tiempos tenían que permitir que todo el mundo tuviera oportunidad de viajar a caballo.

– Sí, no es bueno para un Distrito dejar el condado vacío durante tanto tiempo – una comisura de la boca de Miles se alzó en una mueca –. Después de todo, no sería aconsejable que los campesinos descubrieran que pueden vivir sin nosotros.

René alzó las cejas, apreciando el chiste.

– Se te nota la sangre betana, Miles.

– No, sólo mi educación betana.

– ¿La biología no es destino?

– Ya no.

Una leve música de voces femeninas resonó en las escaleras que llevaban al salón. Miles creyó reconocer una de las voces, que fue respondida por una risa cristalina.

René se enderezó y se dio la vuelta: sus labios dibujaron una media sonrisa.

– Han vuelto. Y ella se está riendo. No había oído reír a Tatyá desde hace semanas. Bendita sea Martya.

¿Entonces era la voz de Martya Koudelka? El golpeteo de un sorprendente número de pies femeninos resonó en las escaleras, y ante los ojos de Miles aparecieron tres mujeres. Sí. Las rubias hermanas Koudelka, Martya y Olivia, hacían destacar el semblante moreno de la mujer más baja de las tres. La joven condesa Tatyá Vorbretten tenía brillantes ojos almendrados, bien separados en una cara en forma de corazón, con barbilla afilada. Y hoyuelos. El hermoso contorno quedaba enmarcado por rizos de pelo azabache que se agitaban a su paso.

– ¡Bravo, René! – dijo Martya, la propietaria de la voz más aguda –. No estás todavía a solas en la oscuridad. ¡Hola, Miles! ¿Has venido por fin a animar a René? ¡Bien por ti!

– Más o menos – dijo Miles –. No sabía que os conocierais tan bien.

Martya agitó la cabeza.

– Olivia y Tatyá fueron juntas al colegio. Yo he venido a acompañarlas, y a ponerlas en marcha. ¿Puedes creer que con una mañana tan hermosa querían quedarse en casa?

Olivia sonrió tímidamente, y ella y la condesa Tatyá se tomaron brevemente de la mano para darse ánimos. Ah, sí. Tatyá Vorkeres no era condesa en aquellos días de escuela privada, aunque ya era una belleza, y heredera.

– ¿Adónde habéis ido? – preguntó René, sonriéndole a su esposa.

– De compras al Caravanserai. Nos detuvimos a tomar té y pastas en una cafetería, cerca de la Plaza Grande, y vimos el cambio de la guardia en el ministerio. – La condesa se volvió hacia Miles –. Mi primo Stannis es el director de la banda de timbales y tambores de la Guardia de la Ciudad. Lo saludamos, pero naturalmente él no pudo devolvernos el saludo. Estaba de servicio.

– Lamentaba no haber podido convencerte para que nos acompañaras – le dijo Olivia a René –, pero ahora me alegro. No habrías visto a Miles.

– No importa, señoras – dijo Martya firmemente –. Pero voto para que obliguemos a René a escoltarnos mañana por la noche al Palacio de la Ópera de Vorbarr Sultana. Da la casualidad de que sé dónde encontrar entradas.

La idea fue secundada y aprobada sin consultar al conde, pero Miles pudo ver que no ofrecía demasiada resistencia a una propuesta para escoltar a tres mujeres hermosas a escuchar una música que adoraba. Y de hecho, dirigiendo una mirada algo servil a Miles, se dejó convencer. Miles se preguntó cómo habría conseguido Martya las entradas, que normalmente se vendían con un año o dos de antelación. ¿Estaba recurriendo a los contactos en SegImp de su hermana Delia? Todo aquel asunto olía al Equipo Koudelka en acción.

La condesa sonrió y alzó un sobre caligrafiado a mano.

– ¡Mira, René! El soldado Kelso me entregó esto cuando entrábamos. Es de la condesa Vorgain.

– Parece una invitación – dijo Martya con enorme satisfacción –. Ves, las cosas no son tan malas como creías.

– Ábrela – la instó Olivia.

Tatya así lo hizo; sus ojos recorrieron el texto. Su expresión se desmoronó.

– Oh – dijo sin ninguna inflexión. El delicado papel se arrugó en su puño.

– ¿Qué? – dijo Olivia ansiosamente.

Martya recuperó el papel y lo leyó a su vez.

– ¡La gata! ¡Es una desinvitación! A la fiesta de bautizo de su hija... «temo que no estarías cómoda», qué descaro. Cobarde. ¡Gata!

La condesa Tatya parpadeó rápidamente.

– No pasa nada – dijo con voz apagada –. No pensaba ir, de todas formas.

– Pero dijiste que ibas a ponerte... – empezó a decir René, y luego cerró bruscamente la boca. Un músculo dio un tirón en su mandíbula.

– Todas las mujeres... y sus madres... que no pudieron pillar a René en los últimos diez años están siendo... siendo... – Martya se volvió hacia Miles –, *felinas*.

– Eso es un insulto a los gatos – dijo Olivia –, *Zap* tiene mejor carácter.

René miró a Miles.

– No he podido dejar de advertir... – dijo con voz extremadamente átona –, que aún no hemos recibido la invitación a la boda de Gregor y la doctora Toscane.

Miles alzó una mano, tranquilizador.

– Las invitaciones locales no han sido cursadas todavía. Lo sé con toda seguridad.

Miles decidió que no era el momento de mencionar aquella discusión política sobre el asunto a la que había asistido hacía unas semanas en la Residencia Imperial.

Contempló el panorama: Martya echando chispas, Olivia indignada, la condesa gélida, René colorado y estirado. Tuvo un golpe de inspiración. *Noventa y seis sillas*.

– Voy a dar una pequeña cena en casa dentro de dos noches. Es en honor de Karen

Koudelka y mi hermano Mark, que han vuelto de la Colonia Beta. Olivia estará allí, y todos los Koudelka, y lady Alys Vorpatril y Simon Illyan, y mi primo Ivan y varios amigos más. Me sentiría muy honrado si asistierais los dos.

René consiguió recompensar con una sonrisa patética aquel evidente gesto de caridad.

– Gracias, Miles, pero no creo...

– Oh, Tatyá, sí, tenéis que venir – intervino Olivia, apretando el brazo de su vieja amiga –. Miles por fin nos va a descubrir a todos a su amada. Sólo Kareen la ha visto hasta ahora. Todos nos morimos de curiosidad.

René alzó las cejas.

– ¿Tú, Miles? Creía que eras un solterón empedernido como tu primo Ivan. Casado con tu carrera.

Miles sonrió furioso a Olivia y encajó mal las últimas palabras de René.

– He tenido que divorciarme de mi carrera por razones médicas. Olivia, de dónde has sacado la idea de que la señora Vorsoisson... Es mi diseñadora paisajística, ¿sabes, René?, pero es la sobrina del lord Auditor Vorthys. La conocí en Komarr, es viuda desde hace poco y desde luego no está... preparada para ser la enamorada de nadie. El lord Auditor Vorthys y la profesora estarán allí también. Verás, será una fiesta familiar, nada inadecuado para ella.

– ¿Para quién? – preguntó Martya.

– Para Ekaterin – se le escapó antes de que pudiera impedirlo. Las cuatro encantadoras sílabas.

Martya le sonrió implacable. René y su esposa se miraron... los hoyuelos de Tatyá destacaron, y René frunció los labios, pensativo.

– Kareen dijo que lord Mark dijo que lo dijiste – comentó Olivia inocentemente –. ¿Quién estaba mintiendo, entonces?

– Nadie, maldición, pero... pero – Miles tragó saliva y se dispuso a realizar la maniobra una vez más –. La señora Vorsoisson está... está... – ¿Por qué cada vez se hacía más difícil explicarlo, en vez de más fácil? –. Está de luto formal por su difunto esposo. Tengo intención de declararme cuando sea el momento adecuado. No es el momento adecuado. Así que tengo que esperar.

Rechinó los dientes. René tenía ahora la mano apoyada en la barbilla, un dedo sobre los labios y los ojos iluminados.

– Y odio esperar – estalló Miles.

– Oh – dijo René –. Ya veo.

– ¿Ella también está enamorada de ti? – preguntó Tatyá, dirigiendo una furtiva mirada de amor hacia su marido.

Dios, los Vorbretten eran tan pegajosos como Gregor y Laisa, y encima, después de tres

años de matrimonio. El entusiasmo conyugal era una enfermedad contagiosa.

– No lo sé – confesó Miles con voz trémula.

– Le dijo a Mark que la está cortejando en secreto – informó Martya a los Vorbretten –. Es un secreto para ella. Todos estamos todavía intentando decidir qué significa eso.

– ¿Es que toda la ciudad conoce mis conversaciones privadas? – rugió Miles –. Voy a estrangular a Mark.

Martya parpadeó con fingida inocencia.

– Kareen se enteró por Mark. Yo me enteré por Ivan. Mamá se enteró por Gregor. Y papá se enteró por Pym. Si intentas mantenerlo en secreto, Miles, ¿por qué vas por ahí diciéndoselo a todo el mundo?

Miles inspiró profundamente.

– Gracias, lord Vorkosigan – dijo la condesa –. Mi marido y yo asistiremos encantados a su fiesta – le sonrió.

– No hay de qué – resopló él.

– ¿Volverán los virreyes de Sergyar? – le preguntó René a Miles. Su voz estaba cargada de curiosidad política.

– No. Aunque se les espera pronto. Ésta es mi fiesta. Mi última oportunidad para tener la mansión Vorkosigan para mí solo antes de que se llene con el circo ambulante.

No es que no anhelara el regreso de sus padres, pero su papel como jefe de la casa había sido bastante... agradable, aquellos últimos meses. Además, presentar a Ekaterin a los condes Vorkosigan, sus futuros suegros, era algo que deseaba coreografiar con absoluto cuidado.

Sin duda ya había terminado con sus deberes sociales por hoy. Miles se levantó con cierta dignidad y se despidió de todos, y amablemente se ofreció a llevar a Martya y Olivia, si lo deseaban. Olivia se quedó con su amiga la condesa, pero Martya aceptó la invitación.

Miles dirigió a Pym una mirada de perros mientras el lacayo abría el dosel del vehículo de tierra para que entraran en el compartimento trasero. Miles siempre había atribuido la extraordinaria habilidad de Pym para captar chismorreos, un don que ahora le venía muy bien en su nuevo puesto, a la formación que Pym había recibido en SegImp. No había advertido que Pym podía estar *intercambiando* información. Pym, que captó la mirada pero no la intención, condujo un poco más despacio que de costumbre, pero por lo demás no parecía afectado por el descontento de su señor.

En el compartimento trasero, mientras salían de la Mansión Vorbretten y giraban hacia el Puente Estelar, Miles pensó seriamente en hacérselo pagar a Martya por ponerle en evidencia con lo de Ekaterin delante de los Vorbretten. Ahora era Auditor Imperial, por Dios... o al menos por Gregor. Pero no le sacaría más información. Controló su temperamento.

– ¿Cómo lo están llevando los Vorbretten, según tu punto de vista? – le preguntó.

Ella se encogió de hombros.

– Ponen buena cara, pero creo que están bastante afectados. René piensa que va a perder el caso, y el Distrito, y todo.

– Eso me pareció. Y puede que así sea, si no le echa más valor – Miles frunció el ceño.

– Ha odiado a los cetagandanos desde que mataron a su padre en la guerra del Radio de Hegen. Tatya dice que le da miedo pensar que están *dentro* de él. Creo que a ella también le da un poco de miedo. Quiero decir... ahora sabemos por qué esa rama de los Vorbretten adquirió de pronto ese extraordinario talento musical, después de la Ocupación.

– Yo también había hecho ya esa conexión. Pero ella parece estar de su parte.

Era desagradable pensar que aquella circunstancia pudiera costarle a René el matrimonio además de la carrera.

– También ha sido duro para ella. Le gusta ser condesa. Olivia dice que, en sus días de colegio, la envidia hacía que a veces las otras chicas se portaran mal con Tatya. El hecho de que René la escogiera fue una especie de impulso para ella, y no es que las demás no lo vieran venir, con su gloriosa voz de soprano. Ella lo adora.

– ¿Crees que su matrimonio capeará el temporal? – preguntó él, esperanzado.

– Mm...

– ¿Mm...?

– Todo este asunto empezó cuando iban a tener su bebé. Y no han continuado. Tatya... no habla de esas cosas. Habla de todo lo demás, pero no de eso.

– Oh – Miles trató de averiguar qué significaba eso. No parecía muy alentador.

– Olivia es casi la única de las viejas amigas de Tatya que han aparecido después de que estallara el escándalo. Incluso las hermanas de René han desaparecido, aunque supongo que por la razón opuesta. Es como si nadie quisiera mirarla a la cara.

– Si nos remontamos atrás, todos nosotros descendemos de gente de otros planetas, maldición – gruñó Miles, frustrado –. ¿Qué es un octavo? Una fruslería. ¿Por qué se debe descalificar a una de las mejores personas que tenemos? Ser competente tendría que contar para algo.

Martya hizo una mueca.

– Si quieres compasión, has llamado a la puerta equivocada, Miles. Si mi padre fuera conde, no importaría lo competente que yo pudiera ser: yo seguiría sin heredar. Toda la inteligencia del mundo no importaría nada. Si acabas de descubrir que este mundo es injusto, bueno, vas un poco retrasado.

Miles sonrió agriamente.

– No es nuevo para mí, Martya. – El coche se detuvo ante la casa del comodoro Koudelka –.

Pero la justicia no era mi oficio, antes.

Y el poder no es tan poderoso como parece desde fuera.

– Pero ése es probablemente el único caso en que no puedo ayudarte – añadió –. Tengo motivos personales de mucho peso para no querer volver a introducir la herencia a través del linaje femenino en la ley de Barrayar. Por ejemplo, mi supervivencia. Me gusta mucho mi trabajo. No quiero el de Gregor.

Abrió el dosel. Ella salió y le dirigió un gesto reconociendo sus palabras y agradeciendo el viaje.

– Nos veremos en la cena.

– Dale mis recuerdos al comodoro y a Drou.

Ella le dirigió una deslumbrante sonrisa, típica del Equipo Koudelka, y se marchó.

Mark hizo girar el volador para ofrecer a las pasajeras del asiento trasero, Kareen y la señora Vorsoisson, una vista mejor de Hassadar, la capital del Distrito Vorkosigan, en el horizonte. El clima cooperaba: un hermoso día soleado que apuntaba la promesa del inminente verano. El volador de Miles era una delicia. Estilizado, rápido y maniobrable, flotaba sobre el suave aire cálido y, lo mejor de todo: los controles estaban perfectamente alineados para ser ergonómicamente perfectos para un hombre de la altura de Mark. Qué más daba que el asiento fuera un poquitín estrecho. No podías tenerlo todo. *Por ejemplo, Miles ya no puede tener este aparato.* Mark hizo una mueca al pensarlo y luego descartó la idea.

– Es una tierra muy hermosa – observó la señora Vorsoisson, acercando el rostro al dosel para abarcarlo todo.

– Miles se sentiría halagado si la oyera – Mark animó cuidadosamente este tipo de pensamientos –. Está muy unido a este lugar.

Desde luego lo veían con la mejor luz posible, literalmente, aquella mañana. Un entramado de verde en las granjas y bosques (los bosques eran producto del cultivo humano al igual que los campos) ondeaba en todo el paisaje. El verde era interrumpido por pinceladas irregulares de marrón rojizo barrayarés nativo, en los barrancos, en el fondo de los arroyos y en las pendientes no cultivables.

Enrique, con la nariz apretada también contra el dosel, dijo:

– No es lo que esperaba de Barrayar.

– ¿Y qué esperaba? – preguntó con curiosidad la señora Vorsoisson.

– Kilómetros de plano asfalto gris, supongo. Barracones militares y gente de uniforma marchando al compás.

– Es económicamente inviable para toda una superficie planetaria. Aunque uniformes sí que tenemos – admitió Mark.

– Pero cuando se trata de varios centenares distintos, el efecto deja de ser uniforme. Y algunos de los colores son un poco... insospechados.

– Sí, lo lamento por esos condes que tuvieron que elegir los últimos los colores de sus Casas – reconoció Mark –. Creo que los Vorkosigan debieron de caer hacia la mitad. Quiero decir, marrón y plata no está mal, pero no puedo dejar de pensar que los tipos de azul y oro o de negro y plata... tienen más planta – podía imaginarse a sí mismo de negro y plata, con Kareen toda rubia y alta de su brazo.

– Podía ser peor – dijo Kareen alegremente –. ¿Cómo crees que te sentaría el uniforme de cadete de una casa que fuera verde claro y escarlata, como el del pobre Vorharopoulos, Mark?

– Parecería una señal de tráfico con botas. – Mark hizo una mueca –. Me he dado cuenta de que el paso militar también falla. Más bien marchan como un rebaño confuso. Fue... casi decepcionante, al principio. Quiero decir, incluso descartando la propaganda enemiga, no es la imagen que Barrayar trata de proyectar ahora mismo, ¿no? Aunque he llegado a apreciar que sea así.

Volvieron a virar.

– ¿Dónde está la famosa zona radiactiva? – preguntó la señora Vorsoisson, escrutando la cambiante escena.

La destrucción cetagandana de la antigua capital de Vorkosigan Vashnoi, había destruido el corazón del Distrito Vorkosigan, tres generaciones antes.

– Al sureste de Hassadar. Al socaire y corriente abajo – repuso Mark –. No iremos hoy. Tendrá que hacer que Miles se la enseñe en otra ocasión – reprimió una sonrisita. Dólares betanos contra arena a que las tierras arrasadas no estaban en el itinerario planeado por Miles.

– Barrayar no es todo así – le dijo la señora Vorsoisson a Enrique –. La parte del Continente Sur donde yo crecí era plana como un pastel, aunque la cordillera más alta del planeta, los Picos Negros, se alzaba en el horizonte.

– ¿No era aburrido tan plano? – preguntó Enrique.

– No. Porque el horizonte era ilimitado. Salir de casa era como salir al cielo. Las nubes, la luz, las tormentas... teníamos los mejores amaneceres y puestas de sol del mundo.

Pasaron la invisible barrera del sistema de control de tráfico aéreo de Hassadar y Mark cedió la navegación a los ordenadores de la ciudad. Después de unos minutos y unas cuantas transmisiones codificadas, aterrizaron con mucha suavidad en una zona altamente restringida, en la Residencia del conde. La Residencia era un gran edificio moderno de piedra montañesa Dendarii pulida. Con sus conexiones con las oficinas municipales y del Distrito, ocupaba la mayor parte de la plaza central de la ciudad.

Tsipis esperaba para recibirlos junto a la pista, tan elegante y gris y ordenado como siempre. Le estrechó la mano a la señora Vorsoisson como si fueran viejos amigos, y saludó a Enrique con la gracia y naturalidad de un diplomático nato. Kareen dio, y recibió, un abrazo familiar.

Pasaron a un aerocoche que los esperaba, y Tsipis los guió hasta tres posibles sitios donde instalar su futura empresa, comoquiera que fuese a llamarse, incluidos un almacén municipal infrautilizado y dos granjas cercanas. Ambas granjas estaban desatendidas porque sus antiguos habitantes habían seguido al conde a su nuevo puesto en Sergyar, y nadie más había querido aceptar el desafío de arrancar beneficios a unas tierras decididamente marginales, pues la una era pantanosa y la otra rocosa y seca. Mark comprobó con cuidado los niveles de radiactividad. Todas eran propiedades Vorkosigan ya, así que no había nada que negociar con respecto a su uso.

– Podría usted incluso persuadir a su hermano para que le perdonara el alquiler, si se lo pide – señaló Tsipis con entusiasta frugalidad –. Puede hacerlo; su padre le concedió plenos poderes legales en el Distrito cuando se marchó a Sergyar. Después de todo, la familia no está recibiendo ningún ingreso de las propiedades ahora mismo. Así dispondría de más capital para afrontar los costes iniciales.

Tsipis sabía exactamente con qué presupuesto contaba Mark: habían examinado sus planes a través de la comconsola, a principios de semana. La idea de pedirle a Miles un favor hizo que Mark se rebullera un poco, pero... ¿no era él también un Vorkosigan? Contempló la granja descuidada, tratando de sentir que tenía derecho sobre ella.

Consultó con Kareen, cabeza con cabeza, y ambos examinaron las opciones. Permitieron a Enrique pasear con la señora Vorsoisson, quien le enseñó diversos matojos nativos de Barrayar. El estado de los edificios, la fontanería y las conexiones a la red energética se impusieron a las condiciones de la tierra. Al final decidieron quedarse con el sitio que contaba con los edificios más nuevos (relativamente) y más espaciosos. Después de un paseo más atento por las instalaciones, Tsipis los acompañó de vuelta a Hassadar.

Para almorzar, los llevó al local más exclusivo de Hassadar: el salón comedor oficial de la Residencia del conde, que daba a la plaza. Las atenciones que les dispensó el servicio les dieron a entender que Miles había enviado unas cuantas instrucciones urgentes para el cuidado y la alimentación de su... jardinera. Mark lo confirmó después del postre, cuando Kareen llevó a Enrique y a la viuda al jardín, para ver la fuente del patio interior, y él y Tsipis se quedaron saboreando la exquisita cosecha del vino embotellado de Vorkosigan, normalmente reservado para las visitas del emperador Gregor.

– Bien, lord Mark – dijo Tsipis tras un reverente sorbo –. ¿Qué le parece esta señora Vorsoisson de su hermano?

– Creo... que no es de mi hermano todavía.

– Mm, sí, he comprendido esa parte. O debería decir, me la ha explicado.

– ¿Qué le ha contado sobre ella?

– No se trata tanto de lo que dice como de su modo de decirlo y de la frecuencia con que lo repite.

– Bueno, eso también. Si no fuera Miles, resultaría cómico. La verdad es que lo resulta, pero también es... mm.

Tsipis parpadeó y sonrió, comprendiendo perfectamente.

– Enternecedor... creo... es la palabra que yo elegiría.

Y el vocabulario de Tsipis era siempre tan preciso como su corte de pelo. Contempló la plaza a través de los altos ventanales del salón.

– Lo traté bastante de joven, cuando servía a sus padres. Estaba siempre forzando al límite sus capacidades físicas. Pero nunca lloraba cuando se rompía un hueso. Se controlaba de un modo aterrador, para un niño de su edad. Pero una vez, en la Feria del Distrito de Hassadar, pude ver cómo lo rechazaba brutalmente un grupo de niños con los que pretendía jugar. – Tsipis tomó otro sorbo de vino.

– ¿Lloró entonces? – preguntó Mark.

– No. Aunque tenía una cara muy rara cuando se dio la vuelta. Bothari estaba conmigo... no había nada que el sargento pudiera hacer, no existía ninguna amenaza física potencial. Pero, al día siguiente, Miles tuvo un accidente a caballo, uno de los peores. Al saltar, cosa que tenía prohibida, con un caballo joven que le habían dicho que no montara... El conde Piotr se puso tan furioso (y se asustó tanto) que creí que iba a darle un ataque allí mismo. Más tarde me pregunté si había sido un accidente – Tsipis vaciló –. Siempre imaginé que Miles escogería a una esposa galáctica, como su padre antes que él. No una mujer de Barrayar. No estoy seguro de lo que piensa que está haciendo con esta joven dama. ¿Está dispuesto a estrellarse otra vez?

– Dice que tiene una Estrategia.

Los finos labios de Tsipis se curvaron y murmuró:

– ¿No la tiene siempre...?

Mark se encogió de hombros.

– A decir verdad, apenas la conozco. Usted ha estado trabajando con ella, ¿qué le parece?

Tsipis ladeó la cabeza, pensativo.

– Es rápida de reflejos y escrupulosamente honrada.

Parecía una triste alabanza, a menos que uno supiera que esos eran los dos valores que más apreciaba Tsipis.

– Bastante atractiva, en persona – añadió, como si se lo pensara mejor –. Y no tan alta como esperaba.

Mark sonrió.

– Creo que podría valer para el trabajo de futura condesa.

– Miles lo cree también – recalcó Mark –. Y la elección de personal fue por lo visto uno de sus principales talentos militares.

Y cuanto más conocía a Tsipis, más pensaba Mark que era un talento que había aprendido de su padre.

– No es prematuro, desde luego – suspiró Tsipis –. Es de desear que el conde Aral tenga nietos mientras aún está vivo para verlos.

¿Esa observación va también por mí?

– Le echará usted un ojo, ¿no? – añadió Tsipis.

– No sé qué cree usted que podría hacer yo. No puedo obligarla a enamorarse de él. ¡Si tuviera ese tipo de poder sobre las mujeres, lo usaría en mi propio provecho!

Tsipis sonrió vagamente, mirando el lugar que Kareen había dejado libre, y luego de nuevo a Mark.

– Vaya, y yo que tenía la impresión de que sí.

Mark se agitó. Su recién conseguida racionalidad betana había estado perdiendo terreno en lo referido a Kareen, aquella última semana, pues sus subpersonalidades se volvían inquietas con la tensión acumulada. Pero Tsipis era su asesor financiero, no su terapeuta. Ni siquiera (esto era Barrayar, después de todo) su Baba.

– Entonces, ¿tiene alguna sospecha de que la señora Vorsoisson corresponde al interés de su hermano? – preguntó Tsipis llanamente.

– No – confesó Mark –. Pero es muy reservada.

¿Se debía eso a que no sentía nada o a un autocontrol tremendo? ¿Quién podría informarlo sobre aquello?

– ¡Espere, ah, ya, sé! Le encargaré a Kareen que lo averigüe. Las mujeres chismorrear entre sí sobre ese tipo de cosas. Por eso pasan tanto tiempo juntas en el servicio de señoras, para diseccionar a sus parejas. O eso me dijo una vez Kareen, cuando me quejé porque me dejaba solo demasiado tiempo...

– Me gusta el sentido del humor de esa chica. Siempre me han gustado todas las Koudelka – los ojos de Tsipis chispearon un instante –. La tratará usted adecuadamente, espero.

¡Alerta roja, alerta roja!

– Oh, sí – dijo Mark fervientemente. Gruñido, de hecho, anhelaba tratarla adecuadamente hasta el límite de sus nuevos poderes y habilidades betanas, si ella lo dejaba. Glotón, que tenía por afición darle de comer cenas dignas de gourmets, había tenido un buen día hoy. Asesino acechaba dispuesto a asesinar a cualquier enemigo que ella nombrara, pero Kareen no tenía ningún enemigo, sólo amigos. Incluso Aullido estaba extrañamente satisfecho aquella semana, pues el esfuerzo de todos redundaba en beneficio suyo. Sobre aquel asunto, el Grupo Negro votaba como un solo hombre.

Aquella mujer encantadora, cálida, abierta... En su presencia Mark se sentía como una viscosa criatura de sangre fría que saliera de debajo de la roca donde esperaba morir para ver el inesperado milagro del sol. Bien podría seguirla todo el día, gimoteando piadosamente, a la espera de que ella volviera a iluminarlo durante un glorioso momento. Su terapeuta le había dicho unas cuantas verdades sobre aquella adicción: *No es justo que Kareen soporte toda esa carga, ¿no? Tienes que aprender a dar, en abundancia, y no sólo tomar, por necesidad.* Cierto, cierto. Pero maldición, incluso su terapeuta apreciaba a Kareen y trataba de reclutarla para su profesión. Todo el

mundo apreciaba a Kareen, porque Kareen apreciaba a todo el mundo. Querían estar con ella, y ella quería que se sintieran bien por dentro. Estaban dispuestos a hacer cualquier cosa por ella. Kareen tenía en abundancia aquello de lo que más carecía Mark: alegría, entusiasmo contagioso, empatía, cordura. La mujer tenía un futuro magnífico como vendedora, qué equipo podrían formar los dos, Mark para los análisis, Kareen para relacionarse con el resto de la humanidad... La mera idea de perderla, por cualquier motivo, hacía que Mark se pusiera frenético.

Su incipiente ataque de pánico se desvaneció y su respiración volvió a la normalidad cuando ella apareció, todavía seguida por Enrique y la señora Vorsoisson. A pesar de la inapetencia general después del almuerzo, Kareen los puso a todos en marcha para la segunda parte de la tarea del día: recoger las piedras para el jardín de Miles. Tsipis les había entregado un holomapa, direcciones, y a dos grandes y amistosos jóvenes con tractores de mano y una aerofurgoneta; la furgoneta siguió al volador mientras Mark se encaminaba hacia el sur, remontando la gris columna vertebral de las Montañas Dendarii. Mark los posó en un valle bordeado por un barranco rocoso. La zona seguía siendo propiedad Vorkosigan, completamente intacta. Mark entendía por qué. La zona virgen de vegetación barrayaresa (bueno, no podías llamarlo bosque, aunque matojos lo resumía bastante bien) se extendía durante kilómetros a lo largo de las impresionantes faldas.

La señora Vorsoisson bajó del volador y se volvió para mirar hacia el norte, hacia las llanuras pobladas del Distrito Vorkosigan. El aire cálido suavizaba el horizonte, convirtiéndolo en una mágica neblina azul, pero la vista abarcaba un centenar de kilómetros. Las nubes blancas e hinchadas se alzaban formando arcos separados, rematadas por otras nubes grises como castillos rivales.

– Oh – dijo, y su boca se fundió en una sonrisa –. Eso sí que es un cielo como Dios manda. Así es como tiene que ser. Comprendo que dijeras que a lord Vorkosigan le gustaba venir aquí, Kareen – extendió los brazos, casi sin darse cuenta, y sus dedos abarcaron el espacio libre –. Normalmente las montañas me parecen murallas a mi alrededor, pero esto... está muy bien.

Los muchachotes de la aerofurgoneta aterrizaron junto al volador. La señora Vorsoisson los guió y llevaron el equipo junto al barranco, donde se pusieron a recoger rocas y piedras Dendarii estéticamente agradables para llevarlas a Vorbarr Sultana. Enrique los siguió como un cachorrito larguirucho y especialmente torpe. Como la bajada iba a ser trabajosa, Mark se limitó a asomarse y luego a pasear por la menos peligrosa pendiente del valle, cogido de la mano de Kareen.

Cuando la rodeó por la cintura y la atrajo hacia sí, ella le dejó hacer, pero cuando trató de colar una sugerencia sexual subliminal mordisqueándole un pecho, ella se envaró y se apartó. Maldición.

– Kareen... – protestó él, quejumbroso.

Ella sacudió la cabeza.

– Lo siento, lo siento.

– No... no te disculpes. Hace que me sienta mal. Quiero que me desees también. Creía que era así.

– Y lo era. Lo es. Yo... – se mordió la lengua y empezó de nuevo –. Creía que era una verdadera adulta, una persona de verdad, allá en la Colonia Beta. Luego regresé aquí... Me doy cuenta de que dependo de mi familia para cada bocado que me llevo a la boca, para cada prenda de vestir, para todo. Y siempre ha sido así, incluso cuando estaba en Beta. Tal vez todo fue... falso.

Él le agarró la mano; al menos ella no se soltó.

– Quieres ser buena. Muy bien, puedo comprenderlo. Pero tienes que tener cuidado sobre cómo defines lo que es bueno. Los terroristas que me crearon me enseñaron eso muy bien.

Ella apretó su mano, por aquel recuerdo terrible, y consiguió ofrecerle una sonrisa de compasión. Vaciló y continuó:

– Son las definiciones contradictorias lo que me está volviendo loca. No puedo ser buena para ambos sitios a la vez. He aprendido a ser una buena chica en la Colonia Beta, y a su modo, fue tan difícil como ser una buena chica aquí. Y mucho más aterrador, en ocasiones. Pero... sentía que me hacía más grande por dentro, si comprendes lo que quiero decir.

– Creo que sí. – Mark esperó no haber sido la causa de ninguna de aquellas cosas aterradoras, pero sospechaba que sí. Muy bien, sabía que era cierto. Algunos momentos habían sido oscuros durante aquel año. Sin embargo, ella había aguantado a su lado –. Pero tienes que elegir por tu propio bien, Kareen, no por el de Barrayar... – inspiró profundamente, para ser sincero –. Ni siquiera por el de Beta.

¿Ni siquiera por el mío?

– Desde que volví, ni siquiera soy capaz de encontrarme a mí misma para preguntármelo.

Mark se recordó que para Kareen aquello era sólo una metáfora. Aunque también él era una metáfora, dentro de su cabeza con la Banda Negra. Una metáfora metastática. Las metáforas se convertían en eso, con la suficiente presión.

– Quiero regresar a la Colonia Beta – dijo ella con voz baja y apasionada, contemplando el abismo sin verlo –. Quiero quedarme allí hasta que sea una adulta de verdad, y pueda ser yo misma esté donde esté. Como la condesa Vorkosigan.

Mark valoró la idea de aquel modelo para la amable Kareen. Pero había que reconocer que su madre no aceptaba tonterías de nadie por ningún motivo. Sin embargo, habría sido preferible para cualquiera tener un poco de esa cualidad sin verse obligado a librar guerras y enfrentarse a peligros para conseguirla.

Kareen preocupada era como el sol apagado. Con aprensión, la tomó de nuevo por la cintura. Por fortuna, ella lo interpretó como lo que pretendía ser, un gesto de consuelo, y no como

una nueva intentona inoportuna, y se apoyó en él.

Los miembros de la Banda Negra tenían su función como soldados de choque en caso de emergencia, pero eran unos comandantes pésimos. Gruñido tendría que esperar un poco más. Bien podría fijar una cita con la mano derecha de Mark o algo por el estilo. Aquello era demasiado importante para cagarla, oh, sí.

Pero ¿y si ella por fin hallaba su sitio y no había espacio para él...?

No sacaría nada con aquello. Cambia de tema, rápido.

– A Tsipis parece gustarle la señora Vorsoisson.

Su rostro se iluminó lleno de gratitud. *Por tanto, debo de haber estado presionándola.*

Aullido gimió, desde lo más profundo; Mark lo reprimió.

– ¿Ekaterin? A mí también.

Así que ahora era Ekaterin; se tuteaban, bien. Tendría que enviarlas al servicio de señoras más a menudo.

– ¿Sabes si le gusta Miles?

Kareen se encogió de hombros.

– Eso parece. Está trabajando muy duro en su jardín y todo eso.

– Quiero decir si está enamorada de él. Nunca la he oído llamarlo por su nombre de pila.

¿Cómo puedes estar enamorado de alguien si no lo tuteas?

– Oh, son las cosas de los Vor.

– Ja – Mark dudó –. Es cierto que Miles se está comportando de manera muy Vor. Creo que ese cargo de Auditor se le ha subido a la cabeza. Pero ¿crees que podrías tratar con ella y descubrir algunas pistas?

– ¿Quieres que la espíe? – Kareen frunció el ceño –. ¿Te lo ha pedido Miles?

– En realidad no. Fue Tsipis. Está un poco preocupado por Miles. Y... yo también.

– Me gustaría ser amiga de ella...

Naturalmente.

– No parece que tenga muchas amistades. Ha tenido que cambiar mucho de hogar. Y creo que lo que fuera que le sucedió a su marido en Komarr fue mucho más terrible de lo que quiere hacer ver. Es mujer está tan llena de silencios que rebosan.

– Pero ¿valdrá para Miles? ¿Será buena para él?

Kareen alzó una ceja.

– ¿Alguien se está molestando en preguntarse si Miles será bueno para ella?

– Um... um... ¿por qué no? Es heredero de un conde. Bien situado. Es Auditor Imperial, por el amor de Dios. ¿Qué más podría desear una Vor?

– No sé, Mark. Probablemente depende de la Vor. Yo sé que preferiría estar contigo y con

todos y cada uno de los miembros de la Banda Negra en su peor momento durante cien años antes que quedarme encerrada con Miles durante una semana. Él... *abruma*.

– Sólo si tú lo dejas.

Pero a Mark le encantó en el fondo saber que ella lo prefería a él que al glorioso Miles, y de repente se sintió menos hambriento.

– ¿Sabes qué hace falta para detenerlo? Todavía recuerdo cuando éramos niñas, mis hermanas y yo, y visitábamos a lady Cordelia con mamá, y Miles se encargaba de tenernos entretenidas. Era una crueldad encargarle eso a un chico de catorce años, pero ¿qué sabía yo? Decidió que las cuatro debíamos formar un equipo femenino de zapa, y nos hacía desfilar por el jardín de la mansión Vorkosigan, o por el salón de baile cuando llovía. Creo que yo tendría unos cuatro años – frunció el ceño al recordar el pasado –. Lo que Miles necesita es una mujer que le diga que se calme, o será un desastre. Para ella, no para él – al cabo de un instante, añadió sabiamente –: Aunque si lo es para ella, también lo será para él, tarde o temprano.

– Oh.

Los amistosos jóvenes subieron jadeando el barranco y volvieron a bajar con la aerofurgoneta. Terminaron de cargar con golpes y chasquidos, y la furgoneta se alzó en el aire y se dirigió hacia el norte. Poco después, aparecieron Enrique y la señora Vorsoisson, sin aliento. Enrique, que sostenía un enorme puñado de plantas nativas de Barrayar, parecía bastante alegre. De hecho, casi parecía que tenía circulación sanguínea. El científico probablemente no había salido al campo desde hacía años: sin duda era bueno para él, a pesar de que chorreaba por haberse caído al arroyo.

Consiguieron meter las plantas en el compartimento trasero y secar a Enrique, y todos volvieron a entrar en el volador cuando el sol se ponía. Mark se entretuvo probando la velocidad del aparato mientras circundaban el valle una última vez y viraban hacia el norte, de regreso a la capital. La máquina zumbaba como una flecha, dulce bajo sus pies y dedos. Llegaron a las afueras de Vorbarr Sultana antes de que oscureciera.

Dejaron primero a la señora Vorsoisson en casa de sus tíos, cerca de la universidad, con muchas promesas de que se pasaría por la mansión Vorkosigan por la mañana y ayudaría a Enrique a buscar los nombres científicos de sus nuevas muestras botánicas. Kareen se bajó en la esquina de la casa de su familia y le dio a Mark un besito de despedida en la mejilla. *Tranquilo, Gruñido. No era para ti.*

Mark dejó el volador en su rincón del garaje de la mansión Vorkosigan y acompañó a Enrique al laboratorio para ayudarlo a dar a las cucarachas mantequeras su cena y ver cómo estaban. Enrique había dejado de cantar nanas a las criaturas, aunque tenía la costumbre de hablar, mitad para ella y mitad para sí mismo, mientras recorría el laboratorio. En opinión de Mark, el hombre

había trabajado solo demasiado tiempo.

Sin embargo, esa noche Enrique tarareó mientras clasificaba su nuevo suministro de plantas siguiendo unos criterios que sólo conocían él y la señora Vorsoisson, colocando algunas en agua y otras sobre papel para que se secaran en el banco del laboratorio.

Mark dejó de pesar, grabar y repartir generosos bocados de árbol a las cucarachas mantequeras y vio que Enrique se sentaba ante su comconsola y la encendía. Ah, bien. Tal vez el escobariano estaba a punto de crear más ciencia futura. Mark se acercó a curiosear. Enrique no estaba trabajando en su mareante muestra molecular, sino en un texto muy apretado.

– ¿Qué es eso? – preguntó Mark.

– Prometí enviarle a Ekaterin una copia de mi tesis doctoral. Me la *pidió* – explicó Enrique orgullosamente y con cierto asombro –. *Hacia la síntesis de acompañamiento bacterofúngica de los compuestos de almacenamiento extramolecular*. Fue la base de todo mi trabajo posterior con las cucarachas mantequeras, cuando por fin lo descubrí como el vehículo perfecto para el cortejo microbiano.

– Ah – vaciló Mark. *¿También es Ekaterin para ti?* Bueno, si Kareen había llegado a tutear a la viuda, Enrique, también presente, no podía quedar excluido, ¿no? –. ¿Podrá leerla? – por lo que Mark había visto, Enrique escribía igual que hablaba.

– Oh, no espero que siga las matemáticas del flujo de energía molecular... los tutores de mi facultad tuvieron problemas para entenderlas, pero comprenderá de qué van, estoy seguro, gracias a las animaciones. Con todo... tal vez podría hacer algo con esta abstracción, para que sea más atractiva a primera vista. Tengo que admitir que soy un poco críptico – se mordió el labio y se inclinó sobre la comconsola. Al cabo de un minuto, preguntó –: ¿Se te ocurre alguna palabra que rime con *glyoxilato*?

– No... así de pronto. Prueba *naranja*. O *plata*.

– Ésas no riman. Si no puedes ayudarme, Mark, márchate.

– ¿Qué estás haciendo?

– *Isocitrato*, claro, pero esa no encaja... Estoy intentando ver si puedo producir un efecto más sorprendente expresando la abstracción por medio de un soneto.

– Eso parece bastante... sorprendente.

– ¿Tú crees? – Enrique sonrió y empezó a tararear de nuevo –. Zreonino, merino, polar, molar...

– Dolor – apuntó Mark al azar –. Latoso.

Enrique lo despidió, irritado. Maldición, se suponía que Enrique no debía malgastar su valioso tiempo escribiendo versos; tenía que estar diseñando las interacciones de las moléculas de cadena larga con los flujos favorables de energía o algo por el estilo. Mark miró al escobariano,

encorvado como un pájaro en la silla de su comconsola, concentrado, y de repente se sintió preocupado.

Ni siquiera Enrique podía soñar con atraer a una mujer con su disertación, ¿no? ¿O era más bien eso, que *sólo* Enrique podía soñarlo? Era, después de todo, su única señal de éxito en su corta vida. Mark tenía que reconocer que se merecía a cualquier mujer que pudiera atraer así, pero... pero no ésta. No a la mujer de la que Miles se había enamorado. La señora Vorsoisson era excesivamente amable. Sin duda diría algo amable no importaba cuánto le escandalizara la propuesta. Y Enrique, que estaba tan ansioso de amabilidad como... como alguien a quien Mark conocía demasiado bien, se haría ilusiones...

Trasladar la empresa a su nueva sede permanente en el Distrito le pareció de repente una tarea muchísimo más urgente. Con los labios fruncidos, Mark salió de puntillas del laboratorio.

Por el pasillo, pudo oír todavía el feliz murmullo de Enrique:

– Mucopolisacárido, mm, ésa es buena, con ritmo, *mu-co-po-li-sa-cá-ridooo...*

El espaciopuerto de Vorbarr Sultana disfrutaba de una pausa de media tarde en el tráfico. Ivan contemplaba impaciente las pistas, y se cambió el ramo de orquídeas de mustio olor de la mano derecha a la izquierda. Confiaba en que lady Donna no llegara demasiado agotada y afectada por el salto para establecer relaciones sociales un poco más tarde. Las flores darían la nota de apertura adecuada en esta renovación de sus relaciones: no eran suficientemente grandilocuentes y escandalosas para sugerir desesperación por su parte, pero sí lo suficientemente elegantes y caras para indicar un serio interés por una persona tan experta en los detalles como Donna.

Junto a Ivan, Byerly Vorrutyer se apoyó cómodamente contra una columna y se cruzó de brazos. Miró el ramo y esbozó una típica sonrisita suya, que Ivan advirtió pero ignoró. Byerly podía ser una fuente de comentarios mordaces, o pretenderlo, pero desde luego no era ningún rival para las intenciones amorosas de su primo.

Unos cuantos retazos del sueño erótico que había tenido con Donna la noche anterior refrescaron la memoria de Ivan. Se ofrecería a llevarle las maletas, decidió, o más bien una parte, lo que llevara en la mano con la que fuera a coger las flores. Lady Donna, recordó, no viajaba ligera de equipaje.

A menos que volviera tirando de un replicador uterino con el clon de Pierre dentro. De eso podría encargarse el propio By; Ivan no lo tocaría ni con un palo. By había permanecido enloquecedoramente silencioso respecto a lo que lady Donna había ido a obtener en la Colonia Beta para impedir la herencia de su primo Richards, pero en realidad a alguien tendría que ocurrírsele el plan del clon tarde o temprano. Las complicaciones políticas podrían acabar salpicando a sus primos Vorkosigan, pero como Vorpatril de un linaje menor, él podía estar tranquilo. No tenía voto

en el Consejo de Condes, gracias a Dios.

– Ah. – By se separó de la columna y miró el vestíbulo, y alzó una mano para saludar –. Allá vamos.

Ivan siguió su mirada. Tres hombres se les acercaban. Reconoció al tipo de pelo blanco y aspecto sombrío de la derecha, que respondía al saludo de By, aunque iba sin uniforme. Era el lacayo principal del difunto conde Pierre... ¿cómo se llamaba? Szabo. Bien, lady Donna había recibido ayuda y protección durante su largo viaje. El tipo alto de la izquierda, también de civil, era otro de los guardias de Pierre. Su categoría inferior era discernible tanto por su edad como por el hecho de que era él quien tiraba de la plataforma flotante con las tres maletas. En su rostro tenía una expresión con la que Ivan estaba familiarizado: especie de asombro disimulado típico de los barrayareses que acaban de regresar tras su primera visita a la Colonia Beta, como si no estuviera seguro de tirarse al suelo y besar el asfalto o darse la vuelta y salir corriendo hacia la lanzadera.

Ivan no había visto nunca antes al hombre del centro. Era un tipo atlético de altura media, más esbelto que musculoso, aunque sus hombros llenaban bastante bien su túnica civil. Iba sobriamente vestido de negro, con unas finas rayas grises claras que recordaban al estilo seudomilitar de la ropa masculina de Barrayar. Aquel atuendo resaltaba su buen aspecto: piel clara, cejas gruesas y tupidas, pelo negro corto y bigote y barba recortados y brillantes. Su paso era enérgico. Sus ojos, de un marrón eléctrico parecían escrutar el lugar como si lo vieran por primera vez y les gustara lo que veían.

Oh, demonios, ¿Donna se había echado un amante betano? Aquello podría ser un inconveniente. El tipo no era precisamente un chaval, advirtió Ivan mientras se acercaban; tenía al menos treinta y tantos años. Había en él algo extrañamente familiar. Sin duda era un verdadero Vorrutyer: ese pelo, esos ojos, aquella forma de andar. ¿Un hijo desconocido de Pierre? ¿El motivo secreto, revelado al fin, de por qué el conde no se había casado nunca? Pierre tendría que haber tenido unos quince años cuando engendró a aquel tipo, pero era posible.

By intercambió un saludo cordial con el sonriente desconocido, se volvió hacia Ivan.

– Creo que no necesitáis presentaciones.

– Yo creo que sí – protestó Ivan.

La blanca sonrisa del hombre se ensanchó. Tendió una mano a Ivan, que éste aceptó inmediatamente. Su apretón fue firme y seco.

– Lord Dono Vorrutyer a su servicio, lord Vorpatril.

Tenía una agradable voz de tenor, sin rastro de acento betano. Era la de un educado barrayarés de clase Vor.

Fueron los ojos sonrientes, encendidos como ascuas, los que por fin hicieron que Ivan comprendiera.

– Oh, mierda – susurró, retrocediendo y apartando la mano –. Donna, has sido capaz.

Medicina betana, oh, sí. Y cirugía betana. Podían hacer de todo en la Colonia Beta, y lo hacían, si tenías dinero y podías convencerlos de que eras un adulto libre.

– Si me salgo con la mía en el Consejo de Condes, pronto seré el conde Dono Vorrutyer – continuó tranquilamente Donna... Dono... quien fuera.

– O te matarán nada más verte – Ivan la contempló... lo contempló, incrédulo –. No creerás de verdad que podrás colar esto, ¿no?

Él (ella) alzó una ceja hacia el soldado Szabo, quien a su vez alzó la barbilla un centímetro.

– Oh, créeme – dijo Donna/Dono –, repasamos todos los detalles antes de empezar.

Ella/él, lo que fuera, vio las orquídeas que Ivan sujetaba en la mano izquierda, olvidadas ya.

– Vaya, Ivan, ¿son para mí? ¡Qué amable! – ronroneó, quitándose las de la mano y llevándose las a la nariz. Cubierta la barba, parpadeó agitando las negras pestañas para mirarlo por encima del ramo, convertido súbita y horriblemente de nuevo en lady Donna.

– No hagas eso en público – dijo entre dientes el soldado Szabo.

– Lo siento, Szabo – el tono agudo de la voz volvió de nuevo a su inicial gravedad masculina –. No he podido evitarlo. Quiero decir: es *Ivan*.

Szabo se encogió de hombros, aceptando la explicación, pero no el resultado.

– Me controlaré a partir de ahora, lo prometo. – Lord Dono bajó el ramo y se lo puso al lado como si llevara una lanza.

Adoptó una postura de hombros rectos y pies separados que parecía casi militar.

– Mejor – dijo Szabo, juiciosamente.

Ivan la miró, horrorizado y fascinado al mismo tiempo.

– ¿Te hicieron también más alto los médicos betanos? – miró hacia abajo: los tacones de las botas de lord Dono no eran particularmente altos.

– Mido lo mismo que siempre, Ivan. Otras cosas han cambiado, pero no mi altura.

– No, eres más alto, maldición. Al menos diez centímetros.

– Imaginaciones tuyas. Uno de los muchos y fascinantes efectos colaterales de la testosterona que estoy descubriendo, junto con los sorprendentes cambios de humor. Cuando lleguemos a casa podré medirme y te lo demostraré.

– Sí – dijo By, mirando alrededor –. Sugiero que continuemos esta conversación en un lugar más privado. Tu vehículo de tierra te espera tal como ordenaste, lord Dono, con tu conductor – le hizo a su primo una reverencia burlona.

– Esto... no me necesitáis en esta reunión familiar – se excusó Ivan. Empezó a apartarse.

– Oh, sí, claro que sí – dijo By. Con sonrisas igualmente malévolas, los dos Vorrutyer agarraron a Ivan por los brazos y empezaron a conducirlo hacia la salida. La tenaza de Dono era

convincientemente musculosa. Los soldados los siguieron.

Encontraron el coche oficial del difunto conde Pierre, situado allí donde By lo había dejado. El conductor, vestido con la famosa librea azul y gris, se apresuró a abrirles el dosel trasero. Miró de reojo a su nuevo señor, pero no pareció sorprenderse por la transformación. El soldado más joven terminó de colocar las maletas en el limitado compartimento y se sentó delante, junto al conductor.

– Maldición, me alegro de volver a casa – dijo –. Joris, no te creerías lo que he visto en Beta...

El dosel se cerró, dejando a Dono, By, Szabo e Ivan en el compartimento trasero, y apagando sus palabras. El coche salió sin problemas del espaciopuerto. Ivan volvió la cabeza, y preguntó:

– ¿Eso era todo tu equipaje? – Lady Donna solía necesitar un segundo coche para llevarlo todo –. ¿Dónde está el resto?

Lord Dono se acomodó en su asiento, alzó la barbilla y estiró las piernas.

– Lo tiré todo en la Colonia Beta. Se espera que todos mis soldados viajen con una sola maleta, Ivan. Vive y aprende.

Ivan notó el posesivo *mis* soldados.

– ¿Están ... – indicó con un gesto a Szabo, que escuchaba – estáis todos en el ajo?

– Por supuesto – dijo Dono tranquilamente –. Era preciso. Todos nos reunimos la noche en que murió Pierre. Szabo y yo presentamos el plan, y todos me juraron fidelidad entonces.

– Muy, um... muy leal por su parte.

– Hemos sido testigos durante varios años de cómo lady Donna ayudaba a dirigir el Distrito – dijo Szabo –. Incluso esos hombres míos que no estaban del todo, um, comprometidos personalmente con el plan son hombres del Distrito de pura raza y educación. Nadie quería ver cómo caía en manos de Richars.

– Supongo que todos habéis tenido oportunidad de verlo también a él, con tiempo de sobra – concedió Ivan. Añadió después de un momento –: ¿Cómo consiguió jorobarlos a todos?

– No lo hizo de la mañana a la noche – dijo By –. Richars no es tan heroico. Lo han hecho falta años de persistentes esfuerzos.

– Dudo que a nadie le importe, a estas alturas – dijo Dono con súbito cinismo –, que intentara violarme cuando tenía doce años, y que cuando lo rechacé ahogara a mi cachorrito como desquite. Después de todo, a nadie le importó en su momento.

– Er – dijo Ivan.

– Reconoce cómo es tu familia – intervino By –. Richars lo convenció a todos de que la muerte del cachorrito fue culpa tuya. Siempre fue muy bueno con ese tipo de cosas.

– Tú creíste mi versión – dijo Dono –. Eres casi el único que lo hizo.

– Ah, pero yo había tenido ya mis propias experiencias con Richars – dijo By. No comentó más detalles.

– Yo todavía no estaba al servicio de tu padre – señaló Szabo, posiblemente como disculpa.

– Considérate afortunado – suspiró Dono –. Describir esa casa como laxa sería demasiado amable. Y nadie más pudo imponer el orden hasta que el viejo la palmó.

– Richars Vorrutyer – continuó explicándole a Ivan el soldado Szabo –, dados los, er, problemas nerviosos del conde Pierre, lleva los últimos veinte años considerando que el condado y el distrito Vorrutyer son de su propiedad. Nunca le interesó que el pobre Pierre mejorara, ni que formase una familia. Sé con seguridad que sobornó a los parientes de la primera dama con la que Pierre se comprometió para que rompieran el compromiso y la enviaran a otra parte. Richars impidió el segundo intento de Pierre haciendo entregar a la familia de la chica ciertos archivos médicos de Pierre. Nunca pudo demostrarse que la muerte de la tercera prometida en aquel accidente de volador no fuera más que un accidente. Pero Pierre nunca creyó que lo fuera.

– Pierre... creía un montón de cosas raras – advirtió Ivan, nervioso.

– Yo tampoco creo que fuera un accidente – dijo Szabo secamente –. Uno de mis mejores hombres pilotaba. También murió.

– Oh. Um. Pero ¿la muerte del propio Pierre no es sospechosa...?

Szabo se encogió de hombros.

– Creo que la tendencia familiar a esas enfermedades circulatorias no habría matado a Pierre si no hubiera estado demasiado deprimido para cuidarse.

– Yo lo intenté, Szabo – dijo Dono, Donna tristemente –. Después de ese episodio con los archivos médicos, se volvió increíblemente paranoico respecto a sus doctores.

– Sí, lo sé – Szabo empezó a palmearle la mano, se detuvo, y le plantó un suave puñetazo en el hombro. Dono sonrió con una mueca de aprecio.

– En cualquier caso – continuó Szabo –, está muy claro que ningún lacayo leal a Pierre (y todos lo eran, que Dios ayude al pobre hombre) soportaría cinco minutos a servicio de Richars. Su primera medida (y todos le hemos oído decirlo) sería eliminar a todos los que eran fieles a Pierre y sustituirlos por los suyos. La hermana de Pierre sería la primera en desaparecer, claro.

– Si Richars tuviera un gramo de sentido de la autoconservación – murmuró Dono ferozmente.

– ¿Podría hacer eso? – preguntó Ivan, dubitativo –. ¿Echarte de tu casa? ¿No tienes derechos, según el testamento de Pierre?

– De la casa, del distrito y de todas partes – Dono sonrió, sombrío –. Pierre no hizo testamento, Ivan. No quería nombrar sucesor a Richars, y siguió pensando hasta el final, creo, que

acabaría teniendo un heredero propio. Demonios, Pierre puede que incluso esperara vivir cuarenta años más, con la medicina moderna. Todo lo que yo habría tenido como lady Donna es el dinero de mis propias dotes. Las cuentas están en las últimas.

– No me sorprende – dijo Ivan –. Pero ¿de verdad crees que puedes hacer que esto funcione? Quiero decir que Richars es el presunto heredero. Y seas lo que seas ahora, no eras el hermano menor de Pierre en el momento de su muerte.

– Ése es el argumento legal más importante del plan. Sólo se hereda un condado en el momento de la muerte del predecesor si ya se ha jurado ante el Consejo. Por otro lado, el Distrito no es heredable hasta el momento en que los condes lo confirman. Y en ese momento, dentro del próximo par de semanas, yo seré, sin discusión, el hermano de Pierre.

Ivan torció la boca mientras trataba de aceptar aquello. A juzgar por lo bien que le sentaba la túnica negra, los grandes pechos donde antes había... no importaba.: todo había desaparecido ya.

– Realmente te has sometido a cirugía para... ¿qué hiciste con tus...? No serás uno de esos hermafroditas, ¿no? ¿Dónde está... todo?

– Si te refieres a mis antiguos órganos femeninos, los tiré junto con el resto de mi equipaje en Beta. Apenas se notan las cicatrices. Se tomaron tiempo, Dios lo sabe... no puedo decir que los eche de menos.

Ivan los echaba muchísimo de menos ya. Desesperadamente.

– Me preguntaba si podrías haber hecho que los congelaran. Por si las cosas no funcionan, o cambias de opinión – Ivan trató de que en su voz no se notara la esperanza –. Sé que hay betanos que cambian de sexo tres o cuatro veces en la vida.

– Sí, conocí a algunos en la clínica. He de decir que fueron muy amigables y serviciales.

Szabo puso los ojos en blanco. ¿Estaba actuando ahora como mayordomo de lord Dono? Era costumbre que el lacayo más veterano de un conde así lo hiciera. Szabo debía de haber sido testigo de todo, en detalle. *Dos testigos. Ella se llevó dos testigos, ya veo.*

– No – continuó Dono –, si alguna vez vuelvo a cambiar (cosa que no tengo ganas de hacer, cuarenta años fueron suficientes), empezaría de nuevo con órganos clonados, como he hecho ahora. Podría ser virgen otra vez. Qué idea tan terrible.

Ivan vaciló. Finalmente, preguntó:

– ¿No necesitaste añadir un cromosoma Y de alguna parte? ¿De dónde lo sacaste? ¿Lo proporcionaron los betanos? – miró sin querer la entrepierna de Dono, y apartó rápidamente la mirada –. ¿Puede Richars argumentar que la... zona heredable es betana?

– Ya pensé en eso. Así que la obtuve de Pierre.

– ¿No habrás hecho que, um, tus nuevos órganos masculinos fueran clonados a partir de él?

– A Ivan se le atragantó la grotesca idea. Le dolía la cabeza. ¿Aquello era algún tipo de

tecnoincesto, o qué?

– ¡No, no! Lo admito, tomé una diminuta muestra de tejido de mi hermano (ya no la necesitaba) y los médicos betanos utilizaron parte de un cromosoma que sacaron de ahí, sólo para mis nuevas partes clonadas. Mis nuevos testículos tienen un poco menos del dos por ciento de los de Pierre, supongo, dependiendo de cómo lo calcules. Si alguna vez decido darle a mi polla y apodo, como hacen algunos tíos, supongo que debería llamarla Pierre. Pero no me siento muy inclinado a hacerlo. Me parece muy mía.

– Pero ¿en tu cuerpo todavía hay cromosomas que son doble equis?

– Bueno, sí – Dono frunció el ceño, incómodo, y se rascó la cabeza –. Espero que Richards trate de insistir en eso, si se le ocurre. Estudié el tratamiento retrogenético para una transformación somática completa. No tuve tiempo para someterme a él, las complicaciones pueden ser extrañas, y para una división genética tan grande el resultado no suele ser mejor que un mosaico celular parcial, una quimera, prueba-y-error. Suficiente para tratar algunas enfermedades genéticas, pero no la enfermedad legal de ser una hembra-celular. Pero la porción de mis tejidos responsable de engendrar al siguiente heredero Vorrutyer es sin duda XY, y por cierto libre de enfermedades, daños y mutaciones genéticas. El próximo conde Vorrutyer no tendrá un corazón enfermo. Entre otras cosas. El capullo ha sido siempre la cualificación más importante para obtener un condado, de todas formas. Así lo confirma la historia.

By se echó a reír.

– Tal vez dejen votar sólo al capullo – señaló su entrepierna, trazó una equis, y entonó sonoramente –: *Dono, su marca.*

Lord Dono hizo una mueca.

– Aunque no sería la primera vez que un capullo auténtico se sienta en el Consejo de Condes, espero una victoria más completa. Ahí es donde entras tú, Ivan.

– ¿Yo? ¡No tengo nada que ver en esto! ¡No *quiero* tener nada que ver! – Las sorprendidas protestas de Ivan se vieron interrumpidas cuando el coche se detuvo ante la casa de los Vorrutyer y entró en el edificio.

La mansión Vorrutyer era una generación más antigua que la mansión Vorkosigan y, por tanto, parecía mucho más una fortaleza. Sus severas murallas de piedra se proyectaban hacia la acera como puntas de estrella y permitían el fuego cruzado en lo que antes fue una calle de barro decorada con mierda de caballo en los días de gloria de la casa. No tenía ventanas en la planta baja, sólo unas cuantas rendijas por las que asomaban cañones. Gruesas planchas remachadas de hierro, sin tallar y sin ningún otro efecto decorativo, formaban las dobles puertas que conducían al patio interior: ahora se abrieron a una señal automática y el vehículo atravesó el estrecho pasadizo. Las paredes estaban marcadas con pintura de otros vehículos confiados a conductores menos

cuidadosos. Ivan se preguntó si las troneras del techo seguían siendo operativas. Probablemente.

El lugar había sido restaurado cuidando los aspectos defensivos por el gran general y conde Pierre *Le Sanguinaire* Vorrutyer en persona, famoso sobre todo por ser la mano derecha/hampón jefe en la guerra civil que acabó con el poder de los condes independientes justo antes del final de la Era del Aislamiento. Pierre se había ganado enemigos acérrimos, y les había sobrevivido a todos hasta la vejez. Hizo falta la invasión de Cetaganda y todo su armamento tecnológico para acabar con él, con gran dificultad, después de un terrible y costoso asedio... no a este lugar, claro. La hija mayor del viejo Pierre se había casado con un conde Vorkosigan, y de ahí le venía Pierre como segundo nombre de Mark. Ivan se preguntó qué pensaría ahora el viejo Pierre de sus retoños. Tal vez preferiría a Richars. Tal vez su fantasma todavía deambulaba por allí. Ivan se estremeció y salió del vehículo.

El conductor se llevó el coche a su garaje y lord Dono abrió la marcha, subiendo los escalones de dos en dos, por una escalera de granito negro y blanco que conducía al interior de la mansión. Se detuvo para mirar la fortaleza.

– Lo primero que voy a hacer es poner un poco de luz aquí – le comentó a Szabo.

– Lo primero es poner el título a tu nombre – respondió Szabo tranquilamente.

– A mi nuevo nombre – Dono hizo un breve gesto y continuó subiendo.

El interior de la casa estaba tan mal iluminado que no se distinguía nada, pero al parecer todo estaba tal como lo había dejado el conde Pierre al abandonar definitivamente el Distrito unos meses antes. Las habitaciones olían a mustio, a herrumbre. Entraron por fin, después de subir otras dos escaleras en penumbra, en el dormitorio del difunto conde.

– Supongo que dormiré aquí esta noche – dijo lord Dono, mirando a su alrededor dubitativo –. Pero primero quiero que cambien las sábanas.

– Sí, milord – dijo Szabo.

Byerly despejó un montón de documentos de plástico, ropa sucia, mondas de fruta resacas y otros detritos de un sillón, y se sentó, cruzando las piernas. Dono recorrió la habitación, contemplando apenado los pocos efectos personales de su hermano muerto, y recogió y puso en su sitio unos cepillos para el pelo (Pierre se estaba quedando calvo), frascos de colonia evaporada, monedas pequeñas.

– A partir de mañana, quiero este sitio limpio. No voy a esperar al título para hacerlo, si tengo que vivir aquí.

– Conozco un buen servicio comercial – no pudo dejar de aconsejar Ivan –. Le limpian a Miles la mansión Vorkosigan cuando los condes no están.

– ¿Eh? Bueno. – Lord Dono le hizo un gesto a Szabo. El lacayo asintió y, al momento, tomó nota en su audioarchivador de bolsillo de los datos que Ivan le proporcionó.

– Richars hizo dos intentos para tomar posesión del viejo castillo mientras estuviste fuera – informó Bylerly –. La primera vez, tus soldados se mantuvieron firmes y no le dejaron entrar.

– Buenos hombres – murmuró Szabo.

– La segunda vez, vino con un escuadrón de guardias municipales y una orden de lord Vorbohn. Tu oficial de guardia me llamó y pude contrarrestar la orden con otra del lord Guardián del Círculo de Oradores. Fue bastante excitante, durante un ratito. Empujones y empujones en las puertas... nadie desenvainó las armas, ni fue seriamente herido, lástima. Podríamos haber llevado a Richars a juicio.

– Ya tenemos bastantes pleitos – Dono suspiró, se sentó en el borde de la cama y cruzó las piernas –. Pero gracias por lo que hiciste, By.

By no se dio importancia.

– Por debajo de las rodillas, por favor – dijo Szabo –. Las rodillas separadas es mejor.

Dono cambió inmediatamente de postura, cruzando los tobillos, pero comentó:

– By se sienta así.

– By no es un buen modelo masculino que copiar.

By le hizo una mueca a Szabo y dejó caer una muñeca flácida.

– De verdad, Szabo, ¿cómo puedes ser tan cruel? Y después de haber salvado tu mansión.

Todos lo ignoraron.

– ¿Qué tal Ivan? – le preguntó Dono a Szabo, mirando a Ivan especulativamente. Ivan de pronto no estuvo seguro de dónde poner los pies, o las manos.

– Mm, cierto. El mejor modelo, si puedes recordar exactamente cómo se mueve, sería Aral Vorkosigan. Eso sí que era poder en movimiento. Su hijo no lo hace demasiado mal tampoco, proyectándose más allá del espacio que realmente ocupa. El joven lord Vorkosigan lo hace de manera demasiado estudiada, tal vez. El conde Vorkosigan es natural.

Lord Dono alzó sus tupidas cejas negras y se puso en pie para caminar por la habitación. Le dio la vuelta a una silla, se sentó a horcajadas, cruzando los brazos sobre el respaldo. Apoyó la barbilla en sus brazos y sonrió.

– ¡Ja! Reconozco esa pose – dijo Szabo –. No está mal, sigue trabajándola. Trata de ocupar más espacio con los codos.

Dono hizo una mueca y se apoyó una mano en el muslo, sacando el codo hacia fuera. Al cabo de un momento volvió a levantarse y se acercó al armario de Pierre. Abrió las puertas de par en par y rebuscó en su interior. Una túnica uniforme de la mansión Vorrutyer salió volando para aterrizar en la cama, seguida de unos pantalones y una camisa; luego una bota de caña resonó al pie de la cama. Dono volvió a salir del armario, lleno de polvo y con los ojos brillantes.

– Pierre no era mucho más alto que yo, y siempre pude ponerme sus zapatos, si llevaba

calcetines gordos. Que una modista venga mañana...

– Un sastre – corrigió Szabo.

– Un sastre, y que vea cuánto podemos utilizar a toda prisa.

– Muy bien, milord.

Dono empezó a desabrocharse la túnica negra.

– Creo que es hora de que me marche – dijo Ivan.

– Por favor, siéntese lord Vorpatril – dijo el soldado Szabo.

– Sí, siéntate a mi lado, Ivan – Byerly palmeó el tapizado brazo de su sillón, invitándolo.

– Siéntate, Ivan – gruñó lord Dono. Sus ardientes ojos chispearon de repente, y murmuró –:

Por los viejos tiempos, al menos. Solías meterte en mi dormitorio para ver cómo me desnudaba.

¿Tengo que cerrar la puerta y hacer que juegues a buscar la llave otra vez?

Ivan abrió la boca, la cerró, alzó un furioso dedo de advertencia como signo de protesta, se lo pensó mejor y se hundió en un asiento al borde de la cama. Decirle a la antigua lady Donna Vorrutyer *No te atreverías* le pareció de repente una tontería. Cruzó los tobillos, luego los descruzó rápidamente y separó los pies, los cruzó de nuevo y enlazó sus dedos con gesto de incomodidad.

– No veo para qué me necesitas – se quejó.

– Para que puedas testificar – dijo Szabo.

– Para tenerte como testigo – dijo Dono.

La túnica cayó en la cama junto a Ivan, haciéndole dar un salto, seguida de una camiseta negra.

Bueno, Dono había dicho la verdad en lo referido a la cirugía betana; no había ninguna cicatriz visible. Su pecho mostraba un leve nido de vello negro; su musculatura tendía a lo nudoso. Los hombros de la túnica no tenían relleno.

– Para que puedas *chismorrear*, por supuesto – dijo By, los labios entreabiertos en una expresión de extraño interés, o de pura diversión por la incomodidad de Ivan, o tal vez de ambas cosas a la vez.

– Si piensas que voy a decirle una palabra a alguien...

Con un rápido movimiento, Dono se quitó los pantalones negros y los lanzó a la cama, junto a la túnica. Los calzoncillos vinieron a continuación.

– ¿Y bien? – Dono se plantó frente a Ivan con una sonrisita alegre en el rostro –. ¿Qué te parece? ¿Trabajan bien en Beta o no?

Ivan lo miró de reojo y dijo:

– Pareces... normal – admitió, reacio.

– Bueno, muéstramelo a mí ya que estás en ello – dijo By.

Dono se volvió hacia él.

– No está mal – dijo By juiciosamente –, pero ¿no es un poco, ah, juvenil?

Dono suspiró.

– Fue un trabajo rápido. De calidad, pero rápido. Salí directamente del hospital para dar el salto a casa. Los órganos tendrán que terminar de crecer in situ, según me dijeron los doctores. Aún faltan unos cuantos meses antes de que adquieran una morfología adulta plena. Las incisiones ya no duelen, al menos.

– Ooh – dijo By –, pubertad. Qué divertido para ti.

– A toda velocidad. Pero los betanos lo han suavizado. Hay que reconocer que son gente que controla sus hormonas.

Ivan comentó, con cierta relucencia:

– Mi primo Miles, cuando le sustituyeron el corazón, los pulmones y las tripas, dijo que tardó casi un año entero en respirar con normalidad y recuperar sus energías. También tuvieron que terminar de crecer hasta su tamaño adulto después de que se los instalaran. Estoy seguro de que... todo irá bien.

Añadió, después de un instante de indecisión:

– ¿Y funciona?

– Puedo mear de pie, sí. – Dono extendió una mano, recuperó sus calzoncillos y se los puso –. En cuanto a lo otro, bueno, según tengo entendido. Me muero de ganas por tener mi primer sueño erótico.

– Pero querrá alguna mujer... no es que vayas a mantener en secreto quién y qué eras antes... ¿cómo, um...? Es algo que aquí el soldado Pigmalión – Ivan señaló a Szabo – no podrá enseñarte.

Szabo sonrió débilmente, la expresión más intensa que Ivan había visto en su cara esa noche.

– Ivan, Ivan, Ivan. – Dono sacudió la cabeza y recogió los pantalones del uniforme de la Casa –. Yo te enseñé a ti, ¿no? De todos los problemas que espero tener... cómo perder mi virginidad masculina no es uno de ellos.

– No... no parece justo – dijo Ivan con voz débil –. Quiero decir, nosotros tuvimos que resolver todo este asunto con trece años.

– ¿En vez de haberlo hecho con cuántos, doce? – preguntó Dono, fríamente.

– Um.

Dono se abotonó los pantalones (no le quedaban demasiado estrechos en las caderas después de todo), se puso la túnica y miró su reflejo en el espejo. Se metió por dentro la tela que sobraba.

– Sí, eso valdrá. El sastre debería tenerlo listo mañana por la noche. Quiero llevar esto cuando presente mi prueba de veto en el Castillo Vorhartung.

Ivan tuvo que admitir que el uniforme azul y gris de la mansión Vorrutyer iba a sentarle excepcionalmente bien a lord Dono. Tal vez sería un buen día para que utilizara sus privilegios Vor

y consiguiera una entrada y un discreto asiento al fondo de la galería de visitantes en el Consejo de Condes. Sólo para ver qué pasaba, por usar una de la frases favoritas de Gregor.

Gregor...

– ¿Sabe Gregor algo de esto? – preguntó Ivan de pronto –. ¿Le contaste tu plan, antes de partir para Beta?

– No, por supuesto que no – dijo Dono. Se sentó en el borde de la cama y empezó a ponerse las botas.

Ivan pudo sentir que sus dientes chasqueaban.

– ¿Estáis locos?

– Como alguien suele decir (creo que fue tu primo Miles), siempre es más fácil conseguir el perdón que un permiso.

Ivan se tiró del pelo.

– Muy bien. Vosotros dos, vosotros tres, me habéis traído aquí porque queréis mi ayuda. Voy a echaros una mano. Gratis – tomó aire –. Podéis burlaros de mí, y partiros de risa si queréis. No será la primera vez que quedo como un tonto. Podéis burlaros de Richars con mis bendiciones. Podéis burlaros de mi primo Miles... intentadlo. Quiero verlo. Pero, si valoráis vuestras posibilidades, si queréis que esto no sea una gran broma muy cortita, no os burléis de Gregor.

Byerly sonrió, inseguro; Dono, que se dio la vuelta tras mirarse en el espejo, dirigió a Ivan una mirada penetrante.

– ¿Pretendes que vaya a verlo?

– Sí. No sé qué pasará – continuó Ivan, severo –, pero si no lo hacéis, negaré categóricamente tener nada que ver con vosotros.

– Gregor puede acabar con todo diciendo una sola palabra – le advirtió Dono –. Antes de que empiece siquiera.

– Puede, pero no lo hará, sin un motivo de peso. No le des ese motivo. A Gregor no le gustan las sorpresas políticas.

– Creía que Gregor era bastante tranquilo – dijo By –, para ser Emperador.

– No – dijo Ivan firmemente –. No lo es. Es silencioso, que no es lo mismo. No quieras verlo cuando está molesto.

– ¿Cómo es, cuando está molesto? – preguntó By, curioso.

– Igual que el resto del tiempo. Eso es lo que da miedo.

Dono alzó una mano cuando By volvía a abrir la boca.

– By, dejando aparte la oportunidad de divertirme, trajiste a Ivan esta noche por sus contactos, o eso dijiste. Por experiencia sé que es mala idea ignorar a tus asesores expertos.

By se encogió de hombros.

– No puede decirse que vayamos a pagarle nada.

– Yo sí voy a devolver antiguos favores. Esto me cuesta. Y no son fondos que pueda devolver – Dono miró a Ivan –. ¿Qué sugieres que hagamos exactamente?

– Solicítale a Gregor una breve audiencia. Antes de hablar con nadie más, ni siquiera por medio de la comconsola. Alza la barbilla, míralo a los ojos... – Una idea terrible se le ocurrió entonces a Ivan –. Espera, no te habrás acostado con él, ¿no?

Los labios y el bigote de Dono se torcieron en un gesto de diversión.

– No, desgraciadamente. Una oportunidad perdida que ahora lamento profundamente, te lo aseguro.

– Ah. – Ivan suspiró aliviado –. Muy bien. Entonces dile lo que planeas hacer. Reclama tus derechos. Él decidirá si te deja seguir, o te detiene. Si te detiene, bueno, lo peor habrá pasado, y pronto. Si decide dejarte seguir... tendrás a alguien cuyo apoyo tácito ni siquiera Richars podrá superar.

Dono se apoyó contra el escritorio de Pierre, e hizo tamborilear los dedos sobre el polvo que lo cubría. Las orquídeas yacían ahora en un montón olvidado. Marchitas, como los sueños de Ivan. Dono hizo una mueca.

– ¿Puedes concertarnos una cita? – preguntó por fin.

– Yo, uh... yo, uh...

Su mirada se volvió más urgente, penetrante.

– ¿Mañana?

– Mañana no... – protestó By débilmente.

– Temprano – insistió Dono.

– Yo... veré qué puedo hacer – consiguió farfullar Ivan.

El rostro de Dono se iluminó.

– ¡Gracias!

Arrancarle esa promesa tuvo un efecto secundario beneficioso: los Vorrutyer demostraron estar dispuestos a dejar que su público cautivo se marchara, para que pudiera correr a casa y llamar al emperador Gregor. Lord Dono insistió en prestarle su coche y un conductor para que Ivan pudiera recorrer el corto tramo que lo separaba de su apartamento, anulando la débil esperanza de Ivan de ser atracado y asesinado en un callejón de Vorbarr Sultana y evitar así las consecuencias de las revelaciones de aquella noche.

A solas en el asiento trasero del vehículo de tierra, Ivan rezó para que el calendario de trabajo de Gregor no estuviera demasiado repleto para admitir esta solicitud de audiencia. Pero era más probable que le sorprendiera tanto que Ivan rompiera su regla de no llamar demasiado la atención, que le hiciera un hueco de inmediato. Según la experiencia de Ivan, para los peatones

inocentes como él mismo, lo único más peligroso que provocar la ira de Gregor era despertar su curiosidad.

Una vez a salvo en su pequeño apartamento, Ivan cerró con llave la puerta, para protegerse de todos los Vorrutyer pasados y presentes. Sólo un día antes, a esa misma hora, estaba imaginando cómo atender a la voluptuosa lady Donna... qué desperdicio. No es que lord Dono no fuera un hombre pasable, pero Barrayar no necesitaba más hombres. Aunque Ivan imaginó que podrían invertir el plan de Donna, y enviar el exceso de población masculina a la Colonia Beta para que lo convirtieran en algo más agradable... se estremeció sólo de pensarlo.

Con un suspiro reacio, sacó la tarjeta de seguridad que había conseguido evitar usar durante los últimos años y la pasó por la lectora de su comconsola.

El guardián de Gregor, un hombre vestido de civil que no se identificó (si tenías este acceso, se suponía que lo sabías), respondió de inmediato.

– ¿Sí? Ah. Ivan.

– Me gustaría hablar con Gregor, por favor.

– Discúlpeme, lord Vorpatril, pero ¿pretendía usar este canal?

– Sí.

El guardián alzó las cejas sorprendido, pero dirigió la mano hacia un lado y su imagen desapareció. La comconsola trino. Varias veces.

La imagen de Gregor apareció al fin. Todavía estaba vestido, lo que alivió a Ivan de las alarmantes visiones de haberlo sacado de la cama o de la ducha. Al fondo se veía uno de los saloncitos más acogedores de la Residencia Imperial. Ivan pudo distinguir la borrosa imagen de la doctora Toscane al fondo. Parecía estar ajustándose la blusa. Ulp. *Que sea breve. Gregor tiene mejores cosas que hacer esta noche.*

Ojalá yo también.

La expresión neutra de Gregor cambió y mostró su malestar cuando reconoció a Ivan.

– Oh, eres tú – la expresión irritada se suavizó levemente –. Nunca me llamas por este canal, Ivan. Pensé que sería Miles. ¿Qué ocurre?

Ivan tomó aire.

– Acabo de venir de recibir... a Donna Vorrutyer en el espaciopuerto. Volvía de Beta. Tenéis que veros.

Gregor alzó las cejas.

– ¿Por qué?

– Estoy seguro que que ella te lo explicará mucho mejor. Yo no tengo nada que ver con esto.

– Ahora sí. Lady Donna está pidiendo que le devuelvas antiguos favores, ¿no? – Gregor frunció el ceño, y añadió un poco peligrosamente –: No soy una moneda que intercambiar con tus

asuntos amorosos, Ivan.

– No, señor – reconoció Ivam fervientemente –. Pero querrás verla. De verdad, sinceramente. Tan pronto como sea posible. Más pronto aún. Mañana. Por la mañana. Temprano.

Gregor ladeó la cabeza.

– ¿Tan importante es?

– Eso eres tú quien tiene que juzgarlo, señor.

– Si tú no quieres saber nada... – Gregor se calló, y contempló a Ivan. Su mano por fin pulsó el control de su comconsola, y miró de reojo algo que Ivan no podía ver –. Podría cambiar... mm. A las once en punto, en mi despacho.

– Gracias, señor.

No lo lamentarás parecía una observación demasiado optimista. De hecho, la idea de añadir algo le atraía tanto como tirarse por un barranco sin gravitrage. Ivan sonrió y ladeó la cabeza en una especie de semisaludo.

Gregor frunció todavía más el ceño, pensativo, pero al cabo de un momento de reflexión, devolvió el saludo a Ivan y cortó la comunicación.

Sentada ante la comconsola, en el estudio de su tía, Ekaterin repasó de nuevo la evolución estacional de las plantas barrayaresas que bordeaban los senderos del jardín de lord Vorkosigan. El único efecto sensorial que su programa de diseño no podía proporcionarle era el olor. Para ese efecto más sutil y emocionalmente profundo, tenía que confiar en su propia experiencia y en su memoria.

En una suave tarde de verano, un jardincillo de alambrematojo emitiría un olor fuerte que perfumaría el aire a varios metros a la redonda, pero su color era apagado y su forma baja y redonda. Manojos intermitentes de hierbaboba romperían las líneas y crecerían en el momento adecuado, pero su fuerte olor cítrico chocaría con el alambrematojo, y además, era una de las plantas que aparecían en la lista de aquellas a las que lord Vorkosigan era alérgico. Ah... ¡matazipa! Sus franjas marrones y amarillas proporcionarían un excelente efecto visual vertical, y su dulce fragancia combinaría bien con el alambrematojo, incluso de manera apetitosa. Pondría un montoncito junto al puente, y allí y allí. Alteró el programa y ejecutó de nuevo la sucesión. *Mucho mejor*. Dio un sorbo a su té ya frío y miró la hora.

Podía oír a su tía Vorthys trabajando en la cocina. El dormilón tío Vorthys bajaría pronto, y poco después Nikki, y la concentración estética sería causa perdida. Sólo tenía unos cuantos días para los últimos retoques antes de empezar a trabajar con las plantas de verdad. Y faltaban menos de dos horas para que tuviera que ducharse y vestirse y viajar al lugar para ver a la cuadrilla conectar y probar el funcionamiento de la corriente del arroyuelo.

Si todo salía bien, podría empezar a poner sus rocas Dendarii aquel mismo día y hacer que el suave riachuelo corriera sobre ella y alrededor. El sonido del arroyo era otra sutileza que el programa de diseño no podía proporcionarle, aunque sí contaba con ruidos de fondo medioambientales. Las murallas y terrazas curvas estaban en su sitio, y resultaban satisfactorias; los efectos para reducir el ruido de la ciudad eran lo que esperaba. Incluso en invierno el jardín sería silencioso y tranquilo. Cubierto de nieve apenas interrumpida por las líneas de los matorrales, la forma del espacio seguiría siendo atractiva y tranquilizaría la mente y el corazón.

Esa noche, el esqueleto del proyecto estaría completo. A la mañana siguiente, la carne, en forma de suelo nativo sin terraformar sería traída en camiones desde los rincones más remotos del Distrito Vorkosigan. Y por la noche, antes de la cena de lord Vorkosigan, sólo por cumplir su promesa, ella colocaría la primera planta en el suelo: un retoño superviviente de un antiguo árbol skellytum del Continente Sur. Pasarían quince años o más antes de que creciera para ocupar el espacio que se le había destinado pero ¿y qué? Los Vorkosigan eran dueños de aquel lugar desde hacía doscientos años. Era muy posible que los Vorkosigan siguieran allí para verlo en su madurez.

Continuidad. Con una continuidad así, podías cultivar un jardín de verdad. O una familia de verdad...

Llamaron a la puerta principal y Ekaterin dio un respingo, súbitamente consciente de que todavía iba vestida con un viejo pijama de su tío y con el pelo en desorden. Los pasos de su tía sonaron mientras se dirigía de la cocina al salón. Ekaterin se apartó de la línea de visión, no fuera a tratarse de una visita formal. Oh, cielos, ¿y si era lord Vorkosigan? Se había despertado al amanecer con la cabeza llena de revisiones en conflicto, bajó en silencio las escaleras para ponerse a trabajar, y ni siquiera se había cepillado los dientes todavía... Pero la voz que saludaba a su tía era de mujer, y bastante familiar. *¿Rosalie, aquí? ¿Por qué?*

Una mujer cuarentona, de pelo oscuro, asomó en la entrada y sonrió. Ekaterin le devolvió sorprendida el saludo y se levantó para salir a recibirla. Era en efecto Rosalie Vorvayne, la esposa del hermano mayor de Ekaterin, a quien no veía desde el funeral de Tien. Llevaba ropa de diario: falda y chaqueta verde bronce que resaltaba su piel olivácea, aunque el corte era un poco palurdo y provinciano. Traía consigo a su hija Edie, a la que dijo:

– Sube corriendo y busca a tu primo Nikki. Tengo que hablar un rato con tu tía Kat.

Edie no se había convertido todavía en una adolescente protestona, así que obedeció sin poner pegas.

– ¿Qué te trae a la capital a esta hora? – preguntó la tía Vorthys.

– ¿Están Hugo y todos los demás bien? – añadió Ekaterin.

– Oh, sí, todos estamos bien – les aseguró Rosalie –. Hugo no podía dejar el trabajo, así que he venido yo. Pienso ir con Edie de compras más tarde, pero conseguí tomar el monorraíl de la mañana ha sido toda una hazaña, creedme.

Hugo Vorvayne tenía un puesto en la Oficina Imperial de Minas, en la zona norte del Distrito Vordarian, a dos horas de Vorbarr Sultana en exprés. Rosalie debía haberse levantado antes del amanecer. Sus dos hijos mayores, crecidos ya, al parecer se habían quedado a su aire durante casi todo el día.

– ¿Has desayunado, Rosalie? – preguntó la tía Vorthys –. ¿Quieres té o café?

– Hemos comido en el monorraíl, pero un té me vendrá bien, gracias, tía Vorthys.

Rosalie y Ekaterin siguieron a su tía a la cocina para ayudarla, y como resultado todas acabaron sentadas alrededor de la mesa con sus humeantes tazas. Rosalie las puso al día sobre la salud de su marido, las cosas de la casa y los logros de sus hijos desde el funeral de Tien. Sus ojos se entornaron llenos de buen humor y se inclinó hacia delante para confesar:

– Pero respondiendo a tu pregunta, lo que me trae aquí eres tú, Kat.

– ¿Yo?

– ¿No puedes imaginar por qué?

Ekaterin se preguntó si sería una grosería responder *No, ¿cómo podría imaginarlo?* Hizo un gesto neutro y alzó las cejas.

– Tu padre recibió una visita hace un par de días.

El tono de Rosalie invitaba a imaginar nombres, pero Ekaterin sólo pudo pensar en cuándo podría terminar con las gentilezas sociales y escapar a su lugar de trabajo. Continuó sonriendo tenuemente.

Rosalie sacudió la cabeza con divertida exasperación, se inclinó hacia delante y dio un golpecito con el dedo sobre la mesa, junto a la taza.

– Tú, querida, tienes una oferta muy tentadora.

– ¿Oferta de qué? – No era probable que Rosalie le trajera un nuevo contrato para diseñar jardines. Pero sin duda no querría decir...

– De matrimonio, ¿de qué si no? Y de un adecuado caballero Vor, por cierto, me alegra añadir. Tan anticuado es, que envió a una Baba de Vorbarr Sultana a ver a tu padre al Continente Sur... El viejo casi se muere de gusto. Tu padre llamó a Hugo para concretar los detalles. Decidimos que, después de todo ese jaleo con la Baba, era mejor que en vez de usar la comconsola alguien viniera a darte la buena noticia en persona. Todos estamos muy contentos de que puedas situarte otra vez pronto.

La tía Vorthys se levantó, considerablemente apurada. Se llevó un dedo a los labios.

Un caballero Vor de la capital, anticuado y consciente de la etiqueta, papá babeando, quién si no podría ser... El corazón de Ekaterin pareció detenerse, luego explotar. *¿Lord Vorkosigan? ¡Miles, rata, cómo has podido hacer esto sin preguntarme primero!* Abrió la boca en una mareante mezcla de furia y satisfacción.

¡El arrogante bas...! Pero... elegirla a ella, para ser su lady Vorkosigan, castellana de aquella magnífica mansión y de su Distrito ancestral... había tanto que hacer en aquel precioso Distrito, tan hermoso y excitante... y el propio Miles, oh, cielos. ¿Aquel fascinante cuerpecito lleno de cicatrices, aquella ardiente intensidad, en *su* cama? Sus manos la habían tocado quizás un par de veces; bien podrían haber dejado quemaduras en su piel, tan claramente recordaba su cuerpo aquellas breves presiones. Ella no se había atrevido, no se había permitido pensar en esos términos, pero ahora su consciencia carnal de él se soltó de su cuidadosa represión y rugió. Aquellos simpáticos ojos grises, aquella boca alerta, móvil y besable con su extraordinaria gama de expresiones... podría ser suya, toda suya. Pero ¿cómo se atrevía a emboscarla así, delante de todos sus parientes?

– ¿Estás contenta? – Rosalie, que observaba su rostro con atención, se echó hacia atrás y sonrió –. ¿O debo decir entusiasmada? ¡Bien! Debo decir que no me sorprende del todo.

– No... no del todo.

No lo puedo creer. No quise creerlo porque... porque lo habría estropeado todo...

– Temimos que pudieras considerarlo demasiado pronto, después de lo de Tien y todo eso. Pero la Baba dijo que pretendía ganarle por la mano a todos sus rivales, según le dijo tu padre a Hugo.

– No tiene ningún rival – Ekaterin tragó saliva, sintiéndose decididamente mareada, pensando en el olor recordado de él. Pero ¿cómo podía imaginar que ella...?

– Tiene buenas esperanzas para su carrera posmilitar – continuó Rosalie.

– En efecto, eso dijo.

Todo es vanidad, le había dicho Miles en una ocasión, describiendo su ambición de que su fama superara a la de su padre. Ella había supuesto que no pretendía que ese detalle lo detuviera lo más mínimo.

– Buenas conexiones familiares.

Ekaterin no pudo dejar de sonreír.

– Eso es recortarlas un poco, Rosalie.

– No es tan rico como otros de su rango, pero sí está bien situado, y no pensé que fueras de las que sólo se interesan por el dinero. Aunque siempre pensé que necesitabas mirar un poco más por tus propias necesidades, Kat.

Bueno, sí, Ekaterin se había dado cuenta de que los Vorkosigan no eran tan ricos como muchas otras familias de condes, pero Miles tenía suficientes riquezas para ahogarla según sus antiguos baremos. Ella nunca tendría que ahorrar y sacrificarse. Toda su energía, todos sus pensamientos, podrían ser libres para destinarlos a otros objetivos: Nikki tendría todas las oportunidades...

– ¡Hay suficiente para mí, santo cielo!

Pero qué extraño era que él hubiese enviado una Baba hasta el Continente Sur para hablar con su padre... ¿tan tímido era? Ekaterin casi se sintió conmovida, pero entonces pensó que tal vez Miles no había pensado en cómo sus deseos incomodaban a los demás. ¿Tímido, o arrogante? ¿O las dos cosas a la vez? Podía ser un hombre de lo más ambiguo en ocasiones... encantador como... como nadie que ella hubiera conocido antes, pero elusivo como el agua.

No sólo elusivo: resbaladizo. Incluso tramposo. Un escalofrío la recorrió. ¿Su propuesta de jardín no había sido más que un truco, un plan para tenerla cerca? Todas las implicaciones empezaron a calar entonces. Tal vez él no admiraba su trabajo. Tal vez no le preocupaba su jardín en absoluto. Tal vez estaba simplemente manipulándola. Ella sabía que era horriblemente vulnerable al menor halago. Su ansia del más mínimo atisbo de interés o afecto era parte de lo que la había mantenido tanto tiempo prisionera en su matrimonio. Una especie de caja en forma de Tien pareció gravitar oscuramente sobre ella, como una trampa cebada con amor envenenado.

¿Se había traicionado otra vez a sí misma? Había deseado tanto que fuera cierto, quería dar

sus primeros pasos hacia la independencia, tener la oportunidad de demostrar su valía. Había imaginado no sólo a Miles, sino a toda la gente de la ciudad, sorprendida y deleitada con su jardín, y nuevos pedidos llegando, el lanzamiento de una carrera...

No se puede estafar a un hombre sincero, decía el refrán. Ni a una mujer. Si lord Vorkosigan la había manipulado, lo había hecho con su plena colaboración. Su acalorada ira se convirtió en fría vergüenza.

– ¿Quieres contarle al teniente Vormoncrief la buena noticia tú misma, o deberíamos volver a su Baba? – parloteaba Rosalie.

Ekaterin parpadeó, tratando de concentrarse.

– ¿Qué? Espera, ¿quién has dicho?

Rosalie se la quedó mirando.

– El teniente Vormoncrief. Alexi.

– ¿Ese pesado? – exclamó Ekaterin, horrorizada –. ¡Rosalie, no me digas que has estado hablando de Alexi Vormoncrief todo el tiempo?

– Vaya, sí – dijo Rosalie, perpleja –. ¿Quién creías que era, Kat?

La profesora resopló y se sentó.

Ekaterin estaba tan trastornada que las palabras se le escaparon de la boca sin pensarlas.

– ¡Creí que estabas hablando de Miles Vorkosigan!

La profesora alzó las cejas; ahora le tocó a Rosalie el turno de quedarse mirando.

– ¿Quién? Oh, santo cielo, no te referirás al Auditor Imperial, ¿no? ¿Ese grotesco hombrecillo que vino al funeral de Tien y apenas habló con nadie? No me extraña que parecieras tan rara. No, no, no. – Se detuvo para mirar con más atención a su cuñada –. ¡No pretenderás decirme que te ha estado cortejando también! ¡Qué embarazoso!

Ekaterin tomó aliento.

– Al parecer no.

– Bueno, es un alivio.

– Um... sí.

– Quiero decir, es un muti, ¿no? Sea Alto Vor o no, la familia nunca te instaría a casarte con un muti sólo por dinero, Kat. Quítatelo de la cabeza. – Hizo una pausa, pensativa –. Con todo... no hay demasiadas oportunidades de ser condesa. Supongo que, con los replicadores uterinos que existen hoy en día, no tendrías que tener ningún contacto físico. Para tener niños, quiero decir. Y podrían tener los genes limpios. Esas tecnologías galácticas le dan un nuevo giro a las ideas de un matrimonio de conveniencia. Pero no es que estuvieras tan desesperada.

– No – reconoció Ekaterin, aturdida. *Sólo desesperadamente distraída*. Estaba tan furiosa con el hombre; ¿por qué la idea de no tener jamás contacto físico con él la hizo querer echarse a

llorar? Espera, no... si Vorkosigan no era el hombre que había enviado a la Baba, todo el caso contra él, que había florecido tan violentamente en su mente hacía un instante, se desplomaba como un castillo de naipes. Era inocente. Ella estaba loca, o estaba condenada a estarlo.

– Quiero decir – Rosalie continuó, con renovados ánimos –, tenemos a Vormoncrief, por ejemplo.

– No tenemos a Vormoncrief – dijo Ekaterin firmemente, aferrándose a la única ancla de certeza en aquel remolino de confusión –. Absolutamente no. No has conocido a ese hombre, Rosalie, pero te aseguro que es un idiota redomado. Tía Vorthys, ¿tengo razón o no?

La profesora le sonrió cálidamente.

– Yo no lo diría tan claramente, querida, pero en realidad, Rosalie, digamos que creo que Ekaterin se merece algo mejor. Todavía hay tiempo de sobra.

– ¿Eso crees? – preguntó Rosalie, vacilante, pero aceptó la autoridad de su tía –. Es cierto que Vormoncrief sólo es teniente, y descendiente de un hijo menor y todo eso. Oh, cielos. ¿Qué le vamos a decir al pobre hombre?

– La diplomacia es el trabajo de la Baba – recalcó Ekaterin –. Lo único que tenemos que hacer es darle un no rotundo. Ella trabajará a partir de ahí.

– Es verdad – concedió Rosalie, aliviada –. Una de las ventajas del viejo sistema, supongo. Bueno... si Vormoncrief no es el adecuado, no lo es. Eres lo bastante mayor para saber lo que quieres. Con todo, Kat, creo que no deberías ser demasiado quisquillosa, ni esperar demasiado una vez termine tu luto. Nikki necesita un padre. Y tú no te estás haciendo más joven. No querrás acabar como una de esas ancianas que se pasan la vida en el ático de sus parientes.

Tu ático se librará de mí bajo cualquier circunstancia, Rosalie. Ekaterin sonrió un poco forzada, pero no lo dijo en voz alta.

– No, sólo en el segundo piso.

Los ojos de la profesora la miraron, reprendiéndola, y Ekaterin se ruborizó. No era desagradecida, de verdad que no. Era sólo... oh, demonios. Echó la silla hacia atrás.

– Disculpadme. Tengo que darme una ducha y vestirme. Debo ir a trabajar pronto.

– ¿Trabajar? – dijo Rosalie –. ¿Tienes que ir? Esperaba poder sacarte a almorzar, e ir de compras. Para celebrarlo y buscar vestidos de novia, según el plan original, pero supongo que podríamos convertirlo en un día de consolación. ¿Qué dices, Kat? Creo que te vendría bien un poco de diversión. No has disfrutado mucho últimamente.

– Nada de compras – dijo Ekaterin. Recordó la última vez que fue de compras, en Komarr y con lord Vorkosigan en uno de sus estados de ánimo más lunáticos, antes de que la muerte de Tien volviera su vida del revés. No creía que un día con Rosalie pudiera igualarlo. Al ver la expresión apurada de su cuñada, suavizó su actitud. La mujer se había levantado antes del amanecer para darle

aquel recado de locos, después de todo –. Pero supongo que Edie y tú podríais recogerme para almorzar, y luego llevarme de vuelta.

– Muy bien... ¿dónde? ¿Y qué estás haciendo últimamente, por cierto? ¿No hablabas de volver a estudiar? No te has comunicado demasiado con el resto de la familia últimamente, ya sabes.

– He estado ocupada. Tengo un encargo para diseñar un jardín para la casa de un conde – vaciló –. El Auditor Vorkosigan, por cierto. Te daré la dirección.

– ¿Vorkosigan te ha empleado? – Rosalie parecía sorprendida, y luego, de pronto, militarmente sospechosa –. No habrá estado... ya sabes... insinuándose, ¿no? No me importa de quién sea hijo, no tiene ningún derecho sobre ti. Recuerda que tienes un hermano que te defenderá si lo necesitas.

Hizo una pausa, quizá para reflexionar sobre la idea del probable escaqueo de Hugo al ser nombrado voluntario para esta misión.

– O yo misma estaría dispuesta a hacerlo, si necesitas ayuda – asintió, pisando terreno más firme.

– Gracias – se atragantó Ekaterin, que empezaba a desarrollar planes para mantener a Rosalie y lord Vorkosigan lo más alejados posible –. Te tendré en cuenta, si alguna vez es necesario – y escapó escaleras arriba.

En la ducha, trató de recuperarse del caos que el malentendido de Rosalie había generado en su cerebro. Su atracción física hacia Miles – lord Vorkosigan – *Miles*, no era novedad, en realidad. Ella había sentido e ignorado el tirón antes. No era por su extraño cuerpo; su tamaño, sus cicatrices, su energía, sus *diferencias* la fascinaban por derecho propio. Se preguntaba si la gente la consideraría perversa, si supieran la extraña forma que empezaban a tomar sus gustos últimamente. Con firmeza, cambió la temperatura del agua a un frío intenso.

Pero la supresión de toda especulación erótica era un legado de sus años con Tien. Ahora era dueña de sí misma, por fin era propietaria de su propia sexualidad. Libre y despejada. Podía atreverse a soñar. A mirar. Incluso a sentir. La acción era otra cosa, pero rayos, podía *desear*, en la soledad de su propio cerebro, y poseer ese sentimiento de deseo.

Y a él le gustaba ella, de verdad. Y a ella le gustaba él, sí. Un poquitín demasiado, incluso, pero eso no era asunto de nadie más que de ella misma. Podían continuar así. El proyecto del jardín no duraría eternamente. A mediados de verano, en otoño como muy tarde, ella podría terminarlo, junto con un plan de instrucciones para los cuidadores habituales de la mansión Vorkosigan. Podría pasarse a comprobar cómo estaba de vez en cuando. Incluso podrían verse. De vez en cuando.

Estaba empezando a tiritar. Volvió a cambiar la temperatura del agua a algo que pudiera soportar y el vapor formó nubes a su alrededor.

¿Causaría algún daño, convertirlo en su amante en sueños? Parecía una invasión. ¿Cómo se sentiría ella, después de todo, si descubriera que aparecía en los sueños pornográficos de alguien? ¿Horrorizada? Disgustada, por aparecer en los pensamientos de un desconocido indigno de confianza. Se imaginó a sí misma retratada así en los sueños de Miles, y comprobó su grado de horror. Era un poco... débil.

La solución obvia era hacer que sueños y realidad llegaran a una congruencia sincera. Si no era posible borrar los sueños, ¿qué tal hacerlos reales? Trató de imaginarse teniendo un amante. ¿Cómo hacía la gente esas cosas? Ella apenas era capaz de preguntar una dirección en la calle. ¿Cómo demonios le pides a alguien que...? Pero la realidad... la realidad era un riesgo demasiado grande, siempre. Soltarse y dejar todos sus sueños libres en otra larga pesadilla como su vida con Tien, una presión lenta, asfixiante, sofocante sobre su cabeza para siempre...

Bajó de nuevo la temperatura, y ajustó el chorro para que las gotas golpearan su piel como acículas de hielo. Miles no era Tien. No intentaba poseerla, por el amor de Dios, ni destruirla: sólo la había contratado para que le construyera un jardín. Era completamente benigno. Tal vez sus hormonas se habían disparado aquel mes. Las anularía y todos estos... pensamientos inusitados desaparecerían solo. Miraría hacia atrás y se reiría.

Se rió experimentalmente. El tono hueco se debía sin duda a que estaba en la ducha. Cerró el agua helada y salió.

No había ningún motivo para verlo hoy. A veces él salía y se sentaba en la muralla un rato y observaba los progresos de la cuadrilla, pero nunca interrumpía. Ella no tendría que hablarle, no hasta su cena de la noche siguiente, y habría montones de otras personas para hablar entonces. Tenía tiempo de sobra para asentar de nuevo su mente. Mientras tanto, tenía que afinar un arroyo.

El despacho de lady Alys Vorpatril en la Residencia Imperial, encargado de todos los asuntos de protocolo social del Emperador, y que ocupaba normalmente tres habitaciones y media, se había ampliado hasta ocupar un ala entera de la segunda planta. Allí se encontró Ivan a merced de la flota de secretarías y auxiliares que lady Alys había reclutado para echar una mano en la boda. Al principio pareció un sueño trabajar en una oficina con docenas de mujeres, hasta que descubrió que la mayoría eran maduras damas Vor de ojos de acero que le permitían aún menos tonterías que su madre. Por fortuna, sólo había salido con las hijas de dos de ellas, y ambas aventuras terminaron si acritud. Podría haber sido mucho peor.

Para desazón de Ivan, lord Dono y By Vorrutyer llegaron con tanta antelación a su cita imperial que se pasaron a verlo por el camino. La secretaria de lady Alys lo llamó para que fuera a la oficina exterior, donde encontró a la pareja, que se abstuvo de sentarse y acomodarse. By iba vestido con su gusto de costumbre, con un traje marrón conservador sólo para los baremos de los

payasos de la ciudad. Lord Dono llevaba su bella túnica negra estilo Vor y pantalones con franjas grises y bordados, una ropa de luto que no conseguía menguar su reciente buen aspecto masculino. La madura secretaria lo miraba con aprobación, con los ojos entornados. El soldado Szabo, vestido con el uniforme de la Casa Vorrutyer, había asumido aquella pose típica de soy-un-mueble junto a la puerta, como declarando de manera tácita que si había algún atentado no era su trabajo estar en algunas de las líneas de fuego.

Ningún miembro del personal recorría solo los pasillos de la Residencia Imperial; Dono y By tenían un escolta: el primer mayordomo de Gregor. El hombre dejó de conversar con la secretaria cuando Ivan entró, y lo miró con renovado aprecio.

– Buenos días, Ivan – dijo lord Dono cordialmente.

– Buenos días, Dono, By – Ivan consiguió ofrecer un gesto breve y razonablemente impersonal –. Ya, um, veo que lo conseguisteis.

– Sí, gracias – Dono miró alrededor –. ¿Está aquí lady Alys esta mañana?

– Ha salido a inspeccionar los floristas con el coronel Vortala – dijo Ivan, feliz de poder decir la verdad y evitar involucrarse aún más en los planes que lord Dono pudiera tener.

– He de hablar con ella pronto – musitó Dono.

– Mm – dijo Ivan. Lady Donna no había sido nunca amiga íntima de Alys Vorpatril, al ser una generación más joven y estar relacionada con una clase política diferente a la muchedumbre políticamente activa que lady Alys presidía. Lady Donna había descartado, junto con su primer marido, una oportunidad de ser condesa; aunque como conocía aquel noble, Ivan creía comprender el sacrificio. En cualquier caso, Ivan no tenía ningún problema para controlar su urgencia de cotillear sobre aquel nuevo giro de los acontecimientos con su madre o cualquiera de las tranquilas matronas Vor que ésta empleaba. Y por fascinante que pudiera resultar ser testigo del primer encuentro de lady Alys con lord Dono y de todos los problemas de protocolo que provocaría, en conjunto Ivan hubiese preferido estar a salvo, fuera de su alcance.

– ¿Preparados, caballeros? – dijo el mayordomo.

– Buena suerte, Dono – dijo Ivan, y se dispuso a retirarse.

– Sí – dijo By –, buena suerte. Yo me quedaré aquí y charlaré con Ivan hasta que acabes, ¿de acuerdo?

– En mi lista – dijo el mayordomo – aparecen todos ustedes. Vorrutyer, lord Vorrutyer, lord Vorpatril y el soldado Szabo.

– Oh, eso es un error – trató de colar Ivan –. En realidad sólo lord Dono tiene que ver a Gregor.

By asintió, confirmándolo.

– La lista está escrita por el propio Emperador, de su puño y letra – dijo el mayordomo –.

Por aquí, por favor.

El normalmente impávido By tragó saliva, pero todos siguieron diligentemente al mayordomo, bajaron dos plantas y se encaminaron al ala norte y al despacho privado de Gregor. El mayordomo no había exigido a Ivan que refrendara la identidad de Dono, por lo cual Ivan dedujo que la Residencia ya se había enterado del caso. Ivan casi se sintió decepcionado. Tenía muchas ganas de ver a otra persona poner la misma cara que puso él.

El mayordomo tocó la lectora palmar junto a la puerta, anunció a su grupo y le concedieron permiso para entrar. Gregor desconectó su comconsola y levantó la cabeza cuando todos entraban. Se puso en pie y se apoyó en ella, cruzó los brazos y contempló al grupo.

– Buenos días, caballeros. Lord Dono. Soldado Szabo.

Ellos respondieron murmurando al unísono *Buenos días, señor*, a excepción de Dono, que dio un paso al frente con la barbilla levantada y dijo con voz clara:

– Gracias por recibirme tan pronto, señor.

– Ah – dijo Gregor –. Tan pronto. Sí – dirigió una extraña mirada a By, que parpadeó aturdido –. Por favor, sentaos – continuó Gregor. Indicó los sofás de cuero situados al fondo de la habitación, y el mayordomo se apresuró a traer un par de sillones más. Gregor ocupó su sitio de costumbre en uno de los sofás, vuelto un poco de lado, para ver mejor los rostros de sus invitados a la brillante luz de las ventanas que asomaban al jardín.

– Preferiría estar de pie, señor – murmuró el soldado Szabo, pero no se le permitió abrazar la puerta y su potencial ruta de escape. Gregor se limitó a sonreír brevemente y señaló una silla, y Szabo no tuvo más remedio que sentarse, aunque lo hizo en el borde. By ocupó una segunda silla y consiguió imitar bastante bien su habitual pose tranquila, con las piernas cruzadas. Dono se sentó recto, atento, las rodillas y los codos separados, reclamando un espacio que nadie disputaba; tenía el segundo sofá para él solo, hasta que Gregor abrió irónicamente una mano, e Ivan se vio obligado a ocupar un sitio a su lado. Lo más lejos posible.

El rostro de Gregor no dejaba entrever nada, excepto el hecho evidente de que la posibilidad de que Donna/Dono lo pillara por sorpresa había pasado ya, en las horas transcurridas desde la llamada de Ivan. Gregor rompió el silencio justo antes de que Ivan se dejara llevar por el pánico y farfullara algo.

– Bien, ¿de quién fue la idea?

– Mía, señor – respondió al momento lord Dono –. Mi difunto hermano expresó muchas veces, como Szabo sabe y otros miembros de la Casa pueden declarar, que aborrecía la idea de que Richars ocupara su lugar como conde Vorrutyer. Si Pierre no hubiera muerto de manera tan repentina e inesperada, sin duda habría encontrado un heredero sustituto. Considero que estoy cumpliendo su testamento verbal.

– Así que, ah, reclamas su aprobación póstuma.

– Sí. Si se le hubiera ocurrido a él. Es cierto que no tenía ningún motivo para pensar en una solución tan extrema mientras vivió.

– Ya veo. Continúa.

Ivan advirtió que era Gregor en su clásico modo de dales-suficiente-cuerda-para-que-se-ahorquen.

– ¿Qué apoyo te aseguraste, antes de marcharte? – Gregor miró significativamente al soldado Szabo.

– Me aseguré de tener el apoyo de mis hom... de los hombres de mi difunto hermano, por supuesto – dijo Dono –, ya que era su deber guardar la propiedad en disputa hasta mi regreso.

– ¿Les hiciste jurar? – la voz de Gregor se volvió de repente muy suave.

Ivan se estremeció. Recibir un juramento por parte de un soldado antes de ser confirmado como conde o heredero de un condado era un serio delito, una violación de una de las subcláusulas de la Ley Vorlopolous que, entre otras cosas, había limitado el número de soldados de un conde a un escuadrón de sólo veinte hombres. Lord Dono dirigió a Szabo un levísimo gesto de cabeza.

– Dimos nuestra palabra – intervino Szabo –. Cualquier hombre puede dar libremente su palabra por sus actos, señor.

– Mm – dijo Gregor.

– Aparte de los soldados Vorrutyer, las dos únicas personas a las que informé fueron mi abogada y mi primo By – continuó lord Dono –. Necesitaba que mi abogada pusiera en movimiento ciertos acuerdos legales, comprobara ciertos detalles y preparara los documentos necesarios. Ella y todos sus archivos están completamente a su disposición, señor. Estoy seguro de que comprende la necesidad táctica de la sorpresa. No se lo conté a nadie más antes de partir, para que Richars no estuviera sobre aviso y también se preparase.

– A excepción de Byerly – apuntó Gregor.

– A excepción de By – reconoció Dono –. Necesitaba a alguien en la capital en quien confiar para vigilar los movimientos de Richars mientras estaba fuera e incapacitado.

– Tu lealtad hacia tu primo es... notable, Byerly – murmuró Gregor.

By lo miró alerta.

– Gracias, señor.

– Y tu notable discreción. Tomo nota de ello.

– Parecía un asunto personal, señor.

– Ya veo. Continúa, lord Dono.

Dono vaciló un instante.

– ¿Le ha entregado ya SegImp mis archivos médicos betanos?

– Esta mañana mismo. Al parecer se retrasaron un poco.

– No debe echarle la culpa a ese amable muchacho de SegImp que me estuvo siguiendo. Me temo que la Colonia Beta le pareció un poco abrumadora. Y estoy seguro de que los betanos no le dieron la información voluntariamente, ya que les dije que no lo hicieran. – Dono sonrió tímidamente –. Me alegra ver que estuvo a la altura del desafío. Odiaría pensar que SegImp está perdiendo su antigua garra, después de la jubilación de Illyan.

Gregor, que escuchaba con la barbilla apoyada en una mano, agitó un poco los dedos reconociendo el valor de estas palabras, en todos los sentidos.

– Si ha tenido la oportunidad de examinar los archivos – continuó Dono –, sabrá que ahora soy plenamente funcional como varón, capaz de responder a mi deber biológico y social de engendrar al siguiente heredero Vorrutyer. Ahora que cumplo el requisito de primogenitura masculina, reclamo por derecho de sangre el condado del Distrito Vorrutyer y, a la luz de las opiniones expresadas por mi difunto hermano, reclamo también el título de conde. Por otro lado también aseguro que seré mejor conde que mi primo Richars, y que serviré a mi Distrito, al Imperio y a usted de manera más competente que él. Como prueba, me remito a mi trabajo en el Distrito de Pierre en los últimos cinco años.

–¿Estás proponiendo otros cargos contra Richars? – preguntó Gregor.

– En este momento no. No hubo pruebas suficientes en su momento para sostener el único cargo lo suficientemente grave y llevarlo a juicio – Dono y Szabo intercambiaron una mirada.

– Pierre solicitó una investigación de SegImp sobre el accidente de volador de su prometida. Recuerdo haber leído la sinopsis del informe. Tienes razón. No había ninguna prueba.

Dono consiguió asentir sin darle la razón.

– En cuanto a ofensas menores de Richars, bueno, a nadie le importaron antes y dudo que les importen ahora. No lo acusaré de no ser adecuado (aunque pienso que no lo es), pero mantendré que soy más adecuado y que tengo más derecho. Y también lo expondré así ante los condes.

– ¿Y esperas obtener algún voto?

– Esperaría obtener un pequeño número de votos contra Richars de sus enemigos personales aunque fuera un caballo. En cuanto al resto, tengo previsto ofrecerme al partido progresista como futuro representante.

– ¿Ah? – Gregor alzó la mirada –. Los Vorrutyer siempre han sido conservadores. Se esperaba que Richars mantuviera la tradición.

– Sí. Mi corazón está con la vieja guardia; eran el partido de mi padre, y de mi abuelo antes que él. Pero dudo que muchos de sus corazones estén conmigo. Además, en este momento están en franca minoría. Hay que ser prácticos.

Cierto. Y aunque Gregor tenía cuidado de mantener una fachada de neutralidad imperial,

nadie tenía ninguna duda de que los progresistas eran el partido al que favorecía en secreto. Ivan se mordió los labios.

– Tu caso va a levantar polvareda en el Consejo en un momento inoportuno, lord Dono – dijo Gregor –. Mi crédito con los condes está ahora mismo comprometido al máximo con el tema de las expropiaciones para reparar el espejo solar komarrés.

– No le pido nada, señor – respondió Dono –, más que su neutralidad. No detenga mi moción de veto. Y no permita que los condes me despidan sin oírme, o me oigan sólo en secreto. Quiero un debate público y un voto público.

Gregor contrajo los labios, reflexionando.

– Tu caso establecería un precedente muy peculiar, lord Dono. Y luego tendríamos que ceñirnos a sus consecuencias.

– Tal vez. ¿He de señalar que me rijo exactamente por las viejas reglas?

– Bueno... tal vez no *exactamente* – murmuró Gregor.

By intervino.

– ¿Puedo sugerir, señor, que si en efecto docenas de hermanas de conde quisieran salir de estampida hacia instalaciones médicas galácticas y regresar a Barrayar para intentar calzarse las botas de sus hermanos ya habría sucedido antes? Como precedente, dudo que sea muy popular, una vez pasada la novedad.

Dono se encogió de hombros.

– Antes de nuestra conquista de Komarr, el acceso a ese tipo de medicina era muy difícil. Alguien tenía que ser el primero. Ni siquiera tendría que haber sido yo si las cosas hubieran sido distintas para el pobre Pierre – miró a Gregor directamente a los ojos –. Aunque sin duda no seré el último. Anular mi caso, o ignorarlo, no zanjará nada. En todo caso, hacer que pase por todo el proceso legal hará que los condes examinen explícitamente sus bases, y racionalicen una serie de leyes que han conseguido ignorar el ritmo cambiante de los tiempos desde hace demasiado. No se puede esperar gobernar un imperio galáctico con leyes que no han sido revisadas ni repasadas desde la Era del Aislamiento – aquella horrible sonrisita prendió de pronto en el rostro de lord Dono –. En otras palabras, será bueno para ellos.

A Gregor se le escapó una sonrisa muy ligera, no del todo voluntaria, pensó Ivan. Lord Dono estaba tratando bien a Gregor: con franqueza, sin miedo, de frente. Pero claro, lady Donna siempre había sido muy observadora.

Gregor miró a lord Dono y se frotó el puente de la nariz, brevemente. Al cabo de un instante, dijo, con ironía:

– ¿Y también querrás una invitación de boda?

Dono alzó las cejas.

– Si para entonces soy conde Vorrutyer, tendré el derecho y el deber de asistir. Si no lo soy... bueno. – Tras un breve silencio, añadió tristemente –: Aunque siempre me ha gustado una buena boda. Me casé tres veces. Dos fueron un desastre. Es mucho más bonito mirar y decirte una y otra vez a ti mismo: *¡No soy yo! ¡No soy yo!* Se puede ser feliz para siempre jamás sólo con eso.

– Tal vez la siguiente sea distinta – dijo Gregor secamente.

Dono alzó la barbilla.

– Casi con toda seguridad, señor.

Gregor se echó hacia atrás y contempló pensativo a los tres hombres que tenía delante. Tamborileó con los dedos sobre el brazo derecho del sofá. Dono esperaba amablemente, By nervioso, Szabo estoico. Ivan se pasó el rato deseando ser invisible, o no haberse encontrado jamás a By en aquel maldito bar, o no haber conocido nunca a Donna, o no haber nacido nunca. Esperó a que el hacha cayera y se preguntó hacia qué lado debería esquivarla.

Pero lo que Gregor dijo por fin fue:

– Y bien... ¿cómo es?

La sonrisa blanca de Dono destelló en su barba.

– ¿Desde dentro? Mi energía ha aumentado. Mi libido ha aumentado. Diría que hace que me sienta diez años más joven excepto que tampoco me sentía así cuando tenía treinta años. Tengo menos paciencia. Por lo demás, sólo el mundo ha cambiado.

– ¿Eh?

– En la Colonia Beta, apenas advertía nada. Cuando llegué a Komarr, bueno, el espacio personal que me daba la gente casi se había duplicado, y su tiempo de respuesta se había dividido por la mitad. Cuando llegué al espaciopuerto de Vorbarr Sultana, el cambio fue fenomenal. De algún modo, no creo que todo eso sea resultado de mi programa de ejercicios.

– Ja. Bien... si tu moción de veto falla, ¿volverás a ser mujer?

– No enseguida. La vista desde lo alto de la cadena alimenticia promete ser panorámica. Me propongo hacer que valga el dinero y la sangre que me ha costado.

Se produjo otro momento de silencio. Ivan no estaba seguro de si porque todos digerían esta declaración o porque se habían quedado bloqueados.

– Muy bien... – dijo Gregor por fin, despacio.

El aspecto de creciente curiosidad en sus ojos hizo que a Ivan se le pusiera la carne de gallina. *Va a decirlo, lo va a decir...*

– Veamos qué sucede. – Gregor se acomodó y agitó otra vez los dedos, como para darles prisa –. Adelante, lord Dono.

– Gracias, señor – dijo Dono con sinceridad.

Nadie esperó a que Gregor reiterara su despedida. Todos iniciaron una prudente retirada

hacia el pasillo antes de que el Emperador cambiara de opinión. A Ivan le pareció que podía sentir los ojos de Gregor clavados en su espalda mientras se dirigía a la puerta.

– Bueno – resopló By alegremente, mientras el mayordomo los guiaba por el pasillo una vez más –. Ha salido mejor de lo que esperaba.

Dono le dirigió una mirada de reojo.

– ¿Qué, te flaqueaba la fe, By? Creo que las cosas han salido tal y como esperaba.

By se encogió de hombros.

– Digamos que me sentía un poco fuera de pie.

– Por eso le pedimos ayuda a Ivan. Cosa que te agradezco una vez más, Ivan.

– No ha sido nada – negó éste –. No he hecho nada.

No es culpa mía. No sabía por qué Gregor lo había incluido en la lista de aquella audiencia; el Emperador ni siquiera le había preguntado nada. Aunque Gregor era igual que Miles a la hora de sacar pistas del aire. Ivan no podía imaginar qué había deducido el Emperador de todo aquello. No quería imaginarlo siquiera.

El sonido sincopado de todas sus botas resonó mientras doblaban la esquina hacia el ala este. Los ojos de lord Dono adquirieron una expresión calculadora que trajo brevemente a la memoria de Ivan a lady Donna, de la manera más inquietante.

– ¿Qué está haciendo tu madre estos días, Ivan?

– Está ocupada. Muy ocupada. Todo esto de la boda, ya sabes. Horas y horas. Apenas la veo, excepto en el trabajo. Donde todos estamos muy ocupados.

– No tengo ningún deseo de interrumpir su trabajo. Necesito un encuentro más... casual. ¿Cuándo volverás a verla fuera del trabajo?

– Mañana por la noche, en la cena que mi primo Miles va a dar para Kareen y Mark. Me dijo que llevara una pareja. Yo dije que te llevaría como invitada. A él le encantó la idea. – Ivan lamentó haber perdido la oportunidad.

– ¡Vaya, gracias, Ivan! – exclamó Dono –. Qué considerado por tu parte. Acepto.

– Espera, no, pero eso fue antes... antes de que tú... antes de que supiera que tú... – tartamudeó Ivan, y señaló a lord Dono su nueva morfología –. Creo que ahora no estará tan encantado. Estropeará todo el protocolo de los asientos.

– ¿Qué, con todas las Koudelka invitadas? No sé cómo. Aunque supongo que algunas de ellas llevarán a algún hombre.

– No sé, excepto Delia y Duv Galeni. Y si Kareen y Mark no son... no importa. Pero creo que Miles tiene previsto que la proporción de sexos esté equilibrada, para asegurarse. En realidad es una fiesta para presentarle a todo el mundo a su jardinera.

– ¿Cómo dices? – preguntó Dono. Se detuvieron en el vestíbulo situado junto a las puertas

este de la Residencia. El mayordomo esperó pacientemente para despedir a los visitantes, de esa manera invisible y calmada que tan bien podía proyectar. Ivan estaba seguro de que anotaba cada palabra para transmitírsela luego a Gregor.

– Su jardinera. La señora Vorsoisson. Esa viuda Vor por la que se ha vuelto loco. La contrató para que le hiciera un jardín en el solar vacío que hay junto a la mansión Vorkosigan. Es la sobrina del lord Auditor Vorthys, por si te interesa saberlo.

– Ah. Bastante elegible, entonces. Pero qué inesperado. ¿Miles Vorkosigan, enamorado al fin? Siempre había pensado que a Miles le iría una galáctica. Siempre daba la impresión de que la mayoría de las mujeres de por aquí lo aburrían de muerte. Aunque uno nunca puede estar seguro, claro, de que no fuera un quiero y no puedo – la sonrisa de lord Dono fue brevemente felina.

– Supongo que la pega es encontrar una galáctica a la que le gustara Barrayar – dijo Ivan, estirado –. De todas formas, lord Vorthys y su esposa estarán allí, e Illyan con mi madre, y los Vorbretten, además de los Koudelka, Galeni y Mark.

– ¿René Vorbretten? – los ojos de Dono se entornaron, llenos de interés, e intercambió una mirada con Szabo, quien asintió levemente por respuesta –. Me gustaría hablar con él. Es un contacto con los progresistas.

– No, esta semana no – sonrió By –. ¿No te has enterado de qué encontró colgando Vorbretten de su árbol genealógico?

– Sí – lord Dono descartó la idea –. Todos tenemos nuestros pequeños defectos genéticos. Creo que sería fascinante comparar notas con él ahora mismo. Oh, sí, Ivan, tienes que llevarme. Será perfecto.

¿Para quién? Con toda su educación betana, Miles era de los más liberal par tratarse de un barón Vor, pero Ivan seguía sin poder imaginar que le gustara encontrar a lord Dono Vorrutyer sentado a su mesa.

Pero otro lado... ¿y qué? Si Miles tenía algo más por lo que sentirse irritado, quizás eso le distraería de aquel pequeño problema con Vormoncrief y el mayor Zamori. ¿Qué mejor manera de confundir al enemigo que multiplicar los objetivos? No es que Ivan tuviera ninguna obligación de proteger a lord Dono de Miles.

Ni a Miles de lord Dono, ya puestos. Si Dono y By consideraban a Ivan, un simple capitán, un valioso asesor en el terreno social y político de la capital, ¿no sería mucho mejor un verdadero Auditor Imperial? Si Ivan pudiera transferir los afectos de Dono a este nuevo objetivo, podría quitarse de en medio sin que lo viera nadie. Sí.

– Sí, sí, muy bien. Pero es el último favor que voy a hacerte, Dono, ¿comprendido? – Ivan trató de parecer severo.

– *Gracias* – dijo lord Dono.

Miles se contempló en el gran espejo que cubría la pared del antiguo dormitorio de su abuelo, que ahora era el suyo, y frunció el ceño. Su mejor uniforme marrón y plata de la Casa Vorkosigan era demasiado formal para la fiesta-cena que había preparado. Sin duda tendría una oportunidad para lucirlo ante Ekaterin en algún acontecimiento para el que fuera realmente apropiado, en la Residencia Imperial o el Consejo de Condes, y ella podría verlo y, esperaba, admirarlo entonces. Lamentándolo mucho, se quitó las pulidas botas marrones y se dispuso a volver a ponerse el atuendo que llevaba cuarenta y cinco minutos antes: uno de sus trajes grises de Auditor, muy limpio y planchado. Bueno, ahora un poquito menos planchado, con otro uniforme de la Casa y dos uniformes imperiales cubriéndolo encima de la cama.

Atravesó la habitación desnudo y frunció de nuevo el ceño al verse. Algún día, si las cosas salían bien, se presentaría ante ella así, en aquella misma habitación, sin ningún tipo de disfraz.

Un momento de ansiedad por el uniforme gris y blanco del almirante Naismith, guardado en el armario de la planta de arriba, llegó y pasó. No. Ivan sin duda le gritaría. Peor aún, Illyan podría decir algo... seco. Y no es que quisiera explicar la historia del pequeño almirante a sus otros invitados. Suspiró y volvió a ponerse el traje gris.

Pym asomó la cabeza por la puerta del dormitorio y sonrió con gesto de aprobación, o quizá con alivio.

– Ah, ¿está preparado, milord? Quitaré todo esto de en medio, ¿de acuerdo?

La velocidad con la que Pym retiró los demás atuendos convenció a Miles de que había hecho la elección adecuada, o al menos la mejor posible.

Miles ajustó la fina tira del cuello de la camisa por encima del cuello de la chaqueta militar. Se inclinó hacia delante para mirar recelosamente alguna cana en su cabeza, recolocó el par que había advertido recientemente, reprimió el impulso de arrancarlas y volvió a peinarse. *Ya basta de esta locura.*

Bajó corriendo las escaleras para comprobar la mesa del gran salón comedor. La mesa brillaba con la cubertería, la porcelana y un bosque de vasos. El mantel estaba adornado con no menos tres arreglos florales bajos, situados estratégicamente. Miles podría ver por encima de ellos y esperaba que le gustaran a Ekaterin. Se había pasado una hora debatiendo con Ma Kosti y Pym cómo sentar adecuadamente a diez mujeres y nueve hombres. Ekaterin se sentaría a la derecha de Miles, a la cabecera de la mesa, y Kareen a lado de Mark, al pie; eso no había sido negociable. Ivan se sentaría junto a su invitada, en el centro, lo más lejos posible de Ekaterin y Kareen, para bloquear cualquier posible avance hacia la acompañante de alguien... aunque Miles confiaba en que Ivan estuviese muy ocupado.

Miles había sido un observador envidioso del breve y meteórico asunto de Ivan con lady Donna Vorrutyer. En retrospectiva, pensaba que tal vez lady Donna había sido más caritativa e Ivan menos refinado de lo que le pareció cuando tenía veinte años, pero Ivan desde luego había aprovechado su buena suerte. Lady Alys, todavía llena de planes para el matrimonio de su hijo con las mejores familias Vor, fue un poco estricta al respecto; pero con todos aquellos años de casamentera frustrada a sus espaldas, tal vez considerara mucho mejor a lady Donna ahora. Después de todo, con la llegada del replicador uterino y del resto de la biotecnología galáctica, tener cuarenta y tantos no era ninguna barrera para los planes reproductores de una mujer. Ni tener sesenta y tantos, u ochenta y tantos... Miles se preguntó si Ivan habría tenido valor para preguntarle a lady Alys e Illyan si tenían planes para darle un hermanito, o si era posible que no se le hubiera pasado por la cabeza. Decidió que se lo recordaría a su primo en el momento adecuado, preferiblemente cuando Ivan tuviera la boca llena.

Pero no aquella noche. Aquella noche, todo tenía que ser perfecto.

Mark entró en el salón, con el ceño fruncido. También él se había duchado y acicalado. Vestía un traje a medida, negro sobre negro. Daba a su corta estatura un aire sorprendentemente autoritario. Se acercó a la mesa, leyó las tarjetas, y extendió la mano hacia un par de ellas.

– Ni se te ocurra tocarlas – le dijo Miles firmemente.

– Pero si cambio a Duv y Delia por los condes Vorbretten, Duv estará lejos de mí – suplicó Mark –. No puedo creer que él no lo prefiera de esa forma. Quiero decir, mientras esté sentado junto a Delia...

– No. Tengo que poner a René junto a lady Alys. Es un favor. Está politiqueando. O debería estarlo – Miles ladeó la cabeza –. Si vas en serio con Kareen, Duv y tú vais a tener que trataros, ¿sabes? Va a ser uno de la familia.

– No puedo dejar de pensar que sus sentimientos hacia mí deben de estar... mezclados.

– Vamos, le salvaste la vida. – *Entre otras cosas* –. ¿Lo has visto desde que volviste de Beta?

– Una vez, durante unos treinta segundos, cuando dejaba a Kareen en su casa y él salía con Delia.

– ¿Y qué dijo?

– Dijo *Hola, Mark*.

– Eso no parece nada excepcional.

– Fue su tono de voz. Ese tono muerto que emplea, ¿sabes?

– Bueno, sí, pero de eso no se puede deducir nada.

– Exactamente a eso me refería.

Miles sonrió. ¿Y hasta qué punto iba Mark en serio con Kareen? Era atento con ella hasta el

punto de la obsesión, y la sensación de frustración sexual que emanaba de ambos era como el calor que desprendía una acera en verano. ¿Quién sabía lo que había pasado entre ellos en la Colonia Beta? *Mi madre, probablemente*. La condesa Vorkosigan tenía mejores espías que SegImp. Pero si se estaban acostando juntos, no era en la mansión Vorkosigan, según los informales datos de seguridad de Pym.

El mismísimo Pym entró en ese momento, para anunciar:

– Lady Alys y el capitán Illyan han llegado, milord.

Esta formalidad apenas era necesaria, pues tía Alys estaba justo al lado de Pym, aunque asintió aprobando al lacayo mientras entraba en el salón. Illyan la siguió, observando la habitación con una sonrisa benigna. El ex jefe de SegImp iba elegantísimo, con una túnica oscura y pantalones que resaltaban el gris de sus sienes; como su tardío romance había florecido al fin, lady Alys había tomado con mano firme la tarea de mejorar su vestuario civil, un poquito escaso. Las elegantes ropas hacían mucho para camuflar la perturbadora mirada perdida que nublaba sus ojos de vez en cuando, maldito fuera el enemigo que lo dejó fuera de servicio.

La tía Alys recorrió la mesa, inspeccionando la disposición con un aire frío que habría asustado a un sargento instructor.

– Muy bien, Miles – dijo por fin. El *mejor de lo que esperaba de ti* quedó colgando en el aire, pero se entendió –. Aunque el número es impar.

– Sí, lo sé.

– Mm. Bien, ya no se puede evitar. Quiero evitar hablar con Ma Kosti. Gracias, Pym, encontraré el camino.

Se dirigió hacia la puerta de servicio. Miles la dejó ir, confiando en que lo encontraría todo en orden, y que se abstendría de continuar su campaña para contratar a su cocinera en mitad de la cena más importante de su vida.

– Buenas noches, Simon – saludó Miles a su antiguo jefe. Illyan le estrechó la mano cordialmente, y la de Mark, sin vacilación –. Me alegro de que hayas podido venir. ¿Te explicó tía Alys lo de Eka... lo de la señora Vorsoisson?

– Sí, e Ivan hizo unos cuantos comentarios también. Algo sobre gente que cae en el charco de barro y regresa con el anillo de oro.

– Todavía no he llegado a la parte del anillo – dijo Miles tristemente –. Pero ése es el plan, desde luego. Espero ansiosamente que la conozcáis todos.

– Es la elegida, ¿verdad?

– Eso espero.

La sonrisa de Illyan se afiló, porque Miles lo dijo con fervor.

– Buena suerte, hijo.

– Gracias. Oh, una palabra de advertencia. Ella todavía viste de luto. ¿Te explicaron Alys o Ivan...?

Lo interrumpió el regreso de Pym, que anunció que había llegado la familia Koudelka y que la había llevado a la biblioteca, según lo planeado. Era hora de ir a hacer de anfitrión.

Mark, que trotaba detrás de Miles por toda la casa, se detuvo en la antesala de la gran biblioteca para dirigirse una desesperada mirada en el espejo y alisarse la chaqueta sobre la panza. En la biblioteca esperaban Kou y Drou, todo sonrisas; las chicas Koudelka saqueaban los estantes. Duv y Delia estaban sentados juntos, examinando ya un viejo libro.

Intercambiaron saludos, y el soldado Roic, según lo establecido, empezó a servir aperitivos y bebidas. A lo largo de los años, Miles había visto a los condes Vorkosigan ser anfitriones de lo que parecían un millar de fiestas y recepciones en aquella misma casa, y en apenas ninguna faltaba algún plan político, encubierto o no. Sin duda podría hacerlo con estilo. Mark, al otro lado de la habitación, se mostró adecuadamente atento con los padres de Kareen. Lady Alys llegó de su inspección, dirigió a su sobrino un breve gesto de asentimiento y fue a colgarse del brazo de Illyan. Miles se puso a escuchar cerca de la puerta.

Su corazón latió más rápido ante el sonido de los pasos y la voz de Pym, pero los siguientes invitados que el lacayo introdujo fueron René y Tatya Vorbretten. Las chicas Koudelka inmediatamente recibieron a Tatya. Las cosas empezaban bien. Al oír de nuevo movimiento en la lejana puerta, Miles abandonó a René para que hiciera lo que pudiese con lady Alys y salió a comprobar quiénes eran los recién llegados. ¡*Esta vez* eran el lord Auditor Vorthys y su esposa y, por fin, Ekaterin, sí!

Ambos profesores eran borrones grises a sus ojos, pero Ekaterin brillaba como una llama. Llevaba un sencillo traje de noche de satén negro grisáceo, pero le entregó a Miles un par de sucios guantes de jardinería. Sus ojos brillaban, y sus mejillas tenían un leve y exquisito tono sonrosado. Miles ocultó con una sonrisa de bienvenida su alegría al ver el colgante con el modelo de Barrayar que le había regalado en tibio contacto contra su pálido pecho.

– Buenas noches, lord Vorkosigan – le saludó ella –. Me complace comunicarle que la primera planta barrayaresa nativa está creciendo ya en su jardín.

– Está claro que tendré que inspeccionarla.

Le sonrió. Qué gran excusa para escapar y pasar un momentito juntos. Quizá por fin tuviera ocasión de declarar... no. No. Todavía era demasiado prematuro.

– En cuanto le presente a todo el mundo. – Le ofreció el brazo, y ella lo aceptó. Su cálido olor lo mareó un poquito.

Ekaterin vaciló ante el ruido que surgía de la biblioteca, y su mano se tensó sobre el brazo de Miles, pero tomó aire y entró con él. Como ya conocía a Mark y a las Koudelka, en quienes Miles

confiaba para que la hicieran sentir cómoda, la presentó primero a Tatyá, que la miró con interés e intercambió con ella tímidos cumplidos. Luego la hizo atravesar las largas puertas, tomó aire él mismo y se la presentó a René, Illyan y lady Alys.

Miles estaba buscando tan ansiosamente signos de aprobación en la expresión de Illyan que casi se perdió el parpadeo de terror en la de Ekaterin, que se encontró de pronto estrechando la mano de la leyenda que había dirigido el temible servicio de Seguridad Imperial durante treinta férreos años. Pero estuvo a la altura de las circunstancias sin temblar siquiera. Illyan, que parecía tristemente consciente del siniestro efecto que provocaba, le sonrió con toda la admiración que Miles podría haber esperado.

Ya. Ahora la gente podía charlar y beber hasta que fuera el momento de sentarse a cenar. ¿Estaban todos? No, todavía faltaba Ivan. Y otro más... ¿debería invitar a Mark a comprobar...? Ah, no necesariamente. Aquí venía el doctor Borgos, él solito. Asomó la cabeza y entró tímidamente. Para sorpresa de Miles iba lavado y peinado y vestido con un traje perfectamente limpio de manchas. Enrique sonrió y se acercó a Miles y Ekaterin. No apestaba a productos químicos, sino a colonia.

– ¡Ekaterin, buenas noches! – dijo, feliz – ¿Recibiste mi tesis?

– Sí, gracias.

Su sonrisa se volvió aún más tímida y se miró el zapato.

– ¿Te gustó?

– Impresionante. Aunque me temo que me superaba un poco.

– No lo creo. Estoy seguro de que le pillaste el tranquilo...

– Me halagas, Enrique – ella sacudió la cabeza, pero su sonrisa decía: *Y puedes halagarme un poco más.*

Miles se quedó un pelín rígido. ¿Enrique? ¿Ekaterin? ¿A mí ni siquiera me llama por mi nombre todavía? Y nunca habría aceptado un comentario sobre su belleza física sin un respingo; ¿había encontrado Enrique una ruta no protegida a su corazón que a él se le hubiera pasado por alto?

– Creo que entendí el soneto introductorio – añadió ella –. Casi. ¿Es el estilo habitual de los trabajos académicos de Escobar? Parece muy difícil.

– No, lo compuse especialmente. – Enrique la volvió a mirar, y luego se miró el otro zapato.

– Encajaba, um, perfectamente. Algunas de las rimas parecían bastante originales.

Enrique se animó visiblemente.

Santo Dios, ¿Enrique le estaba escribiendo *poesías*? Sí, ¿y por qué no se le había ocurrido a él? Además de por el motivo obvio de su falta de talento poético. Miles se preguntó si a ella le gustaría leer un plan de misión de salto en combate realmente astuto. Sonetos, maldición. Lo único

que era capaz de producir eran pareados.

Miró a Enrique, que ahora respondía a la sonrisa de ella retorciéndose como una rama seca. Se horrorizó. ¿Otro rival? Y se insinuaba en su propia casa... *Es un invitado. El invitado de tu hermano, al menos. No puedes mandar que le asesinen.* Además, el escobariano sólo tenía veinticuatro años estándar; ella debía verlo como a un simple cachorrito. *Pero tal vez le gusten los cachorritos...*

– Lord Ivan Vorpatril – anunció la voz de Pym desde la puerta –. Lord Dono Vorrutyer.

El extraño timbre en la voz de Pym hizo que Miles volviera la cabeza incluso antes de que captara el nombre no autorizado que acompañaba a Ivan. *¿Quién?*

Ivan entró bien separado de su nuevo acompañante, pero quedó claro que el otro quería remarcar que habían venido juntos. Lord Dono era un tipo de mediana edad y mirada intensa, con una barba negra bien recortada y afilada que vestía ropa de luto estilo Vor, un traje negro con detalles grises que resaltaba su cuerpo atlético. ¿Había hecho Ivan una sustitución en la lista de invitados de Miles sin consultárselo? ¿Tenía que saber que no se podían violar los procedimientos de seguridad de la mansión Vorkosigan de esa forma...! Miles avanzó hacia su primo, con Ekaterin todavía a su lado... bueno, no le había soltado exactamente la mano del brazo, pero ella tampoco había tratado de zafarse. Miles creía conocer de vista a todos sus parientes Vorrutyer que podían reclamar el título. ¿Era un descendiente lejano de Pierre *Le Sanguinaire*, o algún bastardo? El hombre no era joven. Maldición, ¿dónde había visto aquellos eléctricos ojos marrones antes...?

– Lord Dono. Cómo está. – Miles ofreció la mano, y el esbelto noble la aceptó con un alegre apretón. Entre un segundo y el siguiente Miles cayó en la cuenta, y añadió suavemente –: Ya veo que ha estado en la Colonia Beta.

– En efecto, lord Vorkosigan – la blanca sonrisa de lord Dono (de lady Donna, sí), se ensanchó en su negra barba.

Ivan contempló decepcionado el encuentro.

– O debería decir lord Auditor Vorkosigan – continuó lord Dono –. Creo que no he tenido oportunidad de felicitarle por su nuevo nombramiento.

– Gracias – dijo Miles –. Permítame presentarle a mi amiga, la señora Ekaterin Vorsoisson...

Lord Dono besó la mano de Ekaterin con afectación demasiado entusiasta, complaciéndose en la burla del gesto; Ekaterin le devolvió una sonrisa insegura. Intercambiaron los cumplidos sociales, mientras la mente de Miles funcionaba a toda máquina. Bien. Estaba claro que la antigua lady Donna no había mandado hacer un clon de su hermano Pierre en un replicador uterino, después de todo. En cambio, resultaba obvio cuál iba a ser su estrategia legal contra el heredero putativo, Richards. *Bueno, alguien tenía que intentarlo tarde o temprano.* Y sería un privilegio ser testigo de ello.

– ¿Puedo desearle la mejor de las suertes en su litigio, lord Dono?

– Gracias. – Lord Dono lo miró directamente a los ojos –. La suerte, claro, no tiene nada que ver. ¿Puedo discutirlo en más detalle con usted, más tarde?

La cautela hizo acto de presencia; Miles le dio largas.

– Soy, naturalmente, nada más que el representante de mi padre en el Consejo. Como Auditor, me veo obligado a evitar los partidos políticos por mi propio bien.

– Comprendo.

– Pero, ah... tal vez Ivan podría presentarle al conde Vorbretten, que está por aquí. También tiene un litigio con el Consejo: podrían comparar ustedes valiosas notas. Y lady Alys y el capitán Illyan, por supuesto. La profesora Vorthys también debería estar enormemente interesada, creo; no pase por alto ningún comentario que ella haga. Es experta en la historia política de Barrayar. Vamos, Ivan. – Miles hizo un gesto para despedirlo.

– Gracias, lord Vorkosigan – los ojo de lord Dono se iluminaron, agradeciendo todas las indicaciones, y se retiró cordialmente.

Miles se preguntó si podría hacer una llamada de vid... Agarró a Ivan de una pasada, y se puso de puntillas para susurrarle:

– ¿Gregor está ya enterado de esto?

– Sí – contestó Ivan sin despegar los labios –. Me aseguré de eso antes que nada.

– Bien hecho. ¿Qué dijo?

– Adivina.

– *¿Veamos qué sucede?*

– Acertaste a la primera.

– Je. – Aliviado, Miles dejó que lord Dono se llevara a Ivan.

– ¿Por qué se está riendo? – le preguntó Ekaterin.

– No me estoy riendo.

– Sus ojos se están riendo. Lo noto.

Él miró alrededor. Lord Dono había acorralado a René, y lady Alys e Illyan los rodeaban curiosos. El profesor y el comodoro Koudelka discutían en un rincón, por los fragmentos que Miles podía oír, sobre los problemas de control de calidad en los suministros militares. Indicó a Roic que trajera vino, condujo a Ekaterin al rincón libre que quedaba, y la puso rápidamente al corriente acerca de lady Donna/lord Dono y la moción de veto en tan pocas palabras como fue capaz.

– Santo Dios – Ekaterin abrió unos ojos como platos, y su mano izquierda tocó el dorso de la derecha, como si la presión del beso de lord Dono todavía permaneciera allí. Pero consiguió reducir sus otras reacciones a una rápida mirada por el salón, donde lord Dono atraía ahora a una multitud que incluía a todas las chicas Koudelka y a su madre –. ¿Lo sabía usted?

– De ningún modo. Es decir, todo el mundo sabía que ha denunciado a Richards y que se fue a la Colonia Beta, pero no el porqué. Ahora tiene sentido, de una manera un tanto absurda.

– ¿Absurda? – dijo Ekaterin, vacilante –. Yo diría que debe de haberle hecho falta un montón de valor. – Dio un sorbo a su bebida, y añadió en tono pensativo –: Y de furia.

Miles se retractó inmediatamente.

– Lady Donna nunca fue de las que soportan ninguna tontería.

– ¿De veras? – Ekaterin, con una expresión extraña en los ojos, se dirigió al corrillo.

Antes de que él pudiera seguirla, Ivan apareció a su lado, con un vaso de vino medio vacío ya en la mano. Miles no quería hablar con él. Quería hablar con *Ekaterin*. De todas formas, murmuró:

– Menuda pareja que has traído. Nunca hubiera sospechado que tenías esa amplitud de gustos tan betana, Ivan.

Ivan lo miró con mala cara.

– Tendría que haber sabido que no ten haría ninguna gracia.

– Fue toda una conmoción, ¿no?

– Casi me desmayé allí mismo, en el espaciopuerto. Byerly Vorrutyer me la tenía preparada, el cabroncete.

–¿By lo sabía?

– Claro que sí. Supongo que estaba en el ajo desde el principio.

Duv Galeni también se acercó, a tiempo para oírlo; al ver a Duv separado por fin de Delia, su futuro suegro, el comodoro Koudelka, y el profesor se reunieron con ellos. Miles dejó que Ivan explicara quién era el recién llegado, con sus propias palabras. Como Miles suponía, Ivan no tenía ni idea cuando le pidió permiso para traer a Donna a la cena y planeaba su campaña de bienvenida para aprovecharse de, bueno, no de su virtud; ¡ah, quién hubiera estado presente de manera invisible en el momento en que Ivan descubrió el cambio...!

– ¿También ha pillado a SegImp por sorpresa? – le preguntó el comodoro Koudelka al comodoro Galeni.

– No lo sé. No es mi departamento. – Galeni tomó un sorbo de vino –. Es problema de Asuntos Domésticos.

Ambos oficiales se volvieron al oír una carcajada en el otro extremo de la sala: era la risa de la señora Koudelka. Una cascada de risitas se apagó rápidamente, en tono conspirador, y Olivia Koudelka miró a los varones por encima del hombro.

– ¿De qué se están riendo? – dijo Galeni, dubitativo.

– De nosotros, probablemente – gruñó Ivan, y se fue a buscar más vino para su vaso vacío.

Koudelka contempló la sala, y sacudió la cabeza.

– Donna Vorrutyer, santo Dios.

Todas las mujeres del grupo, incluida lady Alys, estaban ahora congregadas con evidente satisfacción alrededor de lord Dono, quien gesticulaba y hablaba en voz baja. Enrique picoteaba los aperitivos y miraba a Ekaterin con embeleso bovino. Illyan, abandonado por Alys, hojeaba ausente un libro, uno de los tratados de botánica ilustrados que Miles había sacado antes.

Miles decidió firmemente que era hora de servir la cena. Para que Ivan y lord Dono quedaran aislados tras una muralla de damas mayores y casadas y sus esposos. Se hizo a un lado para hablar con Pym, quien se marchó a dar la orden abajo y regresó poco después para anunciar formalmente la comida.

Las parejas se reagruparon y salieron de la gran biblioteca para cruzar la antesala, el pasillo y las cámaras intermedias. Miles, que encabezaba la marcha con Ekaterin del brazo encontró a Mark e Ivan que salían conspiratoriamente del comedor. Se dieron la vuelta y se unieron al grupo. La súbita sospecha de Miles quedó horriblemente confirmada cuando miró por el rabillo del ojo la mesa: la hora que había pasado planeando estratégicamente las tarjetas acababa de ser destrozada.

Todas las conversaciones previas y cuidadosamente preparadas eran con gente que ahora estaba en el otro extremo de la mesa. Los asientos se habían asignado completamente al azar... no, al azar no. Los habían cambiado siguiendo una nueva prioridad. El objetivo de Ivan había sido claramente alejar a lord Dono lo más posible: Ivan ocupaba ahora una silla al fondo de la mesa, junto a Mark, mientras que lord Dono estaba sentado en el lugar que Miles había previsto para René Vorbretten. Duv, Drou, y Kou habían emigrado de algún modo hacia el lado de Miles, más lejos de Mark, que seguía teniendo a Kareen a su derecha, pero Ekaterin había sido movida al otro lado de la mesa, más allá de Illyan, que seguía estando a la izquierda inmediata de Miles. Parecía que nadie se había atrevido a tocar la tarjeta de Illyan. Miles tendría que hablar ahora por encima de Illyan para conversar con ella, sin ninguna observación *sotto voce* posible.

La tía Alys, un poco confusa, se sentó a la derecha de Miles, directamente frente a Illyan. Había advertido los cambios, pero quemó la última esperanza de Miles al no decir nada y alzar simplemente las cejas. Duv Galeni encontró a su futura suegra Drou sentada entre Delia y él. Illyan miró las tarjetas y se sentó entre Ekaterin y Duv, y el *accompli* fue *fait*.

Miles no dejó de sonreír; Mark, diez asientos más allá, estaba demasiado lejos para captar el tono de *ya-me-las-pagarás-luego*. Tal vez era lo mejor.

Por toda la mesa dieron comienzo las conversaciones, aunque no las que Miles había previsto, mientras Pym Roic y Jankowsky, haciendo de mayordomo y criados, empezaban a servir. Miles observó a Ekaterin en busca de algún signo de incomodidad, atrapada como estaba entre dos formidables miembros de SegImp, pero su expresión permaneció tranquila y agradable mientras los soldados le servían el excelente vino y la comida.

Hasta que no llegó el segundo plato Miles no advirtió qué era lo que le molestaba de la comida. Había dejado confiadamente los detalles a Ma Kosti, pero aquél no era el menú que habían discutido. Ciertas cosas eran... diferente. El consomé caliente era ahora una crema de frutas frías, decorada con flores comestibles. ¿En honor a Ekaterin, tal vez? La ensalada aliñada con hierbas y vinagre había sido sustituida por algo que tenía una pálida base cremosa. La salsa aromática que se repartía con el pan no tenía ninguna relación con la mantequilla.

Vómito de insecto. Han colado ese maldito vómito de insecto.

Ekaterin se revolvió también, justo cuando Pym servía el pan: Miles se dio cuenta por su breve instante de vacilación, al mirar a Enrique y Mark, aunque siguió untando su pieza y dio un firme bocado. En nada más reveló que sabía qué estaba comiendo.

Miles trató de indicarle que no tenía que comerlo señalando subrepticamente la ensalada de manteca de cucaracha y alzando desesperadamente las cejas: ella simplemente sonrió y se encogió de hombros.

– ¿Mm? – murmuró Illyan con la boca llena, sentado entre ellos.

– Nada – dijo Miles rápidamente –. Nada en absoluto.

Ponerse de pie de un salto y gritar *¡Alto, alto, estáis comiendo unas cucarachas horribles!* a sus refinados invitados habría sido... enojoso. El vómito de bicho, después de todo, no era venenoso. Si no se lo decía a nadie, no lo sabrían nunca. Mordió el pan seco y lo engulló con un gran trago de vino.

Retiraron los platos de ensalada. Desde su posición, casi al otro lado de la mesa, Enrique hizo chocar el cuchillo contra su vaso de vino, se aclaró la garganta, y se levantó.

– Gracias por su atención... – se volvió a aclarar la garganta –. He disfrutado de la hospitalidad de la mansión Vorkosigan, como estoy seguro que estamos haciendo todos esta noche...

Murmullos de acuerdo se alzaron por toda la mesa; Enrique sonrió y continuó.

– Tengo un regalo de agradecimiento que me gustaría ofrecerle a lord... a Miles, lord Vorkosigan – sonrió ante el éxito de su precisión –, y me pareció que ahora sería un buen momento.

Miles estaba seguro de que, fuera lo que fuese, ahora sería un momento terrible. Miró a Mark como preguntándole: *¿Sabes de qué demonios va todo esto?* Mark se encogió de hombros, dando a entender *ni idea, lo siento*, y miró a Enrique con creciente preocupación.

Enrique sacó una cajita de su chaqueta y cruzó la habitación para colocarse entre Miles y lady Alys. Illyan y Galeni, al otro lado de la mesa, se tensaron llenos de paranoia típica de SegImp; la silla de Galeni retrocedió levemente. Miles quiso tranquilizarles diciendo que no era probable que fuese explosivo, pero con Enrique, ¿cómo podía estar seguro? Era más grande que la última caja que le había presentado el equipo de las cucarachas mantequeras. Miles rezó para que no fuera una

de esas feas espuelas de complemento que habían estado de moda hacía un año, sobre todo entre los jóvenes que no habían montado a caballo en la vida, cualquier cosa sin importancia...

Enrique alzó orgullosamente la tapa. No era una cucaracha mantequera más grande: eran tres. Tres cucarachas mantequeras cuyos caparazones resplandecían en marrón y plata mientras se amontonaban una sobre otra, los tentáculos palpando... Lady Alys retrocedió y reprimió un alarido; Illyan se enderezó alarmado por ella. Lord Dono se inclinó hacia delante, curioso, y alzó las negras cejas.

Miles, con la boca levemente entreabierta, se inclinó para quedarse mirando, paralizado por la fascinación. Sí, en cada una de aquellas repulsivas espaldas marrones aparecía el blasón Vorkosigan; un entramado de plata contorneaba las alas atrofiadas en exacta imitación del decorado de las mangas de los uniformes de sus soldados. La réplica de los colores de su Casa era exacta. Se podía distinguir de lejos en famoso blasón. Probablemente incluso a dos metros de distancia. El servicio de la cena se interrumpió cuando Pym, Jankowsky y Roic se detuvieron para mirar la caja por encima de su hombro.

Lord Dono alzó la cabeza para mirar la cara de Miles, y luego otra vez la caja.

– ¿Son... son tal vez un arma? – aventuró, cauteloso.

Enrique se echó a reír, y se lanzó a una entusiasta explicación de su nuevo modelo de cucarachas mantequeras, junto con la información completamente innecesaria de que eran la fuente de la mejorada mantequilla de insecto que había servido de base para la sopa, la ensalada y la salsa para el pan. La imagen mental de Miles, en la que veía a Enrique inclinado sobre una lupa con un diminuto pincel, se hizo añicos cuando éste explicó que los dibujos no eran, oh, no, por supuesto que no eran *aplicados*, sino más bien creados genéticamente, y que se reproducirían en cada nueva generación.

Pym miró los bichos, contempló la manga de su orgulloso uniforme, contempló de nuevo la letal parodia de su insignia que ahora llevaban las criaturas, y dirigió a Miles una mirada de absoluta desesperación, un grito silencioso que no tuvo problemas en interpretar como *Por favor, milord, por favor, ¿podemos sacarlo fuera y matarlo ya?*

Desde el otro extremo de la mesa oyó la preocupada voz de Kareen que susurraba:

– ¿Qué está pasando? ¿Por qué no dice nada? Mark, ve a mirar...

Miles se inclinó hacia atrás y dijo entre dientes a Pym, tan bajo como pudo:

– No pretendía que fuera un insulto.

Aunque eso parezca... ¡La insignia de mi padre, de mi abuelo, en esas cucarachas pestilentes...!

Pym le devolvió a Miles una sonrisa forzada mientras sus ojos ardían de furia. La tía Alys permaneció petrificada en su sitio. Duv Galeni había vuelto la cabeza a un lado, los ojos entornados

y los labios entreabiertos en quién sabía qué reflexiones internas, y Miles no estaba dispuesto a preguntarlo tampoco. Lord Dono era aún peor: se había metido la servilleta en la boca, tenía la cara enrojecida y resoplaba por la nariz. Illyan observaba con un dedo en los labios y casi ninguna expresión, excepto un leve deleite en la mirada que hizo que Miles se rebullera por dentro. Mark llegó y se inclinó para mirar. Se cara palideció y miró de reojo a Miles, alarmado. Ekaterin se cubría la boca con la mano: sus ojos eran oscuros y enormes.

De todo su público, sólo le importaba una opinión.

Aquella era la mujer cuyo difunto esposo tenía tendencia a... ¿qué explosiones de temperamento? ¿Qué furias públicas o privadas? Miles se tragó su opinión sobre Enrique, los escobarianos, la bioingeniería, las locas locuras empresariales de su hermano Mark, y las Cucarachas Vomitonas con Librea Vorkosigan, parpadeó, inspiró profundamente, y sonrió.

– Gracias, Enrique. Tu talento me deja sin habla. Pero tal vez deberías guardar a las chicas ahora. No querrás que se... cansen.

Amablemente, volvió a colocar la tapa en la caja y se la tendió al escobariano. Frente a él, Ekaterin suspiró suavemente. Lady Alys alzó las cejas, sorprendida. Enrique regresó feliz a su sitio. Allí se puso a explicar y enseñar sus cucarachas mantequeras Vorkosigan a todos los que se habían perdido el espectáculo por estar sentados demasiado lejos, incluidos los condes Vorbretten, situados frente a él. Era algo que acababa con toda conversación. Una desafortunada risita por parte de Ivan fue rápidamente ahogada por un brusco reproche de Martya.

Miles advirtió que la comida había dejado de llegar con la rapidez de antes. Indicó a Pym, todavía transfigurado, que se acercase, y murmuró:

– ¿Quieres traer ya el siguiente plato, por favor?

Y añadió, sombrío:

– *Compruébalo* primero.

Pym, de nuevo centrado en sus obligaciones, murmuró a su vez:

– Sí, milord. Comprendo.

El siguiente plato resultó ser salmón macerado helado del Distrito Vorkosigan, sin salsa de cucaracha mantequera, sólo unas rodajas de limón cortadas a toda prisa. Bien. Miles suspiró, temporalmente aliviado.

Ekaterin consiguió por fin hacer acopio de valor para intentar conversar con sus compañeros de mesa. No se podía preguntar a un oficial de SegImp, *¿cómo fue el trabajo hoy?*, así que recurrió a un tema mucho más general.

– Es extraño encontrar a un komarrés en el Servicio Imperial – le dijo a Galeni –. ¿Apoya su familia su elección?

Los ojos de Galeni se ensancharon un poquito y se entornaron de nuevo mirando a Miles,

quien advirtió demasiado tarde que su rápido repaso para Ekaterin, pensado para acentuar lo positivo, no había incluido el hecho de que la mayor parte de la familia de Galeni había muerto en diversas revueltas komarresas o debido a sus consecuencias. Y la peculiar relación entre Duv y Mark era algo que ni siquiera se había planteado contarle. Intentaba frenéticamente encontrar un modo de informar telepáticamente a Duv, cuando éste simplemente replicó:

– Mi nueva familia sí.

Delia, que se había erguido alarmada, se derritió en una sonrisa.

– Oh – al parecer quedó claro por la cara de Ekaterin que sabía que había metido la pata, pero no en qué. Miró a lady Alys, quien, quizás aturdida todavía por las cucarachas mantequeras, estudiaba divertida su plato y no captó la silenciosa llamada.

Siempre dispuesto a auxiliar a una damisela en peligro, el comodoro Koudelka intervino apasionadamente.

– Bien, Miles, hablando de Komarr, ¿crees que el tema de las reparaciones solares va a salir en el Consejo?

Oh, perfecto. Miles le dirigió a su antiguo mentor una breve sonrisa de gratitud.

– Sí, lo creo. Gregor está apoyando el tema, como esperaba.

– Bien – dijo Galeni juiciosamente –. Eso ayudará a todas las partes – dirigió a Ekaterin un leve gesto de perdón.

El momento difícil pasó; en la pausa, mientras la gente dejaba de hablar de política para buscar otro tema, la alegre voz de Enrique Borgos flotó sobre la mesa, desastrosamente clara:

– ... tendremos tantos beneficios, Kareen, que tú y Mark podréis compraros otro de esos maravillosos viajes al Orbe cuando volváis a Beta. Tantos como queráis, en realidad – suspiró envidioso –. Ojalá tuviera yo alguien con quien ir.

El Orbe de las Delicias Celestiales era una de las cúpulas de placer más famosas, o notorias, de la Colonia Beta; tenía reputación galáctica. Si tus gustos no eran lo bastante viles para dirigirte a Jackson's Whole, la gama de placeres permitidos y con supervisión médica que podían adquirirse en el Orbe era suficiente para sorprender a cualquiera. Miles deseó de todo corazón que los padres de Kareen nunca hubieran oído hablar del lugar. Mark podía fingir que era un museo betano de ciencias, cualquier cosa menos...

El comodoro Koudelka acababa de tomar un sorbo de vino para acompañar su último bocado de salmón. Un chorro atomizado voló directamente hacia Delia, sentada frente a su padre. Atragantarse con vino para un hombre de esa edad ya era bastante alarmante en cualquier caso; Olivia le dio palmaditas en la espalda, preocupada mientras él enterraba la cara enrojecida en la servilleta y boqueaba. Drou echó un poco atrás la silla, como vacilando entre rodear la mesa para auxiliar a su marido o, posiblemente, dirigirse al otro lado para estrangular a Mark. Mark no supo

hacer nada: el terror de la culpa vació sus mejilla de sangre, lo que le dio un aspecto sebooso nada agradable.

Kou recuperó suficiente aire para jadearle a Mark:

– ¿Llevaste a *mi* hija al *Orbe*?

Kareen, llena de pánico, replicó:

– ¡Era parte de su terapia!

Mark, con más pánico todavía, añadió con desesperado tono de excusa:

– Tenemos un descuento en la Clínica...

Miles había pensado a menudo que quería estar delante para ver la cara de Duv Galeni cuando se enterase de que Mark era su cuñado en potencia. Ahora retiró el deseo, pero demasiado tarde. Había visto a Galeni petrificado antes, pero nunca con aspecto de estar tan... *disecado*. Kou volvía a respirar, cosa que habría sido tranquilizadora a no ser por la leve hiperventilación. Olivia reprimió una risita nerviosa. Los ojos de lord Dono brillaban: sin duda lo sabía todo sobre el Orbe, posiblemente en sus dos encarnaciones sexuales, la anterior y la presente. La profesora, sentada junto a Enrique, se inclinó hacia delante para mirar con curiosidad a un lado y a otro de la mesa.

Ekaterin parecía terriblemente preocupada, pero no, advirtió Miles, sorprendida. ¿Le había confesado Mark algo que no había sido capaz de contar a su propio hermano? ¿O había intimado ya lo suficiente con Kareen para compartir secretos, una de esas cosas de mujeres? Y si era así, ¿qué le había confiado Ekaterin a Kareen a cambio respecto a *él*, y había algún modo de averiguar...?

Drou, tras notables vacilaciones, se hundió en su asiento. Se produjo un ominoso silencio que indicaba ya-lo-discutiremos-más-tarde.

Lady Alys estaba preparada para cada contingencia; su autocontrol social era tal que sólo Miles e Illyan, que estaban a su lado, pudieron detectar su respingo. Bien capacitada para adoptar un tono que nadie se atrevía a ignorar, intervino por fin diciendo:

– La presentación de la reparación del espejo como regalo de bodas ha demostrado ser muy popular con... Miles, ¿qué tiene ese animal en la boca?

La confusa pregunta de Miles de *¿Qué animal?* fue respondida, antes de que pudiera articularla, por el golpeteo de múltiples patitas sobre el pulido suelo del salón. El gatito blanco y negro, medio crecido ya, estaba siendo perseguido por su compañero negro; para tratarse de un gato que tenía la boca llena, consiguió emitir un *miauu* de posesión sorprendentemente fuerte. Cruzó los ancho tablones de roble y luego ganó tracción sobre la antiquísima alfombra tejida a mano, hasta que se le enganchó una zarpa y dio una voltereta. Su rival le saltó encima al momento, pero no consiguió obligarlo a soltar la presa. Un par de patas insectoides asomaron entre los temblorosos bigotes blancos, y un caparazón marrón y plata con alas se estremeció de muerte.

– ¡Mi cucaracha mantequera! – chilló horrorizado Enrique. Echó hacia atrás la silla y saltó,

de manera bastante efectiva, sobre el felino culpable –. ¡Soltadla, asesinos!

Recuperó el bicho triturado de las fauces de la muerte. El gato negro se encaramó por su pierna y agitó una frenética para: *¡A mí, a mí, dame una también!*

¡Excelente!, pensó Miles, sonriendo afectuosamente a los gatitos. *¡Las cucarachas vomitonas tienen un depredador natural, después de todo!* Estaba desarrollando un rápido plan para llenar de gatos guardianes la mansión Vorkosigan cuando su cerebro cayó en la cuenta. El gatito tenía ya la cucaracha mantequera en la boca cuando entró en el comedor. Por tanto...

– Doctor Borgos, ¿dónde ha encontrado el gato ese bicho? – preguntó Miles –. Creía que los tenía a todos encerrados. De hecho – miró a Mark al otro lado de la mesa –, me prometieron que así sería.

– Ah... – dijo Enrique. Miles no sabía qué cadena de pensamientos desarrollaba el escobariano, pero pudo ver la sacudida cuando llegó al final –. Oh. Discúlpenme. Hay algo que tengo que comprobar en el laboratorio.

Enrique sonrió nervioso, soltó al gatito en su silla vacía, giró sobre sus talones y salió corriendo del comedor, en dirección a las escaleras de atrás.

– Creo que será mejor que vaya con él – dijo Mark rápidamente, y lo siguió.

Lleno de malos presagios, Miles soltó su servilleta y murmuró tranquilamente:

– Tía Alys, Simon, encargaos por mí, ¿queréis?

Se unió al desfile, deteniéndose sólo lo suficiente para indicar a Pym que sirviera más vino. Mucho más. Inmediatamente.

Miles alcanzó a Enrique y a Mark en la puerta del lavadero-convertido-en-laboratorio justo a tiempo para oír gritar *¡Oh, no!* al escobariano. Se abrió paso y encontró a Enrique arrodillado junto a una gran bandeja, una de las casas de las cucarachas mantequeras, que ahora yacía en ángulo entre la cama donde estaba encaramada y el suelo. La tapa estaba abierta. Dentro, una única cucaracha mantequera con librea Vorkosigan, a la que le faltaban dos patas de un lado, daba vueltas y más vueltas, incapaz de escapar.

– ¿Qué ha pasado? – le preguntó Miles a Enrique.

– Se han ido – repuso Enrique, y empezó a arrastrarse por el suelo, buscando –. Esos malditos gatos deben de haber volcado la bandeja. La había sacado para seleccionar los insectos que le presenté. Quería los más grandes y mejores. Todo estaba tan bien cuando lo dejé...

– ¿Cuántas cucarachas había en esta bandeja?

– Todas ellas, el grupo genético entero. Unos doscientos individuos.

Miles contempló el laboratorio. Por ninguna parte se veían las cucarachas con librea Vorkosigan. Pensó en la estructura grande, vieja y agrietada que era en realidad la mansión Vorkosigan. Grietas en los suelos, grietas en las paredes, diminutas fisuras a las que acceder en

todas partes; espacios bajo las tablas, tras los frisos, en los desvanes, dentro de las viejas paredes de escayola...

Las obreras, había dicho Mark, *caminarían hasta morir, fin de la historia*.

– Todavía tiene la reina, supongo. Puede, uh, recuperar su fuente genética, ¿no? – Miles empezó a caminar lentamente junto a las paredes, mirando hacia el suelo. Ningún destello marrón y plata captó su atención.

– Um – dijo Enrique.

Miles escogió sus palabras con mucho cuidado.

– Me aseguró usted que las reinas no podían moverse.

– Las reinas *maduras* ni pueden moverse, eso es cierto – explicó Enrique, poniéndose en pie otra vez, y sacudiendo la cabeza –. Pero las reinas *inmaduras*, sin embargo, corretean como un rayo.

Miles lo vio todo en un décimo de segundo. Cucarachas vomitonas con la librea Vorkosigan. Cucarachas vomitonas con la librea Vorkosigan *por toda Vorbarr Sultana*.

Había un truco de SegImp que consistía en agarrar a un tipo por el cuello y darle una especie de medio giro, y hacerle algo con los nudillos; aplicado correctamente, cortaba la circulación sanguínea y la respiración. Miles comprobó encantado que no había perdido la habilidad, a pesar de su nueva vocación civil. Acercó la mortecina cara de Enrique a la suya. Kareen, sin aliento, llegó a la puerta del laboratorio.

– Borgos. Harás que todas y cada una de esas malditas cucarachas vomitonas y *especialmente* su reina, sean recuperadas y encerradas al menos seis horas antes de que los condes Vorkosigan entren por esa puerta mañana por la tarde. Porque cinco horas y cincuenta y nueve minutos antes de que lleguen mis padres voy a llamar a un exterminador profesional para que se encargue de la plaga, y eso significa todas y cada una de las cucarachas vomitonas que queden, ¿entendido? Ninguna excepción, sin piedad.

– ¡No, no! – consiguió gemir Enrique, a pesar de la falta de oxígeno –. No puede...

– ¡Lord Vorkosigan! – la voz sorprendida de Ekaterin llegó desde la puerta. Tuvo un efecto sorpresa parecido a ser golpeado por un rayo aturdidor en una emboscada. Miles abrió la mano, sintiéndose culpable, y Enrique se enderezó, tambaleándose, mientras tomaba aire en un enorme hipido estrangulado.

– Por mí no te pares, Miles – dijo Kareen fríamente. Entró en el laboratorio, con Ekaterin tras ella –. ¡Enrique, idiota! ¿Cómo pudiste mencionar el Orbe delante de mis padres? ¿Es que no tienes sentido común?

– ¿Lo conoces desde hace tiempo y todavía lo preguntas? – dijo Mark, sombrío.

– ¿Y cómo se...? – su furiosa mirada se volvió hacia Mark –. ¿Cómo se enteró, Mark?

Mark retrocedió un poco.

– Mark nunca dijo que fuera un secreto... me pareció romántico. ¡Lord Vorkosigan, por favor! ¡No llame a un exterminador! ¡Recuperaré a todas las chicas, lo prometo! De algún modo...

Los ojos de Enrique se llenaron de lágrimas.

– ¡Cálmate, Enrique! – lo tranquilizó Ekaterin –. Estoy segura – dirigió a Miles una mirada dudosa –, de que lord Vorkosigan no ordenará que maten a tus bichos. Los volverás a encontrar.

– Hay un límite de tiempo... – murmuró Miles entre dientes. Podía imaginar la escena, al día siguiente por la tarde o por la noche, cuando intentara explicar a los virreyes qué eran aquellos ruiditos de arcadas detrás de las paredes. Tal vez podría dejarle a Mark la tarea de informarles...

– Si quieres, Enrique, me quedaré aquí a ayudarte a buscarlas – se ofreció Ekaterin. Miró a Miles con el ceño fruncido.

La sensación fue como si una flecha le atravesara el corazón, *Urk*. Eso sí que era una escena: Ekaterin y Enrique con las cabezas unidas heroicamente para salvar a los Pobres Bichos de las malvadas amenazas del villano lord Vorkosigan... A regañadientes, se echó atrás.

– Después de cenar – sugirió –. Todos volveremos después de cenar y ayudaremos.

Sí, si alguien iba a arrastrarse por el suelo buscando cucarachas junto a Ekaterin, sería él, maldición.

– Los soldados también – imaginó la alegría de Pym por la tarea, y dio un respingo interiormente –. Por ahora, tal vez será mejor que regresemos y entablemos conversaciones amables y todo eso – continuó Miles –. Excepto el doctor Borgos, que estará ocupado.

– Me quedaré a ayudarlo – se ofreció animosamente Mark.

– ¿Qué? – chilló Kareen –. ¿Y enviarme de vuelta con mis padres sola? Y mis hermanas... no dejarán de hacer comentarios a mi costa nunca...

Miles sacudió la cabeza, desesperado.

– ¿Por qué demonios, en primer lugar se te ocurrió llevar a Kareen al Orbe, Mark?

Mark lo miró, incrédulo.

– ¿Tú por qué crees?

– Bueno... sí... pero sin duda sabías que no era, que no era, um... adecuado para una joven barryaresa...

– ¡Miles, maldito hipócrita! – dijo Kareen, indignada –. Si la Gran'Tante Naismith nos dijo que tú mismo estuviste allí... ¡varias veces...!

– Eso fue por deber – dijo Miles, tan tranquilo –. Es sorprendente cómo el espionaje industrial y los ejércitos interestelares se filtran a través del Orbe. Será mejor que creas que la seguridad betana lo controla todo.

– ¿Ah, sí? – dijo Mark –. ¿Y también se supone que tenemos que creer que no probaste nunca los servicios mientras esperabas a tus contactos?

Miles sabía reconocer cuándo era el momento de iniciar una retirada estratégica.

– Creo que todos deberíamos ir a cenar. O se quemará o se secará o lo que sea, y Ma Kosti se enfadará mucho con nosotros por estropear su presentación. Y se irá a trabajar con la tía Alys, y todos tendremos que volver a comer de sobre.

Esta horrible amenaza alcanzó a Mark y Kareen. Sí, ¿y quién había inspirado a su cocinera a ofrecer todas aquellas sabrosas recetas con manteca de cucaracha? Sin duda que a Ma Kosti no se le habían ocurrido a ella sola. Apeataba a conspiración.

Resopló y le ofreció el brazo a Ekaterin. Después de un momento de vacilación, y tras dirigir una mirada preocupada a Enrique, ella lo aceptó, y Miles consiguió que todos salieran del laboratorio y subieran las escaleras de regreso al comedor sin que ninguno se perdiera.

– ¿Todo bien abajo, milord? – preguntó Pym en voz baja y preocupada.

– Ya hablaremos luego – respondió Miles, igualmente *sotto voce* –. Sirve el siguiente plato. Y ofrece más vino.

– ¿Debemos esperar al doctor Borgos?

– No. Estará ocupado.

Pym se estremeció, inquieto, pero se marchó a cumplir con su deber. La tía Alys, bendito fuera su sentido de la etiqueta, no pidió que la informaran, sino que condujo inmediatamente la conversación hacia temas neutrales; su mención de la boda del Emperador distrajo a casi todos de inmediato. Posiblemente a todos menos a Mark y al comodoro Koudelka, que se miraban el uno al otro en silencio. Miles se preguntó si debería advertir en privado a Kou de que sería mala idea clavarle el bastón a Mark, o si eso causaría más mal que bien. Pym llenó hasta arriba el vaso de vino de Miles antes de que pudiera explicarle que sus instrucciones no incluían que se lo sirviera a él. Qué demonios. Un poco de... aturdimiento, empezaba a parecer un estado atractivo.

No estaba seguro de que Ekaterin se lo estuviera pasando bien; había vuelto a guardar silencio y miraba de vez en cuando la silla vacía del doctor Borgos. Aunque las observaciones de lord Dono la hicieron reír, dos veces. La antigua lady Donna era un hombre sorprendentemente apuesto, advirtió Miles tras observarlo con atención. Ingenioso, exótico y posible heredero de un condado... y, ahora que lo pensaba, con una ventaja de lo más injusta a la hora de hacer el amor.

Los lacayos retiraron los platos para servir un filete de ternera artificial con una guarnición de pimienta muy suave, todo acompañado de un potente vino tinto. Llegó el postre: montañas esculpidas de una sustancia marfileña, cremosa y congelada, rematadas por un bellissimo conjunto de fruta escarchada. Miles agarró a Pym, que había estado evitando su mirada, por la manga, y se inclinó hacia delante para susurrarle:

– Pym, ¿esto es lo que creo que es?

– No se pudo evitar, milord – murmuró Pym a su vez, rechazando toda personalidad –. Ma

Kosti dijo que esto o nada. Todavía está furiosa por las salsas, y dice que quiere hablar con usted después.

– Oh. Entiendo. Bien. Continúa.

Tomó su cuchara y dio un valiente bocado. Sus invitados lo imitaron, vacilantes, excepto Ekaterin, quien contempló su porción con sorprendido deleite y se inclinó hacia adelante para intercambiar una sonrisa con Kareen, sentada al otro lado de la mesa; Kareen le devolvió un misterioso pero triunfal signo. Para colmo, el postre estaba absolutamente delicioso y activó simultáneamente todos los primitivos receptores de placer en la boca de Miles. El dulce y potente vino dorado del postre lo acompañó con un aromático estallido en su paladar que se complementaba a la perfección con la congelada manteca de cucaracha. Habría chillado. Sonrió, tenso, y bebió. Su cena había mejorado, al menos.

Hablar de la boda de Gregor y Laisa permitió a Miles contar una divertida anécdota sobre sus deberes para obtener y transportar, un regalo de boda de la gente de su Distrito, una escultura de tamaño natural de un guerrillero a caballo, hecha con azúcar de arce. Esto arrancó por fin una sonrisita a Ekaterin, dirigida esta vez hacia la persona adecuada. Miles anotó mentalmente que tenía que hacerle una pregunta sobre los jardines; sin duda ella se animaría, estaba seguro, si sabía darle pie. Lamentó no haber contado con tía Alys para eso. Habría sido más sutil pero, según el plan original, ella no tendría que haber estado sentada allí...

La pausa de Miles había durado demasiado. Aprovechando su turno para acabarla, Illyan se volvió hacia Ekaterin.

– Hablando de bodas, señora Vorsoisson, ¿cuánto tiempo lleva Miles cortejándola? ¿Han fijado ya una fecha? Personalmente, creo que debería usted apretarle las clavijas y hacer que se lo ganara.

Un escalofrío se clavó en la boca del estómago de Miles. Alys se mordió los labios. Incluso Galeni dio un respingo.

Olivia alzó la cabeza, confundida.

– Creí que no debíamos mencionar eso todavía.

Kou, junto a ella, murmuró:

– Calla, cariño.

Lord Dono, con maliciosa inocencia Vorrutyer, se volvió hacia ella y preguntó:

– ¿Qué no debíamos mencionar?

– Oh, pero si el capitán Illyan lo ha dicho, debe estar bien – concluyó Olivia.

Al capitán Illyan le hicieron trizas el cerebro el año pasado, pensó Miles. No está bien.

Precisamente eso es lo que no está.

Su mirada se volvió hacia Miles.

– O tal vez...

No, terminó Miles por ella, en silencio.

El rostro de Ekaterin, animado y divertido hacía unos instantes, se estaba convirtiendo en mármol tallado. No fue un proceso instantáneo, sino progresivo, implacable, geológico. Su peso contra el corazón de Miles fue aplastante. *Pigmalión al revés: convierto a las mujeres vivas en piedra blanca...* Él conocía aquella mirada dura y desierta; la había visto un mal día en Komarr, y esperaba no volver a verla jamás en su hermoso rostro.

El corazón herido de Miles se llenó de ebrio pánico. *No puedo permitirme perder a ésta, no puedo, no puedo*. Impulso adelante, impulso adelante y franqueza, así había ganado batallas anteriormente.

– Sí, ah, eh, bueno, bien, eso me recuerda, señora Vorsoisson, quería preguntarle... ¿quiere casarse conmigo?

Un silencio mortal se extendió sobre la mesa.

Ekaterin no respondió al principio. Durante un instante, pareció no haber oído sus palabras, y Miles casi cedió al impulso suicida de repetirlas más fuerte. La tía Alys se cubrió la cara con las manos. Miles pudo sentir que su sonrisa se volvía pastosa y le resbalaba por la cara. *Lo que debería haber dicho, lo que quería decir es... ¿quiere por favor pasarme la mantequilla de cucaracha? Demasiado tarde...*

Ella se desatascó sin disimulo la garganta y habló. Sus palabras cayeron de sus labios como lascas de hielo, afiladas y temblequeantes.

– Qué extraño. Y yo que pensaba que le interesaban los jardines. O eso me dijo.

Me mintió, gravitó en el aire entre ellos, de un modo silencioso pero atronador.

Pues grita. Chilla. Tírame algo. Pisotéame de arriba a abajo, me estará bien, me dolerá pero puedo con eso...

Ekaterin tomó aire y el alma de Miles tembló esperanzada, pero sólo fue para retirar la silla, colocar la servilleta junto al postre a medio comer, darse la vuelta y marcharse de a mesa. Se detuvo junto a la profesora lo suficiente para inclinarse y murmurar:

– Tía Vorthys, te veré en casa.

– Pero querida, ¿estarás bien...? – La profesora descubrió que le estaba hablando al aire, ya que Ekaterin continuó caminando. Apresuró el paso cuando se acercó a la puerta, hasta que casi echó a correr. La profesora se volvió e hizo un gesto a Miles de cómo-pudiste-hacer-esto o tal vez cómo-pudiste-hacer-esto-idiota.

El resto de tu vida se marcha por esa puerta. Haz algo. La silla de Miles cayó hacia atrás de golpe cuando se levantó.

– Ekaterin, espere, tenemos que hablar...

No corrió hasta que atravesó la puerta, y se detuvo sólo lo suficiente para cerrarla, y para cerrar otras dos más que había en las habitaciones situadas entre la fiesta y ellos. La alcanzó en el pasillo de entrada, cuando estaba intentando en vano abrir la entrada: naturalmente, tenía una cerradura de seguridad.

– Ekaterin, espere, escúcheme, puedo explicarlo – jadeó.

Ella se volvió para dirigirle una mirada incrédula, como si fuera una cucaracha mantequera de librea Vorkosigan acabada de encontrar flotando en su sopa.

– Tengo que hablar con usted. Tiene usted que hablar conmigo – le exigió él, desesperado.

– Desde luego – dijo ella al cabo de un momento, los labios blancos –. Hay algo que tengo que decir. Lord Vorkosigan, renuncio a mi trabajo como diseñadora paisajística. A partir de este momento, ya no es mi jefe. Le enviaré los diseños y calendarios de plantación mañana, para que se los entregue a mi sucesor.

– ¿Y de qué me servirán?

– Si un jardín era lo que realmente quería de mí, entonces es todo lo que necesita, ¿no?

Él ensayó las posibles respuestas antes de expresarlas. *Sí* quedaba descartado. Así que era *no*. Espera un momento...

– ¿No podría haber querido ambas cosas? – sugirió esperanzado. Continuó con más convicción –. No le estaba mintiendo. No estaba diciendo todo lo que tenía en la cabeza, porque, maldición, usted no estaba preparada para escucharlo, porque todavía no se ha recuperado de ser exprimida durante diez años por ese capullo de Tien, y yo pude verlo, y usted pudo verlo, e incluso su tía Vorthys pudo verlo, y ésa es la verdad.

Por la sacudida que dio su cabeza, había pinchado en hueso. Pero ella sólo dijo, con voz mortífera:

– Por favor, abra la puerta, lord Vorkosigan.

– Espere, escuche...

– Ya me ha manipulado lo suficiente – dijo ella –. Ha jugado con mi... mi vanidad...

– Vanidad no – protestó él –. Habilidad, orgullo, impulso... cualquiera podía ver que sólo necesitaba una oportunidad...

– Está usted acostumbrado a salirse con la suya, ¿verdad, lord Vorkosigan? Siempre a su gusto – ahora su voz era horriblemente desapasionada –. Plantarme una trampa delante de todo el mundo...

– Eso ha sido un accidente. Illyan no se enteró, verá, y...

– ¿Y todos los demás lo sabían? ¡Es usted *peor* que Vormoncrief! ¡Bien podría haber aceptado su oferta!

– ¿Eh? ¿Qué hizo Alexi... quiero decir, no, pero... sea lo que sea lo que usted quiera, yo

quiero dárselo. Ekaterin. Lo que necesite. Lo que sea.

– No puede darme mi alma – ella se quedó mirando, no hacia él, sino hacia adentro, un paisaje que él no podía imaginar –. El jardín podría haber sido mi regalo. También me lo ha quitado.

Sus últimas palabras hicieron que Miles cesara en sus gimoteos. ¿Qué? Espera, ahora estaban llegando a algo, elusivo, pero completamente vital...

Un gran vehículo de tierra se detenía ante la mansión. No esperaban a más visitantes; ¿cómo habían conseguido pasar ante el guardia de SegImp sin notificar a Pym? Maldición, interrupciones no, no ahora, cuando ella estaba empezando a abrirse, o al menos a abrir fuego...

Al hilo de estos pensamientos, Pym llegó corriendo al recibidor.

– Lo siento, milord... lamento interrumpir, pero...

– *Pym* – la voz de Ekaterin fue casi un grito, quebrada, desafiando las lágrimas que la acechaban –. *Abra la maldita puerta y déjeme salir.*

– ¡Sí, señora! – Pym se puso firmes, y su palma apretó la placa de seguridad.

Las puertas se abrieron. Ekaterin salió como una tromba, la cabeza gacha, para chocar con el pecho de un hombre fornido de pelo blanco que llevaba una camisa pintoresca y un par de gastados pantalones negros. Ekaterin rebotó, y el inexplicable desconocido la tomó por las manos. Una mujer alta y de aspecto cansado, con arrugadas faldas de viaje, el pelo rojizo arado a la nuca, apareció junto a él, diciendo:

– ¿Qué demonios...?

– Discúlpeme señorita, ¿está usted bien? – preguntó el hombre del pelo blanco con voz de barítono. Miró inquisitivamente a Miles y entró en el vestíbulo.

– No – jadeó ella –. Necesito... quiero un autotaxi, por favor.

– Ekaterin, no, espere – dijo Miles.

– Quiero un autotaxi *ahora mismo*.

– El guardia de la puerta le pedirá uno – la tranquilizó la mujer del pelo rojo. La condesa Cordelia Vorkosigan, Virreina de Sergyar (*mamá*) miró de manera aún más ominosa a su gimoteante hijo –. Y la llevará hasta que esté a salvo. Miles, ¿por qué acosas a esta joven? – y añadió, vacilante –: ¿Interrumpimos negocios o placer?

Con treinta años de familiaridad, Miles no tuvo problemas para descifrar aquel críptico comentario que significaba: *¿Hemos entrado de lleno en un interrogatorio oficial que ha salido mal, o es una de tus pifias personales otra vez?* Dios sabía qué habría entendido Ekaterin. Una nota positiva: si Ekaterin nunca volvía a hablarle, no tendría que explicarle el peculiar sentido del humor betano de la condesa.

– Mi cena – rezongó Miles –. Acaba de hacer aguas.

Y se hunde. Se cree que todos los que iban a bordo han perecido. Era redundante preguntar *¿qué estáis haciendo aquí?* La nave de salto de sus padres había llegado, obviamente, a la órbita con antelación, y éstos dejaron al resto de su séquito para que los siguiera al día siguiente, mientras ellos se iban a dormir directamente a su propia cama. ¿Cómo había ensayado que sería aquel encuentro vitalmente importante, completamente crítico para él?

– Mamá, papá, permitidme que os presente... *jella se marcha!*

Mientras una nueva distracción surgía del pasillo situado a espaldas de Miles, Ekaterin se perdió en las sombras camino de la verja de entrada. Los Koudelka, que quizás habían deducido inteligentemente que la fiesta se había terminado, se retiraban en masa, pero la conversación *espera-hasta-que-llegemos-a-casa* ya estaba en marcha. La voz de Kareen protestaba, la del comodoro la anuló, diciendo:

– Tú te vienes para casa ahora mismo. No vas a quedarte ni un minuto más en esta casa.

– *Tengo que volver. Trabajo aquí.*

– Ya no, tú no...

La voz apurada de Mark los seguía.

– Por favor, señor, comodoro, señora Koudelka, no deben echar la culpa a Kareen...

– ¡No podéis detenerme! – exclamó Kareen.

La mirada del comodoro Koudelka se posó en los recién llegados cuando el grupo desembocó en el vestíbulo.

– ¡Ah... Aral! – exclamó –. ¿Te das cuenta de lo que ha hecho tu hijo?

El conde parpadeó.

– ¿Cuál? – preguntó tranquilamente.

El corazón de Mark se animó cuando oyó esta afirmación casual de su identidad. Incluso en medio del caos que amenazaba con destruir sus esperanzas, Miles se alegró de haber visto la breve expresión de asombro que asomó en aquellos rasgos gordos y distorsionados. *Oh, hermano. Sí. Por eso mis hombres siguen a este hombre...*

Olivia tiró de la manga de su madre.

– Mamá – susurró apremiante –, ¿puedo ir a casa con Tatya?

– Sí, querida, creo que sería una buena idea – contestó Drou distraída, mirando al frente.

Miles no estaba seguro de si acotaba los potenciales aliados de Kareen en la batalla que se avecinaba o sólo el escándalo que era de esperar.

René y Tatya parecían felices de escapar en silencio bajo el fuego de cobertura, pero lord Dono, que de algún modo se había unido al grupo, se detuvo lo suficiente para decir alegremente.

– Gracias, lord Vorkosigan, por una velada memorable.

Hizo un gesto cordial a los condes Vorkosigan, mientras seguía a los Vorbretten a su

vehículo de tierra. Bueno, la operación no había cambiado el vil gusto de Donna/Dono por la ironía, desgraciadamente...

– ¿Quién era ése? – preguntó el conde Vorkosigan –. Me resulta familiar...

Un distraído Enrique, con los pelos de punta, entró en el vestíbulo por la entrada casera. Llevaba un recipiente en la mano, y lo que Miles pudo bautizar como Peste-en-un-palo en la otra: una vara con un pegote de fibra empapada de empalagoso olor en un extremo, que agitaba por el suelo.

– Aquí, cucarachita, cucarachita – arrullaba –. Venid con papá, sed buenas chicas... – Se detuvo y miró preocupado debajo de una mesita –. Cucarachita, cucarachita...

– Eso sí que pide a gritos una explicación – murmuró el conde, observándolo fascinado.

En la verja sonó la portezuela de un autotaxi; sus motores zumbaron mientras se perdía en la noche para siempre. Miles se quedó inmóvil, escuchando entre el clamor, hasta que su último susurro se apagó.

– ¡Pym! – la condesa divisó a una nueva víctima y su voz se volvió un poco peligrosa –. Te encomendé que cuidaras de Miles. ¿Quieres explicarme esta escena?

Hubo una pausa reflexiva. Con total sinceridad, Pym respondió:

– No, milady.

– Pregúntale a Mark – dijo Miles, malévolo –. Él te lo explicará todo.

Con la cabeza gacha, se dirigió hacia las escaleras.

– ¡Rata cobarde...! – le susurró Mark mientras pasaba por su lado.

El resto de los invitados se quedó en el vestíbulo, sin saber qué hacer.

– Miles, ¿estás borracho? – preguntó el conde, cauteloso.

Miles se detuvo en el tercer escalón.

– Todavía no, señor – repuso. No miró hacia atrás –. No lo suficiente todavía. Pym, acompáñame.

Subió de dos en dos los escalones hacia sus cámaras, y el olvido.

– Buenas tardes, Mark – la penetrante voz de la condesa Vorkosigan acabó con los últimos e inútiles intentos de Mark por seguir inconsciente.

Gruñó, se apartó las sábanas de la cara y abrió un ojo.

Probó respuestas con su lengua de trapo. *Condesa. Virreina. Mamá.* Extrañamente, *mamá* parecía funcionar mejor.

– Maftardeff, mamamff.

Ella lo estudió un instante más, luego asintió e hizo una señal a la criada que lo seguía. La chica depositó una bandeja de té en la mesilla de noche y contempló con curiosidad a Mark, que tuvo que volver a taparse, aunque aún vestía la mayor parte de la ropa de la noche anterior. La doncella salió obedientemente de la habitación tras el firme «Gracias, eso será todo» de la condesa.

La condesa Vorkosigan abrió las cortinas, dejando entrar una luz cegadora, y acercó una silla.

– ¿Té? – preguntó, y lo sirvió sin esperar respuesta.

– Sí, supongo. – Mark se enderezó a duras penas y recolocó la almohada para aceptar el tazón sin derramar su contenido. El té era fuerte y oscuro, con leche, como le gustaba, y le quemó la boca, quitándole la sensación pastosa.

La condesa miró vacilante los frascos vacíos de mantequilla de cucaracha apilados sobre la mesa. Los contaba, tal vez, porque dio un respingo.

– He pensado que no querías desayunar todavía.

– No, gracias – aunque su terrible dolor de estómago se estaba calmando. El té lo había aliviado.

– Ni tu hermano tampoco. Miles, posiblemente impulsado por su necesidad recién descubierta de mantener la tradición Vor, buscó la anestesia en el vino. Y también la consiguió, según Pym. De momento, vamos a dejarlo disfrutar de su espectacular resaca sin comentarios.

– Ah.

Hijo afortunado.

– Bueno, tendrá que salir de sus habitaciones tarde o temprano. Aunque Aral aconseja que no lo busquemos antes de la noche – la condesa Vorkosigan se sirvió también una taza de té, y le añadió leche –. Lady Alys estaba muy molesta con Miles por abandonar el campo antes de que todos sus invitados se hubiera marchado. Lo consideró una vergonzosa falta de buenos modales por su parte.

– Todo fue un caos. – Un caos, parecía, al que todos iban a sobrevivir. Por desgracia. Mark tomó otro sorbo –. ¿Qué sucedió después... de que se marcharan los Koudelka?

Miles había huido pronto; el valor de Mark se quebró cuando el comodoro perdió los estribos hasta el punto de referirse a la madre de la condesa como esa *maldita alcahueta betana*, y Kareen salió corriendo por la puerta proclamando que prefería irse caminando a casa, o mejor al otro lado del continente, antes que viajar un metro en un coche con una pareja de *salvajes* barryareses ignorantes e incultos. Mark escapó a su dormitorio con un puñado de frascos de mantequilla de cucaracha y una cucaracha, y echó llave a la puerta; Glotón y Aullido hicieron todo lo posible por restaurar sus nervios deshechos.

Regresión bajo estrés, lo habría llamado sin duda su terapeuta. Medio había olvidado medio había disfrutado de la sensación de no estar al mando de su propio cuerpo, pero dejar que Glotón llegara hasta su límite había bloqueado al mucho más peligroso *Otro*. Era mala señal cuando Asesino no adoptaba ningún nombre. Había conseguido desmayarse antes de desmoronarse, pero por los pelos. Ahora se sentía agotado, la cabeza nublada y silenciosa como un paisaje después de una tormenta.

– Aral y yo tuvimos una charla enormemente interesante con el profesor y la profesora Vorthys – continuó la condesa –. Ésa sí que es una mujer con la cabeza en su sitio. Ojalá la hubiera conocido antes. Luego se marcharon a ver a su sobrina, y nosotros tuvimos una charla aún más larga con Alys y Simon – dio un lento sorbo –. ¿Entiendo correctamente que la joven morena que salió corriendo anoche era mi nuera en potencia?

– Ya no, no creo – dijo Mark despacio.

– Maldición – la condesa frunció el ceño, mirando su taza –. Miles no nos contó prácticamente nada de ella en los informes que nos enviaba a Sergyar. Y digo bien: informes. Si hubiera sabido entonces la mitad de las cosas que la profesora me contó más tarde, yo mismo la habría interceptado.

– No fue culpa mía que saliera corriendo – se apresuró a señalar Mark –. Miles abrió la boca y metió la pata él solo – tras un instante, reconoció, algo más reacio –: Bueno, supongo que Illyan ayudó.

– Sí. Simon se quedó muy afectado cuando Alys se lo explicó todo. Tenía miedo de que le hubieran contado el gran secreto de Miles y luego lo hubiera olvidado. Estoy bastante molesta con Miles por prepararle un encerrona así – una peligrosa chispa brilló en sus ojos.

Mark estaba muchísimo menos interesado en los problemas de Miles que en los suyos propios.

– ¿Y, ah... ha encontrado ya Enrique a su reina perdida? – dijo cautelosamente.

– Hasta ahora no – la condesa se volvió en la silla y lo miró, divertida –. También tuve una larga charla con el doctor Borgos, cuando Alys e Illyan se marcharon. Me enseñó vuestro laboratorio. Obra de Kareen, tengo entendido. Le prometí que impediría la orden de ejecución de

Miles sobre sus criaturas, después de lo cual se calmó considerablemente. Su ciencia no parece mala.

– Oh, es brillante en las cosas que le llaman la atención. Sus intereses son un poco, um, limitados, eso es todo.

La condesa se encogió de hombros.

– He vivido casi toda la vida con hombres obsesionados. Creo que tu Enrique encaja en esa descripción.

– Entonces... ¿has visto nuestras cucarachas mantequeras?

– Sí.

Parecía impertérrita; *betana, ya sabes*. Ojalá Miles hubiera heredado más tendencias tuyas.

– Y, um... ¿las ha visto ya el conde?

– La verdad es que sí. Encontramos una en nuestra mesilla de noche cuando nos despertamos esta mañana.

Mark dio un respingo.

– ¿Qué hicisteis?

– Le pusimos un vaso encima y la dejamos para que su papaíto la recogiera. Por desgracia, Aral no vio la cucaracha que exploraba su zapato antes de ponérselo. A ésa la eliminamos rápidamente. Lo que quedaba de ella.

Tras un silencio sepulcral, Mark, preguntó, esperanzado:

– No era la reina, ¿verdad?

– Me temo que no podemos decirlo. Parecía tener el mismo tamaño que la otra.

– Mm, entonces no. La reina habría sido mucho más grande.

Guardaron otra vez silencio, durante un rato.

– Le concedo a Kou una cosa – dijo la condesa por fin –. Tengo ciertas responsabilidades hacia Kareen. Y hacia ti. Era perfectamente consciente de la gama de elecciones que se os presentarían en la Colonia Beta. Incluyendo, felizmente, el uno a la otra. – vaciló –. Tener a Kareen Koudelka como nuera os causaría a Aral y a mí gran placer, por si tenías alguna duda.

– Nunca he pensado lo contrario. ¿Me estás preguntando si mis intenciones son honorables?

– Confío en tu honor, ya encaje con la estrecha definición barrayaresa o con algo más amplio.

Mark suspiró.

– No sé por qué, creo que el comodoro y la señora Koudelka no están preparados para recibirme con los brazos abiertos.

– Eres un Vorkosigan.

– Un clon. Una imitación. Un producto jacksoniano barato.

Y encima chalado perdido.

– Un producto jacksoniano condenadamente caro.

– Ja – reconoció Mark, sombrío.

Ella sacudió la cabeza, y su sonrisa se hizo más triste.

– Mark, estoy más que dispuesta a ayudaros a Kareen y a ti a conseguir vuestros objetivos, sean cuales sean los obstáculos. Pero tenéis que darme alguna pista de cuáles son esos objetivos.

Cuidado con cómo apuntas a esta mujer. La condesa era a los obstáculos como un cañón láser a las moscas. Mark estudió sus manos regordetas y flácidas, deprimido. La esperanza, y su acompañante, el miedo, empezaron a agitarse de nuevo en su corazón.

– Quiero... lo que Kareen quiera. En Beta, creí que lo sabía. Desde que regresamos, todo es confuso.

– ¿Choque cultural?

– No es sólo eso, aunque en parte. – Mark se esforzó buscando las palabras, tratando de explicar el sentido de la integridad de Kareen –. Creo... creo que ella quiere *tiempo*. Tiempo para ser ella misma, para estar donde está, ser quien es. Sin prisas o sin ser forzada a desempeñar un papel u otro, excluyendo todas las demás posibilidades. *Esposa* es un término condenadamente excluyente, tal como lo usan aquí. Dice que Barrayar quiere meterla en una caja.

La condesa ladeó la cabeza, reflexionando sobre aquello.

– Puede que sea más lista de lo que cree.

Él rezongó.

– Por otro lado, puede que en Beta yo fuera su vicio secreto. Y aquí soy una horrible molestia para ella. Tal vez le gustaría que me quitara de en medio y la dejara en paz.

La condesa alzó una ceja.

– No es lo que me pareció anoche. Kou y Drou prácticamente tuvieron que soltarle las uñas del marco de la puerta.

Mark sonrió levemente.

– Vaya.

– ¿Y cómo han cambiado tus objetivos, en el año que has pasado en Beta? Además de añadir el deseo del corazón de Kareen al tuyo propio, quiero decir.

– No han cambiado exactamente – dijo él, despacio –. Se han templado, tal vez. Enfocado. Modificado.. Conseguí en mi terapia algunas cosas que creí que no conseguiría jamás en la vida, y me desesperaba. Eso me hizo pensar que el resto tal vez no sea tan imposible, después de todo.

Ella asintió, animándolo.

– Las clases... la economía estaba bien. Estoy empezando a dominar un montón de cosas, ya sabes. Empiezo a saber qué estoy haciendo, sin necesidad de falsearlo todo el tiempo – la miró de

rejo – No he olvidado Jackson's Whole. He estado pensando en formas indirectas de acabar con esos malditos clonadores carniceros. Lilly Durona tiene algunas ideas para terapias de prolongación de la vida que podrían competir con sus trasplantes de cerebros a clones. Más seguras, casi igual de efectivas y más baratas. Se quedarán sin clientes; eso los destruirá económicamente aunque no los toque físicamente. Todos los ahorrillos que he podido reunir se los he estado enviando al Grupo Durona, para apoyar su causa de investigación y desarrollo. Si esto continúa, seré dueño de una parte importante – sonrió con tristeza –. Y sigo queriendo tener tanto dinero que nadie tenga poder sobre mí. Empiezo a ver cómo conseguirlo, no de la mañana a la noche, pero sí firmemente, poco a poco. Yo, um... no me importaría iniciar un negocio agrícola aquí en Barrayar.

– Y en Sergyar también. Aral se interesó mucho por las posibles aplicaciones de tus cucarachas para nuestros colonos y siervos.

– ¿De verdad? – Mark abrió la boca, asombrado –. ¿Incluso con el blasón Vorkosigan y todo?

– Mm, quizá sería aconsejable que perdieran el blasón de la Casa antes de presentárselas en serio a Aral – dijo la condesa, reprimiendo una sonrisa.

– No sabía que Enrique fuera a hacer eso – dijo Mark a modo de disculpa –. Aunque tendrías que haber visto la expresión de Miles, cuando Enrique se las enseñó. Casi hizo que mereciera la pena... – suspiró al recordarlo, pero luego meneó la cabeza, lleno de renovada desesperación –. Pero ¿de qué sirve todo, si Kareen y yo no podemos regresar a la Colonia Beta? Ella tiene que ganar dinero, si sus padres no pueden mantenerla. Yo podría ofrecerme a pagarle el pasaje, pero... pero no sé si eso sería una buena idea.

– Ah – dijo la condesa –. Interesante. ¿Temes que Kareen piense que habrías comprado su lealtad?

– Yo... no estoy seguro. Es muy consciente de las obligaciones. Quiero una amante, no una deudora. Creo que sería un grave error meterla accidentalmente... en otra clase de caja. Quiero dárselo *todo*. ¡Pero no sé cómo!

Una extraña sonrisa asomó a los labios de la condesa.

– Cuando os lo dais todo el uno al otro, se convierte en un comercio justo. Cada uno lo gana todo.

Mark sacudió la cabeza, aturdido.

– Un trato extraño.

– El mejor. – La condesa terminó su té y soltó la taza –. Bueno. No deseo invadir tu intimidad. Pero recuerda, se te *permite* pedir ayuda. Para eso está la familia.

– Ya te debo demasiado.

La sonrisa de ella se torció.

– Mark, no se paga a los padres. No se puede. La deuda que les debes la asumen tus hijos, que la pasan a su vez. Es una especie de cadena. Y si no tienes hijos, queda como deuda a la humanidad. O a tu Dios, si posees o eres poseído por uno.

– No estoy seguro de que eso sea justo.

– La economía familiar escapa a los cálculos del gran producto planetario. Es el único trato que conozco con el que, si das más de lo que recibes, no te hundes en la bancarrota... sino que sales enormemente enriquecido.

Mark reflexionó sobre aquello. ¿Y qué clase de padre era para él su progenitor-hermano? Más que un hermano, pero desde luego no eran su madre...

– ¿Puedes ayudar a Miles?

– Eso es más difícil. – La condesa se alisó la falda y se levantó –. No conozco a esa señora Vorsoisson de toda la vida, como conozco a Kareen. No está claro qué puedo hacer por Miles... yo diría *pobre chico*, pero con todo lo que he oído, se cavó su propia tumba y se tiró de cabeza dentro. Me temo que va a tener que salir de ésta él solito. Probablemente, será bueno para él.

Asintió con firmeza, como si un suplicante Miles estuviera ya de camino para encontrar en solitario la salvación. *Escribe cuando encuentres buenas obras*. La idea de la preocupación maternal de la condesa era condenadamente enervante a veces, reflexionó Mark mientras ella se marchaba.

Era consciente de que estaba pegajoso, y le picaba todo, y necesitaba orinar y lavarse. Y tenía la acuciante obligación de ayudar a Enrique a buscar su reina perdida, antes de que ella y sus retoños construyeran un nido en las paredes y empezaran a crear *más* cucarachas mantequeras Vorkosigan. Pero saltó hacia su comconsola, se sentó torpemente y pulsó el código de la residencia Koudelka.

Preparó rápidamente cuatro planteamientos distintos para usar dependiendo de si el comodoro, la señora Koudelka, Kareen o una de sus hermanas respondían al vid. Kareen no lo había llamado aquella mañana: ¿estaba dormida, cabreada, castigada? ¿La habían encerrado sus padres en casa? O peor, ¿la habían echado a la calle? Espera, no, eso sería lo mejor: podría venirse a vivir aquí...

Sus ensayos subvocalizados fueron en vano. *Llamada no aceptada* parpadeó en malignas letras rojas, como una mancha de sangre que reptara sobre la placa vid. El programa de reconocimiento de voz lo había eliminado.

Ekaterin tenía un terrible dolor de cabeza.

Era por todo el vino de la noche anterior, decidió. Lo habían servido en cantidades sorprendentes, desde el espumoso en la biblioteca a los distintos vinos que acompañaban cada uno

de los cuatro platos de la cena. No tenía idea de cuánto había bebido exactamente. Pym había llenado su copa sistemáticamente cada vez que el nivel bajaba de los dos tercios. Más de cinco vasos, al menos. ¿Siete? ¿Diez? Su límite habitual eran dos.

Era increíble que hubiera podido marcharse de aquel comedor caluroso sin desplomarse: pero claro, de haber estado sobria, ¿habría tenido el valor – o los malos modales – de hacerlo? *Valiente deshonra, ¿eh?*

Se pasó las manos por el pelo, se frotó el cuello, abrió los ojos y apartó la frente de la fría superficie de la comconsola de su tía. Todos los planos y notas para el jardín barrayarés de lord Vorkosigan estaban ahora organizados de manera clara y lógica, reseñados en un índice. Cualquiera (bueno, cualquier jardinero que supiera lo que estaba haciendo) podría seguirlos y completar el trabajo. La suma final de todos los gastos se incluía al final. La cuenta de crédito en funcionamiento había sido equilibrada, cerrada y anulada. Sólo tenía que pulsar «Enviar» en la comconsola para que todo quedara borrado de su vida para siempre.

Buscó el exquisito modelo de Barrayar en su cadena de oro, amontonado junto a la placa de vid, y lo dejó girar ante sus ojos. Se echó atrás en la silla y lo contempló, junto a todos los recuerdos a él unidos como cadenas invisibles. Oro y plomo, esperanza y temor, triunfo y dolor... Entrecerró los ojos y todo se volvió un borrón.

Recordó el día en que Miles lo compró, en su absurdo viaje a la cúpula komarresa en que acabó mojado, el rostro iluminado de regocijo. Recordó el día en que se lo regaló, en la habitación de hospital de la estación de tránsito, después de la derrota de los conspiradores. El *Premio del lord Auditor Vorkosigan por hacer su trabajo más fácil*, lo había bautizado él, con sus ojos grises haciéndole chiribitas. Pidió disculpas porque no era la medalla de verdad que cualquier soldado hubiese ganado por hacer menos de lo que ella había hecho en aquella horrible noche-ciclo. No era un regalo. O si lo era, ella se había equivocado al aceptarlo, porque era demasiado caro. Aunque él sonreía como un loco, y tía Vorthys no parpadeó siquiera. Era, por tanto, un premio. Ella se lo había ganado, y había pagado por ello con magulladuras y terror y actos movidos por el pánico.

Es mío. No renunciaré a él. Con el ceño fruncido, se pasó la cadena por encima de la cabeza y metió el planeta colgante por dentro de su blusa negra, tratando de no sentirse como una niña culpable que esconde una galleta robada.

Su ardiente deseo de regresar a la mansión Vorkosigan y arrancar su retoño de skellytum, tan cuidadosa y orgullosamente plantado hacía unas pocas horas, se había consumido poco después de la media noche. Para empezar habría tenido que burlar la seguridad de la mansión si entraba en medio de la oscuridad. Pym, o Roic, podrían dispararle, y menudo apuro, pobres tipos. Y luego la habrían llevado dentro, donde... la furia, los efectos del vino y su imaginación exaltada se habían agotado cerca del amanecer, convertido todo por fin en lágrimas secretas y apagadas contra su

almohada cuando la casa ya llevaba largo rato en silencio y podía esperar un poquito de intimidad.

¿Por qué molestarse siquiera? A Miles no le importaba el skellytum... ni siquiera había salido a *mirarlo* la noche anterior. Ella llevaba quince años arrastrando de un lado a otro aquella fea cosa, de un modo u otro, desde que heredó el bonsai de setenta años de su tía abuela. Había sobrevivido a la muerte, el matrimonio, una docena de traslados, más muerte, otros cinco saltos de agujero de gusano y dos trasplantes. Tenía que estar tan agotado como ella. Que se quedara allí y se pudriera, o que se secase y se lo llevara el viento, fuera cual fuese su destino. Al menos lo había traído a Barrayar para que terminara de morir. Suficiente. Se había acabado para ella. Para siempre.

Recuperó en la comconsola las instrucciones del jardín y añadió un apéndice sobre el complicado riego del skellytum después del trasplante y sus necesidades de abono.

– ¡Mamá! – la voz aguda y excitada de Nikki le hizo dar un respingo.

– No... no *pises* tan fuerte, querido – se giró en la silla y le sonrió tristemente a su hijo. Estaba agradecida por no haberlo llevado a la velada de la debacle, aunque lo imaginaba ayudando entusiasmado al pobre Enrique en su caza de cucarachas mantequeras. Pero si Nikki hubiera estado presente, ella no se podría haber marchado, abandonándolo. Ni se lo podría haber llevado, en medio del postre y sin duda entre asombradas protestas. Habría tenido que quedarse clavada a la silla, como una buena madre, soportando el pesado tormento social que pudiera haberse desarrollado luego.

Él se situó a su lado y le preguntó entre saltitos:

– Anoche, ¿decidiste con lord Vorkosigan cuándo va a llevarme a Vorkosigan Surleau para aprender a montar a caballo? Dijiste que lo harías.

Había llevado a Nikki varias veces, cuando ninguno de sus tíos podía quedarse con él en casa. Lord Vorkosigan se había ofrecido generosamente a dejarle corretear por la mansión esos días, e incluso había traído al hijo menor de Pym, Arthur, para que sirviera de compañero de juegos. Ma Kosti había ganado el estómago, su corazón y su lealtad total en muy poco tiempo; el soldado Roic había jugado con él, y Kareen le había dejado ayudarla en el laboratorio. Ekaterin casi había olvidado aquella invitación casual que le había hecho lord Vorkosigan cuando le entregó a Nikki al final de un día de trabajo. Ella contestó con un ruidito amable, en esa ocasión. Miles le había asegurado que el caballo en cuestión era muy viejo y amable, aunque ése no era precisamente la duda que le preocupaba.

– Yo... – Ekaterin se frotó las sienes, lo que disparó un dolor lacerante por toda su cabeza. ¿*Generosidad*...? ¿O simplemente la sutil campaña de manipulación de Miles, ahora revelada? –. Creo que no deberíamos aprovecharnos de él de esa manera. Su Distrito está muy lejos. Si de verdad te interesan los caballos, estoy segura de que podremos encontrarte lecciones de equitación mucho más cerca de Vorbarr Sultana.

Nikki frunció el ceño, claramente contrariado.

– No me importan los caballos. Pero dijo que me dejaría manejar el volador, de vuelta.

– Nikki, eres demasiado joven para pilotar un volador.

– Lord Vorkosigan dijo que su padre le dejaba pilotar cuando era más joven que yo. Dijo que su padre decía que necesitaba saber cómo hacerse con los controles en caso de emergencia. Dijo que lo sentaba sobre su regazo y dejaba que despegara y aterrizara el sólo y todo.

– ¡Eres demasiado grande para sentarte en el regazo de lord Vorkosigan!

También lo era ella, supuso. Pero si él y ella estuvieran... *basta*.

– Bien, es verdad, demasiado bajo – concedió Nikki –. Resultaría raro. ¡Pero el asiento de su volador es de mi medida! Pym me dejó sentarme cuando le ayudaba a pulir los coches. – Nikki dio unos cuantos saltitos más –. ¿Puedes preguntárselo a lord Vorkosigan cuando vayas al trabajo?

– No. No lo creo.

– ¿Por qué no? – la miró, la frente arrugada levemente –. ¿Por qué no has ido hoy?

– Yo... no me encuentro muy bien.

– Oh. ¿Mañana entonces? Vamos, mamá, por favor – se colgó de su brazo y puso carita de niño bueno, sonriendo.

Ella apoyó su dolorida frente en la mano.

– No, Nikki. No lo creo.

– Ah, ¿por qué no? Lo dijiste. Vamos, será magnífico. No tienes que venir si no quieres, supongo. ¿Por qué no, por qué no, por qué no? ¿Mañana, mañana, mañana?

– No voy a ir mañana tampoco.

– ¿Tan enferma estás? No lo pareces – la miró preocupado.

– No – se apresuró a aclarar ella, antes de que empezara a elaborar extrañas teorías médicas. Había perdido a su padre aquel año –. Es que... no voy a volver a la casa de lord Vorkosigan. He dimitido.

– ¿Eh? – Ahora su mirada era de completo asombro –. ¿*Por qué?* Creía que te gustaba hacer ese jardín.

– Me gustaba.

– Entonces, ¿por qué has dimitido?

– Lord Vorkosigan y yo... tuvimos un desacuerdo. Por... por una cuestión ética.

– ¿Qué? ¿Qué cuestión? – su voz estaba cargada de confusión e incredulidad. Se inclinó hacia el otro lado.

– He descubierto que... que él me mintió sobre algo.

Prometió que nunca me mentiría. Había fingido que estaba muy interesado en los jardines. Le había planificado la vida con subterfugios... y luego se lo dijo a todo el mundo en Vorbarr

Sultana. Había fingido que no la amaba. Había prometido que nunca le pediría que se casara con él. Había *mentido*. Trata de explicarle *eso* a un niño de nueve años. O a cualquier otro ser humano racional de cualquier edad o sexo, añadió su sinceridad amargamente. *¿Estoy loca?* La verdad era que Miles no había llegado a decir que no la amaba, sólo lo... había dado a entender. Evitaba tratar el tema, de hecho. Prevaricación por omisión.

– Oh – dijo Nikki, los ojos como platos, aturdido.

La bendita voz de la profesora llegó desde la puerta.

– Vamos, Nikki, no le des la lata a tu madre. Tiene una resaca muy mala.

– *¿Resaca?* – Nikki tenía claramente problemas para asociar las palabras *madre* y *resaca* en el mismo espacio conceptual –. Dice que está enferma.

– Espera a ser mayor, querido. Sin duda descubrirás la diferencia, o la falta de diferencia, por ti mismo. Ahora a correr. – Su sonriente tía abuela se lo llevó –. Fuera, fuera. Ve a ver qué está haciendo tu tío Vorthys. He oído unos ruiditos muy raros hace un rato.

Nikki se dejó expulsar, lanzando una preocupada mirada por encima del hombro.

Ekaterin volvió a apoyar la cabeza en la comconsola y cerró los ojos.

Un golpecito junto a su cabeza la hizo volver a abrirlos. Su tía le ofrecía un gran vaso de agua fría y dos píldoras analgésicas.

– Ya me he tomado dos esta mañana – dijo Ekaterin, aturdida.

– Parece que el efecto ha pasado. Bébetela toda el agua. Está claro que necesitas rehidratarte.

Diligentemente, Ekaterin así lo hizo. Soltó el vaso, y abrió y cerró los ojos unas cuantas veces.

– Eran de verdad el conde y la condesa, ¿no?

No era una pregunta, sino más bien una súplica para que lo negara. Después de casi salir de estampida en su desesperada huida, iba de camino a casa en el autotaxi cuando se dio cuenta demasiado tarde de su identidad. Los grandes y famosos virreyes de Sergyar. ¿Cómo era posible que tuvieran un aspecto de gente tan normal en un momento como ése? *Oh, oh, oh.*

– Sí. Nunca había hablado con ellos largo y tendido antes.

– ¿Hablaste... largo y tendido anoche? – Sus tíos habían vuelto a casa casi una hora después que ella.

– Sí, tuvimos una agradable charla. Me quedé impresionada. La madre de Miles es una mujer muy sensata.

– Entonces por qué su hijo es un... no importa. – *Oh* –. Deben creer que soy una especie de histérica. ¿Cómo pude tener valor para levantarme y marcharme de una cena formal delante de todos esos... y lady *Alys* Vorpatril... y en la *mansión Vorkosigan*. No puedo creer que hiciera eso.

Tras un momento de reflexión, añadió:

– No puedo creer que *él* hiciera eso.

Tía Vorthys no preguntó *¿Qué?*, ni *¿Quién?* Frunció los labios y miró burlona a su sobrina.

– Bueno, supongo que no tuviste otra elección.

– No.

– Después de todo, si no te hubieras marchado, habrías tenido que contestar a la pregunta de lord Vorkosigan.

– Yo... ¿no? – Ekaterin parpadeó. *¿No habían sido sus acciones respuesta suficiente? – ¿En esas circunstancias? ¿Estás loca?*

– Él supo que era un error en el momento en que las palabras escaparon de su boca, a juzgar por la cara que puso. Se notaba que se quedó pálido como el papel. Extraordinario. Pero no puedo dejar de preguntarme, querida... si querías decir que no, ¿por qué no lo dijiste? Era la oportunidad perfecta para hacerlo.

– Yo... yo... – Ekaterin trató de poner en orden sus pensamientos, que parecían dispersos como ovejas –. No habría sido... *educado*.

Tras una pausa reflexiva, su tía murmuró:

– Podrías haber dicho, «No, gracias».

Ekaterin se frotó la cara abotargada.

– Tía Vorthys – suspiró –, te quiero mucho. Pero por favor, ahora márchate.

Su tía sonrió, la besó en la coronilla y se fue.

Ekaterin continuó con sus tristes meditaciones después de aquellas dos interrupciones. Advirtió que su tía tenía razón. No había contestado a la pregunta de Miles. Y ni siquiera se había dado cuenta.

Conocía bien aquel dolor de cabeza y el nudo en el estómago que lo acompañaba, y no tenía nada que ver con haber bebido demasiado vino. Sus discusiones con su difunto esposo Tien nunca habían implicado violencia física contra ella, aunque las paredes habían sufrido sus puñetazos más de una vez. Las broncas siempre se convertían en días de furia congelada y silenciosa, llenos de tensión insoportable y una especie de pesar; dos personas atrapadas juntas en el mismo espacio diminuto, evitándose. Ella casi siempre se venía abajo primero, se echaba atrás, pedía perdón, suplicaba, cualquier cosa por acabar con el dolor. *Descorazonamiento*, tal vez, era el nombre de aquella emoción.

No quiero volver allí. Por favor, que no vuelva otra vez allí.

¿Dónde estoy, cuándo me siento en casa conmigo misma? Allí no, a pesar de la caridad de sus tíos. Ni con su padre. ¿Con... Miles? Había sentido destellos de profunda tranquilidad en su compañía, era cierto, tal vez breves, pero calmados como aguas profundas. También había habido momentos en los que hubiese querido golpearlo con un ladrillo. ¿Cuál era el verdadero Miles? Y ya

puestos, ¿cuál era la verdadera Ekaterin?

La respuesta quedó flotando, y la asustó hasta dejarla sin aliento. Pero ya había elegido mal antes. No tenía juicio en estos asuntos de hombre y mujer, lo había demostrado.

Se volvió hacia la comconsola. Una nota. Debería escribir una especie de nota para mandarla con los planos del jardín que devolvía.

Creo que serán suficientemente explicativos por sí solos, ¿no?

Pulsó el botón «Enviar» de la comconsola y subió las escaleras para correr las cortinas y tumbarse vestida en la cama hasta la cena.

Miles entró en la biblioteca de la mansión Vorkosigan, con una taza de té flojo temblándole en la mano. La luz era demasiado brillante aquella noche. Tal vez debería buscar refugio en un rincón del garaje. O en el sótano. Pero no en la bodega... se estremeció al pensarlo. Pero había acabado por aburrirse de estar en la cama, con la cabeza cubierta por las sábanas o sin ellas. Un día así era suficiente.

Se detuvo bruscamente, y el té tibio se le derramó en la mano. Su padre estaba ante la comconsola segura, y su madre en la gran mesa, con tres o cuatro libros y un montón de informes repartidos delante. Los dos lo miraron y sonrieron para saludarlo. Probablemente sería una descortesía por su parte darse la vuelta y huir.

– Nas noches – consiguió farfullar, y pasó ante ellos hasta su sillón favorito, en el que se sentó con cuidado.

– Buenas noche, Miles – respondió su madre. Su padre apagó la comconsola y lo miró con ligero interés.

– ¿Cómo os fue el viaje desde Sergyar? – continuó Miles, después de casi un minuto de silencio.

– Completamente carente de incidentes, por fortuna – dijo su madre –. Hasta el final.

– Ah – dijo Miles –. Eso – contempló su taza de té.

Sus padres lo ignoraron durante varios minutos, pero aquello en lo que estaban trabajando por separado no parecía capaz de mantener más tiempo su atención. Con todo, nadie se marchó.

– Te echamos de menos en el desayuno – dijo la condesa por fin –. Y en el almuerzo. Y en la cena.

– Todavía estaba vomitando en el desayuno – dijo Miles –. No habría sido muy divertido.

– Eso nos dijo Pym – comentó el conde.

– ¿Has terminado ya? – cortó la condesa.

– Sí. No sirvió de nada. – Miles se hundió un poco más en el sillón, y estiró las piernas ante él –. Una vida en ruinas con vómitos sigue siendo una vida en ruinas.

– Mm – dijo el conde juicioso –, pero facilita el aislamiento. Si eres repulsivo, la gente te evita espontáneamente.

Su esposa lo miró, burlona.

– ¿Hablas por experiencia, querido?

– Naturalmente – sus ojos le devolvieron la sonrisa.

Más silencio. Sus padres no levantaron el campo. Obviamente, concluyó Miles, no era lo bastante repulsivo. Tal vez debiera soltar un eructo amenazador.

– Mamá, tú que eres mujer... – empezó a decir él.

Ella se enderezó y le dirigió una cálida sonrisa betana de aliento.

– ¿Sí...?

– No importa – suspiró él. Se hundió de nuevo.

El conde se frotó los labios y lo observó, pensativo.

– ¿Tienes algo que hacer? ¿Algún sospechoso que someter a Auditoría Imperial, o algo por el estilo?

– En este momento no – repuso Miles. Y tras un momento de reflexión, añadió –: Afortunadamente para ellos.

– Mm – el conde reprimió una sonrisa –. Tal vez eres sabio – vaciló –. Tu tía Vorthys nos contó paso a paso tu cena. Con comentarios. Insistió especialmente en que te dijera que *confía* – Miles pudo oír la cadencia de su tía imitada por la voz de su padre – en que no desertaras de cualquier otra batalla perdida como desertaste de la de anoche.

Ah. Sí. A sus padres les tocó limpiarlo todo, claro.

– Pero no había ninguna esperanza de que me pegaran un tiro en el salón si me quedaba con la retaguardia.

Su padre alzó una ceja.

– ¿Y evitar así el subsiguiente consejo de guerra?

– La conciencia nos convierte en cobardes a todos – entonó Miles.

– Estoy de tu parte – dijo la condesa –, lo suficiente para que la visión de una mujer bonita huyendo y gritando, o al menos maldiciendo, después de tu propuesta de matrimonio me preocupe. Aunque tu tía Alys dice que apenas dejaste otra elección a la joven dama. Es difícil decir qué otra cosa podría haber hecho en vez de largarse. Excepto aplastarte como a una cucaracha, supongo.

Miles dio un respingo al oír la palabra *cucaracha*.

– ¿Hasta qué punto...? – empezó a decir la condesa.

– ¿La ofendí? Bastante, parece.

– La verdad es que iba a preguntarte hasta qué punto fue malo el anterior matrimonio de la señora Vorsoisson.

Miles se encogió de hombros.

– Sólo vi un poco. Deduzco por su forma de reaccionar que el desaparecido y no llorado Tien Vorsoisson era uno de esos sutiles parásitos feroces que dejan a sus compañeras rascándose la cabeza y preguntándose *¿Estoy loca? ¿Estoy loca?*

No tendría esas dudas si se casara con *él*, ja.

– Ah – dijo su madre, comprensiva –. Uno de esos. Sí. Conozco el tipo. Los hay para todos los gustos, por cierto. Hacen falta años para librarte del cacao mental que dejan a su paso.

– Yo no tengo años – protestó Miles –. Nunca he tenido años.

Selló sus labios al ver el pequeño destello de dolor en los ojos de su padre. Bueno, quién sabía cuánto se esperaba que durase la segunda vida de Miles, de todas formas. Tal vez le había dado la vuelta al reloj, después de su criorresurrección. Miles se hundió más en el asiento.

– Lo peor de todo es que lo sabía. Había bebido demasiado, me dejé llevar por el pánico cuando Simon... no pretendí tenderle a Ekaterin una emboscada semejante. Fue fuego amigo...

Hizo una pausa. Poco después, continuó.

– Veréis, se me ocurrió ese brillante plan. Pensé que podría resolverlo todo de un solo golpe. Ella siente verdadera pasión por los jardines, y su marido la había dejado sin recursos. Así que supuse que podría ayudarla a iniciar la carrera de sus sueños, darle un poco de apoyo financiero y conseguir una excusa para verla casi a diario, y ponerme por delante en la competición. Tuve que abrirme paso prácticamente a codazos entre los otros tipos que jadeaban tras ella en el saloncito de los Vorthys...

– ¿Con el propósito de jadear tras ella en su saloncito, supongo? – preguntó su madre dulcemente.

– ¡No! – dijo Miles, dolido –. Para consultarle acerca del jardín que iba a construir en el solar de al lado.

– Así que eso es ese cráter – dijo su padre –. En la oscuridad, desde el vehículo de tierra, parecía que alguien hubiese intentado bombardear la mansión Vorkosigan y hubiese fallado. Me pregunté por qué nadie nos había informado.

– No es un cráter. Es un jardín hundido. Es que... todavía no tiene plantas.

– Tiene una forma muy bonita – lo consoló su madre –. Salí y paseé por allí esta tarde. El arroyuelo es muy bonito. Me recuerda las montañas.

– Ésa es la idea – dijo Miles, ignorando el murmullo de su padre, que decía algo sobre lo que ocurría... *después de un bombardeo cetagandano sobre la posición de los guerrilleros...*

Entonces Miles se enderezó de golpe, horrorizado. *Todavía no tiene plantas.*

– ¡Oh, Dios! ¡No salí a ver el skellytum! Lord Dono vino con Ivan... ¿os explicó lady Alys lo de lord Dono? Y me distraje, y luego llegó la hora de la cena, y después no tuve oportunidad. ¿Lo

ha regado alguien...? Oh, mierda, no me extraña que ella se enfadara. Soy dos veces... – se hundió en un pozo de desesperación.

– A ver si lo he entendido bien – dijo la condesa despacio, estudiándolo de un modo desapasionado –. Agarras a esa pobre viuda, que se esfuerza por ponerse en pie por primera vez en la vida, y agitas ante ella una oportunidad de oro como cebo, sólo para atarla a ti y apartarla de otras posibilidades románticas.

Parecía una forma muy poco caritativa de expresarlo.

– No... no sólo por eso – jadeó Miles –. Intentaba hacerle un favor. Nunca imaginé que dimitiera... el jardín lo era todo para ella.

La condesa se echó hacia atrás y lo miró con una expresión horriblemente pensativa, la que adoptaba cuando cometías el error de llamar toda su atención.

– Miles... ¿recuerdas aquel desafortunado incidente con el soldado Esterhazy y el juego de balontiro, cuando tenías unos doce años?

No había pensado en eso, desde hacía años, pero con sus palabras los recuerdos fluyeron de golpe, todavía manchados de vergüenza y furia. El soldado solía jugar con él al balontiro, y a veces también Elena e Ivan, en el jardín trasero de la mansión Vorkosigan: un juego de bajo impacto, de mínima amenaza para sus entonces frágiles huesos, pero que requería buenos reflejos y coordinación. Él se sintió felicísimo la primera vez que le ganó a un adulto, en este caso el soldado Esterhazy. Pero se estremeció de furia cuando por un comentario casual se enteró de que el juego estaba amañado. Lo había olvidado. Pero no perdonado.

– El pobre Esterhazy pensó que te alegraría, porque en aquel momento estabas deprimido por algo que te había afectado en el colegio, no recuerdo qué – dijo la condesa –. Todavía me acuerdo de lo furioso que te pusiste al descubrir que te había dejado ganar. Hecho una furia. Pensamos que te harías daño.

– Me robó la victoria – rezongó Miles –, igual que si me hubiera hecho trampas para ganar. Y tiñó de duda todas las victorias reales posteriores. Tenía derecho a enfadarme.

Su madre permaneció sentada en silencio, expectante.

Se hizo la luz. Incluso con los ojos cerrados, la intensidad del resplandor le lastimó la cabeza.

– Oh. Noooo – gruñó Miles, cubriéndose la cara con el cojín que apagaba su voz –. ¿Yo le he hecho *eso* a *ella*?

Su implacable madre dejó que asimilara la idea en un silencio más afilado que las palabras.

– Yo le hice *eso* a *ella*... – gimió él.

Lástima que Pym no estuviera a mano. Se apretó el cojín contra el pecho.

– Oh. Dios. Eso es exactamente lo que hice. Ella misma lo dijo. Dijo que el jardín podría

haber sido su regalo. Y se lo quité. También. Cosa que no tenía sentido, ya que fue ella quien dimitió... creí que iba a empezar a discutir conmigo. Estaba encantado porque pensé que si al menos discutía conmigo...

– ¿Podrías ganar? – apuntó el conde secamente.

– Uh... sí.

– Oh, hijo – el conde sacudió la cabeza –. Oh, pobre hijo mío – Miles no confundió esto con una expresión compasiva –. La única manera de ganar esa guerra es empezar con una rendición incondicional.

– Por parte de ambos bandos – intervino la condesa.

– ¡Yo *traté* de rendirme! – protestó Miles, frenético –. ¡La mujer no estaba dispuesta a tomar prisionero! Intenté que me atacara, pero no quiso. Es demasiado digna, demasiado consciente, demasiado, demasiado...

– ¿Demasiado lista para rebajarse a tu nivel? – sugirió la condesa –. Cielos, creo que empieza a gustarme esa Ekaterin. Y ni siquiera me la han presentado adecuadamente todavía. *Quisiera presentaros a... ¡se marcha!*, me pareció una presentación un poco trunca.

Miles la miró con mala cara. Pero pudo sostener su mirada. Con voz débil dijo:

– Me ha devuelto los planos del jardín esta tarde, a través de la comconsola. Tal como dijo que haría. Yo había dispuesto que me enviaran un código si llegaba una señal suya. Casi me rompo el cuello al correr hacia la máquina. Pero era sólo un paquete de datos. Ni siquiera una nota personal. *Muérete, rata* habría sido mejor que esta... esta *nada*. – Tras una breve pausa, estalló –. ¿Qué hago yo ahora?

– ¿Es una pregunta retórica, para conseguir un efecto dramático, o de verdad me estás pidiendo consejo? – preguntó su madre –. Porque no voy a perder el tiempo contigo a menos que por fin vayas a prestarme atención.

Él abrió la boca para responder, airado, pero la cerró. Miró a su padre en busca de apoyo. Pero éste abrió la mano con un blando gesto en dirección a su madre.

Miles se preguntó cómo sería tener tanta práctica con alguien que era como si coordinaras tus puñetazos uno-dos telepáticamente. *Nunca tendré oportunidad de descubrirlo. A menos...*

– Estoy prestando atención – dijo humildemente.

– La... palabra más amable que se me ocurre para definir esto es... *pifia*. Le debes una disculpa. Discúlpate.

– ¿Cómo? ¡Ella ha dejado bien claro que no quiere volver a hablar conmigo!

– En persona no, santo Dios, Miles. Para empezar, no concibo que resistas la tentación de farfullar, y volver a meter la pata. Otra vez.

¿Qué pasa con todos mis parientes, que tienen tan poca fe en...?

– Incluso una llamada en directo por comconsola es demasiada intrusión – continuó ella –. Ir en persona a casa de los Vorthys, también.

– Tal como él iría, desde luego – murmuró el conde –. General Romeo Vorkosigan, la fuerza de choque de un solo hombre.

La condesa le dirigió un rápido parpadeo.

– Algo más controlado, creo – continuó, volviéndose hacia Miles –. Supongo que lo único que puedes hacer es escribirle una nota. Una nota breve sucinta. Ya sé que no te disculpas muy bien, pero sugiero que practiques.

– ¿Crees que funcionaría? – Una levísima esperanza titiló en el fondo de un pozo profundo, muy profundo.

– No se trata de que funcione. No puedes seguir planeando hacerle el amor y la guerra a la pobre mujer. Le enviarás una disculpa porque se la debes, a ella y a tu propio honor. Punto. O no te molestes.

– Oh – dijo Miles, con voz apagada.

– Balontiro – recordó su padre –. Ja.

– El cuchillo ha dado en el blanco – suspiró Miles –. Hasta la empuñadura. No hace falta hurgar – miró a su madre –. ¿La nota debería estar escrita a mano? ¿O puedo enviarla por comconsola?

– Creo que tú mismo has respondido a esa pregunta. Si tu execrable letra ha mejorado, quizá fuese un detalle agradable.

– Por lo menos, demostrará que no se la dictaste a tu secretaria – intervino el conde –. O peor, que ella la redactó para ti siguiendo tus órdenes.

– Todavía no tengo una redactora – suspiró Miles –. Gregor no me ha dado trabajo suficiente para justificar una.

– Como el trabajo del Auditor se basa en crisis imprevisibles por todo el Imperio, no puedo desearte suerte – dijo el conde –. Pero sin duda las cosas se animarán después de la boda. Que tendrá una crisis menos gracias al buen trabajo que hiciste en Komarr, he de añadir.

Alzó la mirada y su padre le dirigió un gesto de comprensión: sí, los Virreyes de Sergyar estaban decididamente al tanto de los últimos acontecimientos en Komarr. Gregor sin duda había enviado una copia del informe confidencial de Miles para que le Virrey lo leyera.

– Bueno... sí. Como poco, si los conspiradores hubieran mantenido el plan original, ese día habrían muerto varios miles de personas inocentes. Creo que eso habría enturbiado los festejos.

– Entonces te has ganado un poco de tiempo libre.

La condesa pareció reflexionar durante un momento.

– ¿Y qué se ha ganado la señora Vorsoisson? Su tía nos describió los hechos. Parece que fue

una experiencia aterradora.

– La gratitud pública del Imperio es lo que debería haberse ganado – dijo Miles, con recordado agravio –. En cambio, ha quedado enterrada bajo las medidas de SegImp. Nadie lo sabrá nunca. Todo su valor, todos sus movimientos fríos y astutos, todo su maldito *heroísmo*, maldición, fueron hechos... desaparecer. No es justo.

– En una crisis uno hace lo que tiene que hacer – dijo la condesa.

– No – Miles la miró –. Algunos lo hacen. Otros sólo se pliegan. Los he visto. Conozco la diferencia. Ekaterin... nunca se plegará. Puede recorrer la distancia, puede tomar la velocidad adecuada. Ella... ella lo hará.

– Dejando aparte de si estamos hablando de una mujer o de un caballo – dijo la condesa. *Maldición, Mark había dicho prácticamente lo mismo, ¿qué pasaba con todos los familiares más íntimos de Miles?* –, todo el mundo tiene su punto débil, Miles. Su vulnerabilidad mortal. Algunos lo tienen en un sitio particular, sin embargo.

Los condes se dirigieron otra de esas Miradas Telepáticas. Era enormemente molesto. Miles se rebulló, envidioso.

Recuperó los fragmentos dispersos de dignidad que le quedaban y se levantó.

– Disculpadme. Tengo que... regar una planta.

Pasó treinta minutos dando vueltas por el jardín pelado, con la mano temblorosa y el cubo goteándole en los dedos, hasta encontrar la maldita planta. En su maceta, el skellytum parecía fuerte, pero allí fuera tenía un aspecto de desamparo: un fragmento de vida del tamaño de su pulgar en medio de un acre de esterilidad. También parecía preocupantemente flácido. ¿Estaba marchito? Vació la regadera. El agua creó una mancha oscura en el suelo rojizo, que empezó a evaporarse y desaparecer demasiado rápido.

Trató de imaginar la planta plenamente crecida, de cinco metros de altura, con el tronco central del tamaño y la forma de un luchador de sumo, sus ramas como tentáculos extendiéndose con sus claras curvas enroscadas. Luego trató de imaginarse a sí mismo con cuarenta y cinco o cincuenta años, que era la edad a la que tendría que llegar para ver esa imagen. ¿Sería un solterón solitario y retorcido, excéntrico, encogido, inválido, asistido sólo por sus aburridos soldados? ¿O un orgulloso, aunque estresado, padre de familia con una mujer morena, serena y elegante del brazo y media docena de hijos hiperactivos detrás? Tal vez... tal vez la hiperactividad pudiera eliminarse con la limpieza genética, aunque estaba seguro de que sus padres lo acusarían de hacer trampa...

Discúlpate.

Regresó a su estudio de la mansión Vorkosigan, donde se sentó para redactar, a través de una docena de borradores, la mejor maldita *disculpa* que nadie hubiera escuchado jamás.

Kareen se apoyó en la barandilla del porche de la casa del lord Auditor Vorthys y contempló preocupada las cortinas echadas tras los cristales de la gran puerta principal.

– Tal vez no hay nadie en casa.

– Ya te dije que tendríamos que haber llamado antes de venir – le reprochó Martya. Pero entonces oyeron un rápido rumor de pasos dentro (sin duda no de la profesora) y la puerta se abrió de golpe.

– Oh, hola, Kareen – dijo Nikki –. Hola, Martya.

– Hola, Nikki – dijo Martya –. ¿Está tu mamá en casa?

– Sí, por favor. Si no está demasiado ocupada.

– No, sólo está entretenida con el jardín. Seguid todo recto – señaló en dirección al fondo de la casa, y volvió a subir las escaleras.

Tratando de no parecer una intrusa, Kareen condujo a su hermana a través del pasillo y la cocina hasta la puerta trasera. Ekaterin estaba de rodillas junto a un lecho de flores, recortando hierbajos. Las plantas que iba eliminando se amontonaban junto a ella, con raíces y todo, en filas que parecían de prisioneros ejecutados. Se marchitaban bajo el sol poniente. Colocó otro cadáver verde al final de la hilera. Parecía terapéutico. Kareen deseó tener algo que matar también. Además de a Martya.

Ekaterin alzó la cabeza al oír sus pasos y el fantasma de una sonrisa iluminó su pálido rostro. Clavó la pala en la tierra y se puso en pie.

– Oh, hola.

– Hola, Ekaterin. – Como no quería saltar demasiado pronto al tema de su visita, Kareen añadió, agitando la mano –: Qué bonito.

Árboles y paredes cubiertas de enredaderas convertían al pequeño jardín en un refugio privado en mitad de la ciudad.

Ekaterin siguió su mirada.

– Era mi afición cuando estuve de estudiante, hace años. La tía Vorthys lo ha cuidado, más o menos. Hay unas cuantas cosas que haría de manera diferente ahora... Bueno – indicó las bonitas sillas de hierro forjado y la mesa –, ¿no queréis sentaros?

Martya aprovechó la invitación y se sentó, y apoyó la barbilla en sus manos con un suspiro de alivio.

– ¿Os apetece beber algo? ¿Té?

– Gracias – dijo Kareen, sentándose también –. Nada de beber, gracias.

En aquella casa no había sirvientes para encargarse de esas cosas; Ekaterin tendría que salir

y rebuscar en la cocina con sus propias manos para atender a sus invitadas. Y las hermanas tendrían que preguntarse si había que seguir las normas de la gente corriente y correr a ayudarla, o cumplir las normas de los Altos Vor pobres y quedarse sentadas y esperar y fingir que no se daban cuenta de que no había ningún criado. Además, acababan de comer, y la cena todavía pesaba como una piedra en el estómago de Kareen, aunque apenas había probado bocado.

Kareen esperó hasta que Ekaterin estuvo sentada para iniciar con cautela la conversación:

– Me he pasado por aquí para averiguar... quiero decir, me preguntaba si sabías algo de... ¿de la mansión Vorkosigan?

Ekaterin se envaró.

– No. ¿Tendría que saber algo?

– Oh.

¿Qué, el monomaniaco Miles no se había presentado ante ella ya? Kareen lo había imaginado ante la puerta de Ekaterin a la mañana siguiente, lanzando propaganda de control de daños como un loco. No es que Miles fuera tan irresistible (ella, por ejemplo, siempre lo había encontrado bastante resistible, al menos en el sentido romántico, aunque él nunca le había prestado demasiada atención), pero era sin duda el ser humano más *implacable* que había conocido. ¿Qué estaba haciendo todo aquel tiempo? Su ansiedad creció.

– Pensé... esperaba... estoy horriblemente preocupada por Mark, verás. Han pasado casi dos días. Esperaba que tú hubieras... oído algo.

El rostro de Ekaterin se suavizó.

– Oh, Mark. Por supuesto. No. Lo siento.

Nadie se preocupaba lo suficiente por Mark. Las fragilidades y flaquezas de su personalidad tan duramente ganada eran invisibles para todos ellos. Lo habían cargado con presiones y exigencias imposibles como si fuera, bueno, como si fuera Miles, y daban por supuesto que nunca se quebraría...

– Mis padres me han prohibido llamar a nadie de la mansión Vorkosigan, o acudir allí y eso – explicó Kareen, tensa –. Insistieron en que les diera mi palabra antes de dejarme salir de casa. Y luego me cargaron con una carabina – hizo un gesto con la cabeza para indicar a Martya, que parecía casi tan amargada como ella.

– No ha sido idea mía hacerte de guardaespaldas – protestó Martya –. ¿He tenido voto? No.

– Papá y mamá, sobre todo papá, han vuelto a la Era del Aislamiento en este tema. Es una locura. Se pasan el tiempo diciéndote que crezcas, y cuando lo haces intentan detenerte. Y que encojas. Es como si quisieran criocongelarme a la edad de doce años para siempre. O volver a meterme en el replicador y cerrar la tapa – Kareen se mordió el labio –. Y ya no quepo allí, gracias.

– Bueno – dijo Ekaterin, con cierto humor compasivo –, al menos allí estarías a salvo. Puedo

comprender la tentación paternal de esa medida.

– Estás empeorando las cosas, sabes – le dijo Martya a Kareen, con aire de crítica fraternal – . Si no te hubieras comportado como una loca al encerrarte en el desván, apuesto a que no se habrían puesto tan severos.

Kareen le enseñó los dientes.

– En eso hay algo que funciona en ambas direcciones – dijo Ekaterin suavemente –. No hay mejor garantía para alguien que empiece a actuar como un niño que tratarlo como si lo fuera. Es irritante. Tardé muchísimo tiempo en descubrir cómo no caer en esa trampa.

– Sí, exactamente – dijo Kareen, ansiosa –. ¡Lo comprendes! Entonces... ¿cómo los hiciste parar?

– No se puede, en realidad... sean quienes sean – dijo Ekaterin lentamente –. Ser adulto no es un premio que te dan por ser buena chica. Puedes malgastar... años, intentando que alguien te tenga respeto, como si fuera una especie de ascenso o de aumento de sueldo. Sólo si haces lo suficiente, si eres lo *bastante buena*. No. Tienes simplemente que... tomarlo. Dártelo a ti misma, supongo. Di, *lamento que pienses así*, y márchate. Pero es difícil.

Ekaterin levantó la mirada de su regazo, donde sus manos habían empezado a frotar ausentes la tierra del patio que las manchaba, y se acordó de sonreír. Kareen sintió un extraño escalofrío. No era sólo su reserva lo que hacía que en ocasiones Ekaterin fuera misteriosa. La mujer se hundía y se hundía, como un pozo hacia el centro del mundo. Kareen apostó a que ni siquiera Miles podría hacerla bailar a su voluntad y capricho.

¿Es muy difícil marcharse?

– Están a esto – separó el pulgar y el índice apenas unos milímetros – de decirme que tengo que elegir entre mi familia y mi amante. Y eso me da miedo, y me pone furiosa. ¿Por qué no puedo tener a ambos? ¿Sería demasiado pedir? Dejando aparte que sería una culpa horrible que echarle encima al pobre Mark: él sabe cuánto significa mi familia para mí. Una familia es algo que él no tuvo, mientras crecía, y tiene una idea romántica acerca del asunto.

Sus manos dieron un golpe sobre el mantel.

– Todo se reduce al maldito dinero. Si yo fuera una adulta de verdad, tendría mis propios ingresos. Y podría marcharme, y ellos sabrían que puedo, y tendrían que retractarse. Creen que me tienen atrapada.

– Ah – dijo Ekaterin débilmente –. Eso. Sí. Eso es muy real.

– Mamá me acusó de pensar sólo a corto plazo, ¡pero no es cierto! El proyecto de la manteca de cucaracha... es como ir al colegio otra vez, privarme a corto plazo para disfrutar a lo grande al final. He estudiado los análisis que Mark hizo con Tsipis. No es un plan para hacerse-rico-rápido. Es un plan para hacerse-rico-a-lo-grande. Papá y mamá no tienen ni idea de hasta qué punto. Creen

que he pasado el tiempo jugueteando con Mark, pero me he estado partiendo la espalda, y sé *exactamente* por qué. Mientras tanto, tengo más de un mes de paga en acciones en el sótano de la mansión Vorkosigan, *¡y no sé qué está pasando allí!*

Sus dedos se pusieron blancos cuando agarró el borde de la mesa, y tuvo que detenerse para respirar.

– Entonces ¿tampoco sabes nada del doctor Borgos? – le preguntó con cautela Martya a Ekaterin.

– Pues... no.

– Casi sentí lástima por él. Intentaba con tantas ganas agradar... Espero que Miles no haya matado de verdad todos sus bichos.

– Miles nunca amenazó con matarlos a todos – señaló Kareen –. Sólo los que escaparon. En cuanto a mí, ojalá lo hubiera estrangulado. Lamento que lo detuvieras, Ekaterin.

– ¡Yo! – los labios de Ekaterin se torcieron, divertidos.

– Venga, Kareen – la reprendió Martya –, ¿sólo porque el hombre le reveló a todo el mundo que eras una heterosexual practicante? Creo que no jugaste bien, considerando todas las posibilidades betanas. Si te hubieras pasado las últimas semanas dando las pistas adecuadas, podrías haber hecho que papá y mamá cayeran de rodillas agradecidos de que sólo estuvieras liada con Mark. Aunque me sorprende tu gusto en hombres.

Lo que Martya no sepa sobre mi muestreo de las posibilidades betanas no me hará daño, decidió Kareen firmemente.

– O entonces me habrían encerrado de verdad en el desván.

Martya no le hizo caso.

– El doctor Borgos estaba aterrorizado. Es injusto dejar caer a una persona normal en la mansión Vorkosigan con Stan y Oliver y esperar que sepa comportarse.

– ¿Stan y Oliver? – inquirió Ekaterin.

Kareen, que había oído la broma antes, le dirigió la mueca que se merecía.

– Um – Martya tuvo el detalle de parecer cortada –. Era un chiste que corría por ahí. Me lo contó Ivan. – Como Ekaterin siguió mirándola, añadió, reacia –. Ya sabes... El Gordo y el Flaco.

– Oh – Ekaterin no se rió, aunque sonrió brevemente; parecía estar digiriendo aquel comentario como si no estuviera de si le agradaba el regusto.

– ¿Crees que Enrique es normal? – le dijo Kareen a su hermana, arrugando la nariz.

– Bueno... al menos no es el típico teniente lord Vor-soy-el-regalo-de-Dios-para-las-mujeres que normalmente conocemos en Vorbarr Sultana. No te acorrala en un rincón y te habla interminablemente de historia y ordenanzas militares. Te acorrala en un rincón y te habla interminablemente de biología. ¿Quién sabe? Puede que sea un buen marido.

– Sí, si a su esposa no le importa disfrazarse de cucaracha mantequera para atraerlo a la cama – se burló Kareen. Hizo antenas con los dedos y los agitó ante Martya.

Martya hizo una mueca de desagrado, pero continuó diciendo:

– Creo que es de los que necesitan una esposa emprendedora, para que pueda trabajar catorce horas al día en su laboratorio.

Kareen bufó.

– Será mejor que ella tome el control de inmediato. Sí, Enrique tiene ideas biotécnicas igual que la gata *Zap* tiene gatitos, pero casi seguro que, sea cual sea el beneficio que obtiene de ellas, lo perderá.

– ¿Demasiado confiado, crees? ¿Se aprovecharía la gente de él?

– No, sólo demasiado absorto. Al final todo acabará en lo mismo.

Ekaterin suspiró, con una expresión distante en los ojos.

– Ojalá yo pudiera trabajar cuatro horas seguidas sin provocar el caos.

– Oh, pero tú eres distinta – dijo Martya –. Una de esas personas que se saca cosas sorprendentes de la manga, quiero decir – contempló el pequeño y sereno jardín –. Es un desperdicio que te ocupes del trabajo doméstico. Decididamente, lo tuyo son la investigación y el desarrollo.

Ekaterin sonrió con picardía.

– ¿Me estás diciendo que no necesito un marido, que necesito una esposa? Bueno, al menos es un ligero cambio respecto a las insistencias de mi cuñada.

– Prueba en la Colonia Beta – le aconsejó Kareen, con un suspiro melancólico.

La conversación se detuvo con esta sorprendente idea. Los apagados sonidos de la ciudad resonaban en las paredes y en las casas, y la luz del sol abandonó el jardín, sumiendo la mesa en una fresca sombra.

– La verdad es que son unos bichos repulsivos – dijo Martya al cabo de un rato –. Nadie en su sano juicio los compraría jamás.

Kareen se encogió de hombros. Las cucarachas trabajaban demasiado. La cucaracha mantequera era la comida casi perfecta creada por la ciencia. Tendría que haber un mercado. La gente tenía tantos prejuicios...

Una sonrisa apareció en los labios de Martya, y añadió:

– Aunque el marrón y plata era perfecto. Creí que Pym iba a estallar.

– Si hubiera sabido qué estaba haciendo Enrique – dijo Ekaterin –, si hubiera pensado en ello. Repasé su tesis. El verdadero secreto está en el conjunto de microbios. – Como Martya alzó las cejas, continuó –: Es el conjunto de microorganismos biofabricados en las tripas de la cucaracha lo que hace el verdadero trabajo de descomponer lo que las cucarachas comen y convertirlo en, bueno,

en lo que el diseñador elija. Enrique tiene docenas de ideas para futuros proyecto aparte de la comida, incluida una descabellada aplicación para la limpieza de la radiación medioambiental que podría... bueno. Mantener equilibrada (afinada, dice Enrique) la ecología microbiana, es la parta más delicada. Las cucarachas son sólo el envoltorio que se monta y se impulsa alrededor del grupo microbiano. Su forma es bastante arbitraria. Enrique se limitó a combinar lo elementos funcionales más eficaces de una docena de especies de insectos, sin ninguna intención estética.

– Desde luego – lentamente, Kareen se enderezó –. Ekaterin... lo tuyo es la estética.

Ekaterin hizo un gesto quitándose importancia.

– En cierto sentido, supongo.

– Sí, es lo tuyo, siempre llevas el cabello arreglado. Tu ropa siempre parece mejor que la de los demás, y no creo que te gastes más dinero en ella.

Ekaterin negó con la cabeza, reconociéndolo tristemente.

– Tienes eso que lady Alys llama *gusto infalible*, creo – continuó Kareen, con creciente energía –. Quiero decir, mira este jardín. Mark, Mark hace dinero y tratos. Lo de Miles son la estrategia y las tácticas, e involucrar a la gente para que haga lo que quiere – bueno, tal vez no siempre; los labios de Ekaterin se tensaron al oír su nombre. Kareen continuó –: Todavía no he descubierto lo que es lo mío. Lo tuyo... lo tuyo es la belleza. Realmente te envidio.

Ekaterin pareció conmovida.

– Gracias, Kareen. Pero en realidad no es nada que...

Kareen la interrumpió.

– No, escucha, esto es importante. ¿Crees que podrías hacer una cucaracha mantequera bonita? O, más bien, ¿hacer que las cucarachas mantequeras sean bonitas?

– No soy genetista...

– No me refiero a esa parte. Me refiero a si podrías *diseñar* alteraciones para esos bichos, de modo que la gente no quiera saltarse el almuerzo cuando vea uno. Para que Enrique las aplique.

Ekaterin se echó hacia atrás. Volvió a bajar las cejas y una expresión absorta apareció en sus ojos.

– Bueno... obviamente es posible cambiar los colores de las cucarachas y añadir diseños en la superficie. Eso tiene que ser bastante trivial, a juzgar por la velocidad con la que Enrique produjo las... um... cucarachas Vorkosigan. Habría que conservar las estructuras fundamentales en la tripa y las mandíbulas y todo eso, pero las alas y los caparazones de las alas no sirven ya. Posiblemente puedan ser alteradas a voluntad.

– ¿Sí? Continúa.

– Los colores... habría que buscar colores que se encuentren en la naturaleza, para que tengan atractivo biológico. Pájaros, animales salvajes, flores... fuego...

– ¿Se te ocurre algo?

– Se me ocurren una docena de ideas – sonrió –. Parece demasiado fácil. Casi cualquier cambio sería una mejora.

– No sólo cualquier cambio. Algo *glorioso*.

– Una cucaracha mantequera gloriosa – su boca se entreabrió con leve placer, y sus ojos chispearon con auténtica alegría por primera vez durante aquella visita –. Eso sí que es un desafío.

– Oh, ¿lo harías, podrías? ¿Lo harás? ¿Por favor? Soy accionista, y tengo tanta autoridad para contratarte como Mark o Enrique. Cualitativamente, al menos.

– Cielos, Kareen, no tienes que pagarme...

– *Nunca* – dijo Kareen con pasión – sugieras siquiera que no hay que pagarte. Lo que la gente paga, lo valora. Lo que obtiene gratis, lo da por hecho, y luego lo exige como un derecho. Exige lo que el mercado pueda soportar – vaciló, y entonces añadió ansiosamente –: Aceptarás acciones, ¿verdad? Ma Kosti lo hizo, para la asesoría de desarrollo de producto que hizo para nosotros.

– He de decir que Ma Kosti logró que el helado de manteca de cucaracha funcionara – admitió Martya –. Y el pan tampoco estaba mal. Cosa del ajo, supongo. Mientras no pensaras de dónde venía el material.

– ¿Y qué? ¿Nunca has pensado de dónde proceden la mantequilla y los helados normales? Y la carne, y las salchichas, y...

– Puedo garantizarte que el filete de la otra noche venía de una tina limpia y hermosa. Tante Cordelia no admitiría otra cosa en la mansión Vorkosigan.

Kareen descartó el comentario, irritada.

– ¿Cuánto tiempo piensas que tardarías, Ekaterin? – preguntó.

– No sé... un día o dos, supongo, para los diseños preliminares. Pero sin duda tendríamos que hablar con Enrique y Mark.

– Yo no puedo ir a la mansión Vorkosigan – se deprimió Kareen. Se enderezó otra vez –. ¿Podríamos reunirnos aquí?

Ekaterin miró a Martya, y luego a Kareen.

– No puedo ayudarte a burlar a tus padres con tu romance. Pero esto es un negocio legítimo. Podríamos reunirnos todos aquí si consigues su permiso.

– Tal vez – dijo Kareen –. Tal vez. Si tienen otro día o dos para calmarse... Como último recurso, podrías reunirte con Mark y Enrique tú sola. Pero quiero estar presente, si puedo. Sé que puedo venderles la idea, si tengo una oportunidad – le extendió la mano a Ekaterin –. ¿Trato hecho?

Ekaterin, divertida, se limpió la tierra de las manos contra la falda, se inclinó sobre la mesa y zanjó el trato con un apretón.

– Muy bien.

– Sabes que papá y mamá me obligarán a acompañarte, si piensan que Mark estará aquí – objetó Martya.

– Entonces puedes persuadirlos de que no haces falta. Eres un insulto, de todas formas.

Martya le sacó la lengua, pero se encogió de hombros, a regañadientes.

Oyeron voces y pisadas por la ventana abierta de la cocina; Kareen alzó la cabeza, preguntándose si sus tíos habían regresado. Y si tal vez alguno de ellos sabía algo de Miles o Tante Cordelia o... Pero para su sorpresa, en la puerta, detrás de Nikki, apareció el soldado Pym, con el uniforme de la Casa Vorkosigan, tan limpio y reluciente que parecía listo para la revisión del conde.

– ... no sé, Nikki – decía Pym –. Pero sabes que puedes venir a jugar con mi hijo Arthur en nuestro apartamento, cuando quieras. De hecho, me preguntó por ti anoche.

– ¡Mamá, mamá! – Nikki dio saltitos ante la mesa del jardín –. ¡Mira, Pym está aquí!

La expresión de Ekaterin se cerró como si hubiera caído postigos sobre su cara. Miró a Pym con extrema cautela.

– Hola, soldado – dijo, en tono totalmente neutro. Miró a su hijo –. Gracias, Nikki. Ahora vete, por favor.

Nikki se marchó, mirando reacio hacia atrás. Ekaterin esperó.

Pym se aclaró la garganta, le sonrió tímidamente y le dirigió una especie de saludo.

– Buenas noches, señora Vorsoisson. Confío en que esté bien.

Su mirada pasó a las hermanas Koudelka: les dirigió un saludo cortés, aunque curioso, con la cabeza.

– Hola, señorita Martya, señorita Kareen. Yo... esto es inesperado – parecía que estaba revisando algún discurso ya ensayado.

Kareen se preguntó frenéticamente si debía considerar que su prohibición de hablar con nadie de la mansión Vorkosigan se refería sólo a la familia inmediata, o también a los soldados. Sonrió a Pym. Tal vez él pudiera hablarle a ella. Sus padres no podían hacer cumplir su paranoica regla a todo el mundo. Después de una pausa, Pym sacudió la cabeza y devolvió su atención a Ekaterin.

Pym sacó un gran sobre de su túnica, de grueso papel crema, con el escudo de armas de los Vorkosigan (igual que la espalda de la cucaracha mantequera). En él aparecían escritas con letra clara las palabras *Señora Vorsoisson*.

– Señora. Lord Vorkosigan me ordena que le entregue esto en mano. Dice que le diga que siente haber tardado tanto. Ha sido por culpa de las tuberías, claro. Bueno, milord no dijo eso, pero el accidente nos retrasó.

Estudió su rostro ansiosamente, a la búsqueda de su respuesta. Ekaterin aceptó el sobre y lo

miró como si pudiera contener explosivos.

Pym dio un paso atrás, y le dirigió un saludo formal. Cuando, pasado un momento, nadie dijo nada, hizo otro medio saludo y dijo:

– No pretendía molestarla, señora. Mis disculpas. Me pondré en camino. Gracias – giró sobre sus talones.

– ¡Pym! – su nombre, salido de los labios de Kareen fue casi un alarido; dio un respingo, y se volvió –. ¡No te atrevas a marcharte así! ¿Qué está pasando por allí?

– ¿No es eso romper tu palabra? – preguntó Martya, con desapego quirúrgico.

– ¡Vale! ¡Vale! ¡Pregúntale tú, entonces!

– Oh, muy bien – con un suspiro de resignación, Martya se volvió hacia Pym –. Dime, Pym, ¿qué les ha pasado a las tuberías?

– ¡No me interesan las tuberías! – chilló Kareen –. ¡Me interesa Mark! Y mis acciones.

– ¿Y? Mamá y papá dicen que no puedes hablar con nadie de la mansión Vorkosigan, así que te fastidias. Yo sí quiero saber qué pasa con las tuberías.

Pym alzó las cejas y sus ojos brillaron brevemente. Una especie de piadosa inocencia apareció en su voz.

– Lamento muchísimo oír eso, señorita Kareen. Confío en que el comodoro levante la cuarentena muy pronto. Milord me dijo que no quedara a inquietar a la señora Vorsoisson intentando enmendar las cosas, ni la molestara ofreciéndome a esperar una respuesta, ni la molestara viéndola leer su nota. Fueron exactamente sus palabra. Nunca me ordenó que no hablara con ustedes, supongo que porque no esperaba que estuvieran aquí.

– Ah – dijo Martya, con cierto tonillo de deleite, según Kareen –. Así que puedes hablar conmigo y con Kareen, pero no con Ekaterin. Y Kareen puede hablar con Ekaterin y conmigo...

– No es que yo quiera hablar contigo – murmuró Kareen.

– ... pero no contigo. Eso me convierte en la única persona presente que puede hablar con todo el mundo. Qué... agradable. Háblame de las tuberías, querido Pym. No me digas que se han vuelto a atascar.

Ekaterin se guardó el sobre en el bolsillo interior de la chaquetilla, apoyó el codo en el respaldo de su silla y la barbilla en la mano, y escuchó con las cejas fruncidas.

Pym asintió.

– Me temo que así es, señorita Martya. Anoche, tarde, el doctor Borgos... – los labios de Pym se contrajeron al pronunciar el nombre –, como tenía mucha prisa por volver a buscar a su reina desaparecida, tomó la cosecha de dos días de manteca de cucaracha... unos cuarenta o cincuenta kilos, calculando más tarde... que empezaban a rebosar de los contenedores porque la señorita Kareen no está allí para cuidar bien de las cosas, y lo tiró todo por el desagüe del

laboratorio. Cuando encontró ciertas condiciones químicas se... cuajó. Como si fuera escayola. Bloqueó por completo las tuberías, en una casa con más de cincuenta personas: todo el personal de los Virreyes llegó ayer, y mis compañeros y sus familias... lo cual causó una crisis acuciante e inmediata.

Martya tuvo el mal gusto de reírse. Pym simplemente permaneció estirado.

– El lord Auditor Vorkosigan – continuó Pym, mirando subrepticamente a Ekaterin –, como tiene gran experiencia militar con las cloacas, respondió de inmediato y sin vacilación a la súplica de su madre, y reclutó una fuerza de choque para tratar con el problema. O sea, el soldado Roic y yo, desde luego.

– Tu valor y, um, utilidad me sorprenden – comentó Martya, mirándolo con fascinación cada vez mayor.

Pym se encogió humildemente de hombros.

– La necesidad de chapotear metidos hasta las rodillas en manteca de cucaracha, trozos de árbol, y, er, todas las otras cosas que hay en las cloacas, no podía ser rechazada honorablemente cuando se sigue a un líder que tiene que chapotear, um, hasta más arriba de las rodilla. Como milord sabía exactamente adónde iba, no nos llevó mucho tiempo, y en la casa todos se alegraron. Pero he tenido que venir más tarde de lo previsto a traerle a la señora Vorsoisson esta carta porque todos nos hemos retrasado esta mañana.

– ¿Qué le pasó al doctor Borgos? – preguntó Martya, y Kareen apretó los dientes, cerró los puños y se agitó en su asiento.

– Mi sugerencia de que lo ataran boca abajo en la pared del subsótano mientras, um, el nivel del *líquido* aumentaba fue injustamente rechazada. Creo que la condesa tuvo una pequeña charla con él, después, sobre qué tipo de materiales podía y no podía arrojar por los desagües de la mansión Vorkosigan. – Pym reprimió un suspiro –. Milady es demasiado amable y gentil.

Como la historia había terminado al parecer, Kareen dio un puñetazo a Martya en el hombro y susurró:

– Ahora pregúntale cómo está *Mark*.

Hubo un momento de silencio, mientras Pym esperaba benigno a su traductora y Kareen reflexionaba acerca de que, probablemente, hacía falta alguien con un sentido del humor tan arcano como Pym para llevarse tan bien con un jefe como Miles. Por fin, Martya preguntó sin ninguna gracia:

– Bien, ¿cómo está el gordo?

– *Lord Mark* – respondió Pym con ligero énfasis –, al haber escapado a duras penas de los daños en su intento por consumir... – se detuvo, abrió la boca, mientras cambiaba de rumbo a mitad de la frase –, aunque estaba visiblemente deprimido por el desafortunado giro de los

acontecimientos de hace dos noches, ha estado muy ocupado ayudando al doctor Borgos en la recuperación de sus bichos.

Kareen decodificó «visiblemente deprimido» sin dificultad. *Glotón ha aparecido. Probablemente, Aullido también.* Oh, demonios, y Mark que estaba controlando tan bien a la Banda Negra...

– Creo que hablo en nombre de todos los miembros del servicio Vorkosigan – continuó Pym –, si digo que todos deseamos que la señorita Kareen pueda regresar lo antes posible y restaurar el orden. Como carece de información acerca de lo que pasa en la familia del comodoro, lord Mark no ha sabido cómo actuar, pero eso debería poder remediarse ahora – sus párpados temblaron en una especie de guiño fantasma a Kareen. Ah, sí, Pym había sido miembro de SegImp y estaba orgulloso de ello: pensar en dos direcciones a la vez no era ningún misterio para él. Saltar a abrazarle las botas y gritar *¡Ayuda, ayuda! ¡Dile a Tante Cordelia que los locos de mis padres me tienen prisionera!* Sería completamente redundante, advirtió con satisfacción. La inteligencia tenía que correr.

– También – añadió Pym con el mismo tono neutro –, los montones de frascos de manteca de cucaracha del pasillo del sótano empiezan a ser un problema. Se le cayeron encima a una doncella ayer. La joven se molestó mucho.

Incluso la silenciosa Ekaterin abrió un poco los ojos al enterarse. Martya hizo una mueca. Kareen reprimió un gruñido.

Martya miró de reojo a Ekaterin, y añadió, un poco atrevida:

– ¿Y cómo está el flaco?

Pym vaciló, siguió su mirada y, finalmente, respondió:

– Me temo que la crisis de las tuberías animó su vida sólo de manera temporal.

Esbozó una reverencia ante las tres damas, dejando que imaginaran la negrura estigia de un alma que podía considerar que cincuenta kilos de manteca de cucaracha en la tubería principal eran una mejora para su sombrío mundo.

– Señorita Martya, señorita Kareen, espero que podamos ver pronto a todos los Koudelka en la mansión Vorkosigan. Señora Vorsoisson, permítame retirarme, y disculpe cualquier inconveniente que haya podido causarle. Hablando sólo por mi propia casa, y por Arthur, ¿puedo preguntarle si Nikki tiene permiso para visitarnos?

– Sí, por supuesto – dijo Ekaterin débilmente.

– Buenas noches, entonces.

Se llevó la mano a la frente, y salió por la verja del jardín para perderse en el estrecho espacio entre las casas.

Martya sacudió la cabeza, asombrada.

– ¿Dónde encuentran los Vorkosigan a su gente?

Kareen se encogió de hombros.

– Supongo que consiguen a la flor y nata del Imperio.

– Igual que un montón de Altos Vor, pero no tienen a ningún Pym. Ni a una Ma Kosti. Ni a...

– He oído que Pym vino recomendado personalmente por Simon Illyan, cuando era jefe de SegImp – dijo Kareen.

– Oh, ya veo. Hacen trampa. Eso lo explica.

Ekaterin extendió la mano para tocar su chaquetilla, debajo de la cual permanecía oculto aquel fascinante sobre color crema, pero para gran decepción de Kareen no lo sacó ni lo abrió. Sin duda no lo iría a leer delante de sus invitadas. Era, por tanto, hora de marcharse.

Kareen se puso en pie.

– Ekaterin, muchísimas gracias. Me has ayudado más que nadie...

... *de mi propia familia*, consiguió no decir. No tenía sentido molestar deliberadamente a Martya, cuando había accedido a aquella alianza parcial y a regañadientes contra la oposición paterna.

– Y hablo completamente en serio en lo de rediseñar las cucarachas. Llámame en cuanto tengas algo preparado.

– Tendré algo mañana, te lo prometo. – Ekaterin acompañó a las hermanas hasta la puerta y la cerró tras ellas.

Al fondo de la manzana, fueron más o menos emboscadas por Pym, que esperaba apoyado contra el vehículo blindado.

– ¿La ha leído? – preguntó ansiosamente.

Kareen dio un codazo a Martya.

– No delante de nosotras, Pym – dijo Martya, poniendo los ojos en blanco.

– Uf. Maldición. – Pym contempló la fachada de la casa de lord Vorthys, medio oculta por los árboles –. Esperaba... maldición.

– ¿Cómo está Miles, de verdad? – preguntó Martya, siguiendo su mirada. Ladeó la cabeza.

Pym se rascó ausente la nuca.

– Bueno, ha superado los vómitos y los gemidos. Ahora le ha dado por vagabundear por la casa murmurando para sí, cuando no hay nada que lo distraiga. Se muere por entrar en acción, diría yo. La manera en que se enfrentó al problema de las tuberías fue aterradora. Desde mi punto de vista, compréndanme.

Kareen lo comprendía. Después de todo, dondequiera que Miles se lanzara, Pym se vería obligado a seguirlo. No era extraño que todo el personal de Miles observara el cortejo conteniendo el aliento. Imaginó las conversaciones en las habitaciones del servicio: *Por el amor de Dios, ¿no*

puede alguien tendérsela en la cama, antes de que nos vuelva locos a todos? Bueno, no, casi todos los hombres de Miles estaban hechizados por él y, probablemente, no lo dirían en términos tan burdos. Pero apostaba a que el significado era ése.

Pym abandonó su futil vigilancia de la casa de la señora Vorsoisson y se ofreció a llevar a las hermanas; Martya, posiblemente previendo que tendría que dar explicaciones a sus padres, declinó amablemente la oferta. Pym se marchó. Escoltada por su carabina personal, Kareen se marchó en la dirección contraria.

Ekaterin regresó despacio a la mesa de la cocina y se sentó de nuevo. Sacó el sobre del bolsillo y le dio la vuelta para mirarlo. El papel de color crema tenía un grosor y un peso impresionantes. La solapa trasera tenía grabado el sello de los Vorkosigan, un poco apartado del centro. No era impreso. Alguien lo había puesto a mano. Él. Una mancha de pigmento rojizo, como un pulgar, llenaba los tramados y resaltaba el dibujo, siguiendo el estilo de los altos Vor, más formal que un sello de cera. Ekaterin se llevó el sobre a la nariz, pero, si quedaba algún olor de él, era demasiado débil para captarlo.

Suspiró, llena de cansancio anticipado, y abrió la carta con cuidado. Como la dirección, la hoja de dentro estaba escrita a mano.

« Querida señora Vorsoisson – empezaba –. Lo siento.

» Éste es el undécimo borrador de esta carta. Todos han empezado con esas dos palabras, incluso la horrible versión rimada, así que supongo que sirven.

La mente de Ekaterin se detuvo. Por un momento, sólo pudo preguntarse quién vaciaba sus papeleras y si sería sobornable. Pym, probablemente, y seguro que no. Apartó la visión de su mente y continuó leyendo.

« Una vez me pidió usted que no le mintiera nunca. Muy bien. Le diré la verdad ahora, aunque no sea lo más inteligente, ni lo más apropiado.

» Traté de robarla, de tender una emboscada y apresar lo que pensé que nunca podría ganar o que nunca se me entregaría. No era usted una nave que abordar, pero no se me ocurrió ningún otro plan más que el subterfugio y la sorpresa. Aunque no una sorpresa tan grande como la que sucedió en la cena. La revolución empezó antes de tiempo porque el idiota conspirador reveló su bombardeo sorpresa y encendió el cielo con sus intenciones. A veces esos accidentes acaban en nuevas naciones, pero con más frecuencia acaban mal, con ahorcamientos y decapitaciones. Y gente huyendo en la noche. No puedo lamentar haberle pedido que se case conmigo, porque ésa fue la parte auténtica de todo el humo y el fragor, pero me siento fatal por habérselo preguntado de tan mala manera.

» Aunque hubiera cumplido mi palabra con usted, al menos debería haber tenido el detalle

de no decírselo a nadie, hasta que hubiera tenido usted el año de gracia y descanso que había pedido. Pero me aterró que eligiera primero a otro.»

¿Qué *otro* se imaginaba que iba a elegir, por el amor de Dios? Ella no quería a ninguno. Vormoncrief era imposible. Byerly Vorrutyer ni siquiera pretendía ser serio. ¿Enrique Borgos? *Puaff*. El mayor Zamori, bueno, Zamori parecía bastante agradable. Pero era aburrido.

Se preguntó cuándo no ser aburrido se había convertido en su primer criterio para seleccionar pareja. ¿Unos diez minutos después de conocer a Miles, tal vez? Maldito fuer, por estropear su gusto. Y su juicio. Y... y...

Siguió leyendo.

« Así que utilicé el jardín como señuelo para acercarme a usted. Deliberada y conscientemente, di forma a una trampa con el deseo de su corazón. Por esto lo siento muchísimo. Estoy avergonzado.

» Se había ganado usted la oportunidad de crecer. Me gustaría fingir que no veía que habría un conflicto de intereses por mi parte al ser yo quien le diera la oportunidad, pero sería otra mentira. Pero me volvía loco verla caminar a pasitos cortos, cuando podría hacerlo a saltos. Sólo hay un breve momento de apogeo para hacer eso, en la mayoría de las vidas.

» La amo. Pero anhelo y ansío mucho más que su cuerpo. Quería poseer el poder de sus ojos, la manera en que ven unas formas y una belleza que no estaban allí antes y las sacan de l nada para darle solidez. Quería poseer el honor de su corazón, imbatido por los viles horrores de aquellas horas espantosas en Komarr. Quería su valor y su voluntad, su cautela y serenidad. Quería, supongo, su alma, y eso era querer demasiado.»

Ella soltó la carta, aturdida. Después de tomar aire unas cuantas veces, la cogió de nuevo.

« Quería darle una victoria. Pero la naturaleza esencial del triunfo es que no puede regalarse. Hay que ganárselo, y cuanto peor sea la probabilidad y más feroz la resistencia, mayor es el honor. Las victorias no pueden ser regalos.

» Pero los regalos pueden ser victorias, ¿no? Es lo que usted dijo. El jardín podría haber sido su regalo, una dote de talento, habilidad y visión.

» Sé que ya es demasiado tarde, pero quería decir que habría sido usted una victoria digna de nuestra Casa.

» Siempre a sus órdenes, Miles Vorkosigan.»

Ekaterin apoyó la frente contra su mano y cerró los ojos. Recuperó de nuevo el control de su respiración al cabo de un rato.

Se enderezó y releyó la carta a la luz mortecina. Dos veces. No pedía, ni exigía ni parecía esperar respuesta. Bien, porque ella dudaba de poder coordinar dos frases coherentes ahora mismo. El tono de la carta no era sólo sincero, era *desnudo*.

Con el dorso de la mano sucia, se limpió las lágrimas de los ojos para que se enfriaran y evaporaran en sus mejillas en sus mejillas caldeadas. Le dio la vuelta al sobre y contempló de nuevo el sello. En la Era del Aislamiento, esos sellos grabados se manchaban con sangre, para indicar la expresión personal de lealtad de un lord. Después se habían inventado pigmentos para frotar las marcas, en una gama de colores de diversos significados a la moda. Rojo vino y púrpura eran populares para las cartas de amor, rosa y azul para los anuncios de nacimientos, negro para notificar las defunciones. Este sello era del color más conservador y tradicional, marrón rojizo.

El motivo para eso, advirtió Ekaterin con un parpadeo confuso, era porque era sangre. ¿Algo melodramático que Miles había hecho conscientemente, o pura rutina, sin pensar? Ella no tenía la menor duda de que él era perfectamente capaz de vivir en melodrama. De hecho, empezaba a sospechar que se regodeaba en él, cuando tenía la oportunidad. Pero de pronto tuvo la horrible convicción, a mirar la mancha e imaginarlo pinchándose el pulgar y aplicándolo, que para él fue algo tan natural y original como respirar. Apostaba a que incluso tenía una de esas dagas con el sello oculto en la empuñadura para ese propósito, como solían llevar los altos señores. Se podían comprar imitaciones en las tiendas de antigüedades y recuerdos, con las hojas de metal blandas y romas porque nadie tenía ya que testificar con sangre. Las dagas con sello auténticas de la Era del Aislamiento, en las raras ocasiones en que aparecían en el mercado, debían de valer cientos de miles de marcos.

Miles probablemente usaba la suya como abrecartas, o para limpiarse las uñas.

¿Y cuándo había abordado alguna vez una nave? De pronto estuvo razonablemente segura de que no se había sacado esa comparación de la manga.

Una risita irresistible escapó de sus labios. Si alguna vez lo volvía a ver diría: *La gente que ha estado en Operaciones Encubiertas no debería escribir cartas bajo los efectos de la pentarrápida.*

Aunque si de verdad él sufría un virulento ataque de sinceridad, ¿qué había de esa parte que decía *La amo*? Le dio la vuelta a la carta, y leyó de nuevo esa parte. Cuatro veces. Las letras tensas, cuadradas y claras parecieron agitarse ante sus ojos.

Pero faltaba algo, advirtió mientras leía la carta una vez más. Había confesiones de sobra, pero en ningún sitio aparecía una súplica de perdón, absolución, penitencia, ni pedía visitarla o volverla a ver. Ninguna petición de que respondiera de alguna forma. Era muy extraño, ese cese. ¿Qué significaba? Si era algún tipo de extraño código de SegImp, bueno, ella no sabía descifrarlo.

Tal vez no pedía perdón porque no esperaba que fuese posible obtenerlo. Parecía una extraña forma de contentarse... ¿o era demasiado arrogante para suplicar? ¿Orgullo, o desesperación? ¿Qué? Aunque suponía que podían ser ambas cosas. ¡*A la venta ahora!*, saltó su mente, ¡*esta semana solamente, dos pecados por el precio de uno!* Eso... eso parecía muy típico de

Miles, en cierto modo.

Recordó sus antiguas y amargas discusiones domésticas con Tien. Cómo odiaba aquel horrible baile entre la ruptura y la reconciliación; cuántas veces ella se había venido abajo. Si al final iban a acabar perdonándose, ¿por qué no hacerlo de inmediato y ahorrarse días de tensión y dolor de estómago? Directo del pecado al perdón, sin pasar por los pasos intermedios de arrepentimiento y restablecimiento... Sólo avanzar, sólo hacerlo. Pero no avanzaron mucho. Siempre parecían volver al punto de partida. Tal vez por eso el caos siempre parecía repetirse en un bucle infinito. Tal vez no habían aprendido lo suficiente, dejándose las partes difíciles.

Cuando cometías un error de verdad, ¿cómo continuabas? ¿Cómo salías directamente del bache en el que te encontrabas, y conseguías no volver jamás? Porque nunca se volvía atrás. El tiempo borraba las huellas de camino tras tu paso.

De todas formas, ella no quería volver. No quería saber menos, no quería ser más pequeña. No deseaba esas palabras no dichas. Su mano apretó espasmódicamente la carta contra su pecho, y luego alisó con cuidado las arrugas contra la mesa. Sólo quería que el dolor cesara.

La próxima vez que lo viera, ¿tendría que responder a su desastrosa pregunta? O, al menos, ¿sabría cuál era la respuesta? ¿Habría otra forma de decir *te perdono* o *Sí, para siempre*, alguna tercera vía? Quería desesperadamente una tercera vía en la que apoyarse.

No puedo responder a esto ahora mismo. No puedo.

Cucarachas mantequeras. Podía hacer cucarachas mantequeras ahora mismo...

El sonido de la voz de su tía, llamándola, rompió el círculo sin fin de los pensamientos de Ekaterin. Sus tíos tenían que haber regresado tras cenar fuera. Rápidamente guardó la carta en el sobre y la escondió de nuevo en su chaquetilla, y se frotó los ojos con las manos. Trató de poner una expresión, cualquier expresión, en su rostro. Todas parecían máscaras.

– Ya voy, tía Vorthys – dijo, y se levantó para recoger su pala, llevar los hierbajos a la basura y entrar en la casa.

El timbre de su apartamento sonó mientras Ivan alternaba entre dar sorbos a su primer café de la mañana y abrochase las mangas del uniforme. ¿Compañía, a esa hora? Alzó las cejas, lleno de asombro y, con cierta curiosidad, se dirigió hacia la entrada para atender la llamada.

Bostezaba cubriéndose la boca con la mano cuando la puerta deslizó para mostrar a Byerly Vorrutyer, así que fue demasiado lento para pulsar el botón de cierre antes de que By metiera la pierna. El sensor de seguridad, lástima, detuvo la puerta en vez de aplastar el pie de By. Ivan lamentó que la puerta tuviera un borde de goma en vez de, digamos, el filo de una navaja.

– Buenos días, Ivan – rezongó By a través de la estrecha abertura.

– ¿Qué demonios estás haciendo aquí tan temprano? – preguntó Ivan, receloso.

– Tan tarde – dijo By, con una sonrisita.

Bueno, eso tenía un poco más de sentido. Estudiado con atención, By parecía un poco cansado, con una sombra de barba y los ojos enrojecidos.

– No quiero saber nada más de tu primo Dono – dijo Ivan con firmeza –. Lárgate.

– La verdad es que venía por tu primo Miles.

Ivan contempló la espada de su uniforme de gala, plantada en un paragüero hecho con una vieja bomba de artillería. Se preguntó si clavársela en el pie de By sería suficiente para hacerlo retroceder y poder cerrar la puerta. Pero el paragüero estaba fuera de su alcance.

– Tampoco quiero saber nada de mi primo Miles.

– Es algo que creo que necesita saber.

– Bien. Ve y díselo, entonces.

– Yo... preferiría que no, considerándolo todo en conjunto.

Los afinadísimos detectores de mierda de Ivan empezaron a parpadear en rojo, en algún rincón de su cerebro que normalmente no estaba activo a esa hora.

– ¿Sí? ¿Qué consideras en conjunto?

– Oh, ya sabes... delicadeza... respeto... sentimientos familiares...

Ivan hizo un ruido grosero con los labios.

– ... el hecho de que controla un voto valioso en el Consejo de Condes... – continuó By serenamente.

– Dono va detrás del voto de mi tío Aral – señaló Ivan –. Técnicamente. Regresó a Vorbarr Sultana hace cuatro noches. Ve a acosarlo a él.

Si te atreves.

By mostró los dientes en una sonrisa compungida.

– Sí, Dono me contó la grandiosa entrada del Virrey, y la escapada general. No sé cómo

conseguiste salir ileso de la catástrofe.

– Hice que el soldado Roic me abriera la puerta trasera.

– Ah, ya veo. Muy prudente, sin duda. Pero en cualquier caso, el conde Vorkosigan ha hecho saber que confía en la discreción de su hijo en nueve casos de cada diez.

– Es un asunto suyo. No mío.

– ¿Tienes un poco de café para mí? – By miró ansioso la taza que Ivan tenía en la mano.

– No – mintió Ivan.

– Entonces tal vez serías tan amable de prepararme un poco. Vamos, Ivan, apelo a tu humanidad. Ha sido una noche muy larga y tediosa.

– Estoy seguro de que podrás encontrar algún lugar abierto en Vorbarr Sultana que te venda café. Camino de casa – tal vez no debería dejar la espada en la vaina...

By suspiró, y se apoyó contra el marco de la puerta, cruzándose de brazos como si esperara una conversación larga. No movió el pie.

– ¿Qué has oído de tu primo el lord Auditor en los últimos días?

– Nada.

– ¿Y qué piensas de ello?

– Cuando Miles decida qué debo pensar, estoy seguro de que me lo dirá. Siempre lo hace.

By hizo una mueca, pero consiguió no sonreír.

– ¿Has intentado hablar con él?

– ¿Parezco tan estúpido? Ya sabes lo de la fiesta. El hombre se estrelló. Estará imposible durante días. Mi tía Cordelia puede sostenerle la cabeza bajo el agua esta vez, gracias.

By alzó las cejas, quizá tomando esta última observación por una metáfora divertida.

– Vamos, vamos. Según Dono, la pequeña cagada de Miles no fue irremediable, y lo considero a él más experto en mujeres que nosotros – la expresión de By se volvió seria y sus ojos se ensombrecieron extrañamente –. Se trata de lo que va a pasar si no hacemos nada.

Ivan vaciló.

– ¿Qué quieres decir?

– Café, Ivan. Y lo que tengo que decirte no es, decididamente, para decirlo en un pasillo público.

Voy a lamentar esto. A regañadientes, Ivan pulsó la apertura de la puerta y se hizo a un lado. Luego le sirvió a By el café y le dejó sentarse en su sofá. Probablemente un error estratégico. I By bebía lo suficientemente despacio, podría alargar su visita por un tiempo indefinido.

– Voy camino del trabajo, te lo advierto – dijo Ivan, ocupando el cómodo sillón frente al sofá.

By dio un sorbo agradecido.

– Seré rápido. Sólo mi sentido del deber Vor me impide estar ya en la cama.

En interés de la velocidad y la eficiencia, Ivan se guardó los comentarios. Indicó a By que continuara, a ser posible sucintamente.

– Anoche fui a una cena privada con Alexi Vormoncrief – empezó a decir By.

– Qué interesante – gruñó Ivan.

By agitó los dedos.

– Demostró tener momentos de interés. Fue en la mansión Vormoncrief. Me invitó de Alexi, el conde Boriz. Una de esas reuniones de conspiradores que dan mala fama a la política, ya sabes. Parece que mi complaciente primo Richars se enteró por fin del regreso de lord Dono y corrió a la ciudad para investigar cuánta verdad había en los rumores. Lo que descubrió lo alarmó lo suficiente para, ah, empezar a aplicarse a ganar su voto en la inminente decisión del Consejo de Condes. Como el conde Boriz influye en una parte significativa de los votos del partido conservador, Richars, que no es tonto del todo, empezó su campaña con él.

– Ve al grano, By – suspiró Ivan –. ¿Qué tiene todo esto que ver con mi primo Miles? No tiene nada que ver conmigo: los oficiales en activo no pueden jugar a la política, ya lo sabes.

– Oh, sí, soy bastante consciente de ello. También estaban presentes, por cierto, el cuñado de Boriz, Sigur Vorbretten, y el conde Tomas Vormuir, que al parecer tuvo un pequeño encontronazo con tu primo en sus actividades como Auditor hace poco.

– ¿El lunático de la fábrica de bebés que Miles cerró? Sí, he oído hablar de eso.

– Yo conocía un poco a Vormuir, de antes. Lady Donna solía ir a disparar al blanco con su condesa, en tiempos más felices. Eran unas chismosas, esas chicas. En cualquier caso, como era de esperar, Richars abrió su campaña con la sopa y, para cuando sirvieron la ensalada, ya había llegado a un acuerdo con el conde Boriz: un voto para Richars a cambio de la alianza con los conservadores. Esto dejó el resto de la cena, desde las entradas hasta los postres y durante los vinos, libre para tratar otros temas. El conde Vormuir se explayó a sus anchas sobre lo insatisfecho que estaba con su Auditoría Imperial, lo cual puso a tu primo, como si dijéramos, sobre la mesa.

Ivan parpadeó.

– Espera un momento. ¿Qué estabas haciendo tú con Richars? Creí que estabas en el otro bando de esta guerra.

– Richars cree que estoy espiando a Dono para él.

– ¿Y es verdad?

Si Byerly estaba jugando con los dos extremos de la cuerda, Ivan esperaba cordialmente que acabara quemándose ambas manos.

Una sonrisa de esfinge asomó a los labios de By.

– Mm, digamos que le digo lo que necesita saber. Richars está bastante orgulloso de su

astucia, por haberme plantado en el campo de Dono.

– ¿No sabe que hiciste que el lord Guardián del Círculo de Oradores le impidiera tomar posesión de la mansión Vorrutyer?

– En una palabra, no. Conseguí esconderme detrás de las cortinas en ese asunto.

Ivan se frotó las sienes, preguntándose a cuál de los dos primos le estaba mintiendo By en realidad. No eran imaginaciones suyas. Hablar con aquel tipo le estaba produciendo dolor de cabeza. Esperaba que By tuviera resaca.

– Continúa. Acelera.

– Se hicieron algunos típicos comentarios conservadores sobre el coste de las reparaciones del espejo solar komarrés. Que los komarreses lo paguen, ellos lo rompieron, lo de costumbre.

– Lo pagarán. ¿Es que no saben cuántos de nuestros ingresos por impuestos vienen del comercio komarrés?

– Me sorprendes, Ivan. No sabías que prestaras atención a ese tipo de cosas.

– No lo hago – negó Ivan rápidamente –. Es del dominio público.

– La discusión sobre el incidente komarrés sacó a colación, de nuevo, a nuestro lord Auditor favorito, y el querido Alexi se sintió conmovido para hacernos partícipes de su agravio personal. Parece que la Bella Viuda le dio calabazas. Después de muchas molestias y gastos por su parte, también. Las tarifas de la Baba, ya sabes.

– Oh – Ivan sonrió –. Bien por ella.

Ekaterin estaba rechazando a todo el mundo. ¡El desastre doméstico de Miles no era probablemente culpa *suya*, menos mal!

– Sigur Vorbretten, nada menos, ofreció a continuación una versión deformada de la reciente cena de Miles, completa, con una vívida descripción de la señora Vorsoisson saliendo de estampida después de la calamitosa propuesta pública de matrimonio que le hizo Miles – By ladeó la cabeza –. Incluso haciendo más caso a la versión de Dono que a la de Sigur, ¿qué mosca le picó al pobre hombre? Siempre creí que Miles era más tranquilo.

– Pánico – dijo Ivan –. Creo. Yo estaba en el otro extremo de la mesa – meditó un instante –. Nos puede pasar a los mejores – frunció el ceño –. ¿Cómo demonios se enteró Sigur de la historia? Desde luego *yo* no la he contado. ¿Ha estado chismorreando lord Dono?

– Sólo conmigo, espero. Pero, Ivan, había diecinueve personas en esa cena. Más los soldados y los criados. Está en boca de toda la ciudad, y se hace más dramático y delicioso con cada relato, estoy seguro.

Ivan podía imaginarlo. Ivan podía imaginar que llegaba a oídos de Miles, y el humo saliendo de ellos. Dio un respingo.

– Miles... Miles querrá matar a alguien.

– Es curioso que digas eso. – By dio otro sorbo de café y miró a Ivan, tan tranquilo –. Sumando la investigación de Miles en Komarr, la muerte del administrador Vorsoisson en mitad del caso, la subsiguiente proposición de Miles a su viuda, y el teatral (en la versión de Sigur, aunque Dono dice que se portó de manera bastante digna, dadas las circunstancias) rechazo de ella, más cinco políticos conservadores Vor con ganas de desquitarse de Aral Vorkosigan y todas sus obras, y varias botellas de buen vino del Distrito Vormoncrief, nació una Teoría. Y evolucionó rápidamente, en una especie de equilibrio inestable, para convertirse en una Calumnia en toda regla mientras yo estaba delante. Fue fascinante.

– Oh, mierda – susurró Ivan.

By le dirigió una aguda mirada.

– ¿Te me adelantas? Cielos, Ivan. Qué profundidad de pensamiento. Puedes imaginarte la conversación; yo tuve que soportarla. Alexi rezongando contra el maldito mutante que se atrevía a cortejar a la dama Vor. Vormuir opinando que era condenadamente conveniente que el marido hubiera muerto en un supuesto accidente en medio del caso de Vorkosigan. Sigur diciendo pero no hubo ninguna acusación, y el conde Boriz mirándolo como si fuera el penoso alelado que es y respondiendo que no podría haberla: los Vorkosigan han tenido a SegImp en la palma de la mano durante treinta años, la única pregunta era si fue planeado entre la esposa y Vorkosigan. Alexi saltó en defensa de su enamorada... el pobre no entiende lo que es una insinuación, y declaró que era inocente y no sospechó nada hasta que la burda propuesta de Vorkosigan le abrió los ojos. Su veloz marcha fue la ¡Prueba! ¡La Prueba!... la verdad es que lo dijo tres veces, pero ya estaba bastante bebido a esas alturas... de que ella, al menos, se daba cuenta ahora de que Miles había eliminado a su amado esposo para tener el camino despejado, y ella debía saberlo, pues no estaba allí. ¡Y apostaba a que estaría dispuesta a reconsiderar su propuesta ahora! Como Alexi es un idiota conocido, los demás no quedaron muy convencidos de sus argumentos, pero estuvieron dispuestos a conceder a la viuda el beneficio de la duda por bien de la solidaridad familiar. Y así continuaron.

– Santo Dios, By. ¿No pudiste detenerlos?

– Intenté inyectar cordura hasta el límite posible sin volar mi cobertura, como decís los militares. Estaban demasiado entusiasmados con su creación para prestarme mucha atención.

– Si presentan ese cargo por asesinato contra Miles, barreré el suelo con todos ellos. Te garantizo que no tolera esas idioteces.

By se encogió de hombros.

– No es que a Boriz Vormoncrief no le gustara una sentencia contra el hijo de Aral Vorkosigan, pero como les hice ver, no tienen suficientes pruebas, y... por las razones que sean, no es probable que obtengan ninguna. No. Una acusación se puede rebatir. Te puedes defender. Puede provocar un desagravio legal. No habrá ningún cargo.

Ivan no estaba tan seguro.

– Pero un guiño – continuó By –, un susurro, una mueca, un chiste, una anécdota deliciosamente horrible... ¿quién puede evitar eso? Sería como tratar de luchar contra la niebla.

– ¿Crees que los conservadores se lanzarán a una campaña para desacreditarlo utilizando este sistema? – dijo Ivan lentamente, helado.

– Creo... que si el lord Auditor Vorkosigan desea ejercer algún tipo de control de daños, tiene que movilizar sus recursos. Cinco lenguas viperinas están durmiendo la mona esta mañana. Pero esta noche volverán a entrar en funcionamiento. Yo no presumiría de aconsejar estrategias a milord Auditor. Ya es un chico mayor. Pero, por, digamos, cortesía, le daría la ventaja de ofrecerle información a tiempo. Lo que haga con ella es cosa suya.

– ¿No es más bien un asunto de SegImp?

– Oh, SegImp – By agitó una mano –. Estoy seguro de que estarán encima. Pero, verás... ¿es un asunto para SegImp? Humo, Ivan. Humo.

Este asunto te rebanará el cuello antes de que te des cuenta, y no bromeo, había dicho Miles, con una convicción aterradora. Ivan se encogió de hombros.

– ¿Cómo voy a saberlo?

La sonrisa de By no cambió, pero sus ojos chispearon.

– Cómo, ciertamente.

Ivan miró la hora. *Dioses*.

– Tengo que irme al trabajo, o mi madre se enfadará – dijo apresuradamente.

– Sí, lady Alys estará ya, sin duda, esperándote en la Residencia – entendiendo, para variar, la indirecta, Byerly se levantó –. Supongo que podrás usar tus influencias con ella para conseguirme una invitación a la boda.

– No tengo influencia ninguna – dijo Ivan, acompañando a By a la puerta –. Si lord Dono es para entonces conde Dono, tal vez puedas hacer que te lleve consigo.

By aceptó la sugerencia con un gesto y se marchó pasillo abajo, bostezando. Ivan permaneció de pie un momento, junto a la puerta cerrada, frotándose la frente. Se imaginó a sí mismo contándole a Miles las noticias de By, suponiendo que su afectado primo estuviera ya sobrio. Se imaginó corriendo para esconderse. Mejor aún, se imaginó desertando, posiblemente para iniciar una vida dedicada a la prostitución con licencia en el Orbe de Beta. Los prostitutas betanos tenían clientela femenina, ¿no? Miles había estado allí, pero no se lo había contado todo. Incluso el gordo Mark y Kareen habían estado allí. Pero él nunca había conseguido visitar el Orbe, maldición. La vida era injusta, anda que no.

Se acercó a su comconsola y pulsó el código privado de Miles. Pero lo único que consiguió fue el programa contestador, uno nuevo, que anunciaba de manera muy oficial que había contactado

con el *lord Auditor Vorkosigan*, chúpate ésa. Excepto que no lo había hecho. Ivan dejó un mensaje para que su primo lo llamara por un asunto privado urgente, y cortó la comunicación.

Miles probablemente no se había despertado todavía. Ivan le prometió a su conciencia que lo intentaría más tarde y que, si seguía sin obtener respuesta, iría a la mansión Vorkosigan para ver a Miles aquella noche. Tal vez. Suspiró y se desnudó para ponerse la túnica de su uniforme verde. Luego se encaminó hacia la Residencia Imperial y las tareas del día.

Mark llamó al timbre de la puerta de los Vorthys, bailoteó cambiando el peso de un pie a otro ya apretó los dientes lleno de ansiedad. Enrique, que había salido de la mansión Vorkosigan para la ocasión, miró fascinado en derredor. Alto, delgado y nudoso, el ectomórfico escobariano hacía que Mark se sintiera más que nunca un sapo achaparrado. Tendría que haber pensado mejor en la ridícula pareja que formaban cuando estaban juntos... ah. Ekaterin les abrió la puerta y les ofreció una sonrisa de bienvenida.

– Lord Mark, Enrique. Pasen – les indicó que entraran en el fresco salón de entrada, a salvo del resplandor de la tarde.

– Gracias – dijo Mark fervorosamente –. Muchas gracias, señora Vorsoisson... Ekaterin, por preparar esto. Gracias. Gracias. No sabe cuánto significa esto para mí.

– Cielos, no me dé las gracias. Fue idea de Kareen.

– ¿Está aquí? – Mark giró la cabeza, buscándola.

– Sí, Martya y ella llegaron hace unos minutos. Por aquí... – Ekaterin los condujo hacia la derecha, al estudio repleto de libros.

Kareen y su hermana estaban sentadas frente a una comconsola. Kareen estaba hermosa y con los labios tensos, los puños cerrados sobre su regazo. Alzó la cabeza cuando él entró, y sonrió. Mark se abalanzó hacia delante, se detuvo, tartamudeó su nombre de manera inaudible y le agarró las manos. Intercambiaron un fuerte apretón.

– Se me permite hablar contigo ahora – le dijo Kareen, sacudiendo irritada la cabeza –, pero sólo de negocios. No sé a qué viene tanta paranoia. Si quisiera fugarme, sólo tendría que salir por la puerta y caminar seis manzanas.

– Yo, yo... será mejor que no diga nada, entonces – reacio, Mark le soltó las manos y retrocedió un paso. Sus ojos bebieron en ella como si fuera agua. Kareen parecía cansada y tensa, pero por lo demás bien.

– ¿Estás bien? – la mirada de ella lo escrutó de arriba abajo.

– Sí, claro. Por ahora – le devolvió una sonrisa débil y miró vagamente a Martya –. Hola, Martya. ¿Qué estás haciendo aquí?

– Soy la carabina – le dijo ella con una mueca, casi tan molesta como su hermana –. Es lo

mismo que poner un guardia en el establo después de que hayan robado los caballos. Si me hubieran enviado a la Colonia Beta, habría servido de algo. A mí, al menos.

Enrique se sentó en la silla que estaba al lado de Martya, y dijo con reproche:

– ¿Sabías que la madre de lord Mark fue *capitana de exploración betana*?

– ¿Tante Cordelia? – Martya se encogió de hombros –. Claro.

– *Capitana de exploración astronómica betana*. ¡Y a nadie se le ocurrió mencionarlo! ¡*Capitana de exploración*! Y nadie me lo dijo siquiera.

Martya se le quedó mirando.

– ¿Es importante?

– ¿Qué si es importante? ¿Qué si es importante? ¡Santo cielo, cómo sois!

– Fue hace treinta años, Enrique – intervino Mark, cansado. Llevaba dos días escuchando variantes de aquella cantinela. La condesa se había ganado otro admirador en la persona de Enrique. Su conversión sin duda le había ayudado a salvar la vida de todos los demás correligionarios de la casa, después del incidente con las tuberías durante la noche.

Enrique colocó las manos entre las rodillas y miró embobado al aire.

– Le di mi tesis para que la leyera.

Kareen, con los ojos como platos, preguntó:

– ¿Y la entendió?

– Claro que la entendió. ¡Fue *comandante de exploración betana*, por el amor de Dios! ¿Tienes idea de cómo eligen a esa gente, y de lo que hacen? Si hubiera completado con honores mi trabajo de posgraduado, en vez de meterme en todo ese estúpido lío con el arresto, podría haber esperado, sólo esperado, hacer una solicitud, y ni siquiera habría tenido posibilidad de derrotar a todos los candidatos betanos, si no fuera por las cuotas que mantienen para la gente que no es de su mundo – Enrique estaba sin aliento por la pasión de su discurso–. Ella dijo que recomendaría mi trabajo al Virrey. Y dijo que mi soneto era muy ingenioso. Compuse mentalmente una quintilla en su honor mientras estaba cazando cucarachas, pero todavía no he tenido tiempo de escribirla. ¡*Capitana de exploración*!

– No... no es lo que hace que Tante Cordelia sea tan famosa en Barrayar – comentó Martya al cabo de un momento.

– La mujer está desperdiciada aquí. *Todas* las mujeres están desperdiciadas aquí – rezongó Enrique. Martya se volvió y le dirigió una mirada intrigada.

– ¿Cómo va la caza de cucarachas? – le preguntó Kareen, ansiosa.

– Encontradas ciento doce. La reina todavía falta. – Enrique se frotó la nariz, preocupado.

– Gracias, Enrique, por enviarme el modelo vid de las cucarachas mantequeras tan rápido – intervino Ekaterin –. Aceleré enormemente mis experimentos en diseño.

Enrique le sonrió.

– Fue un placer.

– Bueno, tal vez debería hacer ya la presentación – dijo Ekaterin –. No tardaré mucho y podremos discutir el asunto.

Mark se sentó en la última silla y contempló dolido la distancia que lo separaba de Kareen. Ekaterin se sentó ante la comconsola y recuperó el primer vid. Era una representación tridimensional y a todo color de una cucaracha mantequera, ampliada hasta un cuarto de metro de altura. Todos menos Enrique y Ekaterin retrocedieron.

– Aquí tenemos, por supuesto, la cucaracha mantequera básica – empezó a decir Ekaterin –. Sólo he hecho unas cuantas modificaciones hasta el momento, porque lord Mark indicó que el tiempo era esencial, pero seguro que puedo hacer más. Aquí está la primera y más sencilla.

La cucaracha color marrón mierda y blanco pus desapareció, para ser sustituida por un modelo mucho más elegante. Las patas y el cuerpo del bicho eran negro cuero, tan brillante como las botas de un guardia de palacio. Una fina línea blanca corría por los bordes de las ahora ampliadas alas negras, que ocultaban a la vista el pálido abdomen pulsátil.

– Ooh – dijo Mark, sorprendido e impresionado. ¿Cómo podían representar unos cambios tan pequeños una diferencia tan grande –. ¡Sí!

– Aquí hay algo un poco más vistoso.

La segunda cucaracha también tenía las patas y algunas partes del cuerpo negras, pero su caparazón era más redondeado, como en abanico. Un arco iris de colores se sucedía en unas franjas curvadas, desde púrpura en el centro hasta rojo en el borde, pasando por azul y verde y amarillo y naranja.

Martya se enderezó en su asiento.

– Oh, eso está mejor. Es *bonito*.

– No creo que el siguiente sea práctico – continuó Ekaterin –, pero quería jugar con la gama de posibilidades.

A primera vista, Mark lo confundió con un capullo de rosa floreciendo. Ahora las partes corporales de la cucaracha eran de un verde hoja moteado de sutil rojo. Los caparazones parecían pétalos de flor, de un delicado tono amarillo que se teñía de rosa en múltiples capas; el abdomen también era de un amarillo a juego que se fundía con el parecido a la flor y no llegaba a advertirse. Los ángulos y espuelas de las patas del bicho se convertían en pequeñas espinas romas.

– Oh, oh – dijo Kareen, los ojos muy abiertos –. ¡Quiero ése! ¡Voto por ese!

Enrique parecía aturdido, la boca entreabierta.

– Cielos. Sí, podría hacerse...

– Este diseño podría funcionar para... las cucarachas cautivas o de granja, supongo que las

podríamos llamar – dijo Ekaterin –. Creo que los pétalos del caparazón podrían ser un poco demasiado delicados e inútiles para las cucarachas libres que tengan que buscarse el sustento. Podrían romperse y dañarse. Pero estaba pensando, mientras trabajaba en éstos, que podríamos contar con más de un diseño, más adelante. Diferentes gamas, quizá, para distintos grupos de síntesis microbianas.

– Desde luego – dijo Enrique –. Desde luego.

– El último – dijo Ekaterin, y tecleó el vid.

Las patas y el cuerpo de esta cucaracha eran de un profundo y titilante color azul. Las mitades del caparazón destellaban y adquirían la forma de una lágrima. El centro era de un amarillo brillante, que inmediatamente se convertía en un profundo tono rojo anaranjado, y luego azul encendido, y luego azul oscuro moteado de puntos iridiscentes. El abdomen, apenas visible, era de un rico color rojo oscuro. La criatura parecía una llama, como una antorcha en el crepúsculo, como una joya sacada de una corona. Cuatro personas se inclinaron hacia delante y estuvieron a punto de caerse de la silla. Martya extendió la mano. Ekaterin sonrió.

– Guau, guau, guau – susurró Kareen –. ¡Eso sí que es una cucaracha *gloriosa!*

– Creo que eso fue lo que pediste, ¿no? – murmuró Ekaterin.

Tocó un control del vid, y el bicho inmóvil cobró vida momentáneamente. Agitó el caparazón, y un ala luminosa destelló, como un chorro de chispas rojas en una hoguera.

– Si Enrique consigue que las alas sean biofluorescentes con la longitud de onda adecuada, podrían resplandecer en la oscuridad. En grupo resultarían espectaculares.

Enrique se inclinó hacia delante, mirando la imagen con avidez.

– Eso sí que es una idea. Serían mucho más fáciles de localizar en sitios oscuros... Sin embargo, eso supondría un coste considerable de bioenergía, que saldría de la producción de manteca.

Mark trató de imaginar un puñado de gloriosos bichos, brillando y resplandeciendo y centelleando en la penumbra. Se le hizo la boca agua.

– Considéralo el presupuesto para publicidad.

– ¿Cuál vamos a usar? – preguntó Kareen –. Me gusta ese que parecía una flor...

– Habrá que votar, supongo – dijo Mark. Se preguntó si podría convencer a alguien para que eligiera el modelo negro. Un verdadero bicho asesino, eso parecía –. Un voto de accionistas – añadió prudentemente.

– Hemos contratado a una asesora estética – señaló Enrique –. Tal vez deberíamos seguir su consejo – miró a Ekaterin.

Ekaterin se encogió de hombros.

– La estética es todo lo que puedo suministrar. Sólo he supuesto qué podría hacerse desde el

punto de vista técnico. Podría existir alguna pega entre el impacto visual y el tiempo necesario para desarrollarlo.

– Has hecho unas buenas suposiciones. – Enrique acercó la silla a la comconsola y repasó de nuevo la serie de vids de las cucarachas, con expresión ausente.

– El tiempo es importante – dijo Kareen –. El tiempo es dinero, el tiempo es... el tiempo lo es todo. Nuestro primer objetivo tiene que ser conseguir lanzar un producto que venda, para que empiece a circular y obtener capital con el que crecer. Luego vendrán los refinamientos.

– Y salir por fin del sótano de la mansión Vorkosigan – murmuró Mark –. Tal vez... ¿el negro sería el más rápido?

Kareen negó con la cabeza, y Martya dijo:

– No, Mark.

Ekaterin mantuvo una postura de estudiada neutralidad.

Enrique se detuvo ante la cucaracha gloriosa y suspiró ensoñador.

– Ésta – declaró. Ekaterin no pudo evitar una levísima sonrisa. Su orden de presentación, decidió Mark, no había sido aleatorio.

Kareen alzó la mirada.

– Más rápido que la cucaracha-flor, ¿crees?

– Sí – dijo Enrique.

– Secundo la moción.

– ¿Seguro que no os gusta la negra? – sugirió Mark.

– Estás en minoría, Mark – le dijo Kareen.

– No puede ser, soy dueño del cincuenta y uno por ciento... oh – con el reparto de acciones a Kareen y la cocinera de Miles, ya estaba por debajo de su mayoría automática. Intentó comprárselas más tarde, pero...

– La cucaracha gloriosa, entonces – dijo Kareen –. Ekaterin se había manifestado dispuesta a que le pagaran en acciones, igual que Ma Kosti.

– No ha sido tan difícil – empezó a decir Ekaterin.

– Calla – la cortó Kareen firmemente –. No te pagamos porque sea difícil o no. Te pagamos por lo bueno que es. Tarifa de asesora creativa estándar. Apunta, Mark.

Algo reacio (no porque el trabajo no fuera digno de su precio, sino porque lamentaba el pellizco adicional al control de acciones que se le escapaba de las manos), Mark se acercó a la comconsola e imprimió una factura de acciones por los servicios prestados. Hizo que Enrique y Kareen la firmaran, envió una copia al despacho de Tsipis en Hassadar y se la entregó formalmente a Ekaterin.

Ella sonrió divertida, le dio las gracias y guardó el documento. Bueno, si ella se lo tomaba

como dinero de pega, al menos no había entregado un trabajo de pega. Como Miles, tal vez fuera una de esas personas incapaces de ir a otra velocidad que no fuera adelanto todo y a toda máquina. Todo bien hecho por la gloria de Dios, como decía la condesa. Mark miró de nuevo la cucaracha gloriosa, que Enrique estaba haciendo girar ahora un poco más.

– Supongo que será mejor que nos marchemos – dijo Mark, con una última mirada anhelante hacia Kareen. El tiempo es oro y todo eso –. La caza de cucarachas lo ha puesto todo patas arriba. Investigación y desarrollo... apenas podemos mantener a los insectos que tenemos.

– Considéralo una limpieza de la fuente industrial – aconsejó Martya –. Antes de que se escape arrastrándose.

– Tus padres han dejado que Kareen venga aquí hoy. ¿crees que al menos la dejarían volver al trabajo?

Kareen sonrió sin esperanza.

Martya torció la boca y sacudió la cabeza.

– Se han aplacado un poco, pero no tan rápido. Mamá no dice mucho, pero papá... Papá siempre se ha enorgullecido mucho de ser un buen padre, ¿sabes? Y todo eso del Orbe betano y, bueno, tú, Mark, no estaba en su manual de instrucciones del buen padre barrayarés. Tal vez haya estado demasiado tiempo en el Ejército. Aunque la verdad es que no se puede decir que se esté tomando con tranquilidad el compromiso de Delia, y eso que ella está cumpliendo todas las viejas normas, por lo que él sabe.

Kareen alzó una ceja intrigada al oír esto, pero Martya no explicó nada más.

Martya se volvió hacia la comconsola, donde la cucaracha gloriosa chispeaba y brillaba ante la mirada embelesada de Enrique.

– Por otro lado... los padres-guardianes no me han prohibido que vaya a la mansión Vorkosigan *a mí*.

– Martya... suspiró Kareen –. Oh, ¿podrías hacerlo? ¿Lo harías?

– Eh, tal vez – ella miró a Kareen con los ojos entornados –. Estaba pensando en que también podría compartir alguna de esas acciones.

Mark alzó las cejas. ¿Martya? ¿La siempre práctica Martya? ¿Para hacerse cargo de la caza de bichos y hacer volver a Enrique a sus códigos genéticos, sin quintillas? ¿Martya para mantener el laboratorio, para ocuparse de los suministros y suministradores, para no tirar por el desagüe manteca de cucaracha? ¿Qué más daba que lo considerara una especie de repulsiva cucaracha mantequera de tamaño gigante que su hermana había adoptado como mascota? No tenía ninguna duda de que Martya podría hacer que las cosas funcionaran a tiempo...

– ¿Enrique?

– ¿Mmm? – murmuró Enrique, sin apartar la mirada.

Mark consiguió llamar su atención desconectando el vid, y le explicó la oferta de Martya.

– Oh, sí, sería magnífico – accedió alegremente el escobariano. Le sonrió esperanzado a Martya.

Cerraron el trato, aunque a Kareen no parecía hacerle demasiada gracia tener que compartir acciones con su hermana. Martya decidió regresar con ellos a la mansión Vorkosigan en el acto, así que Mark y Enrique se levantaron para despedirse.

– ¿Estarás bien? – le preguntó Mark a Kareen en voz baja, mientras Ekaterin se ocupaba de descargar sus diseños para que Enrique se los llevara.

Ella asintió.

– Sí. ¿Y tú?

– Me las apañaré. ¿Cuánto tiempo crees que tardará en resolverse este asunto?

– Ya está resuelto – su expresión era preocupantemente fría –. He dejado de discutir, aunque no estoy segura de que ellos se hayan dado cuenta todavía. Mientras siga viviendo en la casa de mis padres, seguiré obedeciendo sus reglas, por ridículas que sean. En el momento en que descubra cómo irme a otro sitio sin comprometer mis objetivos a largo plazo, me marcharé. Para siempre, si hace falta – su boca mostraba una mueca firme y decidida –. No espero estar allí mucho tiempo.

– Oh – dijo Mark. No estaba exactamente seguro de lo que significaba aquello, pero parecía... amenazador. Le aterraba pensar que él pudiera ser la causa de que Kareen perdiera a su familia. Había tardado toda una vida, e invertido unos esfuerzos terribles, en ganarse un lugar en la suya propia. El clan del comodoro siempre le había parecido un refugio dorado –. Es... un sitio solitario. Estar ahí fuera.

Ella se encogió de hombros.

– Así sea.

La reunión de negocios terminó. Última oportunidad... Estaban en el pasillo, con Ekaterin despidiéndolos, y fue entonces cuando Mark hizo acopio de valor para decirle:

– ¿Hay algún mensaje que pueda llevar de su parte? A la mansión Vorkosigan, me refiero – estaba absolutamente seguro de que su hermano lo emboscaría a su regreso, dada la manera en que Miles lo había sermoneado al partir.

Una renovada cautela oscureció el rostro de Ekaterin. Desvió la mirada. Se llevó la mano a la chaquetilla, sobre su corazón; Mark detectó un ligero crujido de papel caro bajo el suave tejido. Se preguntó si Miles experimentaría alguna humillación al descubrir dónde estaba guardado su esfuerzo literario o si eso lo haría más bien moleestamente feliz.

– Dígale – dijo ella por fin, sin necesidad de especificar a quién – que acepto sus disculpas, pero que no puedo responder a su pregunta.

Mark sintió que tenía el deber como hermano de hablar bien de Miles, pero la dolorosa

reserva de la mujer lo dejó sin habla. Por fin murmuró, apenado:

– Él se preocupa mucho, ya sabe.

Ella asintió levemente y le dedicó una sonrisa breve y triste.

– Sí. Lo sé. Gracias, Mark – eso pareció zanjar el asunto.

Kareen avanzó hacia la derecha por la acera mientras los demás lo hacían hacia la izquierda para dirigirse hacia donde el soldado prestado esperaba con el vehículo prestado. Mark retrocedió un momento, para verla marcharse. Ella continuó caminando, con la cabeza gacha, sin mirar atrás.

Miles, que había dejado abierta a propósito la puerta de su suite, oyó regresar a Mark. Salió al pasillo y se asomó al rellano con aire depredador para verlo llegar. Todo cuanto notó fue que Mark parecía acalorado: el inevitable resultado de llevar tanta grasa y tanto negro a cuestas con aquel tiempo.

– ¿La has visto? – preguntó acuciante.

Mark se le quedó mirando, alzando las cejas con ironía. Estaba claro que sopesó un par de respuestas antes de decidirse por un sencillo y prudente:

– Sí.

Las manos de Mark se aferraron a la barandilla.

– ¿Qué ha dicho? ¿Pudiste preguntarle si había leído mi carta?

– Como tal vez recuerdes, me amenazaste explícitamente de muerte si me atrevía a preguntarle si había leído tu carta o si tocaba el tema de algún modo.

Impaciente, Miles agitó una mano.

– *Directamente*. Ya sabes que quería decir que no se lo preguntaras *directamente*. Pero ¿has notado... algo?

– ¿Si noto lo que una mujer está pensando sólo con verla? ¿Tengo aspecto de eso? – Mark se indicó la cara y se lo quedó mirando.

– ¿Cómo demonios voy a saberlo? No puedo saber qué estás pensando porque tienes cara de enfado. Normalmente tienes cara de enfado.

La última vez fue de indigestión. Aunque en el caso de Mark, las molestias de estómago tendían a estar preocupadamente relacionadas con sus otros difíciles estados emocionales. Demasiado tarde, Miles se acordó de preguntar:

– Y esto... ¿cómo está Kareen? ¿Está bien?

Miles hizo una mueca.

– Más o menos. Sí. No. Tal vez.

– Oh – tras un instante, Miles añadió –: Uf. Lo siento.

Mark se encogió de hombros. Miró a Miles, que ahora continuó subiendo la escalera, y

sacudió la cabeza con exasperada piedad.

– La verdad es que Ekaterin me ha dado un mensaje para ti.

– ¿Qué *qué*?

– Ha dicho que aceptaba tus disculpas. Enhorabuena, querido hermano: parece que has ganado la medalla de los mil metros arrastrándote. Deben de haberte dado algún punto extra por el estilo, supongo.

– ¡Sí! ¡Sí! – Miles dio un puñetazo al pasamanos –. ¿Qué más? ¿Ha dicho algo más?

– ¿Qué más esperabas?

– No sé. Cualquier cosa. *Sí, puede visitarme*, o *No, no vuelvas a pisar mi casa nunca más*, o algo. ¡Una pista, Mark!

– A mí que me registren. Tendrás que buscar tus propias pistas.

– ¿Puedo? Quiero decir, ¿no llegó a prohibir que volviera a molestarla?

– Dijo que no podía responder a tu pregunta. Chúpate esa, criptomán. Tengo mis propios problemas. – Sacudiendo la cabeza, Mark se perdió de vista, dirigiéndose hacia el fondo de la casa y el ascensor.

Miles se retiró a sus habitaciones y se sentó en el gran sillón, junto al ventanal que daba al jardín trasero. De modo que la esperanza volvía a tambalearse, como un criocadáver resucitado, mareado y vacilante bajo la luz. Pero no, decidió Miles con firmeza, crioamnésico. No esta vez. Vivía, luego aprendía.

No puedo responder a su pregunta no le parecía un *no*. Tampoco parecía un *sí*, claro. Parecía... una oportunidad más. Por la gracia de un milagro, parecía que se le permitía empezar de nuevo. Vuelve a la casilla uno y empieza otra vez, vamos.

¿Cómo acercarse entonces a ella? *Creo que no más poesía. No nací bajo un planeta rimado*. A juzgar por los esfuerzos del día anterior, que había recogido prudentemente de la papelera y quemado aquella mañana junto con otros embarazosos borradores, cualquier poesía que surgiera de su pluma sería un ripio. Peor: si por casualidad conseguía algo bueno, ella probablemente querría más, y entonces ¿dónde se las vería él? Imaginó a Ekaterin, en alguna futura encarnación, gritándole furiosa *¡No eres el poeta con el que me casé!* No más falsas pretensiones. Los timos no funcionan a la larga.

Sonaron voces en el pasillo de la entrada. Pym estaba recibiendo a una visita. Desde lejos, se trataba de nadie a quien Miles reconociera; varón, así que probablemente venía a ver a su padre. Miles dejó de prestar atención y continuó sentado.

Ella acepta tus disculpas. Ella acepta tus disculpas. La vida, la esperanza y todas las cosas buenas se desplegaron ante él.

El pánico no reconocido que había atenazado su garganta desde hacía semanas pareció

suavizarse mientras contemplaba el paisaje soleado. Ahora que la secreta urgencia que lo impulsaba había desaparecido, tal vez pudiera frenar el ritmo lo suficiente para convertirse en algo sencillo y tranquilo, en su amigo. ¿Qué le gustaría a ella...?

Tal vez pudiera invitarla a dar un paseo con él, a algún sitio agradable. Posiblemente no a un jardín, todavía no, claro. Un bosque, una playa... cuando no supiera de qué hablar, podrían entretenerse mirando el paisaje. No es que esperara quedarse sin palabras. Cuando pudiera decir la verdad, y ya no estuviera constreñido por los engaños y mentiras, las posibilidades se abrirían de una manera sorprendente. Había tanto que decir... Pym se aclaró la garganta desde la puerta. Miles volvió la cabeza.

– Lord Richars Vorrutyer ha venido a verlo, lord Vorkosigan – anunció Pym.

– Es lord Vorrutyer, si no le importa, Pym – le corrigió Richars.

– Su primo, Milord – Pym, con un breve ademán, condujo a Richars al salón. Richars, perfectamente consciente del detalle dirigió al soldado una mirada recelosa al pasar.

Miles no había visto a Richars desde hacía un año o más, pero no había cambiado mucho; parecía tal vez un poco mayor, debido a las entradas en la frente y el aumento del perímetro de su cintura. Llevaba un traje azul y gris que recordaba los colores de la Casa Vorrutyer, más apropiado para el uso diario que la imponente formalidad del uniforme, aunque conseguía sugerir, sin reclamarlo abiertamente, el atuendo del heredero de un condado. Richars seguía pareciendo permanentemente fastidiado: en eso no había ningún cambio.

Richars contempló las antiguas habitaciones del general Piotr, frunciendo el ceño.

– ¿Necesitas de pronto un Auditor Imperial, Richars? – lo instó Miles amablemente, no demasiado contento con la intrusión. Quería escribir su siguiente nota a Ekaterin, no tratar con Vorrutyer. Cualquier Vorrutyer.

– ¿Qué? ¡Desde luego que no!

Richars pareció indignarse, luego parpadeó mirando a Miles como si acabara de recordar su nueva posición.

– No he venido a verte. He venido a ver a tu padre respecto al inminente voto del Consejo sobre ese alocado pleito de Lady Donna. – Richars sacudió la cabeza –. Se ha negado a verme. Me ha enviado aquí.

Miles alzó las cejas hacia Pym.

– El conde y la condesa – entonó Pym – tienen obligaciones sociales esta noche y están descansando esta tarde, milord.

Había visto a sus padres en el almuerzo: no parecían en absoluto cansados. Pero su padre le había dicho la noche anterior que pretendía tomarse la boda de Gregor como unas vacaciones en su trabajo como Virrey, no como una recuperación de sus deberes como conde, vamos muchacho, lo

estás haciendo bien. Su madre había apoyado su plan.

– Sigo siendo el depositario del voto de mi padre, sí, Richars.

– Pensaba que, como ha vuelto a la ciudad, se haría cargo de los asuntos. Ah, bien – Richars estudió a Miles vacilante, se encogió de hombros, y avanzó hacia el ventanal.

Todo mío, ¿eh?

– Um, siéntate. – Miles indicó la silla frente a él, al otro lado de la mesita –. Gracias, Pym, eso será todo.

Pym asintió y se retiró. Miles no sugirió que trajera refrescos, ni cualquier otra cosa que impidiera que Richars soltara rápidamente su discurso, fuera cual fuese. Desde luego Richars no había venido por el placer de su compañía, y no es que su compañía valiera mucho en aquel preciso momento. *Ekaterin, Ekaterin, Ekaterin...*

Richars se acomodó y dijo, en un tono que pretendía ser claramente compasivo:

– Me he encontrado con tu grueso clon por el pasillo. Debe de ser una verdadera cruz para ti. ¿No puedes hacer nada con él?

Era difícil decidir si Richars encontraba más ofensiva la obesidad de Mark o su existencia. Por otro lado, Richars también estaba ahora agobiado por un pariente que había hecho una embarazosa elección corporal. Pero Miles también recordó por qué, si no se quitaba exactamente de su camino para evitar a su primo-no-alejado-lo-suficiente Vorrutyer, no buscaba su compañía.

– Sí, bueno, es *nuestra* cruz. ¿Qué quieres, Richars?

Richars se echó hacia atrás, apartando de su cabeza la distracción que suponía Mark.

– He venido a hablar con el conde Vorkosigan sobre... aunque ahora que lo pienso... tengo entendido que has visto a lady Donna desde que regresó de la Colonia Beta.

– ¿Te refieres a lord Dono? Sí. Ivan... nos presentó. ¿No has visto a, um, tu primo todavía?

– Todavía no – Richars sonrió fríamente –. No sé a quién se imagina que está engañando. No es auténtica, nuestra Donna.

Inspirado por la malicia, Miles alzó las cejas.

– Bueno, eso depende de lo que entiendas por autenticidad, ¿no? Trabajan bien en la Colonia Beta. Acudí a una clínica de categoría. No estoy tan familiarizado con los detalles como, digamos, Ivan, pero no dudo de que la transformación fuera completa y real, biológicamente hablando.

» Y nadie puede negar que Dono es un auténtico Vor, y el hijo mayor y legítimo superviviente de un conde. Dos de tres y, en cuanto al resto, bueno, los tiempos cambian.

– Santo Dios, Vorkosigan, no hablarás en serio. – Richars se enderezó y apretó disgustado los labios –. ¿Nueve generaciones de servicio Vorrutyer al Imperio para llegar a *esto*? ¿A este chiste sin gracia?

Miles se encogió de hombros.

– Eso, evidentemente, lo tiene que decidir el Consejo de Condes.

– Es absurdo. Donna *no puede* heredar. Mira las consecuencias. Uno de los primeros deberes de un conde es engendrar a su heredero. ¿Qué mujer en su sano juicio se casaría con ella?

– Hay algo para cada uno, según dicen – una idea esperanzadora. Sí, y aunque Richars consiguiera casarse, ¿sería muy duro? –. Y producir herederos no es exactamente el único requisito para el trabajo. Muchos condes no han engendrado a su sustituto, por un motivo u otro. Mira al pobre Pierre, por ejemplo.

Richars le dirigió una mirada cauta y molesta, que Miles decidió no advertir.

– Cuando lo vi, Dono parecía causar muy buena impresión en las damas.

– Eso no es más que las malditas mujeres parlotando juntas, Vorkosigan – Richars vaciló, herido –. ¿Dices que *Ivan* la trajo?

– Sí.

Miles seguía sin tener claro cómo había forzado a Ivan, pero no tenía ninguna gana de compartir sus especulaciones con Richars.

– Se acostaba con ella, ya sabes. Igual que la mitad de los hombres de Vorbarr Sultana.

– He oído... algo.

Lárgate, Richars. Ahora no quiero soportar tu apestoso concepto del ingenio.

– Me pregunto si todavía... ¡bueno! ¡Nunca había pensado que Ivan Vorpatril cojeara de ese pie, pero vivir para ver!

– Um, Richars... esto no se sostiene – señaló Miles –. No puedes deducir lógicamente que mi primo Ivan sea homosexual por acostarse con Dono, cosa que no creo que esté haciendo, a menos que reconozcas simultáneamente que Dono es un varón. En ese caso, su reclamación del condado Vorrutyer tiene base.

– Creo – dijo Richars al cabo de un instante –, que tu primo Ivan puede ser un joven muy confuso.

– En eso, creo que no – suspiró Miles.

– Es irrelevante – Richars descartó bruscamente la cuestión de la sexualidad de Ivan, fuera cual fuese.

– Estoy de acuerdo.

– Mira, Miles – Richars tendió las manos en un gesto razonable –. Sé que los Vorkosigan habéis apoyado a los progresistas desde que acabaron los tiempos de Piotr, igual que los Vorrutyer siempre hemos sido conservadores. Pero esta broma de Donna ataca la base de del poder Vor mismo. Si los Vor no permanecemos unidos en ciertos asuntos fundamentales, llegará el momento en el que no tengamos base en la que apoyarnos. Supongo que puedo contar con tu voto.

– La verdad es que no había pensado en el asunto.

– Bueno, pues piénsalo ahora mismo. El tiempo corre.

Muy bien, muy bien, admitido, el hecho de que Dono divirtiera a Miles muchísimo más que Richars no era en sí mismo algo que lo calificara para ser conde. Iba a tener que dar marcha atrás y evaluar el caso. Miles suspiró y trató de obligarse a atender con más seriedad la exposición de Richars.

– ¿Hay algún asunto que estés atendiendo en el Consejo en este momento, especialmente? – sondeó Richars.

Richars pretendía un intercambio de votos, o más adecuadamente, un intercambio de votos futuros, ya que, al contrario que el de Miles, su voto era humo ahora mismo. Miles reflexionó.

– Ahora mismo no. Tengo interés personal en la reparación del espejo solar komarrés, ya que creo que será una buena inversión para el Imperio, pero Gregor parece contar con mayoría holgada en ese tema.

En otras palabras, no tienes nada que yo necesite, Richars. Ni siquiera en teoría. Pero añadió tras un instante más de reflexión:

– Por cierto, ¿qué opinas del dilema de René Vorbretten?

Richars se encogió de hombros.

– Desafortunado. No es culpa de René, supongo, pobre hombre, pero ¿qué se puede hacer?

– ¿Confirmar a René en su derecho? – sugirió Miles tímidamente.

– Imposible – dijo Richars con convicción –. Es *cetagandano*.

– Estoy intentando pensar con qué posible criterio podría describir nadie a René Vorbretten como cetagandano – dijo Miles.

– La sangre – dijo Richars sin vacilación –. Afortunadamente, hay una línea Vorbretten no manchada que puede ocupar su sitio. Imagino que Sigur encajará bien en el condado de René, con el tiempo.

– ¿Le has prometido a Sigur tu voto?

Richars se aclaró la garganta.

– Ya que lo mencionas, sí.

Por tanto, Richars poseía ahora la promesa del apoyo del conde Vormoncrief. Nada que hacer por René en ese pequeño círculo. Miles se limitó a sonreír.

– Este retraso en mi confirmación ha sido enloquecedor – continuó Richars después de un momento –. Tres meses perdidos, mientras que el distrito Vorbretten se malgasta sin una mano que lo controle, y Donna va por ahí regocijándose en su bromita de mal gusto.

– Mm, este tipo de cirugía no es trivial ni indolora. – Si había una tecnocultura en la que Miles era experto, era la medicina moderna –. En cierto sentido, Dono ha matado a Donna para tener esta oportunidad. Creo que va completamente en serio. Y al haber sacrificado tanto, imagino

que es probable que valore el premio.

– No estarás... – Richars parecía sorprendido –. No estarás pensando en votar por ella, ¿no? ¡No podrás imaginarte a tu padre apoyando eso!

– Claramente, si yo lo hago, él lo hace. Soy su Voz.

– ¡Tu abuelo se revolvería en su tumba! – dijo Richars, mirando en derredor.

Miles le ofreció una sonrisa sin humor.

– No sé, Richars. Lord Dono causa una excelente primera impresión. Puede que lo reciban en todas partes por curiosidad al principio, pero puedo imaginar perfectamente que luego lo hagan por sus propios méritos.

– ¿Por eso la recibiste en la mansión Vorkosigan, por curiosidad? He de decir que no ayudaste a los Vorrutyer con eso. Pierre era raro (¿no te enseñó nunca su colección de sombreros forrados de papel dorado?), y su hermana no le va a la zaga. A esa mujer deberían encerrarla en un desván por este asunto de locos.

– Deberías superar tus prejuicios y ver a lord Dono. – *Puedes marcharte en cualquier momento, de hecho* –. Encandiló a lady Alys.

– Lady Alys no vota en el Consejo – Richars le miró intensamente, frunciendo el ceño –. ¿Te... encandiló a ti?

Miles se encogió de hombros, obligado a ser sincero.

– Yo no iría tan lejos. No fue mi principal preocupación esa noche.

– Sí – dijo Richars a regañadientes –. Me he enterado de tu problema.

¿*Qué?* Bruscamente, Miles descubrió que Richars había conseguido atraer toda su atención.

– ¿A qué problema te refieres? – preguntó en voz baja.

Richars sonrió agriamente.

– A veces me recuerdas a mi primo By. Tiene mucha práctica haciéndose el inocente, pero no es tan bueno como pretende. Creía que serías consciente de que hay que sellar las salidas antes de disparar una trampa como ésa. Aunque ahora tengo en alta consideración a la viuda de Alexi por haberse enfrentado a ti.

– ¿LA viuda de Alexi? – jadeó Miles –. No sabía que Alexi estuviera casado, y mucho menos muerto. ¿Quién es la afortunada dama?

Richars le dirigió una mirada de no-seas-estúpido. Su sonrisa se hizo más extraña, como si hubiera advertido que había sacado por fin a Miles de su irritante indiferencia.

– ¿No es un poquito obvio, milord Auditor? ¿Un poquitín obvio? – se echó atrás en su silla, mirándolo con los ojos entornados.

– Me temo que me he perdido – dijo Miles, sin ninguna inflexión. De manera tan automática como el respirar, el rostro, la postura, lo gestos de Miles pasaron a modo de Seguridad.

– ¿La conveniente muerte de tu administrador Vorsoisson? Alexi piensa que la viuda no se había dado cuenta antes de cómo, y por qué, murió su marido. Pero a juzgar por la airada marcha de tu fiesta de pedida, toda Vorbarr Sultana cree que ahora lo sabe.

Miles controló su expresión, sin dejar traslucir más que una leve sonrisa.

– Si estás hablando de Tien, el difunto esposo de la señora Vorsoisson, murió en un accidente con una mascarilla de oxígeno.

No añadió *yo estaba delante*. No parecía... conveniente.

– Una mascarilla, ¿eh? Muy fácil de manipular. Se me ocurren tres o cuatro formas de hacerlo sin esforzarme siquiera.

– Una motivación sola no implica asesinato. O... ya que eres tan rápido en eso, ¿qué pasó la noche en la que murió la prometida de Pierre?

Richars alzó la barbilla.

– Fui investigado y exculpado. Tú no. Ahora bien, no sé si lo que se dice de ti es cierto, ni me importa gran cosa. Pero dudo que a ti no te importe.

– No – la sonrisa de Miles permaneció fija –. ¿Te gustó participar en esa investigación?

– No – respondió Richars sin tapujos –. Pequeños bastardos officiosos metiendo la nariz en mis asuntos personales, ninguno de los cuales era cosa suya... mancharme todo de babas por la pentarrápida... A los proles les encanta tener un Vor a la vista, no te lo puedes ni imaginar. Se mearían encima de gusto por poder meterle mano a alguien de tu rango. Pero probablemente estás a salvo, porque el Consejo está por encima de todos nosotros. Haría falta ser tonto para presentar una acusación, ¿y qué se conseguiría? No se ganaría nada.

– No.

Semejante acusación sería anulada, por motivos que Richars no sabía... y Miles y Ekaterin tendrían que soportar las espantosas especulaciones que vendrían a continuación. No se ganaría nada de nada.

– Excepto posiblemente para el joven Alexi y la viuda Vorsoisson. Por otro lado... – Richars miró a Miles, conjeturando –. Habrá considerables beneficios para ti si alguien no presenta esa acusación. Veo un posible panorama en el que todos ganan.

– ¿De veras?

– Vamos, Vorkosigan. Los dos somos tan Viejos Vor como es posible serlo. Es estúpido por nuestra parte estar discutiendo cuando los dos deberíamos estar del mismo lado. Nuestros intereses marchan juntos. Es una tradición. No finjamos que tu padre y tu abuelo no fueron unos chaqueteros cuando hizo falta.

– Mi abuelo... adquirió su sabiduría política de los cetagandanos. Luego el Emperador Loco Yuri le ofrecido instrucción de posgraduado. Mi abuelo enseñó a mi padre.

Y los dos me enseñaron a mí. Ésta es la única advertencia que recibirás, Richars.

– Para cuando conocí a Piotr, la política de partidos de Vorbarr Sultana era sólo un pasatiempo divertido para él, para entretenerse en la vejez.

– Bueno, pues ahí lo tienes. Creo que nos entendemos bastante bien.

– Ya veremos. ¿Entiendo que estás ofreciendo no acusarme de asesinato, si voto por ti y no por Dono en el Consejo?

– No me parece un mal trato.

– ¿Y si otro hace la acusación?

– Primero tendría que importarle, y luego tendría que atreverse. No es tan probable, ¿no?

– Es difícil decirlo. *Toda Vorbarr Sultana* parece de pronto que asistió a mi tranquila cena familiar. Por ejemplo, ¿dónde te enteraste de esa... invención?

– En una tranquila cena familiar – sonrió Richars, obviamente satisfecho de la desazón de Miles.

¿Y qué ruta había seguido la información? Dioses, ¿había un fallo de seguridad tras las palabras de Richars? Las implicaciones potenciales iban más allá de una lucha por la herencia de un Distrito. SegImp iba a pasar un buen rato investigando aquello.

Toda Vorbarr Sultana. Ohmierdaohmierdaohmierda.

Miles se echó hacia atrás, alzó la cabeza para mirar directamente a los ojos a Richars, y sonrió.

– Sabes, Richars, me alegro de que hayas venido a verme. Antes de tener esta pequeña charla, no había decidido qué iba a votar en el asunto del Distrito Vorrutyer.

Richars pareció complacido, al verle plegarse tan fácilmente.

– Estaba seguro de que íbamos a entendernos.

El intento de soborno o chantaje a un Auditor Imperial era traición. El intento de soborno o chantaje a un conde de Distrito durante la lucha por los votos entraba más en la práctica normal del negocio; los condes esperaban tradicionalmente que sus amigos se defendieran solos en ese juego, o que los consideraran demasiado estúpidos para vivir. Richars había venido a ver a Miles como conde con derecho a voto, no como Auditor. Cambiar de profesión, y las reglas del juego, en medio de la historia parecía injusto. *Además, quiero el placer de destruirlo yo mismo.* Lo que SegImp encontrara además sería asunto de SegImp. Y SegImp no tenía ningún sentido del humor. ¿Tenía Richars idea de qué tipo de palanca estaba intentando ejercer? Miles le dedicó una sonrisa.

Richars se la devolvió, y se levantó.

– Bien. Tengo que ver a otra gente esta tarde. Gracias, lord Vorkosigan, por tu apoyo.

Tendió la mano. Miles la aceptó sin vacilación, la estrechó con firmeza y sonrió. Lo acompañó sonriente hasta la puerta de su suite cuando Pym llegó para escoltarlo hasta la salida, y

siguió sonriendo mientras sus pasos bajaban por las escaleras, y sonrió hasta que oyó las puertas cerrarse.

Luego la sonrisa se convirtió en una mueca. Recorrió tres veces la habitación en busca de algo que no fuera una antigüedad demasiado valiosa para romperla, no encontró nada que encajara con la descripción y se contentó con sacar la daga-sello de su abuelo de la vaina y lanzarla contra el marco de la puerta de su dormitorio. El satisfactorio zumbido del golpe se desvaneció demasiado rápidamente. En unos minutos recuperó el control de su respiración y sus imprecaciones, y obligó a su rostro a adoptar una expresión neutra. Fría, tal vez, pero neutra.

Entró en su estudio y se sentó ante la comconsola. Descartó una repetición del mensaje de aquella mañana de Ivan para que lo llamase, aunque decía *urgente*, y conectó la línea segura. Un poco para su sorpresa, contactó a la primera con el jefe de SegImp, el general Guy Allegre.

– Buenas tardes, milord Auditor – dijo Allegre –. ¿Cómo puedo servirle?

Asado, en una bandeja, al parecer.

– Buenas tardes, Guy.

Miles vaciló, el estómago tenso de disgusto por la tarea que le esperaba. No podía evitarlo.

– Un desagradable desarrollo de los acontecimientos iniciados con el caso de Komarr... – no hacía falta indicar *qué* caso de Komarr – acaba de serme presentado. Parece puramente personal, pero puede que tenga ramificaciones de seguridad. Por lo visto se me acusa en la corte del chismorre capital de haber intervenido directamente en la muerte de ese idiota de Tien Vorsoisson. El motivo, cortejar a su viuda. – Miles tragó saliva –. La segunda parte es, desafortunadamente cierta. He estado – *cómo expresar esto* –, intentando cortejarla. No excesivamente... bien, tal vez.

Allegre alzó las cejas.

– Ya. Alguien me ha informado de eso.

¡Argh! ¿Qué? ¡Por el amor de Dios!

– ¿De verdad? Qué rápido.

O es cierto que está en la boca de toda la ciudad. Sí, era razonable que Miles no fuera el primero en enterarse

– Cualquier cosa relacionada con ese caso debe serme notificada de inmediato.

Miles esperó un momento, pero Allegre no dijo nada más.

– Bien, tengo algo que decirle. Richars Vorrutyer acaba de ofrecerse noblemente a abstenerse de presentar una acusación de asesinato contra mi persona por la muerte de Vorsoisson, a cambio de mi voto en el Consejo de Condes para confirmarlo como conde Vorrutyer.

– Mm. ¿Y cómo respondió usted a eso?

– Le estreché la mano y lo dejé marchar creyendo que me había comprado.

– ¿Y lo ha hecho?

– Demonios, no. Voy a votar por Dono y aplastar a Richars como la cucaracha que es. Pero me gustaría mucho saber si se trata de una filtración o si es un bulo independiente. Eso creará una enorme diferencia para mis motivos.

– Por lo que sabemos, nada en el informe que tenemos en SegImp indica que el rumor sea una filtración. No hay detalles clave que no sean del dominio público, por ejemplo. He nombrado a un analista para estudiar esa cuestión.

– Bien. Gracias.

– Miles... – Alegre apretó los labios –. No me cabe duda de que esto le resulta molesto. Pero confío en que su respuesta no atraiga más atención hacia el asunto de Komarr de la necesaria.

– Si es una filtración, es cosa suya. Si es pura difamación...

¿Qué demonios voy a hacer al respecto?

– Si puedo preguntarlo, ¿qué va a hacer a continuación?

– ¿Inmediatamente? Llamar a la señora Vorsoisson y hacerle saber lo que está pasando.

La expectación le hacía sentirse helado y mareado. No podía imaginar nada más lejano del sencillo afecto que había ansiado ofrecerle que esta nauseabunda noticia.

– Esto se refiere... esto la perjudica a ella tanto como a mí.

– Mm – Alegre se frotó la barbilla –. Para evitar chapotear en aguas ya empantanadas, *solicito* que posponga ese encuentro hasta que mi analista haya tenido la oportunidad de evaluar su posición en todo esto.

– ¿Su posición? ¡Su posición es la de víctima inocente!

– No estoy en desacuerdo – lo tranquilizó Alegre –. No me preocupa tanto la deslealtad como un posible descuido.

A SegImp nunca le había hecho mucha gracia que Ekaterin, una civil libre de juramentos, que no estaba bajo su control, estuviera en el meollo del secreto más grande de año, o tal vez del siglo. A pesar de que ella se lo había puesto en bandeja: ingratos.

– No es descuidada. De hecho, es extremadamente cuidadosa.

– Según su opinión.

– Según mi criterio profesional.

Alegre le dirigió un gesto tranquilizador.

– Sí, milord. Nos encantará demostrarlo. Después de todo, no querrá usted que SegImp se... confunda.

Miles resopló, aceptando secamente esta última observación.

– Sí, sí – concedió.

– Haré que mi analista le llame para comunicarle que puede visitarla en cuanto sea posible – prometió Alegre.

Miles cerró los puños, frustrado, y los volvió a abrir, reacio. Ekaterin no salía mucho; podrían pasar varios días antes de que se enterara por otras fuentes.

– Muy bien. Manténgame informado.

– Eso haremos, milord.

Miles cortó la comunicación.

Poco a poco empezó a darse cuenta de que, atemorizado por los secretos que había detrás del desastre de Komarr, había tratado a Richars Vorrutyer exactamente al revés. *Diez años de hábitos de SegImp, argh.* Miles consideraba a Richars un matón, no un psicótico. Si Miles le hubiera plantado cara al instante, podría haberse echado atrás, acobardado, temeroso de perder deliberadamente un voto potencial.

Bueno, ya era demasiado tarde para salir corriendo tras él y tratar de repetir la conversación. El voto de Miles contra Richars demostraría la futilidad de tratar de chantajear a un Vorkosigan.

Y haría que ambos fueran enemigos permanentes en el Consejo... ¿Obligaría eso a Richars a cumplir su promesa y seguir adelante? *Mierda, tendrá que hacerlo.*

A los ojos de Ekaterin, Miles apenas había salido del último agujero que había cavado. Quería estar con ella, pero no, santo Dios, en un juicio por la muerte de su marido. Ella estaba intentando superar la pesadilla de su matrimonio. Una acusación formal y sus consecuencias, no importaba cuál fuera el veredicto final, la harían revivir sus traumas de la manera más espantosa posible. Eso la hundiría en un remolino de estrés, desazón, humillación y cansancio. Una pugna por el poder en el Consejo de Condes no era un jardín donde fuera a florecer el amor.

Naturalmente, esa horrible perspectiva podía ser cortada en seco si Richars no llegaba a ser conde Vorrutyer.

Pero Dono no tiene ninguna posibilidad.

Miles apretó los dientes. *Ahora sí.*

Un segundo después, tecleó otro código y esperó impaciente.

– Hola, Dono – rezongó Miles, mientras un rostro se formaba sobre la placa vid. El sombrío esplendor, algo pasado, de uno de los salones de la mansión Vorrutyer quedó un poco desenfocado al fondo. Pero la figura que apareció no era la de Dono; era la de Olivia Koudelka, quien le sonrió alegremente. Llevaba una mancha de polvo en la mejilla y tres pergaminos enrollados bajo el brazo.

– Oh... Olivia. Discúlpame. ¿Está, um, lord Dono ahí?

– Claro, Miles. Está hablando con su abogada. Lo llamaré.

Se retiró de la pantalla; Miles pudo oírla llamar *¡Eh, Dono! ¡Adivina quién está en el comunicador!* en la distancia.

Un momento después asomó el rostro barbudo de Dono; alzó una ceja intrigada a su interlocutor.

– Buenas tardes, lord Vorkosigan. ¿Qué puedo hacer por usted?

– Hola, lord Dono. Se me acaba de ocurrir que, por un motivo u otro, no terminamos nuestra conversación la otra noche. Quería que supiera, en caso de que hubiera alguna duda, que su solicitud del condado Vorrutyer cuenta con todo mi apoyo, y con el voto de mi Distrito.

– Vaya, gracias, lord Vorkosigan. Me alegro mucho de oírlo – Dono vaciló –. Aunque... me sorprende un poco. Me dio la impresión de que prefería usted quedarse al margen de esta lucha interna.

– Lo prefería, sí. Pero acabo de recibir una visita de su primo Richars. Consiguió hacer que me rebajara a su nivel de manera sorprendentemente rápida.

Dono frunció los labios y luego trató de no sonreír demasiado abiertamente.

– Richars tiene ese efecto sobre la gente.

– Si es posible, me gustaría reunirme con usted y René Vorbretten. Aquí en la mansión Vorkosigan, o donde prefiera. Creo que un poco de estrategia mutua podría ser beneficiosa para ambos.

– Me encantará contar con su consejo, lord Vorkosigan. ¿Cuándo?

Tras unos cuantos minutos comparando y cambiando citas y una llamada a René a la mansión Vorbretten, fijaron la reunión para al cabo de dos días. A Miles le hubiera gustado que fuera aquella misma noche, o al instante, pero tuvo que admitir que así le daría tiempo para estudiar el problema de manera más detallada y racional. Se despidió cordialmente de los que esperaba serían sus dos futuros colegas.

Extendió la mano para pulsar el siguiente código en su comconsola; entonces vaciló y la retiró. Apenas sabía cómo empezar antes de que aquella mina le estallase en la cara. No podía decirle nada a Ekaterin de momento. Si la llamaba para tratar de hablar de otras cosas corrientes y triviales, sabiendo esto y no mencionándolo, le volvería a mentir. Y hasta qué punto.

Pero ¿qué demonios iba a decirle cuando Allegre le diera autorización?

Se levantó y empezó a caminar por sus aposentos.

El año de luto de Ekaterin habría servido para algo más que para sanar su propia alma. Con un año de plazo, el recuerdo de la misteriosa muerte de Tien se habría suavizado ante la opinión pública; su viuda podría haberse reincorporado graciosamente a la sociedad sin comentarios y ser cortejada por un hombre que la conocía desde hacía un período de tiempo decente. Pero no. Con el fuego de la impaciencia, enfermo de temor a perder su oportunidad con ella, él había tenido que empujar y empujar, hasta caer por la borda.

Sí, y si no hubiera farfullado sus intenciones por toda la ciudad, Illyan nunca se habría confundido y hablado más de la cuenta, y aquel desastroso incidente en la cena nunca hubiera tenido lugar. *Quiero una máquina del tiempo, para poder volver atrás y pegarme un tiro.*

Tenía que admitir que todo el asunto conducía perfectamente a la desinformación política. En sus días de agente encubierto, se había abalanzado sin miramientos sobre tropezones menores de sus enemigos. Si se estuviera emboscando a sí mismo, lo consideraría un regalo de Dios.

Te emboscaste a ti mismo, idiota.

Si hubiera mantenido la boca cerrada, podría haber escapado con toda aquella elaborada mediomentira sobre el jardín. Ekaterin seguiría estando lucrativamente empleada, y... se detuvo y contempló esta idea con emociones mezcladas. *Balontiro*. ¿Cierta miserable período de su juventud habría sido una pizca menos miserable si nunca se hubiera enterado de aquel benigno engaño? ¿*Prefieres sentirte como si fueras tonto, o serlo?* Sabía la respuesta que daría en su caso; ¿iba a tenerle menos respeto a Ekaterin?

Es lo que hiciste. Idiota.

En cualquier caso, la acusación parecía haber recaído solamente sobre él. Si Richards decía la verdad, ja, la difamación había pasado por alto a Ekaterin. *Y si no vas otra vez detrás de ella, se quedará así.*

Se acercó tambaleándose a su sillón y se sentó pesadamente. ¿Cuánto tiempo tendría que permanecer apartado de ella, para que aquellos chismorreos fueran olvidados? ¿Un año? ¿Años y años? ¿Para siempre?

Maldición, el único crimen que había cometido era enamorarse de una mujer valiente y hermosa. ¿Qué tenía eso de malo? Había querido entregarle su mundo o, al menos, tanto de él como pudiera darle. ¿Cómo se habían convertido tantas buenas intenciones en esa... *maraña?*

Oyó a Pym en el recibidor, y otra vez voces. Oyó un par de botas solitarias subir las escaleras y se dispuso a decirle a Pym que no estaba en casa para más visitas esa tarde.

Pero no fue Pym quien apareció en la puerta de su suite, sino Ivan. Miles gruñó.

– Hola, primo – dijo Ivan alegremente –. Dios, todavía pareces una piltrafa.

– Llegas tarde, Ivan. Soy una piltrafa de nuevo.

– ¿Eh? – Ivan lo miró, intrigado, pero Miles no le dio más importancia. Ivan se encogió de hombros –. Bueno, ¿qué hay? ¿Vino, cerveza? ¿Los aperitivos de Ma Kosti?

Miles señaló el carrito recién preparado junto a la pared.

– Sírvete tú mismo.

Ivan se sirvió vino y preguntó:

– ¿Qué vas a tomar?

No empecemos otra vez.

– Nada. Gracias.

– Eh, como quieras. – Ivan regresó al ventanal, agitando la bebida en su vaso –. ¿No has visto mis mensajes?

– Oh, sí. Los vi. Lo siento. He tenido un día muy ocupado. – Miles hizo una mueca –. Me temo que no soy muy buena compañía ahora mismo. Acabo de ser acorralado por Richards Vorrutyer, nada menos. Todavía lo estoy digiriendo.

– Ah. Mm. – Ivan miró a la puerta y tomó un trago de vino. Se aclaró la garganta –. Si fue por el rumor del asesinato, bueno, si hubieras respondido a mis malditos mensajes no te habrían acorralado. Lo intenté.

Miles lo miró, sorprendido.

– Santo Dios, ¿tú también? ¿Es que todo el mundo en Vorbarr Sultana está enterado de esta maldita historia?

Ivan se encogió de hombros.

– No sé si todo el mundo. Mi madre no lo ha mencionado todavía, pero puede que considere demasiado chabacano prestar atención a algo así. Byerly Vorrutyer me dijo que te lo dijera. Al amanecer, tenlo en cuenta. Adora este tipo de chismes. Estaba demasiado nervioso para guardárselo para sí, supongo, a menos que esté agitando las cosas para su propia diversión. O bien está jugando la mano oculta de otro. Ni siquiera soy capaz de empezar a imaginar de qué lado está.

Miles se frotó la frente con el dorso de la mano.

– Gah.

– De todas formas, la cuestión es que *no fui yo quien lo empezó*. ¿Entiendes?

– Sí – suspiró Miles –. Supongo. Hazme un favor y niégalo cuando te lo comenten, ¿eh?

– Como si alguien fuera a creerme. Todo el mundo sabe que he sido siempre tu borreguito. No puede decirse que fuera testigo, ¿no? No sé más que nadie – y añadió después de un momento de duda –: Ni menos.

Miles consideró las alternativas. ¿La muerte? La muerte sería mucho más pacífica, y le evitaría aquel terrible dolor de cabeza. Pero siempre existía el riesgo de que algún idiota lo reviviera de nuevo, en peor estado que nunca. Además, tendría que vivir al menos lo suficiente para votar contra Richards. Estudió pensativo a su primo.

– Ivan...

– No fue culpa mía – respondió éste rápidamente –, no es mi trabajo, no puedes obligarme, y si quieres parte de mi tiempo tendrás que discutirlo con mi madre. Si te atreves – asintió, satisfecho.

Miles se hundió en su asiento y observó a Ivan un buen rato.

– Tienes razón – dijo por fin –. He abusado de tu lealtad demasiadas veces. Lo siento. No importa.

Ivan, con la boca llena de vino, se le quedó mirando sorprendido. Bajó las cejas. Finalmente, consiguió tragar.

– ¿Qué quieres decir con *no importa*?

– Quiero decir que no importa. No hay motivos para meterte en este feo asunto.

Miles dudaba que hubiera mucho honor para Ivan si permanecía a su lado esta vez, ni siquiera del tipo que había chispeado tan brevemente antes de ser enterrado para siempre en los archivos de SegImp. Además, no se le ocurría qué podía hacer Ivan por él.

– ¿No hay *motivos*? ¿No *importa*? ¿Qué andas tramando?

– Nada, me temo. No puedes ayudarme en esto. Gracias por ofrecerte.

– No he ofrecido nada – señaló Ivan. Sus ojos se entornaron –. Tú tramas algo.

– No, de verdad. Gracias, Ivan. Estoy seguro de que sabrás encontrar la salida.

– Bueno... – Ivan alzó su vaso, lo apuró, y lo dejó sobre la mesa –. Sí, claro. Llámame si... necesitas algo.

Ivan salió y miró hacia atrás por encima del hombro. Miles oyó su indignado murmullo, escaleras abajo:

– ¿No hay *motivos*? ¿No *importa*? ¿Quién demonios se cree que es...?

Miles sonrió perversamente y se hundió en su asiento. Tenía mucho por hacer. Pero estaba demasiado cansado para moverse.

Ekaterin...

Su nombre pareció fluir entre sus dedos, tan imposible de sujetar como el humo arrastrado por el viento.

Ekaterin estaba sentada al sol de la mañana en el jardín de su tía, tratando de poner por orden de emplazamiento y remuneración la lista de trabajos eventuales que había sacado de la comconsola. Nada que estuviera cerca parecía tener relación con la botánica. Dirigió el stylus al borde del papel y garabateó otra idea para una cucaracha mantequera bonita. Luego siguió con el boceto de la remodelación del jardín de su tía: pretendía levantar los setos para que fueran fáciles de mantener. Las primeras etapas de fallo cardíaco congestivo que habían estado afectando a tía Vorthys estarían curadas aquel otoño, cuando recibiera su trasplante; por otro lado, lo más probable era que regresara para entregarse por completo a su trabajo en la enseñanza. Un jardín-contenedor de todas las especies barayaresas nativas... no. Ekaterin dedicó su atención a la lista de empleos.

Tía Vorthys había estado entrando y saliendo de la casa; Ekaterin, por tanto, no alzó la cabeza hasta que su tía dijo, en un tono decididamente extraño:

– Ekaterin, tienes visita.

Ekaterin alzó la mirada y reprimió un espasmo de sorpresa. El capitán Simon Illyan se hallaba junto a su tía. Bueno, vale, ella había estado sentada a su lado durante prácticamente toda una cena, pero eso fue en la mansión Vorkosigan, donde cualquier cosa parecía posible. Los gigantes de leyenda no aparecían casualmente en los jardines de nadie en plena mañana como si alguna persona de paso (probablemente Miles) hubiera dejado caer un diente de dragón en la hierba.

No es que el capitán Illyan fuera exactamente un gigante. Era mucho más bajo y más delgado de cómo lo había imaginado siempre. Rara vez aparecía en los vids de noticias. Llevaba un modesto traje civil de esos que cualquier Vor de gustos conservadores solía elegir para la mañana o para hacer una visita de negocios. Le sonrió con timidez y le indicó que volviera a sentarse cuando empezó a incorporarse.

– No, no, por favor, señora Vorsoisson...

– ¿No... quiere sentarse? – consiguió decir Ekaterin, sentándose.

– Gracias. – Acercó una silla y la ocupó, algo estirado, como si no se sintiera del todo cómodo. Tal vez tenía viejas cicatrices, como Miles –. Me preguntaba si podría mantener una conversación privada con usted. La señora Vorthys no parece poner ninguna objeción.

Su tía asintió, confirmándolo.

– Pero Ekaterin, querida, estaba a punto de marcharme a clase. ¿Quieres que me quede?

– No será necesario – dijo Ekaterin débilmente –. ¿Qué está haciendo Nikki?

– Jugando con mi comconsola.

– Bien.

Tía Vorthys asintió y entró en la casa.

Illyan se aclaró la garganta y empezó a decir:

– No deseo invadir su intimidad ni hacerle perder el tiempo, señora Vorsoisson, pero quisiera disculparme por lo de la otra noche. Siento que fue culpa mía, y me temo mucho que pueda haber causado... algún daño que no pretendía.

Ella frunció el ceño, recelosa, y su mano derecha acarició el bordado del bolsillo izquierdo de su chaquetilla.

– ¿Lo envía Miles?

– Ag... no. Soy un embajador sin cartera. Es cosa mía. Si no hubiera hecho esa estúpida observación... no llegué a comprender del todo la delicadeza de la situación.

Ekaterin suspiró amargamente.

– Creo que usted y yo debíamos ser los únicos que no estaban informados.

– Me temo que me lo dijeron y lo olvidé, pero parece que no estaba en la lista de los conjurados. Todavía no estoy acostumbrado a eso – un destello de ansiedad apareció en sus ojos, contradiciendo su sonrisa.

– No fue culpa suya, señor. Alguien... calculó mal.

– Mm – los labios de Illyan esbozaron una sonrisa compasiva. Siguió con un dedo la línea del mantel –. Verá... hablando de embajadores... empecé pensando que debería venir a verla y hablar bien de Miles. Supuse que se lo debía, por haber metido la pata como lo hice. Pero cuanto más lo pensaba, más cuenta me daba de que en realidad no tengo ni idea de qué tipo de marido sería. Difícilmente podría recomendárselo. Fue un subordinado terrible.

Ella alzó las cejas, sorprendida.

– Creí que tuvo éxito en su carrera en SegImp.

Illyan se encogió de hombros.

– Sus *misiones* para SegImp fueron éxitos que a menudo superaron mis más descabellados sueños. O pesadillas... Por lo visto consideraba que cualquier orden digna de ser obedecida también merecía ser ultrapasada. Si hubiese podido implantarle un mecanismo de control, habría sido un reóstato. Bajarlo un punto o dos de potencia... tal vez lo habría hecho durar más. – Illyan miró pensativo el jardín, pero Ekaterin no creía que fuera eso lo que estaba viendo mentalmente. – ¿Conoce todas esas historias en las que los condes tratan de desembarazarse del pretendiente de su hija sometiéndolo a tres tareas imposibles?

– Sí...

– No lo intente jamás con Miles. Nunca.

Ella trató de borrar de sus labios la sonrisa involuntaria, pero fracasó. La sonrisa que Illyan le devolvió pareció iluminar sus ojos.

– He de decir – continuó, más confiado –, que nunca lo he considerado lento en aprender. Si

le da una segunda oportunidad, bueno... puede que la sorprenda.

– ¿Agradablemente? – preguntó ella, seca.

Ahora le tocó a él el turno de reprimir una sonrisa.

– No necesariamente – apartó de nuevo la mirada y su sonrisa pasó de triste a pensativa –.

He tenido a lo largo de los años muchos subordinados que se han labrado carreras impecables. La perfección no corre riesgos consigo misma. Miles fue muchas cosas, pero nunca perfecto. Fue un privilegio y un terror ser su comandante, y estoy agradecido y sorprendido de que los dos saliéramos vivos. Al final... su carrera acabó en desastre. Pero antes de que terminara, cambió mundos.

Ella no creía que Illyan estuviera usando una figura retórica. La miró, e hizo un pequeño gesto abriendo la mano, como pidiendo disculpas por haber tenido alguna vez en ella mundos enteros.

– ¿Considera que es un gran hombre? – preguntó Ekaterin, muy seria. *¿Hace falta un gran hombre para reconocer a otro?* –. ¿Como su padre y su abuelo?

– Creo que es un gran hombre... de una manera completamente diferente a su padre y a su abuelo. Aunque a menudo he temido que se rompiera el corazón tratando de ser como ellos.

Las palabras de Illyan le recordaron extrañamente la evaluación que el tío Vorthys había hecho de Miles allá en Komarr. Si un genio consideraba que Miles era un genio, y un gran hombre pensaba que era un gran hombre... tal vez ella debería hacer que lo evaluara un verdadero buen marido.

A través de las ventanas abiertas llegaron voces, demasiado apagadas para poder distinguirlas. Una era masculina, grave. La otra era la de Nikki. No parecían proceder de la comconsola o el vid. ¿Ya había vuelto a casa el tío Vorthys? Ekaterin creía que estaría fuera hasta la cena.

– Diré – continuó Illyan, agitando en el aire un dedo pensativo –, que siempre tuvo un notable don para elegir a su personal. Lo elegía o lo formaba, nunca estuve seguro del todo. Si decía que alguien era la persona indicada por el trabajo, demostraba serlo. De un modo u otro. Si piensa que usted sería una buena lady Vorkosigan, sin duda tiene razón. Aunque – su tono se volvió levemente moroso –, si se embarca usted en esa aventura con él, puedo garantizarle personalmente que nunca controlará lo que vaya a suceder a continuación. Como todos, claro.

Ekaterin asintió amargamente.

– Cuando tenía veinte años, elegí mi vida. No era ésta.

Illyan se rió dolorosamente.

– Oh, veinte años. Dios. Sí. Cuando a los veinte hice mi juramento ante el emperador Ezar, tenía mi carrera militar programada. Servir en una nave, y ser capitán a los treinta, almirante a los

cincuenta, y retirarme a los sesenta después de haber vivido dos veces veinte años. Existía la posibilidad de que me mataran, claro. Muy clara. Mi vida empezó a divergir de ese plan al día siguiente, cuando me asignaron a SegImp. Y volvió a divergir cuando me ascendieron a jefe de SegImp en mitad de una guerra que no había previsto, sirviendo a un Emperador niño que no existía siquiera una década antes. Mi vida ha sido una larga cadena de sorpresas. Hace un año, no podría haberme imaginado hoy. Ni habría soñado con ser tan feliz. Naturalmente, lady Alys... – su rostro se suavizó con la mención de su nombre, e hizo una pausa, con una extraña sonrisa en los labios –. Últimamente, he llegado a creer que la principal diferencia entre el cielo y el infierno es la compañía que tengas allí.

¿Se podía juzgar a un hombre por sus compañías? ¿Podía juzgar ella así a Miles? Ivan era encantador y gracioso, lady Alys agradable y formidable, Illyan, a pesar de su siniestra historia, extrañamente amable. El hermano clónico de Miles, Mark, a pesar de toda su amargura, parecía un hermano de verdad. Kareen Koudelka era una pura delicia. Los Vorbretten, el resto del clan Koudelka, Duv Galeni, Tsipis, Ma Kosti, Pym, incluso Enrique... Miles parecía coleccionar amigos ingeniosos, distinguidos y con habilidades extraordinarias de la misma forma casual con que un cometa deja una estela de fuego.

Al mirar atrás, advirtió los pocos amigos que tenía Tien. Despreciaba a sus colaboradores, a sus relaciones dispersas. Ella se había dicho que no tenía don de gentes, o que estaba demasiado ocupado. Pasados sus años de estudios, Tien nunca hizo un buen amigo. Ella había compartido su aislamiento; *completamente solos* era un resumen perfecto de su matrimonio.

– Creo que tiene usted razón, señor.

En la casa, la voz de Nikki aumentó súbitamente de tono y volumen.

– ¡No! ¡No!

¿Se estaba peleando por algo con su tío? Ekaterin alzó la cabeza y se agitó inquieta.

– Um... discúlpeme – sonrió a Illyan –. Creo que será mejor que vaya a ver qué pasa. Ahora mismo vuelvo...

Illyan asintió, comprensivo, y fingió amablemente dedicar su atención al jardín.

Ekaterin entró en la cocina, mientras sus ojos se habituaban a la poca luz tras el resplandor de fuera, y rodeó en silencio la esquina para salir al saloncito. Se detuvo sorprendida en la puerta. La voz que había oído no era de su tío: era de Alexi Vormoncrief.

Nikki estaba sentado en el gran sillón del tío Vorthys, agazapado. Vormoncrief se alzaba sobre él, el rostro tenso, las manos ansiosamente agarrotadas.

– Esas vendas que viste en las muñecas del lord Vorkosigan el día después de la muerte de tu padre – decía Vormoncrief, con voz urgente –. ¿De qué clase eran? ¿De qué tamaño?

– No lo sé – Nikki se encogió de hombros –. Eran sólo vendas.

– Pero ¿qué clase de heridas ocultaban?

– No sé.

– ¿Cortes afilados tal vez? ¿Quemaduras, ampollas, como de un arco de plasma? ¿Puedes recordar haberlas visto más tarde?

Nikki volvió a encogerse de hombros, la cara tensa.

– No lo sé. Eran irregulares, supongo. Todavía tiene las marcas rojas – estaba al borde de las lágrimas.

Una expresión pensativa cruzó el rostro de Vormoncrief.

– No lo había notado. Tiene mucho cuidado de llevar mangas largas, ¿eh? En pleno verano, ja. Pero ¿no tenía otras marcas, en la cara tal vez? ¿Magulladuras, arañazos, tal vez un ojo morado?

– No lo sé...

– ¿Estás *seguro*?

– ¡Teniente Vormoncrief! – interrumpió Ekaterin bruscamente. Vormoncrief se enderezó y se dio la vuelta. Nikki alzó la cabeza, entreabriendo aliviado los labios –. ¿Qué está usted *haciendo*?

– ¡Ah! Ekaterin, señora Vorsoisson. Vine a verla – indicó vagamente el saloncito repleto de libros.

– Entonces ¿por qué no ha salido al jardín, donde yo estaba?

– Aproveché la oportunidad para hablar con Nikki, y me alegro mucho de haberlo hecho.

– ¡Mamá, dice que lord Vorkosigan mató a papá! – exclamó Nikki desde su sillón-barricada.

– ¿*Qué*? – Ekaterin miró a Vormoncrief, demasiado aturdida durante un momento para respirar siquiera.

Vormoncrief hizo un gesto y le dirigió una mirada grave.

– El secreto ha sido desvelado. Ya se ha descubierto la verdad.

– ¿Qué secreto? ¿Por parte de *quién*?

– Se comenta por toda la ciudad, aunque nadie se atreva a hacer nada al respecto. Chismosos y cobardes, todos ellos. Pero todo está claro. Dos hombres salieron al desierto en Komarr. Uno regresó, con heridas bastante extrañas, al parecer. *Accidente con una máscara de oxígeno*, claro. Pero me di cuenta de inmediato de que usted no se dio cuenta de que había jugado sucio, hasta que Vorkosigan bajó la guardia y le propuso matrimonio en la cena. No me extraña que escapara llorando.

Ekaterin abrió la boca. Recuerdos de pesadilla la inundaron. *Su acusación es físicamente imposible, Alexi; lo sé. Yo los encontré en aquel desierto, vivo y muerto.* Una cascada de consideraciones de seguridad fluyó en tropel por su cabeza. Había una cadena directa de muy pocos eslabones entre los detalles de la muerte de Tien y las personas y objetos que nadie se atrevía a mencionar.

- No fue así – lo dijo con menos convicción de la pretendida.
- Apuesto a que Vorkosigan nunca fue interrogado con pentarrápida. ¿Tengo razón?
- Es ex miembro de SegImp. Dudo que pudiera serlo.
- Qué conveniente – Vormoncrief hizo una mueca irónica.
- A mí sí me interrogaron con pentarrápida.
- ¡La exoneraron de complicidad, sí! ¡Estaba seguro!

– ¿*Qué...* complicidad? – las palabras se atascaron en su garganta. Los embarazosos detalles del implacable interrogatorio bajo la droga de la verdad que había soportado en Komarr tras la muerte de Tien ardieron en su memoria. Vormoncrief llegaba tarde para su ridícula acusación. SegImp había pensado en aquella posibilidad antes de que el cadáver de Tien se enfriara –. Sí, me hicieron todas las preguntas que cabe esperar de un investigador concienzudo en el caso de una muerte misteriosa y de un pariente cercano. – *Y más* –. ¿Y bien?

- ¡Muerte *misteriosa*, sí, incluso usted sospechó algo, lo sabía!

Con un gesto de la mano, le impidió que intentara cambiar *accidental* por *misteriosa*.

– Créame, comprendo perfectamente su horrible dilema. No se atreve a acusar al poderoso Vorkosigan, el lord muti – Vormoncrief hizo una mueca de asco al pronunciar el nombre –. Dios sabe cómo podría desquitarse. ¡Pero Ekaterin, yo también tengo parientes poderosos! He venido a ofrecerle a usted... y a Nikki, mi protección. ¡Tome mi mano, confíe en mí – abrió los brazos hacia ella –, y juntos le juro que podremos llevar a ese monstruo ante la justicia!

Ekaterin se quedó momentáneamente sin palabras, y miró alrededor, buscando frenéticamente un arma. La única que había a mano era el atizador de la chimenea, pero no supo si darle con él en la cabeza o metérselo por el culo. Nikki lloraba ahora abiertamente, pequeños sollozos doloridos, y Vormoncrief se plantó ante ellos. Ekaterin empezó a esquivarlo; confundiendo su gesto, Vormoncrief intentó abrazarla.

– ¡Augh! – chilló, cuando el canto de su mano le aplastó la nariz con toda la fuerza del brazo detrás. No le clavó el hueso nasal en el cerebro y lo mató en el acto como decían los libros (algo que no había creído nunca realmente), pero al menos la nariz empezó a hincharse y a sangrar. Él la agarró por ambas muñecas antes de que pudiera apuntar mejor para un segundo intento. Se vio obligado a sujetar con fuerza, y a separarlas, mientras ella se debatía contra su tenaza.

Ella encontró por fin las palabras y chilló con todas sus fuerzas.

- ¡*Suélteme, idiota integral!*

Él se la quedó mirando, asombrado. Justo cuando ella recuperaba el equilibrio para averiguar si el rodillazo en la entrepierna funcionaba mejor que el golpe en la nariz, la voz de Illyan los interrumpió desde la puerta, mortalmente seca.

- La dama le ha pedido que la suelte, teniente. No debería pedirlo dos veces. O... una.

Vormoncrief alzó la cabeza y sus ojos se abrieron como platos al reconocer demasiado tarde al antiguo jefe de SegImp. Abrió las manos, agitando un poquito los dedos como para sacudirlos de la culpa. Sus labios se movieron intentando hablar un par de veces, antes de que su boca por fin se pusiera en marcha.

– ¡Capitán Illyan! ¡Señor! – empezó a saludar, se dio cuenta de que Illyan iba vestido de paisano y el gesto se convirtió al vuelo en una exploración de su nariz hinchada y goteante. Vormoncrief miró sorprendido la mancha de sangre en su mano.

Ekaterin lo sorteó para acercarse al sillón de su tío y abrazar con fuerza a Nikki. Estaba temblando. Enterró la nariz en el pelo del niño, y luego miró furtivamente por encima del hombro.

– ¡Cómo se atreve a venir aquí sin invitación y a interrogar a mi hijo sin permiso! ¡Cómo se atreve a acosarlo y asustarlo de esta forma! ¡Cómo se atreve!

– Muy buena pregunta, teniente – dijo Illyan. Sus ojos eran duros y fríos, en absoluto amables ya –. ¿Le importaría satisfacer nuestra curiosidad?

– Verá, verá, señor, yo, yo, yo...

– Lo que veo – dijo Illyan, con la misma voz helada – es que ha entrado usted en la casa de un Auditor Imperial, sin invitación y sin anunciarse, mientras el Auditor no estaba presente, y que ha ejercido violencia física contra un miembro de su familia.

Un segundo, mientras el aturdido Alexi se agarraba la nariz como tratando de ocultar la evidencia.

– ¿Quién es su oficial en jefe, teniente Vormoncrief?

– Pero ella me golpe... – Vormoncrief tragó saliva; abandonó su nariz y se puso firme, la cara algo verdosa –. El coronel Ushakov, señor. Ops.

Con un gesto supremamente siniestro, Illyan sacó un audioarchivador de su cinturón y murmuró esta información, junto con el nombre completo de Alexi, la fecha, hora y situación. Illyan devolvió el audioarchivador a su funda con un leve chasquido, que resonó con fuerza en medio del silencio.

– El coronel Ushakov tendrá noticias del general Allegre. Puede retirarse, teniente.

Acorralado, Vormoncrief se retiró, caminando hacia atrás. Alzó la mano hacia Ekaterin y Nikki en un último gesto futil.

– Ekaterin, por favor, déjeme ayudarla...

– *Miente* – rugió ella, todavía abrazando a Nikki –. *Miente vilmente*. ¡No vuelva jamás por aquí!

La sincera confusión de Alexi, aunque acobardada, era más enfurecedora que su furia. ¿No entendía una palabra de lo que ella le había dicho? Todavía aturdido, llegó al pasillo y se marchó. Ella apretó los dientes, escuchando cómo las pisadas de sus botas se perdían en la acera.

Illyan permaneció apoyado en la puerta, cruzado de brazos, observándola con curiosidad.

– ¿Cuánto tiempo llevaba allí? – preguntó ella, cuando su respiración se calmó un poco.

– Llegué cuando lo del interrogatorio con pentarrápida. Todas esas palabras clave... SegImp, complicidad... Vorkosigan. Mis disculpas por escuchar sin permiso. Las viejas costumbres son difíciles de superar – su sonrisa volvió a aparecer, aunque recuperó su calidez muy despacio.

– Bueno... gracias por deshacerse de él. La disciplina militar es algo maravilloso.

– Sí, me pregunto cuánto tardará en darse cuenta de que ya no le puedo dar órdenes, ni a él ni a nadie. Ah, bueno. ¿De qué farfullaba el molesto Alexi?

Ekaterin sacudió la cabeza y se volvió hacia Nikki.

– Nikki, cariño, ¿qué ha pasado? ¿Cuánto tiempo ha estado aquí ese hombre?

Nikki se estiró, pero ya no temblaba tanto.

– Entró por la puerta justo después de que se marchara tía Vorthys. Me hizo todo tipo de preguntas sobre lord Vorkosigan y el tío Vorthys cuando estuvieron con nosotros en Komarr.

Illyan, con las manos en los bolsillos, se acercó.

– ¿Puedes recordar alguna?

Nikki hizo una mueca.

– ¿Estuvo lord Vorkosigan a solas con mamá mucho tiempo...? ¿Cómo puedo saberlo? ¡Si estuvieron solos, yo no estaba allí! Qué vi hacer a lord Vorkosigan. Cenar, principalmente. Le hablé del viaje en el aerocoche... me preguntó por las mascarillas de oxígeno – tragó saliva y miró ansiosamente a Ekaterin, cerrando la mano sobre su brazo –. ¡Dijo que lord Vorkosigan le había hecho algo a la mascarilla de papá! Mamá, ¿es cierto?

– No, Nikki – ella le devolvió el apretón a cambio –. Eso es imposible. Yo los encontré, y lo sé.

La evidencia física era clara, pero ¿cuánto podía decirle sin violar la seguridad? El hecho de que lord Vorkosigan estuviera encadenado por las muñecas a una barandilla, incapaz de hacerle nada a ninguna mascarilla de oxígeno, incluyendo la suya propia, llevaba inmediatamente a preguntar quién lo había encadenado allí y por qué. El hecho de que hubiera un montón de cosas sobre aquella pesadilla que Nikki no sabía llevaba inmediatamente a preguntarse cuántas cosas más no le habían dicho, por qué mamá, cómo mamá, qué mamá, por qué, por qué, por qué...

– Se lo inventaron – dijo ella ferozmente –. Se lo han inventado todo, sólo porque lord Vorkosigan me pidió en su cena que me casara con él, y yo lo rechacé.

– ¿Eh? – Nikki se zafó del abrazo y la miró asombrado –. ¿Lo hizo? ¡Guau! ¡Pero serías condesa! ¡Todo ese dinero y lo demás! – vaciló –. ¿Dijiste que no? ¿Por qué? – arrugó el entrecejo –. ¿Por eso renunciaste también a tu trabajo? ¿Por eso estabas tan enfadada con él? ¿En qué te mintió? – la duda asomó en sus ojos; ella pudo sentir que se tensaba de nuevo. Quiso gritar.

– No tuvo nada que ver con papá – dijo firmemente –. Eso que Alexi te dijo... no es más que una calumnia contra lord Vorkosigan.

– ¿Qué es una *calumnia*?

– Es cuando alguien difunde mentiras sobre alguien, mentiras que dañan su honor.

En la Era del Aislamiento, podría haberse batido en duelo por algo así, si hubiera sido un hombre. Por primera vez en su vida, la racionalidad del duelo tuvo sentido para ella. Habría estado dispuesta a matar a alguien en aquel mismo momento si hubiese sabido contra quién apuntar. *Se comenta por toda la ciudad...*

– Pero... – el rostro de Nikki estaba tenso, lleno de aturdimiento –. Si lord Vorkosigan estaba con papá, ¿por qué no le ayudó? En el colegio de Komarr nos enseñaban a compartir las máscaras de oxígeno en caso de emergencia...

Ella pudo verlo en su cara, mientras las preguntas empezaban a desarrollarse. Nikki necesitaba hechos, la verdad, para combatir sus asustadas imaginaciones. Pero ella no podía hacer públicos secretos de Estado.

En Komarr, Miles y ella habían acordado que, si la curiosidad de Nikki era demasiado grande para Ekaterin, lo llevaría al lord Auditor Vorkosigan, para que con su autoridad imperial le dijera que asuntos de seguridad impedían discutir la muerte de Tien hasta que fuera mayor. Nunca había imaginado que el problema iba a tomar *esta* nueva forma, que la Autoridad misma sería acusada del asesinato del padre de Nikki. Su clara solución de pronto dejó de serlo. Se le formó un nudo en el estómago. *Tengo que hablar con Miles.*

– Bueno – murmuró Illyan –. Eso sí que es un feo acto de politiquero... Y en muy mal momento.

Illyan frunció el ceño.

– Es nuevo para mí. Lady Alys suele tenerme al día de todas las conversaciones interesantes que circulan por la capital. Anoche tuvo que dar una recepción para Laisa en la Residencia, así que mis informes van un día retrasados... la evidencia interna sugiere que esto ha tenido que estallar después de la cena de Miles.

La horrorizada mirada de Ekaterin se dirigió a su cara.

– ¿Se habrá enterado Miles ya?

– Ah... tal vez no. ¿Quién irá a decírselo?

– Es culpa mía. Si no hubiera salido corriendo de esa forma de la mansión Vorkosigan... – Ekaterin guardó silencio, pues advirtió la súbita desazón que torcía la boca de Illyan; sí, también él se consideraba parte de aquella cadena casual.

– Tengo que ir a hablar con alguien – dijo Illyan.

– Tengo que ir a hablar con Miles. Tengo que ir a hablar con Miles *ahora mismo*.

Una expresión calculadora destelló en el rostro de Illyan, para ser sustituida por su normal amabilidad neutra.

– Da la casualidad de que tengo un coche y un conductor esperando. ¿Puedo ofrecerme a llevarla, señora Vorsoisson?

Pero ¿dónde dejar a Nikki? Tía Vorthys no regresaría hasta al cabo de un par de horas. Ekaterin no podía tenerlo delante para... oh, qué demonios, era la mansión Vorkosigan. Había media docena de personas con las que podía enviarlo: Ma Kosti, Pym, incluso Enrique. *Eep...* lo olvidaba, los condes estaban ahora en casa. Muy bien, *cinco* docenas de personas. Después de otro instante de frenética vacilación, dijo:

– Sí.

Le puso los zapatos a Nikki, dejó un mensaje para su tía, cerró la puerta con llave y siguió a Illyan hasta su coche. Nikki estaba pálido y se fue volviendo más y más silencioso.

El viaje fue corto. Cuando llegaban a la calle de la mansión Vorkosigan, Ekaterin advirtió que ni si quiera sabía si Miles estaría allí. Tendría que haberlo llamado por comconsola, pero Illyan había sido tan rápido en su ofrecimiento. Pasaron ante el jardín barrayarés pelado, que se veía desde la acera. Al otro lado de la desierta extensión, una figura pequeña y solitaria estaba sentada en un montón de arena.

– ¡Espere, alto!

Illyan siguió su mirada y dio la orden a su conductor. Ekaterin abrió el dosel y salió del vehículo casi antes de que se detuviera.

– ¿Hay algo que pueda hacer por usted, señora Vorsoisson? – le preguntó Illyan, mientras ella se hacía a un lado para dejar salir a Nikki.

Ella se inclinó hacia delante para susurrar venenosamente:

– Sí. *Ahorque* a Vormoncrief.

Él le ofreció un sincero saludo.

– Haré humildemente lo que pueda, señora.

El vehículo se marchó mientras ella, seguida de Nikki, se volvía para saltar la cadena baja que separaba el tráfico de peatones del lugar, y se internaba en el jardín.

El suelo era una parte viviente de un jardín, un complejo ecosistema de microorganismos, pero aquel suelo iba a morir bajo el sol y las lluvias si nadie hacía que se instalara una cobertura de tierra adecuada... Miles, vio al acercarse, estaba sentado junto a la única planta del lugar, el pequeño retoño de skellytum. Era difícil decidir cuál de los dos parecía más mustio y desesperado. Había una jarra vacía junto a su rodilla, y contemplaba preocupado el retoño y la mancha de agua en el suelo, a su alrededor. Alzó la cabeza al oír pasos. Sus labios se entreabrieron; un gesto de absoluta sorpresa se dibujó en su rostro, para ser suprimida casi al instante por una expresión de

cauta cortesía.

– Señora Vorsoisson – consiguió decir –. Qué está usted haci... um, bienvenida. Bienvenida. Hola, Nikki.

Ella no pudo evitarlo; las primeras palabras que salieron de su boca no eran las que había ensayado en el coche.

– No habrá estado regando el semillero, ¿no?

Él lo miró, y luego a ella.

– Ah... ¿no debería haberlo hecho?

– Sólo alrededor de las raíces– ¿No leyó las instrucciones?

Él miró de nuevo a la planta, sintiéndose culpable, como esperando encontrar una placa que hubiera pasado por alto.

– ¿Qué instrucciones?

– Las que le envié, el apéndice... oh, no importa – se llevó un dedo a las sienes, buscando coherencia en su aturrido cerebro.

Él llevaba la camisa arremangada por el calor; las cicatrices rojas que rodeaban las muñecas eran claramente visibles al sol. Igual que las finas líneas de cicatrices quirúrgicas mucho más antiguas que corrían por sus brazos. Nikki las observó, preocupado. La mirada de Miles finalmente consiguió despegarse de ella, y advirtió su agitación.

– Supongo que no habrá venido a hablar de jardinería.

– No.

Esto iba a ser difícil... o tal vez no. *Lo sabe. Y no me lo ha dicho.*

– ¿Ha oído esa... esa monstruosa acusación que va corriendo por ahí?

– Ayer – respondió él bruscamente.

– ¿Por qué no me lo advirtió?

– El general Allegre me pidió que esperara a la evaluación de seguridad de SegImp. Si este... feo rumor tiene implicaciones de seguridad, no puedo actuar libremente. Si no... sigue siendo un asunto difícil. Una acusación podría combatirla. Esto es algo más sutil – miró alrededor –. Sin embargo, ya que usted se ha enterado, su petición no vale nada, y me considero liberado de ella. Creo que será mejor que continuemos conversando dentro.

Ella contempló el desolado espacio, abierto al cielo y a la ciudad.

– Sí.

– Si tiene la bondad de acompañarme...

Indicó la mansión Vorkosigan, pero no hizo ningún gesto para tocarla. Ekaterin tomó a Nikki de la mano, y lo acompañaron en silencio por el sendero, hasta la verja vigilada por el guardia.

Los condujo hasta «su» planta, al alegre y soleado saloncito donde le había ofrecido aquel memorable almuerzo. Cuando llegaron al Salón Amarillo, hizo que Nikki y ella se sentaran en el delicado sofá y él ocupó una silla recta frente a ellos. Había arrugas de tensión alrededor de su boca que ella no había visto en Komarr. Se inclinó hacia delante, con las manos unidas entre las rodillas, y le preguntó:

– ¿Cómo y cuándo se enteró?

Ella le dio lo que, para sus oídos, era un relato apenas coherente de la intrusión de Vormoncrief, corroborado por intervenciones ocasionales por parte de Nikki.

Miles escuchó gravemente el tartamudeante recital del niño asintiendo, con un respeto que pareció calmar al niño a pesar de la horripilante naturaleza del tema. Aunque tuvo que apartar una sonrisa de sus labios cuando Nikki hizo una rápida descripción de cómo Vormoncrief acabó con la nariz sangrando.

– ¡... y se manchó todo el uniforme además!

Ekaterin parpadeó, sorprendida al recibir exactamente la misma mirada de complacida admiración masculina por ambas partes.

Pero el momento de entusiasmo pasó.

Miles se frotó la frente.

– Si por mí fuera, contestaría varias de las preguntas de Nikki aquí y ahora. Por desgracia, no depende de mi juicio. *Conflicto de intereses* ni siquiera vale para describir mi situación en esto – suspiró suavemente, y se echó hacia atrás en la silla, en una poco convincente imitación de tranquilidad –. Lo primero que me gustaría recalcar es que, de momento, todo el chaparrón me ha caído a mí. Usted parece haberse librado. Me gustaría que continuara así. Si no... nos vemos, nadie tendrá ningún pretexto para continuar calumniándola.

– Pero eso haría que usted pareciera peor –dijo Ekaterin –. Haría parecer que creo las mentiras de Alexi.

– La alternativa haría que pareciera que ambos, de algún modo, participamos en la muerte de Tien. No veo cómo ganar este caso. Sí veo cómo partirlo por la mitad.

Ekaterin frunció el ceño. *¿Y dejarlo ahí para que le caiga toda la basura encima a él solo?*

– La solución que propone es inaceptable – dijo después de un momento –. Busque otra.

Sus ojos se alzaron hacia su rostro.

– Como desee...

– ¿De qué estáis hablando? – preguntó Nikki, confundido.

– Ah – Miles se acarició los labios y miró al niño –. Parece que el motivo por el que mis oponentes políticos me han acusado de sabotear la mascarilla de tu padre es que quiero cortejar a tu madre.

Nikki arrugó la nariz, mientras reflexionaba sobre aquello.

– ¿Le pidió de verdad que se casara con usted?

– Bueno, sí. De una manera bastante torpe. Sí.

¿Se estaba ruborizando de verdad? Le dirigió a Ekaterin una rápida mirada, pero ella no pareció advertirlo.

– Pero ahora me temo que si continuamos juntos, la gente dirá que urdimos juntos un complot contra tu padre. Ella teme que si no seguimos juntos, la gente dirá que ella cree que lo... perdona si te inquieta... que lo asesiné. Maldito si lo haces, maldito si no lo haces, ése es el juego.

– Malditos sean todos ellos – dijo Ekaterin roncamente –. No me importa lo que piense, diga o haga ninguno de esos ignorantes. La *gente* puede ahogarse en su vil chisme. – Cerró los puños sobre su regazo –. Pero sí me importa lo que piense Nikki.

Que se pudra Vormoncrief.

Vorkosigan la miró, alzando una ceja.

– ¿Y cree que esta versión no lo alcanzará también, como la primera?

Ella apartó la mirada. Nikki volvía a encogerse, mirando inseguro de un adulto a otro. Ekaterin decidió que aquel no era un buen momento para decirle que quitara los pies de los muebles.

– Bien – suspiró Miles –. Muy bien, pues.

Asintió levemente. Ella se estremeció al imaginar una extraña visión interna de un caballero bajando su celada antes de enfrentarse al duelo. Miles estudió a Nikki un instante y se humedeció los labios.

– Bueno... ¿y tú qué piensas de todo esto hasta ahora, Nikki?

– No lo sé – Nikki, tan brevemente voluble, volvía a replegarse de nuevo.

– No me refiero a los hechos. Nadie te ha dado todavía hechos suficientes para que extraigas conclusiones. Prueba con los sentimientos. Con las preocupaciones. Por ejemplo, ¿me tienes miedo?

– No – murmuró Nikki, abrazándose las rodillas y contemplado los zapatos que se marcaban en el fino tapizado de seda amarilla

– ¿Temes que pueda ser cierto?

– No podría serlo – dijo Ekaterin ferozmente –. Fue físicamente imposible.

Nikki alzó la cabeza.

– ¡Pero él estuvo en SegImp, mamá! ¡Los agentes de SegImp pueden hacer de todo, y hacer que parezca cualquier cosa!

– Gracias por ese... voto de confianza, Nikki – dijo Miles gravemente –. Creo. De hecho, Ekaterin, Nikki tiene razón. Puedo imaginar varias opciones plausibles que podrían haber terminado en la evidencia física que vio usted.

– Exponga una – dijo ella, desdeñosa.

– Muy sencillo, yo podría haber tenido un cómplice desconocido – de manera bastante horrible, sus dedos hicieron un pequeño gesto de retorcimiento, como si alguien estropeará una máscara de oxígeno. Nikki, por supuesto, no entendió el gesto ni la referencia –. Todo parte de ahí. Si yo puedo generar esa teoría, también pueden hacerlo los demás, y estoy seguro de que algunos no vacilarán en compartir sus brillantes ideas con usted.

– ¿Previó usted esto? – preguntó ella, un poco aturdida.

– Diez años en SegImp le hacen cosas a tu cerebro. Algunas no son muy agradables.

La oleada de furia que la había barrido antes estaba remitiendo, dejándola en una orilla solitaria. Ella no había pretendido hablar de forma tan sincera delante de Nikki. Pero Vormoncrief había destruido cualquier posibilidad de continuar protegiéndolo en la ignorancia. Tal vez Miles tuviera razón. Iban a tener que afrontarlo. Los tres iban a tener que afrontarlo, y seguir afrontándolo, dispuestos o no, adultos o no.

– Remover los hechos sólo hace que nos alejemos del tema. Tarde o temprano, hay que llegar a la pura confianza. O desconfianza – se volvió hacia Nikki, los ojos imposibles de leer –. Ésta es la verdad, Nikki, yo no asesiné a tu padre. Salió de la cúpula con una mascarilla de oxígeno con las reservas casi vacías, porque no las comprobó, y luego permaneció demasiado tiempo en el exterior. Yo cometí dos errores que me impidieron salvarlo. No me siento muy bien al respecto, pero ya no puedo arreglarlo. Lo único que puedo hacer para compensarlo es cuidar de... – se detuvo bruscamente, y miró a Ekaterin con extrema cautela –. Encargarme de que cuiden de su familia, y de que no le falte nada.

Ella lo miró a su vez. Su familia había sido la última preocupación de Tien, a juzgar por su actuación mientras estaba vivo, o de otro modo no la habría dejado sin recursos, a él mismo deshonorado en secreto, y a Nikki sin tratamiento para su seria enfermedad genética. Sin embargo, los grandes fallos de Tien, bombas de tiempo para el futuro de Nikki, rara vez habían salpicado al niño. En un momento aparte del funeral, ella le preguntó a Nikki cuál era uno de sus recuerdos felices de su padre. Él recordó cuando Tien los llevó a pasar una maravillosa semana a la costa. Ekaterin, que sabía que los billetes de monorraíl y las reservas para las vacaciones habían sido un acto de caridad de su hermano Hugo, guardó silencio. Incluso desde la tumba, pensó amargamente, el caos personal de Tien aún se extendía para impedirle buscar la paz. Tal vez no era malo que Nikki supiera del intento de Vorkosigan de hacerse con la responsabilidad.

Los labios de Nikki estaban tensos, y sus ojos un poco nublados, mientras digería las palabras de Miles.

– Pero... – empezó a decir, y se calló.

– Debes de estar formulándote un montón de preguntas – dijo Miles en tono suave,

animándolo –. ¿Cuáles son algunas de ellas? O al menos una o dos.

Nikki bajó la cabeza, luego la alzó.

– Pero... pero... ¿por qué no comprobó su mascarilla? – vaciló, y luego continuó a toda prisa –: ¿Por qué no pudo usted compartir la suya? ¿Cuáles fueron sus dos errores? ¿En qué mintió a mamá para enfadarla tanto? ¿Por qué no pudo salvarlo? ¿Cómo se lastimó las muñecas? – Nikki tomó aire, le dirigió a Miles una mirada completamente espantada y casi gimió –: ¿Se supone que tengo que matarlo como el capitán Vortalon?

Miles había estado siguiendo sus palabras con total atención, pero la última pregunta lo cogió desprevenido.

– Discúlpame. ¿Quién?

Ekaterin lo puso al corriente, en voz baja:

– El capitán Vortalon es el héroe favorito de holovid de Nikki. Es un piloto galáctico que tiene aventuras galácticas con el príncipe Xav. Se dedica al contrabando de armas para la Resistencia durante la invasión cetagandana. Hubo una larga secuencia en la que tuvo que perseguir a unos colaboradores que habían emboscado a su padre (lord Vortalon), y vengó su muerte en ellos uno por uno.

– Me he perdido eso. Tuve que estar fuera del planeta. ¿Le deja ver toda esa violencia, a tan tierna edad? – los ojos de Miles se iluminaron de pronto.

Ekaterin apretó los dientes.

– Se *suponía* que era educativo, por la precisión histórica de la ambientación.

– Cuando yo tenía la edad de Nikki, mi obsesión era lord Vorthalia *el Valiente*, Héroe Legendario de la Era del Aislamiento – al recordarlo, su voz adoptó la cantarina cadencia de un narrador de historias –. También empezó con un holovid, ahora que lo pienso, aunque antes de que se me pasar persuadí a mi abuelo para que me llevara a los archivos imperiales originales para investigar más cosas. Resultó que Vorthalia no era tan legendario, ni sus aventuras reales tan heroicas. Creo que todavía podría cantar los nueve versos de la cancioncilla que...

– Por favor, no – gruñó ella.

– Bueno, podría haber sido peor. Me alegro de que no le dejara ver *Hamlet*.

– ¿Qué es *Hamlet*? – preguntó Nikki al instante. Empezaba a relajarse un poco.

– Otro gran drama de venganzas sobre el mismo tema, excepto que éste es una antigua obra teatral de la Vieja Tierra. El príncipe Hamlet vuelve a casa del colegio... por cierto, ¿qué edad tenía tu capitán Vortalon?

– Viejo – dijo Nikki –. Veinte años.

– Ah, bueno, ahí lo tienes. Nadie espera que lleves a cabo una buena venganza hasta que al menos tienes edad de afeitarte. Aún te quedan varios años antes de que tengas que preocuparte por

eso.

Ekaterin empezó a exclamar ¡*lord Vorkosigan!*, en airada protesta a este arrebatado de humos negro, hasta que vio que Nikki parecía intensamente aliviado. ¿Adónde quería ir a parar Miles con aquello? Mantuvo la boca cerrada, y casi contuvo la respiración, y lo dejó continuar.

– Pues en la obra, el príncipe Hamlet vuelve a casa tras el funeral de su padre, para descubrir que su madre se ha casado con su tío.

Los ojos de Nikki se abrieron como platos.

– ¿Su madre se casó con su *hermano*?

– ¡No, no! No es una obra tan escandalosa. Su otro tío, el hermano de su padre.

– Oh. Entonces está bien.

– Eso podrías pensar, pero entonces Hamlet recibe un soplo de que su tío asesinó a su viejo. Por desgracia, no sabe si su informador está diciendo la verdad o miente. Así que se pasa los siguientes cinco actos dando vueltas por ahí y haciendo que casi todo el reparto la palme mientras él vacila.

– Qué tontería – desdeñó Nikki, completamente relajado –. ¿Por qué no usó la pentarrápida?

– No se había inventado todavía, lástima. O habría sido una obra muchísimo más corta.

– Oh. – Nikki miró pensativo a Miles –. ¿Puede usted usar pentarrápida? El teniente Vormoncrief... dijo que no podía. Y que eso era *muy conveniente* – Nikki imitó perfectamente el desprecio de Vormoncrief en aquellas dos últimas palabras.

– ¿Conmigo mismo, quieres decir? Ah, no. Respondo a ella de manera rara y eso hace que no sea fiable. Cosa que fue muy oportuna en mis días de SegImp, pero que no está tan bien ahora. De hecho, es condenadamente *inoportuno*. Pero no se me permitiría que me interrogaran públicamente para exonerarme de la muerte de tu padre aunque funcionara conmigo, a causa de ciertos asuntos de seguridad que están relacionados. Ni en privado, para ti solo, por el mismo motivo.

Nikki guardó silencio un momento, y luego dijo bruscamente:

– El teniente Vormoncrief lo llamó *el lord muti*.

– Mucha gente lo hace. Pero no en mi cara.

– No sabe que yo también soy un muti. Igual que mi padre. ¿No se enfada cuando lo llaman así?

– Cuando tenía tu edad, me molestaba mucho. Ahora ya no me parece importante. Ahora que hay disponible una buena limpieza de genes, no pasaría ningún problema a mis hijos aunque tuviera una docena de daños más – sus labios se torcieron y evitó cuidadosamente mirar a Ekaterin –. Suponiendo que pudiera persuadir a alguna mujer atrevida para que se casara conmigo.

– El teniente Vormoncrief no nos querría a nosotros... no querría a mamá si supiera que soy

un muti.

– En ese caso, te insto a que se lo digas inmediatamente – replicó Vorkosigan, completamente serio.

Milagrosamente, esto provocó una breve sonrisa maliciosa por parte de Nikki.

¿Entonces ése era el truco? Secretos tan horribles como para ser impronunciables, pensamientos tan aterradores para enmudecer las voces, mencionados con ironía y humor. Y de repente lo horrible ya no parecía tan sombrío, y el miedo remitía, y se podía hablar. Y lo insoportable parecía un poco más liviano.

– Nikki, los asuntos de seguridad que mencioné antes me impiden contártelo todo.

– Sí, lo sé – Nikki se encogió de nuevo –. Es porque tengo nueve años.

– Nueve, diecinueve, o noventa, no importaría en este caso. Pero creo que es posible contarte mucho más de lo que sabes ahora. Me gustaría que hablaras con un hombre que tiene autoridad para decidir cuántos detalles son adecuados y seguros para que puedas oírlos. También perdió a su padre en trágicas circunstancias a temprana edad, así que ha estado en tu lugar antes. Si estás dispuesto, concertaré una cita.

¿A quién se refería? Tenía que ser uno de los hombres de alto rango de SegImp. Pero a juzgar por sus encontronazos con SegImp en Komarr, Ekaterin no podía imaginar a ninguno de ellos indicando abiertamente en qué dirección estaba la Gran Plaza, mucho menos esto.

– Muy bien... – dijo Nikki lentamente.

– Bien – un pequeño brillo de alivio destelló en los ojos de Miles, y volvió a desaparecer –. Mientras tanto... supongo que esta calumnia volverá a alcanzarte. Tal vez por parte de alguien de tu edad que haya oído hablar a los adultos. La historia probablemente se complicará y cambiará en un montón de formas extrañas. ¿Sabes cómo enfrentarte a eso?

Nikki puso una expresión feroz. Golpeó el aire con el puño.

– ¿Un puñetazo en la nariz?

Ekaterin dio un respingo, sintiéndose culpable; Miles se dio cuenta del detalle.

– Esperaría una respuesta más madura y razonada por tu parte – entonó piadosamente Vorkosigan, con un ojo puesto en ella. ¡Maldito fuera por hacerla reír en un momento como aquél! ¿Había pasado demasiado tiempo desde que alguien le dio un puñetazo en la nariz? La satisfacción retorció sus labios cuando vio su desazón.

Continuó, más serio:

– Te sugiero que simplemente le digas a quien sea que la historia no es cierta, y que te niegues a seguir discutiendo. Si insisten, diles que tienen que hablar con tu madre, o con tu tío Vorthys. Si siguen insistiendo, ve a por tu madre o tus tíos. No hace falta que te diga que eso sería algo feo. Ningún adulto honorable e inteligente debería arrastrarte a ello, pero por desgracia es

probable que te molesten adultos estúpidos.

Nikki asintió lentamente.

– Como el teniente Vormoncrief.

Ekaterin casi pudo ver el alivio de Nikki al ver el hueco conceptual donde encuadrar a su último atormentador. *Unidos contra un enemigo común.*

– Por decirlo amablemente, sí.

Nikki guardó silencio mientras reflexionaba. Después de dejarlo recapacitar un poco, Miles sugirió que todos fueran a la cocina para tomar un tentempié, añadiendo que la caja de nuevos gatitos acababa de ser trasladada a lo que se estaba convirtiendo en su sitio tradicional, cerca del horno. La profundidad de su estrategia quedó revelada cuando, después de que obsequiara a Nikki y Ekaterin con recompensas alimenticias que producirían respuestas de condicionamiento operante positivo a las rocas, Ma Kosti se llevó al niño al otro extremo de la larga sala, dejando a Miles y Ekaterin un momento casi privado.

Ekaterin, sentada en un taburete junto a Miles, apoyó los codos en la encimera y contempló la cocina. Junto al horno, Ma Kosti y el fascinado Nikki estaban arrodillados junto a la caja de bultitos peludos y maullantes.

– ¿Quién es ese hombre al que Nikki debe ver? – preguntó ella en voz baja.

– Asegurémonos primero de que estará dispuesto a hacer lo necesario, y de que puede encontrar un momento – respondió Miles, cauteloso –. Nikki y usted irán juntos, por supuesto.

– Entiendo, pero... estaba pensando, Nikki tiende a replegarse delante de desconocidos. Asegúrese de que ese tipo comprenda que el hecho que Nikki responda con monosílabos no significa que no sienta una curiosidad desesperada.

– Me aseguraré de que lo entienda.

– ¿Tiene mucha experiencia con niños?

– No que yo sepa. – Miles le dirigió una sonrisa triste –. Pero tal vez agradezca la práctica.

– Dadas las circunstancias, no me parece probable.

– Dadas las circunstancias, me temo que tiene usted razón. Pero confío en su juicio.

El montón de preguntas que había entre ellos tuvo que esperar, ya que Nikki llegó dando saltos con la noticia de que todos los ojos de los gatitos recién nacidos eran azules. La expresión casi histérica que deformaba su cara cuando llegaron había desaparecido. Aquella cocina era un buen barómetro de su estado interno: agradablemente distraído por los animales y la comida, estaba mucho más tranquilo. Ekaterin consideró que el hecho de que estuviera tan relajado era significativo. *Hice bien en acudir a Miles. ¿Cómo lo supo Illyan?*

Ekaterin dejó que Nikki siguiera hablando hasta que se quedó sin palabras, y entonces dijo:

– Tenemos que irnos. Mi tía se estará preguntando qué nos ha pasado.

La apresurada nota que le había dejado decía adónde habían ido, pero no por qué; Ekaterin estaba demasiado preocupada en ese momento para tratar de incluir detalles. No anhelaba tener que explicar a sus tíos aquel horrible asunto, pero al menos ellos sabían la verdad, y podía contar con que compartirían su furia.

– Pym puede llevarlos – se ofreció Miles inmediatamente.

Esta vez no hizo ningún intento por atraparla, advirtió ella con oscura diversión. No era lento aprendiendo, cierto.

Tras prometer que la llamaría cuando hubiera conseguido la entrevista con Nikki, Miles los acompañó hasta el compartimento trasero del vehículo de tierra y los despidió en la puerta. Nikki estuvo callado durante todo el viaje, pero el silencio era ahora mucho menos tenso.

– Mamá... ¿rechazaste a lord Vorkosigan porque es un muti?

– No – replicó ella de inmediato y con firmeza. Él frunció el ceño. Si no obtenía una respuesta más explícita, se inventaría una, advirtió ella con un suspiro –. Verás, cuando me contrató para que hiciera su jardín, no fue porque quisiera un jardín, o pensara que yo era buena para el trabajo. Pensó que eso le daría la oportunidad de verme de continuo.

– Bueno, eso tiene sentido – dijo Nikki –. Quiero decir, es verdad, ¿no?

Ella consiguió no dirigirle una mirada de reproche. Su trabajo no significaba nada para él, ¿entonces qué? Si podías decirle algo a alguien...

– ¿Te gustaría que alguien te prometiera ayudarte a ser piloto de salto, y te rompieras la espalda estudiando, para que luego resultara que te estaban engañando para otra cosa?

– Oh. – La luz se hizo, débilmente.

– Estaba enfadada porque él había tratado de manipularme a mí, a mi situación, de una manera que me pareció invasiva y ofensiva. – tras una breve pausa para reflexionar, añadió –: Parece ser su *estilo*.

¿Era un estilo con el que pudiera aprender a vivir? ¿O un estilo que él debería aprender a ni emplear con ella? ¿Vive, o aprende? ¿Podemos tener ambas cosas?

– Pero... ¿te gusta? ¿O no?

Gustar no era una palabra adecuada para esa mezcla de deleite y furia y ansia, para aquel profundo respeto entremezclado con profunda irritación, todo flotando en un oscuro pozo de viejo dolor. El pasado y el futuro en guerra dentro de su cabeza.

– No lo sé. A veces sí, mucho.

Otra larga pausa.

– ¿Estás *enamorada* de él?

Lo que Nikki sabía del amor adulto lo había aprendido en los holovids. Parte de su mente tradujo rápidamente la pregunta como un código que decía: *¿De qué lado vas a saltar, y qué me va*

a pasar a mí? Y sin embargo... él no podía compartir ni imaginar siquiera la complejidad de todos su románticos miedos y esperanzas, pero sí sabía que esas historias tenían que salir bien.

– No lo sé. A veces. Creo.

Él le dirigió una mirada de Los Mayores Están Locos. En realidad, ella sólo pudo estar de acuerdo.

Miles había conseguido copias de los archivos del Consejo de Condes referidos a todos los debates de sucesión conflictivos de los dos últimos siglos. Junto con un puñado de archivos de la sala de documentos de la mansión Vorkosigan, cubrían dos mesas y un escritorio de la biblioteca.

Estaba enfrascado en una descripción de ciento cincuenta años de antigüedad de la tragedia familiar del conde Vorkakial cuando el soldado Jankowski apareció en la puerta de la antesala y anunció:

– El comodoro Galeni, milord.

Miles alzó la cabeza, sorprendido.

– Gracias, Jankowski.

El soldado asintió y se retiró, cerrando las puertas discretamente tras de sí.

Galeni cruzó la gran biblioteca y observó el puñado de papeles, pergaminos y legajos con ojo alerta de ex historiador.

– ¿Empollando?

– Sí. Por cierto, ya que tienes ese doctorado en historia barrayaresa. ¿Recuerdas alguna pelea por la sucesión de un Distrito realmente interesante?

– *Lord Medianoche*, el caballo – repuso Galeni de inmediato –. Que siempre votaba «sííííí».

– Ésa ya la tengo. – Miles indicó el montón del fondo de la mesa interior –. ¿Qué te trae por aquí, Duv?

– Asunto oficial de SegImp. El informe solicitado referido a ciertos rumores sobre el difunto esposo de la señora Vorsoisson.

Miles hizo una mueca al recordarlo.

– SegImp llega tarde. Esto me habría hecho más bien ayer. No tiene sentido ordenarme que me mantenga al margen y luego dejar que Ekaterin y Nikki sean sometidos al acoso por sorpresa (en su propia casa, santo Dios) de ese idiota de Vormoncrief.

– Sí. Illyan se lo dijo a Alegre. Alegre me lo dijo a mí. Ojalá tuviera yo alguien a quien decírselo... Todavía estaba recopilando informes y contrainformes ayer a medianoche, muchas gracias, milord. No pude calcular nada que fuera fiable hasta ayer a última hora.

– Oh. Oh, no, Alegre no te informó de este... asunto de la calumnia personalmente, ¿no? Siéntate, siéntate. – Miles le indicó una silla, que el komarrés acercó a la esquina de la mesa de Miles.

– Claro que sí. Fui testigo de tu fiesta, donde parece haberse originado todo el asunto y, más concretamente, ya formaba parte del grupo que conocía lo sucedido en el caso de Komarr. – Galeni se sentó con un gruñido de cansancio; su mirada empezó a escrutar automáticamente los

documentos de reajo—. No había forma de que Allegre añadiera a otro hombre a ese grupo si era posible evitarlo.

– Mm, tiene sentido, supongo. Pero no creí que tuvieras *tiempo*.

– No lo tenía – dijo Galeni amargamente –. He estado haciendo casi medio turno extra todos los días desde que me ascendieron a jefe de Asuntos Komarreses. *Éste* tuve que robárselo a mis horas de sueño. Estoy pensando en dejar las comidas y colgar un tubo alimenticio de mi mesa, para poder sorber de vez en cuando.

– Creía que Delia intervendría, tarde o temprano.

– Sí, y ésa es otra – añadió Galeni, agraviado.

Miles esperó un segundo, pero Duv no añadió nada más. Bueno, ¿era necesario que lo hiciera? Suspiró.

– Lo siento – dijo.

– Sí, bueno. Desde el punto de vista de SegImp, tengo noticias excelentes. No ha surgido ninguna prueba que indique ninguna filtración de los asuntos clasificados referidos a la muerte de Tien Vorsoisson. Ningún nombre, ninguna insinuación de... actividades técnicas, ni siquiera rumores de chanchullos financieros. Sigue habiendo una completa y agradecida ausencia de conspiradores komarreses en todas las versiones de tu asesinato de Vorsoisson.

– ¡*Varias* versiones! ¿Cuántas están circulando...? No, no me lo digas. Sólo me subirá la tensión – Miles apretó los dientes –. Y qué, ¿se supone que me cargué a Vorsoisson, un hombre que me doblaba en tamaño, con algún truco maligno propio de un ex miembro de SegImp?

– Tal vez. En la versión que hemos recopilado hasta ahora no se te describe actuando solo, y los únicos matones que aparecen eran viles y corruptos miembros de SegImp. A sueldo tuyo.

– Eso sólo puede haber sido imaginado por alguien que nunca ha tenido que rellenar uno de los retorcidos informes de gastos-y/o-ingresos de Illyan – gruñó Miles.

Galeni se encogió de hombros, divertido.

– Y estaba... no, déjame que lo diga yo – dijo Miles –. No había ninguna filtración que indicara la casa de los Vorthys.

– Ninguna – concedió Galeni.

Miles murmuró entre dientes unas cuantas palabras de satisfacción. Sabía que no había subestimado a Ekaterin.

– Hazme un favor personal y asegúrate de recalcar ese hecho en la copia que le envíes a Allegre, ¿eh?

Galeni abrió la mano en un cuidadoso gesto poco comprometedor.

Miles resopló despacio. Ninguna filtración, ninguna traición: sólo malicia y circunstancias. Y un toque de chantaje teórico. Molesto para él, para sus padres cuando se enteraran, como

sucedría pronto, molesto para los Vorthys, para Nikki, para Ekaterin. Se habían *atrevido* a molestar a Ekaterin... Cuidadosamente, ignoró su ardiente furia. La ira no tenía cabida en aquello. Los cálculos y la acción implacable sí.

– ¿Y qué piensa hacer SegImp, si es que piensa hacer algo? – preguntó Miles por fin.

– En este momento, tan poco como sea posible. No se puede decir que no tengamos las manos atadas. Continuaremos, por supuesto, siguiendo todos los datos en busca de puntos clave que pudieran dirigir la atención pública donde no queremos que vaya. Es poco mejor que no prestar ninguna atención, pero esto del asesinato nos hace un favor. Para quien se niegue a aceptar la muerte de Tien Vorsoisson como un mero accidente, constituye una tapadera plausible, que explica por completo por qué no se permiten más investigaciones.

– Oh, por completo – rezongó Miles. *Ya veo dónde vamos a parar*. Se hundió en su asiento y se cruzó de brazos, obstinado –. ¿Significa que estoy solo?

– Ah... – dijo Galeni. Dejó el monosílabo flotar durante un buen rato. Con el tiempo, se quedó sin *ah* y se vio obligado a hablar –. No exactamente.

Miles enseñó los dientes y esperó a Galeni, que le esperaba a él.

Miles cedió primero.

– Maldición, Duv, ¿se supone que tengo que quedarme aquí y tragarme toda esta mierda?

– Vamos, Miles, has hecho trabajo encubierto antes. Pensé que vosotros vivíais y respirabais este tipo de cosas.

– Nunca en mi propia casa. Nunca donde tenía que vivir. Mis misiones Dendarii consistían en atacar y huir. Siempre dejábamos la peste bien lejos.

El mohín de Galeni carecía de compasión.

– También he de señalar que son los primeros resultados. El hecho de que no haya filtraciones todavía no significa que no se... encuentre alguna más tarde.

Miles resopló lentamente.

– Muy bien. Dile a Allegre que tiene su chivo expiatorio. Beeee – tras un momento, añadió – : Pero yo trazo el límite en lo referido a la culpabilidad. Fue un accidente con mascarilla de oxígeno. Punto.

Galeni agitó una mano, aceptando su palabra.

– SegImp no se quejará.

Menos mal, se recordó Miles, que no hubo ningún fallo de seguridad en el caso de Komarr. Pero esto también acababa con su débil y silenciosa esperanza de poder dejar a Richards y sus compinches a merced de SegImp.

– Mientras que todo sea aire, sea. Pero puedes decirle a Allegre que si se presenta una acusación formal de asesinato contra mí en el Consejo...

Entonces, ¿qué? Galeni entornó los ojos.

– ¿Tienes motivos para pensar que alguien te acusará allí? ¿Quién?

– Richars Vorrutyer. Tengo una especie de... promesa formal por su parte.

– Pero no puede. No hasta que consiga que un miembro la presente por él.

– Podría si derrota a lord Dono y es confirmado como conde Vorrutyer.

Y lo más probable es que mis colegas ahoguen a lord Dono.

– Miles... SegImp no puede hacer públicas las pruebas que rodean la muerte de Vorsoisson.

Ni siquiera ante el Consejo de Condes.

Por la expresión de la cara de Galeni, Miles interpretó sus palabras como *sobre todo* no en el Consejo de Condes. Conociendo como conocía aquella errática institución, estuvo de acuerdo.

– Sí. Lo sé.

– ¿Qué piensas hacer?

Miles tenía motivos más fuertes que el nerviosismo de SegImp para desear evitar todo aquel asunto. Dos, madre e hijo. Si hubiera actuado bien, nada de todo aquel jaleo jurídico habría salpicado jamás a Ekaterin y Nikki.

– Nada más y nada menos que mi trabajo. Un poco de politiquero. Estilo barrayarés.

Galeni lo miró, vacilante.

– Bueno... si de verdad pretendes demostrar tu inocencia, tienes que hacer un trabajo más convincente. Te... *retuerces*.

Miles... se retorció.

– Hay culpas y culpas. No soy culpable de asesinato. Soy culpable de haberla cagado. En eso no estoy solo: hizo falta un comité en pleno. Dirigido por ese idiota de Vorsoisson en persona. Si al menos... maldición, cada vez que tomas una lanzadera para ir a una cúpula komarresa te sientan y te hacen ver ese vid sobre los procedimientos de las mascarillas de oxígeno. Llevaba viviendo allí casi un año. Se lo habían *dicho* – guardó silencio un instante –. Aunque yo no tendría que haber salido de la cúpula sin *informar* de ello a mis contactos.

– Nadie te está acusando de negligencia, al menos.

La boca de Miles se torció amargamente.

– Me halagan, Duv. Me halagan.

– No puedo ayudarte con eso – dijo Galeni –. Tengo suficientes fantasmas inquietos por mi cuenta.

– Cierto – suspiró Miles.

Galeni lo miró durante un largo instante, y luego dijo bruscamente.

– Respecto a tu clon.

– Hermano.

– Sí, el. ¿Sabes... comprendes... qué demonios *pretende*, con respecto a Kareen Koudelka?

– ¿Lo pregunta SegImp o Duv Galeni?

– Duv Galeni. – Galeni hizo una pausa un poco más larga –. Después del ambiguo favor que me hizo cuando nos conocimos en la Tierra, me contenté con ver que sobrevivía y escapaba. Ni siquiera me sorprendió demasiado cuando me enteré de que había aparecido por aquí, ni (ahora que conozco a tu madre) de que tu familia lo aceptara. Incluso me he reconciliado con la idea de que nos tendremos que ver, de vez en cuando – su voz se quebró un poquito –. ¡Pero no esperaba que se convirtiera en mi cuñado!

Miles se acomodó, alzando las cejas con algo de piedad. Se abstuvo de hacer algo tan grosero como, digamos, partirse de risa.

– Yo señalaría que, de una manera sorprendentemente extraña, ya sois parientes. Es tu hermanastro. Tu padre lo mandó crear: según algunas interpretaciones de las leyes galácticas sobre los clones, eso lo convierte en el padre de Mark también.

– Esa idea hace que la cabeza me dé vueltas. Dolorosamente. – Miró a Miles con súbita consternación –. Mark no se considera mi hermanastro, ¿no?

– Hasta ahora no he dirigido su atención hacia ese detalle legal. Pero piensa, Duv, lo sencillo que sería si sólo tuvieras que considerarlo tu cuñado. Quiero decir, montones de personas tienen cuñados molestos: es una de las loterías de la vida. Tendrás toda su compasión.

Galeni le dirigió una mirada de Diversión Muy Limitada.

– Será el tío Mark – señaló Miles con una sonrisa lenta y perversa –. Tú serás el tío Duv. Supongo que, en cierto modo, yo seré el tío Miles. Y yo que pensaba que nunca sería tío de nadie... hijo único y todo eso.

Ahora que lo pensaba... si Ekaterin lo aceptaba alguna vez, Miles sería tío instantáneamente. Adquiriría *tres* cuñados simultáneamente, con sus respectivas esposas, y un puñado de sobrinos y sobrinas ya crecidos. Por no mencionar al suegro y la suegrasta (¿se decía así?). se preguntó si alguno de ellos sería molesto. O (una idea nueva e inquietante) si él iba a ser el pariente latoso...

– ¿Crees que se casarán? – preguntó Galeni seriamente.

– Yo... no estoy seguro de qué formato cultural tomará su relación. Estoy convencido de que no podrías separar a Mark de Kareen con una palanca. Y aunque Kareen tiene buenos motivos para tomárselo con calma, no creo que ninguno de los Koudelka sepa traicionar esa confianza.

Eso le valió un ligero gesto de sorpresa por parte de Galeni, y el leve arrobamiento que cualquier recordatorio de Delia invariablemente producía en él.

– Me temo que vas a tener que resignarte a que Mark sea un adorno permanente – concluyó Miles.

– Eh – dijo Galeni. Era difícil decidir si era una expresión de resignación o un calambre estomacal. En cualquier caso, se levantó y se marchó.

Cuando Mark alcanzó el vestíbulo de entrada, tras salir de los ascensores, se encontró con su madre que bajaba por la escalera principal.

– Oh, Mark – dijo la condesa Vorkosigan, con voz de justo-el-hombre-que-quiero-ver. Obediente, él se detuvo y la esperó. Ella observó su nuevo traje, su negro favorito sustituido por lo que confiaba fuera una camisa verde oscura poco llamativa –. ¿Vas a salir?

– Dentro de poco. Estaba a punto de cazar a Pym para pedirle que me asigne un conductor. Tengo concertada una entrevista con un amigo de lord Vorsmyhte, un restaurador que ha prometido explicarme el sistema de distribución de Barrayar. Puede que sea un futuro cliente... me pareció que estaría bien que apareciera en el vehículo de tierra, muy a lo Vorkosigan.

– Desde luego.

Fueron interrumpidos por dos niños que doblaron corriendo la esquina: Arthur, el hijo de Pym, que llevaba un oloroso palo rematado de fibra, y Denys, el hijo de Jankowsky, que cargaba con un enorme jarro. Subieron las escaleras con un jadeante saludo.

– ¡Hola milady!

Ella se giró para verlos pasar, alzando las cejas divertida.

– ¿Nuevos reclutas para la ciencia? – le preguntó a Mark mientras se perdían de vista, riendo.

– Para la empresa. Martya tuvo un destello de ingenio. Ha puesto precio a las cucarachas fugadas, y todos los hijos de los soldados están como locos buscándolas. Un marco por cabeza y una bonificación de diez marcos por la reina. Enrique trabaja de nuevo a tiempo completo, el laboratorio se vuelve a poner al día, y yo puedo dedicar mi atención a la planificación financiera. Estamos encontrando cucarachas a un ritmo de dos o tres por hora; tendríamos que haber acabado mañana o pasado. Al menos, a ninguno de los niños se le ha ocurrido todavía colarse en el laboratorio y soltar a las cucarachas Vorkosigan, para renovar sus ingresos económicos. Voy a tener que poner una cerradura por si acaso.

La condesa se echó a reír.

– Vamos, lord Mark, insultas su honor. Son los hijos de nuestros soldados.

– A mí se me habría ocurrido esa idea, a su edad.

– Si no fueran los bichos de su señor, tal vez – sonrió ella, pero su sonrisa se desvaneció –. Hablando de insultos... quería preguntarte si te has enterado de ese vil rumor sobre Miles y su señora Vorsoisson.

– He estado ocupado varios días en el laboratorio. Miles no aparece mucho por allí, por

algún motivo. ¿Qué vil rumor?

Ella entornó los ojos, se enganchó a su brazo y caminó con él hasta la antesala de la biblioteca.

– Illyan y Alys me llevaron aparte en la cena de Vorinni, anoche, y me lo contaron. Me alegro enormemente de que fueran ellos. Luego me abordaron otras dos personas y me contaron versiones alternativas... lo cierto es que uno de ellos buscaba confirmación. El otro parecía esperar que yo se lo contara a Aral, puesto que no se atrevía a repetírselo a la cara, el cobarde. Parece que por la capital han empezado a circular rumores que dicen que Miles eliminó al marido de Ekaterin mientras estaba en Komarr.

– Bueno – dijo Mark razonablemente –, sabes más que yo. ¿Lo hizo?

Ella alzó las cejas.

– ¿Te preocupa?

– No especialmente. Por lo que he podido advertir... entre líneas, principalmente, Ekaterin no habla mucho de él... Tien Vorsoisson fue un completo desperdicio de comida, agua, oxígeno y tiempo.

– ¿Te ha dicho Miles algo que... te deje en la duda sobre la muerte de Vorsoisson? – preguntó ella, sentándose junto al enorme espejo antiguo que ocupaba la pared.

– Bueno, no – admitió Mark, sentándose frente a ella –. Aunque imagino que se considera culpable de algún tipo de descuido. Creo que el romance habría sido mucho más interesante si él hubiera asesinado a ese piojo por ella.

La condesa suspiró, divertida.

– A veces, Mark, a pesar de todo lo que ha hecho tu terapeuta betana, me temo que asoma tu educación jacksoniana.

Él se encogió de hombros, sin arrepentirse.

– Lo siento.

– Me conmueve tu falta de sinceridad. Pero no repitas esos sentimientos, sin duda sinceros, delante de Nikki.

– Puede que sea jacksoniano, pero no soy tonto del todo.

Ella asintió, evidentemente tranquilizada. Empezó a hablar de nuevo, pero fue interrumpida cuando las puertas dobles de la biblioteca se abrieron de par en par y entraron Miles y el comodoro Galeni.

Al verlos, el comodoro se detuvo para dirigir a la condesa unos cortesés buenos días. El saludo que le dio a Mark fue igual de cortés, pero mucho más cauto, como si a Mark acabara de salirle una horrible erupción facial pero Galeni fuera demasiado amable para hacer ningún comentario al respecto. Mark devolvió el saludo de la misma forma.

Galeni no se entretuvo. Miles despidió a su visitante en la puerta principal y regresó a la biblioteca.

– ¡Miles! – dijo la condesa, poniéndose en pie y siguiéndolo con expresión de súbita concentración. Mark lo siguió, sin saber si ella había acabado con él o no. Acorraló a Miles contra uno de los sofás, ante la chimenea –. Pym me ha contado que tu señora Vorsoisson estuvo aquí, mientras Aral y yo estábamos fuera. ¡Ella estuvo *aquí* y me la *perdí*!

– No fue exactamente una visita social – dijo Miles. Atrapado, se rindió y se sentó –. Y difícilmente podría haber retrasado su partida hasta vuestro regreso a medianoche.

– Bastante razonable – dijo su madre, completando su captura sentándose en el otro sofá, frente a él. Torpemente, Mark se sentó a su lado –. Pero ¿cuándo se nos va a permitir conocerla?

Él la miró, cauto.

– No... ahora mismo. Si no os importa. Las cosas están, um, en un momento delicado entre nosotros en este momento.

– Delicado – repitió la condesa –. ¿No es una clara mejora a una vida arruinada entre vómitos?

Una breve mirada de esperanza destelló en sus ojos, pero sacudió la cabeza.

– Ahora mismo, es difícil decirlo.

– Comprendo. Pero sólo porque Simon y Alys nos lo explicaron anoche. ¿Puedo preguntarte por qué tuvimos que escuchar esta desagradable calumnia de su boca y no de la tuya?

– Oh. Lo siento – esbozó un gesto de disculpa –. Yo mismo me enteré anteayer. Con todo este jaleo social, no nos hemos visto mucho estos últimos días.

– ¿Llevas rumiando esto dos días? Tendría que haberme extrañado tu súbita fascinación por la Colonia Caos durante nuestras dos últimas comidas juntos.

– Bueno, me interesaba saber cosas sobre vuestra vida en Sergyar. Pero, más concretamente, estaba esperando el análisis de SegImp.

La condesa miró una vez más hacia la puerta por la que el comodoro Galeni acababa de salir.

– Ah – dijo, comprendiendo –. De ahí Duv,

– De ahí Duv – asintió Miles –. Si hubiera habido una filtración de seguridad implicada, bueno, habría sido otra cuestión.

– ¿Y no la hubo?

– Al parecer no. Parece ser una ficción motivada por completo por cuestiones políticas, surgida de circunstancias completamente... circunstanciales. Se debe a un pequeño grupo de condes conservadores y sus acólitos, a quienes he ofendido últimamente. Y viceversa. He decidido enfocar el tema... políticamente – su cara se volvió sombría –. A mi manera. De hecho, Dono Vorrutyer y

René Vorbretten vendrán dentro de poco para hablar de ello.

– Ah. Aliados. Bien – sus ojos se entornaron, satisfechos.

Él se encogió de hombros.

– Para eso está la política, en parte. O eso tengo entendido.

– Ése es ahora tu departamento. Te lo dejo. Pero ¿qué hay de ti y de tu Ekaterin? ¿Vais a poder capear esto vosotros dos?

Su expresión se volvió distante.

– Nosotros tres. No dejes fuera a Nikki. Todavía no lo sé.

– He estado pensando – dijo la condesa, observándolo con atención –, que deberías invitar a Ekaterin y a Kareen a tomar el té. Sólo damas.

Una expresión de alarma, si no de pánico absoluto, cruzó el rostro de Miles.

– Yo... yo... todavía no. Todavía no.

– ¿No? – dijo la condesa, decepcionada –. ¿Cuándo, entonces?

– Sus padres no dejarían venir a Kareen, ¿no? – intervino Mark –. Quiero decir... creí que habían cortado la conexión.

Una amistad de treinta años destruida por culpa de él. *Buen trabajo, Mark. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Quemar accidentalmente la mansión Vorkosigan?* Al menos eso acabaría con la plaga de cucarachas mantequeras...

– ¿Kou y Drou? – dijo la condesa –. ¡Bueno, pues claro que me han estado evitando! Estoy segura de que no se atreven a mirarme a la cara, después de ese numerito de la noche en que regresamos.

Mark no estaba seguro de qué pensar de esto, aunque Miles hizo una mueca.

– La echo de menos – dijo Mark, arrastrando la mano a lo largo de la costura del pantalón –. La necesito. Se supone que tenemos que empezar a presentar los productos de las cucarachas mantequeras a clientes potenciales importantes dentro de unos días. Contaba con Kareen. Yo... no soy un buen vendedor. Lo he intentado. La gente a la que escojo parece acabar acurrucada en el fondo de la sala con montones de muebles por medio. Y Martya es demasiado... directa. Pero Kareen es brillante. Podría venderle cualquier cosa a cualquiera. Sobre todo a hombres de Barrayar. Se tumban y se dan la vuelta, agitando las zarpas al aire y meneando la cola... es sorprendente. Y, y... yo puedo estar tranquilo, cuando ella está conmigo, no importa cuánto me irriten los demás. Oh, quiero que vuelva... – Las últimas palabras escaparon en un gemido apagado.

Miles miró a su madre, y a Mark, y sacudió la cabeza con divertida exasperación.

– No estás usando bien tus recursos barrayareses, Mark. Tienes aquí mismo, en casa, a la potencial Baba más influyente del planeta, ¡y ni siquiera la has utilizado!

– Pero... ¿qué podría hacer ella, dadas las circunstancias?

– ¿Con Kou y Drou? Odio pensarlo. – Miles se frotó la barbilla –. Mantequilla, te presento a un rayo láser. Rayo láser, mantequilla. Oops.

Su madre sonrió, pero entonces se cruzó de brazos y contempló pensativa la gran biblioteca.

– Pero ¿po-podrías? – tartamudeó Mark –. ¿Lo harías? No quería pedirlo, después de todas las cosas... que se dijeron la otra noche, pero estoy desesperado. – *Desesperadamente* desesperado.

– No quería intervenir sin una invitación directa – le dijo la condesa.

Esperó, dirigiéndole una sonrisa expectante.

Mark reflexionó. Articuló dos veces esa palabra tan poco familiar, sin pronunciarla, para practicar, antes de lamerse los labios, tomar aire y vocalizarla.

– ¿Ayuda...?

– ¡Vaya, por supuesto, Mark! – Sonrió de oreja a oreja –. Creo que lo que necesitamos es sentarnos juntos, los cinco... tú y yo y Kareen y Kou y Drou... aquí mismo, oh, sí, aquí mismo, en esta biblioteca, y discutirlo.

La visión lo llenó de terror, pero se agarró las rodillas y asintió.

– Sí. Eso es... tú hablarás, ¿no?

– Todo saldrá bien – le aseguró ella.

– Pero ¿cómo conseguirás que vengan?

– Creo que puedes dejarme eso a mí.

Miles miró a su hermano, que sonreía secamente. No parecía dudar lo más mínimo de la afirmación de su madre.

El soldado Pym apareció en la puerta de la biblioteca.

– Lamento interrumpir, milady. Milord, ha llegado el conde Vorbretten.

– Ah, bien. – Miles se puso en pie de un salto y corrió a la mesa, donde empezó a recoger fajos de papeles, documentos y notas –. Llévalo directamente a mi suite, y dile a Ma Kosti que empiece a poner las cosas en marcha.

Mark aprovechó la oportunidad.

– Oh, Pym, voy a necesitar el coche y un conductor dentro de – miró su crono – unos diez minutos.

– Me encargaré de ello, milord.

Pym se marchó; Miles, con expresión de determinación y un puñado de documentos bajo el brazo, salió tras él.

Mark miró vacilante a la condesa.

– Corre a tu reunión – le tranquilizó ella –. Pásate por mi estudio cuando vuelvas, y cuéntame cómo te ha ido.

Parecía verdaderamente interesada.

– ¿Crees que te interesaría venir? – ofreció con un estallido de optimismo.

– Ya hablaremos de ello – le sonrió con verdadero placer. Sin duda era una de las pocas personas sinceras del universo. Secretamente animado, se marchó detrás de Miles.

El guardia de SegImp de la puerta dejó pasar a Ivan a la mansión Vorkosigan y luego regresó a su garita al oír una señal de su comunicador. Ivan tuvo que hacerse a un lado mientras las verjas de hierro se abrían y un brillante vehículo blindado salía a la calle. Ivan sintió un breve instante de esperanza al pensar que era Miles quien se marchaba, pero la forma borrosa que lo saludó a través del semiespejo del dosel trasero era demasiado redonda. Era Mark quien salía a alguna parte. Cuando Pym lo condujo hasta la suite de Miles, Ivan encontró a su primo, más esbelto, sentado ante el ventanal con el conde René Vorbretten.

– Oh, lo siento – dijo Ivan –. No sabía que estuvieras ocupado.

Pero era demasiado tarde para huir; Miles, volviéndose sorprendido hacia él, controló un respingo, suspiró, y le indicó que entrara.

– Hola, Ivan. ¿Qué te trae por aquí?

– Mi madre me envía con esta nota. No sé por qué no pudo llamarte por comconsola, pero no iba a discutir una posibilidad de escapar – Ivan ofreció el grueso sobre, con el sello de la Residencia rematado por el emblema personal de lady Alys.

– ¿Escapar? – preguntó René, divertido –. Me pareció que tenías uno de los trabajos más cómodos de Vorbarr Sultana esta temporada.

– Ja – dijo Ivan, sombrío –. ¿Lo quieres? Es como trabajar en una oficina con un puñado de futuras suegras con los nervios a flor de piel, cada una de ellas una pirómana en potencia. No sé dónde encontró mamá a tantas dragones Vor. Normalmente sólo se las encuentra de una en una, rodeadas por una familia entera a la que aterrorizar. Tener que soportarlas a todas de sopetón es inhumano.

Colocó una silla entre Miles y René, y se sentó de manera claramente provisional.

– Mi cadena de mando está construida al revés: hay veintitrés oficiales y sólo un soldado para cumplir órdenes. Yo. Quiero volver a Ops, donde mis oficiales no inician cada loca petición con el amenazador sonsonete de «*Ivan, cielo, serías tan amable...*». Qué no daría yo por oír un grito grave y masculino de «*Vorpatril*»... de alguien que no fuera la condesa Vorinnis, claro está.

Miles, sonriendo, empezó a abrir el sobre, pero se detuvo al escuchar el sonido de más personas que eran admitidas en el vestíbulo.

– Ah – dijo –. Bien. Justo a tiempo.

Para desazón de Ivan, los visitantes que Pym condujo a continuación a las habitaciones de su señor eran lord Dono y Byerly Vorrutyer, y el soldado Szabo. Todos ellos saludaron a Ivan con

repulsiva alegría; lord Dono estrechó la mano del conde René con firme cordialidad y se sentó junto a la mesita, frente a Miles. By se situó tras el sillón de Dono y se quedó mirando. Szabo ocupó una silla recta como la de Ivan, un poco apartado de los demás, y se cruzó de brazos.

– Discúlpenme – dijo Miles, y terminó de abrir el sobre. Sacó la nota de lady Alys, la miró y sonrió –. Bien, caballeros. Mi tía Alys escribe: «Querido Miles», las habituales palabras de cortesía, y luego: «Dile a tus amigos que la condesa Vorsmythe hace saber que René puede estar seguro del voto de su marido. Dono necesitará un poco más de empuje, pero el tema de su futuro como votante del partido progresista puede dar fruto. Lady Mary Vorville también tiene buenas noticias para René debido a alguna añorada conexión militar entre el difunto padre de éste y el suyo, el conde Vorville. Pensé que no sería delicado pedirle a la condesa Vorpinski el voto para lord Dono, pero ella me sorprendió al aprobar de manera bastante entusiasta la transformación de lady Donna.»

Lord Dono sofocó una risita, y Miles se detuvo para alzar una ceja.

– El conde (entonces lord) Vorpinski y yo fuimos bastante buenos amigos durante un tiempo – explicó lord Dono, con una sonrisa pícaro –. Después de lo nuestro, Ivan; creo que estabas en la Tierra en aquella embajada o algo así.

Para alivio de Ivan, Miles no pidió más detalles, y simplemente asintió y siguió leyendo, imitando con su voz las precisas cadencias de la dicción de lady Alys.

– «Una visita personal de Dono a la condesa, para asegurarle la realidad del cambio y lo improbable (improbable está subrayado) de su vuelta atrás en el caso de que lord Dono obtenga el condado, podría ser buena cosa en este apartado.

»Lady Vortugalov informa de que no hay muchas esperanzas para René o Dono por parte de su suegro. Sin embargo, ja, escuchen esto, ha cambiado la fiesta del nacimiento del primer nieto del conde adelantándola dos días, para que coincida con el día en que están previstas las votaciones, y ha invitado al conde a estar presente cuando se abra el replicador. Lord Vortugalov estará allí por supuesto. Lady Vortugalov también menciona que la esposa del encargado de votar en su lugar se muere por una invitación a la boda. Le enviaré una a lady VorT para que se la pase a su discreción. El sustituto del conde no votará contra los deseos de su señor, pero es posible que llegue muy tarde a la sesión de la mañana, o incluso que se la pierda por completo. Esto no es un plus para ti, pero puede que sea un inesperado descuento para Richards y Sigur.»

René y Dono empezaron a tomar notas.

– «El viejo Vorhalas siente una simpatía especial por René, pero no votará contra los intereses del partido conservador en este asunto. Como la rígida honestidad de Vorhalas va unida a otros rígidos hábitos mentales, me temo que el caso de Dono está perdido por esta parte.

»Vortaine también es caso perdido; ahorrad energías. Sin embargo, según fuentes de fiar, su contencioso respecto a las aguas limítrofes de su Distrito con su vecino el conde Vorvolynkin sigue

sin resolverse, cada vez con más acritud, para mortificación de ambas familias. Normalmente no consideraría posible separar al conde Vorvolynkin de los conservadores, pero un susurro al oído por parte de su nuera lady Louisa, a quien adora, de que los votos a favor de René y Dono molestarían enormemente, subrayado, a su adversario ha producido sorprendentes resultados. Podéis añadirlo a vuestras listas.»

– Eso sí que es inesperado – dijo René feliz, garabateando con más fuerza.

Miles pasó la página y continuó leyendo:

– «Simon me ha descrito la vergonzosa conducta de», bueno, eso no es pertinente, hum de hum, je, «extremado mal gusto», subrayado, gracias tía Alys, allá vamos, «finalmente, mi querida condesa Vorinnis me ha asegurado que el voto del Distrito Vorinnis puede aplicarse a tus dos amigos. Tu querida tía Alys.

»P.D. No hay ninguna excusa para que esto se haga a la carrera en el último minuto. Esta Oficina desea la rápida aclaración de la confusión, así que las invitaciones serán cursadas a las personas adecuadas con puntualidad y elegancia. En interés de una resolución a tiempo de estos asuntos, considérate libre de encargar a Ivan cualquier tarea para la que puedas encontrarlo útil.»

– ¿Qué? – dijo Ivan –. ¡Te has inventado eso! Déjame ver...

Con una sonrisita desagradable, Miles volvió el papel hacia Ivan, que se inclinó sobre su hombro para leer la posdata. Era la letra impecable de su madre, cierto. Maldición.

– Richards Vorrutyer se sentó ahí mismo – dijo Miles, señalando la silla de René –, y me informó de que lady Alys no tenía voto en el Consejo. El hecho de que haya pasado más años en la escena política de Vorbarr Sultana que todos nosotros juntos parece que se le escapó. Lástima – su sonrisa se ensanchó.

Se volvió para mirar por encima del hombro mientras Pym entraba de nuevo en el saloncito empujando un carrito de té.

– Ah. ¿Les apetece algún refresco?

Ivan se asomó, pero para su decepción el carrito de té tenía té. Bueno, y café, y una bandeja de pastelitos de Ma Kosti que parecían un decorativo mosaico alimenticio.

– ¿Vino? – sugirió esperanzado a su primo, mientras Pym empezaba a servir –. ¿Cerveza, aunque sea?

– ¿A esta hora? – preguntó René.

– Para mí ya ha sido un día muy largo – le aseguró Ivan –. De verdad.

Pym le tendió una taza de café.

– Esto le animará, milord.

Ivan la aceptó, reacio.

– Cuando mi abuelo celebraba reuniones políticas en estas habitaciones, yo siempre sabía si

estaba planeando con aliados o negociando con adversarios – les contó Miles a todos –. Cuando trabajaba con amigos, servía café y té y cosas así, y todo el mundo tenía que seguir sereno. Cuando trabajaba con los otros, siempre había una sorprendente abundancia de bebidas alcohólicas de todo tipo. Siempre empezaba por el buen material, además. Más tarde la calidad bajaba, pero para entonces los visitantes ya no estaban en disposición de darse cuenta. Yo siempre me asomaba cuando su lacayo traía el carrito con el vino, porque si me quedaba callado, era menos probable que la gente me viera y me echara.

Ivan acercó la silla a la bandeja de tentempiés. By tomó otra y se colocó de manera igualmente estratégica al otro lado del carrito. Los otros invitados aceptaron las tazas que Pym les ofreció y bebieron. Miles alisó un papel escrito a mano contra su rodilla.

– Primer punto – empezó a decir –. René, Dono, ¿ha dispuesto el lord Guardián del Círculo de Oradores el tiempo y el orden de las votaciones de sus respectivos litigios?

– Una tras otra – replicó René –. La mía es la primera. Confieso que agradezco acabar lo antes posible.

– Perfecto, pero no por el motivo que crees – respondió Miles –. René, cuando toque tratar tu caso, pídele al Círculo que ceda el turno a lord Dono. Cuando su votación haya finalizado, éste te lo devolverá a ti. Ya comprendes por qué, naturalmente.

– Oh. Sí – dijo René –. Lo siento, Miles, no lo había pensado.

– No... del todo – dijo lord Dono.

Miles marcó las alternativas con los dedos.

– Si te nombran conde Vorrutyer, Dono, entonces podrás votar a favor de René, con lo que sumará otro voto. Pero si René va primero, el escaño del Distrito Vorrutyer estará vacío y contará como un voto en blanco. Y si René pierde por, digamos, un voto, también perderás el voto Vorbretten en tu ronda.

– Ah – dijo Dono, comprendiendo –. Y esperas que tus oponentes hagan ese mismo cálculo. De ahí el valor del cambio de último minuto.

– Eso es.

– ¿Habrán previsto algo así? – preguntó Dono ansiosamente.

– Por lo que sé, no están al corriente de vuestra alianza – replicó By, con un gesto levemente burlesco.

Ivan lo miró con mala cara.

– ¿Y cuánto tiempo pasará hasta que se enteren? ¿Cómo sabremos que no correrás a contarle a Richars todo lo que pase aquí?

– No lo hará – dijo Dono.

– ¿Sí? Puede que tú estés seguro de qué lado está By, pero yo no.

By sonrió.

– Esperemos que Richars comparta tu confusión.

Ivan sacudió la cabeza; mordisqueó un pastelito de gambas que pareció fundirse en su boca y lo acompañó de un sorbo de café.

Miles rebuscó bajo su asiento y sacó un gran fajo de transparencias. Separó las dos de encima, y tendió una a Dono y otra a René.

– Siempre he querido probar esto – dijo animadamente –. Lo saqué del desván anoche. Era una de las viejas tácticas de ayuda de mi abuelo. Creo que aprendió el truco de su padre. Supongo que podría diseñar un programa en la comconsola que hiciera lo mismo. Son los planos de los escaños de la cámara del Consejo.

Lord Dono estudió una a contraluz. Dos filas de cuadrados en blanco formaban un semicírculo en la página.

– Los escaños no tienen nombre – dijo.

– Si necesitas usar esto, se supone que te los sabes – explicó Miles. Tomó uno más y se lo tendió –. Llévatelo a casa, rellénalo y memorízalo, ¿eh?

– Excelente – dijo Dono.

– La teoría es que se usan para comparar dos votaciones muy reñidas. Colorea cada Distrito (digamos, rojo para no, verde para sí, en blanco para los desconocidos o los indecisos) y ponlos uno encima de otro. – Miles dejó caer un puñado de rotuladores sobre la mesa –. Cuando acabas con dos rojos o dos verdes, ignora a ese conde. No te hace falta o tienes influencia sobre él. Cuando tienes dos blancos, un blanco y un color o un rojo y un verde, considera a esos hombres como aquellos en los que tienes que concentrarte.

– Ah – dijo René, tomando dos rotuladores. Se apoyó sobre la mesa y empezó a colorear –. Qué elegante y qué simple. Siempre he intentado hacerlo mentalmente.

– Cuando empiezas a hablar de cinco o seis votaciones reñidas, con sesenta hombres, nadie puede retenerlo en la cabeza.

Dono, los labios fruncidos pensativamente, llenó una docena de recuadros, y luego se acercó a René para situar el resto de los nombres en su emplazamiento. René, advirtió Ivan, coloreaba muy meticulosamente, llenando a la perfección cada recuadro. Dono garabateaba con trazos rápidos y osados. Cuando terminaron, compararon las dos transparencias.

– Vaya – dijo Dono –. Parece que te señalan, ¿no?

Empezaron a murmurar mientras elaboraban su lista de nombres que necesitaban trabajar. Ivan se limpió del uniforme las migas del pastelillo de gambas. Byerly se dignó a sugerir una o dos correcciones en la distribución de marcas y blancos, basándose en las impresiones que, oh qué casualidad, había sacado durante sus visitas en compañía de Richars.

Ivan dobló el cuello, contando verdes y dobles verdes.

– Todavía no lo habéis conseguido – dijo –. No importa cuántos votos obtengan Richars y Sigur, no importa cuántos valedores se retiren hoy, necesitáis una mayoría clara de treinta y un votos, o no conseguiréis vuestros Distritos.

– Estamos trabajando en ello, Ivan – dijo Miles.

Por el brillo de sus ojos y la expresión peligrosamente alegre, Ivan supo que su primo estaba lanzado. Miles estaba disfrutando con aquello. Se preguntó si Illyan y Gregor lamentarían alguna vez el día en que lo retiraron de su amado cuerpo de operaciones encubiertas galácticas y lo trajeron a casa. Borra eso: *cuándo* lamentarían ese día.

Para desazón de Ivan, el pulgar de su primo descendió claramente sobre un par de cuadrados en blanco que él esperaba que pasara por alto.

– El conde Vorpatril – dijo Miles –. Ajá – le sonrió a Ivan.

– ¿Por qué me miras? No es que Falco Vorpatril y yo seamos amigos de francachela. De hecho, la última vez que vi al viejo me dijo que era un caradura, y la vergüenza de mi madre y de todos los demás Vorpatril bien aprovechados. Bueno, no dijo bien aprovechados, sino de provecho. Pero viene a ser lo mismo.

– Oh, a Falco le haces gracia – Miles contradujo implacable la experiencia personal de Ivan –. Aún más, no tendrás problemas para hacer que Dono lo vea. Y ya que estás en ello, puedes hablarle bien de René.

Sabía que llegaría a esto, tarde o temprano.

– Soportaría el mal trago si tuviera que presentarle a lady Donna como mi prometida. Nunca le cayeron bien los Vorrutyer. Presentarle a lord Dono como futuro colega... – Ivan se estremeció y contempló al hombre barbudo, que le devolvió la mirada alzando el labio de manera peculiar.

– ¿Prometida, Ivan? – inquirió Dono –. No sabía que te importara.

– Bueno, y ya he perdido mi oportunidad, ¿no? – dijo Ivan, malhumorado.

– Sí, ahora y durante todos estos cinco años que he estado clavada en el Distrito. Estaba allí. ¿Dónde estabas tú? – Dono rechazó la queja de Ivan con un gesto; el diminuto destello de amargura en sus ojos marrones hizo que Ivan se rebullera por dentro. Dono vio su incomodidad y sonrió lenta y maliciosamente –. Lo cierto, Ivan, es que todo este episodio es *culpa tuya*, por ser tan lento.

Ivan dio un respingo. *Maldita sea, esta mujer, hombre, persona me conoce demasiado bien...*

– De todas formas – continuó Dono –, ya que la elección es entre Richars y yo, Falco tiene que cargar con un Vorrutyer de un modo u otro. La cuestión es con cuál.

– Y estoy seguro de que podrás señalarle todas las desventajas de Richars – intervino Miles amablemente.

– Que lo haga otro. Yo no – dijo Ivan –. Los oficiales de servicio no pueden involucrarse en partidos políticos, así que está claro.

Se cruzó de brazos y mantuvo su dignidad, aunque de manera algo precaria dada su situación sobre la silla.

Miles señaló la carta de su madre.

– Pero tienes una orden clara de tu superior. Por escrito, nada menos.

– ¡Miles, si no quemas esa maldita carta después de esta reunión, no estás en tu sano juicio! ¡Quema tanto que me sorprende que no haya salido ardiendo ella sola!

Escrita a mano, entregada a mano, ninguna copia electrónica o por otro sistema en ninguna parte... implicaba la orden destrúyela-después-de-leerla.

Miles mostró los dientes con una sonrisita.

– ¿Me estás enseñando a hacer mi trabajo, Ivan?

Ivan lo miró con mala cara.

– Me niego a dar un paso más en este asunto. Le dije a Dono que llevarlo a tu cena era el último favor que le haría, y voy a mantener mi palabra.

Miles lo miró.

Ivan se agitó, incómodo. Esperaba que a Miles no se le ocurriera llamar a la Residencia para que reiteraran sus órdenes. Enfrentarse a su madre parecía más seguro *in absentia* que en persona. Adoptó una expresión hosca, se agazapó en su silla y esperó (con cierta curiosidad) a ver qué chantaje creativo o soborno o táctica disuasoria emprendería Miles para hacerlo cumplir su voluntad. Acompañar a Dono a ver a Falco Vorpatril iba a ser condenadamente *embarazoso*. Estaba pensando en cómo presentarse ante Falco como elemento completamente al margen, cuando Miles dijo:

– Muy bien. Pasando a otro tema...

– ¡He dicho que no! – chilló Ivan, desesperado.

Miles lo miró, levemente sorprendido.

– Te he oído. Muy bien: estás libre. No te pediré nada más. Puedes relajarte.

Ivan se acomodó, lleno de un profundo alivio.

Y no, se aseguró, de profunda decepción. Y desde luego no de profunda alarma. *Pero... pero... pero... el enano molesto me necesita para que le saque las castañas del fuego...*

– Pasando a otro tema – continuó Miles –, llegamos al asunto de los trucos sucios.

Ivan lo miró horrorizado. *Diez años siendo el mejor agente de Illyan en operaciones encubiertas de SegImp...*

– ¡No lo hagas, Miles!

– ¿Qué no haga qué?

– Lo que sea que estás pensando. No lo hagas. No quiero tener nada que ver con ello.

– Lo que estaba a punto de decir – dijo Miles, dirigiéndole una mirada extremadamente seca –, era que *nosotros*, como estamos del lado de la verdad y la justicia, no necesitamos recurrir a engaños como, digamos, el soborno, el asesinato o formas más suaves de persuasión física o – ¡eh! – al chantaje – sus ojos brillaron –. Necesitamos estar atentos por si nuestros adversarios ejecutan alguno de esos movimientos. Empezando por lo obvio... poned a los soldados a vuestro servicio en alerta máxima, aseguraos de que vuestros vehículos están vigilados para que no les hagan nada y que tenéis rutas y vías alternativas para llegar al Castillo Vorhartung la mañana de la votación. También, destacad a todos los hombres de confianza y recursos que podáis para aseguraros de que nada extraño impida la llegada de vuestros simpatizantes.

– Si no vamos a jugar sucio, ¿cómo defines esa maniobra de los Vurgalov y el replicador uterino? – preguntó Ivan, indignado.

– Como un golpe de inesperada buena fortuna. Ninguno de los aquí presentes tiene nada que ver con eso – repuso Miles, tan tranquilo.

– Entonces, ¿no es un truco sucio si no es identificable?

– Correcto, Ivan. Aprendes rápido. El abuelo se habría sentido... sorprendido.

Lord Dono parecía pensativo, mientras se acariciaba suavemente la barba. Su sonrisita le daba escalofríos a Ivan.

– Byerly – Miles miró al otro Vorrutyer, que mordisqueaba un canapé y estaba adormilado o escuchando, dependiendo de qué significaran aquellos ojos entreabiertos –. ¿Has oído algo que debamos saber del grupo de Richars o Vormoncrief?

– Hasta ahora, parecen haberse limitado a la solicitud de votos habitual. Creo que aún no se han dado cuenta de que los están alcanzando.

René Vorbretten miró a By, dubitativo.

– ¿De veras? No según mi escrutinio. Y cuando se den cuenta, si lo hacen... y apuesto a que Boriz Vormoncrief se dará cuenta tarde o temprano, ¿cómo crees que reaccionarán?

By alzó una mano y la agitó de un lado a otro en un gesto pendular.

– El conde Vormoncrief es perro viejo. Pase lo que pase, vivirá para votar otro día. Y otro, y otro. No es indiferente al destino de Sigur, pero no creo que cruce el límite por él. Richars... bueno, este voto es interesante para Richars también, ¿no? Empezó furioso por verse obligado a defenderse. Richars es un polvorín que puede estallar – esta imagen no parecía preocupar a By; de hecho, por lo visto le proporcionaba cierta satisfacción íntima

– Bien, manténnos informados si cambia algo en ese frente – dijo Miles.

Byerly hizo un saludito, colocándose la mano sobre el corazón.

– Vivo para servir.

Miles dirigió a By una mirada penetrante; Ivan se preguntó si aquella sardónica mención de la vieja frase de SegImp encajaba demasiado bien con alguien que había derramado tanta sangre y perdido tantos huesos al servicio del Imperio. Se estremeció previendo la respuesta de Miles si éste decidía censurar a By por su gracia, pero para alivio de Ivan, Miles lo dejó pasar. Después de unos cuantos minutos más nombrando condes y objetivos, la reunión se disolvió.

Ekaterin esperaba en la acera, con Nikki de la mano, mientras el tío Vorthys despedía a su esposa y su chófer cargaba las maletas en la trasera del vehículo de tierra. Después de la inminente reunión, el tío Vorthys iba a ir directamente al espaciopuerto y de ahí a Komarr en correo imperial, para encargarse de *unos cuantos asuntos técnicos*, como le había dicho a Ekaterin. El viaje era la culminación, suponía ella, de las largas horas que había pasado últimamente encerrado en el Instituto Imperial de Ciencias; en cualquier caso, no pareció tomar a la profesora por sorpresa.

Ekaterin reflexionó sobre Miles y su peculiar sentido de la información. Había estado a punto de desmayarse la noche anterior cuando el tío Vorthys hizo que Nikki y ella se sentaran y les dijo quién era el «hombre de autoridad» de Miles, el tipo que creía que podría comprender a Nikki porque también él había perdido a su padre joven. El emperador Gregor no tenía aún cinco años cuando el gallardo príncipe Serg voló en pedazos en la órbita de Escobar durante la retirada de aquella malhadada aventura militar. En el fondo, se alegraba de que nadie se lo hubiera dicho hasta que la audiencia fue confirmada, o se habría sumido en un estado de nervios aún peor. Era incómodamente consciente de que la mano con la que sujetaba a Nikki estaba un poco demasiado húmeda, un poco demasiado fría. Él debía aprender de los adultos; ella tenía que parecer tranquila, por su bien.

Todos se acomodaron por fin en el compartimento trasero, se despidieron de la profesora y se pusieron en marcha. Ekaterin decidió que estaba aprendiendo educación. La primera vez que viajó en el coche de cortesía que el Imperio le proporcionaba a su tío, no supo interpretar su suave manejo como una pista de su grado de blindaje, ni al atento conductor como miembro de SegImp hasta los huesos. A pesar de todos los intentos de su tío por no caer en los hábitos de los Altos Vor, se movía en los mismos círculos que habitaba Miles con igual facilidad: Miles porque había vivido allí toda su vida, su tío porque su formación de ingeniero le ayudaba a medir a los hombres por otros criterios.

El tío Vorthys sonrió amorosamente a Nikki y le dio una palmadita en la mano.

– No estés tan asustado, Nikki – tronó tan tranquilo –. Gregor es un buen tipo. Te encontrarás a gusto, y él contigo.

Nikki asintió, vacilante. Era su traje negro lo que le hacía parecer tan pálido, se dijo Ekaterin. Su único traje bueno; se lo había puesto por última vez en el funeral de su padre, una desagradable ironía que Ekaterin decidió ignorar. Ella decidió no ponerse el vestido del funeral, al menos. Su traje diario negro y gris estaba un poco gastado, pero tendría que valer. Al menos estaba limpio y planchado. Tenía el pelo recogido con ordenada severidad, trenzado en un rodete sobre la

nuca. Tocó el bultito del pequeño colgante de Barrayar, oculto bajo la blusa negra de cuello alto, para tranquilizarse en secreto.

– No parezcas asustada tú tampoco – le dijo el tío Vorthys.

Ella sonrió débilmente.

El trayecto desde el distrito universitario hasta la Residencia Imperial fue breve. Los guardias comprobaron su identidad y les franquearon el paso por las altas verjas de hierro. La Residencia era un enorme edificio de piedra de varias veces el tamaño de la mansión Vorkosigan, de tres pisos de altura y construido, a lo largo de un par de siglos y con cambios radicales de estilo arquitectónico, en forma de cuadrado hueco algo irregular. Se dirigieron hacia un pórtico secundario, al este.

Una especie de alto servidor de la casa, con la librea Vorbarra, los recibió y los guió por dos larguísimos y resonantes pasillos hasta el ala norte. Nikki y Ekaterin se quedaron mirando a su alrededor. Nikki abiertamente, Ekaterin con disimulo. El tío Vorthys parecía indiferente a la decoración, digna de un museo; había recorrido aquel pasillo docenas de veces para entregar sus informes profesionales al gobernador de tres mundos. Miles había vivido en aquel lugar hasta que cumplió los seis años, según había dicho. ¿Se había sentido oprimido por el sombrío peso de la historia, o lo había considerado todo su terreno de juegos personal? *Adivina*.

El hombre de la libra los condujo a un hermoso despacho que tenía aproximadamente el tamaño de una planta de la casa del profesor. Al fondo, una figura semifamiliar estaba encorvada ante una enorme comconsola, cruzada de brazos. El emperador Gregor Vorbarra era grave, esbelto, moreno, guapo, aunque de rostro afilado, algo cerebral. El holoivid no le hacía justicia, decidió Ekaterin al instante. Iba vestido de azul oscuro, apenas con un adorno militar en la pared externa de las perneras y en el cuello de la túnica. Miles estaba junto a él, vestido de impecable gris, aunque parecía un poco menos impecable con los pies abiertos y las manos metidas en los bolsillos de los pantalones. Se interrumpió a media frase: sus ojos se alzaron ansiosos hacia el rostro de Ekaterin mientras ella entraba, y sus labios se entreabrieron. Dirigió a su compañero Auditor un breve gesto.

El profesor no necesitó la indicación.

– Señor, permítame que le presente a mi sobrina, la señora Ekaterin Vorsoisson, y su hijo, Nikolai Vorsoisson.

Ekaterin se libró de un embarazoso intento de cortesía cuando Gregor dio un paso al frente, le tomó la mano y se la estrechó con firmeza, como si fuera una de los iguales entre los que era el primero.

– Señora, es un honor.

Se volvió hacia Nikki y le estrechó también la mano.

– Bienvenido, Nikki. Lamento que nuestra primera reunión esté ocasionada por un asunto

tan difícil, pero confío en que habrá otros momentos más felices – su tono no era estirado ni condescendiente, sino perfectamente natural. Nikki consiguió devolverle el apretón como un adulto y sólo se quedó un poco boquiabierto.

Ekaterin había visto a unos cuantos hombres poderosos antes; casi todos la habían ignorado, o la habían mirado con esa vaga apreciación estética que ella había dirigido a los adornos del pasillo. Gregor la miró directamente a los ojos como si viera hasta el fondo de su cráneo. Fue a la vez irritantemente incómodo y extrañamente tranquilizador. Les indicó un conjunto de sofás y sillones tapizados de cuero al fondo de la habitación y dijo amablemente:

– ¿No quieren sentarse?

Las altas ventanas daban a un jardín de espectaculares terrazas escalonadas, de plantas veraniegas. Ekaterin se sentó de espaldas a él, con Nikki a su lado: la fría luz del norte cayó sobre el rostro de su imperial anfitrión cuando ocupó un sillón frente a ellos. El tío Vorthys se sentó en medio; Miles acercó una silla y se sentó un poco separado de todos. Parecía tranquilo, cruzado de brazos. Ella no estaba segura de si podía considerarlo tenso y nervioso y triste. Y enmascarado. Una máscara de vidrio...

Gregor se inclinó hacia delante.

– Lord Vorkosigan me ha pedido que me reúna contigo, Nikki, a causa de los desagradables rumores que corren acerca de la muerte de tu padre. Dadas las circunstancias, tu madre y tu tío-abuelo consideraron que era necesario.

– Lo cierto es que yo no habría traído hasta aquí al pobre si no fuera por esos idiotas – intervino el tío Vorthys.

Gregor asintió, divertido.

– Antes de empezar, unas... palabras de advertencia. Puede que no seas consciente de ello, Nikki, pero en la casa de tu tío has estado viviendo bajo cierta vigilancia. A petición suya, es lo más limitada y discreta posible. Sólo ha pasado ha niveles más altos y más visibles dos veces en los tres últimos años, durante algunos casos suyos inusualmente difíciles.

– La tía Vorthys nos enseñó los receptores de vid del exterior – comentó Nikki.

– Eso es sólo una parte – dijo el tío Vorthys.

La parte menor, según el concienzudo informe que un amable oficial de SegImp de paisano le dio a Ekaterin al día siguiente de que Nikki y ella se mudaran.

– Todas las comconsolas están también controladas o aseguradas – continuó Gregor –. Sus vehículos están vigilados. Cualquier intruso no autorizado provocaría la respuesta de SegImp en menos de dos minutos.

Los ojos de Nikki se abrieron de par en par.

– Me pregunto cómo entró Vormoncrief – no pudo dejar de murmurar Ekaterin.

Gregor sonrió a modo de disculpa.

– Su tío Vorthys prefiere que SegImp no sacuda de arriba abajo a todos sus visitantes ocasionales. Y Vormoncrief estaba en la lista de conocidos debido a sus visitas anteriores – miró de nuevo a Nikki –. Pero si continuamos esta conversación hoy, cruzarás por fuerza una línea invisible, de un nivel inferior de vigilancia a otro bastante más alto. Mientras vivas en la casa de tu tío, o si... alguna vez vas a vivir a la casa de lord Vorkosigan, no notarás la diferencia. Pero cualquier viaje largo por Barrayar tendrá que ser autorizado por un oficial de seguridad, y tus posibles viajes fuera del planeta serán restringidos. La lista de colegios a los que puedas asistir será de repente más corta, más exclusiva y, lo siento, más cara. El lado positivo es que no tendrás que preocuparte por encontrarte con criminales casuales. El lado negativo – dirigió un gesto con la cabeza a Ekaterin –: los *hipotéticos* secuestradores que consiguieran salirse con la suya tendrían que ser muy profesionales y extremadamente peligrosos.

Ekaterin contuvo la respiración.

– Miles no mencionó esa parte.

– Me atrevo a decir que Miles ni siquiera lo pensó. Ha vivido sometido a ese tipo de medidas de seguridad toda la vida. ¿Piensa un pez en el agua?

Ekaterin miró a Miles. Él tenía una expresión muy extraña, como si acabara de rebotar en una pared cuya existencia ignorara.

– Viajar fuera del planeta. – Nikki captó el único asunto en esta intimidadora lista que le parecía importante –. Pero... yo quiero ser piloto de salto.

– Para cuando seas lo bastante mayor como para estudiar para piloto de salto, espero que la situación haya cambiado – dijo Gregor –. Esto se aplica principalmente a los próximos años. ¿Sigues queriendo continuar?

No se lo preguntaba a Ekaterin. Se lo preguntaba a Nikki. Ella contuvo la respiración, resistiendo la urgencia de instarle a hacerlo.

Nikki se lamió los labios.

– Sí – dijo –. Quiero saberlo.

– Segunda advertencia – dijo Gregor –. No saldrás de aquí con menos preguntas de las que tienes ahora. Cambiarás unas por otras. Todo lo que yo te diga será verdad, pero no será completo. Y cuando llegue al final, te encontrarás en el límite absoluto de lo que puedes conocer ahora, tanto por tu propia seguridad como por la del Imperio. ¿Sigues queriendo continuar?

Nikki asintió, aturdido. Estaba transfigurado por la intensa presencia de aquel hombre. Igual que Ekaterin.

– Tercera y última. Nuestros deberes Vor recaen sobre nosotros a veces a edad demasiado temprana. Lo que voy a decirte impondrá una carga de silencio que a un adulto le resultaría difícil

de soportar – miró a Miles y Ekaterin, y al tío Vorthys –. Aunque tendrás a tu madre y a tus tíos para compartirla. Pero por ser la primera vez, tendrás que dar tu palabra. ¿Puedes hacerlo?

– Sí – susurró Nikki.

– Dilo.

– Juro por mi palabra como Vorsoisson... – Nikki vaciló, escrutando ansiosamente el rostro de Gregor.

– Mantener la confidencialidad de esta conversación.

– Mantener la confidencialidad de esta conversación.

– Muy bien. – Gregor se echó hacia atrás, aparentemente satisfecho –. Voy a explicarlo de la manera más sencilla posible. Cuando lord Vorkosigan salió con tu padre esa noche, con destino a la estación experimental, ambos sorprendieron a unos ladrones. Y viceversa. Tanto tu padre como lord Vorkosigan fueron alcanzados por unos aturdidores. Los ladrones huyeron, dejando a ambos encadenados por las muñecas a una barandilla en el exterior de la estación. Ninguno de ellos fue lo bastante fuerte para romper las cadenas, aunque los dos lo intentaron.

Nikki miró a Miles, que tenía la mitad del tamaño de Tien, poco más grande que el propio Nikki. A Ekaterin le pareció ver las ruedas girando en su cabeza. Si su padre, mucho más grande y fuerte, no había podido liberarse, ¿podía echarse la culpa a Miles por fracasar igualmente?

– Los ladrones no pretendían que tu padre muriese. No sabían que las reservas de su mascarilla de oxígeno eran bajas. Nadie lo sabía. Eso fue confirmado más tarde por un interrogatorio con pentarrápida. El nombre técnico de este tipo de muerte accidental no es asesinato, sino homicidio, por cierto.

Nikki estaba pálido, pero no al borde de las lágrimas todavía.

– ¿Y lord Vorkosigan... no pudo compartir su mascarilla porque estaba atado?

– Estábamos a un metro de distancia – dijo Miles con voz átona –. Ninguno de los dos podía alcanzar al otro.

Extendió las manos para indicar la distancia. Con el movimiento, sus mangas dejaron al descubierto sus muñecas; las cicatrices rosadas donde las cadenas habían cortado hasta el hueso también quedaron a la vista. Ekaterin se preguntó si Nikki se daba cuenta de que había estado a punto de arrancarse las manos en el intento. Casi sin darse cuenta, Miles puso las mangas en su sitio y se metió las manos en los bolsillo.

– Ahora la parte difícil – dijo Gregor, mirando a Nikki a los ojos. A Nikki tenía que parecerle que eran las dos únicas personas del universo.

¿Va a continuar? No... no, para ahí... Ella no estaba segura de que la aprensión se notara en su cara, pero Gregor asintió, comprensivo.

– Ésta es la parte que tu madre no te diría nunca. El motivo de que tu padre condujera a lord

Vorkosigan a la estación fue porque se había dejado sobornar por los ladrones. Pero había cambiado de opinión y quería que lord Vorkosigan lo declarara Testigo Imperial. Los ladrones se enfurecieron por su traición. Lo encadenaron a la barandilla de esa forma cruel para castigar su intento de recuperar su honor. Dejaron un disco de datos con documentación de su implicación para que sus rescatadores lo encontraran, para asegurarse de que cayera en desgracia, y luego llamaron a tu madre para que fuera a recogerlo. Pero... al no saber que sus reservas de oxígeno eran bajas, la llamaron demasiado tarde.

Ahora Nikki parecía aturdido y pequeño. *Oh, pobre hijo mío. Yo no habría manchado el honor de Tien a tus ojos; sin duda en tus ojos es donde se guarda todo tu honor...*

– Debido a hechos posteriores de los ladrones que nadie puede discutir contigo, todo esto es un secreto de Estado. Por lo que el resto del mundo sabe, tu padre y lord Vorkosigan salieron solos, no se encontraron con nadie, se separaron mientras caminaban en la oscuridad y lord Vorkosigan encontró a tu padre demasiado tarde. Si alguien piensa que lord Vorkosigan tuvo algo que ver con la muerte de tu padre, no vamos a discutirlo. Puedes decir que no es cierto y que no quieres discutir del tema. Pero no te dejes meter en disputas.

– Pero... – dijo Nikki –, ¡pero eso no es justo!

– Es duro – dijo Gregor –, pero necesario. La justicia no tiene nada que ver. Para ahorrarte la parte más dura, tu madre, tu tío y lord Vorkosigan te contaron la tapadera, y no la historia real. No puedo decir que hicieran mal.

Miles y él se miraron firmemente a los ojos; la cejas de Miles se alzaron en una expresión interrogante, a lo cual Gregor respondió con un ligero gesto irónico. Los labios del Emperador formaron algo que no era del todo una sonrisa.

– Todos los ladrones están bajo custodia imperial, en una prisión de máxima seguridad. Ninguno de ellos saldrá pronto. Toda la justicia que podía hacerse se ha hecho; no queda nada por terminar allí. Si tu padre hubiera vivido, ahora estaría también en la cárcel. La muerte zanja todas las deudas de honor. A mis ojos, ha redimido su crimen y su nombre. No puede hacer más.

Fue mucho, muchísimo más duro que nada que Ekaterin hubiera imaginado, que Gregor o ninguno se hubiera atrevido a imaginar. El tío Vorthys parecía sombrío, e incluso Miles parecía molesto.

No: *ésta* era la versión suavizada. Tien no había intentado recuperar su honor; simplemente se había enterado de que habían descubierto su delito y trataba de evitar las consecuencias. Pero si Nikki se pusiera a gritar *¡No me importa nada el honor! ¡Quiero recuperar a mi padre!*, ¿podría ella decir que hacía mal? Imaginó que un poco de ese grito aleteaba en sus ojos.

Nikki miró a Miles.

– ¿Cuáles fueron sus dos errores?

Él repuso al instante, con un esfuerzo que Ekaterin no podía imaginar.

– Primero, no informé a mi equipo de seguridad cuando salí de la cúpula. Cuando Tien me llevó a la estación los dos esperábamos una confesión en grupo, no una confrontación hostil. Entonces, cuando sorprendimos a los ladrones, fui un segundo demasiado lento a la hora de desenfundar mi aturridor. Un retraso de un segundo. Los grandes pesares son los más pequeños.

– Quiero ver sus muñecas.

Miles retiró los puños de su camisa y tendió las manos, palma abajo y palma arriba, para que Nikki pudiera inspeccionarlas de cerca.

Nikki frunció el entrecejo.

– ¿También su mascarilla se estaba quedando sin aire?

– No. La mía estaba bien. La comprobé cuando me la puse.

Todos esperaron. Al cabo de un minuto, Gregor preguntó amablemente:

– ¿Tienes alguna pregunta más en este momento?

Silencioso, Nikki negó con la cabeza.

Con expresión pensativa, Gregor miró su crono y se levantó, haciendo un gesto con la mano que impidió que todos se pusieran en pie. Se acercó a su mesa, rebuscó en un cajón y regresó a su asiento. Extendió la mano sobre la mesa y le entregó a Nikki una tarjeta de código.

– Toma, Nikki. Es para que la guardes. No la pierdas.

La tarjeta no tenía marcas de ningún tipo. Nikki le dio la vuelta, curioso, y miró a Gregor.

– Esta tarjeta te pondrá en contacto con mi canal de comconsola personal. Muy pocos amigos y parientes tienen este acceso. Cuando la pongas en la ranura lectora de tu comconsola, aparecerá un hombre y te identificará y, si estoy disponible, me pasará contigo a través de la comconsola más cercana. No tienes que decirle nada. Si se te ocurre alguna pregunta más luego (como es posible que suceda, porque te he dado mucha información para que la asimiles en tan poco tiempo), o si, simplemente, necesitas hablar sobre el asunto, puedes usarla para llamarme.

– Oh – dijo Nikki. Torpemente, después de darle la vuelta una vez más, se la metió en el bolsillo de su túnica.

Una leve relajación en la postura de Gregor y del tío Vorthys, y Ekaterin llegó a la conclusión de que la audiencia había terminado. Ella se dispuso a levantarse cuando le dieran la indicación, pero entonces Miles levantó una mano... ¿es que siempre tenía la última palabra?

– Gregor... aunque aprecio tu gesto de confianza al rechazar mi dimisión...

Tío Vorthys alzó las cejas.

– ¡No habrás ofrecido tu dimisión como Auditor por esta miserable patraña, Miles!

Miles se encogió de hombros.

– Pensé que lo tradicional era que un Auditor Imperial no sólo fuera honrado, sino que lo

pareciera. La autoridad moral y todo eso.

– No siempre – dijo Gregor suavemente –. Heredé un par de malditos sinvergonzones de mi abuelo Ezar. Y a pesar de que lo llamaban Dorca *el Justo*, creo que el principal criterio de mi bisabuelo para nombrar a sus Auditores fue su habilidad para aterrorizar convincentemente a un puñado de vasallos bien duros. ¿Puedes imaginar el valor que tendría que tener una de las Voces de Dorca para, digamos, enfrentarse al conde Pierre *Le Sanguinaire*?

Miles sonrió al imaginarlo.

– Dado el entusiasta fervor con que mi abuelo recordaba al viejo Pierre... no quiero ni imaginarlo.

– Si la confianza pública en tu voto como Auditor es tan mala, mis condes y ministros tendrán que acusarte ellos mismos. Sin mi ayuda.

– Es improbable – gruñó el tío Vorthys –. Es un asunto feo, muchacho, pero dudo que eso llegue a pasar.

Miles no estaba tan seguro.

– Ya has dado todos los pasos adecuados – dijo Gregor –. Déjalo, Miles.

Miles asintió aliviado, aunque a Ekaterin le pareció algo reacio.

– Gracias, señor. Pero quería añadir que también estaba pensando en las implicaciones personales, que van a empeorar antes de que esto acabe. ¿Estás seguro de que me quieres de pie en el círculo de tu boda, mientras este clamor persiste?

Gregor le dirigió una mirada directa, aunque levemente dolida.

– No escaparás tan fácilmente a tus deberes sociales. Si la generala Alys no solicita que te retire, allí estarás.

– ¡No estaba intentando escapar... de nada! – se interrumpió, al ver la sombría diversión de Gregor.

– Delegar, en mi trabajo, es algo maravilloso. Puedes hacer saber a todo el que ponga objeciones a que mi hermanastro esté en mi círculo de boda, que presente sus quejas a lady Alys y sugiera lo cambios de último minuto en sus disposiciones... si se atreve.

Miles no pudo apartar de sus labios la sonrisa maliciosa, aunque lo intentó valientemente. Bastante valientemente. Casi.

– Pagaría por verlo – su sonrisa volvió a desaparecer –. Pero este asunto continuará apareciendo mientras...

– Miles – Gregor alzó una mano para interrumpirlo. Sus ojos estaban iluminados por algo a caballo entre la diversión y la exasperación –. Tienes en casa, posiblemente, la mayor fuente viviente de experiencia política barryaresa del siglo. Tu padre ha tratado con peleas de partidos más feas que ésta, con y sin armas, desde antes de que tú nacieras. Ve y cuéntale tus problemas.

Dile que yo te he dicho que te dé ese sermón sobre el honor contra la reputación que me dio la última vez. De hecho... dile que lo solicito y exijo.

Un gesto de la mano y se levantó de su sillón, poniendo un enfático final al tema. Todos se pusieron en pie.

– Lord Auditor Vorthys, unas palabras antes de que te marches. Señora Vorsoisson... – tomó de nuevo la mano de Ekaterin –, ya hablaremos otra vez cuando vaya menos apurado de tiempo. Las prioridades de seguridad han impedido el reconocimiento público, pero espero que sea usted consciente de que el Imperio tiene una deuda personal de honor con usted, a la que puede recurrir cuando lo necesite y cuando quiera.

Ekaterin parpadeó, y estuvo a punto de protestar. ¿Seguro que era por Miles por lo que había hecho un hueco en el calendario? Pero ésa era la única referencia a los otros acontecimientos de Komarr que se atrevían a hacer delante de Nikki. Consiguió asentir y murmurar las gracias por el tiempo y la atención imperial concedida. Nikki, imitándola, hizo lo mismo.

El tío Vorthys se despidió de Nikki y de ella, y se quedó para hablar con su señor antes de tomar la nave. Miles los escoltó al pasillo, donde le dijo al hombre de librea que esperaba:

– Yo los acompañaré, Gerard. Manda traer el coche de la señora Vorsoisson, por favor.

Empezaron a caminar por el edificio. Ekaterin miró por encima del hombro el despacho privado del Emperador.

– Eso ha sido... eso ha sido más de lo que esperaba – miró a Nikki, que caminaba entre ellos. Tenía la expresión fija, pero no apurada –. Más fuerte.

Más duro.

– Sí – dijo Miles –. Ten cuidado con lo que pides... Hay motivos especiales por los que confío en la capacidad de juicio de Gregor más que en la de nadie. Pero... creo que tal vez no soy el único pez que no piensa en el agua. Gregor tiene que soportar por rutina presiones diarias que a mí, bueno, me volverían loco, o completamente irritable. A cambio, nos sobrevalora a todos, y nosotros... nos esforzamos por no decepcionarlo.

– Me ha dicho la verdad – dijo Nikki. Continuó caminando en silencio un instante más –. Me alegro.

Ekaterin guardó silencio, satisfecha.

Miles encontró a su padre en la biblioteca.

El conde Vorkosigan estaba sentado en uno de los sofás que flanqueaban la chimenea, con un lector en la mano. Por su atuendo semiformal, una túnica verde oscuro y pantalones que recordaban los uniformes que había usado durante casi toda su vida. Miles dedujo que iba a salir pronto, sin duda para asistir a una de las muchas comidas oficiales que los Virreyes parecían

obligados a tragarse antes de la boda de Gregor. Recordó la intimidatoria lista de compromisos que lady Alys le había adjudicado y, que empezaría pronto. Ahora era muy dudoso que se atreviera a tratar de mitigar sus rigores sociales y culinarios haciendo que Ekaterin lo acompañara.

Miles se sentó en el sofá frente a su padre; el conde alzó la cabeza y lo miró con cauteloso interés.

– Hola. Pareces un poco cansado.

– Sí. Acabo de volver de una de las entrevistas más difíciles de mi carrera auditorial. – Miles se frotó la nuca, todavía dolorosamente tenso. El conde alzó amablemente las cejas –. Le pedí a Gregor que informara a Nikki Vorsoisson de todo este lío de las calumnias hasta el límite que juzgara aconsejable. Puso el límite mucho más lejos de lo que habríamos hecho Ekaterin o yo.

El conde se acomodó y soltó su lector.

– ¿Piensas que comprometió la seguridad?

– En realidad no – admitió Miles –. Cualquier enemigo que capturara a Nikki para interrogarlo sabría más de lo que él sabe. Podrían vaciarlo con diez minutos de pentarrápida sin causar ningún daño. Tal vez incluso lo devolvieran. O no... No constituye un riesgo mayor para la seguridad que antes. Y no hay más riesgo ni menos de que lo usen para presionar a Ekaterin (o a mí). La verdadera conspiración fue controlada férreamente. Ése no es el problema.

– ¿Y el problema es...?

Miles apoyó los codos en las rodillas y miró su reflejo distorsionado en las punteras de sus botas.

– Pensé que, a causa del príncipe Serg, Gregor sabría cómo podría comprender alguien que su padre fue un criminal. Si puedes llamar así al príncipe Serg, por sus vicios secretos.

– Sí que puedo – susurró el conde –. Criminal, y medio loco en el momento de su muerte.

El entonces almirante Vorkosigan había sido testigo de la desastrosa invasión escobariana a los más altos niveles, reflexionó Miles. Se enderezó; su padre lo miró a la cara y sonrió sobriamente.

– El disparo fortuito de esa nave escobariana fue lo más afortunado que le haya pasado jamás a Barrayar. Sin embargo, en retrospectiva, me temo que tratamos bastante mal a Gregor en ese aspecto. ¿He de suponer que él lo hizo mejor?

– Creo que trató a Nikki... bien. En cualquier caso, Nikki no experimentará esa especie de sorpresa tardía hacia su mundo. Naturalmente, comparado con Serg, Tien no era más que tonto y venal. Pero fue duro verlo. Ningún niño de nueve años debería tener que afrontar algo tan vil, tan cerca del corazón. ¿Qué será de él?

– Acabará por cumplir diez años – dijo el conde –. Uno hace lo que tiene que hacer. Creces o perezas. Es de esperar que crezca.

Miles tamborileó con los dedos sobre el brazo tapizado del sofá.

– La sutileza de Gregor todavía me asombra. Al admitir el pecado de Tien, metió a Nikki en nuestro grupo. Ahora Nikki tiene también un interés velado en mantener la tapadera, para proteger la reputación de su difunto padre. Extraño. Y eso es lo que me trae a verte, por cierto. Gregor pide... solicita y exige, nada menos, que me des ese sermón que le diste sobre el honor contra la reputación. Debe de haber sido memorable.

El conde frunció el entrecejo.

– ¿Sermón? Oh. Sí – sonrió brevemente –. Así que lo recuerda, bien. Uno se pregunta a veces, con los jóvenes, si algo de lo que les dices llega a calar, o si estás lanzando tus palabras al viento.

Miles se agitó incómodo, preguntándose sin esa última observación iba dirigida también a él. Vale, *cuánto* de esa última observación.

– ¿Mm? – lo instó.

– Yo no lo habría llamado sermón. Sólo una distinción útil, para clarificar ideas. – Abrió la mano, la palma hacia arriba, en un gesto de equilibrio –. La reputación es lo que los demás saben de ti. El honor es lo que tú sabes de ti mismo.

– Mm.

– La fricción tiende a aumentar cuando las dos cosas no son iguales. En el asunto de la muerte de Vorsoisson, ¿cómo te consideras?

¿Cómo consigue llegar al centro con un solo tajo como ése?

– No estoy seguro. ¿Cuentan los pensamientos impuros?

– No – dijo el conde firmemente –. Sólo los actos de voluntad.

– ¿Qué hay de los actos de ineptitud?

– Una zona gris, y no me digas que no has vivido en esa penumbra antes.

– La mayor parte de mi vida. No es que no haya saltado a la cegadora luz de la competencia de vez en cuando. Es mantener la altitud lo que me derrota.

El conde alzó las cejas y sonrió con picardía, pero se abstuvo de mostrar su acuerdo.

– Bien. Entonces me parece que tus problemas inmediatos se encuentran en el reino de la reputación.

Miles suspiró.

– Siento como si me hubieran roído las ratas. Pequeñas ratas corrosivas, moviéndose demasiado rápido para que yo pueda volverme y golpearlas en la cabeza.

El conde se estudió las uñas.

– Podría ser peor. No hay ninguna sensación más hueca que quedarte con tu honor hecho añicos a tus pies mientras la opinión pública te recompensa. Eso sí que destruye el alma. Lo

contrario es, simplemente, muy muy irritante.

– Mucho – dijo Miles amargamente.

– Ja. Bien. ¿Puedo ofrecerte alguna reflexión que te sirva de consuelo?

– Por favor.

– Primero, esto también pasará. A pesar de los indudables encantos del sexo, el asesinato, la conspiración, y más sexo, la gente acabará por aburrirse de la historia, y algún que otro tipo cometerá un grave error público y la atención general pasará al nuevo juego.

– ¿Qué sexo? – murmuró Miles, exasperado –. No ha habido sexo ninguno. Maldición. O esto merecería mucho más la pena. ¡Ni siquiera la he *besado* todavía!

El conde hizo una mueca.

– Mis condolencias. En segundo lugar, dada la naturaleza de esta acusación, no se presentará contra ti ningún otro cargo menos excitante y que exacerbe menos la sensibilidad de la gente en el futuro. En el futuro cercano, al menos.

– Oh, magnífico. ¿Significa eso que soy libre para provocar tumultos ahora, mientras no sea un asesinato premeditado?

– Te sorprendería. – Un poco de tristeza acudió a los ojos del conde, aunque Miles no pudo imaginar por qué recuerdo, pero luego sus labios volvieron a sonreír –. Tercero, no se pueden controlar los pensamientos... o yo ya lo habría hecho. Tratar de dar forma o responder a lo que cada idiota de la calle piensa, basándonos en la poca lógica y en aún menos información, sólo serviría para volverte loco.

– Las opiniones de algunas personas importan.

– Sí, a veces. ¿Has determinado cuales?

– La de Ekaterin. La de Nikki. La de Gregor. – Miles vaciló –. Eso es todo.

– ¿Qué, tus pobrecitos padres no están en esa lista?

– Lamentaría perder tu buena opinión – dijo Miles lentamente –. Pero en este caso, no sois los que... no estoy seguro de cómo expresarlo. Usando la terminología de mamá... no se ha pecado contra vosotros. Así que vuestro perdón no cuenta.

– Mm – dijo el conde, frotándose los labios y mirando a Miles con fría aprobación –. Interesante. Bien. Si te sirve de consuelo, yo diría que en este lugar – indicó agitando el dedo Vorbarr Sultana y, por extensión, toda Barrayar – adquirir fama de persona sibilina y peligrosa, que mata sin remordimientos para conseguir sus fines y proteger sus cosas, no es tan malo. De hecho, puede que te sea útil.

– ¡Útil! ¿Entonces te ha resultado beneficioso el nombre de *Carnicero de Komarr*? – dijo Miles indignado.

Los ojos de su padre se entornaron, en parte por diversión, en parte por aprecio.

– Me ha parecido una... maldición mixta. Pero sí, he usado el peso de esa reputación, de vez en cuando, para influir en algunos hombres susceptibles. Por qué no, pagué por ello. Simon dice que ha experimentado el mismo fenómeno. Después de heredar SegImp de Negri *el Grande*, todo lo que tuvo que hacer para enervar a sus oponentes fue quedarse allí plantado y mantener cerrada la boca.

– He trabajado con Simon. Sí que era enervante. Y no sólo por su chip de memoria, o por el recuerdo del fantasma de Negri. – Miles sacudió la cabeza. Sólo su padre podía, con total sinceridad, considerar a Simon Illyan un subordinado normal y corriente –. De todas formas, la gente puede haber considerado a Simon siniestro, pero nunca corrupto. No habría dado la mitad de miedo si hubiera podido proyectar convincentemente esa implacable indiferencia hacia, bueno, cualquier apetito humano.

Hizo una pausa, reflexionando sobre el estilo de su antiguo comandante y mentor.

– Pero maldición, si... si mis enemigos consideran que poseo el más mínimo sentido de la moral, ¡que al menos me consideren competente en mis vicios! Si fuera asesinar a alguien, habría hecho un trabajo mucho mejor, no este horrible lío. ¡Nadie habría imaginado siquiera que se había cometido un asesinato, ja!

– Te creo – le tranquilizó el conde. Ladeó la cabeza, súbitamente curioso –. Ah... ¿lo has hecho alguna vez?

Miles se hundió en el sofá y se rascó la mejilla.

– Hubo una misión para Illyan... No quiero hablar del asunto. Fue un trabajo difícil y desagradable, pero lo conseguimos – sus ojos se clavaron en la alfombra.

– ¿De verdad? Le pedí que no te usara para cometer asesinatos.

– ¿Por qué? ¿Temías que adquiriera malas costumbres? Además, fue mucho más complicado que un simple asesinato.

– Generalmente lo es.

La mirada de Miles estuvo perdida un segundo.

– Lo que me estás diciendo se reduce a lo mismo que dijo Galeni. Tengo que quedarme aquí plantado, chuparme ésta, y sonreír.

– No – dijo su padre –, no tienes que sonreír. Pero si de verdad me pides consejo, te digo que protejas tu honor. Deja que tu reputación caiga donde quiera. Y vive más que esos bastardos.

La mirada de Miles se alzó hacia la cara de su padre. Nunca lo había conocido sin el pelo gris: ahora era casi blanco.

– Sé que has tenido tus más y tus menos a lo largo de los años. La primera vez que tu reputación corrió un serio peligro... ¿cómo lo superaste?

– Oh, la primera vez... eso fue hace mucho tiempo. – El conde se inclinó hacia delante y se golpeó pensativo los labios con la uña –. De repente se me ocurre que entre los observadores de

cierta edad (los pocos supervivientes de esa generación), el tenue recuerdo de ese episodio puede que no ayude a nuestra causa. ¿De tal palo tal astilla? – el conde miró a su hijo, preocupado –. Ésa sí que es una consecuencia que nunca podría haber previsto. Verás... después del suicidio de mi primera esposa, se rumoreó que yo la había asesinado. Por infidelidad.

Miles parpadeó. Había oído algún comentario aislado de aquella vieja historia, pero no ese último detalle.

– Y, um... ¿lo era? ¿Infiel?

– Oh, sí. Tuvimos un grotesco enfrentamiento al respecto. Yo estaba dolido, confuso... cosa que se convirtió en una especie de embarazosa furia, y además estaba severamente lastrado por mi condicionamiento cultural. Un momento en mi vida en que me habría venido bien una terapeuta betana, en vez de los malos consejos barrayareses que recibimos de... no importa. No sabía... no podía imaginar que esas alternativas existían. Fue una época más oscura, más antigua. Los hombres se batían en duelo, aunque entonces era ya ilegal.

– Pero tú... um, realmente no...

– ¿La asesinó? No. O sólo con palabras. – Ahora le tocó al conde el turno de apartar la mirada y entornar los ojos –. Aunque nunca estuve seguro al cien por cien de que tu abuelo no lo hiciera. Había acordado el matrimonio; sé que se sentía responsable.

Miles alzó las cejas, mientras reflexionaba sobre aquello.

– Recordando al abuelo, eso parece horriblemente posible. ¿Se lo llegaste a preguntar alguna vez?

– No – suspiró el conde –. ¿Qué habría hecho, después de todo, si me hubiera dicho que sí?

Aral Vorkosigan tenía ¿cuántos, veintidós años en esa época? Hacía más de medio siglo. *Era mucho más joven de lo que yo soy ahora. Demonios, era sólo un chiquillo.* El mundo de Miles pareció empezar a dar vueltas lentamente a su alrededor y adoptar un nuevo eje ladeado, con perspectivas alteradas.

– Entonces ¿cómo sobreviviste?

– Tuve la suerte de los bobos y los locos, creo. Desde luego, era ambas cosas. No me importaba un comino. ¿Vil chismorreó? Demostraría que era mentira, y les daría tema de que hablar. Creo que los aturdí hasta el silencio. Imagina un maníaco suicida con nada que perder, siempre dando vueltas sumergido en una bruma ebria y hostil. Armado. Con el tiempo, me cansé de mí mismo igual que la gente debió cansarse de mí, y salí de aquello.

Aquel muchacho angustiado desapareció ahora, dejando a este anciano grave sentado a la espera de su juicio. Eso explicaba por qué, barrayarés a la antigua usanza como era en parte, su padre nunca había sugerido siquiera un matrimonio acordado como solución a las dificultades románticas de Miles, ni murmuraba la menor crítica respecto a sus pocos romances. Miles alzó la

barbilla y le dirigió a su padre una sonrisa torcida.

– Tu estrategia no me atrae. No me siento nada suicida. Y tengo mucho que perder, todo.

– No te lo estaba recomendando – dijo el conde suavemente –. Más tarde, mucho más tarde... cuando también tenía mucho que perder, conocí a tu madre. Su buena opinión fue lo único que me hizo falta.

– ¿Sí? ¿Y si hubiera sido su buena opinión lo que corría peligro? ¿Cómo lo habrías resuelto entonces?

Ekaterin...

– De mala fe, supongo – el conde sacudió la cabeza y sonrió lentamente –. Así, ah... ¿cuándo se nos va a permitir conocer a esa mujer que tiene sobre ti ese efecto tan vigorizante? A ella y a su Nikki. Tal vez deberías invitarla a cenar pronto.

Miles dio un respingo.

– No... otra cena no. No tan pronto.

– Lo que vi de ella fue frustrantemente fugaz. Lo poco que pude ver era muy atractivo, creo. No demasiado delgada. Se portó bien, al chocar contra mí. – El conde Vorkosigan sonrió al recordarlo. El padre de Miles compartía un arcaico ideal barryarés de belleza femenina que incluía la capacidad de sobrevivir a problemas menores; Miles admitió que era susceptible en ese campo –. Razonablemente atlética, también. Estaba claro que podía correr más que tú. Te sugiero por tanto más halagos, en vez de una persecución directa, la próxima vez.

– Lo he estado intentando – suspiró Miles.

El conde miró a su hijo, medio divertido, medio serio.

– Este desfile de mujeres tuyo resulta muy confuso para tu madre y para mí, ¿sabes? No sabemos si se supone que tenemos crear lazos con ellas, o no.

– ¿*Qué* desfile? – dijo Miles, indignado –. Traje a *una* amiga galáctica. *Una*, no fue culpa mía que las cosas no salieran bien.

– Más la diversas damas extraordinarias que decoraban los informes de Illyan y que no llegaron tan lejos.

Miles notó que biqueaba.

– Pero cómo pudo... Illyan nunca supo... nunca te dijo... no. No me lo digas. No quiero saberlo. Pero juro que la próxima vez que lo vea... – miró al conde, que se reía de él con una cara perfectamente seria –. Supongo que Simon no se acordará. O fingirá que no se acuerda. Es condenadamente conveniente, esa amnesia opcional que ha desarrollado. Además, ya le he mencionado todas las importantes a Ekaterin – añadió –, así que ya está.

– ¿Sí? ¿Estabas confesando o alardeando?

– Despejando las cubiertas. Sinceramente... con ella es la única manera.

– La sinceridad es la única manera con todo el mundo, cuando seas tan íntimo como para vivir dentro de la piel del otro. Bueno... ¿y esta Ekaterin es otra moda pasajera? – el conde vaciló, los ojos chispeando –. ¿O es la persona que amará a mi hijo para siempre y eternamente, mantendrá su casa y posesiones con integridad, estará a su lado en el peligro, la escasez y la muerte, y guiará la mano de mis nietos cuando enciendan la ofrenda de mi funeral?

Miles admitió la habilidad de su padre para soltar parrafadas como ésa. Le recordaba la forma en que una lanzadera de combate dejaba caer bombas incendiarias.

– Podría ser... podría ser la columna B. Todo lo anterior – tragó saliva –. Espero. Si no vuelvo a meter la pata.

– ¿Entonces cuándo vamos a conocerla? – repitió el conde razonablemente.

– Las cosas están todavía muy revueltas. – Miles se puso en pie, advirtiendo que su momento para retirarse con dignidad se escapaba rápidamente –. Te lo haré saber.

Pero el conde no continuó insistiendo. En cambio, miró a su hijo con ojos serios, aunque cálidos.

– Me alegra que la hayas conocido lo bastante mayor para saber lo que quieres.

Miles le dirigió un saludo de analista, un vago gesto de dos dedos en dirección a su frente.

– A mí también, señor.

Ekaterin estaba sentada ante la comconsola de su tía, intentando redactar un resumen que ocultara su falta de experiencia al supervisor de una planta urbana de suministro para los jardines públicos de la ciudad. No iba, maldición, a citar al lord Auditor Vorkosigan como referencia. La tía Vorthys se había marchado a sus clases de la mañana, y Nikki a un paseo con Arthur Pym bajo la supervisión de la hermana mayor de Arthur; cuando el segundo timbrazo de la puerta la distrajo de su tarea; Ekaterin se dio cuenta de que se hallaba sola en casa. ¿Se atreverían unos agentes enemigos dispuestos a secuestrarla a aparecer en su misma puerta? Miles lo sabría. Imaginó a Pym, en la mansión Vorkosigan, informando gélidamente a los intrusos que deberían dar la vuelta y pasar por la entrada de *espías*... que estaría repleta de adecuadas trampas tecnológicas, sin duda. Controlando su paranoia, se levantó y se dirigió a la puerta.

Para su alivio y deleite, en vez de infiltrados cetagandanos, eran su hermano Hugo Vorvayne y un tipo de rasgos agradables a quien reconoció tras parpadear como Vassily Vorsoisson, el primo de Tien. Lo había visto exactamente una vez en su vida, en el funeral de Tien, día en el que se habían reunido el tiempo suficiente para que él le cediera oficialmente la tutela de Nikki. El teniente Vorsoisson ocupaba un puesto como controlador del tráfico aéreo del gran espaciopuerto militar del Distrito Vorbretten; la primera y única vez que lo había visto, iba vestido de uniforme verde tal como refería la formalidad de la ocasión, pero hoy se había puesto ropas de paisano más informales.

– ¡Hugo, Vassily! ¡Qué sorpresa... pasad, pasad!

Les indicó a ambos el saloncito de la profesora. Vassily le dirigió un amable gesto de reconocimiento con la cabeza y rechazó su ofrecimiento de té o café; lo habían tomado en la estación de monorraíl, gracias. Hugo le dio un breve apretón de manos y le sonrió preocupado antes de sentarse. Tenía ya cuarenta y tantos años; la combinación de su trabajo como oficinista en el Ministerio Imperial de Minas y los cuidados de su esposa Rosalie lo estaba haciendo engordar un poquito, aunque en él era algo maravillosamente sólido y tranquilizador. Pero la alarma le secó la garganta a Ekaterin cuando notó la tensión de su rostro.

– ¿Va todo bien?

– *Nosotros* estamos bien – dijo él, haciendo especial énfasis en el pronombre.

Un escalofrío la recorrió.

– ¿Papá...?

– Sí, sí, también está bien – impaciente, hizo un gesto para despejar su ansiedad –. El único miembro de la familia que parece ser una fuente de preocupación en este momento eres tú, Kat.

Ekaterin se lo quedó mirando, sorprendida.

– ¿Yo? Estoy perfectamente. – Se hundió en el gran sillón de su tío. Vassily acercó una de

las sillas de enea y se sentó incómodamente, a horcajadas.

Hugo le transmitió saludos de la familia, Rosalie y Edie y los chicos, y luego miró alrededor y preguntó:

– ¿Están aquí los tíos?

– No, no hay nadie. Pero la tía volverá de sus clases dentro de un rato.

Hugo frunció el ceño.

– Esperaba poder ver al tío Vorthys. ¿Cuándo volverá?

– Oh, ha ido a Komarr. Para solucionar algunos detalles técnicos referidos al desastre del espejo solar, ya sabes. No volverá hasta poco antes de la boda de Gregor.

– ¿La boda de quién? – dijo Vassily.

Agh, Miles se lo había contagiado. Ella no podía llamar a Gregor... al Emperador por ese nombre, no podía.

– La boda del emperador Gregor. Como Auditor Imperial, el tío Vorthys asistirá, naturalmente.

Los labios de Vassily formaron una pequeña «o» de comprensión, *ese* Gregor.

– Supongo que no hay ninguna posibilidad de que podamos acercarnos – suspiró Hugo –. Naturalmente, no me interesan esas cosas, pero Rosalie y sus amigas están como tontas con la boda.

– Después de una breve vacilación, añadió –: ¿Es verdad que la Guardia a Caballo desfilará con todos los uniformes que se han lucido a lo largo de la historia, desde la Era del Aislamiento hasta la época de Ezar?

– Sí – dijo Ekaterin –. Y habrá grandes exhibiciones de fuegos artificiales junto al río todas las noches. – Una leve expresión de envidia asomó a los ojos de Hugo al oír esta noticia.

Vassily se aclaró la garganta y preguntó:

– ¿Está aquí Nikki?

– No... salió con un amigo a ver la regata de barcas de esta mañana en el río. La celebran todos los años; conmemora el socorro que las fuerzas de Vlad Vorbarra prestaron a la ciudad durante la guerra de los Diez Años. Tengo entendido que van a tirar la casa por la ventana esta vez: nuevos uniformes y la reconstrucción del asalto al viejo Puente Estelar. Los chicos están entusiasmados.

No añadió que esperaban tener una vista especialmente bonita desde los balcones de la mansión Vorbretten, cortesía de un soldado Vorbretten amigo de Pym.

Vassily se agitó, incómodo.

– Quizá sea lo mejor. Señora Vorsoisson... Ekaterin... hemos venido por un motivo muy concreto, y muy serio. Me gustaría hablar con usted con toda franqueza.

– Eso es... generalmente lo mejor cuando se va a hablar con alguien – respondió Ekaterin.

Miró intrigada a Hugo.

– Vassily vino a verme... – empezó a decir Hugo, y se calló –. Bueno, explícalo tú, Vassily.

Vassily se inclinó hacia delante con las manos entre las rodillas y dijo lentamente:

– Verá, es esto. Recibí una comunicación de lo más preocupante de un informador de Vorbarr Sultana sobre lo que ha estado pasando... lo que ha salido a la luz recientemente... una información muy preocupante sobre usted, mi difunto primo y el lord Auditor Vorkosigan.

– Oh – dijo ella llanamente. Así que las Viejas Murallas, lo que quedaba de ellas, no restringían la calumnia a la capital; el rastro de baba incluso se arrastraba hasta las ciudades de Distritos provinciales. Ella había llegado a creer que este vicioso juego era exclusivamente un pasatiempo Vor. Se echó atrás y frunció el ceño.

– Como parecía afectar a nuestras dos familias... y, naturalmente porque una cosa así tiene que ser comprobada, me presenté ante Hugo, para pedirle consejo, esperando que pudiera disipar mis temores. Su cuñada Rosalie, al corroborarlo, sirvió para aumentarlos.

¿*Corroborar* qué? Ella podía hacer unas cuantas suposiciones, pero se negó a dirigir al testigo.

– No comprendo.

– Me dijeron – Vassily se detuvo para lamerse los labios, nervioso –, que es voz común entre los Altos Vor que el lord Auditor Vorkosigan fue responsable del sabotaje de la mascarilla de oxígeno de Tien, la noche en que éste murió en Komarr.

Ella podía demoler todo aquello rápidamente.

– Le han contado mentiras. Esa historia la ha inventado un desagradable grupo de enemigos políticos de lord Vorkosigan, que deseaban ponerlo en entredicho durante la pugna por la herencia de unos Distritos que ahora mismo tiene lugar en el Consejo de Condes. Tien se saboteó él mismo: siempre descuidaba la limpieza y el cuidado de su equipo. Son sólo chismes. No se ha presentado ninguna acusación.

– Bueno, ¿quién podría? – dijo Vassily. La esperanza de haberlo hecho entrar en razón rápidamente se esfumó cuando continuó –. Según me han explicado, la acusación debería ser presentada en el Consejo, delante de sus pares y por sus pares. Puede que su padre esté retirado en Sergyar, pero sin duda su coalición centrista sigue siendo bastante poderosa para reprimir un movimiento semejante.

– Eso espero. – Podría ser reprimido, oh sí, pero no por el motivo que Vassily pensaba. Con los labios apretados, lo miró fríamente.

– Pero verás, Ekaterin – intervino Hugo, ansioso –, la misma persona le contó a Vassily que lord Vorkosigan intentó forzarte a aceptar una propuesta de matrimonio.

Ella suspiró, exasperada.

– ¿Forzar? No, desde luego que no.

– Ah – sonrió Hugo.

– Me pidió que me casara con él. Muy... torpemente.

– Dios mío, ¿eso era verdad? – Hugo pareció momentáneamente aturdido. Parecía mucho más escandalizado por eso que por la acusación de asesinato... doblemente molesto, decidió Ekaterin –. ¡Lo rechazaste, por supuesto!

Ella tocó el lado izquierdo de su chaquetilla, acariciando la forma ya no tan rígida del papel que guardaba doblado allí. La carta de Miles no era de esas cosas que se dejaban por ahí tiradas para que las leyera cualquiera, y además... quería releerla de vez en cuando. De vez en cuando. Seis o doce veces al día.

– No exactamente.

Hugo frunció el entrecejo.

– ¿Qué quieres decir con *no exactamente*? Creía que ésa era una pregunta de sí o no.

– Es... difícil de explicar –a ella vaciló. Detallar delante del primo de Tien cómo una década del caos privado de su esposo había agotado su alma no merecía la pena –. Y bastante personal.

– La carta decía que parecía usted confusa y angustiada – comentó Vassily, servicial.

Los ojos de Ekaterin se entornaron.

– ¿De qué metomentodo recibió usted esa... *comunicación*, por cierto?

– De un amigo suyo... dijo, que estaba gravemente preocupado por su seguridad.

¿Un amigo? La profesora era su amiga, Kareen, Mark... Miles, pero él difícilmente contaba, ahora... ¿Enrique? ¿*Tsipis*?

– No puedo imaginar a ningún amigo mío haciendo o diciendo tal cosa.

La preocupación de Hugo aumentó.

– La carta decía también que lord Vorkosigan ha estado ejerciendo todo tipo de presión sobre ti. Que tenía alguna extraña presa sobre tu mente.

No. Sólo sobre mi corazón, creo. Su mente estaba perfectamente clara. Era el resto de ella lo que parecía estar en rebeldía.

– Es un hombre muy atractivo – admitió.

Hugo intercambió una mirada de sorpresa con Vassily. Ambos hombres habían conocido a Miles en el funeral: naturalmente, Miles se portó muy formalmente allí, y aún estaba fatigado por el caso. No habían tenido oportunidad de ver cómo era cuando se abría: la sonrisa elusiva, los ojos brillantes y particulares, el ingenio y las palabras y la pasión... la expresión confusa de su rostro cuando se enfrentó a las cucarachas con librea Vorkosigan... ella no pudo dejar de sonreír al recordarlo.

– Kat – dijo Hugo desconcertado –, ese hombre es un muti. Apenas te llega al hombro. Es

claramente jorobado... no sé por qué no lo han corregido quirúrgicamente. Es *raro*.

– Oh, lo han operado docenas de veces. Su daño original fue muchísimo más severo. Todavía pueden verse esas finísimas cicatrices antiguas por todo su cuerpo.

Hugo se la quedó mirando.

– *¿Todo* su cuerpo?

– Um. Eso supongo. Por lo que he visto, al menos. – Ella se detuvo antes de añadir, *de cintura para arriba*. Una visión perfectamente innecesaria de Miles desnudo, envuelto en sábanas y mantas en la cama y ella con él, explorando lentamente su cuerpo, distrajo su atención por un momento. Parpadeó, esperando no bizarquear –. Hay que reconocer que tiene un rostro bonito. Sus ojos son... muy vivos.

– Tiene la cabeza demasiado grande.

– No, su cuerpo es un poco pequeño para ella.

¿Cómo había acabado discutiendo acerca de la anatomía de Miles con Hugo? No era ningún caballo renco que ella estuviera pensando comprar contra los consejos del veterinario, maldición.

– De todas formas, esto no es asunto tuyo.

– Lo es si él... si tú... – Hugo se lamió los labios –. Kat... si estás sometida a algún tipo de amenaza, o chantaje o algo extraño, no estás sola. Sé que podemos ayudarte. Puede que hayas abandonado a tu familia, pero nosotros no te hemos abandonado a ti.

Lástima.

– Gracias por esa valoración de mi carácter – dijo ella agriamente –. ¿Imaginas que nuestro tío el *lord Auditor Vorthys* es incapaz de protegerme, si fuera necesario? ¿Y la tía Vorthys tampoco?

– Estoy seguro de que sus tíos son muy amables... después de todo la acogieron a usted y a Nikki – dijo Vassily, inquieto –, pero me han dado a entender que son intelectuales que no están en el mundo. Posiblemente no entienden los peligros. Mi informador dice que no la han estado protegiendo en absoluto. Le han permitido que vaya a donde ha querido, cuando ha querido, de un modo completamente irregular, y ha entrado en contacto con todo tipo de personas dudosas.

Su tía *que no estaba en el mundo* era una de las principales expertas de Barrayar en todos los detalles sangrientos de la historia política de la Era del Aislamiento, hablaba y leía cuatro idiomas a la perfección, podía revisar documentos con una habilidad digna de los analistas de SegImp (un trabajo al que ahora se dedicaban varios de sus antiguos alumnos), y tenía treinta años de experiencia tratando con los jóvenes y sus problemas. Y en cuanto al tío Vorthys...

– El análisis de los fallos de ingeniería no me parece una disciplina especialmente apartada del mundo. No cuando incluye experiencia en sabotajes – tomó aire, dispuesta a continuar.

Los labios de Vassily se tensaron.

– La capital tiene fama de ser peligrosa. Demasiados hombres ricos y poderosos, y sus mujeres, con demasiado pocas restricciones a sus apetitos y vicios. Es un mundo peligroso para que un niño pequeño se exponga a él, sobre todo a través de los... líos amorosos de su madre.

Ekaterin estaba todavía hirviendo mentalmente cuando el tono de voz de Vassily se convirtió en un horrorizado susurro para añadir:

– Incluso he oído... dicen que hay un Alto Vor, aquí en Vorbarr Sultana, que antes era una *mujer*, y que hizo trasplantar su cerebro a *un cuerpo de hombre*.

Ekaterin parpadeó.

– Oh. Sí, debe de tratarse de lord Dono Vorrutyer. Lo conozco. No fue un trasplante de cerebro... puaf, qué idea más espantosa. Fue solamente un moldeado corporal betano normal y corriente.

Ambos hombres la miraron.

– ¿Has *conocido* a esa criatura? – dijo Hugo –. ¿Dónde?

– Um... en la mansión Vorkosigan. Por cierto, Dono parecía un tipo muy inteligente. Creo que será muy positivo para el Distrito Vorrutyer, si el Consejo le concede el condado de su difunto hermano.

Y tras un instante de amarga reflexión, añadió:

– Considerando el asunto, espero que lo consiga. ¡Eso sí que les daría a Richars y sus secuaces un buen puñetazo en el ojo!

Hugo, que había escuchado sus palabras con creciente desazón, intervino.

– Tengo que estar de acuerdo con Vassily, me siento un poco inquieto teniéndote aquí en la capital. La familia desea que estés a salvo, Kat. Ya no eres una niña. Deberías tener tu propia casa y ser cuidada por un marido firme al que pueda confiarse tu bienestar y el de Nikki.

Tu deseo podría cumplirse. Sin embargo... ella se había enfrentado a terroristas armados, y había sobrevivido. Y *ganado*. Su definición de *seguro* era... no tan estrecha, ya no.

– Un hombre de nuestra clase – continuó Hugo, persuasivo –. Alguien que sea adecuado para ti.

Creo que lo he encontrado. Viene con una casa donde no golpeo las paredes cada vez que me desperezo, además. Ni siquiera si me desperezara eternamente. Ladeó la cabeza.

– ¿Cuál crees que es mi clase, Hugo?

Él pareció perplejo.

– *Nuestra* clase. La sólida, honrada y leal clase Vor. Por parte de las mujeres, modesta, adecuada, recta...

Ella sintió el ardiente deseo de ser inmodesta, inadecuada y sobre todo... de no ser recta. De ser gloriosamente horizontal, de hecho. Se le ocurrió que cierta disparidad de altura carecería de

importancia cuando uno (o dos) estaban tumbados...

– ¿Crees que debería tener una casa?

– Sí, desde luego.

– ¿No un planeta?

Hugo pareció sorprendido.

– ¿Qué? ¡Por supuesto que no!

– Sabes, Hugo, nunca me había dado cuenta antes, pero tu visión carece de... amplitud.

Miles pensaba que ella debería tener un planeta. Hizo una pausa y una lenta sonrisa asomó a sus labios. Después de todo, su madre tenía uno. Supuso que todo era cuestión de a qué estuvieras acostumbrado. No tenía sentido decirlo en voz alta: ellos no entenderían el chiste.

¿Y cómo se había vuelto su hermano mayor, admirado y generoso aunque un poco distante debido a la diferencia de edades, tan estrecho de mente? No... *Hugo* no había cambiado. La conclusión lógica la hizo estremecerse.

– Maldición, Kat – dijo Hugo –. Creía que parte de la carta era una exageración, pero ese lord muti te ha afectado la cabeza de una forma muy rara.

– Y si es cierto... tiene aliados aterradores – dijo Vassily –. La carta decía que Vorkosigan tenía al propio Simon Illyan a su favor, para atraerte a esa trampa – sus labios se torcieron, inseguros –. Ésa fue la parte que más me hizo preguntarme si se estaban burlando de mí, para ser sinceros.

– Conozco a Simon – concedió Ekaterin –. Me pareció bastante... dulce.

Un silencio de asombro siguió a su declaración.

– Naturalmente, comprendo que se ha relajado mucho desde que recibió el alta médica de SegImp – añadió ella, con un poco de torpeza –. Se nota que le han quitado un gran peso de encima – demasiado tarde, la evidencia encajó en su sitio –. Espera un momento... ¿quién dice que le envió toda esa sarta de sandeces y mentiras?

– Fue en la más estricta confidencialidad – dijo Vassily, cauteloso.

– Fue ese idiota redomado de Vormoncrief, ¿verdad? ¡Ah!

La luz se hizo, furiosamente, como el destello de una explosión atómica. Pero gritar, maldecir y tirar al suelo cosas sería contraproducente. Asíó los brazos del sillón, para que los hombres no pudieran ver temblar sus manos.

– Vassily, Hugo debería haberte dicho... rechacé una propuesta de matrimonio de Alexi. Parece que ha encontrado un modo de vengar su vanidad herida.

¡Vil gusano!

– Kat – dijo Hugo lentamente –, ya tuve en cuenta esa interpretación. Reconozco que el tipo es un poco, um, idealista, y si la has tomado con él no trataré de discutir a su favor (aunque me

parecía perfectamente válido), pero vi su carta. Me pareció que se preocupaba sinceramente por ti. Un poco exagerado, sí, pero ¿qué se puede esperar de un hombre enamorado?

– Alexi Vormoncrief no está enamorado de mí. No puede ver más allá de su nariz Vor para saber quién o qué soy. Si rellenaras mis ropas con paja y le pusieras una peluca en todo lo alto, apenas advertiría el cambio. Sólo está ejecutando los movimientos suministrados por su programación cultural.

Bueno, vale, y su más fundamental programación biológica, y no era el único que sufría de eso, ¿no? Estaba dispuesta a conceder a Alexi una buena ración de impulso sexual, pero estaba segura de que su objetivo era arbitrario. Su mano se dirigió hacia la chaquetilla, sobre su corazón, y las palabras memorizadas de Miles resonaron, abriéndose paso entre el clamor de sus oídos: *Quería poseer el poder de sus ojos...*

Vassily agitó una mano, impaciente.

– Todo esto es irrelevante, tanto para mí como para su hermano. Usted ya no es una doncella sin dote que su padre tenga que compensar con otros tesoros. Yo, sin embargo, tengo un claro deber familiar que cumplir por la seguridad de Nikki, si tengo motivos para creer que está amenazado.

Ekaterin se quedó petrificada.

Vassily le había concedido la custodia de Nikki con su palabra. Podía retirarla igual de fácilmente. Era ella quien tendría que recurrir ante los tribunales (los tribunales de *su* Distrito) y demostrar no sólo que era digna, sino también demostrar que él era indigno e inadecuado para hacerse cargo del niño. Vassily no era ningún criminal convicto, no un borracho habitual, ni un manirroto ni un salvaje: era sólo un burócrata solterón, un concienzudo y diligente controlador del tráfico orbital, un hombre honrado común y corriente. Ella no tenía la menor posibilidad de ganar contra él. Si Nikki hubiera sido su hija, esos derechos se invertirían...

– Yo diría que un niño de nueve años en una base militar es una carga embarazosa – dijo por fin, sin inflexiones.

Vassily pareció sorprendido.

– Bueno, espero que no lleguemos a eso. En el peor de los casos había planeado dejarlo con su abuela Vorsoisson, hasta que las cosas se arreglaran.

Ekaterin apretó los dientes un momento y luego dijo:

– Nikki puede naturalmente visitar a la madre de Tien cada vez que ella la invite. En el funeral me dio a entender que no se encontraba bien para recibir visitas este verano – se humedeció los labios –. Por favor, defíname el término *en el peor de los casos*. ¿Y qué quiere decir exactamente con *arreglar*?

– Bueno – Vassily se encogió de hombros, como pidiendo disculpas –, venir hasta aquí y descubrirla prometida con el hombre que asesinó al padre de Nikki habría sido bastante malo, ¿no

está de acuerdo?

¿Venía preparado para llevarse a Nikki aquel mismo día, en ese caso?

– Ya se lo he dicho. La muerte de Tien fue un accidente, y esa acusación es una infamia.

El poco caso que él hacía a sus palabras le recordó horriblemente a Tien por un momento; ¿era la falta de memoria una tendencia familiar Vorsoisson? Pese al riesgo de ofenderlo, dijo:

– ¿Cree que estoy mintiendo, o cree que soy sólo estúpida?

Luchó por controlar su respiración. Se había enfrentado a hombres más aterradores que el ansioso y confundido Vassily Vorsoisson. *Pero nunca a uno que pudiera quitarme a Nikki con una palabra.* Se encontraba al borde de un pozo profundo y oscuro. Si caía ahora, la pugna por salir sería más sucia y dolorosa que nada que pudiera imaginar. No debía forzar a Vassily a llevarse a Nikki. *A intentar llevarse a Nikki.* Y podía detenerlo... ¿cómo? Estaba derrotada legalmente antes de que pudiera empezar siquiera. *Así que no empieces.*

Escogió sus palabras con la más absoluta cautela.

– ¿Qué quiere decir con arreglar?

Hugo y Vassily se miraron el uno al otro, inseguros.

– ¿Perdone? – aventuró Vassily.

– No puedo saber si he pisado su línea a menos que me diga dónde la ha trazado.

– Eso no es nada amable. Kat – intervino Hugo –. Tenemos tus intereses en el corazón.

– Ni siquiera sabes cuáles son mis intereses.

No era cierto, Vassily había puesto el pulgar en el más mortal de todos. Nikki. *Cómete la furia, mujer.* Ella llegó a ser experta en eso, durante su matrimonio. De algún modo, le había perdido el gusto.

– Bueno... – farfulló Vassily –, me gustaría estar seguro de que Nikki no está siendo expuesto a personas de carácter indeseable.

Ella le dirigió una fina sonrisa.

– No hay problema. Me alegraré de evitar por completo a Alexi Vormoncrief en el futuro.

Él la miró, dolido.

– Me refería a lord Vorkosigan. Y su ambiente político y personal. Al menos... al menos hasta que esta oscura nube sobre su reputación se despeje. Después de todo, se le acusa de haber *asesinado a mi primo.*

El estallido de Vassily era pura lealtad de clan, no pena personal, se recordó Ekaterin. Dudaba que Tien y él se hubieran visto más de tres veces en la vida.

– Discúlpeme – dijo con firmeza –. Si Miles no va a ser acusado... y dudo que lo sea, ¿cómo va a ser aclarado, según su punto de vista? ¿Qué tiene que ocurrir?

Vassily pareció momentáneamente desconcertado.

– No quiero que te expongas a la corrupción, Kat – intervino Hugo.

– Sabes, Hugo, es extrañísimo, pero de algún modo lord Vorkosigan se ha olvidado de enviarme invitaciones para *ninguna* de sus orgías. Estoy desolada. ¿Supones que todavía no es la temporada de las orgías en Vorbarr Sultana?

Se mordió la lengua y no dijo nada más. El sarcasmo era un lujo que ni ella ni Nikki podían permitirse.

Hugo recibió esta andanada con gesto adusto. Vassily y él volvieron a mirarse, cada uno tratando tan obviamente de descargar el trabajo sucio en su compañero que Ekaterin se habría reído de buena gana, si no se hubiera sentido tan dolida. Vassily acabó murmurando, débilmente:

– Es *tu* hermana...

Hugo tomó aliento. Era un Vorvayne: conocía su deber, por Dios. *Todos los Vorvayne conocemos nuestro deber. Y lo mantendremos hasta la muerte. ¡No importa lo estúpido o doloroso o contraproducente que sea, sí! Después de todo, miradme, mantuve un juramento a Tien durante once años...*

– Ekaterin, creo que me toca a mí decir lo siguiente. Hasta que este rumor sobre el asesinato quede zanjado, te pido que no animes, ni vuelvas a ver a ese Miles Vorkosigan, o tendré que estar de acuerdo en que Vassily tiene razón al apartar a Nikki de la situación.

Apartar a Nikki de su madre y su amante, quieres decir. Nikki había perdido a un padre aquel mismo año, y todos sus amigos en el traslado a Barrayar. Estaba empezando a descubrir que la ciudad a la que había venido podía ser menos extraña, a hacer nuevas amistades, a perder aquella cautela que había lastrado su sonrisa durante tanto tiempo. Ella imaginó que se lo llevaban de nuevo, negándole la posibilidad de verla... porque se reducía a eso, ¿verdad? Era ella, no la capital, quien era sospechosa de corrupción. Nikki en el tercer lugar extraño en un año, entre adultos desconocidos que no le considerarían un niño que amar y educar, sino un deber con el que cargar... no. No.

– Discúlpeme. Estoy dispuesta a cooperar. Pero todavía no he podido dilucidar en qué quieren que coopere. Veo claramente qué es lo que les preocupa, pero *¿cómo* se va a *resolver*? Defina *resolver*. Si es hasta que los enemigos de Miles dejen de decir cosas desagradables sobre él, puede ser una larga espera. Su trabajo normalmente lo enfrenta a los poderosos. Y no es de lo que se achican a la hora del contraataque.

Hugo dijo, un poco más débilmente:

– Evítalo durante un tiempo, de todas formas.

– Un tiempo. Bien. Ahora estamos llegando a algún sitio. ¿Cuánto tiempo exactamente?

– Yo... no puedo decirlo.

– ¿Una semana?

– ¡Bastante más! – intervino Vassily, ofendido.

– ¿Un mes?

Hugo cerró los puños en un gesto de frustración.

– ¡No lo sé, Kat! Hasta que olvides esas extrañas ideas que tienes sobre él, supongo.

– Ah. Hasta el fin de los tiempos. Mm. No puedo decir si eso es lo bastante específico o no. Creo que no – tomó aliento, y reacia, porque era mucho tiempo y al mismo tiempo a ellos les parecería aceptable, dijo –: ¿Hasta el final de mi año de luto?

– ¡Como mínimo! – dijo Vassily.

– Muy bien – sus ojos se entornaron, y sonrió porque sonreír sería mejor que gritar –. Le tomo la palabra, Vassily Vorsoisson.

– Yo, yo, uh... – dijo Vassily, inesperadamente acorralado –. Bueno... algo debería estar resuelto para entonces. Seguro.

He renunciado a demasiado, demasiado pronto. Tendría que haber dicho FERIA de Inverno.

– Me reservo el derecho de decírselo... y decirle por qué, yo misma. En persona.

– ¿Es aconsejable, Kat? – preguntó Hugo –. Es mejor llamarlo por comconsola.

– Cualquier otra cosa sería una cobardía.

– ¿No puedes enviarle una nota?

– Por supuesto que no. No, con esta... noticia. – Qué vil respuesta sería ésa, contra la declaración de Miles sellada con sangre.

Ante su desafiante mirada, Hugo se echó atrás.

– Una visita, entonces. Breve.

Vassily se encogió de hombros, aceptando reacio los términos.

Después de esto se produjo un silencio incómodo. Ekaterin sabía que lo correcto habría sido invitar a la pareja a almorzar, pero no le apetecía invitarlos a seguir respirando siquiera. Sí, y debería tratar de tranquilizar y encantar a Vassily. Se frotó las sienes, que le latían con fuerza. Cuando Vassily hizo un débil movimiento para escapar del saloncito de la profesora murmurando que tenía *cosas que hacer*, ella no los detuvo.

Cerró la puerta tras ellos y volvió a sentarse en el sillón de su tío, incapaz de decidir si acostarse, caminar, o arrancar rastrojos. El jardín seguía lleno de matorrales tras su última pelea con Miles. Pasaría una hora antes de que tía Vorthys regresara de sus clases y Ekaterin pudiera aventar su furia y su pánico con ella. En su regazo.

A favor de Hugo, había que reconocer que no había parecido molesto por la promesa de un puesto de condesa para su hermana, ni había sugerido que era ese premio lo que la motivaba. Los Vorvayne estaban por encima de ese tipo de ambiciones materiales.

Una vez, ella le compró a Nikki una robomascota bastante cara, con la que el niño jugó unos

días y que luego olvidó. Quedó arrumbada en un estante hasta que, tras limpiar su habitación, ella trató de regalarla. Las frenéticas protestas de Nikki y sus apasionados sollozos sacudieron el tejado.

El paralelismo era embarazoso. ¿Era Miles un juguete que ella no había querido hasta que intentaron quitárselo? En lo más profundo de su pecho, alguien gritaba y sollozaba. *No estás al mando aquí. Yo soy la adulta, maldición.* Sin embargo Nikki había conservado su robomascota...

Le diría a Miles personalmente la mala noticia de la prohibición de Vassily. Pero todavía no, todavía no. Porque a menos que esta mancha sobre su reputación fuera súbita y espectacularmente *resuelta*, ésa podría ser la última vez que lo viera en mucho, mucho tiempo.

Kareen vio a su padre hundirse en el suave tapizado del vehículo de tierra que Tante Cordelia les había enviado, agitarse incómodo, colocarse el bastón en el regazo y luego a su lado. De algún modo, a ella no le parecía que su incomodidad tuviera que ver con sus viejas heridas de guerra.

– Vamos a lamentar esto, sé que lo vamos a lamentar – se quejó a mamá, por sexta o séptima vez, mientras ella se sentaba a su lado. El dosel trasero se cerró sobre los tres, bloqueando el brillante sol de la tarde, y el vehículo se puso en marcha lentamente –. Cuando esa mujer nos ponga la mano encima, nos volverá la cabeza del revés en diez minutos, y estaremos allí asintiendo como tontos, de acuerdo con todas las locuras que diga.

¡Oh, eso espero, eso espero! Kareen mantuvo la boca cerrada y permaneció muy quieta. Todavía no estaba a salvo. El comodoro podía ordenar al conductor de Tante Cordelia que diera media vuelta y los llevara de vuelta a casa.

– Vamos, Kou – dijo mamá –, no podemos seguir así. Cordelia tiene razón. Es hora de arreglar las cosas de manera sensata.

– ¡Ah! Ésa es la palabra... *sensatez*. Una de sus favoritas. Me siento como si ya me estuvieran apuntando con un arco de plasma justo *aquí* – señaló el centro de su pecho, como si un punto rojo se moviera sobre su uniforme verde.

– Ha sido muy incómodo – dijo mamá –, y ya me estaba empezando a hartar. Quiero ver a nuestros viejos amigos y saber cosas de Sergyar. No podemos detener nuestras vidas por este asunto.

Sí, sólo la mía. Kareen apretó los dientes con más fuerza.

– Bueno, no quiero que ese clon gordo y raro... – el comodoro vaciló, y a juzgar por el temblor de sus labios corrigió dos veces la palabra antes de continuar – corteje a mi hija. Explícame por qué necesita dos años de terapia betana si no está medio loco, ¿eh?

No lo digas, chica, no lo digas. Ella prefirió morderse los nudillos. Por fortuna, el viaje fue muy corto.

El soldado Pym los recibió en la puerta de la mansión Vorkosigan. Dirigió a su padre uno de esos gestos formales con la cabeza que evocaban un saludo militar.

– Buenas tardes, comodoro, señora Koudelka. Bienvenida, señorita Kareen. Milady los recibirá en la biblioteca. Por aquí, por favor.

Kareen hubiese jurado que, mientras se volvía para escoltarlos, Pym le había hecho un guiño, pero estaba haciendo de Obediente Servidor a la perfección ese día, y no dio más pistas.

Pym los condujo a través de las puertas dobles y los anunció con formalidad. Se retiró discretamente pero, conociéndolo, con aire deliberado de abandonarlos a su suerte.

En la biblioteca habían cambiado parte de la decoración. Tante Cordelia esperaba en un gran sillón de orejas que quizás accidentalmente recordaba un trono. A izquierda y derecha, había dos sillones más pequeños, uno frente a otro. Mark estaba sentado en uno de ellos, vestido con su mejor traje negro, afeitado y acicalado como el día de la aciaga fiesta de Miles. Se levantó y se puso firmes torpemente mientras los Koudelka entraban, claramente incapaz de decidir si sería peor hacer un gesto cordial con la cabeza o no hacer nada. Llegó a una solución de compromiso y se quedó allí de pie, con aspecto alelado.

Frente a Tante Cordelia habían colocado un mueble nuevo. Bueno, *nuevo* no. Era un sofá viejo y desvencijado que había vivido al menos quince años arrinconado en los desvanes de la mansión Vorkosigan. Kareen lo recordó con cariño por los viejos juegos del escondite de su infancia. La última vez que lo había visto estaba cubierto de cajas polvorientas.

– Ah, ya estáis aquí – dijo Tante Cordelia alegremente. Señaló el segundo sillón –. Kareen, ¿por qué no te sientas aquí?

Ella obedeció y se sentó agarrando los brazos del sillón. Mark se sentó de nuevo en el borde de su sillón y la miró ansioso. El dedo índice de Tante Cordelia se alzó como un trazador de blancos y señaló primero a los padres de Kareen, luego el viejo sofá.

– Kou y Drou, vosotros sentaos... *allí*.

Los dos miraron con inexplicable desazón el mueble viejo.

– Oh – suspiró el comodoro –. Oh, Cordelia, esto es jugar sucio...

Empezó a darse la vuelta para dirigirse a la salida, pero la mano de su esposa se cerró como un cepo sobre su brazo.

La mirada de la condesa se aguzó. Con una voz que Kareen apenas le había oído utilizar antes, repitió:

– *Sentaos*.

No era ni siquiera su voz de condesa Vorkosigan; era algo más antiguo, más firme, aún más sorprendentemente seguro. Era su antigua voz de capitana estelar, advirtió Kareen; y sus padres habían vivido ambos bajo la autoridad militar durante décadas.

Ambos se sentaron como si los hubieran doblado por la mitad.

– Eso es – la condesa sonrió satisfecha.

Se produjo un largo silencio. Kareen pudo oír el anticuado reloj mecánico en la pared de la antesala contigua. Mark le dirigió una mirada intrigada. *¿Sabes qué demonios está pasando aquí?* Ella contestó de la misma manera: *No, ¿y tú?*

S padre cambió la posición de su bastón tres veces, lo dejó caer sobre la alfombra y, finalmente, lo atrajo hacia sí con el talón de su bota y lo dejó allí. Kareen notó el tirón del músculo de su mejilla cuando apretó los dientes. Su madre cruzó y descruzó las piernas, frunció el ceño, contempló la habitación y luego se miró las manos, que se retorcían sobre su regazo. Parecían dos adolescentes culpables pillados en... mm. Como dos adolescentes culpables a los que hubiesen pillado jodiendo en el sofá del salón, en realidad. Las pistas parecieron flotar en silenciosamente como plumas en la mente de Kareen, hasta caer. *No supondrás...*

– Pero Cordelia – estalló mamá de pronto, como si continuara en voz alta una conversación que hubiera tenido lugar telepáticamente –, queremos que a nuestras hijas les vaya mejor que a nosotros. ¡Que no cometan los mismos errores!

Ooh. Ooh. ¡Ooh! Vaya, quién lo hubiera dicho. Su padre había subestimado a la condesa, advirtió Kareen. No le habían hecho falta ni *tres* minutos.

– Bueno, Drou – dijo Tante Cordelia razonablemente –, me parece que tu deseo se ha cumplido. Kareen ha progresado. Sus decisiones y acciones han sido consideradas y racionales en todos los sentidos. Y por lo que puedo decir, no ha cometido ningún error.

Su padre agitó un dedo ante Mark, y farfulló:

– Eso... *eso* es un error.

Mark se encogió, y se rodeó protectoramente el vientre con los brazos. La condesa frunció levemente el ceño; la mandíbula del comodoro se tensó.

– Ya hablaremos luego de Mark – dijo la condesa con frialdad –, Ahora mismo, permíteme que llame tu atención sobre lo inteligente que es tu hija y lo informada que está. Ciertamente, no tuvo la desventaja de tratar de construir su vida en el aislamiento emocional y el caos de una guerra civil. Los dos le habéis proporcionado unas posibilidades mejores y más brillantes, y dudo que lo lamentéis.

El comodoro se encogió de hombros, asintiendo. Mamá suspiró con algo parecido a nostalgia negativa, sin anhelo por el pasado recordado pero con alivio por haber escapado de él.

– Por escoger un ejemplo no al azar – continuó la condesa –, Kareen, ¿te hiciste un implante anticonceptivo antes de empezar los experimentos físicos?

Tante Cordelia era malditamente betana... soltaba cosas así en medio de una conversación casual. Kareen y su barbilla se alzaron desafiantes.

– Por supuesto. Y me hice cortar el himen y realicé el curso de aprendizaje programado que me dio la clínica sobre temas anatómicos y fisiológicos, y la Gran-Tante Naismith me regaló mi primer par de pendientes, y nos fuimos a dar un paseo.

Papá se frotó la frente enrojecida. Mamá parecía... envidiosa.

– Y me atrevo a decir – continuó Tante Cordelia – que no describirías tus primeros pasos para reclamar tu sexualidad adulta como una loca búsqueda a tientas, llena de confusión, miedo y dolor, ¿verdad?

La nostalgia negativa de mamá pareció aumentar. También la de Mark.

– ¡Por supuesto que no! – Kareen no quería discutir de esas cosas con sus padres, aunque se moría por un cómodo chismorreó con Tante Cordelia. Se sentía demasiado tímida para empezar con un hombre de verdad, así que contrató a un hermafrodita con el título de terapeuta licenciado para sexualidad práctica que le había recomendado la consejera de Mark. El TLSP le había explicado amablemente que los hermafroditas eran enormemente populares entre los jóvenes que seguían el curso introductorio por ese motivo. Todo salió muy muy bien. Mark, que esperaba ansioso junto a la comconsola su informe poscoital, se alegró por ella. Por supuesto, su introducción a su propia sexualidad había incluido traumas y torturas, y era natural que estuviera preocupadísimo. Ella le sonrió tranquilamente ahora –. ¡Si así es Barrayar, prefiero Beta!

– No es tan sencillo – dijo Tante Cordelia, pensativa –. Ambas sociedades pretenden resolver el mismo problema fundamental: asegurar que los hijos que lleguen sean bien cuidados. Los betanos prefieren hacerlo directamente, tecnológicamente, ordenando un control bioquímico sobre las gónadas. La conducta sexual parece abierta al precio de un control social absoluto sobre sus consecuencias reproductoras. ¿Nunca se te ha ocurrido pensar por qué? Deberías. Beta *puede* controlar los ovarios; Barrayar, sobre todo durante la Era del Aislamiento, se vio forzada a tratar de controlar a todas las mujeres. Barrayar tiene la necesidad de aumentar su población para sobrevivir, y eso incluye vuestras peculiares leyes de herencia sobre el sexo, y, bueno, aquí estamos.

– Dando tumbos en la oscuridad – gruñó Kareen –. No, gracias.

– Nunca deberíamos haberla enviado allí. Con *él* – rezongó papá.

– Kareen consiguió su beca para estudiar en Beta antes de conocer a Mark – puntualizó Tante Cordelia –. ¿Quién sabe? Si Mark no hubiera estado allí para, ah, aislarla, podría haber conocido a un guapo betano y se habría quedado con él.

– O con ello – murmuró Kareen –. O con ella.

Los labios de papá se tensaron.

– Esos viajes pueden tener más de una dirección. No he visto a mi propia madre cara a cara más de tres veces en los últimos treinta años. Al menos si se queda con Mark, podéis estar seguros de que Kareen regresará a Barrayar frecuentemente.

Mamá parecía muy asombrada por todo aquello. Miró a Mark, llena de nuevas expectativas. Él ensayó una sonrisa esperanzada.

– Quiero que Kareen esté a salvo – dijo papá –. Bien. Feliz. Económicamente segura. ¿Tan malo es eso?

Tante Cordelia sonrió.

– ¿Segura? ¿Bien? Eso es lo que yo quiero también para mis hijos. No siempre se consigue, pero aquí estamos. Y en cuanto a la felicidad... no creo que se pueda dar eso a nadie, si no la tiene dentro. Sin embargo, es muy posible dar infelicidad... como has descubierto.

Papá frunció el ceño, hosco, aplastando el impulso de Ekaterin de aplaudir este último razonamiento. Mejor dejar que la Baba se ocupara del asunto...

– En cuanto a este último... um – continuó la condesa –. ¿Alguien ha discutido contigo la situación financiera de Mark? ¿Kareen, o Mark... o Aral?

Papá negó con la cabeza.

– Creí que estaba arruinado. Supuse que la familia lo mantenía, como a cualquier otro bastardo Vor. Y que se aprovechaba... como cualquier otro bastardo Vor.

– No estoy *arruinado* – objetó con fuerza Mark –. Es un problema temporal de líquido. Cuando recibí mi presupuesto para este período, no esperaba empezar un nuevo negocio a la mitad.

– En otras palabras, estás arruinado – dijo papá.

– En realidad, Mark puede mantenerse por su cuenta – dijo Tante Cordelia –. Ganó su primer millón en Jackson's Whole.

Papá abrió la boca, pero volvió a cerrarla. Dirigió a su anfitriona una mirada incrédula. Kareen esperaba que no se le ocurriera preguntar cuál había sido el método seguido por Mark para ganar esa fortuna.

– Mark ha invertido en una interesante gama de empresas especulativas – continuó Tante Cordelia amablemente –. La familia lo apoya... yo misma he comprado algunas acciones de su empresa de cucarachas mantequeras... y siempre estaremos aquí para las emergencias, pero Mark no necesita que lo mantengamos.

Mark parecía a la vez agradecido y asombrado de aquella defensa maternal, como si... bueno... eso. Como si nadie lo hubiera tratado así antes.

– Si es tan rico, ¿por qué paga a mi hija con pagarés? – exigió papá –. ¿Por qué no puede pagarle en metálico?

– ¿Antes del final del período? – dijo Mark, con voz de auténtica repulsa –. ¿Y perder todo ese *interés*?

– Y no son pagarés – dijo Kareen –. ¡Son acciones!

– Mark no necesita dinero – dijo Tante Cordelia –. Necesita lo que sabe que no puede

comprar el dinero. La felicidad, por ejemplo.

Mark, aturdido pero de acuerdo, aventuró:

– Entonces... ¿quieren que pague por Kareen? ¿Como una dote? ¿Cuánto? Yo...

– ¡No, idiota! – chilló Kareen horrorizada –. Esto no es Jackson's Whole: no se puede comprar y vender a la gente. Además, la dote es el dinero que la familia da al marido, no al revés.

– Eso parece muy raro – dijo Mark, bajando las cejas y pellizcándose la barbilla –. Al revés. ¿Estás segura?

– Sí.

– No me importa si el muchacho tiene un millón de marcos – empezó a decir papá obstinadamente y quizá sin demasiada sinceridad, sospechó Kareen.

– Dólares betanos – corrigió Tante Cordelia –. Los jacksonianos insisten en contar con monedas fuertes.

– El cambio de divisas galácticas respecto al marco imperial barrayarés ha mejorado mucho desde la guerra del Radio Hegen – empezó a explicar Mark. Había escrito un ensayo sobre el tema el último trimestre; Kareen le había ayudado a corregirlo. Probablemente podría hablar un par de horas al respecto. Por fortuna, Tante Cordelia alzó un dedo e interrumpió la amenaza de erudición.

Papá y mamá parecieron perderse en sus propios cálculos.

– Muy bien – empezó a decir papá, con un poco menos de tozudez –. No me importa si el muchacho tiene *cuatro* millones de marcos. Me preocupo por Kareen.

Tante Cordelia agitó los dedos, pensativa.

– ¿Entonces qué es lo que quieres de Mark, Kou? ¿Deseas que se ofrezca a casarse con Kareen?

– Er – dijo Da, desprevenido. Lo que quería, por lo que Kareen sabía, era que a Mark se lo comieran los lobos, posiblemente con sus cuatro millones de marcos en inversiones no líquidas, pero era difícil que se lo dijera a su madre.

– Sí, por supuesto que me ofreceré, si ella quiere – dijo Mark –. Es que no creía que ella quisiera, todavía. ¿No?

– No – dijo Kareen firmemente –. No... todavía no, al menos. Acabo de empezar a encontrarme, a descubrir quién soy en realidad, a crecer. No quiero *parar*.

Tante Cordelia alzó las cejas.

– ¿Así es como ves el matrimonio? ¿Como el final y la abolición de ti misma?

Kareen advirtió demasiado tarde que su observación podía ser considerada despectiva hacia ciertos grupos allí presentes.

– Lo es para algunas personas. ¿Por qué si no acaban todas las historias cuando la hija del conde se casa? ¿No te parece un poco siniestro? Quiero decir, ¿has leído alguna vez una historia

donde la madre del príncipe haga otra cosa que no sea morirse joven? Nunca he podido decidir si eso es una advertencia, o una instrucción.

Tante Cordelia se llevó un dedo a los labios para ocultar su sonrisa, pero mamá parecía bastante preocupada.

– Se crece de formas diferentes, después – dijo mamá –. No como en los cuentos de hadas. Feliz para siempre jamás no lo expresa bien.

Papá bajó las cejas y dijo, con voz extraña y súbitamente insegura:

– Yo creía que lo estábamos haciendo bien...

Mamá le palmeó la mano para tranquilizarlo.

-Por supuesto, querido.

– Si Kareen quiere que me case con ella, lo haré – dijo Mark valientemente –. Si no quiere, no lo haré. Si quiere que me vaya, me iré... – acompañó esto último con una mirada aterrada en su dirección.

– ¡No! – chilló Kareen.

– Si quiere que baje las escaleras de espaldas y haciendo el pino, lo intentaré. Lo que ella quiera – terminó de decir Mark.

La expresión pensativa en el rostro de mamá sugirió que al menos le gustaba su actitud...

– ¿Deseas sólo comprometerte?

– Eso es casi lo mismo que el matrimonio aquí – dijo Kareen –. Hay que hacer esos juramentos.

– Os tomáis esos juramentos en serio, ¿supongo? – dijo Tante Cordelia, alzando las cejas en dirección a los ocupantes del misterioso sofá.

– Por supuesto.

– Creo que es cosa tuya, Kareen – dijo Tante Cordelia con una sonrisita –. ¿Qué quieres?

Mark apretó las rodillas. Mamá se quedó sin aliento. Papá parecía preocupado aún por las implicaciones de aquella observación para-siempre-jamás.

Ésta era Tante Cordelia. No era una pregunta retórica. Kareen permaneció en silencio, buscando la verdad en medio de la confusión. Nada más y nada menos que la verdad valdría ahora. Pero ¿cuáles eran las palabras? Lo que ella quería no era simplemente una opción tradicional barrayaresa.. ah. Sí. Se enderezó, y miró a Tante Cordelia, y luego a papá y mamá, y después a Mark a los ojos.

– No quiero un compromiso. Lo que quiero... lo que quiero es... una *opción* sobre Mark.

Mark se enderezó, sonriendo. Ahora hablaba un idioma que ambos comprendían.

– Eso no es betano – dijo mamá, confundida.

– No será una extraña práctica jacksoniana, ¿no? – demandó papá, receloso.

– No. Es una nueva costumbre de Kareen. Me la acabo de inventar. Pero encaja – alzó la barbilla.

Tante Cordelia no pudo evitar una sonrisa.

– Mm. Interesante. Bien. Hablando como, ah, agente de Mark en este asunto. Señalaría que una buena opción no está abierta indefinidamente, ni es unívoca. Hay límites de tiempo. Cláusulas de renovación. Compensaciones.

– Mutuas – intervino Mark, sin aliento –. ¡Una opción mutua!

– Eso tal vez solvente el problema de la compensación, sí. ¿Qué hay de los límites de tiempo?

– Quiero un año – dijo Kareen –. Hasta el próximo solsticio de verano. Quiero al menos un año, para ver qué podemos hacer. No quiero nada de nadie – miró a sus padres –, ¡pero sí poder dar marcha atrás!

Mark asintió ansiosamente.

– ¡De acuerdo, de acuerdo!

Papá señaló a Mark con el pulgar.

– ¡Estaría de acuerdo con cualquier cosa!

– No – dijo Tante Cordelia juiciosamente –. Creo que descubrirás que no estará de acuerdo en nada que haga infeliz a Kareen. O más pequeña. O insegura.

Papá se puso serio.

– ¿Sí? ¿Y qué hay de su seguridad con respecto a él? ¡Toda esa terapia betana no era por ningún motivo!

– Desde luego que no – reconoció Tante Cordelia –. Pero creo que ha sido efectiva... ¿Mark?

– ¡Sí, señora! – él permaneció allí sentado, tratando desesperadamente de parecer *curado*. No pudo conseguirlo del todo, pero el esfuerzo fue claramente sincero.

– Mark es tan veterano de nuestras guerras como cualquier barrayarés que conozca, Kou – añadió la condesa –. Fue reclutado antes, eso es todo. A su modo extraño y solitario, ha luchado tan duro y ha arriesgado tanto como cualquiera. Y ha perdido tanto como cualquiera. Sin duda podrás concederle tanto tiempo para curarse como tú necesitaste.

El comodoro apartó la mirada, el rostro inmóvil.

– Kou, yo no habría animado esta relación si considerara que era insegura para cualquiera de tus hijas.

El comodoro la miró.

– ¿Tú? Te conozco. Confías más allá de la razón.

Ella resistió firmemente su mirada.

– Sí. Así es como obtengo resultados más allá de la esperanza. Como tal vez recuerdes.

Él frunció los labios, entristecido, y le dio un golpecito al bastón con el pie. No tenía respuesta para eso. Pero una sonrisita apareció en la boca de mamá, mientras lo observaba.

– Bien – dijo Tante Cordelia alegremente en mitad del silencio –. Creo que hemos llegado a una especie de consenso. Kareen tendrá una opción sobre Mark, y viceversa, hasta el próximo solsticio de verano, cuando quizá deberíamos reunirnos todos otra vez para evaluar los resultados y considerar si se negocia o no una extensión.

– ¿Qué? ¿Se supone que tenemos que hacernos a un lado mientras esos dos... continúan dale que te pego? – chilló papá, en un último intento de indignación.

– Sí. Ambos deben tener la misma libertad de acción que, ah, vosotros dos – señaló con un gesto a los padres de Kareen – tuvisteis en la misma fase de vuestras vidas. Admito, Kou, que lo tuviste más fácil, pues todos los parientes de tu prometida vivían en otra ciudad.

– Recuerdo que te aterraban mis hermanos – dijo mamá, sonriendo cada vez más. Los ojos de Mark se ensancharon, pensativos.

Kareen se maravilló ante este inexplicable trozo de historia: sus tíos Droushnakovi tenían todos, según su experiencia, corazones de mantequilla. Papá apretó los dientes, pero cuando miró a mamá sus ojos se suavizaron.

– Acordado – dijo Kareen firmemente.

– Acordado – repitió Mark de inmediato.

– Acordado – dijo Tante Cordelia, y alzó las cejas hacia la pareja que estaba sentada en el sofá.

– Acordado – dijo mamá. Con una sonrisa en los ojos, esperó a papá.

Él le dirigió una mirada larga y sorprendida. *¿Tú también?*

– ¡Te has pasado a su bando!

– Sí, eso creo! ¿No quieres unirme a nosotros? – su sonrisa se hizo más amplia –. Sé que no tenemos al sargento Bothari para que te dé un puñetazo en la mandíbula y ayude a llevarte a rastras contra tu opinión esta vez. Pero habría sido muy desafortunado para nosotros que hubiéramos intentado ir a recoger la cabeza del Pretendiente sin ti – le apretó la mano con más fuerza.

Después de un largo momento, papá se volvió y miró a Mark ferozmente.

– ¡Entiende que si le haces daño, iré a por ti yo mismo!

Mark asintió ansiosamente.

– Se acepta tu codicilo – murmuró Tante Cordelia, los ojos iluminados.

– ¡Acordado, entonces! – exclamó papá. Se acomodó en su asiento, a regañadientes, con expresión de mirad-lo-que-hago-por-vosotros en el rostro. Pero no soltó la mano de mamá.

Mark estaba mirando a Kareen embobado. Ella casi pudo imaginar a toda la Banda Negra

dando saltos en el fondo de su cabeza, vitoreando, y a lord Mark haciéndolos callar para que no llamaran la atención.

Kareen tomó aliento, para darse ánimos, metió la mano en el bolsillo de su chaquetilla y sacó sus pendientes betanos, la pareja que anunciaba su implante y su estatus adulto. Con un empujoncito, se colocó uno en cada lóbulo. No era, pensó, una declaración de independencia, pues aún vivía en una red de dependencias. Era más bien una declaración de Kareen. *Soy quien soy. Ahora veamos cuánto puedo hacer.*

El soldado Pym, un poco sin aliento, dejó pasar a Ekaterin al salón principal de la mansión Vorkosigan. Se ajustó el cuello alto de su túnica y sonrió dándole la bienvenida habitual.

– Buenas tardes, Pym – dijo Ekaterin. Le agradó ver que era capaz de controlar el temblor de su voz –. Necesito ver a lord Vorkosigan.

– Sí, señora.

Aquel *¡Sí, milady!* En el salón, la noche de la cena, fue una metedura de pata, advirtió Ekaterin demasiado tarde. No se había dado cuenta en ese momento.

Pym pulsó en comunicador de muñeca.

– ¿Milord? ¿Dónde está?

En el comunicador sonó un golpecito y la voz apagada de Miles.

– En el desván del ala norte. ¿Por qué?

– La señora Vorsoisson ha venido a verlo.

– Ahora mismo bajo... no, espera – una breve pausa –. Que suba. Le gustará ver esto, espero.

– Sí, milord. – Pym indicó hacia la entrada trasera –. Por aquí – mientras ella lo seguía hasta el tubo ascensor, añadió –: ¿El pequeño Nikki no la acompaña hoy, señora?

– No – lo dejó ahí. Le faltó valor para explicarle por qué.

Salieron del tubo en el cuarto nivel, una planta que ella no había visto en aquella primera y memorable visita. Lo siguió por un pasillo sin alfombrar y a través de un par de puertas dobles hasta una enorme habitación de techos bajos que se extendía desde un lado del ala hasta el otro. El techo estaba cruzado por vigas serradas a mano a partir de grandes árboles, con escayola amarillenta en medio. Unos apliques de luz colgaban de ellos en los pasillos centrales creados por el material almacenado.

Parte era la basura normal acumulada en cualquier desván: muebles viejos y lámparas rechazadas incluso de las habitaciones de los criados, marcos de cuadros que habían perdido su contenido, espejos descascarillados, cuadrados y rectángulos envueltos que podían ser pinturas, tapices enrollados. Lámparas de aceite antiquísimas y candelabros. Misteriosas cajas y cartones y fundas de cuero y baúles de madera ajada con las iniciales de gente muerta bajo los cierres.

Había cosas más notables, además. Un puñado de jabalinas de caballería oxidadas con penachos arrugados y ajados marrón y plata. Filas de viejos uniformes apretujados, también marrón y plata. Arreos de caballo: sillas y bridas y arneses con campanillas oxidadas, con borlas mohosas, con enganches de plata deslustrada, con perlas resquebrajadas y la brillante pintura descascarillada; mantas y alforjas bordadas a mano, con la VK de los Vorkosigan y variantes de su blasón

elaboradas en hilo. Docenas de espadas y dagas apiladas en barriles como ramilletes de acero.

Miles, en mangas de camisa, estaba sentado en medio de un pasillo, rodeado de tres arcones abiertos y varios montones de papeles y pliegos. Uno de los arcones, el que al parecer acababa de abrir, estaba lleno hasta el borde de un puñado de obsoletas armas de energía, sus cartuchos desaparecidos hacía tiempo, esperó Ekaterin. Una segunda caja más pequeña parecía ser la fuente de algunos papeles. Él alzó la mirada y le dirigió una sonrisa abrumadora.

– Le dije que los desvanes eran algo digno de ver. Gracias, Pym.

Pym asintió y se retiró, dirigiendo a su señor lo que Ekaterin pudo descifrar ahora como un saludito de buena suerte.

– No exageraba usted – reconoció Ekaterin. ¿Qué tipo de pájaro disecado era ése, colgado boca abajo en un rincón, que los miraba con ojos vidriosos y malignos?

– La única vez que hice subir a Duv Galeni aquí, por poco le da un ataque. Se convirtió justo ante mis ojos en el doctor profesor Galeni, y me estuvo dando la lata durante horas, días, quejándose de que no hubiéramos catalogado esta basura. Todavía insiste, si cometo el error de recordárselo. Y yo que pensaba que la sala de documentos protegida de los cambios de temperatura que instaló mi padre sería suficiente... – Le indicó que se sentara en un cofre de nogal pulido.

Ella se sentó y le sonrió en silencio. Debería darle la mala noticia y marcharse. Pero él estaba de buen humor, y odiaba desconcertarlo. ¿Cuándo se había convertido su voz en una caricia para sus oídos? Que hablara un poquito más...

– Por cierto, lo que he encontrado tal vez le parezca interesante – extendió la mano hacia un bulto cubierto por una gruesa tela de lino blanco, y luego indicó el arcón de las armas –. La verdad es que esto es bastante interesante también, más en la línea de Nikki. ¿Aprecia lo grotesco? A mí me habría parecido fabuloso cuando tenía su edad. No sé cómo se me pasó por alto... ah, claro, el abuelo tendría las llaves. – Alzó una bolsa marrón y echó un vistazo a su contenido –. Creo que esto es un saco de cueros cabelludos cetagandanos. ¿Quiere verlos?

– Verlos, tal vez. Tocarlos, no.

Él abrió el saco para que ella lo inspeccionara. Las mondas parecidas a pergaminos amarillentos y secos con mechones colgando o, en algunos casos, cayéndose, le parecieron en efecto cueros cabelludos humanos.

– Puaff. ¿Los consiguió su abuelo en persona?

– Mm, posiblemente, aunque parecen demasiados para un solo hombre, incluso para el General Piotr. Creo que lo más probable es que se los ofrecieran sus guerrilleros como trofeo. Muy bonito todo, pero ¿qué podía hacer con esto? No los podía tirar, son *regalos*.

– ¿Qué va a hacer usted?

Él se encogió de hombros, y volvió a dejar la bolsa en el arcón.

– Si Gregor necesitara enviar un sutil insulto diplomático al Imperio Cetagandano, cosa que no necesita ahora, supongo que podríamos enviarlas con unas disculpas estudiadas. No se me ocurre otro uso para esto, ahora mismo.

Cerró el arcón, rebuscó en un montón de llaves que había junto a en su rodilla y le echó el cerrojo. Se puso de rodillas, le dio la vuelta a una caja, colocó encima el objeto envuelto y retiró el lienzo para que ella lo inspeccionara.

Era una hermosa silla antigua, similar a la de caballería pero más liviana, para una dama. Su oscuro cuero estaba primorosamente repujado con un diseño de hojas, helechos y flores, la tripa rota. Hojas de arce y olivo, grabados delicadamente en el cuero, rodeaban una V flanqueada por una B y una K más pequeñas encerradas en un óvalo. Más bordados, de colores sorprendentemente brillantes, repetían el diseño floral en una almohadilla.

– Tiene que haber una brida a juego, pero todavía no le he encontrado – dijo Miles, siguiendo con los dedos las iniciales –. Es una de las sillas de mi abuela paterna. La esposa del general Piotr, la princesa y condesa Olivia Vorbarra Vorkosigan. Está claro que la usaba bastante. Nunca pudieron convencer a mi madre para que cabalgara (nunca he podido descubrir por qué no), y tampoco era una de las pasiones de mi padre. Así que el abuelo tuvo que enseñarme a mantener viva la tradición. Pero no tuve tiempo para cultivarla ya de adulto. ¿No dijo usted que cabalgaba?

– No lo he hecho desde que era una niña. Mi tía-abuela tenía un poni para mí... aunque sospecho que le era más útil para abonar el jardín– mis padres no tenían casa en la ciudad. Era una bestia gorda y de mal genio, pero yo lo adoraba – Ekaterin sonrió al recordar –. Las sillas eran un poco opcionales.

– Estaba pensando que tal vez pudiéramos hacerla reparar y poner a punto, y volver a darle uso.

– ¿Uso? ¡Pero si tendría que estar en un museo! Hecha a mano... absolutamente única... históricamente importante... ¡no soy capaz de imaginar cuánto podría conseguirse en una subasta!

– Ah... tuve la misma discusión con Duv. No fue sólo hecha a mano, fue hecha a medida, especialmente para la princesa. Probablemente un regalo de mi abuelo. Imagínate al tipo, no sólo un trabajador sino también un artista, seleccionando el cuero, cosiendo y bordando y grabando. Me lo imagino con las manos llenas de aceite, pensando en su obra usada por su condesa, envidiado y admirado por sus amigos, siendo parte de este... de esa obra de arte que fue su vida – su dedo acarició las hojas alrededor de las iniciales.

El valor que ella imaginaba que tenía la silla aumentó al oír sus palabras.

– ¡Por el amor de Dios, haga que la taseen primero!

– ¿Por qué? ¿Para donarla a un museo? No necesito ponerle precio a mi abuela para eso. ¿Para vendérsela a un coleccionista que la atesore como si fuera dinero? Que atesore dinero, si eso

es todo lo que quiere. El único coleccionista que merecería la pena sería alguien que estuviera obsesionado personalmente con la princesa-y-condesa, uno de esos hombres que se enamoran a través del tiempo. No. Le debo a su creador darle un uso *adecuado*, usarla como él pretendió.

El ama de casa con problemas económicos que había en ella (la esposa agobiada de Tien) se quedó horrorizada. Su alma secreta resonó como una campana con las palabras de Miles. Sí. Así era como tenía que ser. Esta silla pertenecía a una dama, no a una vitrina. Los jardines estaban hechos para ser vistos, olidos, caminados, disfrutados. Cien medidas objetivas no explicaban el valor de un jardín; sólo el deleite de quienes lo disfrutaban lo hacía. Sólo el uso hacía que *significara* algo. ¿Cómo había aprendido Miles eso? *Sólo por esto podría amarte...*

– Bueno – él sonrió en respuesta a su sonrisa y tomó aire –. Dios sabe que necesito empezar a hacer algún ejercicio, o toda esta diplomacia culinaria a la que me entrego en estos días hará que fracasen los intentos de Mark por diferenciarse de mí. Hay varios parques en la ciudad con circuitos. Pero no es muy divertido cabalgar solo. ¿Cree que estaría dispuesta a hacerme compañía? – parpadeó, un poco ingenuamente.

– Me encantaría – se sinceró ella –, pero no puedo.

Pudo ver en sus ojos una docena de contraargumentos, dispuestos a salir al ataque. Alzó una mano para impedir que empezara a farfullar. Debía poner fin a este momento de pretendida felicidad antes de que su voluntad se rompiera. Su acuerdo forzoso con Vassily sólo le permitía un bocado de Miles, no una comida. No un banquete... De vuelta a la cruda realidad.

– Ha sucedido algo. Ayer, Vassily Vorsoisson y mi hermano Hugo vinieron a verme. Impulsados, al parecer, por una desagradable carta de Alexi Vormoncrief.

Lisa y llanamente relató su visita. Miles se sentó sobre los talones, el rostro tenso, escuchando con atención. Por una vez, no la interrumpió.

– ¿Aclaró sus dudas? – preguntó despacio, cuando ella se detuvo para recuperar el aliento.

– Lo *intenté*. Era exasperante verlos... ignorar mi palabra, en favor de esas sórdidas insinuaciones de ese idiota de Alexi, nada menos. Hugo estaba verdaderamente preocupado por mí, supongo, pero Vassily está lleno de ideas sobre el deber familiar y la depravada decadencia de la capital.

– Ah. Un romántico, ya veo.

– ¡Miles, estaban dispuestos a llevarse a Nikki! Y no tengo ningún medio legal de luchar por su custodia. Aunque llevara a Vassily ante los tribunales del Distrito Vorbretten, no podría demostrar que no es digno... no sería cierto. Es sólo un ingenuo. Pero pensé... demasiado tarde, anoche, en la clasificación de seguridad de Nikki. ¿Haría SegImp algo para detener a Vassily?

Miles frunció el ceño, meditabundo.

– Posiblemente... no. No es que quiera llevarse a Nikki a otro planeta. SegImp no podría

poner ninguna objeción al hecho de que Nikki vaya a vivir a una zona militar... de hecho, probablemente considerarán que es un sitio más seguro que la casa de su tío o la mansión Vorkosigan. Más anónimo. Imagino que tampoco estarán demasiado ansiosos de que un pleito atraiga más atención pública hacia el asunto komarrés.

– ¿Lo silenciarían? ¿Por el bien de quién?

– Por el suyo – siseó él entre dientes –, si yo se lo pidiera, pero sería propio de ellos hacerlo de manera que proporcionara el máximo apoyo a la tapadera... que es como llaman a esta calumnia de asesinato sus estrechas mentes esta semana. Apenas me atrevo a hacer nada: sólo empeoraría las cosas. Me pregunto si alguien... me pregunto si alguien lo había previsto.

– Sé que Alexi está tirando de los hilos de Vassily. ¿Cree que alguien estará tirando de los hilos de Alexi, tratando de hacer que pique usted para que haga un movimiento en falso?

Eso la convertiría a ella en el último eslabón de una cadena con la que su enemigo oculto pretendía acorralar a Miles en una posición insostenible. Darse cuenta de eso la dejó helada. Pero eso sólo sería si ella, y Miles, hacían lo que el enemigo esperaba.

– Yo... um. Posiblemente – su gesto de preocupación aumentó –. Es mucho mejor que su tío resuelva las cosas, en privado, dentro de la familia. ¿Todavía tiene que volver a Komarr antes de la boda?

– Sí, pero sólo si sus *asuntillos técnicos* no se complican más de lo que espera.

Miles hizo un gesto de comprensión.

– No hay garantías entonces, bien. – Hizo una pausa –. El Distrito Vorbretten, ¿eh? Si las cosas se ponen feas, podría pedirle un favor a René Vorbretten, y hacer que él, ah, resolviera las cosas. Podría usted saltarse los tribunales y apelar directamente a él. Yo no tendría que implicar a SegImp o aparecer en el asunto. Pero eso no funcionaría si Sigur es conde del Distrito Vorbretten para entonces.

– No quiero que las cosas se pongan feas. No quiero preocupar más a Nikki. Ya lo ha pasado bastante mal – estaba tenso y temblorosa, aunque no sabía si de miedo o de furia o de una venenosa combinación de ambas cosas.

Miles se puso en pie, se acercó, se sentó junto a ella sobre el cofre de nogal y le dirigió una mirada interrogativa.

– De un modo u otro, todo acabará. Dentro de dos días, el Consejo de Condes tendrá que votar el asunto de la herencia de los Distritos. Cuando la votación termine, la motivación política para causarme problemas con esta acusación se evaporará, y todo el asunto empezará a disolverse. – Eso habría parecido muy conveniente si no hubiera añadido –: Espero.

– No debería haber sugerido ponerlo a usted en cuarentena hasta que acabe mi año de luto. Debería haber probado primero con la Feria de Invierno. Se me ocurrió demasiado tarde. Pero no

puedo arriesgar a Nikki, no puedo. No cuando hemos llegado tan lejos, sobrevivido a tanto.

– Bueno. Creo que no se equivoca siguiendo su instinto. Mi abuelo tenía un viejo dicho de la caballería: «Tienes que atravesar el terreno duro lo más ligero que puedas.» No llamaremos la atención durante una temporada para no preocupar al pobre Vassily. Y cuando su tío regrese, hablará con él – la miró de reojo –. O, naturalmente, podría simplemente no verme durante un año, ¿eh?

– Eso no me gustaría nada – admitió ella.

– Ah – una comisura de su boca se torció hacia arriba. Después de una pequeña pausa, dijo – : Bueno, ni tampoco es aceptable.

– Pero Miles, di mi palabra. No quería, pero lo hice.

– Obligada. Una retirada táctica no es mala respuesta a un ataque sorpresa, ¿sabe? Primero se sobrevive. Luego se estudia el terreno. Después se contraataca.

De algún modo, involuntariamente, su muslo quedó junto al suyo, no tocándose, pero sí cálido y sólido a través de dos capas de tela, gris y negra. Ella no podía apoyar exactamente la cabeza sobre su hombro para que la consolara, pero podía deslizar el brazo alrededor de su cintura y apoyar la mejilla en su coronilla. Sería una sensación agradable, tranquilizadora hasta el corazón. *No debería hacer eso.*

Sí, debería. Ahora y siempre... No.

Miles suspiró.

– Alcanzado por mi reputación. Y yo que pensaba que las únicas opiniones que importaban eran las tuyas, las de Nikki y las de Gregor. Me olvidaba de las de Vassily.

– Y yo también.

– Mi padre me dio una definición: me dijo que la reputación era lo que los demás sabían acerca de ti, pero el honor era lo que tú sabías de ti mismo.

– ¿Era eso a lo que se refería Gregor cuando le ordenó que hablara con él? Su padre parece sabio. Me gustaría conocerlo.

– Él también quiere conocerla a usted. Por supuesto, inmediatamente me preguntó cómo me llevaba conmigo mismo. Tiene ese... ese ojo.

– Creo... que sé lo que quiere decir.

Ekaterin hubiese podido tomar su mano, apoyada sobre su muslo tan cerca del suyo. Sin duda la sentiría cálida y tranquilizadora en su palma... *Te has traicionado antes, hambrienta de una caricia.* No.

– El día en que murió Tien, pasé de ser el tipo de persona que cumplía, y mantenía, un juramento, a ser alguien que lo rompía por la mitad y continuaba su camino. Mi juramento me había costado el mundo, o al menos... había cambiado el mundo por él. Sigo sin saber si lo cambié por

nada o no. Supongo que Tien no habría salido de esa estúpida forma aquella noche si yo no lo hubiera sorprendido diciéndole que me marchaba – guardó silencio durante un instante. La habitación estaba muy silenciosa. Las gruesas paredes de piedra mantenían fuera los ruidos de la ciudad –. No soy quien era. No puedo volver atrás. No me llega a gustar aquello en que me he convertido. Sin embargo... aguanto. Pero apenas sé cómo continuar a partir de aquí. Nadie me dio jamás un mapa para esta carretera.

– Ah – dijo Miles –. Ah. Eso – no parecía sorprendido en lo más mínimo, lo decía con mucha convicción.

– Hacia el final, mi juramento era lo único que me quedaba y que no había sido destruido. Cuando traté de hablar con tía Vorthys al respecto, ella intentó decirme que no importaba, porque todo el mundo pensaba que Tien era un gilipollas. Verá... no tiene nada que ver con Tien, santo o monstruo. Se trataba de mí y de mi palabra.

Se encogió de hombros.

– ¿Qué es tan difícil de entender? Para mí está clarísimo.

Ella volvió la cabeza y le miró a la cara, que mostraba paciente curiosidad. Sí, él comprendía perfectamente... sin embargo no intentó consolarla disminuyendo su desazón, ni convencerla de que no importaba. Tenía la sensación de haber abierto la puerta de lo que ella consideraba un armario y haber salido a otro país, que se extendía ante sus ojos asombrados. *Oh*.

– Según mi experiencia – dijo –, el problema con los juramentos de «muerte antes que deshonor» es que al final, con el tiempo, acaban dividiendo el mundo en dos tipos de personas: los muertos y los perjuros. Es un problema de supervivencia.

– Sí – reconoció ella en voz baja. *Lo sabe. Lo sabe todo, hasta aquella amarga mancha de pesar en el fondo del alma. ¿Cómo lo sabe?*

– Muerte antes que deshonor. Bueno, al menos nadie puede quejarse de que lo haya desordenado... ¿Sabe? – empezó a apartar la mirada, pero luego se giró y la miró directamente a los ojos. Tenía el rostro algo pálido –. No me dieron exactamente la baja médica en SegImp. Illyan me despidió. Por falsificar un informe sobre mis ataques.

– Oh – dijo ella –. No lo sabía.

– Sé que no lo sabía. No voy por ahí exactamente anunciándolo, por razones bien obvias. Intentaba aferrarme con tanta fuerza a mi carrera... el almirante Naismith lo era todo para mí, vida y honor y casi toda mi identidad por entonces... Me lo cargué todo. No es que lo preparara yo mismo.

»El almirante Naismith empezando siendo una mentira, y más tarde se me ocurrió hacer que fuera real. Y funcionó muy bien, durante algún tiempo; el pequeño almirante me proporcionó todo lo que siempre quise. Con el tiempo empecé a pensar que todos mis pecados podrían redimirse de

esa forma. Déjalo ahora, arréglalo más tarde. Lo mismo que intenté hacer con usted. Ni siquiera el amor es tan fuerte como la costumbre, ¿eh?

Ahora ella sí que se atrevió a rodearlo con el brazo. No había ningún motivo para que ambos pasaran hambre... durante un momento. Él se quedó tan inquieto como un hombre que coloca comida delante de un animal salvaje, tratando de acercarlo a su mano. Avergonzada, ella retiró el brazo.

Tomó aire y se aventuró a decir.

– Costumbres. Sí. Siento que estoy medio lisiada por antiguos reflejos – *viejas cicatrices mentales* –. Tien... nunca parece estar a más allá de un pensamiento de distancia. ¿Cree que su muerte se desvanecerá alguna vez?

Ahora él no la miró. ¿No se atrevía?

– No puedo responder por usted. Mis fantasmas parecen acompañarme siempre, la mayoría sin que se lo pida. Su densidad se reduce gradualmente, o me he acostumbrado. – Contempló el desván, resopló y añadió –: ¿Le he contado alguna vez cómo maté a mi abuelo? ¿El gran general que sobrevivió a todo, a los cetagandanos, al Loco Yuri, a todo lo que este siglo le arrojó?

Ella se negó a picar el anzuelo y no tuvo la reacción de sorpresa que él creía que merecía aquella dramática declaración, así que se limitó a levantar las cejas.

– Lo decepcioné de muerte el día en que suspendí los exámenes de entrada en la Academia y perdí mi primera oportunidad de hacer una carrera militar. Murió esa noche.

– Naturalmente, usted fue la causa – dijo ella secamente –. Sin duda no tuvo nada que ver con que ya tuviera casi cien años.

– Sí, claro, lo sé – Miles se encogió de hombros y la atravesó con la mirada –. Usted sabe también que la muerte de Tien fue un accidente.

– Miles – dijo ella, después de una pausa larga y reflexiva –, ¿está intentando quitar importancia a mis muertos?

Sorprendido, él empezó a dar forma a una indignada negativa, que se debilitó hasta convertirse en un «Oh». Apoyó suavemente la frente sobre su hombro, como si se golpeará la cabeza contra un muro. Cuando Miles volvió a hablar, la furia de su voz no consiguió ocultar su profunda angustia.

– ¿Cómo puede soportarme? ¡Ni yo mismo puedo soportarme!

Creo que ésa ha sido la verdadera confesión. Sin duda llegamos al final el uno del otro.

– Sh. Sh.

Ahora fue él quien le tomó la mano, y sus dedos se tensaron tan cálidamente como un abrazo. Ekaterin no retiró la suya, sorprendida, aunque un extraño escalofrío la recorrió. *¿No es obligarte a pasar hambre una traición, también, yo contra mí misma?*

– Por emplear la terminología psicológica betana de Kareen – dijo, un poco inquieta –, tengo esa cosa con los juramentos. Cuando usted se convirtió en Auditor Imperial, hizo otro juramento. Aunque una vez perjurara. ¿Cómo pudo hacerlo?

– Oh – dijo él, mirando en derredor vagamente –. Cuando le dieron su honor, ¿no le dieron un modelo con botón de reinicio? El mío está por aquí – se señaló el ombligo.

Ella no pudo evitarlo: soltó una carcajada que resonó entre las vigas. Algo en su interior, apretujado hasta el punto de ruptura, se soltó con esa risa. Cuando él la hacía reír de aquella forma, era como si la luz y el aire entraran en heridas demasiado profundas y dolorosas, suministrando una oportunidad de curación.

– ¿Sirve para eso? No lo sabía.

Él sonrió y volvió a tomarla de la mano.

– Una mujer muy sabia me dijo una vez... continúa. Nunca me han dado ningún otro consejo que no se reduzca a eso, al final. Ni siquiera mi padre.

Quiero estar contigo siempre, para que puedas hacerme reír. Él le miró la palma de la mano como si quisiera besarla. Estaba tan cerca que ella notaba su respiración, sus ritmos simultáneos. El silencio se prolongó. Había venido a renunciar a él, no a una sesión de besos... si esto seguía así, acabaría besándolo. Su olor le llenaba la nariz, la boca, parecía correr por su sangre hasta la última célula de su cuerpo. La intimidad de la carne parecía fácil, después de la intimidad mucho más aterradora de la mente.

Finalmente, con un esfuerzo enorme, ella se enderezó. Con igual esfuerzo él le soltó la mano. Le latía el corazón como si hubiera estado corriendo. Intentando controlar la voz, dijo:

– Entonces su opinión es que deberíamos esperar a que mi tío se encargue de Vassily. ¿Cree que toda esta tontería es una trampa?

– Huele a trampa. No puedo decir todavía de dónde viene el hedor. Podría ser solamente Alex intentando desquitarse de mí.

– Pero hay que considerar quiénes son los amigos de Alexi. Ya veo – procuró mostrarse alegre –. Bien, ¿va a darles una buena a Richars y al grupo de Vormoncrief, pasado mañana en el Consejo?

– Ah – dijo él –. Hay algo que quería enseñarle. – Apartó la mirada, se acarició los labios, miró hacia atrás. Todavía estaba sonriendo, pero sus ojos se habían puesto serios, casi sombríos –. Creo que he cometido un error. ¿Ya, uh, sabe que Richars Vorrutyer se aprovechó de esta calumnia como palanca para intentar arrancarme su voto?

– Había supuesto que pasaba algo así. No creía que fuera algo tan descarado.

– Desagradable, en realidad – hizo una mueca –. Como el chantaje no era una conducta que yo deseara recompensar, mi respuesta fue poner todo mi empeño en Dono.

– ¡Bien!

Él sonrió, pero sacudió la cabeza.

– Richars y yo nos encontramos ahora en un punto muerto. Si él gana el condado, lo abierto de mi postura casi lo obligará a cumplir su amenaza. En ese momento, tendrá el derecho y el poder. No actuará inmediatamente... espero que tarde algunas semanas en ganarse aliados y recuperar fuentes. Y si tiene algo de inteligencia táctica, esperará a que pase la boda de Gregor. Pero lo hará.

Ekaterin sintió que el estómago se le tensaba.

– ¿Puede deshacerse de usted acusándolo del asesinato de Tien? Creía que un cargo así sería descartado.

– Bueno, si mentes más sabias no pueden convencer a Richars de lo contrario... los detalles se complican. De hecho, cuanto más lo pienso, más complicado parece – extendió los dedos sobre su rodilla y empezó a enumerar –. El asesinato queda descartado – por su mueca, eso era una broma. Casi –. Gregor no lo autorizaría por algo que no fuera traición descarada, y Richars es embarzosamente leal al Imperio. Por lo que sé, cree de verdad que yo asesiné a Tien, cosa que lo convierte en un hombre honrado, más o menos. Llevar a Richars aparte y contarle la verdad sobre Komarr queda descartado también. Espero un montón de maniobras en torno a la falta de pruebas, y un veredicto de No Demostrado. Bueno, SegImp podría crear algunas pruebas, pero me inquieta pensar de qué tipo. Ni mi reputación ni la suya serán su máxima prioridad. Y usted se verá salpicada en algún momento, y yo... no estaré al control cuando eso suceda.

Ella descubrió que estaba apretando los dientes. Se pasó la lengua por los labios, para aflojar los tensos músculos de la mandíbula.

– Soportarlo todo era mi especialidad. En los viejos tiempos.

– Esperaba ofrecerle tiempos nuevos.

Ella apenas supo qué decir, así que encogió los hombros.

– Hay otra posibilidad. Otra forma de poder desviar este... estercolero.

– ¿Sí?

– Puedo ceder. Dejar de hacer campaña. Que el voto del Distrito Vorkosigan sea la abstención... no, eso no podría reparar los daños. Votar por Richars, entonces. Echarme atrás públicamente.

Ella tomó aire. *¡No!*

– ¿Le ha pedido Gregor que haga eso? ¿O SegImp?

– No. Todavía no, al menos. Pero me preguntaba... si usted querría que lo hiciera.

Ella apartó la mirada, durante tres largos segundos. Cuando volvió a mirarlo, dijo en tono pausado:

– Creo que los dos tendríamos que usar ese botón de reinicio suyo, después de todo.

Él casi no cambió de expresión, pero un levisimo gesto asomó en la comisura de su boca.

– Dono no tiene suficientes votos.

– Mientras tenga el suyo... debería sentirme satisfecha.

– Siempre que comprenda lo que probablemente pasará.

– Lo comprendo.

Él suspiró.

¿No había nada que ella pudiera hacer para contribuir a su causa? Bueno, los enemigos ocultos de Miles no estarían tirando de tantos hilos si no quisieran producir algunos movimientos incómodos. Había que quedarse quietos, entonces, y en silencio... no el silencio de la presa acobardada, sino el del cazador que espera. Observó a Miles. Su rostro era la habitual máscara alegre, pero por dentro estaba tenso y nervioso.

– Por curiosidad, ¿cuándo fue la última vez que usó el estimulador de ataques?

Miles no la miró a los ojos.

– Ha... pasado algún tiempo. He estado demasiado ocupado. Tengo que hacerlo un día de éstos.

– ¿Y esperar a que le pase en la cámara del Consejo el día de la votación? No. Creo que tiene que depositar un par de votos. Úselo esta noche. ¡Prométamelo!

– Sí, señora – dijo él humildemente. Por el brillo de su mirada, no estaba tan deprimido como su expresión abatida sugería –. Lo prometo.

Promesas.

– Tengo que irme.

Él se levantó sin discusión.

– La acompañaré.

Salieron codo con codo, abriéndose paso por el pasillo entre los fragmentos de historia arrinconada.

– ¿Cómo llegó hasta aquí?

– En autotaxi.

– ¿Puedo hacer que Pym la lleve a casa?

– Claro.

Al final, la acompañó, en el asiento trasero del enorme coche blindado. Hablaron de nimiedades, como si tuvieran todo el tiempo del mundo. El trayecto fue breve. No se tocaron al despedirse. El coche se marchó. El dosel plateado lo ocultó... todo.

Ivan tenía calambres en la cara de tanto sonreír. En el Castillo Vorhartung se celebraba esa noche la recepción que el Consejo de Condes ofrecía a la delegación komarresa recién llegada para

la boda de Gregor, que los komarreses insistían en llamar la boda de Laisa. Luces y flores decoraban el gran recibidor, la gran escalera de la galería de la cámara del Consejo y el gran salón donde había tenido lugar la cena. Fue un acto doble, en el que se celebraba también la votación (para algunos impuesta, dependiendo de su punto de vista político) sobre el espejo solar que el Consejo había efectuado la semana anterior. Era un regalo de boda imperial de dimensiones verdaderamente planetarias.

El banquete fue seguido por discursos y la presentación en holovid de los planos no sólo del espejo solar, vital para la terraformación en marcha de Komarr, sino también de los de una nueva estación de salto que sería construida por un consorcio conjunto de Barrayar y Komarr, que incluía las Industrias Toscane y Vorsmythe S.L. A Ivan su madre le había encasquetado una heredera komarresa para que lo acompañara en aquella velada íntima de quinientas personas: lástima que tuviera más de sesenta años, estuviera casada y fuera la tía de la futura emperatriz.

Sin dejarse intimidar por los Altos Vor que la rodeaban, la alegre anciana se comportó con serenidad. Poseía un buen pellizco de Inducirás Toscane, un par de miles de acciones planetarias komarresas y una nieta soltera a quien ofrecía en su dote. Ivan, al admirar la vidfoto, estuvo de acuerdo en que la chica era encantadora, hermosa y en que estaba clarísimo que era muy inteligente. Pero como sólo tenía siete años, había tenido que quedarse en casa. Tras acompañar diligentemente a la tía Anna y a sus acólitos por el castillo y reseñar sus más destacados rasgos históricos y arquitectónicos, Ivan consiguió reunir a todo el grupo con la multitud de komarreses que rodeaban a Gregor y Laisa, y planeó su huida. Mientras tía Anna, con voz capaz de taladrar el alboroto, informaba a la madre de Ivan que era un *chico muy lindo*, él escapó en dirección a los criados apostados junto a las paredes laterales, que servían una copa después de la cena.

Casi chocó con una joven pareja que se dirigía al pasillo lateral. Se miraban el uno al otro en vez de mirar por dónde iban. Lord William Vortashpula, heredero del conde Vortashpula, había anunciado recientemente su compromiso con lady Cassia Vorgorov. Cassie tenía un aspecto magnífico: ojos brillantes, el rostro arrebolado, un vestido ajustado... maldición, ¿se había hecho algo para aumentarse el pecho, o simplemente había madurado en los dos últimos años? Ivan estaba todavía tratando de decidir si había captado su mirada; ella sacudió la cabeza, haciendo que las flores de su tocado se agitaran, sonrió, agarró con más fuerza el brazo de su prometido y continuó adelante. Lord Vortashpula saludó distraído a Ivan antes de que ella se lo llevara.

– Bonita chica – rezongó una voz junto a Ivan, haciéndole dar un respingo. Ivan se volvió y encontró a su primo lejano, el conde Falco Vorpatril, que le miraba por debajo de sus feroces cejas grises –. Lástima que perdieras tu oportunidad con ella, Ivan. Te dio la patada por alguien mejor, ¿eh?

– Cassie Vorgorov no me ha dado ninguna patada – dijo Ivan, un poco acalorado –. Nunca la

llegué a cortejar.

La risotada de Falco fue desagradablemente incrédula.

– Tu madre me dijo que Cassie llegó a estar colada por ti. Parece haberse recuperado bien. Cassie, no tu madre, pobre mujer. Aunque lady Alys parece haberse recuperado de todas sus decepciones en tus malhadados asuntos amorosos también – miró al grupo que rodeaba al Emperador, en el que Illyan asistía a lady Alys con su habitual elegancia.

– Ninguno de mis asuntos amorosos fue malhadado – dijo Ivan, envarado –. Todos llegaron a una conclusión agradablemente mutua. Yo *decido* dejar el campo.

Falco simplemente sonrió. Ivan, que no quiso seguir picando el anzuelo, saludó con un gesto al viejo pero estirado conde Vorhalas, que acompañaba a su viejo colega Falco. Falco era un conservador progresista, o un progresista conservador, un notable corcho que flotaba en ambos bandos. Vorhalas había sido un hombre clave en la oposición conservadora a la máquina centrista dirigida por Vorkosigan desde que Ivan podía recordar. No era un líder del partido, pero la reputación de su integridad de hierro lo convertía en el hombre a quien miraban todos los demás para fijar el nivel.

Miles se les acercó entonces, sonriendo tenso, las manos en los bolsillos de su uniforme Vorkosigan marrón y plata. Ivan se preparó para agacharse y escapar de la línea de fuego, por si Miles estaba buscando voluntarios para el plan de locos que se le hubiera ocurrido en ese momento, pero éste simplemente le dirigió un saludito. Murmuró un saludo a los dos condes y dirigió a Óbralas un respetuoso gesto de asentimiento, que el anciano respondió después de un instante.

– ¿Y ahora adónde, Vorkosigan? – preguntó Falco –. ¿Va a ir a esa recepción en la mansión Vorsmythe después de esto?

– No, el resto del equipo se encargará de eso. Yo me uniré al grupo de Gregor – vaciló y luego sonrió –. A no ser, quizá, que ustedes dos, caballeros, estén dispuestos a reconsiderar la solicitud de lord Dono y prefieran ir a algún sitio a discutirlo.

Vorhalas se limitó a sacudir la cabeza, pero Falco soltó una carcajada.

– Ríndase, Miles. No hay nada que hacer. Dios sabe que lo ha intentado todo... al menos, sé que me he tropezado con usted en todos los lugares a los que fui la semana pasada, pero me temo que los progresistas van a tener que contentarse con la victoria del regalo del espejo solar.

Miles contempló la multitud ya en retirada y se encogió de hombros. Ivan sabía que había trabajado lo suyo a favor de Gregor y su votación, además de en su intensa campaña a favor de Dono y René. No era extraño que pareciera agotado.

– Todos hemos cooperado en bien del futuro. Creo que la ampliación de ese espejo dará frutos para el Imperio mucho antes de que la terraformación haya terminado.

– Mm – dijo Vorhalas, neutral. Se había abstenido en la votación del espejo, pero la mayoría

de Gregor no se había visto afectada por ello.

– Ojalá Ekaterin hubiera podido estar aquí esta noche para verlo – añadió Miles tristemente.

– Sí, ¿por qué no la has traído? – preguntó Ivan. No comprendía la estrategia de Miles en aquel asunto; pensaba que la pareja actuaría mejor desafiando abiertamente la opinión pública, obligando así a todo el mundo a retractarse. Una bravata así habría estado más en la línea de Miles.

– Ya veremos. Después de mañana. Ojalá no existiera la maldita votación – añadió entre dientes.

Ivan sonrió y bajó la voz para responderle.

– ¿Qué, y tú tan betano como eres? Medio betano. Creía que aprobabas la democracia, Miles. ¿No te gusta, después de todo?

Miles sonrió y evitó picar el anzuelo. Se despidió de los condes veteranos y se marchó, un poco envarado.

– El chico de Aral no tiene buen aspecto – comentó Vorhalas, contemplándolo.

– Bueno, tuvieron que retirarlo del Servicio con una baja médica – concedió Falco –. Es extraño que pudiera servir tanto tiempo como lo hizo. Supongo que sus viejos problemas le pasaron factura.

Eso era cierto, reflexionó Ivan, pero no en el sentido que pretendía Falco. Vorhalas parecía un poco sombrío, pensando posiblemente en los daños prenatales que la soltoxina había causado a Miles y en la dolorosa historia familiar de los Vorhalas relacionada con el caso. Ivan, apiadándose del viejo, intervino.

– No, señor. Fue herido en cumplimiento del deber.

De hecho, aquel tono de piel grisácea y los movimientos vacilantes sugerían que Miles acababa de sufrir uno de sus ataques hacía poco.

El conde Vorhalas lo miró, pensativo.

– Bien, Ivan. Sabes más cosas de él que nadie. ¿Qué opinas de esa fea historia que va por ahí rondando sobre él y el difunto esposo de esa señora Vorsoisson?

– Creo que es una invención, señor.

– Alys dice lo mismo – observó Falco –. Yo diría que si hay alguien en posición de saber la verdad, es ella.

– Eso te lo garantizo. – Vorhalas miró hacia el entorno del Emperador, al otro lado del salón –. También creo que es completamente leal a los Vorkosigan y que mentiría sin vacilación para proteger sus intereses.

– Tiene razón a medias, señor – dijo Ivan, molesto –. Ella es completamente leal.

Vorhalas hizo un gesto conciliador.

– No me muerdas, muchacho. Supongo que nunca sabremos la verdad. Uno aprende a vivir

con ese tipo de inseguridades, según se va haciendo viejo.

Ivan se tragó una respuesta airada. El conde Vorhalas era la sexta persona que le preguntaba de manera más o menos directa por los asuntos de su primo aquella noche. Si Miles tenía que soportar la mitad de todo esto, no era extraño que pareciera agotado. Aunque, reflexionó Ivan detenidamente, era probable que muy pocos hombres se atrevieran a hacerle esas preguntas a la cara... lo cual significaba que Ivan estaba atrayendo todo el fuego dirigido a Miles. Típico, muy típico.

Falco se volvió hacia Vorhalas.

– Si no vas a ir con los Vorsmythe, ¿por qué no te vienes conmigo a la mansión Vorpatril? Allí podremos al menos beber sentados. Quisiera tener una charla tranquila contigo respecto a ese proyecto de regadío.

– Gracias, Falco. Eso parece mucho más descansado. Nada como la perspectiva de enormes sumas de dinero cambiando de manos para generar cansina excitación entre nuestros colegas.

Ivan llegó a la conclusión de que las industrias del Distrito de Vorhalas habían perdido el pellizco en esta oportunidad económica komarresa. La sensación de abotargamiento que empezó a embargarlo no tenía nada que ver con que hubiera bebido demasiado; de hecho, sugería que había bebido demasiado poco. Estaba a punto de continuar su viaje hacia el bar cuando una distracción aún mejor se le cruzó por delante.

Olivia Koudelka. Llevaba un vestido blanco y beige que de algún modo recalcaba su timidez rubia. Y estaba *sola*. Al menos temporalmente.

– Ah. Disculpen, caballeros. Veo a una amiga necesitada.

Ivan escapó de los vejestorios, hinchó el pecho, con una sonrisa iluminándole el rostro y el cerebro en hipervelocidad. La amable Olivia siempre había quedado eclipsada a sus ojos por sus hermanas mayores y más osadas, Delia y Martya. Pero Delia había elegido a Duv Galeni, y Martya había rechazado las pretensiones de Ivan de forma no demasiado clara. Tal vez... tal vez había dejado de zarandear el árbol familiar Koudelka demasiado pronto.

– Buenas noches, Olivia. Qué bonito vestido. – Sí, las mujeres dedicaban tanto tiempo a su ropa, que siempre era bueno empezar reconociendo el esfuerzo –. ¿Te diviertes?

– Oh, hola, Ivan. Sí, desde luego.

– No te había visto antes. Mamá me puso a trabajar de guía para los komarreses.

– Llegamos bastante tarde. Ésta es nuestra cuarta parada esta noche.

¿Llegamos?

– ¿Está aquí el resto de la familia? He visto a Delia con Duv, desde luego. Estaba con el grupito de Gregor.

– ¿Ah, sí? Bueno. Tendremos que decirles hola antes de irnos.

– ¿Qué vais a hacer después de esto?

– Vamos a ese agobio de la mansión Vorsmythe. Potencialmente es muy valioso.

Mientras Ivan trataba de descifrar esta última observación, Olivia alzó la cabeza y vio a alguien. Sus labios sonrieron y sus ojos se iluminaron, recordando a Ivan por un momento los de Cassie Vorgorov. Alarmado, siguió su mirada. Pero allí no había nadie a excepción de lord Dono Vorrutyer, que al parecer acababa de despedirse de su vieja amiga la condesa Vormuir. La condesa, esbelta, con un vestido rojo que contrastaba sorprendentemente con el sobrio negro de Dono, le dio a éste una palmadita en el brazo, se echó a reír y se marchó. La condesa Vormuir seguía separada de su marido, por lo que Ivan sabía; se preguntó qué estaría haciendo Dono con ella. Le idea le dio calambres en el cerebro.

– La mansión Vorsmythe, ¿eh? – dijo Ivan –. Tal vez vaya. Puedo garantizar que sacarán el vino bueno para la ocasión. ¿Cómo vas a ir?

– En vehículo de tierra. ¿Quieres que te llevemos?

Perfecto.

– Vaya, sí, gracias.

Había venido con su madre e Illyan, según él para evitar que su zumbador se quedara atascado en el jaleo a la hora de aparcar, según ella para poder asegurarse de que aparecía para cumplir con el deber que le habían encomendado. No había previsto que la ausencia de coche propio resultara una ayuda táctica. Le sonrió animoso a Olivia.

Dono se acercó a ellos, sonriendo de una manera peculiarmente satisfecha que recordó a Ivan a la perdida lady Donna. Dono no era una persona con la que a Ivan le gustaba que lo emparejaran en público. Quizá consiguiera que el saludo fuera breve, para poder marcharse pronto con Olivia.

– Parece que se despiden – le dijo Dono a Olivia. Saludó a Ivan con un gesto –. ¿Le digo a Szabo que traiga ya el coche?

– Tendríamos que ver antes a Delia y Duv. Luego podremos irnos. Oh, me ofrecí a llevar a Ivan con nosotros a la mansión Vorsmythe. Creo que habrá espacio.

– Por supuesto – sonrió alegremente Dono.

– ¿Aceptó el paquete? – le preguntó Olivia a Dono, dirigiendo la vista hacia el destello rojo que ahora se perdía entre la multitud.

La sonrisa de Dono se convirtió brevemente en una mueca malévola.

– Sí.

Mientras Ivan seguía intentando, sin llegar a nada, pensar en un modo de deshacerse de la persona que proporcionaba el transporte, Byerly Vorrutyer se abrió paso entre las mesas y se acercó a ellos. Maldición. Cada vez peor.

– Ah, Dono – By saludó a su primo –. ¿Sigues pensando pasarte por casa de los Vorsmythe como última parada de la noche?

– Sí. ¿Necesitas que te llevemos también?

– Desde aquí no. Tengo otras cosas que hacer. Pero agradecería que me llevarais después a casa.

– Por supuesto.

– Vaya larga conversación que has tenido con la condesa Vormuir, allá fuera en el balcón. ¿Recordando los viejos tiempos?

– Oh, sí – Dono sonrió vagamente –. Esto y lo otro, ya sabes.

By le dirigió una mirada penetrante, pero Dono no quiso decir nada más.

– ¿Llegaste a ver al conde Vorpinski esta tarde? – preguntó Dono.

– Sí, por fin, y a un par más. Vortaine no sirvió de nada, pero al menos la presencia de Olivia le obligó a ser amable. Vorfolse, Vorhalas y Vorpatril se negaron por desgracia a escucharme.

Dono dirigió a Ivan una mirada algo ambigua por debajo de sus negras cejas.

– Bueno, no estoy tan seguro de Vorfolse. Nadie contestó a la puerta; puede que no estuviera de verdad en casa. Resulta difícil decirlo.

– Entonces, ¿cómo va el recuento de votos? – preguntó By.

– Cerca, By. Más cerca de lo que me hubiese atrevido a soñar, si te digo la verdad. La inseguridad ahora me afecta al estómago.

– Lo superarás. Ah... ¿cerca hacia qué lado?

– El equivocado. Desgraciadamente. Bueno... – Dono suspiró –, habrá sido un buen intento.

– Vas a hacer historia – dijo Olivia firmemente. Dono le dio un apretón en el brazo, y le sonrió agradecido.

Byerly se encogió de hombros, lo que para él era un gesto consolidador.

– ¿Quién sabe qué puede pasar para darle la vuelta a las cosas?

– ¿Antes de mañana por la mañana? Me temo que no mucho. La suerte está echada.

– Anímate. Aún hay un par de horas para trabajar a los hombres de la mansión Vorsmythe. Estate alerta. Te ayudaré. Nos vemos allí...

Y así Ivan se encontró no con la oportunidad de pasar un rato con Olivia, sino más bien atrapado con ella, Dono, Szabo, y otros dos soldados Vorrutyer en la parte trasera del coche oficial del difunto conde Pierre. Era uno de los pocos vehículos que Ivan había visto que pudieran competir con la reliquia de la Regencia que era el de Miles, tanto en sus lujos superfluos como en el paranoico blindaje que convertía su ritmo en una especie de avance lento. Y no es que no fuera cómodo; Ivan había dormido en habitaciones de hostales espaciales más pequeñas que aquel

compartimento trasero. Pero de algún modo Olivia había acabado sentada entre Dono y Szabo, mientras que Ivan compartía calor corporal con un par de soldados.

Ya habían recorrido dos tercios del camino hasta la mansión Vorsmythe cuando Dono, que había estado mirando a través del dosel con el entrecejo surcado de arrugas verticales, de repente se inclinó hacia delante y habló por el intercomunicador con el conductor.

– Joris, vamos a pasarnos de nuevo por la casa de Vorfolse. Lo intentaremos una vez más.

El coche dobló la siguiente esquina y dio marcha atrás. En un par de minutos, el edificio de apartamentos donde estaba el de Vorfolse apareció a la vista.

La familia Vorfolse tenía un récord notable, el de haber escogido el bando perdedor en todas las guerras barayaresas del último siglo, incluidos la cooperación con los cetagandanos y el apoyo al bando equivocado de los Pretendientes Vordarianos. El actual heredero, algo lerdo, deprimido por las muchas derrotas de sus antepasados, se ganaba la vida en la capital alquilando la vieja mansión del clan Vorfolse a una emprendedora prole de ambiciones grandiosas. En vez del escuadrón de veinte hombres permitidos, sólo tenía un soldado a su servicio, un tipo igualmente deprimido y bastante mayor, que además hacía el trabajo de sirviente. Con todo, la aprensiva negativa de Vorfolse a alinearse con cualquier facción, partido o proyecto, no importaba lo benigno que pareciera, al menos significaba que no iba a votar automáticamente *sí* a Richards. Y un voto era un voto, suponía Ivan, no importaba lo excéntrico que fuera.

Un aparcamiento estrecho y de múltiples niveles, adjunto al edificio, proporcionaba espacio para los vehículos de las residentes proles de la casa, con un suplemento sin duda. El sitio para aparcar en la capital se alquilaba normalmente por metros cuadrados. Joris internó el vehículo de Pierre en el limitado recinto y comprobó que la primera planta estaba completa.

Ivan, que planeaba quedarse en el cómodo coche con Olivia, revisó su plan cuando ella salió a acompañar a Dono. Dono dejó a Joris esperando que quedara un sitio libre y, flanqueado por Olivia y sus guardaespaldas, salió al acceso para peatones y rodeó el edificio hasta llegar a la entrada principal. Dividido entre la curiosidad y la cautela, Ivan los siguió. Con un breve gesto, Szabo dejó a uno de sus hombres en la puerta exterior y al segundo junto a la salida del tubo ascensor del segundo piso, de modo que cuando llegaron al apartamento de Vorfolse eran un grupo de cuatro, no demasiado intimidador.

Una discreta placa de latón atornillada algo torcida a la puerta sobre el número del apartamento decía «Mansión Vorfolse» con un tipo de letra que pretendía imponer, pero que, en el contexto, sólo resultaba patética. Ivan recordó que su tía Cordelia solía decir que los gobiernos eran construcciones mentales. Lord Dono tocó el timbre.

Después de varios minutos, una voz quejumbrosa sonó a través del intercomunicador. El recuadrado del visor vid permaneció en blanco.

– ¿Qué quiere?

Dono miró a Szabo y susurró:

– ¿Es Vorfelse?

– Eso parece. No tiembla lo suficiente para ser su viejo soldado.

– Buenas noches, conde Vorfelse – dijo Dono suavemente al comunicador –. Soy lord Dono Vorrutyer – señaló a sus compañeros –. Creo que ya conoce a Ivan Vorpatril, y a mi lacayo, el soldado Szabo. La señorita Olivia Koudelka. Me ha pasado a charlar con usted sobre la votación de mañana sobre el condado de mi Distrito.

– Es muy tarde – dijo la voz.

Szabo puso los ojos en blanco.

– No deseo perturbar su descanso – continuó Dono.

– Bien. Márchese.

Dono suspiró.

– Por supuesto, señor. Pero antes de marcharme, ¿se me permite al menos preguntar cómo piensa votar mañana?

– No me importa qué Vorrutyer se quede con el Distrito. Toda la familia es bazofia. A la porra con todos.

Dono tomó aire y continuó, sonriendo.

– Sí, señor, pero considere las consecuencias. Si se abstiene, y la votación no llega a una decisión, simplemente tendrá que repetirse otra vez. Y así sucesivamente, hasta que por fin se llegue a una mayoría. También quisiera resaltar que descubrirá que mi primo Richards es un tipo la mar de inquieto... de mal temperamento y dado a las riñas y las discusiones.

Tras un largo rato de silencio sin que el intercomunicador diera señales de vida, Ivan empezó a preguntarse si Vorfelse se habría ido a dormir.

Olivia se acercó al receptor y dijo animadamente:

– Conde Vorfelse, señor, si vota a favor de lord Dono, no lo lamentará. Hará un buen servicio tanto al Distrito Vorrutyer como al Imperio.

Al cabo de un momento, la voz replicó:

– Eh, eres una de las chicas del comodoro Koudelka, ¿no? ¿Apoya entonces Aral Vorkosigan esta tontería?

– Lord Miles Vorkosigan, que actúa como representante de su padre en la votación, me apoya plenamente – respondió Dono.

– Inquieto. ¡Eh! ¡Ése sí que es inquieto!

– Sin duda – reconoció Dono –. Ya lo he notado. Pero ¿cómo piensa votar?

Otra pausa.

– No lo sé. Me lo pensaré.

– Gracias, señor.

Dono les indicó a todos que levantaran el campo; su pequeño séquito lo siguió hacia los tubos ascensores.

– Eso no ha sido demasiado concluyente – dijo Ivan.

– ¿Tienes la menor idea de lo positivo que parece *me lo pensaré* comparado con algunas respuestas que me han dado? – dijo Dono tristemente –. Comparado con algunos de sus colegas, el conde Vorfolse es una fuente de liberalismo.

Recogieron al soldado y bajaron en el tubo ascensor.

– Hay que reconocer la integridad de Vorfolse – añadió Dono cuando llegaron a la planta baja –. Hay un montón de formas dudosas de despojar de fondos a su Distrito que podría emplear para llevar aquí una vida más opulenta. Pero no lo hace.

– Ja – dijo Szabo –. Si yo fuera uno de sus vasallos, lo animaría a robar algo. Sería mejor que esta miserable farsa de pobretón. Esto no es digno de un Vor. No queda bien.

Salieron del edificio con Szabo a la cabeza, Dono y Olivia el uno al lado de la otra, e Ivan detrás, seguido por los otros dos soldados. Cuando atravesaron la entrada de peatones para llegar al oscuro aparcamiento, Szabo se detuvo en seco.

– ¿Dónde demonios está el coche? – dijo. Se acercó a los labios el comunicador de muñeca –. ¿Joris?

– SI ha entrado alguien más – dijo Olivia, inquieta –, habrá tenido que sacar el coche, dar marcha atrás y rodear la manzana para dejarle paso. No hay espacio para dar la vuelta aquí dentro.

– No sin... – empezó a decir Szabo. Un silencioso zumbido lo interrumpió, surgido de ninguna parte, un sonido bastante familiar para Ivan. Szabo cayó como un leño.

– ¡Un aturdidor! – gritó Ivan, y saltó tras la columna más cercana, a su derecha. Buscó a Olivia, pero ella había saltado hacia el otro lado, con Dono. Dos disparos más alcanzaron a los soldados mientras esquivaban a izquierda y derecha, aunque uno logró disparar un tiro errático antes de desplomarse.

Ivan, agazapado entre la columna y un coche desvencijado, maldijo por estar desarmado y trató de ver de dónde venían los disparos. Columnas, coches, luz inadecuada, sombras... más allá de la rampa, una mancha oscura se separó de las sombras y desapareció entre los vehículos apretujados.

Las reglas de combate con aturdidores eran simples. Abate todo lo que se mueva y pregunta más tarde, esperando que nadie tuviera problemas de corazón. El soldado inconsciente de Dono podía proporcionar a Ivan un aturdidor, si podía alcanzarlo sin que le dieran...

Una voz desde lo alto de la rampa susurró roncamente:

– ¿Por dónde se fue?

– Hacia la entrada. Goff lo alcanzará. Dale a ese maldito oficial en cuanto lo tengas a tiro.

Al menos tres asaltantes, entonces. Supongamos que uno más. Al *menos* uno más. Maldiciendo por la situación, Ivan se apartó a cuatro patas de la columna que le protegía y trató de abrirse paso entre las filas de coches y la pared, dirigiéndose de nuevo hacia la entrada. Su pudiera llegar a la calle...

Aquello tenía que ser un rapto. Si se tratara de un asesinato, sus atacantes habrían escogido un arma mucho más mortífera, y todo el grupo sería ahora carne de hamburguesa contra las paredes. En una rendija entre dos coches, a su izquierda, se movió una sombra blanca: el vestido de fiesta de Olivia. Un sonoro golpe tras la columna, seguido de un nauseabundo ruido, como una calabaza chocando contra el suelo.

– ¡Bien! – exclamó Dono.

La madre de Olivia, recordó Ivan, había sido la guardaespaldas personal del Emperador niño. Trató de imaginar los acogedores rituales madre-hija en la casa de los Koudelka. Estaba seguro de que no se habían limitado a hornear pasteles.

Una sombra vestida de negro corrió.

– ¡Allá va! ¡Atrápalo! ¡No, no... se supone que tiene que quedar *consciente!*

Pasos a la carrera, roces y jadeos, un golpe, un grito estrangulado... Rezando para que todo el mundo estuviera distraído, Ivan se abalanzó hacia el aturridor del soldado, lo agarró y se puso de nuevo a cubierto. Desde la rampa de ascenso de la derecha llegó el chirrido de un coche que daba marcha atrás rápida e ilegalmente hacia ellos. Ivan se arriesgó a asomarse. Las puertas traseras de la furgoneta se abrieron de par en par cuando se detuvo en la curva. Dos hombres empujaron a Dono hacia allí. Dono tenía la boca abierta y se debatía, con una expresión de sorprendida agonía en el rostro.

– ¿Dónde está Goff? – ladró el conductor, asomándose para mirar a sus dos camaradas y a su presa –. ¡Goff! – gritó.

– ¿Dónde está la chica? – preguntó uno de ellos.

– Olvida a la chica – dijo el otro –. Ayúdeme con éste. Haremos el trabajo, nos lo llevaremos y saldremos de aquí antes de que ella pueda pedir ayuda. Malka, da la vuelta y trae a ese oficial grandullón. Se suponía que no estaría presente.

Empujaron a Dono hacia la furgoneta. *¿Qué demonios...? Esto no es un secuestro.*

– ¿Goff? – preguntó a las sombras el hombre encargado de cazar a Ivan, mientras él se agazapaba entre los coches.

El, dadas las circunstancias, *extremadamente* desagradables zumbido de una vibrodaga sonó en la mano del hombre que estaba inclinado sobre Dono. Arriesgándolo todo, Ivan se incorporó y

disparó.

Consiguió un impacto directo en el tipo que buscaba a Goff; el hombre tuvo un espasmo, cayó y dejó de moverse. Los hombres de Dono usaban aturdidores *pesados*, y no sin motivo, al parecer. Ivan sólo consiguió rozar a otro. Ambos abandonaron a Dono y se escudaron detrás de la furgoneta. Dono cayó al suelo y se enroscó sobre sí mismo; con todo aquel fuego de aturdidores destellando, probablemente no había nada peor que echar a correr, pero Ivan tuvo una horrible visión de lo que podría pasar si la furgoneta daba marcha atrás.

Desde lo alto de la rampa, al otro lado de la furgoneta, dos aturdidores más restallaron en rápida sucesión.

Silencio.

Después de un momento, Ivan llamó cautelosamente.

– ¿Olivia?

Ella respondió desde más arriba con una agitada vocecita infantil.

– ¿Ivan? ¿Dono?

Dono se agitó en el suelo y gimió.

Con cautela, Ivan se incorporó y avanzó hacia la furgoneta. Después de un par de segundos, probablemente para ver si podía atraer más fuego, Olivia se levantó y bajó corriendo para reunirse con él.

– ¿De dónde has sacado el aturdidor? – preguntó, mientras ella rodeaba el vehículo. Iba descalza y llevaba el vestido de fiesta recogido en torno a las caderas.

– Goff – con un gesto ausente, ella volvió a bajarse el vestido con la mano libre –. ¡Dono! ¡Oh, no!

Se guardó el aturdidor entre los pechos y se arrodilló junto al hombre vestido de negro. Alzó una mano cubierta de sangre.

– Sólo un corte en la pierna – jadeó Dono –. Falló. ¡Oh, Dios! ¡Ay!

– Estás sangrando mucho. ¡Quédate quieto, amor! – ordenó Olivia. Miró frenéticamente a su alrededor, dio un salto y se perdió en el oscuro vacío cavernoso del compartimento de carga de la furgoneta. Luego se arrancó las enaguas de encaje beige del vestido. Más sonidos rápidos de desgarrar mientras preparaba un apósito y unos vendajes. Empezó a aplicar el apósito al largo tajo que corría por el muslo de Dono, para detener la hemorragia.

Ivan rodeó la furgoneta, recogió a las dos víctimas de Olivia, y las arrastró para colocarlas amontonadas en un lugar que pudieran ver. Olivia había hecho que Dono se sentara a medias en el suelo, la cabeza acunada entre sus pechos mientras le acariciaba frenéticamente el oscuro cabello. Dono estaba pálido y tembloroso, la respiración agitada.

– Te dieron un golpe en el plexo solar, ¿no? – preguntó Ivan.

– No. Más abajo – gimió Dono –. Ivan... ¿recuerdas cómo me reía cada vez que a uno de tus amigos le daban una patada en la pelotas haciendo deporte o algo parecido? Lo siento. No lo sabía. Lo siento...

– Sh – lo tranquilizó Olivia.

Ivan se arrodilló para echar un vistazo más atento. Los primeros auxilios de Olivia estaban cumpliendo su función; las enaguas estaban empapadas de brillante sangre, pero la hemorragia había menguado claramente. Dono no iba a morir de desangrado. Su asaltante lo había abierto los pantalones: la vibrodaga yacía abandonada en el suelo. Ivan se levantó y examinó el frasco. Apartó la cabeza al percibir el fuerte olor del vendaje líquido. Pensó en ofrecérselo a Olivia para que se lo aplicara a Dono, pero no había forma de saber qué desagradables aditivos podía contener. Con cuidado, le colocó el tapón y contempló la escena.

– Parece – dijo, tembloroso –, que alguien intentaba invertir tu cirugía betana, Dono. Para descalificarte antes de la votación.

– Ya lo había imaginado, sí – murmuró Dono.

– Sin anestesia. Creo que el vendaje líquido era para detener la hemorragia, después. Para asegurarse de que sobrevivieras.

Olivia dejó escapar un grito de repugnado horror.

– ¡Eso es horrible!

– Cosa de Richards, probablemente – suspiró Dono –. No creía que fuera a llegar tan lejos...

– Es... – dijo Ivan, y se detuvo. Miró la vibrodaga y la apartó con la bota –. No voy a decir que apruebe lo que hiciste, Dono, o lo que estás intentando hacer. Pero esto está *mal*.

Las manos de Dono se cerraron protectoramente sobre su entrepierna.

– Demonios – dijo con voz débil –. Ni siquiera había podido probarlo todavía. Me estaba reservando. Por una vez en la vida, quería llegar virgen a la noche de bodas...

– ¿Puedes ponerte de pie?

– ¿Estás bromeando?

– No – Ivan miró alrededor, inquieto –. ¿Dónde dejaste a Goff, Olivia?

Ella señaló.

– Junto a la tercera columna.

– Bien.

Ivan fue a recogerlo, preguntándose seriamente adónde había ido el coche de Dono. El matón Goff seguía inconsciente, aunque de manera sutilmente más flácida que las víctimas del aturdidor. Era por el tono verdoso de su piel, decidió Ivan, y por el extraño chichón esponjoso de su cabeza. Se detuvo por el camino, mientras arrastraba a Goff hacia los demás, para comprobar dónde estaba Joris con el comunicador de muñeca de Szabo. No hubo respuesta, aunque el pulso de Szabo

parecía estar bien.

Dono se movía, pero no podía levantarse aún. Ivan frunció el ceño, miró alrededor y subió corriendo la rampa.

Justo en la siguiente curva, encontró el vehículo de Pierre cruzado en el asfalto. Ivan no sabía con qué truco habían sacado de allí abajo a Joris, pero el joven soldado yacía tendido delante del coche. Ivan suspiró y lo arrastró al compartimento trasero, y dio marcha atrás al coche con cuidado para llevarlo hasta la furgoneta.

Dono recuperaba el color y ya estaba sentado, sólo un poquito encogido.

– Tenemos que hacer que un médico vea a Dono – dijo ansiosamente Olivia.

– Sí. Vamos a necesitar todo tipo de fármacos – accedió Ivan –. Sinergina para algunos – miró a Szabo, que se retorció y gemía pero no llegaba a recuperar la conciencia –, pentarrápida para otros – miró con mala cara a los hampones –. ¿Reconoces a alguno de estos tipos, Dono?

– No los he visto en la vida.

– Mercenarios, supongo. Contratados a través de quién sabe cuántos intermediarios. Podrían pasar días hasta que la guardia municipal, o SegImp si se toma interés, lleguen hasta el fondo.

– La votación ya habrá acabado para entonces – suspiró Dono.

No quiero tener nada que ver con esto. No es mi trabajo. No es culpa mía. Pero en realidad aquello era un precedente político que nadie iba a favorecer. Aquello era condenadamente *ofensivo*. Estaba... verdaderamente *mal*.

– Olivia – dijo Ivan bruscamente –, ¿sabes conducir el coche de Dono?

– Creo que sí...

– Bien. Ayúdame a subir a los soldados.

Con la ayuda de Olivia, Ivan consiguió meter a los tres aturdidos soldados Vorrutyer en el compartimento trasero con el desafortunado Joris, y arrojó con bastante menos cuidado a los matones desarmados a la parte trasera de su propia furgoneta. Cerró las puertas firmemente desde fuera y se hizo cargo de la vibrodaga, el puñado de aturdidores ilegales y el frasco de vendaje líquido. Tiernamente, Olivia ayudó a Dono a subir al coche y lo sentó en el asiento delantero con las piernas extendidas. Ivan, observando a la pareja, la cabeza rubia sobre la oscura, suspiró profundamente y sacudió la cabeza.

– ¿Adónde? – preguntó Olivia, pulsando los controles para bajar los doseles.

Ivan entró en la cabina de la furgoneta y gritó por encima del hombro:

– ¡A la mansión Vorpatril!

La gran Cámara el Consejo de Condes tenía un aire frío y silencioso, a pesar del brillante haz de luces multicolores que surgía de las vidrieras situadas en la pared este y se dibujaba sobre el suelo de roble. Miles creyó que iba a llegar temprano, pero divisó a René en el escaño del Distrito Vorbretten, que se le había adelantado. Miles dejó papeles y listas en su mesa, en la primera fila, y rodeó los escaños para llegar al sitio de René, en la segunda fila a la derecha.

René estaba muy elegante con su uniforme verde oscuro y naranja agria de la Casa Vorbretten, pero tenía el rostro pálido.

– Bien – dijo Miles, fingiendo alegría para elevar la moral de su colega –. Ya estamos aquí.

René consiguió sonreír.

– Está demasiado reñido. No vamos a conseguirlo, Miles – golpeó con un dedo su lista, gemela a la que Miles tenía en su mesa.

Miles apoyó un pie en el asiento de René, se inclinó hacia delante con aire deliberadamente casual y miró sus papeles.

– La cosa está más apretada de lo que esperaba – admitió –. Pero no des nada por hecho. Nunca se sabe quién va a cambiar de opinión en el último segundo.

– Por desgracia, eso funciona en ambas direcciones – señaló René con tristeza.

Miles se encogió de hombros, sin estar en desacuerdo del todo. Decidió que en el futuro planearía votaciones muchísimo más redundantes. *Democracia, puaf*. Sintió el familiar retortijón de sus antiguos nervios impulsados por la adrenalina antes de la batalla, sin la prometida catarsis de poder disparar a alguien más tarde si las cosas salían realmente mal. Por otro lado, era improbable que le dispararan a él aquí. *Ten en cuenta las ventajas*.

– ¿Lograste algún progreso más anoche, después de marcharte con Gregor? – le preguntó René.

– Eso creo. Estuve despierto hasta las dos de la madrugada, fingiendo beber y discutiendo con los amigos de Henri Vorvolk. Creo que convencí a Vorgarin para que votaran a tu favor, después de todo. Dono... fue más difícil de vender. ¿Cómo fueron las cosas en la casa de Vorsmyhte? ¿Pudisteis Dono y tú hacer esos contactos de última hora?

– Yo sí, pero no llegué a ver a Dono. No apareció.

Miles frunció el ceño.

– ¿No? Tenía entendido que iba a ir a la fiesta. Supuse que entre los dos conseguiríais algo.

– No se puede estar en dos sitios a la vez – vaciló René –. El primo de Dono, Byerly, lo estuvo buscando por todas partes. Al final se fue a buscarlo, y no regresó.

– Ya.

Si... no, maldición. Si Dono hubiera sido, digamos, asesinado por la noche, la cámara herviría ahora con la noticia. Los soldados de Vorbarr Sultana estarían alertados, habrían llamado a SegImp, algo. Miles tendría que haberse enterado. ¿No?

– Tatya está aquí – suspiró René –. Dijo que no podía soportar esperar en casa, sin saber... si iba a seguir siendo nuestra casa esta noche.

– No pasará nada.

Miles bajó al centro de la sala y contempló la media luna de la galería, con su balaustrada de madera tallada. La galería empezaba a llenarse también, con interesados parientes Vor y otras personas que tenían el acceso o los enchufes necesarios para estar presentes. Allí se encontraba Tatya Vorbretten, escondida en la última fila, aún más pálida que René, acompañada por una de sus cuñadas. Miles le hizo un gesto optimista con el pulgar, algo que en modo alguno sentía.

Más hombres entraron en la cámara. La corte de Boriz Vormoncrief llegó, incluido Sigur Vorbretten, que intercambió un saludo amable y cauto con su primo René. Sigur no intentó reclamar el escaño de René, pero se sentó cerca, bajo el ala protectora de su suegro. Sigur iba vestido de manera neutral, con un conservador traje de diario, pues no se había atrevido a ponerse un uniforme de la Casa Vorbretten. Parecía nervioso, cosa que habría alegrado más a Miles si no hubiera sabido que era la expresión habitual de Sigur. Miles se dirigió a su escaño y templó los nervios controlando las llegadas.

René se acercó.

– ¿Dónde está Dono? No podré cederle el turno si llega tarde.

– Tranquilo. Los conservadores lo harán todo despacio por nosotros, tratando de retrasar los acontecimientos hasta que tengan aquí a todos sus hombres. Algunos de los cuales no vendrán. Me levantaré y farfullaré un poco si hace falta, pero mientras tanto, que pierdan el tiempo ellos.

– Bien – dijo René, y regresó a su escaño. Cruzó las manos sobre su mesa, como para impedir que le temblequearan.

Maldición, Dono tenía veinte buenos soldados a su servicio. No podía haber desaparecido sin que nadie lo hubiera advertido. Un conde potencial tenía que saber encontrar él solito el camino a la cámara. No debería necesitar a Miles para que lo tomara de la manita y lo guiara. Lady Donna era famosa por sus retrasos, y por hacer entradas dramáticas; Miles pensó que debería haber arrojado por la borda esas costumbres junto con el resto de su equipaje, allá en la Colonia Beta. Tamborileó con los dedos sobre la mesa, se apartó un poco para que René no pudiera verlo y marcó su comunicador de muñeca.

– ¿Pym? – murmuró.

– ¿Sí, milord? – respondió Pym al instante, desde su puesto en el aparcamiento, donde protegía el vehículo de tierra de Miles y, sin duda, charlaba con todos los demás soldados de la

oposición que cumplían el mismo deber. Bueno, no todos: el conde Vorfelse siempre llegaba solo, en autotaxi. Pero no lo había hecho, todavía.

– Quiero que llames a la mansión Vorrutyer y averigües si lord Dono vienen de camino. Si hay algo que lo retrasa, encárgate tú y tráelo corriendo. Con la ayuda debida, ¿eh? Luego infórmame.

– Comprendido, milord.

La pequeña luz de encendido se apagó.

Richars Vorrutyer entró en la cámara, con aspecto feroz y un flamante uniforme de la Casa Vorrutyer que proclamaba ya su estatus como conde. Colocó sus notas en el escaño del Distrito Vorrutyer, en el centro de la segunda fila, miró alrededor y buscó a Miles. El uniforme azul y gris le sentaba bastante bien, pero, cuando se acercó a Miles, éste vio para su deleite que las costuras de los lados mostraban signos de haber sido soltadas hacía poco. ¿Cuántos años lo había mantenido Richars guardado en un armario, esperando aquel momento? Miles lo saludó con una sonrisita, ocultando su ira.

– Dicen – gruñó Richars en voz baja, sin ocultar tan bien la suya –, que un político honrado es el que permanece comprado. Parece que no encajas en la descripción, Vorkosigan.

– Deberías escoger a tus enemigos con más cuidado – replicó Miles.

– Y tú también – gruñó Richars –. No me tiro faroles. Como descubrirás antes de que acabe el día.

Se dio la vuelta para conversar con el grupo de hombres que se agrupaban en torno al escaño de Vormoncrief.

Miles controló su irritación. Al menos tenían a Richars preocupado; por otra parte, que se hubiera apartado demostraba que no era ningún idiota. ¿Dónde estaba Dono? Miles garabateó armas de mano mercenarias en el margen de su lista, y pensó que no querría tener a Richars Vorrutyer sentado detrás de él durante los próximos cuarenta años.

La cámara se estaba llenando, cada vez más calurosa y ruidosa, cobrando vida. Miles se levantó y recorrió la sala, conversando con sus aliados progresistas y deteniéndose para añadir unas cuantas palabras urgentes en apoyo de René y Dono para los hombres que todavía consideraba indecisos. Llegó Gregor, a un minuto del comienzo, y entró por la pequeña puerta que daba a su sala privada de conferencias, situada detrás de su palco. Tomó asiento, como era tradicional, en un taburete de campaña militar, de cara a todos sus condes, e intercambió un saludo con el lord Guardián del Círculo de Oradores. Miles interrumpió su última conversación y regresó a su escaño. A la hora exacta, el lord Guardián llamó al orden en la sala.

¡Seguía sin haber ni rastro de Dono, maldición! Pero el otro equipo tampoco estaba completo. Como Miles había predicho, un puñado de condes del partido conservador reclamó su

derecho a hablar dos minutos, y empezaron a pasarse la palabra unos a otros, con montones de largas pausas para consultar papeles entre orador y orador. Gregor observaba impasible, sin permitirse un gesto de impaciencia ni, en realidad, ninguna otra emoción en su rostro frío y alargado.

Miles se mordió los labios mientras se aceleraban los latidos de su corazón. Muy parecido a una batalla, sí, aquel momento de reflexión. Lo que hubiera dejado por hacer, ya era demasiado tarde para arreglarlo. *Vamos. Vamos. Vamos.*

Un arrebató de ansiedad se agolpó en la garganta de Ekaterin cuando respondió al timbre de la puerta y descubrió a Vassily y a Hugo esperando en el porche de la casa de su tía. Lo siguió un arrebató de furia por destruir su antiguo placer por ver a su familia. Se contuvo apenas para no lanzarse a protestar diciendo que ya había cumplido sus reglas. *Al menos espera hasta que te hayan acusado.* Controló sus emociones y dijo, fríamente:

– ¿Sí? ¿Qué es lo que quieren ahora?

Ellos se miraron el uno al otro.

– ¿Podemos pasar? – dijo Hugo.

– ¿Por qué?

Vassily cerró los puños; se frotó una palma húmeda contra el fondillo de los pantalones.

Había escogido ese día su uniforme de teniente.

– Es extremadamente urgente.

Vassily tenía de nuevo aquella expresión de Socorro-estoy-en-la-capital-corrupta-otra-vez. Ekaterin sintió la tentación de cerrarles la puerta en la cara a los dos, dejando a Vassily para que lo mataran y devorasen los caníbales que seguro que en su imaginación poblaban los callejones de Vorbarr Sultana... o sus habitaciones de estudio. Pero Hugo añadió:

– Por favor, Ekaterin. Es urgentísimo.

A regañadientes, ella cedió y les indicó que entraran en el saloncito de su tía.

No se sentaron.

– ¿Está Nikki? – preguntó Vassily de inmediato.

– Sí. ¿Por qué?

– Quiero que lo prepare usted para viajar de inmediato. Quiero llevármelo de la capital lo más pronto posible.

– ¿Qué? – Ekaterin casi estuvo a punto de soltar un grito –. ¿Por qué? ¿Qué mentiras se ha tragado ahora? No he visto a lord Vorkosigan ni he hablado con él más que en una breve visita anteayer, para decirle que estaba exiliada. ¡Y estuvo usted de acuerdo con eso! ¡Hugo es mi testigo!

Vassily agitó las manos.

– No es eso. Tengo información preocupante.

– Si procede de la misma fuente, es usted más tonto de lo que creía posible, Vassily Vorsoisson.

– Lo comprobé llamando a lord Richars en persona. He aprendido muchas más cosas sobre esta volátil situación en los dos últimos días. En cuanto a Richars Vorrutyer sea nombrado conde del Distrito Vorrutyer esta mañana, pretende plantear una acusación de asesinato en el Consejo de Condes contra el lord Auditor Vorkosigan por la muerte de mi primo. En ese punto, creo que la sangre salpicará las paredes.

Ekaterin sintió un nudo en el estómago.

– ¡Oh, no! ¡El idiota...!

Tía Vorthys, atraída por las voces, se asomó desde la cocina para escuchar. Nikki, tras ella, apagó su grito de *¡Tío Hugo!* al ver las caras tensas de los adultos.

– Vaya, hola, Hugo – dijo la tía Vorthys. Añadió, insegura –: Y, um... ¿Vassily Vorsoisson, no?

Ekaterin les había hecho a ella, y a Nikki, un breve resumen de su anterior visita: Nikki se sintió indignado y un poco asustado. La tía Vorthys apoyó la opinión de Miles de que sería mejor esperar a que el tío Vorthys regresara para intentar arreglar el malentendido.

Hugo le dirigió un respetuoso saludo, y continuó pesadamente:

– Tengo que estar de acuerdo con Ekaterin, pero esto sólo aumenta la preocupación de Vassily. No puedo imaginar qué le ha entrado a Vorrutyer para hacer ese movimiento mientras el mismísimo Aral Vorkosigan está en la ciudad. Habría sido más sensato esperar a que el Virrey regresara a Sergyar antes de atacar a su heredero.

– ¡Aral Vorkosigan! – exclamó Ekaterin –. ¿De verdad crees que *Gregor* permitirá este ataque a una de sus Voces Elegidas? Por no mencionar que alguien intente iniciar un grave escándalo público a dos semanas de su boda... Richars no es idiota, está *loco*.

O actuaba movido por un pánico ciego, pero ¿de qué podía tener pánico Richars?

– Por lo que sé, está loco – dijo Vassily –. Es un Vorrutyer, al fin y al cabo. Si esto acaba en las luchas callejeras entre los Altos Vor que hemos visto en el pasado, nadie en la capital está a salvo. Sobre todo alguien a quien haya conseguido atraer a su órbita. Quiero quitar a Nikki de en medio antes de que tenga lugar la votación. Podrían cortar las líneas de monorraíl, ya sabe. Lo hicieron durante la guerra de los Pretendientes – hizo un gesto hacia su tía Vorthys para que ella confirmara este hecho.

– Bueno, eso es cierto – admitió ella –. Pero ni siquiera la guerra abierta de los Pretendientes destruyó la capital. La lucha estuvo bastante concentrada en varios puntos.

– Pero hubo luchas alrededor de la universidad – respondió él.

– Algunas, sí.

– ¿Las viste? – preguntó Nikki, distraído su interés al instante.

– Sólo las localizamos para evitarlas, querido – le dijo ella.

Vassily, algo reacio, añadió:

– Puede acompañarnos usted también, Ekaterin... y usted también, naturalmente, señora Vorthys... o mejor aún, refugiarse con su hermano – indicó a Hugo –. Es posible, ya que es bien sabido que ha llamado usted la atención de lord Vorkosigan, que pueda convertirse en objetivo.

– ¿Y no se le ha pasado por la cabeza que está usted siendo dirigido por los enemigos de Miles hacia ese objetivo? ¿Que se ha dejado manipular y utilizar como herramienta suya? – Ekaterin tomó aire –. ¿No se le ha ocurrido a ninguno de los dos que Richars Vorrutyer tal vez no sea nombrado conde? ¿Que podría serlo Dono?

– ¿Esa mujer loca? – dijo Vassily, asombrado –. ¡Imposible!

– Ni loca ni mujer – dijo Ekaterin –. Y si se convierte en lord Vorrutyer, todo este ejercicio se convertirá en nada.

– No estoy dispuesto a arriesgar mi vida, ni la de Nikki, por eso, señora – dio Vassily, estirado –. Si quiere usted quedarse aquí y correr el riesgo, bueno, no discutiré con usted. Sin embargo, tengo la obligación absoluta de proteger a Nikki.

– Y yo también – dijo Ekaterin, fríamente.

– Pero mamá – dijo Nikki, claramente intentando acabar con aquel debate –. Lord Vorkosigan no mató a papá.

Vassily se inclinó y le dirigió una sonrisa de compasión.

– Pero ¿cómo lo sabes, Nikki? – preguntó amablemente –. ¿Cómo lo sabe nadie? Ése es el problema.

Nikki cerró la boca y miró inseguro a Ekaterin. Advirtió que no sabía hasta qué punto debía mantener en secreto su audiencia privada con el Emperador... ni ella tampoco.

Tuvo que admitir que la ansiedad de Vassily era contagiosa. Hugo ya había contraído la fiebre. Y aunque había pasado mucho tiempo desde que las luchas entre los condes amenazaron seriamente la estabilidad del Imperio, si tenías la mala suerte de que te pillaran en un intercambio de disparos con las tropas imperiales enviadas a sofocarlas el peligro no sería menor.

– Vassily, estando tan próxima la boda de Gregor, la capital rebosa de hombres de Seguridad. Cualquiera, de cualquier rango, que hiciera el menor movimiento para provocar desórdenes públicos en este momento sería neutralizado tan rápido que no se dará ni cuenta de qué lo ha golpeado. Sus temores son... exagerados – ella hubiese querido decir *infundados*, pero ¿y si Richars conseguía el condado y el derecho a presentar cargos criminales contra sus nuevos pares en el Consejo?

Vassily sacudió la cabeza.

– Lord Vorkosigan se ha creado un enemigo peligroso.

– ¡Lord Vorkosigan *es* un enemigo peligroso! – ella se mordió la lengua, demasiado tarde.

Vassily la miró un instante, sacudió la cabeza y se volvió hacia Nikki.

– Nikki, recoge tus cosas. Nos vamos.

Nikki miró a Ekaterin.

– ¿Mamá? – preguntó, inseguro.

¿Qué era lo que había dicho Miles sobre ser emboscado por tus costumbres? Una y otra vez, había cedido a los deseos de Tien en los asuntos referidos a Nikki, incluso cuando estaba en desacuerdo con él, porque era el padre de Nikki, porque tenía derecho, pero sobre todo porque obligar a Nikki a elegir entre sus dos progenitores parecía una crueldad capaz de destruirlo. Nikki siempre había estado prohibido como peón en sus conflictos. Que Nikki hubiera sido rehén de Tien en el particular campo de las leyes por la custodia de Barrayar había sido una consideración secundaria, aunque era un muro contra el que ella ya había chocado más de una vez.

Pero maldición, nunca le había hecho un juramento de honor a Vassily Vorsoisson. Él no poseía la mitad del corazón de Nikki. ¿Y si, en vez de jugadora y peón, Nikki y ella fueran de pronto aliados, iguales sitiados? ¿Qué sería posible entonces?

Ekaterin se cruzó de brazos y no dijo nada.

Vassily intentó tomar la mano del niño. Nikki se escudó detrás de su madre, y chilló:

– Mamá, no tengo que ir, ¿verdad? ¡Tenía que ir a casa de Arthur esta noche! ¡No quiero ir con Vassily! – su voz estaba cargada de una profunda inquietud.

Vassily tomó aire y trató de recuperar el equilibrio y la dignidad.

– ¡Señora, controle a su hijo!

Ella lo miró durante un largo instante.

– Vaya, Vassily – dijo por fin, con suavidad –. Creía que estaba usted revocando mi autoridad sobre Nikki. Parece que no confía en mi capacidad para juzgar su seguridad u bienestar. ¿Cómo puedo controlarlo entonces?

La tía Vorthys, al captar la indirecta, dio un respingo; Hugo, padre de tres hijos, también lo pilló. Acababa de darle a Nikki permiso tácito para ir a su aire. El solterón Vassily no lo entendió.

– Vassily – empezó a decir débilmente la tía Vorthys –, ¿de verdad cree usted que es aconsejable...?

Vassily alzó una mano, severo.

– Nikki. Ven. ¡Tenemos que tomar el tren de las once y cinco en la Estación de la Puerta Norte!

Nikki se puso las manos a la espalda y dijo valientemente:

– No.

– ¡Si tengo que agarrarte y llevarte a rastras, lo haré! – dijo Vassily, como última advertencia.

– Gritaré – replicó Nikki –. Le diré a todo el mundo que me está secuestrando. Les diré que no es mi padre. ¡Y todo será verdad!

Hugo parecía cada vez más alarmado.

– Por el amor de Dios, no pongas histérico al chico, Vassily. Pueden seguir así durante horas. Y todo el mundo se queda mirando como si fueras la reencarnación de Pierre *Le Sanguinaire*. Las ancianas se acercan y te amenazan...

– Como ésta – interrumpió la tía Vorthys –. Caballeros, déjenme disuadirlos...

El acosado y ruborizado Vassily hizo otro intento por agarrar a Nikki, pero el chaval fue más rápido y se colocó detrás de la profesora esta vez.

– ¡Les diré que me está secuestrando por «propósitos morales»! – gritó desde detrás de esa amplia barrera.

Vassily le preguntó a Hugo con asombro:

– ¿Cómo sabe ese tipo de cosas?

Hugo no le dio importancia.

– Probablemente ha oído la frase. Los niños repiten estas cosas, ya sabes.

Estaba claro que Vassily no lo sabía. ¿Falta de memoria, tal vez?

– Nikki, mira – dijo Hugo con voz razonable, agachándose un poco para mirar al niño escondido detrás de la profesora –. Si no quieres ir con Vassily, ¿por qué no te vienes conmigo y con tía Rosalie, y Edie y los chicos, durante una temporada?

Nikki vaciló. Ekaterin también. El argumento podría haber funcionado, insistiendo un poquito más, pero Vassily se aprovechó de la distracción momentánea para agarrar a Nikki por el brazo.

– ¡Ja! ¡Te pillé!

– ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! – gritó Nikki.

Tal vez fuera porque Vassily no tenía el entrenamiento como padre necesario para distinguir rápidamente entre el verdadero dolor y el simple ruido, pero cuando Ekaterin lo miró con mala cara dio un paso atrás, aflojando inconscientemente su presa. Nikki se zafó y corrió hacia las escaleras.

– ¡No voy a ir! – gritó por encima del hombro –. ¡No voy a ir y no iré! No puede obligarme. ¡Mamá no quiere que vaya!

En lo alto de las escaleras se volvió frenéticamente, mientras Vassily, que lo perseguía, llegaba al pie.

– ¡Lamentarás haber hecho sufrir a mamá!

Hugo, diez años mayor y con mucha más experiencia, sacudió exasperado la cabeza y lo siguió más despacio. La tía Vorthys, muy apurada y un poco cansada, lo imitó. Desde arriba, oyeron cerrarse de golpe una puerta.

Con el corazón martilleando, Ekaterin llegó al pasillo superior cuando Vassily intentaba abrir la puerta del estudio de su tío y sacudía el pomo.

– ¡Nikki! ¡Abre esta puerta! ¡Ábrela de inmediato!, ¿me oyes? – Vassily se dio la vuelta para mirar suplicante a Ekaterin –. ¡Haga algo!

Ekaterin se apoyó en la pared, se cruzó de nuevo de brazos y sonrió lentamente.

– Sólo conozco a un hombre que haya podido sacar a Nikki de una habitación cerrada. Y no está aquí.

– ¡Ordénele que salga!

– Si insiste en quedarse con su custodia, Vassily, es problema suyo – le dijo Ekaterin fríamente. Dejó implícito que aquél sería el primer episodio de muchos.

Hugo llegó sin aliento.

– Acaban por calmarse y salir, tarde o temprano – dijo –. Temprano si no hay comida ahí dentro.

– Nikki sabe dónde esconde el profesor sus galletitas – dijo la tía Vorthys, distante.

Vassily se incorporó y miró la pesada puerta de madera y los viejos apliques de hierro.

– Supongo que podríamos derribarla – dijo, vacilante.

– ¡En mi casa ni se le ocurra, Vassily Vorsoisson!

Vassily señaló a Ekaterin.

– Tráigame un destornillador, entonces.

Ella no se movió.

– Búsquelo usted.

No añadió *bruto tontorrón* en voz alta, pero, de algún modo, así se entendió.

Vassily se puso muy rojo pero volvió a inclinarse.

– ¿Qué está haciendo ahí dentro? Oigo voces.

Hugo se inclinó también.

– Creo que está usando la comconsola.

La tía Vorthys miró fugazmente hacia su cuarto, pasillo abajo. Allí había una puerta que daba al cuarto de baño, donde a su vez había otra puerta que comunicaba con el estudio del profesor. Bueno, si la tía Vorthys no iba a señalar esta ruta alternativa y no protegida a los dos hombres que ahora apretujaban las orejas contra la puerta, ¿por qué iba a hacerlo Ekaterin?

– Oigo dos voces. ¿A quién demonios puede estar llamando por comconsola? – preguntó Vassily, con un tono despectivo que no invitaba a responder.

De repente, Ekaterin se dio cuenta. Contuvo la respiración.

– Oh, cielos – dijo en voz baja. La tía Vorthys se la quedó mirando.

Durante un histérico instante, Ekaterin pensó en echar a correr y usar las puertas alternativas, para desconectar la comconsola antes de que fuera demasiado tarde. Pero el eco de una voz risueña sonó en su mente... *Veamos qué pasa.*

Sí. Veamos.

Uno de los condes aliados de Boriz Vormoncrief parloteaba en el Círculo de Oradores. Miles se preguntó cuánto tiempo continuarían estas tácticas para perder tiempo. Gregor empezaba a parecer enormemente aburrido.

El lacayo personal del Emperador salió de la pequeña sala de conferencias, subió al palco y murmuró algo al oído de su señor. Gregor pareció brevemente sorprendido, dijo unas cuantas palabras y despidió al hombre. Hizo un gesto al lord Guardián del Círculo de Oradores, quien se le acercó. Miles se tensó, esperando que Gregor detuviera los retrasos y ordenara que comenzara la votación, pero en lugar de eso el lord Guardián se limitó a asentir y regresó a su escaño. Gregor se puso en pie, y se perdió tras la puerta situada detrás del palco. El conde que hablaba advirtió de reojo este movimiento, vaciló, y luego continuó.

Podría no ser significativo, se dijo Miles, incluso los emperadores tienen que ir al cuarto de baño de vez en cuando.

Miles aprovechó el momento para hablar de nuevo por su comunicador de muñeca.

– ¿Pym? ¿Qué pasa con Dono?

– Acabo de recibir confirmación de la mansión Vorrutyer – contestó Pym después de un instante –. Dono viene de camino. El capitán Vorpatril lo escolta.

– ¿Han salido ahora?

– Al parecer llegó a casa hace menos de una hora.

– ¿Qué ha estado haciendo toda la noche?

Seguro que Dono no había escogido la noche anterior a la votación para irse con Ivan de picos pardos... por otro lado, tal vez quería probar algo...

– No importa. Asegúrate de que llegue sin problemas.

– Estamos en ello, milord.

Gregor regresó en efecto en el tiempo aproximado que habría tardado en hacer un pis. Se sentó sin interferir en el Círculo de Oradores, pero dirigió una mirada extraña, exasperada y levemente divertida en dirección a Miles. Miles se enderezó en su asiento y le devolvió la mirada, pero Gregor no le ofreció ninguna pista. Adoptó de nuevo su habitual expresión impasible, que podía ocultarlo todo, desde el aburrimiento terminal a la furia.

Miles no le daría a sus adversarios la satisfacción de verlo morderse la uñas. Los conservadores iban a quedarse sin oradores muy pronto, a menos que llegaran más de los suyos. Miles contó otra vez las cabezas, o más bien, los escaños vacíos. La asistencia era alta hoy, pues la votación era importante. Vortugalov y su representante continuaban ausentes, como había prometido lady Alys. También faltaban, inexplicablemente, Vorhalas, Vorpatril, Vorfolse y Vormuir. Ya que tres y, posiblemente, los cuatro de votos estaban asegurados por la facción conservadora, no era ninguna pérdida para él. Empezó a dibujar cuchillos, espadas y pequeñas explosiones en el otro margen de su hoja, y esperó un poco más.

– ... ciento ochenta y nueve, ciento noventa, ciento noventa y uno – contaba Enrique, con gran satisfacción.

Kareen dejó de trabajar en la comconsola y se asomó a ver a ver al científico escobariano. Ayudado por Martya, estaba terminando el inventario de cucarachas mantequeras con librea Vorkosigan, mientras las introducía simultáneamente en su nueva jaula de acero inoxidable, abierta sobre la mesa.

– Sólo faltan nueve – continuó Enrique, feliz –. Menos del cinco por ciento de bajas, una pérdida aceptable para este tipo de desafortunado accidente, creo. Mientras te tenga a ti, querida.

Se volvió hacia Martya y extendió la mano para tomar el frasco que contenía la cucaracha reina mantequera Vorkosigan, traída la noche anterior por la triunfal hija menor del soldado Jankowsky. Volcó el frasco y se colocó la cucaracha en la palma. La reina había crecido dos centímetros durante los rigores de su escapada, según las medidas de Enrique, y ahora llenaba su mano y rebosaba por los lados. Se la acercó a la cara, dio besitos en el aire para animarla y le acarició el caparazón con la yema del dedo. El bicho se le aferró con fuerza con sus zarpas, extrajo sangre y le siseó.

– Hacen ese ruido cuando son felices – le informó Enrique a Martya, en respuesta a su vacilante mirada.

– Oh.

– ¿Te gustaría acariciarla? – tendió el bicho gigante, invitador.

– Bueno... ¿por qué no? – también ella probó suerte, y fue recompensada con otro siseo, mientras el bicho arqueaba la espalda. Martya sonrió sin ganas.

En el fondo, Kareen pensaba que un hombre cuya idea de pasárselo bien era dar de comer, acariciar y cuidar a una criatura que respondía a su adoración con ruidos hostiles tendría que llevarse de fábula con Martya. Enrique, después de unos cuantos suspiritos más, metió la reina en la caja de acero para que fuera tendida, cuidada, servida y alimentada por su progenie de obreras.

Kareen suspiró y volvió su atención a las notas de Mark sobre el análisis de precios de sus

cinco productos alimenticios propuestos. Ponerles nombres iba a ser todo un reto. Las ideas de Mark tendían hacia lo blando, y no tenía sentido preguntarle a Miles, cuyas amargas sugerencias se centraban en cosas como *Vómito Vainilla* y *Caca Cucaracha*.

La mansión Vorkosigan estaba muy tranquila esa mañana. Todos los soldados que Miles no había empleado habían ido con los Virreyes a un desayuno político que se celebraba en honor de la futura Emperatriz. La mayor parte del personal tenía la mañana libre. Mark había aprovechado la oportunidad (y Ma Kosti, que se estaba convirtiendo en su asesora permanente de desarrollo de productos) para ir a echar un vistazo a una pequeña planta de envasados lácteos. Tsipis había encontrado un envasador parecido en Hassadar que iba a mudarse a unas instalaciones más grandes, y había atraído la atención de Mark hacia sus instalaciones abandonadas como posible centro para la planta piloto de productos de cucaracha mantequera.

El trayecto matutino de Kareen hasta el trabajo había sido breve. La noche anterior había dicho que se quedaba a dormir en la mansión Vorkosigan. Para su alborozo, ella y Mark no fueron tratados como niños ni como criminales ni como idiotas, sino con el mismo respeto que cualquier otra pareja de adultos. Cerraron la puerta del dormitorio de Mark y ya no fue asunto de nadie más que de ellos. Mark se había ido silbando al trabajo aquella mañana... desafinando, ya que al parecer compartía la total falta de talento musical de su hermano-progenitor. Kareen tarareó entre dientes algo más melódicamente.

Se interrumpió cuando llamaron a la puerta del laboratorio. Allí estaba una de las doncellas, con aspecto preocupado. En general, el personal de servicio de la mansión Vorkosigan evitaba el pasillo del laboratorio. Algunos temían a las cucarachas mantequeras. Muchos más tenían miedo de los montones de frascos de un litro repletos de manteca que ya flanqueaban ambos lados del pasillo. Todos habían aprendido que aventurarse hasta allí era probar nuevos productos de cucaracha mantequera. Esta última circunstancia, desde luego, había acabado con el ruido y las interrupciones. Kareen recordó que aquella muchacha compartía las tres aversiones.

– Señorita Koudelka, señorita Koudelka... doctor Borgos, tienen visita.

La doncella se hizo a un lado para dejar entrar a dos hombres en el laboratorio. Uno era delgado, el otro era... grande. Ambos llevaban trajes arrugados de estilo escobariano, reconoció Kareen, que había convivido con Enrique. El hombre delgado, de mediana edad, era difícil decirlo, llevaba un clasificador lleno de papeles. El grande, simplemente, respiraba.

El hombre delgado dio un paso al frente y se dirigió a Enrique.

– ¿Es usted el doctor Borgos?

Enrique alzó la cabeza al oír el acento escobariano, un recuerdo de casa después de aquel largo y solitario exilio entre barrayareses.

– ¿Sí?

El hombre delgado agitó la mano libre en un gesto de alegría.

– ¡Por fin!

Enrique sonrió con tímida ansiedad.

– Oh, ¿han oído hablar de mi trabajo? ¿Son, por casualidad... inversores?

– Más bien no – sonrió ferozmente el hombre delgado –. Soy el Oficial de Libertad Condicional Óscar Gustioz... él es mi ayudante, el sargento Muno. Doctor Borgos... – el oficial Gustioz colocó formalmente una mano sobre el hombro de Enrique –, queda usted arrestado por orden de las Cortes Planetarias de Escobar por fraude, robo, no presentarse a juicio y falsificación de documentos.

– ¡Pero esto es Barrayar! – farfulló Enrique –. ¡No pueden arrestarme aquí!

– Oh, sí que podemos – dijo firmemente el oficial Gustioz. Depositó el clasificador en el taburete que Martya acababa de dejar libre y lo abrió –. Aquí tengo, por orden, la orden oficial de arresto de las Cortes – empezó a pasar páginas, todas selladas y arrugadas y garabateadas –, el consentimiento preliminar de extradición por parte de la Embajada Barrayaresa de Escobar, con las tres solicitudes intermedias, aprobadas, el consentimiento final de la Oficina Imperial aquí, en Vorbarr Sultana, las órdenes preliminares y finales de la oficina del conde del Distrito Vorbarra, *dieciocho* permisos separados para transportar a un prisionero desde las estaciones de salto del Imperio Barrayarés desde aquí hasta casa y, por último, pero no menos importante, el permiso de la Guardia Municipal de Vorbarr Sultana firmado por lord Vorbohn en persona. He tardado más de un mes en resolver este laberinto burocrático y no voy a pasarme ni una *hora* más en este maldito mundo. Puede hacer las maletas, doctor Borgos.

– ¡Pero si Mark *pagó* la fianza de Enrique! – exclamó Kareen –. Lo compramos... ¡ahora es *nuestro*!

– La falsificación de documentos no borra los cargos criminales, señorita – le informó estirado el oficial escobariano –. Los aumenta.

– Pero... ¿por qué arrestar a Enrique y no a Mark? – preguntó Martya, asombrada. Contempló el puñado de papeles.

– No hagas sugerencias – le dijo Kareen entre dientes.

– Si se refiere a ese peligroso lunático conocido como lord Mark Pierre Vorkosigan, señorita, lo intenté. Créame, lo intenté. Me pasé semana y media intentando conseguir la documentación. Tiene Inmunidad Diplomática Clase III que lo protege de casi todo, excepto del asesinato descarado. Además, he descubierto que sólo tenía que pronunciar correctamente su apellido para producir el torpedeo más cerrado por parte de todos los empleados, secretarios, oficiales de embajada y burócratas barrayareses que me he encontrado. Hubo momentos en que pensé que iba a volverme loco. Por fin, me reconcilié con mi desesperación.

– Creo que los medicamentos ayudaron también, señor – comentó Muno animosamente. Gustioz lo fulminó con la mirada.

– Pero *usted* no se me va a escapar – continuó diciéndole Gustioz a Enrique –. Una maleta. Ahora.

– ¡No pueden entrar aquí y llevárselo, sin avisar ni nada! – protestó Kareen.

– ¿Tiene idea del esfuerzo y la atención que he tenido que poner para asegurarme de que no lo avisaran? – preguntó Gustioz.

– ¡Pero *necesitamos* a Enrique! ¡Lo es todo para nuestra nueva compañía! ¡Sin Enrique, nunca habrá ninguna cucaracha mantequera que pueda comer vegetación barrayaresa!

Sin Enrique, no tendrían ninguna industria de cucarachas mantederas... sus acciones no valdrían nada. Todo el trabajo del verano, todos los frenéticos esfuerzos organizativos de Mark se irían a tomar viento. No habría beneficios, ni ingresos, ni independencia adulta, ni sexo divertido y resbaloso con Mark... nada más que deudas, y deshonor y un puñado de familiares desdeñosos diciéndole *te lo dije*...

– ¡No pueden llevárselo!

– Al contrario, señorita – dijo el oficial Gustioz, recogiendo su puñado de papeles –. Puedo y lo haré.

– Pero ¿qué le ocurrirá a Enrique en Escobar? – preguntó Martya.

– Juicio – dijo Gustioz con espectral satisfacción –, seguido de la cárcel, espero devotamente. Durante mucho, mucho tiempo. Espero que añadan las costas del juicio. El comptrolador va a gritar cuando le entregue mis facturas de viaje. Será como tomarse unas vacaciones, dijo mi supervisora. Volverás dentro de dos semanas, dijo. No he visto a mi esposa y mi familia desde hace dos meses...

– Pero eso es un desperdicio absoluto – dijo Martya, indignada –. ¿Por qué encerrarlo en una celda en Escobar, cuando podría estar haciendo un auténtico bien a la humanidad *aquí*?

Kareen dedujo que Martya estaba calculando también la rápida pérdida de valor de sus acciones.

– Esto es algo entre el doctor Borgos y sus airados acreedores – lo dijo Gustioz –. Yo sólo estoy haciendo mi trabajo. Por fin.

Enrique parecía terriblemente apurado.

– Pero ¿quién cuidará de mi pobres chicas? ¡No lo comprende!

Gustioz vaciló, y dijo en tono molesto:

– En mis órdenes no había ninguna referencia a que tuviera a alguien a su cargo – miró confundido a Kareen y Martya.

– ¿Cómo han entrado aquí, por cierto? – dijo Martya –. ¿Cómo han podido esquivar al

guardia de SegImp de la puerta?

Gustioz blandió su arrugado clasificador.

– Página a página. Tardé cuarenta minutos.

– Insistió en comprobarlos uno a uno – explicó el sargento Muno.

– ¿Dónde está Pym? – le preguntó apremiante Martya a la doncella.

– Salió con lord Vorkosigan, señorita.

– ¿Jankowsky?

– También.

– ¿Hay alguien?

– Todos los demás han salido con milord y milady.

– ¡Maldición! ¿Qué hay de Roic?

– Está durmiendo, señorita.

– Tráelo aquí.

– No le gustará que lo despierten fuera de horas de servicio, señorita... – dijo la doncella, nerviosa.

– ¡Tráelo!

Reacia, la doncella se dispuso a salir.

– Muno – dijo Gustioz, que había presenciado la conversación con creciente incomodidad –, ahora – señaló a Enrique.

– Sí, señor. – Muno agarró a Enrique por el codo.

Martya agarró a Enrique por el otro brazo.

– ¡No! ¡Espere! ¡No pueden llevárselo!

Gustioz miró a la doncella, que se marchaba.

– Vamos, Muno.

Muno tiró. Martya tiró. Enrique dijo «¡Ay!». Kareen agarró el primer objeto que encontró, una vara de metal, y avanzó. Gustioz se guardó el fajo de papeles bajo el brazo y se dispuso a agarrar a Martya.

– ¡Deprisa! – le gritó Kareen a la doncella, y trató de hacer la zancadilla a Muno colocándole la vara entre las rodillas.

Todos daban vueltas mientras Enrique servía como eje central, así que tuvo éxito. Muno soltó a Enrique, que cayó sobre Martya y Gustioz. En un salvaje intento por recuperar el equilibrio, la mano de Muno golpeó la esquina de la jaula de bichos que estaba encima de la mesa del laboratorio.

La caja de acero inoxidable voló por los aires. Ciento noventa y dos sorprendidas cucarachas mantequeras marrón y plata revolotearon por el laboratorio, en una loca y sonora

trayectoria. Como las cucarachas mantequeras tenían la capacidad aerodinámica de los ladrillos, cayeron sobre los humanos en pugna, y resbalaron y fueron pisoteados. La caja y Muno golpearon el suelo. Gustioz, intentando protegerse de aquel inesperado asalto aéreo, perdió literalmente los papeles: los documentos con sus sellos de colores se unieron al vuelo de las cucarachas mantequeras. Enrique aulló como un poseso. Muno simplemente gritó, espantando frenéticamente las cucarachas para quitárselas de encima, y trató de encaramarse al taburete.

– ¡Miren lo que han hecho! – le gritó Kareen a los oficiales escobarianos –. ¡Vandalismo! ¡Asalto! ¡Destrucción de bienes! ¡Destrucción de la propiedad de un *lord Vor*, en la mismísima Barrayar! ¡Ahora sí que se han metido en un lío!

– ¡Ack! – gritó Enrique, tratando de ponerse de puntillas para reducir la carnicería –. ¡Mis chicas! ¡Mis pobres chicas! ¡Miren dónde ponen los pies, asesinos despiadados!

La reina, que debido a su peso había tenido una trayectoria más corta, se escurrió debajo de la mesa.

– ¿Qué son estas horribles cosas? – jadeó Muno, desde lo alto del taburete.

– Bichos venenosos – le dijo Martya con muy mala idea –. Nuevas armas secretas barrayaresas. Allá donde le toquen, la carne se le hinchará, se volverá negra y se le caerá a trozos.

Hizo el intento de introducir una cucaracha por los pantalones o el cuello de Muno, pero él la esquivó.

– ¡No lo son! – negó Enrique indignado, de puntillas.

Gustioz estaba agachado, recogiendo furiosamente papeles y tratando de no tocar ni ser tocado por las cucarachas dispersas. Cuando se levantó, tenía la cara escarlata.

– ¡Sargento! – gritó –. ¡Baje de ahí! ¡Tome al prisionero! Nos vamos ahora mismo.

Muno, recobrado de la sorpresa y un poco avergonzado por haber sido descubierto en retirada por su camarada, se bajó con cuidado del taburete y agarró a Enrique con un estilo más profesional de veng-a-conmigo. Sacó a Enrique por la puerta del laboratorio mientras Gustioz recogía los últimos papeles y los metía de cualquier manera en el clasificador.

– ¿Qué hay de mi maleta! – se quejó Enrique, mientras Muno empezaba a arrastrarlo pasillo abajo.

– Le compraré un maldito cepillo de dientes en el espaciopuerto – jadeó Gustioz –. Y una muda de ropa. Lo pagaré de mi propio bolsillo. ¡Lo que sea, pero vámonos, vámonos!

Kareen y su hermana llegaron a la puerta a la vez, y tuvieron que cederse el paso. Llegaron dando tumbos al pasillo para ver cómo se llevaban a su futura fortuna biotécnica, todavía protestando y asegurando que las cucarachas mantequeras eran simbioses inofensivos y benéficos.

– ¡No podemos dejar que se lo lleven! – gritó Martya.

Varios frascos de manteca de cucaracha cayeron sobre Kareen mientras ésta recuperaba el

equilibrio, y su contenido se le derramó sobre la cabeza y los hombros hasta que se estrellaron contra el suelo.

– ¡Auugh!

Agarró un par de tarros de más de un kilo de peso y miró a los hombres. Apuntó a la nuca de Gustioz, sostuvo un frasco con la mano derecha y se dispuso a lanzarlo. Martya, que evitaba los frascos que caían de la otra pared, la miró con espanto, pero luego asintió y asió un proyectil similar.

– Preparadas – jadeó Kareen –. Apunten...

Los de SegImp no tardaron dos minutos en llegar a la residencia del lord Auditor Vorthys; tardaron casi cuatro minutos. Ekaterin, que había oído abrirse la puerta principal, se preguntó si sería grosero por su parte hacérselo notar al joven capitán de rostro adusto que subió las escaleras, seguido por un sargento grandullón y con cara de pocos amigos. No importaba: Vassily, acompañado por un Hugo cada vez más irritado, estaba todavía soltando amenazas e imprecaciones en vano a través de la puerta cerrada. En la habitación se había producido un largo silencio.

Ambos hombres se volvieron y contemplaron asombrados a los recién llegados.

– ¿A quién ha llamado el niño? – murmuró Vassily.

El oficial de SegImp los ignoró a ambos, y se volvió para dirigir un educado saludo a tía Vorthys.

– Profesora Vorthys – saludó entonces a Ekaterin –. Señora Vorsoisson. Por favor, perdonen esta intrusión. Me informaron de que había un altercado aquí. Mi Señor Imperial solicita y exige que detenga a todos los presentes.

– Creo que comprendo, capitán, ah, Sphaleros, ¿no es así? – dijo la tía Vorthys débilmente.

– Sí, señora – inclinó la cabeza, y se volvió hacia Hugo y Vassily –. Identifíquense, por favor.

Hugo recuperó la voz primero.

– Me llamo Hugo Vorvayne. Soy el hermano mayor de esta señora – indicó a Ekaterin.

Vassily se puso automáticamente firme, la mirada clavada en los ojos de Horus del cuello del capitán.

– Teniente Vassily Vorsoisson. Actualmente asignado a OrbTrafCon, río Fort Kithera. Soy el guardián de Nikki Vorsoisson. Capitán, lo siento mucho, pero me temo que ha habido una falsa alarma.

Hugo intervino, inquieto.

– Estoy seguro de que ha estado mal por su parte, pero sólo tiene nueve años, señor, y está preocupado por un asuntillo doméstico. No se trata de una verdadera emergencia. Lo obligaremos a pedir disculpas.

– Eso no es asunto mío, señor. Tengo mis órdenes.

Se volvió hacia la puerta, sacó un rollito de papel de la manga, miró la nota rápidamente garabateada, lo guardó, y dio un par de toquitos a la madera.

– ¿Señor Nikolai Vorsoisson?

– ¿Quién es?

– Capitán Sphaleros, SegImp. Le pido que me acompañe.

La puerta se abrió. Nikki, con aspecto a la vez triunfante y aterrado, contempló primero al oficial y luego las armas letales que llevaba al cinto.

– Sí, señor – croó.

– Por favor, venga por aquí – indicó las escaleras; el sargento se hizo a un lado.

– ¿Por qué me arrestan? – casi gimió Vassily –. ¡No he hecho nada malo!

– No está usted arrestado, señor – le explicó el capitán pacientemente –. Se le detiene para ser interrogado. – Se volvió hacia la tía Vorthys y añadió –: Usted, naturalmente, no está detenida, señora. Pero mi Señor Imperial le ruega encarecidamente que acompañe a su sobrina.

La tía Vorthys se llevó la mano a los labios, los ojos encendidos de curiosidad.

– Creo que lo haré, capitán. Gracias.

El capitán hizo un gesto al sargento, quien se apresuró a ofrecerle a la tía Vorthys el brazo para que bajara las escaleras. Nikki sorteó a Vassily y agarró la mano de Ekaterin con todas sus fuerzas.

– Pero – dijo Hugo –, pero, pero ¿por qué?

– No me han dicho por qué, señor – dijo el capitán, sin disculparse y sin ninguna preocupación. Se relajó lo suficiente para añadir –: Tendrá usted que preguntarlo cuando llegue, supongo.

Ekaterin y Nikki siguieron a la tía Vorthys y al sargento; Hugo y Vassily se unieron por fuerza al desfile. Al pie de las escaleras, Ekaterin vio que Nikki iba descalzo y gritó:

– ¡Los zapatos! ¡Nikki!, ¿dónde están tus zapatos?

Hubo un breve retraso mientras ella rodeaba rápidamente las escaleras para encontrar un zapato bajo la comconsola de su tía y el otro junto a la puerta de la cocina. Ekaterin los llevó en la mano mientras salían por la puerta.

Un gran aerocoche negro brillante, sin marcas, esperaba en la acera, aplastando con una esquina un pequeño lecho de margaritas y rozando con la otra un sicómoro. El sargento ayudó a las dos damas y a Nikki a subir al compartimento trasero, y se hizo a un lado para ver subir a Hugo y Vassily. El capitán se unió a ellos. El sargento se sentó en el compartimento delantero, junto al conductor, y el vehículo saltó bruscamente al aire, arrancando unas cuantas hojas y ramitas y trocitos de corteza del sicómoro. El aerocoche giró a toda velocidad, a una altitud reservada para los vehículos de emergencia, pasando mucho más cerca de la parte superior de los edificios de lo que Ekaterin estaba acostumbrada a volar.

Antes de que Vassily hubiera superado la hiperventilación lo suficiente para formular siquiera la pregunta *¿adónde nos llevan?*, y justo cuando Ekaterin conseguía mantener los pies de Nikki en los zapatos y apretaba firmemente las tiras de sujeción, llegaron al Castillo Vorhartung. Los jardines que lo rodeaban poseían el colorido y la exuberancia de la vegetación veraniega; el río

brillaba y borboteaba, abajo, en el valle. Los estandartes de los condes, que indicaban que el Consejo celebraba sesión, ondeaban en brillantes filas en las almenas. Ekaterin miró ansiosamente por encima de la cabeza de Nikki, buscando la bandera marrón y plata. Cielos, allí estaba, el diseño plateado de la hoja y las montañas titilando al sol. Los aparcamientos estaban repletos. Soldados con medio centenar de libreas diferentes, brillantes como grandes pájaros, estaban sentados o apoyados en sus vehículos, charlando. El aerocoche de SegImp se posó limpiamente en un gran espacio milagrosamente despejado, justo al lado de una puerta lateral.

Un hombre familiar de mediana edad, ataviado con la librea del propio Gregor Vorbarra los esperaba. Un técnico pasó un escáner de seguridad por cada uno de ellos, incluso por Nikki. Seguido por el capitán, el lacayo los condujo por estrechos pasillos y ante varios guardias cuyas armas y armaduras no le debían nada a la historia y sí todo a la tecnología. Los llevó hasta una pequeña sala panelada que contenía una mesa de conferencias holovid, una comconsola, una máquina de café y muy poco más.

El lacayo rodeó la mesa, indicando a los visitantes que se colocaran de pie detrás de las sillas.

– Usted, señor; usted, señor; usted, joven señor; usted, señora. – Acercó una silla solamente para la tía Vorthys, murmurando –: Si quiere sentarse, profesora Vorthys.

Miró el orden que había impuesto, asintió satisfecho y se perdió por una pequeña puerta de la otra pared.

– ¿Dónde estamos? – le susurró Ekaterin a su tía.

– Nunca había estado en esta habitación, pero creo que no encontramos justo detrás del palco del Emperador, en la cámara de los Condes – susurró ella.

– Él ha dicho que todo esto resultaba demasiado complicado para resolverlo a través de la comconsola – murmuró Nikki, como si se sintiera un poco culpable.

– ¿Quién ha dicho eso, Nikki? – preguntó Hugo, nervioso.

Ekaterin vio que la puertecita volvía a abrirse. El emperador Gregor, también ataviado con su librea de la Casa Vorbarra, entró, le sonrió gravemente e hizo un gesto con la cabeza a Nikki.

– Por favor, no se levante, profesora – añadió en voz baja, cuando la mujer intentaba levantarse. Vassily y Hugo, completamente desconcertados, se pusieron firmes.

– Gracias, capitán Sphaleros – añadió el Emperador –. Puede regresar a su puesto.

El capitán saludó y se retiró. Ekaterin se preguntó si descubriría por qué le habían encomendado aquella extraña misión de escolta o si los acontecimientos del día serían para siempre un misterio.

El lacayo de Gregor, que le había seguido, acercó a su señor la silla de la cabecera de la mesa.

– Por favor, siéntense – dijo el Emperador a sus invitados mientras ocupaba su asiento –. Mis disculpas por su brusco traslado, pero no puedo ausentarme de aquí ahora mismo. Dejarán de arrastrar los pies en cualquier momento. Espero. – Colocó las manos sobre la mesa –. Ahora, si alguien por favor me explica por qué Nikki pensaba que estaba siendo secuestrado contra la voluntad de su madre...

– Completamente contra mi voluntad – recalcó Ekaterin.

Gregor miró a Vassily. Vassily parecía paralizado.

– Sucintamente, si es posible, teniente – añadió Gregor.

La disciplina militar rescató a Vassily de su estasis.

– Sí, señor – tartamudeó –. Me dijeron... el teniente Alexi Vormoncrief me llamó esta mañana para decirme que si lord Richards Vorrutyer obtenía hoy su condado, iba a presentar una acusación de asesinato en el Consejo contra lord Miles Vorkosigan por la muerte de mi primo Tien. Alexi dijo... Alexi temía que se produjeran disturbios de consideración en la capital. Tuve miedo por la seguridad de Nikki, y vine para llevármelo a un lugar más seguro hasta que las cosas... se tranquilizaran.

Gregor se frotó los labios.

– ¿Y eso fue idea suya, o se lo sugirió Alexi?

– Yo... – Vassily vaciló, y frunció el ceño –. La verdad es que lo sugirió Alexi.

– Ya veo. – Gregor miró a su lacayo, de pie junto a la pared, y dijo con claridad –: Gerard, toma nota. Ésta es la tercera vez este mes que el ocupado teniente Vormoncrief llama negativamente mi atención en asuntos políticos. Recuérdanos que le busquemos un puesto en algún lugar del Imperio donde esté menos ocupado.

– Sí, señor – murmuró Gerard. No anotó nada, pero Ekaterin dudó que le hiciera falta. No era necesario un chip de memoria para recordar las cosas que decía Gregor; simplemente, las recordabas.

– Teniente Vorsoisson – dijo Gregor –, me temo que los chismorreos y los rumores son típicos de la capital. Dilucidar la verdad de la mentira suministra un trabajo concienzudo y a tiempo completo a un número sorprendente de miembros de SegImp. Creo que lo hacen bien. Mis analistas de SegImp tienen la opinión profesional de que la calumnia contra lord Vorkosigan no surge de los acontecimientos de Komarr (de los que estoy plenamente informado), sino que es una invención posterior de un grupo de, um, desafectos es un nombre demasiado fuerte, hombres descontentos que comparten ciertos planes políticos que creen que podrían cumplirse si él cae en desgracia.

Gregor dejó que Vassily y Hugo digirieran esto durante un momento, y continuó:

– Su pánico es prematuro. Aunque no sé cuál va a ser el resultado de la votación de hoy. Puede estar usted seguro, teniente, de que sus parientes estarán protegidos. No se permitirá que se

produzca daño alguno a los miembros de la casa del lord Auditor Vorthys. Su preocupación es encomiable, pero innecesaria – su voz se volvió un poco más fría –. Su credulidad es menos encomiable. Corríjala, por favor.

– Sí, señor – susurró Vassily. Tenía a estas alturas los ojos como platos. Nikki le sonrió tímidamente a Gregor. Gregor le respondió con algo que no llegó a ser un guiño, sino un leve abrir de ojos. Nikki se acomodó en su asiento, satisfecho.

Ekaterin dio un respingo cuando llamaron a la puerta. El lacayo fue a atenderla. Después de una breve conversación en voz baja, se hizo a un lado para admitir a otro oficial de SegImp, esta vez un mayor con uniforme verde. Gregor alzó la cabeza y le indicó que se acercara. El hombre miró a los extraños invitados de Gregor, y se inclinó para murmurar al oído del Emperador.

– Muy bien – dijo Gregor –. Muy bien. Ya era hora. Bien. Tráelo directamente aquí.

El oficial asintió y salió rápidamente.

Gregor les sonrió a todos. La profesora le devolvió alegremente la sonrisa, y Ekaterin lo hizo con timidez. Hugo sonrió también, indefenso, pero parecía desconcertado. Gregor surtía ese efecto en la gente que lo veía por primera vez, recordó Ekaterin.

– Me temo – dijo Gregor –, que voy a estar bastante ocupado durante un rato. Nikki, te aseguro que nadie te va a separar hoy de tu madre – sus ojos se volvieron hacia Ekaterin mientras lo decía, y asintió levemente sólo para ella –. Me encantaría oír más cosas tuyas después de la sesión del Consejo. El soldado os encontrará sitio en la galería; Nikki tal vez lo encuentre educativo.

Ekaterin no estaba segura de si era una invitación o una orden, pero desde luego resultaba irresistible. Gregor alzó una mano, la palma hacia arriba. Todos se levantaron, excepto la tía Vorthys, que fue decorosamente ayudada por el lacayo. Gerard les indicó amablemente la puerta.

Gregor se acercó y añadió en voz baja a Vassily, justo antes de que se marchara:

– La señora Vorsoisson tiene mi plena confianza, teniente; le recomiendo que le dé usted la suya.

Vassily consiguió decir algo que sonó como *¡urkseñor!* Salieron al pasillo. Hugo no habría podido mirar a su hermana con mayor sorpresa si le hubiera salido una segunda cabeza.

Por el pasillo, tuvieron que caminar en fila india cuando se encontraron con el mayor que venía de vuelta. Ekaterin se sorprendió al ver que escoltaba a Byerly Vorrutyer, que tenía un aspecto desesperadamente abatido. By iba sin afeitarse, y su caro traje estaba arrugado y manchado. Tenía los ojos hinchados e inyectados en sangre, pero sus cejas se alzaron al reconocerla y consiguió hacerle un saludito irónico, la mano sobre el corazón, sin alterar el paso.

Hugo volvió la cabeza y miró a By.

– ¿Conoces a ese tipo tan raro?

– Uno de mis pretendientes – replicó Ekaterin al instante, decidiendo dar un buen uso a la

oportunidad –. Byerly Vorrutyer. Primo de Dono y de Richars. Pobre, imprudente, y ajeno al desaliento, pero muy ingenioso... si te gusta cierto tipo de humor desagradable.

Dejando a Hugo para que resolviera la indirecta de que podía haber cosas peores en la vida de una viuda desprotegida que la consideración de cierto heredero conde bajito, siguió al soldado a lo que era evidentemente un tubo-ascensor privado. Llevó al grupo a la primera planta y a otro estrecho pasillo, que terminaba en una discreta entrada a la galería. Había un guardia de SegImp en la puerta; otro ocupaba una posición de vigilancia al otro extremo de la galería.

La galería que asomaba a la cámara del Consejo estaba llena en sus tres cuartas partes, llena de murmullos en voz baja de mujeres bien vestidas y de hombres con uniforme verde o trajes elegantes. Ekaterin se sintió de pronto pobretona y sospechosa con su ropa de luto, sobre todo cuando el soldado de Gregor les hizo sitio en medio de la fila central, pidiendo a cinco caballeros, amablemente, pero sin explicaciones, que se cambiaran. Ella les sonrió a modo de disculpa mientras pasaban por su lado; ellos la miraron con curiosidad. Ekaterin sentó a Nikki entre ella y la tía Vorthys. Hugo y Vassily se sentaron a su derecha.

– ¿Ha estado aquí antes? – susurró Vassily, mirando a su alrededor con tanto asombro como Nikki.

– No – dijo Ekaterin.

– Yo estuve una vez, en una excursión del colegio, hace años – confesó Hugo –. El Consejo no celebraba sesión, desde luego.

Sólo la tía Vorthys no parecía impresionada, pero claro, ella visitaba frecuentemente los archivos del Castillo Vorhartung en su calidad de historiadora incluso antes de que el tío Vorthys fuera nombrado Auditor Imperial.

Ansiosa, Ekaterin observó el hemiciclo, que se extendía ante ella como un escenario. En sesión plenaria, la escena era pintoresca en extremo, con todos los condes con las más elegantes versiones de las libreas de sus Casas. Buscó entre la cacofonía multicolor una pequeña figura con uniforme marrón y plata, poco llamativo y elegante en comparación con otros... ¡allí! Miles acababa de levantarse de su escaño, en la primera fila, un poco más a la derecha de Ekaterin. Ella se aferró a la barandilla, los labios entreabiertos, pero él no alzó la cabeza.

Era impensable llamarlo, aunque nadie ocupaba ahora mismo el Círculo de Oradores; no se permitían intervenciones desde la galería cuando el Consejo celebraba la sesión, y solamente los condes y sus testigos podían acceder al hemiciclo. Miles se movía con tranquilidad entre sus poderosos colegas, mientras se acercaba al escaño de René Vorbretten para consultarle algo. Por difícil que le hubiera resultado a Aral Vorkosigan presentar a su lisiado heredero ante esta asamblea, hacía tantos años, era evidente que se habían acostumbrado a él ya. Era posible cambiar.

René, al mirar hacia la galería, la vio primero y atrajo la atención de Miles, cuyos ojos se

iluminaron al verla con una mezcla de deleite, confusión y, al advertir a Hugo y Vassily, preocupación. Ekaterin se atrevió a hacerle un gesto tranquilizador, apenas la mano abierta delante del pecho, que cerró rápidamente sobre su regazo. Miles le dirigió el antiguo saludo perezoso que usaba para expresar una sorprendente gama de comentarios; en este caso, una cauta ironía cargada de profundo respeto. Su mirada pasó a la tía Vorthys; alzó las cejas en una pregunta esperanzada y le dirigió un gesto de saludo, que ella devolvió. Sonrió.

Richars Vorrutyer, que hablaba con un conde de la primera fila, vio el saludo de Miles y se volvió hacia la galería. Richars vestía ya el atuendo gris y azul de su Casa, la librea de un conde, dando muchas cosas por hechas, pensó Ekaterin con desaprobación. Tras un instante, el reconocimiento asomó a sus ojos y frunció el ceño, malévolo. Ella miró con frialdad al coautor, como mínimo, de su actual crisis. *Conozco a los de tu calaña. No te tengo miedo.*

Gregor no había salido aún de su sala de conferencias privada; ¿de qué estaban hablando Byerly y él allí dentro? Dono, advirtió Ekaterin mientras observaba a los hombres congregados abajo, no había llegado todavía. Aquella enérgica figura destacaría en cualquier multitud, incluso en ésta. ¿Había un motivo secreto para la molesta seguridad de Richars?

Pero justo cuando un nudo de alarma empezaba a formarse en su pecho, docenas de rostros se volvieron hacia las puertas de la cámara. Directamente bajo ella, un grupo de hombres entró en el hemiciclo. Incluso desde aquel ángulo, Ekaterin reconoció al barbudo lord Dono. Llevaba un uniforme de cadete azul y gris de la Casa Vorrutyer, casi gemelo al que llevaba Richars, pero mejor calculado, sus adornos y alamares los propios de un heredero de conde. Lord Dono cojeaba, algo preocupante, y se movía con torpeza, como si sintiera algún tipo de dolor. Para sorpresa de Ekaterin, Ivan Vorpatril lo acompañaba. No estaba segura de quiénes eran los otros hombres, cuando reconoció algunas libreas.

– ¡Tía Vorthys! – susurró –. ¿Quiénes son los condes que acompañan a Dono?

La tía Vorthys parecía sorprendida.

– El de la cabellera blanca vestido de oro y azul es Falco Vorpatril. El más joven es Vorfolse, ese tipo tan raro de la costa sur, ya sabes. El caballero mayor del bastón es, santo cielo, el mismísimo conde Vorhalas. El otro es el conde Vorkalloner. Junto con Vorhalas, es considerado el tipo más inflexible del partido conservador. Espero que sean los caballeros que todo el mundo estaba esperando. Las cosas deben empezar a moverse de un momento a otro.

Ekaterin buscó la respuesta de Miles. Su alivio por la aparición de lord Dono se llenó claramente de desazón ante la llegada de los más poderosos valedores de Richars, en tropel. Ivan Vorpatril se separó del grupo y se acercó al escaño de René, con una sonrisa peculiar en el rostro. Ekaterin se echó hacia atrás, el corazón latiéndole ansiosamente, tratando con desesperación de descifrar lo que sucedía abajo, aunque con el murmullo de las mesas apenas era inteligible nada.

Ivan se tomó un instante para saborear la expresión de absoluto despiste de su primo el Auditor-Imperial-estoy-al-mando-aquí. *Sí, apuesto a que tienes problemas para averiguar qué está pasando*. Debería, supuso, sentirse culpable por no haberse tomado un momento, en sus frenéticos pasos de aquella mañana, para llamar a Miles por comconsola y hacerle saber lo que se cocía, pero de todas formas ya era demasiado tarde para que Miles pudiera hacer nada. Durante unos cuantos segundos más, Ivan estuvo un paso por delante de Miles en su propio juego. *Disfruta*. René Vorbretten parecía igualmente confuso, sin embargo, e Ivan no tenía ninguna cuenta que zanjar con él. Suficiente.

Miles miró a su primo con una expresión mezcla de deleite y furia.

– Ivan, idi...

– No... lo digas – Ivan alzó una mano para interrumpirlo antes de que terminara de pronunciar el insulto –. Acabo de salvarte el pellejo, otra vez. ¿Y qué agradecimiento recibo a cambio? Ninguno. Nada más que abuso y desprecio. Mi humilde recompensa en esta vida.

– Pym me informó de que venías con Dono. Cosa que te agradezco – dijo Miles entre dientes –. Pero ¿para qué demonios los has traído a *ellos*? – Señaló con la cabeza a los cuatro condes conservadores, que ahora se dirigían al escaño de Boriz Vormoncrief.

– Observa – murmuró Ivan.

Cuando el conde Vorhalas llegó a la altura de la mesa de Richars, éste se levantó y le sonrió.

– ¡Ya era hora, señor! ¡Me alegro de verle!

La sonrisa de Richars desapareció cuando Vorhalas pasó de largo sin volver siquiera la cabeza en su dirección; Richars bien podría haber sido invisible, por el caso que hizo Vorhalas a su saludo. Vorkalloner, que seguía a su compañero, le miró al menos con el ceño fruncido, una especie de reconocimiento.

Ivan contuvo el aliento, lleno de feliz expectación.

Richars lo intentó de nuevo, mientras el canoso Falco Vorpatril pasaba por su lado.

– Me alegro de que haya llegado, señor...

Falco se detuvo y lo miró con frialdad. Con una voz que, aunque grave y baja, llegó perfectamente a todos los rincones del hemiciclo, dijo:

– No será por mucho tiempo. Hay una regla no escrita entre nosotros, Richars; si intentas algo que esté al otro lado de la ética, asegúrate de ser tan bueno en tu juego que no te pillen. No eres lo bastante bueno.

Con una mueca despectiva, siguió a sus compañeros.

Vorfolse, el último, le susurró furioso a Richars:

– ¿Cómo te atreves a involucrarme en tus planes usando mi casa para preparar tu ataque? Me

encargaré de que te destruyan por esto.

Siguió su camino detrás de Falco, distanciándose de Richars en todos los sentidos.

Miles, con los ojos como platos, sonrió con creciente satisfacción.

– Una noche movidita, ¿no Ivan? – susurró, viendo la cojera de Dono.

– No te lo puedes ni imaginar.

– Inténtalo.

Ivan puso rápidamente al corriente a Miles y al no menos sorprendido René.

– La versión resumida es que un grupo de matones a sueldo trató de invertir la cirugía betana con una vibrodaga. Nos atacaron cuando salíamos de casa de Vorfolse. Tenían un buen plan para eliminar a los soldados de Dono, pero Olivia Koudelka y yo no estábamos en su lista. Los derrotamos y los entregué junto con las pruebas a Falco y al viejo Vorhalas, y los dejamos continuar a partir de ahí. Nadie, por supuesto, se molestó en informar a Richars: lo dejamos en blanco. Richars puede estar deseando ahora mismo tener esa vibrodaga para usarla contra su garganta antes de que acabe el día.

Miles frunció los labios.

– ¿Pruebas? Richars tiene que haberse movido a través de multitud de capas de intermediarios para hacer algo así. Si realmente tuvo algo que ver con la muerte de la prometida de Pierre, es condenadamente astuto. Seguir la pista hasta su puerta no será tarea fácil.

René añadió, con más urgencia:

– ¿Cuándo podremos tener las pruebas?

– Habría sido cosa de semanas, pero el sicario de Richars ahora es testigo Imperial. – Ivan tomó aire, en la cima de su triunfo.

Miles ladeó la cabeza.

– ¿El sicario de Richars?

– Byerly Vorrutyer. Al parecer ayudó a Richars a prepararlo todo. Pero las cosas salieron mal. Los matones seguían a Dono y se suponía que tenían que atacarlo cuando llegara a la mansión Vorsmythe, pero pensaron que tendrían una oportunidad mejor en casa de Vorfolse. By echaba espuma por la boca cuando por fin me encontró, poco antes del amanecer. No sabía dónde estaban sus peones, pobre histérico. Yo lo había capturado. La primera vez que he visto a By Vorrutyer sin palabras. – Ivan sonrió, lleno de satisfacción –. Entonces llegó SegImp y se lo llevaron.

– Qué... inesperado. No es así como yo situaba a Byerly en este juego – Miles frunció el ceño.

– Me pareció que eras demasiado confiado. Había algo en By que no me encajaba desde el principio, pero no podía situarlo...

Vorhalas y sus compañeros estaban ahora reunidos en torno a la mesa de Boriz

Vormoncrief.

Vorfolse parecía ser el más enfático, y hacía gestos furiosos mirando ocasionalmente por encima del hombro a Richars, quien contemplaba alarmado la escena. Vormoncrief apretó los labios y frunció profundamente el ceño. Sacudió dos veces la cabeza. El joven Sigur parecía horrorizado; inconscientemente, cruzó las manos protectoramente sobre su regazo y apretó las piernas.

Todos los debates en voz baja terminaron cuando el emperador Gregor entró por la puerta situada tras su palco y ocupó de nuevo su asiento. Llamó a lord Guardián del Círculo de Oradores, quien corrió hacia él. Conversaron brevemente. La mirada del lord Guardián recorrió la sala; se acercó a Ivan.

– Lord Vorpatril – saludó amablemente –. Es hora de despejar el hemiciclo. Gregor está a punto de convocar la votación. A menos que sea usted llamado como testigo, debe tomar asiento en la galería.

– Allá voy – dijo Ivan, más contento que unas pascuas. Miles intercambió un gesto vencedor con René y regresó a su escaño; Ivan se volvió hacia la puerta.

Ivan pasó lentamente junto al escaño del Distrito Vorrutyer, donde Dono le decía alegremente a Richars:

– Apártate, joven. Tus hampones fallaron anoche. Los guardias municipales de lord Vorbohn te estarán esperando en la puerta con los brazos abiertos cuando esta votación haya acabado.

Con extremo disgusto, Richars se sentó en el otro extremo del asiento. Dono se desplomó y cruzó las piernas (por los tobillos, advirtió Ivan) y ensanchó los hombros cómodamente.

– Eso te gustaría – replicó Richars entre dientes –. Pero Vorbohn no tendrá ninguna jurisdicción sobre mí cuando sea conde. Y el grupo de Vorkosigan estará tan revuelto con sus crímenes que no tendrán oportunidad de tirarme ni piedras.

– ¿Piedras, Richars, querido? – rezongó Dono –. Serás muy afortunado. Preveo un corrimiento de tierras... contigo debajo.

Dejando atrás la reunión familiar Vorrutyer, Ivan se dirigió a las puertas dobles, que los guardias abrieron para él. Un trabajo bien hecho, por Dios. Miró por encima del hombro y vio que Gregor lo miraba. El Emperador le dirigió una leve sonrisa y un brevísimo gesto con la cabeza.

No hizo que se sintiera gratificado. Hizo que se sintiera *desnudo*. Demasiado tarde, recordó las palabras de Miles de que la recompensa por un trabajo bien hecho solía ser un trabajo más duro. Por un momento, al llegar al pasillo, luchó contra el impulso y volverse hacia la derecha y salir a los jardines en vez de hacia la izquierda y subir a la galería. Pero no se perdería aquello por nada del mundo. Subió las escaleras.

- ¡Fuego! - gritó Kareen.

Dos frascos de manteca de cucaracha volaron por el pasillo describiendo altas trayectorias. Kareen esperaba que hicieran *thud* sobre sus blancos, como piedras, pero un poco más resistentes. Pero todos los frascos de los estantes eran el nuevo suministro que Mark había comprado de *rebajas* en alguna parte. El plástico más fino y más barato no tenía la integridad estructural de los primeros frascos. No golpearon como rocas; golpearon como granadas.

Al impactar con los hombros de Muno y la nuca de Gustioz, los frascos se rompieron y salpicaron de manteca de cucaracha las paredes, el techo, el suelo e, incidentalmente, los blancos. Como la segunda andanada estaba ya en el aire antes de que la primera aterrizara, los sorprendidos escobarianos se volvieron justo a tiempo de recibir las siguientes bombas mantequeras en el pecho. Los reflejos de Muno fueron lo bastante rápidos para esquivar un tercer frasco, que estalló en el suelo, rociando a todo el grupo de blanca y goteante manteca de cucaracha.

Martya, enormemente excitada, estaba ahora sumida en una especie de furia incontrolable, y disparaba frascos al pasillo a tanta velocidad como podía agarrarlos. No todos los frascos se rompieron: algunos golpearon con *thunks* bastante satisfactorios. Muno, maldiciendo, esquivó un par más, pero tuvo que soltar a Enrique el tiempo suficiente para tomar un par de frascos de los estantes que estaban en el extremo del pasillo y lanzarlos contra las hermanas Koudelka. Martya esquivó el frasco que la apuntaba; el segundo explotó a los pies de Kareen. El intento de Muno por contraatacar le salió por la culata cuando Enrique se puso de rodillas y escapó pasillo abajo hacia sus valkiriescas protectoras.

- ¡Vuelve al laboratorio y cierra la puerta! - gritó a Kareen -. ¡Podremos pedir ayuda desde allí!

La puerta situada al fondo del pasillo, más allá de los invasores escobarianos, se abrió de golpe. El corazón de Kareen se animó, momentáneamente, al ver llegar al soldado Roic. ¡Refuerzos! Roic iba apenas vestido con botas, calzoncillos y una cartuchera a la espalda.

- ¿Qué demonios...? - empezó a decir, pero fue interrumpido cuando una última y desafortunada salva de fuego amigo, disparada por Martya sin apuntar, estalló en su pecho.

- ¡Oh, lo siento! - dijo ella, haciéndose pantalla con las manos.

- ¿Qué demonios está pasando aquí? - aulló Roic, buscando su aturdidor en el lado contrario con las manos resbaladizas por la capa de manteca de cucaracha -. ¡Me han despertado! ¡Es la *tercera vez* que alguien me despierta esta semana! *Acababa de quedarme dormido*. ¡Juré que *mataría* al siguiente hijo de puta que me despertara...!

Kareen y Martya se abrazaron durante un instante de pura apreciación estética de la altura, la anchura de hombros, la grave reverberación de su voz y el generoso aspecto atlético del joven macho que presentaba Roic; Martya suspiró. Los escobarianos, naturalmente, no tenían ni idea de

quién era el bárbaro gigante semidesnudo que apareció entre ellos y la única ruta de salida que conocían. Retrocedieron unos cuantos pasos.

– ¡Roic, están intentando secuestrar a Enrique! – gritó Kareen apremiante.

– ¿Sí? Bien – Roic la miró, algo bizco –. Asegúrese de que le llevan a todos sus bichos del diablo también...

El aterrado Gustioz trató de abrirse paso hacia la puerta, pero chocó con Roic. Los dos resbalaron en la manteca de cucaracha y cayeron en medio de un remolino de documentos oficiales. Los entrenados reflejos de Roic, algo privados de sueño, eso sí, intervinieron, y trató de sujetar en el suelo a su atacante accidental, cosa que no fue fácil porque ambos estaban ahora cubiertos de lubricante.

El fiel Muno, encogido, lanzó otra salva de frascos para tratar de agarrar de nuevo a Enrique, y consiguió hacer contacto con un brazo que trataba de repelerlo. Los dos resbalaron en el traicionero suelo. Pero Muno consiguió asir uno de los tobillos de Enrique y empezó a arrastrarlo por el pasillo.

– ¡No puede detenernos! – jadeó Gustioz, debajo de Roic –. ¡Tengo una orden!

– ¡Amigo, no quiero detenerlo! – aulló Roic.

Kareen y Martya se lanzaron a agarrar los brazos de Enrique, y tiraron en la otra dirección. Como nadie tenía punto de apoyo ninguno, la competición no llegó momentáneamente a ninguna conclusión. Kareen se arriesgó a soltar un brazo y rodeó a Enrique para asestar una patada a la muñeca de Muno; el sargento soltó un grito y retrocedió. Las dos mujeres y el científico corrieron como pudieron hacia la puerta del laboratorio. Martya cerró la puerta y echó el cerrojo justo antes de que el hombro de Muno golpear desde el otro lado.

– ¡La comconsola! – le gritó a su hermana por encima del hombro, entre jadeos –. ¡Llama a lord Mark! ¡Llama a *alguien!*

Kareen se quitó de los ojos manteca de cucaracha, se lanzó hacia la consola y empezó a teclear el código personal de Mark.

Miles volvió la cabeza y observó, por desgracia sin poder oírlo, cómo Ivan llegaba a la primera fila de la galería y echaba sin piedad a un desafortunado cadete. El joven oficial, inferior en rango y en peso, cedió reacio su puesto y se fue a buscar sitio de pie al fondo. Ivan se sentó junto a la profesora Vorthys y Ekaterin. Siguió una conversación en voz baja; por los gesto de Ivan y su sonrisita de satisfacción, Miles imaginó que estaba informando a las damas de sus heroicas aventuras de la noche anterior.

Maldición, si yo hubiera estado allí, habría podido salvar a lord Dono también... O tal vez no.

Miles había reconocido a Hugo, el hermano mayor de Ekaterin, y a Vassily Vorsoisson, que la flanqueaban al otro lado, por su breve encuentro en el funeral de Tien. ¿Habían venido a la ciudad para acosar de nuevo a Ekaterin respecto a Nikki? Ahora, al escuchar a Ivan, los dos parecían completamente estupefactos. Ekaterin dijo algo con ferocidad. Ivan se rió inquieto, y luego se volvió para saludar a Olivia Koudelka, que acababa de sentarse en la última fila. No era justo que una persona que había estado despierta toda la noche pareciera tan refrescada. Se había cambiado el vestido de noche por un traje suelto de seda con unos pantalones a la moda komarresa. A juzgar por su salud y su sonrisa, al menos no había sido herida durante la lucha. Nikki hizo una pregunta, nervioso, y la profesora le respondió: miró fríamente y sin aprobación la nuca de Richars Vorrutyer.

¿Qué demonios estaba haciendo la familia entera de Ekaterin allá arriba? ¿Cómo había convencido a Hugo y Vassily para que cooperaran con esta visita? ¿Y qué tenía que ver Gregor con todo aquello? Miles hubiera jurado que había visto a un soldado Vorbarra, volviéndose después de escoltarlos a sus asientos... En el hemiciclo, el lord Guardián del Círculo de Oradores golpeó con el como de una lanza de caballería con el penacho Vorbarra la placa de madera colocada en el suelo para ese propósito. El *clac-clac* resonó por toda la cámara. Ahora no había tiempo ya para subir a la galería y averiguar qué estaba pasando. Miles desvió su atención de Ekaterin, y se preparó para atender el negocio. El negocio que decidiría si ambos iban a zambullirse en un sueño o una pesadilla...

– Mi Señor Imperial reconoce al conde Vormoncrief – llamó el lord guardián –. Avance y haga su petición, milord.

El conde Boriz Vormoncrief se levantó, palmeó en el hombro a su yerno, y avanzó para ocupar su sitio en el Círculo de Oradores bajo las pintorescas ventanas, de cara al hemiciclo de condes. Hizo una petición breve y formal para que se reconociera a Sigur como legítimo heredero del Distrito Vorbretten, con referencias a las pruebas del examen genético de René, que ya circulaba entre sus colegas bastante antes de aquella votación. No hizo ningún comentario sobre el caso de Richars, que esperaba su turno. ¡Un cambio de alianza a distanciamiento, sí, por Dios! El rostro de Richars, mientras escuchaba, permaneció firme. Boriz se sentó.

El lord Guardián volvió a golpear con la lanza.

– Mi Señor Imperial reconoce a lord Vorbretten. Avance y exprese su derecho de rechazar esta petición, milord.

René se levantó en su escaño.

– Milord Guardián, cedo el Círculo temporalmente a lord Dono Vorrutyer.

Volvió a sentarse.

Un murmullo de comentarios se alzó en el hemiciclo. Todos siguieron el movimiento y su lógica; para total satisfacción de Miles, aunque la ocultó, Richars pareció sorprenderse. Dono se

levantó, cojeó hasta el Círculo de Oradores, y se dio la vuelta para encararse a los condes reunidos de Barrayar. Una breve sonrisa blanca destelló en su barba. Miles siguió su mirada hacia la galería justo a tiempo de ver a Olivia en su asiento, haciendo gestos de ánimo con el pulgar.

– Señor, milord Guardián, milores.

Dono se humedeció los labios, y presentó la petición formal del título de conde del Distrito Vorrutyer. Recordó a todos los presentes que habían recibido copias certificadas de su informe médico completo y las declaraciones de los testigos sobre su nuevo sexo. Brevemente, reiteró sus argumentos sobre su derecho de primogenitura masculina, la elección del conde, y su experiencia anterior como ayudante de su difunto hermano Pierre en la administración del Distrito Vorrutyer.

Lord Dono permaneció de pie con las piernas separadas, las manos a la espalda, y alzó la barbilla.

– Como algunos de ustedes saben ya, anoche alguien intentó arrebatarles esta decisión. Decidir el futuro de Barrayar no en esta cámara del Consejo, sino en los callejones. Me atacaron; con suerte, escapé sin heridas serias. Mis asaltantes están ahora en manos de la guardia de lord Vorbohn, y un testigo ha ofrecido pruebas suficientes para el arresto de mi primo Richars como sospechoso de conspiración para cometer la mutilación. Los hombres de Vorbohn lo esperan fuera. Richars saldrá de esta cámara para ser arrestado o ser colocado por encima de su jurisdicción... en ese caso, el juicio del crimen recaerá sobre ustedes más tarde.

» El gobierno en manos de matones en los Siglos Sangrientos dio a Barrayar muchos pintorescos incidentes históricos, dignos de un drama teatral. No creo que sea un drama que deseemos regresar a la vida real. Me presento ante ustedes preparado y dispuesto para servir a mi Emperador, al Imperio, a mi Distrito y a su pueblo. También defendiendo el dominio de la ley – dirigió un grave gesto hacia el conde Vorhalas, que asintió a su vez –. Caballeros, está en sus manos.

Dono se sentó.

Años atrás (antes de que Miles naciera) uno de los hijos de conde Vorhalas había sido ejecutado por participar en un duelo. El conde decidió no alzar su estandarte en rebelión contra aquello, y había dejado claro desde entonces que esperaba igual lealtad hacia la ley por parte de sus pares. Era una especie de disuasión moral con dientes afilaros; *nadie* se atrevía a oponerse a Vorhalas en cuestiones éticas. Si el partido conservador tenía una médula espinal que lo mantenía erguido era el viejo Vorhalas. Y parecía que Dono se había metido a Vorhalas en el bolsillo. O Richars se lo había metido por él... Miles siseó entre dientes, reprimiendo su nerviosismo. *Buena jugada, Dono, buena, buena. Soberbia.*

El lord Guardián volvió a golpear con la lanza y llamó a Richars para que respondiera a la petición de Dono. Richars parecía aturdido y furioso. Avanzó para ocupar su lugar en el Círculo de Oradores, murmurando. Se volvió hacia la cámara, inspiró profundamente y se lanzó a los

preámbulos formales de su rechazo.

Miles se distrajo al ver que llegaba más gente a la galería. Alzó la mirada y sus ojos se ensancharon al ver a sus padres, en la fila situada directamente detrás de Ekaterin y la profesora, murmurando disculpas por los asientos y dando las gracias a una sorprendida pareja Vor que instantáneamente cedió su puesto a los Virreyes. Estaba claro que habían terminado su desayuno a tiempo de asistir a la votación, y aún iban formalmente vestidos, el conde Aral con el mismo uniforme marrón y plata de la Casa que llevaba Miles, la condesa con una bonita túnica beige bordada, el pelo rojizo en elaboradas trenzas. Ivan se volvió, pareció sorprenderse, saludó, y murmuró algo entre dientes. La profesora, concentrada en las palabras de Richars, le hizo callar. Ekaterin no había mirado hacia atrás; estaba agarrada a la barandilla y observaba a Richars como si quisiera que le reventase una arteria en los centros de habla del cerebro. Pero él continuó hablando, hasta llegar a la conclusión de su argumento.

– Que he sido siempre el heredero de Pierre es algo que demuestra el hecho de que no nombrara a otro para ocupar ese lugar. Reconozco que no hubo mucho amor entre nosotros, cosa que siempre consideré desafortunada, pero como muchos de ustedes saben, Pierre era, ah, una persona *difícil*. Pero incluso él se daba cuenta de que no podría tener más sucesor que yo.

» Dono es una broma de mal gusto de lady Donna, que hemos tolerado demasiado. Ella es la esencia misma de la corrupción galáctica – su mirada, y su mano, se dirigieron al muti Miles, como sugiriendo que el cuerpo de su enemigo fuera una forma externa y visible de un veneno interno e invisible –, contra la cual debemos luchar, sí, yo digo que luchemos y que lo hagamos con arrojo y en voz alta, por nuestra pureza nativa. Ella es una amenaza viviente para nuestras esposas, nuestras hijas, nuestras hermanas. Ella es una incitación a la rebelión contra nuestro orden más profundo y fundamental. Es un insulto al honor del Imperio. Les suplico que acaben con esa charada del modo que se merece.

Richars miró en derredor, buscando ansiosamente signos de aprobación de sus impasibles oyentes, y continuó:

– Con respecto a la débil amenaza de lady Donna sobre su supuesto ataque (que de hecho puede haber ido obra de cualquier facción suficientemente escandalizada por su postura) y su presentación ante esta Cámara. Yo digo, adelante. ¿Y quién será el caballo que presente su caso ante ustedes, en ese caso? – Hizo un amplio gesto hacia Miles, sentado en su escaño con las piernas extendidas y escuchando lo más impasible que podía –. Uno que está acusado de crímenes peores, incluso de asesinato premeditado.

Richars estaba exaltado; intentaba bajar su cortina de humo demasiado pronto. Era un humo con el que Miles podía ahogarse de todas formas. *Maldito seas, Richars*. No podía dejar pasar esa acusación, ni por un instante.

– Llamo al orden, milord Guardián – sin cambiar su postura, Miles alzó la voz para que llegara a toda la cámara –. No he sido acusado; he sido difamado. Hay una clara distinción entre ambas cosas.

– Sería una ironía que *usted* intentara presentar una acusación criminal aquí – contestó Richars, picado, esperaba Miles, por la implícita amenaza de contraquerella.

El conde Vorhalas, desde su sitio en la última fila, exclamó:

– En ese caso, Señor, milord Guardián, milores, tras haber visto las pruebas y escuchado los interrogatorios preliminares, me sentiré honrado de presentar la acusación contra lord Richars yo mismo.

El lord Guardián frunció el ceño y dio un golpe de maza. Históricamente, permitir que dos hombres empezaran a hablar sin que les tocara el turno había conducido a discusiones y gritos, peleas a puñetazos, y, en las épocas anteriores en que no existían escáneres para las armas, a célebres reyertas y duelos a muerte. Pero el emperador Gregor, que escuchaba con gesto adusto, no hizo ningún ademán de intervenir.

Richars empezaba a perder los nervios; Miles lo notaba en su cara enrojecida y en su respiración entrecortada. Para sorpresa de Miles, señaló a Ekaterin.

– hay que ser un villano redomado para estar aquí delante mientras la esposa de su víctima lo mira desde arriba... aunque supongo que difícilmente podría mirarlo desde abajo, ¿no?

Todos se volvieron hacia la mujer vestida de negro de la galería. Ekaterin estaba pálida, helada y asustada, arrancada de su segura invisibilidad de observadora por las palabras de Richars. Junto a ella, Nikki se envaró. Miles se enderezó; fue todo lo que pudo hacer para no lanzarse contra la garganta de Richars y tratar de estrangularlo en el acto. Aquello no habría servido de nada. Se veía obligado a utilizar otros métodos de combate, más lentos, pero, juró, más efectivos. ¿Cómo se atrevía Richars a meter a Ekaterin en aquel asunto público, a invadir sus preocupaciones más privadas, a intentar manipular sus más íntimas relaciones sólo por servir a sus ansias de poder?

La pesadilla que Miles había esperado se estaba desarrollando en aquel mismo momento. Se vería forzado a prestar atención no a la verdad, sino a las apariencias, a asegurarse de que cada palabra que surgiera de su boca causara efecto en uno oyentes que podrían convertirse en sus futuros jueces. Richars se había rebajado con aquel ataque a ciegas a Dono, ¿podría resarcirse aupándose sobre Miles y Ekaterin? Parecía que iba a intentarlo.

El rostro de Ekaterin permaneció completamente tranquilo, pero sus labios estaban pálidos. Una prudente parte del cerebro de Miles no pudo dejar de advertir cómo era su aspecto cuando estaba realmente furiosa, para futuras referencias.

– Está usted equivocado, lord Richars – le espetó ella –. No es su primer error, al parecer.

– ¿Lo estoy? – contestó él –. ¿Por qué huyó usted aterrorizada de su propuesta pública de

matrimonio, entonces, si no fue porque advirtió demasiado tarde su intervención en la muerte de su esposo?

– ¡Eso no es asunto suyo!

– Me pregunto a qué presiones le habrá tenido sometida desde entonces para ganarse su lealtad... – su mueca invitó a los oyentes a imaginar lo peor.

– ¡Sólo porque es un maldito idota!

– Las pruebas saltan a la vista, señora.

– ¿Ésa es su idea de una prueba? – rugió Ekaterin –. Bien. Su teoría legal se puede desmontar fácilmente...

El lord Guardián golpeó con su lanza.

– No están permitidas las intervenciones desde la galería – empezó a decir, mirándola.

Tras Ekaterin, el Virrey de Sergyar contempló al lord Guardián, se llevó el índice de manera sugerente a la nariz, e hizo un gesto con dos dedos indicando a Richars: *No, deja que se ahorque él solito*. Ivan miró por encima del hombro, sonrió y volvió a girarse. Los ojos del lord Guardián se volvieron hacia Gregor, cuyo rostro sólo mostraba una leve sonrisa de interés y poco más. El lord Guardián continuó, con menos ímpetu:

– Pero pueden contestarse las preguntas directas del Círculo de Oradores.

Las cuestiones de Richars habían sido más retóricas, para conseguir efecto, que directas, juzgó Miles. Creyendo que Ekaterin guardaría silencio al estar en la galería, no había esperado tener que afrontar respuestas directas. La expresión de Richars hizo pensar a Miles en un hombre que atormenta a una tigresa hasta que descubre que la criatura no tiene correa. ¿Hacia qué lado saltaría? Miles contuvo el aliento.

Ekaterin se inclinó hacia delante, agarrando la barandilla con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

– Acabemos con esto. ¿Lord Vorkosigan?

Miles se sacudió en su asiento, sorprendido.

– ¿Señora? – hizo una pequeña reverencia –. A sus órdenes...

– Bien. ¿Quiere casarse conmigo?

Una especie de rugido, como el mar, llenó la cabeza de Miles; durante un momento, sólo hubo dos personas en la cámara, no doscientas. Si aquello era un plan para impresionar a sus colegas con su inocencia, ¿funcionaría? *¿A quién le importa? ¡Aprovecha el momento! ¡Quédate con la mujer! ¡No dejes que se vuelva a escapar!* Una comisura de su boca se alzó, luego la otra; luego una amplia sonrisa se apoderó de todo su rostro. Se volvió hacia ella.

– Vaya, sí, señora. Por supuesto. ¿Ahora?

Ella pareció un poco apurada al imaginar que él abandonaba la cámara inmediatamente, para

hacerla cumplir su oferta en ese mismo momento, antes de que pudiera cambiar de opinión. Bueno, estaba dispuesto si ella estaba dispuesta... Ella le indicó que se sentase.

– Lo discutiremos más tarde. Zanjemos este asunto.

– Será un placer – sonrió ferozmente a Richars, que ahora boqueaba como un pez. Él sonrió.

Doscientos testigos. No puede echarse atrás ahora...

– Se acabó esa línea de razonamiento, lord Richars – concluyó Ekaterin. Se sentó haciendo un gesto de sacudirse las manos, y añadió, en modo alguno entre dientes –: *Idiota*.

El emperador Gregor parecía decididamente divertido. Nikki, al lado de Ekaterin, daba saltitos de entusiasmo y murmuraba algo que parecía *bien-mamá-bien*. La galería había estallado en carcajadas medio disimuladas. Ivan se frotó la boca con el dorso de la mano, aunque sus ojos entornados demostraban que se estaba riendo también. Miró hacia donde estaba Ekaterin: la Virreina parecía estar ahogándose y el Virrey convertía una carcajada en una tos discreta. Ruborizada, y al caer en la cuenta de que lo estaba, Ekaterin se hundió en su asiento, sin atreverse a mirar apenas a su hermano Hugo ni a Vassily. Miró a Miles, sin embargo, y sus labios compusieron una sonrisa indefensa.

Miles le sonrió como un lunático; la negrísima mirada que le dirigió Richars rebotó en él como deflectada por un campo de fuerza. Gregor hizo un breve gesto al lord Guardián para que continuara.

Richars había perdido ya el hilo de su razonamiento, además del impulso, el planteamiento central y la simpatía del público. La atención de todo el mundo estaba centrada en Ekaterin mientras la diversión se volvía impaciencia por el feo asunto de Richars, el cual terminó de hablar de manera débil e incoherente y abandonó el Círculo.

El lord Guardián llamó a la votación. Gregor, al que le tocaba pronto el turno como conde Vorbarra, votó *Paso* en vez de abstenerse, reservándose el derecho a votar al final, por si era necesario un voto decisivo, un privilegio imperial al que no recurría a menudo. Miles empezó a contar los votos, pero para cuando le tocó el turno había empezado a escribir repetidas veces *lady Ekaterin Nile Vorkosigan* intercalado con *lord Miles Naismith Vorkosigan* con su mejor letra en los márgenes del papel. René Vorbretten, sonriendo, tuvo que indicarle la respuesta adecuada, cosa que arrancó otra risa sorda de la galería.

No importaba: Miles se dio cuenta de que se alcanzaba la cifra mágica de treinta y uno por el rumor que se extendió por el hemiciclo y la galería, cuando los demás que seguían la cuenta llegaron a la conclusión de que Dono había ganado. Richars se quedó con unas docenas de votos, ya que varios de sus valedores conservadores se abstuvieron tras el severo voto del conde Vorhalas. Dono alcanzó finalmente treinta y dos votos, no exactamente una mayoría abrumadora, pero sí lo suficiente para alzarse con una ventaja mínima. Gregor, con obvia satisfacción se abstuvo

finalmente como conde Vorbarra, por lo que no influyó en el resultado.

Un aturdido Richars se puso en pie en la mesa del Distrito Vorrutyer y exclamó desesperado:

– ¡Señor, apelo esta decisión!

En realidad, no tenía más remedio; intentar que se produjera otra votación era lo único que podía salvarlo de los guardias municipales que lo esperaban pacientemente a la salida de la cámara.

– Lord Richars – respondió Gregor formalmente –, rechazo su apelación. Mis condes han hablado: la decisión es firme.

Hizo un gesto al lord Guardián, quien hizo que el sargento de armas de la cámara escoltara rápidamente a Richars hacia el destino que le esperaba tras la puerta antes de que pudiera recuperarse de la conmoción lo suficiente para estallar en fútiles protestas u ofrecer satisfacción. *¿Querías molestarme, Richars? Estás acabado.*

Bueno... en realidad Richars se había puesto fin él mismo, cuando atacó a Dono en mitad de la noche y falló. Había que dar las gracias a Ivan, a Olivia y, paradójicamente, supuso Miles, a By, seguidor secreto de Richars. Con amigos como By, ¿quién necesitaba enemigos? Y sin embargo... había algo en la versión que Ivan había dado de los acontecimientos de la noche anterior que no encajaba del todo. *Más tarde. Si un Auditor Imperial no puede llegar al fondo de este asunto, no podrá nadie.* Empezaría interrogando a Byerly, que ahora estaba sin duda bajo custodia de SegImp. O mejor aún, tal vez por... los ojos de Miles se entornaron, pero tuvo que interrumpir sus pensamientos cuando Dono volvió a ponerse en pie.

El conde Dono Vorrutyer entró en el Círculo de Oradores para dar tranquilamente las gracias a sus colegas, y para devolver formalmente la palabra a René Vorbretten. Con una sonrisita satisfecha, regresó al escaño del Distrito Vorrutyer y tomó posesión, de forma única e indiscutible. Miles trató de no doblar el cuello y mirar hacia la galería, pero miró furtivamente en dirección a Ekaterin. Así, pudo ver el momento en que su madre finalmente se inclinó entre Ekaterin y Nikki para saludarlos por primera vez.

Ekaterin se dio la vuelta, y se puso pálida. Sus futuros suegros le sonrieron contentísimos, e intercambiaron, confió Miles, entusiasmados saludos.

La profesora se volvió también y soltó una exclamación de sorpresa; sin embargo, dio un apretón de manos a la Virreina que tenía todo el aire de una hermandad secreta descubierta al fin. Miles se sintió un poco irritado por la actitud de alegre conspiración maternal de ambas mujeres. ¿Había estado fluyendo información por un canal oculto entre ambas casas todo aquel tiempo? *¿Qué ha estado diciendo de mí mi madre?* Pensó en intentar sonsacárselo más tarde a la Virreina. Luego se lo pensó mejor.

El Virrey Vorkosigan extendió también la mano, algo torpemente, y la colocó sobre el

hombro de Ekaterin, que apretó cálidamente. Miró a Miles, sonrió, e hizo un comentario que Miles se alegró de no poder escuchar. Ekaterin se enfrentó graciosamente al desafío, y presentó a su hermano y al aturdido Vassily. Miles tomó la decisión en ese momento de que si Vassily trataba de crear más problemas con Nikki se lo entregaría sin ningún remordimiento a la Virreina para que le aplicara una dosis de terapia betana que lo volviera loco.

La pantomima de saludos quedó interrumpida cuando René Vorbretten se levantó para ocupar su lugar en el Círculo de Oradores. Los ocupantes de la galería volvieron su atención hacia el hemicírculo. Sintiendo los cálidos ojos de Ekaterin encima de él, Miles se sentó y trató de parecer ocupado y efectivo, o al menos atento. Estaba seguro de que no engañaba a su padre, que sabía condenadamente bien que a estas alturas de un Consejo normal la votación no tenía nada que ver con la postura.

René hizo un brillante intento por ofrecer un discurso coherente, cosa que no resultó fácil después de los acontecimientos anteriores. Presentó su historial de diez años de fiel servicio al condado, y el de su padre antes que él, y llamó la atención de sus colegas sobre la carrera militar y la muerte de su padre en la guerra del Radio de Hegen. Hizo una presentación digna de su reconfirmación, y se sentó, con sonrisa forzada.

De nuevo, el lord Guardián llamó a la votación, y de nuevo Gregor pasó en vez de abstenerse. Esta vez, Miles consiguió seguir el recuento. Con voz firme, el conde Dono pronunció su primer voto en nombre del Distrito Vorrutyer.

Sigur tuvo mejores resultados que la debacle de Richars, pero no lo suficiente: René alcanzó los treinta y un votos casi al final. Allí se quedó. Gregor volvió a abstenerse, con un deliberado efecto nulo en el resultado. De manera rutinaria, el conde Vormoncrief apeló, y para sorpresa de nadie, Gregor se negó a oír la recusación. Vormoncrief y un sorprendentemente aliviado Sigur se comportaron bastante mejor en la derrota que Richars, y fueron a estrechar la mano de René, quien ocupó de nuevo el Círculo de Oradores para dar las gracias a sus colegas y devolvió la palabra al lord Guardián. Éste volvió a golpear con su lanza y declaró concluida la sesión. La cámara y la galería estallaron en un remolino de movimiento y ruido.

Miles se abstuvo de saltar sobre mesas y sillas y sobre las espaldas de sus colegas para llegar a la galería sólo porque el grupo familiar se levantó también, y empezó a dirigirse hacia las escaleras. ¿Seguro que podía confiar en que sus padres traerían a Ekaterin? Se encontró atrapado en una multitud de condes que le ofrecían sus felicitaciones, comentarios y chistes. Él apenas oía, y contestaba a todo con un automático *gracias... gracias*, en ocasiones sin saber qué le decían.

Por fin oyó a su padre pronunciar su nombre. Miles volvió la cabeza; el aura del Virrey era tal que la multitud pareció fundirse a su alrededor. Ekaterin avanzó tímidamente hacia el grupo de hombres uniformados entre sus formidables acompañantes. Miles se le acercó y agarró sus manos

con fuerza, mirándola a la cara, *¿es cierto, es real?*

Ella le sonrió, estúpida, bellísimamente. *Sí, oh, sí.*

– ¿Quieres que te eche una mano? – se ofreció Ivan.

– Cállate, Ivan – dijo Miles por encima del hombro. Buscó el asiento más cercano –. ¿Te importa? – le susurró.

– Creo que es la costumbre.

Su sonrisa se hizo más amplia y él se subió al bando, la rodeó con sus brazos y le dio un beso sonoro y posesivo. Ella lo abrazó a su vez, con la misma fuerza, temblando un poco.

– Mío para mí. Sí – le susurró ella ferozmente al oído.

Él se bajó del banco, pero no le soltó la mano.

Nikki, que casi tenía su misma altura, lo miró a los ojos.

– Vas a hacer feliz a mi madre, ¿verdad?

– Puedes estar seguro de que lo intentaré, Nikki.

Asintió seriamente, con todo su corazón. Gravemente, Nikki asintió a su vez, como diciendo *trato hecho*.

Olivia, Tatyá, y la hermana de René llegaron entonces, abriéndose paso entre la multitud que ya se marchaba, para saltar sobre René y Dono. Jadeando tras ella venía un hombre vestido con librea carmín y verde. Se detuvo en seco, contempló desazonado la cámara y gimió:

– ¡Demasiado tarde!

– ¿Quién es ése? – le susurró Ekaterin a Miles.

– El conde Vormuir. Parece que se ha perdido la sesión.

El conde Vormuir se marchó hacia su escaño al otro lado de la cámara. El conde Dono lo observó con una sonrisa.

Ivan se acercó a Dono y dijo en voz baja:

– Muy bien, tengo que saberlo. ¿Cómo engañaste a Vormuir?

– ¿Yo? No he tenido nada que ver. Sin embargo, por si quieres saberlo, creo que se ha pasado la noche reconciliándose con su condesa.

– ¿Toda la noche? ¿A su edad?

– Bueno, ella recibió la ayuda de un agradable afrodisíaco betano. Creo que puede aumentar la atención de un hombre durante *horas*. Tampoco tiene efectos secundarios desagradables. Ahora que te estás haciendo viejo, Ivan, tal vez quieras probarlo.

– ¿Tienes más?

– Yo no. Habla con Helga Vormuir.

Miles se volvió hacia Hugo y Vassily, la sonrisa un poco ensombrecida. Ekaterin le apretó la mano con más fuerza y él le devolvió el apretón.

– Buenos días, caballeros. Me alegro de que pudieran ser testigos de esta histórica sesión. ¿Quieren por favor almorzar con nosotros en la mansión Vorkosigan? Estoy seguro de que tenemos algunos asuntos que discutir en privado.

Vassily parecía dispuesto a quedarse permanentemente aturdido, pero consiguió asentir y murmurar *gracias*. Hugo miró las manos enlazadas de Miles y Ekaterin, y acabó por sonreír.

– Tal vez sea una buena idea, lord Vorkosigan. Ya que parece que vamos a ser parientes. Creo que ese compromiso ha tenido ha tenido testigos suficientes para ser firme...

Miles enganchó la mano de Ekaterin en su brazo, y se la acercó.

– En eso confío.

El lord Guardián del Círculo de Oradores se acercó al grupo.

– Miles, Gregor desea verle, y a esta dama, antes de que se marchen – hizo un gesto sonriente hacia Ekaterin –. Dijo algo sobre una tarea como Auditor...

– Ah.

Sin soltarle la mano, Miles condujo a Ekaterin hacia el palco, donde Gregor trataba con varios hombres que aprovechaban el momento para recabar su imperial atención sobre algún asunto propio. Él los despidió y se volvió hacia Miles y Ekaterin, bajando del palco.

– Señora Vorsoisson – la saludó –. ¿Cree que necesitará más ayuda para tratar con su, er, problemilla doméstico?

Ella le sonrió agradecida.

– No, señor. Creo que Miles y yo podremos arreglárnoslas a partir de aquí, ahora que el desafortunado aspecto político ha sido eliminado.

– Tenía esa impresión. Enhorabuena a ambos – su boca era solemne, pero sus ojos bailaban –. Ah – llamó a un secretario, que sacó de un sobre un documento de aspecto oficial, dos páginas de caligrafía sellada y lacrada –. Toma, Miles... veo que Vormuir ha llegado por fin. Lo dejo en tus manos.

Miles repasó las páginas y sonrió.

– Como acordamos. Será un placer, Señor.

Gregor les sonrió a ambos y escapó de sus cortesanos perdiéndose tras la puerta privada.

Miles volvió a poner en orden las páginas y se dirigió al escaño de Vormuir.

– Algo para usted, conde. Mi Señor Imperial ha considerado tu petición para ser confirmado en la tutela de todas sus encantadoras hijas. Aquí se garantiza.

– ¡Ja! – exclamó Vormuir, triunfante, arrancando los documentos de las manos de Miles –. ¡Qué decía yo! Incluso los abogados imperiales han tenido que ceder a los lazos de sangre, ¿eh? ¡Bien! ¡Bien!

– Disfrute – sonrió Miles y se marchó rápidamente con Ekaterin.

– Pero, Miles – susurró ella –, ¿significa eso que Vormuir gana? ¿Va a continuar con esa horrible cadena de montaje suya?

– Con ciertas condiciones. Aprieta el paso... no queremos estar aquí todavía cuando llegue a la página dos...

Miles condujo a sus invitados a almorzar al gran salón, mientras murmuraba a través del comunicador de muñeca para que Pym trajera el coche. Los Virreyes se excusaron, diciendo que ya irían más tarde, después de hablar con Gregor.

Todos se detuvieron, sorprendidos, cuando desde el interior de la cámara se oyó un súbito aullido de angustia.

– ¡Dotes! ¡Dotes! Ciento dieciocho *dotes*...

– Roic – dijo Mark torvamente –, ¿por qué están estos intrusos todavía *vivos*?

– No podemos ir por ahí disparando a los visitantes casuales, milord – intentó excusarse Roic.

– ¿Por qué no?

– ¡No estamos en la Era del Aislamiento! Además, milord – Roic indicó a los aturdidos escobarianos –, parece que tienen una orden en regla.

El escobariano más pequeño, que había dicho que era el Oficial de Libertad Condicional Gustioz, alzó un fajo de papeles pegajosos como prueba y lo sacudió, esparciendo unas últimas gotas blancas. Mark dio un paso atrás y, con cuidado, se limpió la mancha de la pechera de su traje negro. Los tres hombres parecían haberse bañado en una piscina de yogur. Al estudiar a Roic, Mark recordó la leyenda de Aquiles, excepto que esta marinada de manteca de cucaracha parecía extenderse a ambos talones.

– Ya veremos.

Si habían lastimado a Kareen... Mark se volvió y llamó a la puerta del laboratorio.

– ¿Kareen? ¿Martya? ¿Estáis ahí dentro?

– ¿Mark? ¿Eres tú? – sonó la voz de Martya –. ¡Por fin!

Mark estudió los desperfectos de la puerta, frunció el ceño y entornó los ojos. Gustioz retrocedió un poco, y Muno inhaló y se tensó. Dentro del laboratorio oyeron el ruido como de grandes objetos al ser apartados de la puerta. Después de otro momento, el cerrojo chasqueó y la puerta se abrió de golpe. Martya asomó la cabeza.

– ¡Gracias al cielo!

Ansiosamente, Mark entró a ver a Kareen. Ella casi cayó en sus brazos, y luego los dos se lo pensaron mejor. Aunque no tan manchada como los hombres, su pelo, chaqueta, camisa y pantalones estaban cubiertos de manteca de cucaracha. Se inclinó, con cuidado, para saludarlo con

un beso tranquilizador.

– ¿Te han hecho daño, amor? – preguntó Mark.

– No – respondió ella, sin aliento –. Estamos bien. ¡Pero Mark, quieren llevarse a Enrique!
¡Todo el negocio se irá al garete sin él!

Enrique, muy acorralado y pegajoso, asintió, asustado.

– Sh, sh. Yo resolveré las cosas.

Ella se pasó una mano por el pelo, donde la mitad de sus rizos rubios estaban de punta a causa de la manteca de cucaracha, mientras respiraba entrecortadamente. Mark había pasado casi toda la mañana haciendo mentalmente las asociaciones más obscenas que le sugería el envasado del producto lácteo. Había mantenido la mente en la tarea prometiéndose solamente una siesta por la tarde, en compañía, cuando llegara a casa. Lo tenía todo planeado. El escenario romántico no incluía a los escobarianos. Maldición, si tuviera a Kareen y una docena de frascos de mantequilla, encontraría cosas más interesantes que hacer que frotársela en el pelo... Y eso haría, pero primero tenía que deshacerse de aquellos malditos escobarianos entrometidos.

Salió al pasillo y les dijo.

– Bien, no pueden llevárselo. En primer lugar, pagué su fianza.

– Lord Vorkosigan... – empezó a decir el airado Gustioz.

– Lord Mark – le corrigió Mark al instante.

– Lo que sea. Las Cortes Escobarianas no permiten, como usted parece pensar, el comercio de esclavos. En Escobar, una fianza es garantía de aparecer ante el tribunal, no una especie de transacción de carne humana.

– Loes de donde yo soy – murmuró Mark.

– Es jacksoniano – explicó Martya –. No barrayarés. No se alarme. Lo tiene superado, casi.

Posesión era nueve décimos de... algo. Hasta estar seguro de poder recuperar a Enrique, Mark estaba obligado a perderlo de vista. Tenía que haber algún medio para bloquear legalmente aquella extradición. A Miles le gustaría saberlo... pero Miles había dejado bien claro lo que pensaba de las cucarachas mantequeras. No era un buen consejero. Pero la condesa había comprado acciones...

– ¡Mamá! – dijo Mark –. Sí. Quiero que al menos espere a que venga mi madre y pueda hablar con usted.

– La Virreina es una dama muy famosa – dijo Gustioz, cauto –, y me sentiría muy honrado de conocerla, en otra ocasión. Tenemos que tomar una lanzadera orbital.

– Parten a cada hora. Puede tomar la siguiente. – Mark apostaba a que los escobarianos preferían no encontrarse con los Virreyes. ¿Cuánto tiempo llevaban vigilando la mansión Vorkosigan, para aprovechar el momento en que no hubiera nadie?

Mark descubrió que de algún modo (probablemente porque Gustioz y Muno eran buenos en su trabajo), la conversación se dirigía lenta e inexorablemente al pasillo. Fueron dejando un rastro de baba tras ellos, como si un rebaño de monstruosos caracoles paseara por la mansión Vorkosigan.

– Debo examinar su documentación.

– Mi documentación está completamente en orden – declaró Gustioz, sujetando contra su pecho lo que parecía un gigantesco escupitajo de papeles mientras empezaba a subir las escaleras –. ¡Y en cualquier caso, no tiene nada que ver con usted!

– Y un cuerno que no. Yo pagué la fianza del doctor Borgos: tengo cierto interés legal. ¡Yo lo pagué!

Llegaron al comedor; Muno había conseguido pasar una mano por el brazo de Enrique. Martya tomó posesión del otro brazo del científico, por si acaso. La expresión alarmada de Enrique se duplicó-

La discusión continuó, cada vez a mayor volumen, a través de varias antesalas. En el salón de entrada, Mark se detuvo. Se plantó ante Enrique y la puerta, con las piernas abiertas y expresión de bulldog, y rugió:

– ¡Si lleva detrás de Enrique dos malditos meses, Gustioz, media hora más no importará! ¡Esperará!

– ¡Si se atreve a impedirme que cumpla mi deber, encontraré algún modo de acusarlo, se lo garantizo! – replicó Gustioz –. ¡No me importa de quién sea pariente!

– ¡Díselo, Mark! – gritó Kareen.

Enrique y Martya añadieron sus voces al clamor. Muno agarró con más fuerza a su prisionero y miró a Roic con cautela, pero a Kareen y a Martya más cautelosamente todavía. Mientras el ruborizado Gustioz siguiera gritando, razonó Mark, lo tendría bloqueado; cuando tomara aire y se lanzara hacia delante, todo pasaría a ser un encuentro físico, y Mark no estaba seguro de estar al control entonces. En algún lugar de la cabeza de Mark, Asesino gimió y rascó como un lobo impaciente.

Gustioz tomó aire, pero de pronto dejó de gritar. Mark se tensó, mareado por la pérdida de centro/yo/seguridad mientras el *Otro* empezaba a salir a la superficie.

Todos dejaron de tartamudear también. De hecho, el ruido se apagó como si alguien hubiera cortado la conexión. Un soplo de aire cálido de verano puso de punto los pelos de la nuca de Mark cuando las dobles puertas se abrieron de par en par tras él. Se giró sobre sus talones.

En la puerta, un gran contingente de personas se detuvo, asombrado. Miles, resplandeciente con la librea de la Casa Vorkosigan, estaba en el centro con Ekaterin Vorsoisson del brazo. Nikki y la profesora Vorthys flanqueaban a la pareja a un lado. Al otro, dos hombres que Mark no conocía, un teniente con su uniforme verde y un tipo grandullón vestido de paisano, contemplaban a los

contendientes empapados en manteca con los ojos como platos. Pym se asomó por encima de la cabeza de Miles.

– ¿Quién es ése? – susurró Gustioz, inquieto. Y no había ninguna duda de a quién se refería. Kareen exclamó entre dientes:

– Lord Miles Vorkosigan. ¡El *Auditor Imperial* lord Vorkosigan! ¡Ahora sí que la ha hecho!

La mirada de Miles recorrió lentamente el grupo: Mark, Kareen y Martya, los desconocidos escobarianos, Enrique (dio un pequeño respingo) y, de arriba y abajo, la considerable extensión del soldado Roic. Después de un largo, largísimo momento, Miles consiguió desencajar los dientes.

– Soldado Roic, parece que ha olvidado su uniforme.

Roic se puso firmes y tragó saliva.

– Yo... estaba fuera de servicio, milord.

Miles dio un paso al frente: Mark deseó saber cómo demonios lo hacía Miles, pero Gustioz y Muno automáticamente se pusieron firmes también. Muno, sin embargo, no soltó a Enrique.

Miles hizo un gesto a Mark.

– Éste es mi hermano, lord Mark. Y Kareen Koudelka, y su hermana Martya. El doctor Enrique Borgos, de Escobar, es, um, invitado de mi hermano – indicó al grupo de personas que le seguían –. El teniente Vassily Vorsoisson. Hugo Vorvayne, el *hermano* de Ekaterin – su énfasis suministró el contexto: *será mejor que esto no sea la cagada que parece*. Kareen dio un respingo.

– Ya conoces a todos los demás. Me temo que no conozco a estos dos caballeros. ¿Son visitantes que por ventura se marchan ya, Mark? – sugirió Miles amablemente.

La presa se rompió; media docena de personas empezaron a explicar, quejarse, excusarse, suplicar, preguntar, acusar y defenderse mutuamente. Miles escuchó durante un par de minutos (Mark recordó incómodamente la manera tan sorprendentemente sencilla en que su hermano-progenitor manejaba los múltiples inputs de un casco de mando en el combate) y luego, por fin, alzó una mano. Milagrosamente, consiguió que se hiciera el silencio, apagando unas cuantas palabras de Martya.

– Vamos a ver si lo he entendido bien – murmuró –. Ustedes dos, caballeros – indicó a los escobarianos que se secaban lentamente –, desean llevarse al doctor Borgos y encerrarlo. ¿Para siempre?

Mark rechinó los dientes ante el esperanzado tono de voz de Miles.

– Para siempre no – admitió reacio el oficial custodio –. Pero desde luego por bastante tiempo. – Hizo una pausa y agitó su puñado de papeles –. ¡Tengo todas las órdenes y permisos pertinentes, señor!

– Ah – dijo Miles, mirando el pegajoso legajo –. Ya entiendo – vaciló –. Me permitirá usted, naturalmente, que los examine.

Se excusó ante la multitud que le acompañaba, le dio un apretón a la mano de Ekaterin... espera un minuto, ¿no habían dejado de hablarse? Miles se había pasado todo el día anterior sumido en una negra nube de energía negativa, como un agujero negro en movimiento; sólo mirarlo le producía dolor de cabeza. Ahora, bajo aquella densa capa de ironía, se quedó boquiabierto. ¿Qué demonios estaba pasando aquí? También Kareen miró a la pareja con creciente sorpresa.

Mark abandonó momentáneamente su perplejidad mientras Miles dirigía a Gustioz a una mesa cercana. Retiró el adorno floral y se lo tendió a Roic, que corrió a recibirlo, e hizo que Gustioz colocara sus documentos de extradición en un montón.

Lentamente, y Mark no tenía ninguna duda de que Miles estaba usando todos los trucos teatrales posibles para ganar tiempo y poder pensar, repasó las órdenes. Todos se le quedaron mirando en absoluto silencio, como hipnotizados. Tocó los documentos sólo con las yemas de los dedos, dirigiendo una mirada ocasional a Gustioz que hizo que el escobariano se pusiera nervioso. De vez en cuando tenía que tomar un par de papeles y separarlos.

– Mm-hm – dijo –. Mm-hm. Dieciocho, sí, muy bien.

Llegó al final, pensó durante un momento, tocando apenas el montón con los dedos, sin devolvérselos al ansioso Gustioz. Miró a Ekaterin. Ella le devolvió la mirada y sonrió astutamente.

– Mark. ¿Le pagaste a Ekaterin por su trabajo con acciones, y no en efectivo?

– Sí – dijo Mark –. Y a Ma Kostí también – se apresuró a señalar.

– ¡Y a mí! – dijo Kareen.

– ¡Y a mí! – añadió Martya.

– La compañía ha estado un poco corta de capital – explicó Mark, cauteloso.

– También Ma Kostí. Mm. Oh, cielos. – Miles contempló la nada durante un segundo, y luego se volvió y le sonrió a Gustioz.

– Oficial Custodio Gustioz.

Gustioz se enderezó, como si se pusiera firmes.

– Todos los documentos que tiene aquí parecen ser legales y estar en orden.

Miles tomó el fajo con dos dedos y se lo devolvió al oficial. Gustioz aceptó los papeles, sonrió, y tomó aire.

– Sin embargo – continuó Miles – le falta una jurisdicción. Bastante crítica: el guardia de SegImp no debería haberle dejado pasar sin ese permiso. Bueno, los muchachos son soldados, no abogados. No creo que haya que llamarle la atención al cabo. Tendré que decirle al general Allegre que se asegure de que eso forme parte de su instrucción en el futuro.

Gustioz lo miró, horrorizado e incrédulo.

– Tengo permisos del Imperio... el espacio planetario local... el Distrito Vorbarra... y la ciudad de Vorbarra Sultana. ¿Qué otra jurisdicción hay?

– La mansión Vorkosigan es la residencia oficial del conde del Distrito Vorkosigan – le explicó Miles con amabilidad –. Como tal, sus terrenos se consideran suelo del Distrito Vorkosigan, más o menos igual que una embajada. Para sacar a este hombre *de la mansión Vorkosigan*, en la ciudad de Vorbarra Sultana, en el Distrito Vorbarra, en Variar, en el Imperio, necesitará todo eso – indicó el montón pegajoso – y también una autorización de extradición, una orden de la Voz del conde (igual que la tiene aquí del Distrito Vorbarra) del Distrito Vorkosigan.

Gustioz estaba temblando.

– ¿Y dónde puedo encontrar la Voz más cercana del conde del Distrito Vorkosigan? – dijo roncamente.

– ¿La Voz más cercana? – dijo Miles alegremente –. Vaya, ése soy yo.

El Oficial Custodio lo miró durante largo rato. Tragó saliva.

– Muy bien, señor – dijo humildemente, la voz quebrada –. ¿Puedo por favor conseguir una orden de extradición para el doctor Borgos de la, la Voz del conde?

Miles miró a Mark. Mark le devolvió la mirada, los labios torcidos. *Hijo de puta, estás disfrutando cada segundo de esto...*

Miles dejó escapar un lento y apesadumbrado suspiro (todos suspiraron a la vez) y dijo tan tranquilo:

– No. Se niega su solicitud. Pym, por favor escolta a estos caballeros a la salida y luego informa a Ma Kosti de que seremos, um, diez para almorzar, en cuanto sea posible. Por fortuna, le gustan los desafíos. Soldado Roic... – miró al joven, todavía con las flores en la mano, lleno de pánico. Miles sacudió la cabeza –. Ve a darte un *baño*.

Pym, alto, severamente maduro y vestido pulcramente de uniforme, avanzó intimidador hacia los escobarianos, quienes cedieron ante él y se dejaron conducir a la puerta.

– ¡Tendrá que salir de esta casa alguna vez, maldición! – gritó Gustioz por encima del hombro –. ¡No podrá estar escondido aquí para siempre!

– Lo llevaremos al Distrito en el aerocoché oficial del conde – le replicó Miles alegremente.

El grito inarticulado de Gustioz quedó apagado por las puertas al cerrarse.

– El proyecto de la manteca de cucaracha es realmente fascinante – le dijo Ekaterin a los dos hombres que los acompañaban a Miles y a ella –. Deberían ver el laboratorio.

Kareen negó, frenética.

– ¡Ahora no, Ekaterin!

Miles miró a Mark a los ojos, con una muda advertencia, e indicó a su grupo que continuara en la dirección opuesta.

– Mientras tanto, quizá les guste ver la biblioteca de la mansión Vorkosigan. Profesora, ¿sería tan amable de señalar algunos de sus interesantes aspectos históricos a Hugo y Vassily,

mientras yo me encargo de unas cosillas? Ve con tu tía, Nikki. Muchas gracias... – sostuvo la mano de Ekaterin, para que se quedara con él, mientras el resto del grupo se marchaba.

– Lord Vorkosigan – gimoteó Enrique, la voz temblando de alivio –. ¡No sé cómo puedo pagárselo!

Miles alzó una mano, seco, para interrumpirlo.

– Pensaré en algo.

Martya, un poco más atenta a los detalles de Miles que Enrique, sonrió y agarró al escobariano por la mano.

– Vamos, Enrique. Creo que tal vez sería mejor empezar a zanjar tu deuda de gratitud limpiando primero el laboratorio, ¿no?

– ¡Oh! Sí, por supuesto...

Se marchó, mientras comentaba:

– ¿Crees que le gustarán las cucarachas mantequeras que diseñó Ekaterin...?

– Sí – rezongó Mark. Se miró las botas –. Sé lo que piensas de todo este proyecto. Um... gracias, ¿eh?

Miles se ruborizó un poco.

– Bueno... no podía arriesgarme a ofender a mi cocinera, ya sabes. Parece que ha adoptado al pobre hombre. Es por la forma entusiasta en que se come mi comida, supongo.

Mark arrugó el entrecejo, lleno de súbitos celos.

– ¿Es verdad que la residencia de un conde es legalmente parte de su Distrito? ¿O te lo inventaste sobre la marcha?

Miles sonrió.

– Búscalos. Ahora, si nos disculpáis, creo que será mejor que me dedique a calmar los temores de mis futuros parientes políticos. Ha sido una mañana difícil para ellos. Como favor personal, querido hermano, ¿podrías abstenerte de provocar más crisis durante el resto del día?

– ¿Parientes políticos...? – Kareen sonrió, llena de alegría –. ¡Oh, Ekaterin, qué bien! Miles... rata. ¿Cuándo ha sido?

Miles sonrió, de verdad esta vez, no de cara a la galería.

– Ella me lo pidió, y le dije que sí – miró más tímidamente a Ekaterin, y continuó –: Tuve que darle un buen ejemplo, después de todo. Verás, Ekaterin, así es como debería responderse una proposición de manera directa, decisiva, y sobre todo, ¡positiva!

– Lo recordaré – le dijo ella. Mantuvo una expresión seria, pero sus ojos se reían mientras ambos se dirigían hacia la biblioteca.

Kareen suspiró, llena de romántica satisfacción, y se apoyó en Mark. Muy bien, así que aquello era contagioso. ¿Era un problema? A la porra el traje negro. Él le pasó un brazo por la

cintura.

Kareen se pasó una mano por el pelo.

– Necesito una ducha.

– Puedes utilizar la mía – le ofreció Mark al instante –. Te frotaré la espalda...

– Puedes frotarlo todo – le prometió ella –. Creo que me he lastimado algunos músculos tirando de Enrique.

Bueno, podría salvar la tarde después de todo. Sonriendo feliz, Mark se volvió con ella hacia la escalera.

A sus pies, la reina cucaracha salió de las sombras y cruzó veloz las losas blancas y negras. Kareen soltó un gritito y Mark se lanzó tras el bicho. Resbaló hasta detenerse sobre su estómago justo a tiempo de ver cómo el destello plateado de la cucaracha se perdía de vista entre las tablas y una losa suelta.

– ¡Malditos bichos, cómo se escurren! Tal vez deberíamos hacer que Enrique las hiciera, no sé, más altas o algo así – sacudiéndose la chaqueta, se puso en pie –. Se he metido en la pared.

De vuelta a su nido entre las paredes, se temía.

Kareen miró debajo de la mesa.

– ¿Deberíamos decírselo a Miles?

– No – dijo Mark decididamente, y la tomó de la mano para subir las escaleras.

EPÍLOGO

Desde el punto de vista de Miles, las dos semanas para la boda Imperial pasaron volando, aunque sospechaba que Gregor y Laisa vivían en una especie de distorsión relativista en la que el tiempo iba más despacio aunque envejecías más rápido. Lograba hacer ruiditos compasivos cada vez que se encontraba con Gregor, reconociendo que sus deberes sociales eran una carga terrible, en verdad, una carga que todo el mundo debía soportar, una característica de la condición humana, la barbilla alta, de frente, soldado. Dentro de su propia cabeza, un continuo contrapunto resonaba como burbujitas estallando: *¡Mira, estoy prometido! ¿No es bonita? Ella me lo pidió a mí. Es lista, además. Va a casarse conmigo. Mía, mía, toda mía. ¡Estoy prometido! ¡Para casarme! ¡Con esta mujer!* Era una efervescencia que emergía, esperaba, sólo como una sonrisa fresca y tranquila.

Consiguió cenar tres veces en casa de los Vorthys, e invitar a cenar a Ekaterin y Nikki a la mansión Vorkosigan dos, antes de que la semana de la boda llegara y todas sus comidas (incluso los desayunos, buen Dios) quedaran comprometidos. Con todo, su calendario no fue tan temible como el de Gregor y Laisa, que lady Alys y SegImp habían ido aumentando poco a poco. Miles invitó a Ekaterin a acompañarlo a todas sus obligaciones sociales. Ella lo miró y aceptó hacerlo en tres sensatas y dignas ocasiones. Sólo más tarde señaló ella que había límites al número de veces que una dama quería que la vieran con el mismo vestido, un problema que, si él hubiera advertido, habría resuelto alegremente. Quizá no importaba. Quería que Ekaterin compartiera su placer, no su cansancio.

La nube de divertidas felicitaciones que los rodeaba a causa de su espectacular compromiso sólo se vio lastrada en una ocasión, en una cena en honor del Servicio de Bomberos de Vorbarr Sultana, que incluyó la entrega de premios a los hombres que habían hecho gala de su valentía y sus rápidos reflejos en el año anterior. Cuando salía con Ekaterin del brazo, Miles encontró la puerta medio bloqueada por lord Vormurtos, algo borracho, uno de los derrotados valedores de Richars. La sala casi estaba vacía ya, con sólo unos cuantos grupitos de rezagados. Los criados se disponían a limpiar. Vormurtos se inclinó sobre el marco de la puerta, con los brazos cruzados, y no se apartó.

– Disculpémos, por favor – dijo Miles amablemente. Vormurtos frunció los labios con exagerada ironía.

– ¿Por qué no? Todo el mundo lo ha hecho. Parece que si eres un Vorkosigan, puedes incluso asesinar por la cara.

Ekaterin se envaró, entristecida. Miles vaciló una décima de segundo, considerando las posibles respuestas: ¿pedir explicaciones, gritar, protestar? ¿Ponerse a discutir con un idiota medio borracho? No. *Soy el hijo de Aral Vorkosigan, después de todo.* Así que alzó la cabeza, sin parpadear, y le espetó:

– Si de verdad cree eso, *¿por qué se interpone en mi camino?*

La mueca ebria de Vormurtos desapareció, para ser sustituida por una expresión de cautela. Con un esfuerzo por parecer indiferente que no consiguió, descruzó los brazos y abrió la mano para dejar paso a la pareja. Cuando Miles le enseñó los dientes con una sonrisa forzada, retrocedió un paso más, involuntariamente. Miles se cambió a Ekaterin al otro brazo y pasó junto a él sin mirar atrás.

Ekaterin miró una vez por encima del hombro, mientras llegaban al pasillo. Murmuró una observación desapasionada:

– Se ha venido abajo. ¿Sabes? Tu sentido del humor te va a meter en problemas algún día.

– Probablemente – suspiró Miles.

La boda del Emperador, decidió Miles, era muy parecida a una misión de combate, excepto que, maravillosamente, él no estaba al mando. Ahora les tocaba el turno de sufrir colapsos nerviosos a lady Alys y al coronel lord Vortala el Joven. Miles tenía que ser un recluta. Lo único que tenía que hacer era seguir sonriendo y cumplir las órdenes, y con el tiempo todo se habría acabado.

Fue una suerte que se tratara de un acontecimiento durante el solsticio de verano, porque el único sitio lo bastante grande para albergar a todos los círculos de testigos (eliminando al feísimo estadio municipal) era el antiguo terreno de desfiles, ahora un campo de hierba, justo al sur de la Residencia. El salón de baile era una alternativa por si llovía, tras el plan antiterrorista de Miles que preveía matar a la mayor parte del Gobierno del Imperio por el calor y la privación de oxígeno. Para igualar la tormenta que hizo tan memorable la ceremonia de compromiso en el solsticio de invierno, habrían hecho falta tornados veraniegos, pero para alivio de todos el día amaneció soleado.

La mañana comenzó con otro desayuno formal más, esta vez con Gregor y su grupo de solteros en la Residencia. Gregor estaba un poco pálido, pero con aspecto decidido.

– ¿Cómo lo llevas? – le preguntó Miles en voz baja.

– Conseguiré llegar a la cena – le aseguró Gregor –. Luego ahogaremos a nuestros perseguidores en un lago de vino y escaparemos.

Ni siquiera Miles sabía qué refugio habían escogido Gregor y Laisa para la noche de bodas, ya fuera en una de las diversas propiedades Vorbarra o en la casa de campo de un amigo o tal vez a bordo de un crucero de batalla en órbita. Estaba seguro de que no iba a haber ningún tipo de contratiempo imprevisto. Gregor había escogido a sus miembros de SegImp más aterradoramente duros para que protegieran su retirada.

Miles regresó a la mansión Vorkosigan para ponerse su mejor uniforme de la Casa, adornado con una cuidadosa selección de sus viejas condecoraciones militares que, por lo demás, no usaba nunca. Ekaterin le estaría observando desde el tercer círculo de testigos, en compañía de sus

tíos y del resto de los Auditores Imperiales. Probablemente no la vería hasta que los votos terminaran, una idea que le hizo comprender qué tipo de ansiedad estaría sufriendo Gregor.

Los terrenos de la Residencia estaban llenos cuando regresó. Se reunió con su padre, Gregor, Drou y Kou, el conde Henri Vorvolk y su esposa, y el resto del primer círculo en su zona asignada, una de las salas públicas de la Residencia. La Virreina estaba ayudando a lady Alys en alguna parte. Ambas mujeres e Ivan llegaron cuando apenas faltaban unos minutos. Cuando la luz de la tarde veraniega encendía el aire, llevaron a la entrada oeste el caballo de Gregor, una hermosa bestia negra con brillantes adornos. Un soldado Vorbarra lo seguía con una yegua blanca igualmente hermosa, adecuada para Laisa. Gregor montó, con un aspecto impresionantemente imperial con su uniforme de gala rojo y azul, enternecedoramente nervioso. Rodeado por su grupo a pie, recorrió el terreno entre un pasillo de gente hasta los antiguos barracones, ahora convertidos en habitaciones de invitados, donde se alojaba la delegación komarresa.

Entonces le tocó a Miles llamar a la puerta y pedir con las frases rituales que trajeran a la novia. Desde las ventanas abiertas lo observaba un puñado de risueñas mujeres komarresas. Dio un paso atrás cuando salieron Laisa y sus padres. El vestido de novia, advirtió con la certeza de que le preguntarían luego, incluía una chaqueta de seda blanca con material fascinantemente brillante en diversas capas, una falda de seda blanca y botas de cuero blanco, y un tocado con guirnaldas de flores en cascada. Varios soldados Vorbarra, sonriendo tensos, se aseguraron de que el paquete entero montara sin incidentes en la plácida yegua (Miles sospechó que habían utilizado tranquilizantes equinos). Gregor espoleó su caballo para acercarse y tomar brevemente de la mano a Laisa; se sonrieron el uno a la otra, llenos de asombro mutuo. El padre de Laisa, un oligarca komarrés bajito y orondo, que nunca había estado cerca de un caballo en toda su vida para tener práctica, agarró con valentía las bridas y la cabalgata se abrió paso entre los pasillos de espectadores hasta el prado sur.

La ruta matrimonial estaba trazada en el suelo con semillas de avena de colores, cientos de kilos, según le habían hecho saber a Miles. El pequeño círculo central esperaba a la pareja, rodeado de una estrella de seis puntas para los testigos principales, y una serie de anillos concéntricos para los invitados. Primero la familia cercana y los amigos, luego los condes y las condesas, luego los altos cargos del Gobierno, los oficiales militares y los Auditores Imperiales, luego las delegaciones diplomáticas; después de eso, la gente se extendía hasta el límite de las murallas de la Residencia, y había más en la calle al otro lado. La cabalgata se dividió, los novios desmontaron y entraron en el círculo cada uno desde un extremo opuesto. Se llevaron a los caballos y entregaron a la Segunda de Laisa y a Miles bolsas de semillas con las que rociar el suelo hasta rodear a la pareja, cosa que consiguieron hacer sin que se les cayeran las bolsas, ni ponerse el calzado perdido de semillas.

Miles ocupó su sitio en el lugar asignado, sus padres y los padres de Laisa a cada lado, la

amiga komarresa de Laisa y su Segunda al frente. Como él no tenía que recordar las líneas de Gregor, mató el tiempo mientras la pareja repetía las promesas (en cuatro idiomas) estudiando el placer de los rostros de los Virreyes. Nunca antes había visto a su padre llorar en público. Muy bien, una parte podía deberse al sentimentalismo del día, pero algo tenía que haber también de puro alivio político. Por eso tuvo él también que secarse los ojos, desde luego. Era un teatro público condenadamente efectivo, aquella ceremonia...

Tragando saliva, Miles dio un paso atrás para dispersar con el pie las semillas y abrir el círculo para que saliera la pareja de recién casados. Aprovechó su privilegio y posición para ser el primero en estrechar la mano de Gregor, y para alzarse de puntillas y besar la ruborizada mejilla de la novia. Y entonces, maldición, llegó la hora de la fiesta, se acabó lo que se daba y podía ir a buscar a Ekaterin entre toda aquella multitud. Se abrió paso entre la gente que sostenía puñados de semillas y las guardaba como recuerdo, alzando el cuello para intentar localizar a una mujer elegante vestida con un traje de seda gris.

Kareen se agarró del brazo de Mark y suspiró satisfecha. La ambrosía de arce era un *pelotazo*.

Kareen pensaba que Gregor había sido muy astuto al compartir los astronómicos gastos de su boda con sus primos. Cada Distrito había sido invitado a contribuir con un tenderete al aire libre, todos ellos repartidos por los terrenos de la Residencia, donde ofrecer toda la comida y bebida local (controlada, claro, por lady Alys y SegImp) que quisieran repartir entre los invitados. El efecto fue parecido a una Feria de Distrito, o más bien, una Feria de Distritos, pero la competición había sacado lo mejor de Barrayar. El tenderete del Distrito Vorkosigan tenía una situación privilegiada, en la esquina noroeste de la Residencia, justo al lado de un sendero que conducía a los jardines subterráneos. El conde Aral había donado un millar de litros del vino de su Distrito, una bebida tradicional y muy apreciada.

Y en una mesa colocada junto a la barra donde se servía el vino, lord Mark y Empresa MKV ofrecían a los invitados (¡tachá-á-án!) su primer producto alimenticio. Ma Kostí y Enrique, con chapas que indicaban Personal, dirigían a un equipo de criados de la mansión Vorkosigan para repartir generosas porciones de ambrosía de arce a los Altos Vor tan rápidamente como podían ir sirviendo. En el otro extremo de la mesa, decorado con flores, se exhibían en una jaula una docena de brillantes y nuevos Insectos Gloriosos, rojos y dorados, con una breve explicación, reescrita por Kareen para eliminar los detalles técnicos de Enrique y el descarado espíritu comercial de Mark, sobre cómo fabricaban la ambrosía. Muy bien, vale, nada de la manteca de cucaracha recién bautizada que estaba repartiendo había sido producida por los nuevos bichos, pero eso era simplemente un detalle secundario.

Miles y Ekaterin se abrieron paso entre la multitud, seguidos por Ivan. Miles captó el ansioso saludo de Kareen y se dirigió hacia ella. Miles tenía la misma expresión de satisfacción de hacía dos semanas; Ekaterin, a ser ésta su primera fiesta en la Residencia Imperial, parecía un poco cortada. Kareen corrió a un lado, agarró una copa de ambrosía, y se la ofreció al trío.

– ¡Ekaterin, les encantan los Insectos Gloriosos! Al menos media docena de mujeres han tratado de robarlos para ponérselos de adorno en el pelo, junto a las flores... Enrique tuvo que encerrarlos en una jaula antes de que perdiéramos más. Dijo que se suponía que eran una *exhibición, no muestras gratis*.

Ekaterin se echó a reír.

– ¡Me alegro de haber podido curar la resistencia de vuestros clientes!

– Oh, desde luego. ¡Y con un debut como la boda del Emperador, todo el mundo los querrá!

¿Has probado ya la ambrosía de arce? ¿Miles?

– La he probado antes, gracias – dijo Miles, neutral.

– ¡Ivan! ¡Tienes que probar esto!

Ivan hizo una mueca, vacilante, pero amablemente se llevó la cucharilla a la boca. Su expresión cambió.

– Guau, ¿qué le habéis echado a esto? Tiene fuerza – resistió el intento de Kareen por recuperar la taza.

– Hidromiel de arce – dijo Kareen, feliz –. Fue una inspiración de Ma Kosti. ¡Funciona de verdad!

Ivan tragó saliva, e hizo una pausa.

– ¿Hidromiel de arce? ¿La bebida más repulsiva jamás creada por el hombre, destructora de tripas, propia de las guerrillas al ataque?

– Hace falta acostumbrarse – murmuró Miles.

Ivan dio otro bocado.

– Combinada con el producto alimenticio más repugnante jamás inventado... ¿Cómo ha conseguido producir una cosa *así*?

Rebañó hasta el final de la suave pasta dorada, y miró la taza como si estuviera pensando darle un lametón.

– Impresionantemente eficaz, por cierto. Te sacias y te emborrachas, al mismo tiempo... ¡no me extraña que hagan cola!

Mark, sonriendo satisfecho, intervino.

– Acabo de tener una conversación privada con lord Vorsmythe. Sin entrar en detalles, puedo decir que nuestra escasez inicial de dinero parece resuelta de un modo u otro. ¡Ekaterin! Ahora estoy en posición de pagarte las acciones que te di a cambio del diseño de los bichos. ¿Qué te

parece una oferta por el doble de su valor?

Ekaterin pareció entusiasmada.

– ¡Eso es maravilloso, Mark! Y muy oportuno. Es más de lo que esperaba...

– Lo que quieres decir – interrumpió Kareen firmemente –, es *no, gracias*. ¡Conserva esas acciones, Ekaterin! Lo que tienes que hacer si necesitas dinero es ponerlas como garantía de un préstamo. Entonces, el año que viene, cuando el stock se haya multiplicado no sé cuántas veces, vende *algunas* de las acciones, zanja el préstamo, y quédate con el resto como inversión. Para cuando Nikki esté preparado, tal vez puedas costearle con eso la escuela de pilotos de salto.

– No tienes que hacerlo de esa forma... – empezó a decir Mark.

– Es lo que yo voy a hacer con mis acciones. ¡Voy a pagarme el regreso a la Colonia Beta!

No iba a tener que pedirles a sus padres ni un solo décimo de marco, una noticia que les había parecido un poco más sorprendente que halagadora. Luego intentaron ofrecerle una asignación de por vida, sólo para recuperar el equilibrio, pensaba Kareen, o posiblemente la ventaja. Ella había sentido un placer enorme al rechazarla dulcemente.

– Le dije a Ma Kosti que no vendiera tampoco.

Los ojos de Ekaterin chispearon.

– Comprendo, Kareen. En ese caso... gracias, lord Mark. Me pensaré tu oferta durante una temporadita.

Fastidiado, Mark gruñó entre dientes, pero, con la sardónica mirada de su hermano encima, no continuó su intento de acoso.

Kareen regresó a la mesa, donde Ma Kosti estaba abriendo otro barril de cinco litros de ambrosía de arce.

– ¿Cómo vamos? – preguntó.

– A este ritmo, van a dejarnos sin nada dentro de una hora – informó la cocinera. Llevaba un delantal de encaje sobre su mejor vestido. Un gran y exquisito collar de orquídeas frescas, que le había regalado Miles, luchaba por espacio en su pecho junto a su placa de Personal. Había más de una manera de asistir a la boda del Emperador, por Júpiter...

– La manteca de cucaracha con hidromiel de arce ha sido una gran idea para aplacar a Miles – le dijo Kareen –. Es una de las pocas personas que conozco que bebe ese brebaje.

– Oh, no fue idea mía, Kareen, cielo – le dijo Ma Kosti –. Fue de lord Vorkosigan. Es dueño de las bodegas de hidromiel, sabes... Ya tiene puesto el ojo en alguna forma de canalizar más dinero para esa pobre gente de las Montañas Dendarii, creo.

La sonrisa de Kareen se hizo más amplia.

– Ya veo.

Miró a Miles, que continuaba conversando con su dama del brazo, fingiendo indiferencia

hacia el proyecto de su hermano clónico.

Al atardecer, pequeñas luces de colores empezaron a destellar por todos los jardines y los terrenos de la Residencia, brillantes y festivas. Dentro de su jaula, los Insectos Gloriosos empezaron a agitar los caparazones y a chispear como en respuesta.

Mark contempló a Kareen, tan rubia y marfileña y coloradita y enteramente comestible, que regresaba de la mesa donde se servía manteca de cucaracha, y suspiró lleno de placer. Sus manos se encontraron en sus bolsillos los granos de semilla que le había insistido en que guardara para ella cuando se rompiera el círculo de la boda. Se los despegó de los dedos y extendió la mano hacia ella, preguntando:

– ¿Qué vamos a hacer con todas estas semillas de avena, Kareen? ¿Plantarlas o algo?

– Oh, no – dijo ella, mientras la atraía hacia sí –. Son sólo de recuerdo. La mayoría de la gente las guarda en saquitos, y tratan de ofrecérselas a sus nietos algún día. *Yo estuve en la boda del Viejo Emperador, ¿sabes?*

– Es un grano milagroso, ¿sabes? – dijo Miles –. Se multiplica. Mañana, o incluso esta noche, la gente venderá bolsitas de semillas de la boda a todos los incrédulos de Vorbarr Sultana. Toneladas y toneladas.

– En realidad – reflexionó Mark –, se podría hacer un negocio legítimo, con un poco de ingenuidad. Toma un puñado de semillas de la boda, mézclalas con un kilo de semillas de relleno, empaquétales... el cliente seguirá teniendo semillas de la boda imperial, en cierto modo, pero irían mucho más lejos...

– Kareen – dijo Miles –, hazme un favor. Regístrale los bolsillos antes de que salga de aquí esta noche, y confisca toda semilla que encuentres.

– ¡No estaba diciendo que *yo* fuera a hacerlo! – exclamó Mark, indignado. Miles le sonrió, y advirtió que acababa de picar. Sonrió, demasiado feliz por los acontecimientos de aquella noche para albergar ninguna emoción que no fuera *placidez*.

Kareen alzó la cabeza y Mark siguió su mirada para ver al comodoro con su traje de gala rojo y azul, y a la señora Koudelka con un vestido verde y ondulante como la Reina del Verano, que se dirigían hacia ellos. El comodoro se apoyaba en su bastón con bastante gallardía, pero tenía un aspecto curiosamente introspectivo en el rostro. Kareen fue a traer más muestras de ambrosía para invitarlos.

– ¿Cómo les va? – saludó Miles a la pareja.

El comodoro replicó en abstracto:

– Estoy un poco, um. Un poco... um...

Miles alzó una ceja.

– ¿Un poco um?

– Olivia acaba de anunciar su compromiso – dijo la señora Koudelka.

– Ya sabía yo que esto era horriblemente contagioso – dijo Miles, mirando a Ekaterin.

Ekaterin le devolvió una cálida sonrisa, y entonces les preguntó a los Koudelka:

– Enhorabuena. ¿Quién es el afortunado?

– Esa... um acostumbrarme a esa parte va a costarme trabajo – suspiró el conde.

– El conde Dono Vorrutyer.

Kareen llegó cargada de tazas de ambrosía a tiempo para oírlo; dio un saltito y soltó un grito de placer. Mark miró de reojo a Ivan, quien simplemente sacudió la cabeza y tomó más ambrosía. De todo el grupo, la suya fue la única voz que no estalló en un murmullo de sorpresa. Parecía sombrío, sí. Pero no sorprendido.

Tras una breve pausa digestiva, Miles dijo:

– Siempre pensé que una de sus chicas pillaría a un conde.

– Sí – dijo el conde –, pero...

– Estoy segura de que Dono sabrá hacerla feliz – comentó Ekaterin.

– Um.

– Quiere una boda a lo grande – dijo la señora Koudelka.

– Y Delia también – dijo el conde –, Las dejé discutiendo quién se casaba primero. Y pega el primer mordisco a mi pobre presupuesto – contempló los terrenos de la Residencia, y a todos los felices invitados. Como todavía era temprano, la mayoría caminaba aún en vertical –. Esto les está dando a ambas ideas grandiosas.

– Oh – dijo Mies, apurado –, Tengo que hablar con Duv.

El conde Koudelka se acercó a Mark y bajó la voz.

– Mark, yo, ah... creo que te debo una disculpa. No pretendía ser tan estirado

– No importa, señor – dijo Mark, sorprendido y conmovido

– Así que vais a volver a Beta en otoño... bien – añadió el conde –, No hace falta apresurarse a vuestra edad, después de todo.

– Es lo que pensábamos, señor – vaciló Mark –, Sé que no soy muy bueno con las cosas de familia todavía. Pero pretendo aprender.

El conde asintió y sonrió.

– Lo estás haciendo bien, hijo. Continúa así.

La mano de Kareen apretó la suya. Mark se aclaró la garganta, que de pronto e inexplicablemente se le había secado, y consideró la novedad no sólo de poder tener una familia, sino incluso más de una. Un puñado de relaciones...

– Gracias, señor. Lo intentaré.

Olivia y Dono aparecieron entonces, del brazo. Olivia vestida con su color amarillo favorito, Dono sobriamente espléndido con su uniforme azul y gris de la Casa Vorrutyer. Dono era un poco más bajito que su futura esposa, advirtió Mark por primera vez. Todas las chicas Koudelka tiraban a altas. Pero la fuerza de la personalidad de Dono era tal, que uno apenas reparaba en la diferencia de altura.

Llegaron junto al grupo y explicaron que cinco personas distintas les habían recomendado que fueran a probar la ambrosía de arce antes de que se acabara.

Se quedaron charlando, mientras Kareen iba a por otro montón de muestras, y aceptaron las felicitaciones de cuantos estaban allí reunidos. Incluso Ivan cumplió con su deber social.

Cuando Kareen regresó, Olivia le dijo:

– Acabo de hablar con Tatya Vorbretten. Estaba tan feliz... ¡René y ella acaban de encargarse de su bebé! El blastocito ha sido transferido al replicador uterino esta mañana. Y todo está sano hasta el momento.

Kareen, su madre, Olivia y Dono acercaron las cabezas, y esa parte de la conversación se volvió sorprendentemente ginecológica durante un instante. Ivan se apartó.

– Esto va de mal en peor – le confesó a Mark con voz hueca –. Solía perder antiguas novias que se casaban con otro de una en una. Ahora las pierdo por pares.

Mark se encogió de hombros.

– No puedo ayudarte, amigo. Pero si quieres mi consejo...

– ¿Tú me das consejos *a mí* sobre cómo llevar mi vida amorosa? – exclamó Ivan, indignado.

– Obtienes lo que das. Incluso yo he acabado por descubrirlo – le sonrió Mark.

Ivan gruñó y se dispuso a marcharse, pero luego se detuvo, sorprendido, al ver que el conde Dono llamaba a su primo Byerly Vorrutyer que paseaba por el camino que conducía a la Residencia.

– ¿Qué está haciendo ése aquí? – murmuró Ivan.

Dono y Olivia se excusaron y se marcharon, presumiblemente para compartir su anuncio con el recién llegado. Ivan, después de un corto silencio, le tendió la taza vacía a Kareen y los siguió.

El comedor, que rascaba con la cucharilla los restos de ambrosía de su taza, miró tristemente cómo Olivia se marchaba, del brazo de su flamante prometido.

– Condesa Olivia Vorrutyer – murmuró entre dientes, tratando obviamente de acostumbrar su boca y su mente al novedoso concepto –. Mi yerno, el conde... maldición, ese tipo es lo bastante viejo para ser el padre de Olivia.

– La madre, más bien – murmuró Mark.

El comedor le dirigió una mirada amarga.

– ¿Sabes? – añadió después de un instante –. Por el principio de propinuidad, siempre supe que mis hijas se casarían con oficiales jóvenes y brillantes. Esperaba acabar mandando a generales, en la vejez. Aunque al menos tengo a Duv, supongo, como consuelo. No es joven tampoco, pero sí lo bastante inteligente para dar un poco de miedo. Bueno, tal vez *Martya* nos proporcione algún futuro general.

En la mesa donde servían la manteca de cucaracha, *Martya*, ataviada con un vestido verde menta, se detuvo a comprobar el éxito de la operación, pero acabó ayudando a repartir ambrosía. Enrique y ella se agacharon juntos para recoger otro barril, y el escobariano se rió de todo corazón por algo que ella dijo. Cuando Mark y Kareen regresaran a la Colonia Beta, habían acordado que *Martya* se encargaría del negocio y supervisaría el inicio de las operaciones en el Distrito. Mark sospechaba que acabaría controlando una parte de la compañía, con el tiempo. No importaba. Ése era solamente su primer ensayo como empresario. *Puedo hacer más*. Enrique se enterraría en su laboratorio de desarrollo. *Martya* y él, sin duda, aprenderían un montón, trabajando juntos. Propinuidad...

Mark paladeó la idea en la punta de la lengua: *Y éste es mi cuñado, el doctor Enrique Borgos...* Se movió para que el comodoro quedara de espaldas a la mesa, donde Enrique miraba a *Martya* con abierta admiración y derramaba un montón de ambrosía sobre sus dedos. Los jóvenes intelectuales flacuchos tenían fama de envejecer bien, le había dicho Kareen. Así que si una de las *Koudelka* había elegido a un militar, y otra al político, y otra al economista, el equipo quedaría completo si una seleccionara al científico... No era sólo el generalato lo que Kou poseería en su vejez, sino el mundo. Piadoso, Mark decidió guardar su observación para sí.

Si las cosas iban bien, para Feria de Invierno tal vez le ofreciera a Kou y Drou un viaje de una semana con todos los gastos pagados al Orbe, sólo para animar la tendencia del comodoro hacia el liberalismo social. Pensó que eso también les permitiría viajar a la Colonia Beta y ver a Kareen, y que sería un soborno irresistible...

Ivan esperó a que Dono terminara su cordial conversación con su primo By. Dono y Olivia entraron en la Residencia a través de las amplias puertas de cristal cuya luz iluminaba el paseo pavimentado de piedra. By tomó una copa de vino de un criado que pasaba, bebió y se inclinó pensativo sobre la balastrada que daba a los jardines escalonados.

Ivan se le acercó.

– Hola, Byerly – dijo afablemente –. ¿Por qué no estás en la cárcel?

By miró en derredor y sonrió.

– Vaya, Ivan. Me ofrecí como Testigo Imperial, ya sabes. Mi testimonio secreto ha puesto al querido Richars a la sombra. Todo está perdonado.

– ¿Dono te perdonó por lo que intentaste?

– Fue idea de Richards, no mía. Siempre se consideró un hombre de acción. No hizo falta darle muchos ánimos para empujarlo más allá del punto de no retorno.

Ivan sonrió, tenso, y tomó a Byerly por el brazo.

– Vamos a dar un paseo.

– ¿Adónde? – preguntó By, inquieto.

– A un sitio más privado.

El primer sitio más privado que encontraron sendero abajo, un banco de piedra en un hueco rodeado de setos, estaba ocupado por una pareja. Dio la casualidad de que el joven era un cadete Vor que Ivan conocía del Cuartel General de Ops. Tardó unos quince segundos en despedir a la pareja. Byerly se le quedó mirando con fingida admiración.

– Te estás convirtiendo en un hombre de gran autoridad últimamente, Ivan,

– Siéntate, By. Y corta el rollo. Si puedes.

Sonriendo, pero con la mirada alerta, By se sentó cómodamente y cruzó las piernas. Ivan se situó entre él y la salida.

– ¿Por qué estás aquí, By? ¿Te invitó Gregor?

– Dono me trajo.

– Bien por él. Increíblemente bien. Yo, por ejemplo, no me lo trago.

By se encogió de hombros.

– Es cierto.

– ¿Qué pasó de verdad la noche que atacaron a Dono?

– Dios, Ivan. Tu persistencia empieza a recordarme horriblemente a tu primo en bajito.

– Has mentido y estás mintiendo, pero no sé en qué. Haces que me duela la cabeza. No estoy dispuesto a compartir esa sensación.

– Vamos, vamos... – los ojos de By chispearon bajo las luces de colores, aunque su cara estaba en semipenumbra –. En realidad es muy sencillo. Le dije a Dono que yo era un *agente provocador*. Es cierto, ayudé a preparar el ataque. Lo que olvidé mencionar a Richards, era que también había preparado un escuadrón de guardias municipales para que lo interrumpieran a tiempo. En el guión previsto, Dono llegaba tambaleándose a la mansión Vorsmythe, con muy mal aspecto, delante de la mitad del Consejo de Condes. Un gran espectáculo público garantizado para arrancar un sustancioso voto de simpatía.

– ¿Convenciste a Dono de eso?

– Sí. Afortunadamente, pude mostrar a los guardias como testigos de mis buenas intenciones. ¿No soy listo? – sonrió.

– También lo es Dono. ¿Preparó esto contigo, para ponerle la zancadilla a Richards?

– No. De hecho, tenía que ser una sorpresa, aunque resultó que no lo fue tanto. Deseaba asegurarme de que la respuesta de Dono fuera completamente convincente. El ataque tenía que tener testigos e incriminar a Richards, y eliminar la defensa de «sólo fue una broma». No habría tenido el tono adecuado si Richards hubiera sido simplemente (y probablemente) la víctima de una trampa de su rival político.

– Juraría que no estabas fingiendo cuando te vi tan apurado esa noche.

– Oh, lo estaba. Un recuerdo dolorosísimo. Toda mi preciosa coreografía estuvo a punto de quedar arruinada. Aunque, gracias a Olivia y a ti, se salvó el resultado. Debería estarte agradecido, supongo. Mi vida sería... más incómoda ahora mismo si esos brutales matones hubieran tenido éxito.

¿Exactamente cómo de incómoda, By? Ivan hizo una pausa, y luego preguntó en voz baja:

– ¿Ordenó Gregor esto?

– ¿Tienes visiones románticas de contradicciones plausibles, Ivan? Cielos, no. Ya tuve problemas manteniendo a SegImp apartado de este asunto. La inminencia de la boda hizo que todos estuvieran incómodamente alerta todo el tiempo. Habrían querido arrestar a los conspiradores inmediatamente. No habría sido tan efectivo desde un punto de vista político.

Si By estaba mintiendo... Ivan no quería saberlo.

– Si juegas con los chicos mayores, será mejor que te asegures de ganar, dice Miles. Y no hay Regla Dos.

Byerly suspiró.

– Eso me dijo.

Ivan vaciló.

– *¿Miles* habló contigo sobre esto?

– Hace diez días. ¿Te ha explicado alguien alguna vez el significado del término *déjà vu*, Ivan?

– Te echó una bronca, ¿eh?

– Fue peor. Me... me *criticó* – Byerly se estremeció, delicadamente –. Desde un punto de vista de operaciones encubiertas, ni te imaginas. Una experiencia que confío en que nunca se repita.

– Sorbió su vino.

Ivan casi estuvo tentado de asentir, compasivo. Pero no del todo. Arrugó los labios.

– Bueno, By... ¿quién es tu punto ciego?

By parpadeó.

– ¿Mi qué?

– Todos los informadores encubiertos tienen un punto ciego. No estaría bien que te vieran entrar y salir del Cuartel General de SegImp los mismos hombres a los que podrías, tal vez, delatar

mañana. ¿Cuánto tiempo llevas en el trabajo, By?

– ¿Qué trabajo?

Ivan permaneció en silencio y frunció el ceño. Sin humor.

By suspiró.

– Unos ocho años.

Ivan alzó una ceja.

– Asuntos Domésticos... contraespionaje... empleado de contratos civiles... ¿cuál es tu nivel? ¿IS-6?

Los labios de By se torcieron.

– IS-8.

– Ooh. Muy bueno.

– Vaya, lo soy. Naturalmente, *era* IS-9. Estoy seguro de que volveré a serlo, algún día. Tendré que aburrirme y seguir las reglas durante un tiempo. Por ejemplo, tendré que informar de esta conversación.

– Sin problemas.

Finalmente, todo encajaba, en columnas ordenadas sin flecos liosos. Así que Byerly Vorrutyer era uno de los ángeles sucios de Illyan... de Alegre ahora, supuso Ivan. Resolviendo unos asuntillos personales de camino, parecía. By sin duda habría recibido una reprimenda por haberse pasado de la raya en beneficio de Dono. Pero su carrera sobreviviría. Si Byerly era una especie de tornillo suelto en las entrañas del Cuartel General de SegImp, había un hombre muy listo con un destornillador. Un oficial del calibre de Galeni, si SegImp tenía suerte. Puede que incluso le hiciera una visita a Ivan, después de aquello. El asunto prometía ser interesante. Lo mejor de todo, Byerly Vorrutyer era *su* problema. Ivan sonrió aliviado y se levantó.

Byerly se desperezó, recogió su copa de vino medio vacía y se dispuso a acompañar a Ivan por el sendero.

El cerebro de Ivan no paraba de dar vueltas al escenario, a pesar de su severa orden de que parase. Un vaso de vino para él debería servir. Pero no pudo dejar de preguntar:

– Entonces, ¿quién es tu punto ciego? Tiene que ser alguien que yo conozca, maldición.

– Vaya, Ivan. Creía que con las pistas que tienes lo habrías descubierto por tu cuenta ya.

– Bueno... tiene que ser alguien situado entre el ambiente social de los Altos Vor, porque ésa es claramente tu especialidad. Alguien con quien te encuentras frecuentemente, pero no un compañero constante. Alguien que también tiene contactos diarios con SegImp, pero de manera poco llamativa. Alguien en quien nadie reparará. Un canal no observador, un conducto ignorado. Oculto a plena vista. ¿Quién?

Llegaron a lo alto del sendero. By sonrió.

– Eso sería chivarme.

Se marchó. Ivan giró sobre sus talones para alcanzar a un criado con una bandeja de copas de vino. Se volvió para mirar a By, que hacía una excelente imitación de un payaso borracho medio borracho, en parte porque era un payaso borracho, se detuvo para hacer una reverencia a lady Alys y Simon Illyan, que salían juntos de la Residencia para tomar un poco de aire. Lady Alys le respondió con un frío gesto.

Ivan se atragantó con el vino.

Miles tuvo que marcharse a posar para los vids con el resto de los invitados a la boda. Ekaterin trató de no parecer demasiado nerviosa, en compañía de Kareen y Mark, pero sintió un retortijón de alivio cuando vio a Miles que bajaba las escalinatas de la cara norte de la Residencia y se dirigía hacia ella. La Residencia Imperial era enorme y antigua y hermosa e intimidadora y estaba llena de historia, y ella dudaba de que alguna vez pudiera imitar la manera en que Miles parecía entrar y salir por las puertas como si fuera dueño del lugar. Y sin embargo...moverse en aquel sorprendente espacio fue más fácil esta vez, y no tenía dudas de que sería más aún fácil en su próxima visita. O bien el mundo no era un lugar tan grande y aterrador como antes creía, o bien... ella no era tan pequeña e indefensa como una vez imaginó que era. Si el poder era una ilusión, ¿no lo era también necesariamente la debilidad?

Miles sonreía. Mientras le tomaba la mano y la volvía a enganchar de su brazo, soltó una risa siniestra.

– Ésa es la risa más *malévola*, querido...

– Qué bueno, qué bueno. Tenía que compartirlo contigo de inmediato – la apartó del tenderete de vino de los Vorkosigan, repleto de gente, y se dirigieron al jardín norte del viejo emperador Ezar –. Acabo de descubrir cuál es el nuevo destino de Alexi Vormoncrief.

– ¡Espero que sea el noveno círculo del infierno! – dijo ella, vengativa –. Ese sesos de chorlito casi consiguió que me quitaran a Nikki.

– Casi lo mismo. Lo han enviado a la isla Kyril. Esperaba que lo nombraran oficial climatológico, pero es el nuevo oficial de la lavandería. Bueno, no se puede tener todo. – Se meció sobre sus talones con incomprensible alegría.

Ekaterin frunció el ceño, dubitativa.

– Eso no parece castigo suficiente...

– No comprendes. La isla Kyril... la llaman Campamento Escarcha, y es el peor puesto militar del Imperio. Es una base de entrenamiento invernal. Es una isla ártica, a quinientos kilómetros de ninguna parte y de nadie, incluidas las mujeres más cercanas. No se puede escapar nadando, porque el agua te congelaría en cuestión de minutos. Los pantanos te comerán vivos.

Tormentas. Nieve gélida. Vientos que pueden hacer volar vehículos de tierra. Frío, oscuridad, borracheras, muerte... me pasé una eternidad allí, unos pocos meses. Los reclutas vienen y van, pero el personal *permanente* se queda. Oh. Oh. La justicia es *buen*...

– ¿De verdad es tan malo? – dijo ella, impresionada por su evidente entusiasmo.

– Sí, oh, sí. ¡Ja! Tendré que enviarle una caja de buen brandy, en honor de la boda del Emperador, para que se acostumbre. O... no, mejor. Le enviaré una caja de brandy malo. Después de un tiempo, nadie notará la diferencia.

Tras aceptar su confirmación por la presente y futura incomodidad de su reciente némesis, ella paseó con él por el borde de los jardines subterráneos. Todos los invitados principales, incluido Miles, serían llamados a la cena formal dentro de poco, y estarían separados durante un tiempo, él en la mesa principal, para sentarse entre la emperatriz Laisa y su Segunda komarresa, ella para reunirse con el lord Auditor Vorthys y su tía. Habría tediosos discursos, pero Miles trazó firmes planes para volver a contactar con ella después del postre.

– ¿Qué opinas? – preguntó, mirando la fiesta, que parecía ganar impulso con la caída de la noche –. ¿Te gustaría una gran boda?

Ella reconoció el incipiente brillo teatral en sus ojos. Pero la Condesa Cordelia le había indicado cómo tratarlo. Bajó los ojos.

– No me parecería apropiado en mi año de luto. Pero si no te importa esperar hasta la próxima primavera, podría ser tan grande como quieras.

– Ah – dijo él –, ah. El otoño es también una buena época para las bodas...

– ¿Una tranquila boda familiar en otoño? Me gustaría.

Miles ya encontraría algún modo de hacerla memorable, ella no tenía nada que temer. Y, sospechaba, sería mejor no darle demasiado tiempo para hacer planes.

– ¿Tal vez en el jardín de Vorkosigan Surleau? – dijo él –. No lo has visto todavía. O bien en el jardín de la mansión Vorkosigan – la miró de reojo.

– Desde luego – dijo ella, amigablemente –. Las bodas al aire libre causarán furor en los próximos años. Lord y lady Vorkosigan irán a la moda.

Él sonrió. Su jardín barrayarés estaría un poco pelado todavía en otoño. Pero lleno de retoños y esperanza y vida esperando bajo tierra para las lluvias de primavera.

Los dos se detuvieron, y Ekaterin contempló fascinada la delegación diplomática cetagandana que subía los empinados escalones que rodeaban los estanques. El embajador y su alta y atractiva esposa iban acompañados no sólo por el *haut* gobernador de Rho Ceta, el planeta de Barrayar más cercano al imperio, sino también por una mujer *haut* de la capital imperial. A pesar de que se decía que las damas *haut* nunca viajaban, había sido invitada como delegada personal del Emperador, el *haut* Fletchir Giaja y su Emperatriz. La escoltaba un ghem-general del más alto

rango. Nadie sabía qué aspecto tenía, ya que viajaba en una burbuja de fuerza personal, teñida esa noche de un iridiscente color rosa para la ocasión. El ghem-general, alto y distinguido, llevaba el formal uniforme rojo sangre de la guardia personal del Emperador cetagandano, que tendría que haber chocado horriblemente con la burbuja, pero no lo hacía.

El embajador miró a Miles, lo saludó cortés, y le dijo algo al ghem-general, quien asintió. Para sorpresa de Ekaterin, el ghem-general y la burbuja rosa dejaron el grupo y caminaron/flotaron hacia ellos.

– Ghem-general Benin – dijo Miles, actuando de pronto en su mejor estilo de Auditor Imperial. Sus ojos estaban iluminados de curiosidad y, extrañamente, de placer. Hizo una sincera reverencia hacia la burbuja –. Y *haut* Pel. Me alegro de verla, como si dijéramos, una vez más. Espero que su desacostumbrado viaje no haya sido demasiado agotador.

– En realidad no, lord Auditor Vorkosigan. Me ha parecido muy estimulante.

Su voz surgía de un transmisor situado dentro de la burbuja. Para asombro de Ekaterin, la burbuja se hizo casi transparente durante un instante. Sentada en su silla flotante tras el brillo cristalino, apareció momentáneamente una mujer alta y rubia de edad indefinida, vestida con una túnica rosácea. Era sorprendentemente hermosa, pero algo en su sonrisa irónica no sugería juventud. La pantalla se nubló una vez más.

– Nos sentimos honrados por su presencia, *haut* Pel – dijo Miles con formalidad, mientras Ekaterin parpadeaba, sintiéndose cegada temporalmente. Y de repente horriblemente desaliñada. Pero toda la admiración en los ojos de Miles ardía por ella, no por la visión rosada –. Permita que le presente a mi prometida, la señora Ekaterin Nile Vorvayne Vorsoisson.

El distinguido oficial murmuró un amable saludo. Entonces volvió la mirada hacia Miles, pensativo, y se llevó las manos en un gesto extrañamente ceremonioso antes de hablar.

– Mi Señor Imperial el *haut* Fletchir Giaja me pidió, por si llegaba a verlo, lord Vorkosigan, que le hiciera partícipe de sus condolencias *personales* por la muerte de su íntimo amigo, el almirante Naismith.

Miles hizo una pausa, la sonrisa congelada durante un momento.

– Por supuesto. Su muerte ha sido un duro golpe para mí.

– Mi Señor Imperial añada que *confía* en que permanecerá muerto.

Miles miró al alto Benin, los ojos chispeando de pronto.

– Dígale de mi parte a su Señor Imperial... que yo *confío* en que su resurrección no sea necesaria.

El ghem-general sonrió austeramente, e inclinó la cabeza ante Miles.

– Comunicaré exactamente sus palabras, milord – asintió cordialmente a ambos y se marchó junto con la burbuja rosa para reunirse con su delegación.

Ekaterin, todavía asombrada por la rubia, le murmuró a Miles:

– ¿De qué iba todo eso?

Miles se mordió el labio inferior.

– Me temo que no es cosa nueva, aunque se lo transmitiré al general Allegre. Benin acaba de confirmar algo que Illyan sospechaba hace ya más de un año. Mi identidad encubierta ya no es útil, al menos en lo que se refiere a mantenerla en secreto para los cetagandanos. Bueno, el almirante Naismith y sus diversos clones, reales e imaginarios, los mantuvieron confundidos durante más tiempo del que creí posible.

Asintió brevemente, pero no insatisfecho, pensó ella, a pesar de su destello de pesar. Le agarró la mano con más fuerza.

Pesar... ¿y si ella hubiera conocido a Miles a los veinte años, en vez de a Tien? Pudo ser posible: ella era estudiante en la Universidad del Distrito de Vorbarra, y él un flamante oficial que entraba y salía de la capital. Si sus senderos se hubiera cruzado, ¿habría llevado ella una vida menos amarga?

No. Éramos otras personas entonces. Viajaban en direcciones distintas: su intersección habría sido breve, e indiferente, y ajena. Y ella no podía desear no tener a Nikki, ni todo lo que había aprendido, sin saber siquiera que estaba aprendiendo, durante su oscuro eclipse. Las raíces crecen profundas en la oscuridad.

Sólo podría haber llegado hasta allí por el camino que había emprendido, y aquel lugar, con Miles, *este* Miles, parecía un buen sitio en el que estar. *Si soy su consuelo, sin duda él es el mío también.* Reconocía los años perdidos, pero no había nada en esa década que tuviera que esquivar, ni siquiera lamentar; Nikki, y el aprendizaje, viajaban con ella. Era hora de seguir caminando.

– Ah – dijo Miles, alzando la cabeza mientras un servidor de la Residencia se acercaba a ellos, sonriente –. Deben de estar congregando a la gente para la cena. ¿Entramos, milady?